



FRANK  
HERBERT

**DUNE**  
Hijos de Dune

Lectulandia

Leto Atreides, el hijo de Paul —el mesías de una religión que arrasó el universo, el mártir que, ciego, se adentró en el desierto para morir—, tenía ahora nueve años. Pero es mucho más que un niño, porque dentro de él laten miles de vidas que lo arrastran a un implacable destino. Él y su hermana gemela, bajo la regencia de su tía Alia, gobiernan un planeta que se ha convertido en el eje de todo el universo: Arrakis, más conocido como Dune. Y en este planeta, centro de las intrigas de una corrupta clase política y sometido a una sofocante burocracia religiosa, aparece de pronto un predicador ciego, procedente del desierto. ¿Es realmente Paul Atreides, que regresa de entre los muertos para advertir a la humanidad del peligro más abominable?

Lectulandia

Frank Herbert

# Hijos de Dune

Dune 3

ePUB v2.1

Perseo 15.09.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Children of Dune*  
Frank Herbert, 1976.  
Traducción: Domingo Santos.  
Diseño/retoque portada: Lightniir.

Editor original: Demes (v1.0)  
Segundo editor: Perseo (v2.0 a v2.1)  
Corrección de erratas: Luismi.  
Gracias especiales a Luismi por su ayuda en toda la saga de Dune.  
ePub base v2.0

PARA BEV:

Por el maravilloso lazo de nuestro amor, y por  
aportar su belleza y su sabiduría hasta el punto  
de ser realmente ella quien inspiró este libro.

Las enseñanzas de Muad'Dib se han convertido en campo de juegos de los pedantes, los supersticiosos y los corruptos. Él enseñó una forma de vida equilibrada, una filosofía a través de la cual un hombre puede afrontar los problemas que surgen de un universo en constante cambio. Dijo que la humanidad está aún evolucionando, en un proceso que nunca tendrá fin. Dijo que esta evolución se produce según cambiantes principios que son conocidos tan sólo por la eternidad. ¿Cómo puede un razonamiento corrupto jugar con una tal esencia?

Palabras del Mentat DUNCAN IDAHO

Una mancha de luz apareció en la alfombra rojo oscuro que cubría el suelo de la caverna. La luz ardía sin una fuente aparente, parecía existir tan sólo en la superficie del rojo tejido de fibras de especia entrelazadas. Un pequeño círculo inquisitivo de unos dos centímetros de diámetro moviéndose erráticamente, estirándose, adoptando una figura ovalada. Tropezó con el verde oscuro del borde de un lecho, ascendió, se deformó a través de la irregular superficie.

Bajo el cobertor verde yacía un chiquillo de pelo rojizo, rostro redondeado con la gordura de un niño, boca generosa... una figura a la que le faltaba la enjuta cualidad de la tradición Fremmen, aunque no presentara tampoco la hinchazón del agua de un habitante de otros mundos. Cuando la luz cruzó sus cerrados ojos, la pequeña figura se agitó. La luz se apagó inmediatamente.

Ahora tan sólo se oía el sonido de su respiración y, al fondo tras él, el tranquilizador drip-drip-drip del agua colectándose en un depósito desde la trampa de viento situada muy arriba sobre la caverna.

La luz apareció otra vez en la estancia, de nuevo inquieta, un poco más brillante. Esta vez sugería la existencia de una fuente y un movimiento tras ella: una figura encapuchada había surgido del arco de la puerta y había penetrado en la estancia, y la luz surgía de allí. Una vez más la luz revoloteó por toda la estancia, investigando, buscando. Había un sentimiento de amenaza en ella, una inquieta insatisfacción. Evitó al muchacho dormido, hizo una pausa en la rejilla de aireación allá en lo alto, exploró una protuberancia en los pliegues de los cortinajes verdes y dorados que cubrían y ablandaban las asperezas de las paredes de roca desnuda.

Luego la luz volvió a apagarse. La figura encapuchada se movió, traicionándose con un roce de sus ropas, y se situó a un lado del arco de la entrada. Cualquiera que estuviese al corriente de la rutina del Sietch Tabr habría sospechado inmediatamente que se trataba de Stilgar, Naib del Sietch, guardián de los gemelos huérfanos que un día investirían el manto de su padre, Paul Muad'Dib. Stilgar realizaba a menudo estas inspecciones nocturnas en los apartamentos de los gemelos, iniciando siempre su ronda por la estancia donde dormía Ghanima y terminándola allí en la habitación

contigua, donde se aseguraba a sí mismo de que Leto no corría ningún peligro.

*Soy un viejo estúpido*, pensó Stilgar.

Rozó la fría superficie del proyector lumínico antes de devolverlo a su cinto. Aquel proyector lo irritaba, aunque reconocía que dependía de él. Se trataba de un sutil artilugio del Imperio, un instrumento que detectaba la presencia de cuerpos vivos a partir de un determinado tamaño. Sólo había revelado la presencia de los dos niños durmiendo en las reales estancias.

Stilgar sabía que sus pensamientos y emociones eran como la luz. Jamás había podido dominar su inquietud interior. Algún poder más grande que él controlaba aquel movimiento. Lo proyectaba fuera de sí mismo en el preciso instante en que captaba la acumulación del peligro. Allí yacía el imán de los sueños de grandeza de todo el universo conocido. Allí yacía la riqueza temporal, la autoridad secular, y el más poderoso de todos los talismanes místicos: la divina autoridad del legado religioso de Muad'Dib. En aquellos gemelos —Leto y su hermana Ghanima— se concentraba un pavoroso poder. Mientras ellos vivieran, Muad'Dib, aún muerto, viviría en ellos.

No eran simplemente niños de nueve años; eran una fuerza natural, objetos de veneración y temor. Eran los hijos de Paul Atreides, que se había convertido en Muad'Dib, el Mahdi de todos los Fremen. Muad'Dib había prendido una explosión de humanidad; los Fremen se habían desparramado desde aquel planeta en una incontenible jihad, arrastrando su fervor a través de todo el universo humano en una de dominio religioso cuya intensidad y omnipresente autoridad habían dejado su huella en todos los planetas.

*Y sin embargo, estos hijos de Muad'Dib son carne y sangre*, pensó Stilgar. *Dos simples golpes de mi cuchillo bastarían para detener sus corazones. Su agua volvería a la tribu.*

Su mente indócil se rebeló ante aquel pensamiento.

*¡Matar a los hijos de Muad'Dib!*

Pero los años lo habían hecho sabio en introspección. Stilgar sabía el origen de tal terrible pensamiento. Surgía de la mano izquierda de los condenados, no de la mano derecha de los bendecidos. El ayat y burhan de la Vida guardaba misterios para él. Durante un tiempo se había sentido orgulloso de pensar en sí mismo como en un Fremen, de pensar en el desierto como en un amigo, de llamar al planeta en sus pensamientos Dune en lugar de Arrakis, que era como estaba señalado en todos los mapas estelares Imperiales.

*Qué sencillas eran las cosas cuando nuestro Mesías era tan sólo sueño*, pensó. *Hallando a nuestro Mahdi, hemos desencadenado sobre el universo incontables sueños mesiánicos. Cada pueblo subyugado por la jihad sueña ahora con la venida de su propio líder.*

Stilgar miró al oscuro dormitorio.

*Si mi cuchillo liberara a todos esos pueblos, ¿harían de mí un Mesías?*

Leto se agitó inquieto en su lecho.

Stilgar suspiró. Nunca había conocido al abuelo de los Atreides cuyo nombre llevaba aquel niño. Pero muchos decían que la fuerza moral de Muad'Dib había surgido de aquella fuente. ¿Habría saltado otra generación aquella terrible cualidad de *rectitud*? Stilgar se vio incapaz de responder a aquella pregunta.

*Pensó: El Sietch Tabr es mío. Yo gobierno aquí. Soy Naib de los Fremen. Sin mí no hubiera existido Muad'Dib. Y ahora estos gemelos... a través de Chani, su madre y mi consanguínea, llevan mi propia sangre en sus venas. Yo estoy en ellos, con Muad'Dib y Chani y todos los demás. ¿Qué es lo que le hemos hecho a nuestro universo?*

Stilgar no conseguía explicarse por qué tales pensamientos acudían a él por la noche y por qué le hacían sentirse tan culpable. Se encogió bajo su capucha. La realidad no era en absoluto parecida al sueño. El Amistoso Desierto, que en un tiempo se había extendido de polo a polo, había quedado reducido a la mitad de su tamaño original. El mítico paraíso de expansivo verdor lo llenaba de desánimo. No era como el sueño. Y, al igual que el planeta había cambiado, se daba cuenta de que él también había cambiado. Se había convertido en una persona mucho más sutil de lo que era antes un jefe de sietch. Ahora era consciente de muchas cosas... del arte de gobernar y de las profundas consecuencias de incluso las más pequeñas decisiones. Sin embargo, sentía que este conocimiento y esta sutileza eran un barniz que recubría un núcleo de acero de una consciencia más simple, más determinista. Y aquel antiguo núcleo lo llamaba, le imploraba que regresara a valores más límpidos.

Los rumores matutinos del sietch empezaron a introducirse en sus pensamientos. La gente empezaba a moverse en la caverna. Sintió una brisa en sus mejillas: estaba saliendo a través de los sellos de las puertas a la oscuridad que precede al alba. La brisa hablaba de negligencia con el correr del tiempo. Los habitantes del rocoso subterráneo ya no respetaban la rigurosa disciplina del agua de los viejos tiempos. ¿Y por qué deberían hacerlo, cuando había sido registrada lluvia en el planeta, cuando habían sido vistas nubes, cuando ocho Fremen habían muerto en una repentina inundación en un wadi? Antes de aquello, la palabra *ahogado* no había existido en el idioma de Dune. Pero aquel planeta ya no era Dune; era Arrakis... y aquel era el amanecer de un día memorable.

*Pensó: Jessica, la madre de Muad'Dib y abuela de estos gemelos reales, regresa hoy a nuestro planeta. ¿Por qué pone fin a su autoimpuesto exilio precisamente ahora? ¿Por qué abandona la comodidad y la seguridad de Caladan por los peligros de Arrakis?*

Y había otros motivos de preocupación: ¿Habría captado las dudas de Stilgar? Era



una bruja Bene Gesserit, graduada en el más profundo adiestramiento de la Hermandad, y una Reverenda Madre por derecho propio. Tales mujeres eran perspicaces y peligrosas. ¿Venía a ordenarle que se dejara caer sobre su propio cuchillo, como le había sido ordenado al Umma-Protector de Liet-Kynes?

*¿Y le obedecería él?*, se preguntó.

No consiguió responder a esta pregunta, pero ahora pensó en Liet-Kynes, el planetólogo que primero había soñado con transformar el desierto planetario de Dune en el verdeante planeta capaz de sustentar la vida en que se estaba convirtiendo. Liet-Kynes era el padre de Chani. Sin él no habría habido ningún sueño, ninguna Chani, ningunos gemelos reales. Los resultados de aquella frágil cadena desconcertaban a Stilgar.

*¿Cómo hemos aparecido todos nosotros en este lugar?*, se preguntó. *¿Cómo se han unido nuestras vidas? ¿Con qué propósito? ¿Es mi deber poner fin a todo esto, aniquilar esta gran combinación de elementos?*

Stilgar admitió la terrible urgencia que habitaba en él. Podía tomar su elección, renegar del amor y la familia para hacer lo que un Naib debe hacer en tal ocasión: tomar una decisión mortal por el bien de la tribu. Por una parte, un asesinato tal representaría la suprema traición y atrocidad. *¡Matar a dos simples niños!* Pero no eran tan sólo dos simples niños. Habían comido melange, habían participado en la orgía del sietch, habían recorrido el desierto persiguiendo la trucha de arena y jugado a los otros juegos de los niños Fremén. Y se habían sentado en el Consejo Real. Eran niños de tierna edad, y sin embargo lo suficientemente listos como para sentarse en el Consejo. Eran niños en apariencia, pero su experiencia era antigua, habían nacido con una memoria genética total, una terrible consciencia que los situaba, a ellos y a su Tía Alia, aparte de todos los demás seres humanos.

Muchas veces, a lo largo de muchas noches, Stilgar había sorprendido a su mente girando en círculos en torno a aquella *diferencia* compartida por los gemelos y su tía; muchas veces se había visto despertado por esa angustia y había acudido allí, a los dormitorios de los gemelos, con sus interminables sueños. Ahora sus dudas empezaban a delimitarse. Su fracaso en tomar una decisión era en sí mismo una decisión... lo sabía. Aquellos gemelos y su tía habían visto despertada su consciencia en el seno materno, recibiendo allí todas las memorias transmitidas por todos sus antepasados. La adicción a la especia había sido la causa, la adicción a la especia de sus madres... de Dama Jessica y de Chani. Dama Jessica había dado a luz un hijo, Muad'Dib, antes de su adicción. Alia había nacido después de la adicción. Esto resultaba claro, en retrospectiva. Las incontables generaciones de educación selectiva dirigida por la Bene Gesserit habían culminado en Muad'Dib, pero nada en los planes de la Hermandad había previsto la melange. Oh, sabían sus posibilidades, pero las temían, y por ello la llamaban la *Abominación*. Este era el hecho más desconcertante.

Abominación. Debían poseer buenas razones para un tal juicio. Y si decían que Alia era una Abominación, entonces este calificativo debía aplicarse también a los dos gemelos, ya que también Chani era adicta, su cuerpo estaba saturado de especia, y sus genes habían complementado de algún modo los de Muad'Dib.

Los pensamientos de Stilgar fermentaban. No había la menor duda de que aquellos gemelos habían ido más allá que su padre. ¿Pero en qué dirección? El muchacho hablaba de una habilidad de ser su padre... y lo había probado. Desde pequeño. Leto había revelado recuerdos que tan sólo Muad'Dib había conocido. ¿Había también otros antepasados aguardando en aquel vasto espectro de recuerdos... antepasados cuyas creencias y hábitos crearían imprevisibles peligros para los hombres?

Abominaciones, decían las brujas de la Bene Gesserit. Pese a lo cual la Hermandad codiciaba la genofase de aquellos niños. Las brujas deseaban el esperma y los óvulos, sin la inquietante carne que los contenía. ¿Era por eso por lo que Dama Jessica regresaba en este momento? Había roto con la Hermandad para apoyar a su ducal compañero, pero corría el rumor de que había regresado a los caminos Bene Gesserit.

*Yo podría terminar con todos esos sueños, pensó Stilgar. Sería tan fácil.*

Y volvió a maravillarse otra vez de que pudiera considerar una tal elección. ¿Acaso eran responsables los gemelos de Muad'Dib de la realidad que destruía los sueños de los demás? No. Eran simplemente las lentes a través de las cuales surgía la luz, revelando nuevas formas del universo.

Atormentada, su mente evocó de nuevo las creencias primarias Fremén, y pensó: *Las órdenes nos llegan de Dios; así que no lo urjamos. Es Dios quien nos muestra el camino; y algunos deben desviarse de él.*

La religión de Muad'Dib era lo que más preocupaba a Stilgar. ¿Por qué habían hecho un dios de Muad'Dib? ¿Por qué deificar un hombre que se sabía hecho de carne? El *Dorado Elixir de la Vida* de Muad'Dib había creado un monstruo burocrático que se había sentado a horcajadas sobre todos los asuntos humanos. El gobierno y la religión se habían unido, y quebrantar una ley se había convertido en un pecado. El olor de la blasfemia brotaba como humo en torno a cualquier discusión sobre los edictos gubernativos. El culpable de rebelión invocaba el fuego del infierno y los más severos juicios.

Sin embargo, eran hombres los que habían creado estos edictos gubernativos.

Stilgar agitó tristemente la cabeza, sin ver a los sirvientes que avanzaban hacia el dormitorio real para realizar sus trabajos matutinos.

Rozó con sus dedos el crys en su cintura, pensando en el pasado que simbolizaba, pensando en cuántas veces había simpatizado con los rebeldes cuyas abortadas revueltas habían sido aplastadas bajo sus propias órdenes. La confusión ofuscaba su

mente, y pensó en cuánto deseaba saber cómo apartarla de sí, regresar a la simplicidad representada por el cuchillo. Pero el universo no puede volver atrás. Era una gran máquina proyectada de acuerdo con la gris vacuidad de la no existencia. Su cuchillo, si hubiera causado la muerte de los dos gemelos, tan sólo hubiera reverberado contra aquella vacuidad, tejiendo nuevas complejidades cuyo eco atravesaría la historia humana, creando nuevos oleajes de caos, invitando a la humanidad a alcanzar otras formas de orden y de desorden.

Stilgar suspiró, repentinamente consciente de los movimientos a su alrededor. Sí, aquellos sirvientes representaban una especie de orden vinculado a los gemelos de Muad'Dib. Avanzaban de un momento al siguiente, prontos para afrontar cualquier necesidad. *Lo mejor será imitarlos*, se dijo Stilgar. *Lo mejor será afrontar lo que venga en el momento en que venga*.

*Yo también soy un sirviente*, se dijo. *Y mi dueño es Dios el Misericordioso, el Compasivo*. Y citó para sí mismo: «*Seguro. Hemos puesto en sus cuellos cepos hasta su barbilla, a fin de que sus cabezas permanezcan erguidas; y Hemos puesto una barrera ante ellos y una barrera tras ellos; y les Hemos vendado, a fin de que no puedan ver*».

Así estaba escrito en la vieja religión Fremen.

Stilgar asintió para sí mismo.

El ver, el anticipar el instante próximo tal como hacía Muad'Dib con sus prescientes visiones del futuro, añadía elementos contrafácticos a los asuntos humanos. Creaba nuevos puntos de decisión. Verse libre de los cepos, si, podía ser un capricho de Dios. Otra complejidad más allá de la normal fortaleza humana.

Stilgar apartó su mano del cuchillo. Sus dedos se estremecieron ante la ausencia del contacto. Pero la hoja que en otro tiempo había brillado en la abismal boca de un gusano de arena permaneció en su funda. Stilgar sabía que jamás hubiera empuñado aquella hoja para asesinar a los gemelos. Había tomado una decisión. Era mejor conservar aquella antigua virtud que tanto había amado: la lealtad. Eran mejores las complicaciones que uno creía conocer que las complicaciones que desafiaban cualquier intento de comprensión. Era mejor el ahora que el futuro de un sueño. El regusto amargo en su boca le dijo a Stilgar qué vacíos y revulsivos podían llegar a ser algunos sueños.

*¡No! ¡No más sueños!*

PREGUNTA: ¿Has visto al Predicador?

RESPUESTA: He visto un gusano de arena.

PREGUNTA: ¿Y qué me dices de este gusano de arena?

RESPUESTA: Nos da el aire que respiramos.

PREGUNTA: Entonces, ¿por qué destruimos su tierra?

RESPUESTA: Porque Shai-Hulud lo ordena.

*Adivinanzas de Arrakis, por HARQ AL-ADA*

De acuerdo con la costumbre Fremen, los gemelos Atreides se levantaron al alba. Bostezaron y de desperezaron con un secreto sincronismo en sus respectivas estancias adyacentes, notando la actividad en todo el complejo de la caverna a su alrededor. Pudieron oír a los sirvientes preparando el desayuno en la antecámara, unas simples gachas de dátiles y nueces batidas con extracto de especia parcialmente fermentada. Había globos en la antecámara, y su suave luz amarillenta entraba por las arcadas de la puerta a los dormitorios. Los gemelos se vistieron rápidamente a la suave luz, cada uno de ellos oyendo los ruidos que hacía el otro allá al lado. Como si se hubieran puesto de acuerdo, se enfundaron los destiltrajes contra los tórridos vientos del desierto.

Luego la real pareja salió de la antecámara, notando el súbito envaramiento de todos los sirvientes. Leto llevaba una capa color canela de bordes más oscuros sobre su destiltraje gris reflectante. Su hermana se arrebujaba en una capa verde. Las dos capas se sujetaban a sus cuellos con un broche con la forma del halcón de los Atreides... dorado, con joyas rojas como ojos.

Viendo su elegancia; Harah, una de las mujeres de Stilgar, dijo:

—Veo que os habéis engalanado para honrar a vuestra abuela.

Leto tomó el bol de su desayuno antes de mirar al rostro curtido de Harah. Agitó la cabeza.

—¿Cómo sabes que no nos estamos honrando a nosotros mismos? —dijo.

Harah sostuvo imperturbable aquella mirada insolente y dijo:

—¡Mis ojos son tan azules como los tuyos!

Ghanima se echó a reír. Harah siempre había sabido usar las palabras a la manera Fremen. Con aquella frase había dicho: «No te me insolentes, muchacho. Puedes pertenecer a la realeza, pero ambos llevamos el estigma de la adicción a la melange... ojos sin blanco. ¿Qué Fremen necesita más elegancia o más honores que éste?».

Leto sonrió y agitó pesaroso la cabeza.

—Harah, mi amor, si fueras más joven y no pertenecieras a Stilgar, te haría mía.

Harah aceptó aquella pequeña victoria fácil, haciendo señas a los demás sirvientes para que prosiguieran preparando las estancias para las importantes actividades de

aquel día.

—Tomad vuestros desayunos —dijo—. Hoy vais a necesitar todas vuestras energías.

—¿Entonces crees que no vamos lo suficientemente elegantes como para recibir a la abuela? —preguntó Ghanima, hablando con la boca llena de comida.

—No le tengas miedo, Ghani —dijo Harah.

Leto tragó un bocado de gachas, lanzando una mirada inquisitiva a Harah. La mujer era infernalmente astuta, había comprendido inmediatamente las secretas intenciones de aquel emperifollamiento.

—¿Pero ella creará que la tememos? —preguntó Leto.

—Seguro que no —dijo Harah—. Fue nuestra Reverenda Madre, recuérdalo. Conozco sus maneras.

—¿Cómo va vestida Alia? —preguntó Ghanima.

—No la he visto —dijo Harah secamente, girando y alejándose.

Leto y Ghanima intercambiaron una mirada de inexpresados secretos, apresurándose a terminar sus desayunos. Luego salieron al gran pasillo central.

Ghanima habló en uno de los antiguos idiomas almacenados en sus memorias genéticas:

—Así que hoy tendremos una abuela.

—Esto preocupa mucho a Alia —dijo Leto.

—¿A quién le gustaría perder una tal autoridad? —preguntó Ghanima.

Leto se echó a reír suavemente, una sorprendente risa adulta en un cuerpo tan joven.

—Es mucho más que eso.

—¿Podrán los ojos de su madre observar lo que nosotros hemos observado?

—¿Y por qué no? —murmuró Leto.

—Sí... eso podría causar los temores de Alia.

—¿Quién puede saber más de una Abominación que otra Abominación? —preguntó Leto.

—Podemos estar equivocados, ¿sabes? —dijo Ghanima.

—Pero no lo estamos. —Y citó del *Libro de Azhar* de la Bene Gesserit: «Y es con razón y con terrible experiencia que llamamos al prenatal *Abominación*. Porque, ¿quién sabe qué terrible persona de nuestro infernal pasado emergerá a través de la carne viviente?». —

—Conozco esa historia —dijo Ghanima—. Pero si esto es cierto, ¿por qué nosotros no sufrimos ese asalto interior?

—Quizá nuestros padres montan guardia dentro de nosotros —dijo Leto.

—Pero, entonces, ¿por qué Alia no tiene sus propios guardianes?

—No lo sé. Podría ser porque uno de sus padres permanece aún entre los vivos.

Podría ser simplemente porque nosotros somos todavía jóvenes y fuertes. Quizá cuando seamos mayores y más cínicos...

—Tendremos que tener mucho cuidado con esa abuela —dijo Ghanima.

—¿Y no discutir acerca del Predicador que vaga por nuestro planeta divulgando herejías?

—¡No creerás en serio que se trata de nuestro padre!

—No hago ningún juicio al respecto, pero Alia le teme.

Ghanima agitó enérgicamente su cabeza.

—¡No puedo creer esa tontería de la Abominación!

—Tienes exactamente las mismas memorias que yo —dijo—. Puedes creer lo que quieras creer.

—Tú piensas que es debido a que nosotros no nos hemos atrevido a afrontar el trance de la especia como hizo Alia —dijo Ghanima.

—Eso es exactamente lo que pienso.

Permanecieron en silencio, avanzando entre el flujo de gente por el pasillo central. Hacía frío en el Sietch Tabr, los destiltrajes eran cálidos, y los gemelos echaron sus capuchas condensadoras hacia atrás, dejando libres sus rojos cabellos. Sus rostros evidenciaban los genes comunes: bocas generosas, ojos separados, con el azul sobre azul de la especia.

Leto fue el primero en notar la aproximación de su tía Alia.

—Ahí está —dijo, utilizando el lenguaje de batalla de los Atreides como advertencia.

Ghanima hizo una inclinación de cabeza hacia Alia en el momento en que esta se detenía frente a ellos y dijo:

—Un *botín de guerra* saluda a su ilustre consanguínea —utilizando el lenguaje chakobsa, Ghanima ponía de relieve el significado de su propio nombre: *Botín de guerra*.

—Como puedes ver, Adorada Tía —dijo Leto—, nos estamos preparando para el encuentro de hoy con tu madre.

Alia, la única persona entre los abundantes miembros de la casa real que no evidenciaba su sorpresa ante la actitud de aquellos chicos, los miró duramente.

—¡Contened ambos la lengua! —restalló.

Los broncéos cabellos de Alia estaban recogidos hacia atrás por dos anillos de agua dorados. Su ovalado rostro se veía fruncido, su amplia boca, con su eterno gesto de autocomplacencia, se había reducido a una delgada línea. Preocupadas arrugas surgieron en los ángulos de sus ojos completamente azules.

—Ya os he dicho a ambos cómo debéis comportaros hoy —dijo Alia—. Sabéis las razones tan bien como yo.

—Sabemos tus razones, pero tú no sabes las nuestras —dijo Ghanima.

—¡Ghani! —gruñó Alia.

Leto fulminó a su tía con la mirada y dijo:

—¡Hoy, menos que nunca, no vamos a pretender ser unos chicos bobalicones!

—Nadie pretende que seáis unos chicos bobalicones —dijo Alia—. Pero creemos que sería poco juicioso por vuestra parte provocar pensamientos peligrosos en mi madre. Irulan está de acuerdo conmigo. ¿Quién sabe el papel que elegirá Dama Jessica? Es, al fin y al cabo, una Bene Gesserit.

Leto agitó la cabeza, pensando: *¿Por qué Alia no ve lo que nosotros sospechamos? ¿Ha ido quizá demasiado lejos?* Y dedicó una vez más una especial atención a los sutiles indicios genéticos en el rostro de Alia que traicionaban la presencia de su abuelo materno. El barón Vladimir Harkonnen no había sido una persona agradable. Leto sintió una vaga inquietud ante aquella idea al pensar: *Es también mi propio antepasado.*

—Dama Jessica fue adiestrada para gobernar —dijo.

Ghanima asintió.

—¿Por qué ha elegido este momento para regresar?

Alia frunció el ceño.

—¿No es posible que simplemente quiera ver a sus nietos? —dijo.

Ghanima pensó: *Esto es lo que tú esperas, mi querida tía. Pero es condenadamente poco probable.*

—Ella no puede gobernar aquí —dijo Alia—. Tiene Caladan. Eso debería bastarle.

—Cuando nuestro padre penetró en el desierto para morir —dijo Ghanima apaciguadoramente—, te dejó a ti como Regente. El...

—¿Tenéis alguna queja al respecto? —preguntó Alia.

—Fue una razonable elección —dijo Leto, siguiendo el camino trazado por su hermana—. Tú eras la única persona que sabía lo que significaba nacer como nosotros nacimos.

—Se rumorea que mi madre ha regresado a la Hermandad —dijo Alia—, y los dos sabéis lo que piensa la Bene Gesserit acerca de... la Abominación —dijo Leto.

—¡Sí! —le fulminó Alia.

—Bruja una vez, bruja por siempre —dijo Ghanima—. Eso al menos es lo que se dice.

*Hermana, estáis jugando a un juego peligroso*, pensó Leto, pero la siguió.

—Nuestra abuela es una mujer mucho más simple que otras de su clase —dijo—. Tú compartes sus recuerdos, Alia; seguramente debes saber lo que puedes esperar.

—¡Simple! —dijo Alia, agitando su cabeza, mirando el pasillo lleno de gente a su alrededor y luego de nuevo a los dos gemelos—. Si mi madre fuera menos compleja, ninguno de vosotros dos estaríais ahora aquí... ni yo. Yo hubiera sido su primogénita

y nada de esto... —Se estremeció—. Os lo advierto a los dos, id con mucho cuidado con lo que hagáis. —Levantó de nuevo la vista—. Aquí viene mi guardia.

—¿Sigues pensando que no es prudente que te acompañemos al espaciopuerto? —preguntó Leto.

—Esperad aquí —dijo Alia—. La traeré a ella.

Leto intercambió una mirada con su hermana y luego dijo:

—Tú nos has dicho muchas veces que las memorias que poseemos de todos nuestros antepasados van a servirnos de muy poco hasta que nuestros cuerpos tengan la suficiente experiencia como para comprender su real significado. Mi hermana y yo creemos esto: anticipamos peligrosos cambios con la llegada de nuestra abuela.

—Ya basta de eso —dijo Alia. Se giró, fue inmediatamente rodeada por sus guardias, y avanzaron rápidamente por el corredor alejándose hacia la Entrada Principal, donde les aguardaban los ornitópteros.

Ghanima se quitó una lágrima de su ojo derecho.

—¿Agua para los muertos? —susurró Leto, sujetando el brazo de su hermana.

Ghanima suspiró profundamente, pensando en cómo había observado a su tía, usando la manera que mejor conocía de entre la acumulación de experiencias ancestrales.

—¿Es el trance de la especia lo que la ha hecho así? —preguntó, sabiendo ya lo que Leto iba a decir.

—¿Tienes una sugerencia mejor?

—Para esclarecer el tema: ¿por qué nuestro padre... o incluso nuestra abuela, no sucumbieron?

Leto la estudió unos instantes y luego dijo:

—Sabes la respuesta tan bien como yo. Ellos poseían ya acusadas personalidades antes de venir a Arrakis. El trance de la especia... bueno... —se alzó de hombros—. Ellos no vinieron a su mundo poseídos por sus antepasados. Alia, en cambio...

—¿Por qué no ha creído en las advertencias Bene Gesserit? —Ghanima se mordió el labio inferior—. Alia posee la misma información que poseemos nosotros.

—Ella ya era llamada Abominación —dijo Leto—. No pretenderás demostrar que eres más fuerte que todos aquellos que...

—¡No, por supuesto! —Ghanima apartó sus ojos de la inquisitiva mirada de su hermano, estremeciéndose. Bastaba tan sólo consultar sus memorias genéticas, y las advertencias de la Hermandad tomaban forma vívidamente. Era observable que los prenatos tendían a convertirse en adultos de aviesas costumbres. Y la causa más plausible... Se estremeció de nuevo.

—Lástima que no tengamos a ningún prenatal entre nuestros antepasados —dijo Leto.

—Quizá lo tengamos.



—Pero entonces tendríamos... Oh, si, la misma vieja pregunta sin respuesta. ¿Tenemos realmente acceso abierto al archivo total de las experiencias de todos y cada uno de nuestros antepasados?

Por su propia agitación interior, Leto sabía hasta qué punto debía turbar a su hermana una tal conversación. Se habían hecho demasiadas veces aquella misma pregunta, siempre sin llegar a conclusión alguna. Dijo:

—Debemos aplazar, aplazar, aplazar, cada vez que ella intente que entremos en trance. Debemos tener una precaución extrema con una sobredosis de especia; este es nuestro mejor modo de actuar.

—Para nosotros una sobredosis puede ser una cantidad muy grande —dijo Ghanima.

—Probablemente nuestra tolerancia es alta —admitió él—. Observa la cantidad de especia que necesita Alia.

—La compadezco —dijo Ghanima—. Su necesidad de especia debe ser sutil e insidiosa, arrastrándola implacablemente hasta...

—Sí, es una víctima —dijo Leto—. Una Abominación.

—Podríamos estar equivocados.

—Es cierto.

—Siempre me he preguntado —murmuró Ghanima— si la próxima memoria ancestral que encontraré no será la de...

—El pasado no está más lejos que tu almohada —dijo Leto.

Ghanima lo miró. Finalmente, dijo:

—Saber demasiado nunca simplifica las decisiones.

El sietch al borde del desierto  
 Fue de Liet, fue de Kynes,  
 Fue de Stilgar, fue de Muad'Dib,  
 Y, una vez más, fue de Stilgar.  
 Los Naib, uno a uno, duermen en la arena,  
 Pero el sietch permanece.

De una canción Fremen

Alia sintió que su corazón latía fuertemente cuando se alejó de los gemelos. Por algunos angustiosos segundos tuvo la sensación de que no conseguiría irse de allí, de que iba a pedir su ayuda. ¡Vaya estúpida debilidad! Se obligó a sí misma a recobrar la calma. ¿Habrían practicado alguna vez la presciencia aquellos gemelos? El sendero que había engullido a su padre tenía que atraerlos... el trance de la especia, con sus visiones del futuro ondeando como una sutil bruma agitada por un viento voluble.

*¿Por qué yo no puedo ver el futuro?*, se preguntó Alia. *Lo he intentado muchas veces. ¿Por qué me elude?*

Tenía que conseguir que los gemelos lo intentaran, se dijo a sí misma. La tentación sería irresistible para ellos. Poseían la curiosidad propia de los niños, incrementada con memorias ancestrales que se extendían a lo largo de milenios.

*Así fue para mí*, pensó Alia.

Sus guardias abrieron los sellos de humedad de la Puerta Principal del sietch y permanecieron a un lado mientras ella salía a la explanada donde aguardaban los ornitópteros.

Un viento procedente del desierto esparcía arena por el cielo, pero el día era luminoso. Saliendo de la penumbra de los globos del sietch a la luz del día, Alia sintió que sus pensamientos surgían también al exterior.

—¿Por qué Dama Jessica regresaba en este preciso instante? Habían corrido historias por Caladan, historias acerca de cómo la Regente había...

—Debemos apresurarnos, mi Dama —dijo uno de los guardias, alzando la voz por encima del sonido del viento.

Alia dejó que la ayudaran a subir a su ornitóptero y fijaran los cinturones de seguridad, pero sus pensamientos brincaban desbocados.

*¿Por qué ahora?*

Cuando las alas del ornitóptero empezaron a pulsar y el aparato saltó al aire, sintió la magnificencia y el poder de su posición casi como algo físico... ¡pero cuán frágil, oh, cuán frágil!

*¿Por qué ahora, cuando los planes aún no se habían completado?*

Los vórtices de polvo se apartaron, se disolvieron, y pudo ver la brillante luz del

sol sobre el cambiante paisaje del planeta: amplias extensiones de verdeante vegetación allá donde la reseca tierra había sido dominada.

*Sin una visión del futuro, puedo fracasar. ¡Oh, qué maravillas podría realizar si tan sólo pudiera ver como veía Paul! Y yo no caería en la amargura que las visiones prescientes parecen llevar consigo.*

Un tremendo deseo de que se le permitiera renunciar a su poder la atravesó. Oh, ser como eran los demás... ciegos en la más segura de todas las cegueras, viviendo tan sólo aquella hipnótica semivida a la que precipitaba a la mayor parte de los seres humanos el shock del nacimiento. ¡Pero no! Ella había nacido Atreides, víctima de aquella consciencia de eones de profundidad infligida por la adicción de su madre a la especia.

*¿Por qué mi madre regresa hoy?*

Gurney Halleck vendría con ella... siempre el devoto sirviente, presto a matar por ella, leal y honesto, un músico que mataba con la misma sencillez con que tocaba su baliset de nueve cuerdas. Algunos decían que se había convertido en el amante de su madre. Eso era algo que tendría que comprobar; podía ser una información valiosa.

El deseo de ser como los demás la abandonó.

*Leto debe ser empujado al trance de la especia.*

Recordó haberle preguntado en una ocasión al muchacho cómo se habría entendido con Gurney Halleck. Y Leto, sintiendo implicaciones subyacentes en su pregunta, había respondido que Halleck era leal «hasta el exceso», añadiendo: «Él... adoraba a mi padre».

Ella había notado aquella pequeña vacilación. Había estado a punto de decir: «me» en lugar de «a mi padre». Si, a veces era difícil separar los recuerdos genéticos de los propios. Gurney Halleck no le hubiera hecho más fácil aquella distinción a Leto.

Una dura sonrisa rozó los labios de Alia.

Gurney había elegido regresar a Caladan con Dama Jessica tras la muerte de Paul. Su regreso había enmarañado muchas cosas. Regresando a Arrakis, iba a añadir sus propias complejidades a las tramas existentes. Había servido al padre de Paul... y ésta era la sucesión: de Leto I a Paul a Leto II. Y fuera del programa genético de la Bene Gesserit: de Jessica a Alia a Ghanima... una línea colateral. Gurney, añadido a la confusión de identidades, podría ser inapreciable.

*¿Qué haría si descubriera que llevamos en nosotros sangre de los Harkonnen, esos Harkonnen a los que odia tan amargamente?*

La sonrisa en los labios de Alia se hizo introspectiva. Los gemelos eran, después de todo, unos niños. Eran como niños con incontables padres, cuyas memorias pertenecían tanto a estos como a ellos mismos. Seguramente estarían de pie al borde del Sietch Tabr, observando el rastro de la nave de su abuela aterrizando en la

depresión de Arrakeen. Aquella señal ardiente que hacía visible el paso de la nave en el cielo, ¿hacia que la llegada de Jessica fuera más real para sus nietos?

*Mi madre me preguntará acerca de su adiestramiento, pensó Alia. Querrá saber si utilizo las disciplinas prana-bindu juiciosamente. Y yo le contestaré que ellos se adiestran a sí mismos... tal como hice yo. Le transmitiré las palabras de su nieto: «Entre las responsabilidades del mando está la necesidad de castigar... pero tan sólo cuando la víctima lo exige».*

Se le ocurrió que si conseguía centrar la atención de Dama Jessica tan sólo en los gemelos, otras personas podrían escapar a su aguda inspección.

Era algo plausible. Leto era muy parecido a Paul. ¿Y por qué no? Podía ser Paul todas las veces que quisiera. Incluso Ghanima poseía esta estremecedora habilidad.

*Tal como yo puedo ser mi madre o cualquiera de las otras que han compartido su vida con nosotras.*

Apartó de sí aquellos pensamientos, observando pasar el paisaje de la Muralla Escudo. Entonces pensó: *¿Qué la habrá empujado a dejar la cálida seguridad del fértil en agua Caladan y regresar a Arrakis, a este planeta desierto donde el Duque fue asesinado y su hijo murió como un mártir?*

¿Por qué había regresado Dama Jessica en aquel preciso momento?

Alia no halló ninguna respuesta... ninguna plausible. En el pasado podían haber compartido otras egoconsciencias, pero cuando sus respectivas experiencias tomaron caminos divergentes, sus motivaciones también divergieron. Las causas primarias de sus acciones eran individuales. Para la prenacida, la *multinacida* Atreides, esta era la suprema realidad, en sí misma otra forma de nacer: era la absoluta separación. En la carne viva, respirante, cuando esta carne abandonaba el seno materno que la había afligido con aquellas múltiples consciencias.

Alia no consideraba extraño el amar y odiar simultáneamente a su madre. Era una necesidad, un equilibrio necesario sin lugar para la culpa o los reproches. ¿Cómo era posible delimitar el amor y el odio? ¿Podía alguien reprocharle a la Bene Gesserit el haber dirigido a Dama Jessica en una dirección muy precisa? La culpa y los reproches se difuminaron cuando los recuerdos cubrían milenios. La Hermandad había intentado tan sólo crear un Kwisatz Haderach: el macho equivalente a una Reverenda Madre totalmente desarrollada... y más aún, un ser humano de sensibilidad y consciencia superiores, el Kwisatz Haderach que podía estar en varios lugares a la vez. Y Dama Jessica, tan sólo un peón en aquel programa genético, había tenido el mal gusto de enamorarse del compañero genético que le había sido asignado. Demasiado complaciente a los deseos de su bienamado Duque, había producido un hijo en lugar de la hija que la Hermandad le había ordenado como primogénito.

*¡Y permitiendo que yo naciese tras haberse habituado a la especia! Y ahora no*

*me quieren. ¡Ahora me tienen miedo! Y por una buena razón...*

Habían conseguido a Paul, su Kwisatz Haderach, una generación demasiado pronto... un pequeño error de cálculo en un plan tan a largo plazo. Y ahora tenían otro problema: la Abominación, que llevaba consigo los preciosos genes que habían estado buscando durante tantas generaciones.

Alia notó una sombra cruzando sobre ella y miró hacia arriba. Su escolta estaba situándose en sus posiciones altas de guardia preparatorias del aterrizaje. Agitó la cabeza, irritada por sus erráticos pensamientos. ¿Para qué servía evocar toda una serie de viejas existencias y recrearse en sus antiguos errores? La suya era una existencia nueva, distinta de todas las demás.

Duncan Idaho había utilizado sus cualidades de mentat para responder a la pregunta de por qué Dama Jessica regresaba precisamente en este instante, evaluando el problema con su lógica de computadora humana, su principal cualidad. Había dicho que volvía para tomar posesión de los gemelos para la Hermandad. También los gemelos llevaban en sí aquellos inapreciables genes. Duncan podía estar en lo cierto. Aquella motivación podía ser suficiente como para arrancar a Dama Jessica de su autoimpuesta reclusión en Caladan. Si la Hermandad ordenaba... Bueno, ¿por qué otras razones iba a volver al escenario de tantos acontecimientos dolorosos para ella?

—Ya veremos —murmuró Alia.

Sintió cómo el ornitóptero se posaba en el techo de su Ciudadela, un inconfundible chirrido que la llenó con siniestras anticipaciones.

Melange (me'-lange, también mahlanj), S. f., origen incierto (se cree que deriva del antiguo franzh terrestre): a) mezcla de especias; b) especia de Arrakis (Dune), con propiedades geriátricas observadas por primera vez por Yanshuph Ashkoko, químico real en el reinado de Shakkad el Sabio; la melange Arrakeena se encuentra tan sólo en las arenas del desierto profundo de Arrakis, ligado a las proféticas visiones de Paul Muad'Dib (Atreides), primer Mahdi Fremen; es empleada también por los navegantes de la Cofradía Espacial y por la Bene Gesserit.

*Diccionario Real*, quinta edición

Los dos grandes felinos surgieron sobre la cresta rocosa a la luz del amanecer, moviéndose suavemente. No estaban todavía a la caza de una presa, sino tan sólo examinando su territorio. Eran llamados tigres laza, una raza especial importada del planeta Salusa Secundus hacia casi ocho mil años. Manipulaciones genéticas hechas sobre las raíces terrestres habían eliminado algunas de las características tigrescas originales y refinado otros elementos. Los colmillos seguían siendo largos. Sus rostros eran aplastados, sus ojos alertas e inteligentes. Sus piernas se habían alargado para mantener el equilibrio incluso en los terrenos más accidentados, y las garras retráctiles surgían unos diez centímetros, con las puntas afiladas como navajas gracias a la acción abrasiva de la vaina. Su pelaje tenía un color acanelado que los hacía casi invisibles entre la arena.

Otra cosa los diferenciaba de sus antepasados: en sus cerebros habían sido implantados servoestimuladores cuando aún eran cachorros. Estos estimuladores los convertían en obedientes esclavos de aquel que poseyera el transmisor.

Hacía frío, y los felinos se detuvieron para observar el terreno, con su aliento condensándose en el aire. A su alrededor se extendía una región propia de Salusa Secundus, mantenida árida y desnuda a conciencia y albergando un reducido número de truchas de arena contrabandeadas de Arrakis y mantenidas precariamente con vida con la esperanza de conseguir vencer el monopolio de la melange. Allí donde se detuvieron los felinos el terreno era abrupto, señalado con rocas cobrizas y algunos resecos matorrales creciendo aquí y allí, poniendo motas de un verde plateado en las prolongadas sombras del sol matutino.

Un movimiento casi imperceptible en el paisaje puso de repente a los dos felinos alerta. Sus ojos giraron suavemente hacia la izquierda, y solo entonces giraron sus cabezas. Muy abajo en el abrupto terreno dos chicos pequeños escalaban trabajosamente un depósito de aluvión seco, dándose la mano. Los niños parecían tener la misma edad, quizá nueve o diez años estándar. Su cabello era rojizo, y llevaban destiltrajes cubiertos en parte con bourkas blancas ricamente bordadas y llevando en su pecho el halcón de los Atreides tejido con hilos brillantes como joyas. Mientras avanzaban, los dos muchachos charlaban alegremente, y sus voces llegaban

claramente hasta los felinos al acecho. Los tigres laza conocían aquel juego; lo habían jugado otras veces, pero permanecieron quietos, aguardando la activación de la señal «caza» en sus servoestimuladores.

Entonces un hombre apareció en la cresta superior, tras los felinos. Se detuvo y observó la escena: los felinos, los niños. El hombre llevaba un uniforme Sardaukar de trabajo, gris y negro, con la insignia de un Levenbrech, el ayudante de un Bashar. Un correa le cruzaba el cuello por detrás y bajo la axila, sujetando ante el pecho el servotransmisor dentro de una estrecha funda, con los controles al alcance para ser utilizados en cualquier momento con cualquiera de las dos manos.

Los felinos no se giraron cuando se les acercó. Conocían a aquel hombre por su sonido y por su olor. Descendió de la cresta y se detuvo a dos pasos tras los felinos, secándose la frente. El aire era frío, pero aquel trabajo lo hacía sudar. Sus pálidos ojos escrutaron una vez más la escena: felinos, niños. Se echó hacia atrás un mechón de rubios cabellos, metiéndolos bajo su casco negro de trabajo, y tocó el micrófono implantado en su garganta.

—Los felinos los han visto.

La respuesta le llegó a través de los receptores implantados detrás de cada uno de sus oídos.

—Los vemos.

—¿Ahora? —preguntó el Levenbrech.

—¿Lo harán sin recibir el impulso de una orden? —calculó la voz.

—Están preparados —dijo el Levenbrech.

—Muy bien. Vamos a ver si cuatro sesiones de condicionamiento son bastantes.

—Avísenme cuando sea el momento.

—Cuando quieras.

—Ahora entonces —dijo el Levenbrech.

Tocó un control rojo en el lado derecho de su servotransmisor, desbloqueándolo antes. Los felinos dejaron de recibir el impulso que los frenaba. Apoyó la mano sobre otro control negro situado debajo del rojo, preparado para detener a los animales en el caso de que se volvieran contra él. Pero ni se ocuparon de él; se agazaparon y empezaron a avanzar hacia abajo, en dirección a los dos niños. Sus grandes patas pisaban silenciosamente el irregular piso.

El Levenbrech se ocultó para observar, sabiendo que en algún lugar a su alrededor una telecámara oculta transmitía la escena al monitor secreto en el interior de la Ciudadela donde vivía su Príncipe.

Ahora los felinos avanzaban aprisa, luego empezaron a correr.

Los niños, intentando escalar el rocoso terreno, aún no habían visto el peligro. Uno de ellos se echó a reír, un sonido alto y tintineante en el límpido aire. El otro trastabilló y, al recuperar el equilibrio, giró la cabeza y vio a los felinos. Señaló hacia

allí.

—¡Mira! —gritó.

Ambos niños se detuvieron y observaron la sorprendente intrusión en sus vidas. Permanecían aún inmóviles, mirando, cuando los dos tigres laza cayeron sobre ellos, uno sobre cada niño. Murieron con una impensada brusquedad, con las gargantas fácilmente desgarradas. Los felinos empezaron a comer.

—¿Debo llamarles? —preguntó el Levenbrech.

—Déjales terminar. Se han portado bien. Sabía que lo conseguirían: son una pareja soberbia.

—Lo mejor que haya visto nunca —admitió el Levenbrech.

—Muy bien. Hemos enviado un transporte a buscarte. Corto y fuera.

El Levenbrech se puso en pie y flexionó los músculos. Contuvo los deseos de mirar directamente hacia arriba a su izquierda, donde un destello le había indicado el emplazamiento de la telecámara, que había retransmitido el magnífico logro a su Bashar, muy a lo lejos, en las verdes tierras del Capitolio. El Levenbrech sonrió. Aquel día de trabajo iba a representar una promoción. Ya podía sentir las insignias de Bator en su cuello... y, algún día las de Burseg... o incluso quizá las de Bashar. La gente que servía bien en los cuadros de Farad'n, nieto del difunto Shaddam IV, alcanzaba ricas promociones. Un día, cuando el Príncipe se sentara en el trono que le correspondía por derecho, habría promociones aún mucho mayores. El rango de Bashar podría revelarse tan sólo como un peldaño más. Había Baronías y Condados que distribuir en muchos mundos de aquel reino... una vez hubieran sido eliminados los gemelos Atreides.



El Fremen debe retornar a su fe original, a su genio en formar comunidades humanas; debe retornar al pasado, de donde aprendió esa lección de supervivencia en su lucha con Arrakis. La única preocupación del Fremen debe ser el abrir su alma a las enseñanzas internas. Los mundos del Imperio, el Landsraad y la Confederación de la CHOAM no tienen ningún mensaje que ofrecerle. Lo único que pueden hacer es robárselo de su alma.

El PREDICADOR en Arrakeen

Todo en torno a Dama Jessica, hasta los confines que se perdían en la grisácea llanura del campo de aterrizaje donde se había posado su transporte, hormigueaba con un océano de humanidad. Estimó que habría allí como medio millón de personas, y probablemente tan sólo un tercio de ellos serían peregrinos. Permanecían sumidos en un terrible silencio, con toda su atención centrada en la plataforma de salida del transporte, cuyas sombras la ocultaban a ella y a su séquito.

Todavía faltaban dos horas para el mediodía, pero el aire por encima de aquella multitud reflejaba un impalpable polvo que era una promesa de un día caluroso.

Jessica tocó sus cobrizos cabellos, moteados de plata, que enmarcaban su ovalado rostro bajo la capucha de Reverenda Madre. Sabía que su aspecto no era el mejor tras aquel largo viaje, y el negro de la aba no era su color preferido. Pero otras veces, antes, había llevado aquel mismo hábito aquí. El significado de la aba no se habría perdido para los Fremen. Suspiró. Detestaba los viajes espaciales, y en esta ocasión había además la pesada carga de los recuerdos... aquel otro viaje desde Caladan a Arrakis, cuando su Duque se había visto obligado a aceptar aquel feudo contra su voluntad.

Lentamente, utilizando su habilidad proporcionada por el adiestramiento Bene Gesserit de detectar las más insignificantes minucias, rastreó aquel mar de gente. Había capuchas gris opaco de destiltrajes, ropas características de los Fremen del desierto profundo; había peregrinos vestidos de blanco con marcas de penitencia en sus hombros; había esparcidos algunos ricos comerciantes, con la cabeza descubierta y vistiendo ropas ligeras que evidenciaban su desdén por la pérdida de su agua en el seco aire de Arrakeen... y había también la delegación de la Sociedad de los Creyentes, vestidos de verde y cubiertos con pesadas capuchas, manteniéndose aparte de los demás, rodeados por la santidad de su propio grupo.

Sólo cuando apartó sus ojos de la multitud la escena adquirió una similitud con aquella otra que la había recibido a su llegada al lado de su querido Duque. ¿Cuánto tiempo hacía de ello? *Más de veinte años*. Siempre se negaba a pensar en cuántos latidos había dado su corazón desde entonces. El tiempo yacía en su interior como un peso muerto, y parecía como si los años que había pasado alejada de aquel planeta no

hubieran existido nunca.

*Estoy de nuevo en la boca del dragón, pensó.*

Allá, en aquella llanura, su hijo le había arrebatado el Imperio al difunto Shaddam IV. Una convulsión de la historia había impreso aquel lugar en las mentes y creencias de los hombres.

Oyó inquietarse a su séquito tras ella, y suspiró de nuevo. Estaban esperando a Alia, que se retrasaba. Finalmente, el séquito de Alia fue visible a lo lejos, aproximándose desde un ángulo del gentío, creando un oleaje humano a medida que la Guardia Real se abría paso.

Jessica contempló el paisaje una vez más. De repente aparecieron delante de sus ojos muchas diferencias. A la torre de control del campo de aterrizaje le había sido añadido un balcón de plegarias. Y, visible a lo lejos, a la izquierda y más allá de la llanura, se erguía la imponente mole de plásticero que Paul había edificado como su fortaleza... su «sietch sobre la arena». Era la mayor construcción individual que jamás hubiera sido edificada por mano humana. Ciudades enteras hubieran podido ser alojadas en el interior de sus paredes, hubiera sobrado espacio. Ahora albergaba la más potente fuerza gubernativa del Imperio, la «Sociedad de los Creyentes» de Alia, que ésta había erigido literalmente sobre el cuerpo de su hermano.

*Este lugar debe desaparecer, pensó Jessica.*

La delegación de Alia había alcanzado el pie de la rampa de salida, y permanecía allí, expectante. Jessica reconoció las angulosas facciones de Stilgar. Y, ¡Dios nos guarde!, allí estaba la princesa Irulan, ocultando su crueldad en aquel cuerpo seductor cuyos dorados cabellos flotaban a los caprichos del viento. Irulan parecía no haber envejecido ni un solo día; era una afrenta. Y allí, al extremo de la cuña, estaba Alia, sus rasgos imprudentemente jóvenes, sus ojos mirando fijamente la oscuridad de la escotilla. La boca de Jessica se convirtió en una delgada línea mientras sus ojos escrutaban el rostro de su hija. Una repentina sensación pulsó a través del cuerpo de Jessica, y sintió como si la resaca de toda su vida resonara en sus oídos. ¡Los rumores eran ciertos! ¡Horrible! ¡Horrible! Alia había penetrado en los caminos prohibidos. La evidencia estaba allí, para cualquier iniciado que supiera leer. ¡Abominación!

En los pocos instantes que necesitó para recuperarse, Jessica se dio cuenta de cuánto había estado deseando que los rumores se hubieran revelado falsos.

*¿Y los gemelos?, se preguntó. ¿También se han perdido?*

Lentamente, con el porte de la madre de un dios, Jessica salió de las sombras y se detuvo en el borde de la rampa. Su séquito permaneció tras ella, de acuerdo con sus instrucciones. Los próximos instantes iban a ser cruciales. Jessica permaneció inmóvil, sola, frente a la multitud. Oyó a Gurney toser nerviosamente tras ella. Gurney había objetado: «¿Ni siquiera un escudo personal? ¡Por el amor de Dios, mujer! ¡Estáis loca!».

Pero entre las más valiosas cualidades de Gurney estaban el respeto y la obediencia. Hacía su escena, pero luego acataba. Y ahora acataba también.

La marea humana emitió un sonido parecido al siseo de un gigantesco gusano de arena cuando Jessica apareció. Levantó sus brazos en el signo de bendición que los Sacerdotes habían condicionado en todo el Imperio. Con significativos grupos de retardados, pero obedeciendo como si fuera un solo organismo, la multitud cayó de rodillas. Incluso los séquitos oficiales.

Jessica anotó los lugares donde se habían producido los retrasos, y supo que otros ojos tras ella, así como entre sus agentes en la multitud, habían memorizado un mapa de tiempos con sus respectivas localizaciones.

Mientras Jessica permanecía con los brazos alzados, Gurney y sus hombres emergieron. Avanzaron sibilinamente por sus lados y descendieron la rampa, ignorando las sorprendidas miradas del séquito oficial que les recibía y uniéndose a los agentes que se identificaron a sí mismos con una seña de su mano. Rápidamente se abrieron camino a través de la marea humana, saltando masas de figuras arrodilladas, fintando en los estrechos pasillos que quedaban libres. Unos pocos de sus blancos se dieron cuenta del peligro e intentaron huir. Esos fueron los más fáciles: un golpe de cuchillo, un lazo en el cuello, y los fugitivos se derrumbaron. Otros fueron inmovilizados en sus lugares y sacados de entre la multitud, las manos atadas, los pies trabados.

Mientras ocurría todo esto, Jessica permanecía con los brazos alzados, bendiciendo con su presencia, manteniendo sometida a la multitud. Podía captar los signos de los inequívocos rumores que se estaban alzando, y supo cuál era el que dominaba tras lo ocurrido: «*La Reverenda Madre regresa para extirpar a los indolentes. Bendita sea la madre de nuestro Señor!*».

Cuando todo hubo terminado —algunos cadáveres diseminados por la arena, algunos prisioneros llevados al interior, bajo la torre de aterrizaje—, Jessica bajó los brazos.

Habían transcurrido quizá tres minutos. Sabía que era casi imposible que entre los hombres capturados por Gurney y los suyos hubiera alguno de los cabecillas, aquellos que representaban la peor amenaza. Estos eran gente hábil y precavida. Pero entre los prisioneros podía haber algún pez interesante, además de los habituales desechos y estúpidos.

Jessica bajó los brazos y, aliviada, la multitud se puso en pie.

Como si nada fuera de lo habitual hubiera ocurrido, Jessica descendió sola la rampa, evitando a su hija y dirigiendo ostensiblemente su atención a Stilgar. La barba negra que surgía de la parte inferior del óvalo de la capucha de su destiltraje formaba como un delta salpicado de gris, pero sus ojos tenían aquella misma intensidad completamente azul que habían evidenciado en su primer encuentro en el desierto.

Stilgar sabía lo que acababa de ocurrir, y lo aprobaba.

Seguía siendo un auténtico Naib Fremen, un conductor de hombres, capaz de tomar decisiones de sangre. Sus primeras palabras correspondieron enteramente a su carácter:

—Bienvenida al hogar, mi Dama. Siempre causa placer ver una acción directa y efectiva.

Jessica se permitió una leve sonrisa.

—Cierra el espaciopuerto, Stil. Que nadie salga hasta que hayamos interrogado a los que hemos cogido.

—Ya está hecho, mi Dama —dijo Stilgar—. El hombre de Gurney y yo planeamos esto conjuntamente.

—Entonces eran tus hombres los que nos han ayudado.

—Algunos de ellos, mi Dama.

Jessica captó una oculta reserva. Asintió.

—Me estudiaste muy bien en aquellos viejos tiempos, Stil.

—Aunque os costara decírmelo, mi Dama, uno observa a los supervivientes y aprende de ellos.

Alia avanzó hacia ellos, y Stilgar se apartó a un lado mientras Jessica se enfrentaba a su hija.

Sabiendo que no había razón alguna para ocultar lo que sabía Jessica ni siquiera lo intentó. Alia podía leer minuciosamente a su alrededor siempre que lo deseara, tan bien como cualquier adepto de la Hermandad. Lo que había ocurrido a la llegada de Jessica había sido correctamente visto e interpretado. Había enemigos para quienes la palabra *mortal* era tan sólo una aproximación superficial.

Alia escogió la cólera como la reacción más fácil y adecuada.

—¿Cómo te has atrevido a planear una acción como ésta sin consultarme? —preguntó, acercando su rostro al de Jessica.

—Como acabas de oír —respondió Jessica, impasible—, Gurney ni siquiera me informó a mí del plan. Pensó que...

—¡Y tú, Stilgar! —restalló Alia, girándose hacia él—. ¿De este modo *eres* leal?

—Mi juramento fue hecho hacia los hijos de Muad'Dib —dijo Stilgar, hablando rígidamente—. Hemos destruido un peligro que se cernía sobre ellos.

—¿Y esto no te llena de alegría... hija? —preguntó Jessica.

Alia parpadeó, mirando de nuevo a su madre, ahogando su tormenta interior y extirpando una forzada sonrisa.

—*Estoy* llena de alegría... madre —dijo. Y para su propia sorpresa, Alia se dio cuenta de que realmente *estaba* alegre, experimentando un intenso placer que la invadía por completo e irradiaba de ella hacia su madre. El momento que había estado temiendo había pasado, y el equilibrio de poderes no había cambiado en

absoluto—. Discutiremos esto con mayor detalle en un momento más adecuado —dijo, hablando tanto a su madre como a Stilgar.

—Por supuesto —dijo Jessica, dando por terminada la conversación y girándose para enfrentar a la Princesa Irulan.

Por unos breves latidos de corazón, Jessica y la Princesa permanecieron inmóviles, silenciosas, estudiándose mutuamente... dos Bene Gesserit que habían roto con la Hermandad por idéntica razón: amor... ambas por amor a un hombre que ahora estaba muerto. Aquella Princesa había amado a Paul en vano, convirtiéndose en su esposa pero no en su compañera. Y ahora vivía tan sólo para los hijos que había recibido Paul de su concubina Fremen, Chani.

Jessica fue quien habló primero:

—¿Dónde están mis nietos?

—En el Sietch Tabr.

—Entiendo; es demasiado peligroso aquí para ellos.

Irulan se permitió una leve inclinación de cabeza. Había observado el enfrentamiento entre Jessica y Alia, haciendo suya rápidamente la interpretación de Alia: *«Jessica ha vuelto a la Hermandad, y ambas sabemos que tienen planes para los hijos de Paul»*. Irulan nunca había sido la más aprovechada de las adeptas Bene Gesserit... su único mérito había sido en realidad ser una de las hijas de Shaddam IV, a menudo demasiado orgullosa como para preocuparse por ampliar capacidades. Ahora se inclinó hacia uno de los dos bandos con una rapidez que no hablaba mucho en favor de su adiestramiento.

—Realmente, Jessica —dijo—, el Consejo Real debería haber sido consultado. Fue una equivocación por tu parte el actuar sin más apoyo que...

—¿Debo entender que ninguna de vosotras confía en Stilgar? —preguntó Jessica.

Irulan poseía la suficiente sensatez como para darse cuenta de que no había respuesta posible a tal pregunta. Se sintió feliz cuando el delegado de los Sacerdotes, incapaz de contener más tiempo su impaciencia, se abrió camino hasta ellos.

Intercambió una mirada con Alia, pensando: *¡Jessica esta más arrogante y segura de sí misma que nunca! Pero un axioma Bene Gesserit acudió de pronto a su mente: «Los arrogantes no hacen más que construir los muros del castillo tras los cuales intentan ocultar sus dudas y sus miedos»*. ¿Era eso cierto también con Jessica? Seguramente no. Entonces debía ser una pose. ¿Pero con qué propósito? La cuestión inquietaba a Irulan.

Los sacerdotes se apiñaban ruidosamente en torno a la Madre de Muad'Dib. Algunos tan sólo rozaban sus brazos, pero la mayor parte de ellos se inclinó ante ella profiriendo frases de saludo. Finalmente, los jefes de la delegación creyeron llegado su turno con la Muy Santa Reverenda Madre, tras aceptar el papel impuesto —«Los primeros serán los últimos»— con afectadas sonrisas, diciéndole que la ceremonia

oficial de Purificación les aguardaba en la Ciudadela, la antigua fortaleza amurallada de Paul.

Jessica estudió al par de hombres, hallándolos repelentes. Uno se llamaba Javid, un hombre joven de ariscas facciones y redondeadas mejillas, con unos ojos sombríos que no podían disimular las sospechas que anidaban sus profundidades. El otro era Zebataleph, el segundo hijo de un Naib al que ella había conocido en sus días Fremen, como él se apresuró a recordarle. Era fácil clasificarlo: fingida cordialidad sobre una crueldad evidente, un rostro delgado enmarcado por una barba rubia, y una aureola de secretas excitaciones y poderoso conocimiento. Juzgó a Javid y con mucho el más peligroso de los dos, un hombre reservado, simultáneamente magnético y —no podía encontrar otra palabra más adecuada— *repelente*. Notó un extraño acento, lleno de viejas pronunciaciones Fremen, como si hubiera venido de alguna aislada tribu de su pueblo.

—Dime, Javid —preguntó—, ¿de dónde vienes?

—Tan sólo soy un simple Fremen del desierto —dijo él, con cada sílaba destilando mentira.

Zebataleph intervino con una deferencia ofensiva, casi burlona:

—Tenemos muchas cosas que hablar de los viejos días, mi Dama. Yo fui uno de los primeros, ¿sabéis?, en reconocer la naturaleza sagrada de la misión de vuestro hijo.

—Pero tú no has sido nunca uno de sus Fedaykin —dijo ella.

—No, mi Dama. Fui poseído por inclinaciones más filosóficas: elegí el camino del sacerdocio.

*Y así aseguraste la conservación de tu piel*, pensó ella.

—Nos aguardan en la Ciudadela, mi Dama —dijo Javid. De nuevo lo extraño de su acento fue una pregunta abierta que solicitaba respuesta.

—¿Quién nos aguarda? —preguntó Jessica.

—La Convocación de los Creyentes, todos aquellos que mantienen encendido el nombre y las acciones de tu santo hijo —dijo Javid.

Jessica miró a su alrededor, vio a Alia sonriéndole a Javid, y le preguntó:

—¿Es este hombre uno de tus elegidos, hija?

Alia asintió.

—Es un hombre destinado a grandes empresas.

Pero Jessica se dio cuenta de que Javid no se mostraba complacido con aquella atención, y pensó que debía recomendarle a Gurney que lo vigilara de cerca. Y en aquel preciso momento llegó Gurney, seguido por cuatro hombres de confianza, comunicando que los sospechosos estaban siendo interrogados. Andaba con el paso recio de un hombre poderoso, mirando a derecha e izquierda, observándolo todo a su alrededor, con todos sus músculos en aquella tensa relajación que ella le había

enseñado extrayéndola del manual *prana-bindu* de la Bene Gesserit. Era un temible manojo de estriados reflejos, un asesino, el terror de muchos, pero Jessica lo quería y lo apreciaba por encima de cualquier otro hombre. La cicatriz de un latigazo de estigma le cruzaba la mejilla dándole una apariencia siniestra, pero una sonrisa ablandó su rostro cuando vio a Stilgar.

—Bien hecho, Stil —dijo. Y se estrecharon los brazos al estilo Fremen.

—La Purificación —dijo Javid, tocando el brazo de Jessica.

Jessica dio un paso atrás, eligiendo cuidadosamente sus palabras y usando el controlado poder de la Voz, con el tono y la pronunciación calculados para obtener el efecto emocional necesario en Javid y Zebataleph:

—He vuelto a Dune para ver a mis nietos. ¿Debo perder tiempo en estas estupideces sacerdotales?

Zebataleph reaccionó sorprendido, su boca se abrió, sus ojos se agrandaron, miró a su alrededor a todos los que habían oído. Sus ojos registraron a cada uno de ellos. *¡Estupideces sacerdotales!* ¿Qué efecto producirían aquellas palabras venidas de la madre de su mesías?

Javid, sin embargo, confirmó el juicio de Jessica sobre él. Su boca se apretó en una dura línea, luego sonrió. Pero sus ojos no sonrieron ni escrutaron a los oyentes. Javid sabía de memoria quien era cada miembro de su grupo que estaba allí. Había trazado ya un mapa mental de todos aquellos que estaban al alcance de las palabras recientemente pronunciadas que a partir de aquel momento debían ser estrechamente vigilados. Tan sólo unos segundos más tarde dejó bruscamente de sonreír, al darse cuenta del modo cómo se había traicionado a sí mismo. Sabía los poderes de observación que poseía Dama Jessica. Dedicó una breve y seca inclinación de cabeza en homenaje a aquellos poderes.

Con una iluminación mental Jessica supo lo que debía hacer a continuación. Una sutil seña a Gurney con la mano provocaría la muerte de Javid. En aquel mismo momento, para impresionar a los demás, o suavemente, más tarde, haciéndola aparecer como un accidente.

*Incluso cuando intentamos ocultar nuestros más secretos impulsos, pensó, todo nuestro cuerpo los traiciona, gritándolos al exterior.* Todo el adiestramiento Bene Gesserit giraba en torno a esta revelación... alzando a los adeptos por encima de ella y enseñándoles a leer en la abierta piel de los demás. Vio que la inteligencia de Javid era inapreciable, un peso que había que tener en cuenta en la balanza. Si conseguía pasarlo a su platillo, podría convertirse en el lazo que necesitaba, el cabo que le permitiría penetrar en la comunidad sacerdotal de Arrakeen. Y además era uno de los hombres de Alia.

—Mi escolta oficial es pequeña —dijo Jessica todos modos hay lugar para una persona más. Javid, te unirás a nosotros. Lo siento, Zebataleph. Y, Javid... acudiré a

esta... ceremonia, si tú insistes.

Javid se concedió un profundo suspiro y dijo en voz muy baja:

—Como ordene la madre de Muad'Dib. —Miró a Alia, luego a Zebataleph, luego a Jessica—. Lamento retrasar el encuentro con vuestros nietos, pero existen, esto, razones de estado...

*Muy bien, pensó Jessica. Después de todo, no es nada más que un hombre de negocios. Una vez hayamos acordado el precio adecuado; lo compraremos. Y se descubrió a sí misma alegrándose del hecho de que él insistiera en su preciosa ceremonia. Aquella pequeña victoria le había dado un cierto poder ante sus compañeros, y ambos lo sabían. Aceptar su ceremonia de Purificación podía ser un pago sus futuros servicios.*

—Imagino que habrás pensado en el transporte —dijo.



Y este es el camaleón del desierto, cuya habilidad para confundirse con lo que lo rodea te dice todo lo que necesitas saber acerca de las raíces de la ecología y los fundamentos de la identidad personal.

Libro de las Diatribas, de la *Crónica de Hayt*

Leto estaba sentado, tocando en un pequeño baliset que le había sido regalado en su quinto cumpleaños por aquel consumado artista del instrumento que era Gurney Halleck.

En cuatro años de práctica, Leto había adquirido una cierta fluidez aunque las dos cuerdas bajas laterales todavía seguían dándole problemas. Sin embargo, había descubierto que el baliset era un buen calmante cuando se sentía atormentado por turbadores pensamientos... y este hecho no había pasado inadvertido a Ghanima. Ahora permanecía sentado a la luz del crepúsculo en un saliente rocoso, en el extremo de la escarpada cresta que protegía el Sietch Tabr. Pulsó suavemente el baliset.

Ghanima permanecía de pie tras él, con su pequeña figura irradiando protesta. No le gustaba haber salido allí a cielo abierto después de saber por Stilgar que su abuela se había retrasado en Arrakeen. Había puesto objeciones principalmente al hecho de acudir allí cuando la noche estaba ya tan cerca.

Intentando apresurar a su hermano, preguntó:

—Bueno ¿y ahora qué te pasa?

Por respuesta, él entonó otra melodía.

Por primera vez desde que había aceptado el regalo, Leto se sintió intensamente consciente de que aquel baliset había surgido de las manos de un maestro artesano de Caladan. El poseía recuerdos heredados que le producían profundas nostalgias de aquel maravilloso planeta sobre el que había gobernado la Casa de los Atreides. Leto hubiera necesitado tan sólo relajar sus barreras interiores en presencia de aquella música para acceder a los recuerdos del tiempo cuando Gurney empleaba el baliset para distraer a su amigo y protegido Paul Atreides. Con el baliset sonando bajo su propia mano, Leto se sintió cada vez más dominado por la presencia física de su padre. Siguió tocando, sintiéndose más unido al instrumento a cada segundo que pasaba. Notó en su interior la absoluta e idealizada realización de que sabía cómo tocar aquel baliset, a pesar de que sus músculos de niño de nueve años no estaban condicionados para tal consciencia interior.

Ghanima tabaleó el suelo con el pie en prueba de impaciencia, siguiendo inconscientemente el ritmo de la música que interpretaba su hermano.

Haciendo con la boca una mueca de concentración, Leto interrumpió la melodía

familiar y escogió una canción más antigua incluso que cualquiera que hubiera interpretado Gurney. Era ya vieja cuando los Fremen emigraron de su quinto planeta. Las palabras resonaron con un tema Zensunni, y las escuchó con su memoria mientras sus dedos pulsaban una titubeante versión de la melodía.

*La maravillosa forma de la naturaleza  
Contiene una esencia maravillosa  
Llamada por algunos... decadencia.  
Por esa maravillosa presencia  
Nuevas vidas hallan su camino.  
Las lágrimas derramadas silenciosamente  
Son como el agua del alma;  
Llaman a la nueva vida  
Con el dolor de existir...  
Un apartado de esta visión  
Que la muerte convierte en completa.*

Ghanima habló a sus espaldas, cuando se perdió el eco de la última nota:

—Es una canción vieja y sucia. ¿Por qué la has escogido?

—Porque es la adecuada.

—¿Se la cantarías a Gurney?

—Quizás.

—Diría que es estúpida y taciturna.

—Lo sé.

Leto miro a Ghanima por encima de su hombro. No le sorprendía que ella conociera aquella canción y su letra, pero se sintió de pronto maravillado ante aquella identidad de sus vidas paralelas. Uno cualquiera de ellos podía morir, y sin embargo permanecería vivo en la consciencia del otro, con todos recuerdos compartidos intactos. Hasta tal punto estaban unidos. Sintió un estremecimiento ante la trama de aquella comunión, y apartó su vista de ella.

Aquella trama contenía desgarrones, lo sabía. Su miedo surgía del último de aquellos desgarrones. Sintió que sus vidas empezaban a separarse y se preguntó: *¿Cómo podré hablarle de esto que tan sólo me ha ocurrido a mí?*

Miró hacia el desierto, viendo las profundas sombras tras las barrancas... aquellas altas dunas migratorias en forma creciente que se movían como olas en torno a Arrakis. Aquello era el *Kedem*, el desierto profundo, y sus dunas eran señaladas raramente en aquellos días por las irregularidades del avance de un gusano gigante. El ocaso diseñaba sangrientas estrías en las dunas, derramando una luz en sus crestas. Un halcón se lanzó en picado desde el cielo carmesí, llamando su atención cuando

capturó en vuelo una perdiz de las rocas.

Directamente debajo de él, en el suelo del desierto, crecían plantas en una profusión de verdes, irrigadas por un qanat que fluía parcialmente al aire libre, parcialmente en túneles cubiertos. El agua venía de los gigantescos colectores de las trampas de viento situadas tras él, en la parte superior de las rocas. El verde estandarte de los Atreides ondeaba allí.

*Agua y verde.*

Los nuevos símbolos de Arrakis: agua y verde.

Un oasis de dunas cultivadas en forma de diamante se extendía bajo su alto pedestal, atrayendo su atención con la agudeza propia de un Fremen. El musical canto de un pájaro nocturno surgió del macizo a sus espaldas, amplificando su sensación de que había vivido ya aquel momento en un salvaje pasado.

*Nous avons changé tout cela*, pensó, utilizando fácilmente una de las antiguas lenguas que él y Ghanima utilizaban en privado. «*Hemos cambiado todo esto*». Suspiró. *Oublier je ne puis*. «*No puedo olvidar*».

Más allá del oasis, pudo ver a la decreciente luz el lugar Fremen llamado «El Vacío»... el lugar donde no crecía nada, el lugar que nunca había sido fértil. El agua y el gran plan ecológico estaban cambiando aquello. Ahora había lugares en Arrakis donde uno podía ver el suave terciopelo verde de las boscosas faldas de las colinas. ¡Bosques en Arrakis! Algunos de los componentes de las nuevas generaciones tenían dificultades para imaginar que aquellas ondulantes colinas verdes recubrían en realidad dunas. Para tales ojos jóvenes no representaba ninguna sorpresa el ver las anchas hojas de los árboles de lluvia. Pero Leto se descubrió a sí mismo pensando ahora a la antigua manera Fremen, reacia al cambio, temerosa ante cualquier novedad.

—Los chicos dicen que ahora es difícil encontrar truchas de arena cerca de la superficie —murmuró.

—¿Y qué se supone que significa eso? —preguntó Ghanima. Había petulancia en su voz.

—Las cosas están empezando a cambiar muy rápidamente —dijo él.

El pájaro volvió a lanzar su reclamo en el macizo, y la noche cayó sobre el desierto como el halcón había caído sobre la perdiz. A menudo la noche sojuzgaba a Leto con un asalto de recuerdos... todas aquellas vidas interiores que clamaban reclamando su momento, Ghanima aceptaba aquel fenómeno mucho más fácilmente que él. Sabía sin embargo de su inquietud, y posó una mano sobre su hombro a modo de aliento.

Arrancó un rabioso acorde del baliset.

¿Cómo podía decirle lo que le estaba ocurriendo?

Dentro de su cabeza había guerras, incontables vidas derramando sus antiguos

recuerdos: accidentes violentos, amores lánguidos, los cambiantes colores de muchos lugares y muchos rostros... los ardientes dolores y las explosivas alegrías de multitudes. Oyó elegías a la primavera de planetas que ya no existían, danzas en el bosque en torno a las hogueras, sollozos y llamadas, un caleidoscopio de innumerables conversaciones.

Su asalto era peor al anochecer, al aire libre.

—¿Quieres que regresemos? —preguntó ella.

Él agitó la cabeza, y ella captó el movimiento y se dio cuenta al fin de que los problemas de su hermano eran mucho más profundos de lo que ella había sospechado.

¿*Por qué aguardo tan a menudo la llegada de la noche allí afuera?*, se preguntó él. Ni siquiera se dio cuenta de que Ghanima había retirado la mano de su hombro.

—Sabes por qué te atormentas a ti mismo de este modo —dijo ella.

Él captó el suave reproche de su voz. Sí, lo sabía. La respuesta yacía allí, obvia, en su consciencia: *Porque ese gran conocido-desconocido se agita dentro de mí como una ola*. Sintió su pasado crecer en su interior como si estuviera esquiando sobre una ola. Los recuerdos de la presciencia de su padre se desparramaban en su interior sobreponiéndose a lo demás, y quería conservar todos aquellos pasados, conservar aquél precisamente. Y sabía que era muy peligroso. Ahora estaba completamente seguro de ello, gracias a aquella nueva cosa de la que tendría que haberle hablado a Ghanima.

El desierto empezaba a resplandecer bajo la naciente luz de la Primera Luna. Miró fijamente la falsa inmovilidad de los pliegues de arena que se extendían hasta el infinito. A su izquierda, a media distancia, se hallaba El Que Espera, un amasijo de rocas que los vientos cargados de arena habían reducido a forma baja y sinuosa parecida a un oscuro gusano arrastrándose entre las dunas. Algún día incluso la roca bajo él se erosionaría hasta tal punto que el Sietch Tabr ya no existiría, ni siquiera en los recuerdos de alguien. No dudaba de que existiera algún otro como él.

—¿Por qué estás mirando a El Que Espera? —preguntó Ghanima.

Leto se encogió de hombros. Desafiando las órdenes de sus guardianes, él y Ghanima iban a menudo a El Que Espera. Habían descubierto un refugio secreto allí, y Leto sabía ahora por qué aquel lugar lo atraía tanto.

Bajo ellos, con las distancias alteradas por la oscuridad, la superficie al aire libre de un qanat se reflejaba a la luz de la luna; su superficie se agitaba con los movimientos de los peces predadores que los Fremen situaban siempre en ellos para mantener alejadas a las truchas de arena.

—Estoy entre los peces y el gusano —murmuró.

—¿Qué?

Leto repitió más alto su frase.

Ghanima se llevó una mano a la boca, empezando a sospechar lo que estaba impulsando a su hermano. Su padre había actuado así; ella no tenía que hacer más que escrutar en su interior y comparar.

Leto se alzó de hombros. Recuerdos que lo ataban a lugares que su carne nunca había conocido se le presentaban con respuestas a preguntas que nunca había formulado. Veía las relaciones entre cosas y hechos desplegarse dentro de él en una gigantesca pantalla interior. El gusano de arena de Dune no podía cruzar el agua; el agua era un veneno para él. Pero el agua había existido allí en tiempos prehistóricos. Los blancos y yesosos pans atestiguaban antiguos lagos y mares. La excavación de profundos pozos había encontrado el agua que la trucha de arena había enquistado. Vio con absoluta claridad lo ocurrido, supo los acontecimientos que se habían producido en aquel planeta, y aquello lo llenó con agoreros presagios sobre los cataclísmicos cambios que estaba desencadenando la intervención humana.

Con una voz que apenas era un susurro, dijo:

—Sé lo que ocurrió, Ghanima.

Ella se inclinó hacia él.

—¿Sí?

—La trucha de arena...

Se interrumpió, y Ghanima se preguntó por qué razón seguía hablando de la fase haploide del gigantesco gusano de arena del planeta, pero no se atrevió a insistir.

—La trucha de arena —repitió él— fue introducida aquí de algún otro planeta. Este era por aquel entonces un planeta húmedo. Pero la trucha de arena proliferó hasta más de la capacidad de equilibrio de los ecosistemas que luchaban contra ella. La trucha de arena enquistó toda el agua que había en estado libre, convirtiendo el planeta en un desierto... y lo hizo para sobrevivir. En un planeta ya lo suficientemente seco, pudo pasar a su fase de gusano de arena.

—¿La trucha de arena? —agitó la cabeza, no porque dudara de él, sino intentando bucear hasta qué profundidades se había sumergido él para extraer aquella información. Pensó: *¿Truchas de arena?* Muchas veces, en su propia carne en otras carnes, había jugado a aquel juego infantil, hurgando con un palo en busca de truchas de arena, atrapándolas con una membrana en forma de guante y llevándolas a los desecadores para que les extrajeran su agua. Era difícil pensar en aquella pequeña criatura sin cerebro como en el origen de fenómenos tan gigantescos.

Leto asintió para sí mismo. Los Fremen habían sabido que había que situar peces predadores en sus cisternas de agua. La haploide trucha de arena resistía activamente e incluso grandes acumulaciones de agua cerca de la superficie del planeta; por eso los predadores nadaban en aquel qanat bajo él. Los gusanos de arena tan sólo toleran pequeñas cantidades de agua... la contenida en las células del cuerpo humano por ejemplo. Pero enfrentados con grandes cantidades de agua, su química orgánica se

volvía loca, estallaba en una mortífera concentración que producía el peligroso concentrado de melange, la droga de la máxima consciencia empleada en forma muy diluida en las orgías del sietch.

Aquel concentrado puro era el que había conducido a Paul Muad'Dib a través de los muros del Tiempo, hasta las profundidades de un pozo de disolución que ningún otro ser macho había alcanzado hasta entonces.

Ghanima sintió que su hermano se estremecía en su asiento, frente a ella.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

Pero él siguió desenrollando la madeja de sus pensamientos.

—Cada vez menos truchas de arena... la transformación ecológica del planeta...

—La resistirán, por supuesto —dijo ella, y se dio cuenta de pronto de que había temor en su voz, sintiéndose implicada en todo aquello.

—Cuando desaparezcan las truchas de arena, desaparecerán también los gusanos —dijo él—. Hay que advertir a las tribus.

—No habrá más especia —dijo ella.

Pero aquellas palabras apenas rozaban el terrible encadenamiento de peligros que ambos veían cernirse sobre la intrusión humana en el antiguo equilibrio ecológico de Dune.

—Esto es lo que Alia sabe —dijo Leto—. Y siente un placer maligno con ello.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso?

—Estoy seguro.

Así supo ella lo que preocupaba a su hermano, y se sintió aliviada por este hecho.

—Las tribus no nos creerán si ella lo niega —dijo.

Aquella aseveración era el problema fundamental de su existencia: ¿qué Fremen esperaría una tal claridad de juicio en un niño de nueve años? Alia, madurando más y más cada día gracias a las múltiples vidas que anidaba en su interior, jugaba con aquello.

—Tenemos que convencer a Stilgar —dijo Ghanima.

Sus cabezas giraron al unísono, y miraron al desierto iluminado por la luna. Ahora era un lugar distinto, cambiado por unos pocos momentos de profunda consciencia. Las interacciones entre el hombre y aquel medio ambiente nunca habían sido tan claras para ellos como ahora. Se sintieron partes integrantes de un sistema dinámico mantenido en un orden delicadamente equilibrado. Aquel nuevo modo de ver las cosas involucraba un real cambio de consciencia que los inundaba con una nueva perspectiva. Tal como había dicho Liet-Kynes, el universo era un lugar de constante diálogo entre las poblaciones animales. La haploide trucha de arena les había hablado como animales humanos.

—Las tribus comprenderán si el agua se ve amenazada —dijo Leto.

—Pero se trata de una amenaza que va mucho más allá del agua. Es una... —

Ghanima se interrumpió, comprendiendo el significado mucho más profundo de sus palabras. El agua era el supremo símbolo del poder de Arrakis. En sus raíces los Fremen seguían siendo animales altamente especializados, supervivientes del desierto, expertos en el gobierno bajo condiciones durísimas. Y a medida que el agua se había ido haciendo más abundante, una extraña transferencia de símbolos se había ido produciendo con la sacramentalización de las antiguas necesidades.

—Estas hablando de una amenaza al poder —le corrigió finalmente Ghanima.

—Por supuesto.

—Pero ¿quién nos va a creer?

—Si ven como ocurre, si ven la pérdida del equilibrio.

—El equilibrio —dijo ella, y repitió las palabras que había pronunciado su padre hacía mucho tiempo—: Esto es lo que distingue un pueblo de un populacho.

Aquellas palabras evocaron también en Leto a su padre, y prosiguió:

—Economía contra belleza... una historia tan vieja como Saba —suspiró, miró a Ghanima por encima de su hombro—. Estoy empezando a tener sueños prescientes, Ghani.

Un áspero gemido escapó de la boca de ella.

—Cuando Stilgar nos dijo que nuestra abuela se había retrasado —murmuró él— ... yo había vivido ya aquel momento. Ahora todos mis otros sueños son sospechosos.

—Leto... —ella agitó la cabeza, con ojos húmedos—. Eso le ocurrió a nuestro padre. No pienses que...

—Me he soñado a mí mismo encerrado en una armadura través de las dunas —dijo él—. Y he estado en Jacurutu.

—Jacu... —Ghanima jadeó—. ¡Ese viejo mito!

—Un lugar real, Ghani! Debo encontrar a ese hombre, al Predicador. Debo encontrarlo e interrogarle.

—¿Crees que es... nuestro padre?

—Hazte tú misma esa pregunta.

—Eso sería algo propio de él —admitió ella—, pero...

—No me gustan las cosas que sé que va a hacer —dijo él—. Por primera vez en mi vida comprendo a mi padre.

Ella se sintió excluida de sus pensamientos y dijo:

—Probablemente el Predicador es tan solo un viejo místico.

—Rezo porque sea así —susurró él—. ¡Oh, como rezo porque sea así! —Se inclinó hacia adelante y se puso en pie. El baliset resonó entre sus manos cuando se movió—. Ojalá sea tan sólo un arcángel Gabriel sin su trompeta. —Se quedó mirando silenciosamente al desierto bañado por la luna.

Ella se giró para seguir la dirección de su mirada, vio la fosforescencia de la

vegetación pudriéndose en el límite de las plantaciones del sietch, con su luminosidad fundiéndose en la ondulada línea de las dunas. Aquel era un lugar viviente al aire libre. Incluso cuando el desierto dormía, algo permanecía despierto en él. Captó aquella vigilia, oyendo bajo ella a los animales bebiendo en el qanat. La revelación de Leto había transformado la noche: aquel era un momento vivo, un tiempo para descubrir las regularidades del perpetuo cambio, un instante en el cual sentir aquel largo movimiento desde su lejano pasado terrestre, todo él encapsulado en sus memorias.

—¿Por qué Jacurutu? —preguntó ella, y su voz átona reveló tensión.

—Porque... no lo sé. Cuando Stilgar nos contó por primera vez cómo fue muerta toda la gente que vivía allí y cómo se convirtió en un lugar tabú, pensé... lo mismo que has pensado tú. Pero ahora viene un peligro de allí... y el Predicador.

Ella no respondió, no pidió que él compartiese con ella algún otro de sus sueños prescientes, que sabían iba a llenarla de terror. Aquel camino conducía hasta la Abominación, y ambos lo sabían. La palabra permaneció inexpresada entre ellos dos, mientras él se giraba e iniciaba su camino entre las rocas en dirección a la entrada del sietch. *Abominación*.



---

El Universo es de Dios. Es una sola cosa, una totalidad frente a la cual todas sus separaciones pueden ser identificadas. La efímera vida, incluso aquella auto-consciente y razonadora que nosotros llamamos vida sensitiva, detenta tan sólo un derecho hereditario de custodia de una porción pequeñísima de la totalidad.

Comentarios de la C.T.E. (Comisión de Traductores Ecuménicos)

Halleck usó el código de las manos para transmitir el mensaje mientras hablaba en voz alta de otras cosas. No le gustaba la pequeña antesala que los sacerdotes le habían asignado para su informe, sabiendo cómo debía estar atiborrada de dispositivos de espía. *Dejemos que intenten decodificar las imperceptibles señales de las manos*, pensó.

Los Atreides habían usado esos medios de comunicación durante siglos sin que nadie llegase a captarlo nunca.

Afuera de noche, pero la estancia no tenía ventanas, dependiendo de la luz emitida por cuatro globos situados en lo alto de los cuatro ángulos.

—Muchos de los de los que hemos cogido eran hombres de Alia —hizo notar Halleck con las manos, mientras observaba el rostro de Jessica y decía en voz alta que los interrogatorios todavía continuaban.

—Tu ya lo anticipaste —replicó Jessica con dedos inquietos. Hizo una inclinación de cabeza y dijo en voz alta—: Espero un informe completo cuando te consideres satisfecho de los resultados, Gurney.

—Por supuesto, mi Dama —dijo él, y sus dedos continuaron—: Hay otra cosa, bastante inquietante. Bajo la acción de drogas profundas, algunos de nuestros cautivos han hablado de Jacurutu y, apenas pronunciar el nombre, han muerto.

—¿Un bloqueo cardíaco condicionado? —preguntaron los dedos de Jessica. Y dijo en voz alta—: ¿Has dejado en libertad a alguno de los cautivos?

—Unos pocos, mi Dama... los más obviamente inocuos. —Y sus dedos añadieron—: Sospechamos un bloqueo cardíaco, pero no estamos seguros todavía. Las autopsias aún no se han completado. He pensado que desearíais saber lo antes posible todo lo referente a Jacurutu y he venido inmediatamente.

—Mi Duque y yo hemos pensado siempre que Jacurutu era una leyenda interesante, basada probablemente en un hecho real —dijeron los dedos de Jessica, ignorando la habitual punzada de dolor que la atravesaba cada vez que hablaba de su hacía tanto tiempo perdido amor.

—¿Tenéis órdenes para mí? —preguntó Halleck en voz alta.

Jessica respondió de igual modo diciéndole que regresara al campo de aterrizaje e informara cuando poseyera información positiva. Pero sus dedos formaron otro mensaje:

—Entra de nuevo en contacto con tus amigos entre los contrabandistas. Si Jacurutu existe, debe sobrevivir vendiendo especia. No hay otro mercado para ellos excepto los contrabandistas.

Halleck inclinó brevemente su cabeza, mientras sus dedos decían:

—Estoy siguiendo ya esta pista, mi Dama. —Y como no podía ignorar el adiestramiento de toda una vida, añadió—: Sed muy cuidadosa en este lugar. Alia es vuestra enemiga, y la mayor parte de los sacerdotes la siguen.

—Javid no —respondieron los dedos de Jessica—. Odia a los Atreides. Dudo que nadie que no sea un adepto lo detecte, pero estoy positivamente segura de ello. Conspira, y no lo sabe.

—Asignaré una guardia adicional a vuestra persona —dijo Halleck en voz alta, ignorando el destello de desagrado que brilló en los ojos de Jessica—. Hay peligros, estoy seguro. ¿Pasaréis aquí la noche?

—Iremos más tarde al Sietch Tabr —dijo ella, y vaciló, a punto de decirle que no le enviara más guardias, pero se detuvo. El instinto de Gurney no había fallado nunca. Más de un Atreides había aprendido aquello, para su placer o su dolor—. Tengo otra entrevista... con el Maestro de Novicios esta vez —dijo—. Es la última, y después me sentiré muy feliz de irme de este lugar.

Y vi a otra bestia surgiendo de la arena; y tenía dos cuernos como un cordero, pero su boca estaba repleta de colmillos y era feroz como la de un dragón, y si cuerpo resplandecía y ardía como un horno y silbaba como una serpiente.

Biblia Católica Naranja Revisada

Se hacía llamar *El Predicador*, y mucha gente de Arrakis, presa de reverencial temor, pensaba que podía ser realmente Muad'Dib de regreso del desierto, no muerto en absoluto. Muad'Dib podía estar vivo; ¿acaso alguien había visto alguna vez su cuerpo? Claro que, ¿quién había visto nunca algún cuerpo de los que se tragaba el desierto? Pero... ¿Muad'Dib? Podían ser establecidos puntos de comparación, aunque nadie de los que lo habían conocido en los viejos días podía decir: «Sí, es Muad'Dib. Lo reconozco».

Pero... Como Muad'Dib, el Predicador era ciego; sus órbitas eran negras y estaban cauterizadas de un modo que tan sólo podía causar un quemador de piedras. Y su voz poseía aquella crujiente penetración, aquella misma fuerza compulsiva que exigía una respuesta desde lo más profundo de uno. Muchos habían notado aquello. El Predicador era delgado, su rostro estaba curtido y lleno de arrugas, sus cabellos eran grisáceos. Pero el desierto profundo le hacía esto a la mayoría de la gente. Uno sólo tenía que mirar a su alrededor para darse cuenta de ello. Y había otro punto de discusión: El Predicador iba guiado por un joven Freemen, un muchacho de quien ningún sietch conocido había oído hablar, que cuando era preguntado respondía que trabajaba a cambio de un salario. Se argumentaba que Muad'Dib, puesto que conocía el futuro, no había necesitado ningún guía excepto al final, cuando el dolor lo había abrumado. Y entonces lo había utilizado, todos lo sabían.

El Predicador había aparecido una mañana de invierno en calles de Arrakeen, una curtida y venosa mano sobre el hombro de su joven guía. El muchacho, que dijo llamarse Assan Tariq, se movía a través de la multitud ciudadana que olía a polvo y a roca, guiando a su pupilo con la práctica agilidad de un gazapo, sin perder ni una vez el contacto.

Fue observado que el hombre ciego llevaba una tradicional bourka sobre un destiltraje que llevaba todas las señales de aquellos que se hacían tan sólo en las cavernas sietch del desierto profundo. No era como los destiltrajes de escasa calidad que se hacían actualmente. El tubo nasal que cambiaba la humedad de la respiración hacia los depósitos de recuperación situados bajo la bourka era en espiral, y estaba recubierto con fibras vegetales en la forma tradicional. La máscara que le cubría la parte inferior del rostro tenía manchas verdosas producidas por la erosión del viento cargado de arena. Todo en el aspecto de aquel Predicador parecía surgido del pasado

de Dune.

Muchos entre la madrugadora multitud de aquel día de invierno notaron su paso. Después de todo, un Fremen ciego era una rareza. La Ley Fremen entregaba a los ciegos a Shai-Hulud. La palabra de la Ley, aunque era menos honrada en los tiempos modernos ricos en agua, seguía inalterada desde los primeros días. Los ciegos eran un regalo a Shai-Hulud. Eran expuestos al abierto *bled* para ser devorados los grandes gusanos. Cuando esto ocurría —y circulaban habladurías al respecto por todas las ciudades—, ocurría allá donde todavía reinaban los grandes gusanos, aquellos llamados los Hombres Viejos del Desierto. Un Fremen ciego era pues una curiosidad, y la gente se detenía para contemplar paso de aquella extraña pareja.

El muchacho aparentaba unos catorce años estándar, un componente de las nuevas generaciones que llevaba uno de aquellos destiltrajes modificados que dejaban el rostro descubierto al aire ávido de humedad. Tenía rasgos delgados, ojos completamente azules, una nariz respingona, y aquella inocua mirada inocente que tan a menudo enmascara en los jóvenes un cínico conocimiento de las cosas. Como contraste, el ciego era un recuerdo de tiempos ya casi olvidados: pasos medidos, y una resistencia que hablaba de muchos años pasados en la arena con tan sólo sus pies o un gusano cautivo para trasladarse de un lugar a otro. Erguía su cabeza con aquella rigidez del cuello que tan sólo algunos ciegos consiguen evidenciar. Su encapuchada cabeza se movía tan sólo cuando algún sonido interesante llegaba hasta su oído.

La extraña pareja siguió avanzando durante todo el día a través de la muchedumbre, llegando finalmente ante la escalinata que era en realidad una serie de amplias terrazas que ascendían hasta la escarpadura donde se hallaba el Templo de Alia, un digno compañero de la Ciudadela de Paul. El Predicador y su joven guía ascendieron hasta la tercera gran explanada, allá donde los peregrinos del Hajj aguardaban por la mañana a que se abrieran las gigantescas puertas sobre ellos. Eran unas puertas tan grandes que admitirían por ellas toda una catedral de cualquiera de las antiguas religiones. Se decía que pasar a través de ellas reducía el alma del peregrino a una mota infinitésima, lo suficientemente pequeña como para pasar a través del ojo de una aguja y penetrar en el paraíso.

Al extremo de la tercera explanada el Predicador se giró, y pareció como si estuviera mirando a su alrededor, viendo con las vacías órbitas de sus ojos los fatuos habitantes de la ciudad, algunos de los cuales eran Fremen, con ropas que simulaban destiltrajes pero que eran tan sólo tejidos decorativos, viendo los anhelantes peregrinos desembarcados apenas de los transportes espaciales de la Cofradía y esperando dar aquel primer devoto paso en el camino que iba a asegurarles un lugar en el paraíso.

La explanada era un lugar ruidoso: allí estaban los Cultistas del Espíritu Mahdi, con sus ropas verdes y llevando halcones amaestrados a graznar su «llamada a los

cielos». Gritones vendedores ofrecían comida. Se vendía todo tipo de cosas, y las voces que las proclamaban resonaban competitiva estridencia: allí estaba el Tarot de Dune con sus opúsculos de comentarios impresos en hilo shiga. Un vendedor mostraba exóticos trozos de tela, «¡garantizados de haber sido tocados por el propio Muad'Dib en persona!».

Otro exhibía ampollitas de agua «certificada su procedencia del Sietch Tabr, donde vivió Muad'Dib». A través de todo ello se oían conversaciones en un centenar o más de dialectos del Galach, entremezclados con los sonidos secos, ásperos y guturales de las muchas otras lenguas de planetas anexionados al Sagrado Imperio. Danzarines rostro y otros pequeños seres presumiblemente procedentes de los planetas artesanos de los tleilaxu danzaban y saltaban a través de multitud, destacando en sus brillantes ropas. Había rostros delgados y rostros gordos, repletos de agua. El susurro de nerviosos pies surgía del granuloso platiacero que formaba los amplios peldaños. Y ocasionalmente una voz lamentosa se alzaba de entre la cacofonía reinante con una plegaria:

—¡Mua-a-a-ad'Dib! ¡Mua-a-a-ad'Dib! Te suplico que acojas mi alma! Tú, que has sido ungido por Dios, acoge mi alma! Mua-a-a-ad'Dib!

Allá cerca, entre los peregrinos, dos actores callejeros actuaban por unas pocas monedas, recitando los versos de la popular «Disputa entre Armistead y Leandgrah».

El Predicador irguió la cabeza para escuchar.

Los actores eran hombres de ciudad de mediana edad, con voces aburridas. A una voz de mando, el joven guía se los describió al Predicador. Iban vestidos con ropas sueltas, largas, que ni siquiera pretendían simular destiltrajes sobre sus cuerpos ricos en agua. Assan Tariq los encontró divertidos pero el Predicador se lo recriminó.

El actor que representaba la parte de Leandgrah estaba en aquellos momentos concluyendo su perorata:

—¡Bah! El universo puede ser asido tan sólo por la mano sensitiva. Esa mano es la que guía tu precioso cerebro, y guía todas las cosas que emanan de este cerebro. Puedes ver lo que has creado, puedes *empezar* a sentir, ¡tan sólo después de que la mano haya realizado su trabajo!

Unos diseminados aplausos premiaron su actuación. El Predicador olisqueó, y las aletas de su nariz recogieron los intensos olores de aquel lugar: exhalaciones de destiltrajes mal ajustados, almizcles de diverso origen para disimular el olor corporal, el habitual olor a pedernal del polvo, exhalaciones de incontables dietas exóticas, y el aroma de raros inciensos prendidos en el interior del Templo de Alia y que surgían ahora al exterior arrastrados por las corrientes de aire. Los pensamientos del Predicador se reflejaron en su rostro mientras absorbía los alrededores: *¡A esto hemos llegado, nosotros los Fremen!*

La atención de la multitud que abarrotaba la explanada se vio desviada por un

repentino espectáculo. Unos Danzarines de la Arena habían penetrado en la plaza al pie de la escalinata, medio centenar de ellos, atados los unos a los otros con cuerdas de elacca. Obviamente llevaban danzando así desde hacía días, buscando alcanzar el éxtasis. La espuma resbalaba por la comisura de sus bocas mientras saltaban y golpeaban el suelo con los pies al ritmo de su secreta música. Más de un tercio de ellos colgaban inconscientes de sus cuerdas, siendo arrastrados y agitados por los otros como marionetas al extremo de sus hilos. Una de aquellas marionetas recuperó en aquel instante el conocimiento, y la multitud pareció comprender lo que iba a ocurrir a continuación.

—¡He *vi-i-isto!* —graznó el recién despertado danzarín—. ¡He *vi-i-i-isto!* —Resistió el empuje de los demás danzarines, mirando a diestra y siniestra con ojos alocados—. ¡Donde ahora está esta ciudad, tan sólo quedará arena! ¡He *vi-i-i-isto!*

Una estruendosa risotada surgió de los espectadores. Incluso los nuevos peregrinos se unieron a ella.

Aquello era demasiado para el Predicador. Levantó ambos brazos y rugió con una voz que seguramente había mandado a conductores de gusanos:

—¡Silencio!

Toda la multitud que atiborraba la plaza calló ante aquel grito de batalla.

El Predicador apuntó una delgada mano hacia los danzarines, y la ilusión de que los estaba viendo realmente originó un estremecimiento.

—¿No oísteis a aquel hombre? ¡Blasfemos e idólatras! ¡Todos vosotros! La religión de Muad'Dib no es Muad'Dib. ¡Él la desprecia como os desprecia a vosotros! La arena cubrirá este lugar. La arena os cubrirá a todos vosotros.

Diciendo esto, bajó sus brazos, apoyó una mano en el hombro de su joven guía, y ordenó:

—Sácame de este lugar.

Quizá fueron las palabras que había elegido el Predicador: *¡El la desprecia como os desprecia a vosotros!* Quizá fue su tono, realmente mucho más que humano, una vocalización a buen seguro adiestrada en las artes de la Voz Bene Gesserit, de ordenar con las variaciones más pequeñas de la más sutil inflexión. Quizá fuera tan sólo el misticismo inherente de aquel lugar, donde Muad'Dib había vivido y andado y gobernado. Alguien gritó desde la explanada, dirigiéndose al Predicador, que le había vuelto la espalda, con una voz que temblaba con un temor religioso:

—¿Es este hombre Muad'Dib que ha vuelto entre nosotros?

El Predicador se detuvo, buscó algo en una bolsa bajo su bourka y sacó un objeto que tan sólo los que estaban más cerca de él reconocieron. Era una mano humana momificada por el desierto, una de las bromas que el planeta jugaba con la muerte, haciéndolas surgir ocasionalmente fuera de la arena, y que eran consideradas universalmente como mensajes de Shai-Hulud. La mano estaba completamente

disecada en forma de un puño cerrado, y se truncaba en la muñeca, por donde surgía un blanco hueso fuertemente erosionado por los vientos cargados de arena.

—¡Traigo la Mano de Dios, y eso es todo lo que traigo! —gritó el Predicador—. Hablo en nombre de la Mano de Dios. Soy el Predicador.

Algunos pensaron que la mano era la de Muad'Dib, pero se sintieron fascinados por aquella imperiosa presencia y aquella terrible voz... y así fue como Arrakis supo su nombre. Pero aquella no fue la última vez que oyeron su voz.

Se dice comúnmente, mi querido Georad, que existe una gran virtud natural en la experiencia de la melange. Quizá sea cierto. Pero quedan profundas dudas en mi interior acerca de que cualquier uso que se haga de la melange dé como resultado alguna virtud. Me parece que ciertas personas han corrompido el uso de la melange, desafiando así a Dios. En palabras del Ecumenon, han desfigurado el alma. Se limitan a rozar la superficie de la melange y creen alcanzar con ello la gracia. Así se burlan de sus seguidores, causan gran daño a la devoción, y distorsionan maliciosamente el significado de este abundante don, sin duda una mutilación que va más allá del poder humano de restauración. Para identificarse realmente con la virtud de la especia, incorrupto en todos los aspectos, colmado de grandes honores, un hombre debe hacer que sus palabras y sus actos concuerden. Si tus acciones describen un sistema de perversas consecuencias, deberás ser juzgado por esas consecuencias y no por tus justificaciones. Es por eso por lo que no debemos juzgar a Muad'Dib.

*La Herejía Pedante*

Era una pequeña estancia oliendo a ozono, reducida a un penumbroso grisor a causa de los globos apagados y de la luz azul metálica que emergía de una única pantalla monitora de telecámara. La pantalla tenía casi un metro de ancho y tan solo dos tercios de metro de alto. Revelaba con todo detalle un árido valle rocoso, donde dos tigres laza devoraban los sangrantes restos de una reciente presa. En la ladera de la colina, por encima de los tigres, podía verse a un hombre con uniforme de trabajo Sardaukar, con insignias de Levenbrech en el cuello. En su pecho llevaba un dispositivo de servocontrol.

Una amplia silla a suspensor estaba situada frente a la pantalla, ocupada por una mujer de edad indeterminada, pelirroja. Su rostro tenía forma de corazón, y sus dos delgadas manos se aferraban a los brazos de la silla mientras miraba. Su cuerpo quedaba oculto debajo de su amplia ropa blanca bordada en oro. A su derecha, a un paso de ella, permanecía de pie un fornido hombre vestido con el uniforme bronce y oro de un Ayudante de Bashar de los antiguos Sardaukar Imperiales. Sus grisáceos cabellos estaban cortados al ras sobre su rostro cuadrado, duro, desprovisto de emociones.

La mujer tosió y dijo:

—Ha ocurrido tal como habías predicho, Tyekanik.

—Evidentemente, Princesa —dijo el Ayudante de Bashar con voz ronca.

Ella sonrió al captar la tensión en la voz del hombre y preguntó:

—Dime, Tyekanik, ¿cómo crees que se sentirá mi hijo bajo el título de Emperador Farad'n I?

—El título le sienta como un guante, Princesa.

—Esta no era mi pregunta.

—Pienso que quizá no apruebe algunas de las cosas que hemos hecho y debemos



hacer para, esto, conseguirle el título.

—Tú siempre... —se giró, mirándolo duramente en la penumbra—... serviste bien a mi padre. No fue culpa tuya que se dejara arrebatarse el trono por los Atréides. Pero seguramente el resquemor de esta pérdida debe arder en tu interior tanto como en el de...

—¿Tiene la Princesa Wensicia alguna otra tarea especial para mí? —preguntó Tyekanik. Su voz seguía siendo ronca, pero ahora había un tono cortante en ella.

—Tienes la mala costumbre de interrumpirme —dijo ella.

Él sonrió, desplegando la hilera de sus dientes, que resplandecieron a la luz de la pantalla.

—A veces me recordáis a vuestro padre —dijo—. Siempre los mismos circunloquios antes de hacer una... esto, pregunta delicada.

Ella apartó bruscamente su mirada de él para ocultar su irritación, y dijo:

—¿Crees realmente que esos tigres lazarán a mi hijo en el trono?

—Es muy posible, Princesa. Debéis admitir que esos pequeños bastardos de Paul Atréides no serán más que dos jugosos bocados para los dos tigres. Y con los gemelos eliminados... —se alzó de hombros.

—El nieto de Shaddam IV se convierte en el sucesor lógico —dijo ella—. Si conseguimos anular las objeciones de los Fremen, del Landsraad y de la CHOAM, sin mencionar a los posibles supervivientes Atréides que puedan...

—Javid me garantiza que su gente puede encargarse de Alia fácilmente. Y no cuento a Dama Jessica como una Atréides. ¿Quién más queda?

—El Landsraad y la CHOAM se inclinarán siempre hacia el lugar donde esté el beneficio —dijo ella—. Pero, ¿y los Fremen?

—¡Los ahogaremos en su religión de Muad'Dib!

—Es más fácil de decir que de hacer, mi querido Tyekanik.

—Lo sé —dijo él—. Estamos de nuevo con la antigua argumentación.

—La Casa de los Corrino ha hecho cosas peores para obtener el poder —dijo ella.

—Pero abrazar esta... ¡esta religión Mahdi!

—Mi hijo te respeta —dijo ella.

—Princesa, ansío que llegue el día en que la Casa de los Corrino regrese al lugar de poder que le corresponde por derecho. Y lo mismo puede decirse de todos los Sardaukar que hay aquí en Salusa. Pero si vos...

—¡Tyekanik! Este es el planeta Salusa Secundus. No te pongas tú también en la indolencia que se está extendiendo por todo el Imperio. Todo el nombre, el título completo... Hay que prestar atención a los menores detalles. Estos atributos ¡Los que derramarán la sangre de la vida de los Atréides en las arenas de Arrakis! ¡Los menores detalles, Tyekanik!

El hombre sabía lo que había tras aquel ataque. Formaba parte de la furtiva

astucia que había aprendido de su hermana, Irulan. Hizo ademán de irse.

—¿Me has oído, Tyekanik?

—Os he oído, Princesa.

—Quiero que abracés esa religión de Muad'Dib —dijo ella.

—Princesa, caminaré sobre el fuego por vos, pero eso...

—¡Es una orden, Tyekanik!

El hombre tragó saliva y miró a la pantalla. Los tigres Laza habían acabado su festín y estaban ahora echados en la arena haciendo su toilette, con sus largas lenguas lamiendo sus patas delanteras.

—Una *orden*, Tyekanik... ¿has comprendido?

—He oído y obedezco, Princesa —su voz no cambió de tono.

Ella suspiró.

—Oh, si al menos mi padre estuviera vivo...

—Si, Princesa.

—No te burles de mi, Tyekanik. Sé lo desagradable que esto es para ti. Pero si tú das el ejemplo...

—Puede que él no lo siga, Princesa.

—Lo seguiré. —Ella señaló la pantalla—. Se me ocurre que el Levenbrech de ahí fuera podría convertirse en un problema.

—¿Un problema? ¿Cómo?

—¿Cuánta gente sabe eso de los tigres?

—Ese Levenbrech, que es quien los ha adiestrado... un piloto de transporte, vos, y por supuesto... —se golpeó el pecho.

—¿Y los que los compraron?

—No saben nada. ¿De qué tenéis miedo, Princesa?

—Mi hijo es, bueno, muy sensible.

—Los Sardaukar no revelan ningún secreto —dijo él.

—Ni tampoco los muertos —avanzó una mano y pulsó un botón rojo bajo la iluminada pantalla.

Inmediatamente los tigres Laza alzaron sus cabezas. Se levantaron y miraron hacia la ladera de la colina, hacia el Levenbrech. Moviéndose al unísono, se giraron y empezaron a avanzar a grandes zancadas hacia él.

Primero aparentando calma, el Levenbrech pulsó un botón en su consola de control. Sus movimientos eran seguros de sí, pero cuando los felinos siguieron su ascensión hacia donde estaba él empezaron a hacerse frenéticos, apretando el botón cada vez más fuertemente. Una luz de repentina comprensión iluminó entonces su rostro, y su mano saltó en busca del cuchillo que colgaba de su cintura. Pero ya era demasiado tarde. Unas afiladas garras golpearon su pecho, derribándolo de espaldas. Mientras caía, el otro tigre alcanzó su cuello en un gran salto y cerró la potente tenaza

de sus mandíbulas. Sus vértebras cervicales crujieron.

—Hay que prestar atención a los detalles —dijo la Princesa. Se giró, envarándose al ver que Tyekanik tenía su cuchillo en la mano. Pero presentaba la empuñadura hacia ella, manteniendo la hoja apuntada a su propio cuerpo.

—Quizá deseéis usar mi propio cuchillo para cumplir así con otro detalle —dijo.

—¡Mete ese cuchillo en su funda y deja de hacer el estúpido! —restalló ella, furiosa—. A veces, Tyekanik, parece que estás intentando que yo...

—Ese era un buen elemento, Princesa. Uno de mis mejores hombres.

—Uno de *mis* mejores hombres —le corrigió ella.

El suspiró profunda y temblorosamente, mientras enfundaba el cuchillo.

—¿Y el piloto del transporte?

—Sufrirá un accidente —dijo ella—. Le recomendarás que emplee la máxima prudencia cuando reciba de nuevo los tigres. Y, por supuesto, cuando haya entregado nuestras mascotas a los hombres de Javid en el transporte... —miró el cuchillo.

—¿Es una orden, Princesa?

—Lo es.

—Y luego, ¿deberé dejarme caer sobre la punta de mi propio cuchillo, u os encargaréis vos misma de este... detalle?

—Tyekanik, si no estuviera absolutamente convencida de que te *dejarías caer* sobre la punta de tu propio cuchillo a orden mía, no estarías de pie aquí a mi lado... armado.

El hombre tragó saliva, mirando a la pantalla. Los tigres estaban comiendo de nuevo.

Ella evitó mirar la escena, siguiendo con la vista fija en Tyekanik mientras decía:

—Además, diles a nuestros proveedores que no nos proporcionen más parejas de chicos que correspondan a la descripción.

—Como ordenéis, Princesa.

—No uses ese tono conmigo, Tyekanik.

—Sí, Princesa.

Los labios de la mujer se convirtieron en una delgada línea. Luego:

—¿Cuántos pares de trajes como esos tenemos todavía?

—Seis pares, completos con destiltrajes y botas de arena, todos ellos con la insignia de los Atreides bordada.

—¿Ropajes tan ricos como los que llevaban ese par? —señaló con la cabeza hacia la pantalla.

—Dignos de reyes, Princesa.

—Hay que prestar atención a los detalles —dijo ella—. Las ropas deben ser enviadas a Arrakis como regalo para nuestros reales primos. Regalo de mi hijo. ¿Comprendes, Tyekanik?

—Por completo, Princesa.

—Hazle que escriba una nota adecuada a las circunstancias. Algo así como que les envía esos pocos indignos atuendos como muestra de su devoción a la Casa de los Atreides.

—¿Y la ocasión?

—Puede ser un cumpleaños o algún día sagrado o algo parecido, Tyekanik. Lo dejo a tu elección. Tengo plena confianza en ti, amigo mío.

El la miró en silencio.

El rostro de ella se endureció.

—Tú lo sabes bien. ¿En qué otra persona puedo confiar desde la muerte de mi marido?

Él se alzó de hombros, pensando en cómo imitaba ella a la araña. Debía evitar a toda costa el intimar con ella, como sospechaba que había hecho aquel desgraciado Levenbrech.

—Y, Tyekanik —dijo ella—, otro detalle más.

—Sí, Princesa.

—Mi hijo está siendo adiestrado para gobernar. Llegará un tiempo en el que deberá tomar la espada con sus propias manos. Tú sabrás cuando llegará ese momento. Quiero ser inmediatamente informada de ello.

—Como ordenéis, Princesa.

Ella se echó hacia atrás en su asiento, mirando fríamente a Tyekanik.

—Tú no me apruebas, lo sé. Pero no tiene ninguna importancia para mí mientras recuerdes la lección del Levenbrech.

—Era muy bueno con los animales, pero sustituible; sí, Princesa.

—¿No es eso lo que quiero decir!

—¿No? Entonces... no comprendo.

—Un ejército —dijo ella— está compuesto por partes intercambiables, enteramente sustituibles. Ésta es la lección del Levenbrech.

—Partes intercambiables —dijo él—. ¿Incluido el mando supremo?

—Sin un mando supremo no hay razón para un ejército, Tyekanik. Es por eso por lo que abrazarás inmediatamente esa religión Mahdi y, al mismo tiempo, iniciarás tu campaña para convertir a mi hijo.

—Inmediatamente, Princesa. Presumo que no querréis que reduzca su educación en las demás artes marciales a expensas de esta... religión.

Ella se levantó bruscamente de la silla, pasó por su lado, se detuvo en la puerta, y habló sin girar la cabeza.

—Alguna vez tentarás mi paciencia más allá del límite, Tyekanik —dijo, y salió de la estancia.

O abandonamos la por largo tiempo alabada Teoría de la Relatividad, o tendremos que dejar de creer que podemos seguir comprometiéndonos en predicciones fiables del futuro. Realmente, el conocimiento del futuro levanta una gran cantidad de preguntas que no pueden ser respondidas a la luz de las convenciones habituales, a menos que proyectemos en primer lugar a un Observador fuera del Tiempo y, en segundo lugar, anulemos cualquier movimiento. Si aceptamos la Teoría de la Relatividad, resulta evidente que el Tiempo y el Observador deben permanecer inmóviles el uno con relación al otro, o se producen interferencias. Esto parecería querer decir que es imposible emprender una predicción del futuro fiable. ¿Cómo, entonces, podemos explicar la continua búsqueda de esta meta visionaria por parte de reputados científicos? ¿Y cómo, entonces, podemos explicar a Muad'Dib?

*Disertaciones sobre la Presciencia*, por HARQ AL-ADA

—Debo decirte algo —dijo Jessica—, aunque sé que mis palabras van a recordarte muchas experiencias de nuestro mutuo pasado, y van a ponerte en una situación de peligro.

Hizo una pausa para observar cuál era la reacción de Ghanima. Estaban sentadas solas, tan sólo ellas dos, sobre blandos almohadones en una de las estancias del Sietch Tabr. Aquella entrevista había requerido considerable habilidad, y Jessica no estaba del todo segura de que hubiera sido ella sola la que había movido los hilos necesarios. Ghanima parecía haberse anticipado a cada uno de sus movimientos.

Hacía aproximadamente dos horas que había amanecido, y la excitación de los saludos de bienvenida y todos los encuentros con viejos conocidos habían pasado. Jessica obligó a su pulso a adoptar un ritmo normal y enfocó su atención en la estancia de paredes de roca llena de oscuros tapices y almohadones amarillos. Para alejar las tensiones acumuladas, se descubrió a sí misma recitando mentalmente la Letanía contra el Miedo del ritual Bene Gesserit.

*«No debo tener miedo. El miedo mata la mente. El miedo es la pequeña muerte que conduce a la destrucción total. Afrontaré mi miedo. Permitiré que pase sobre mí y a través de mí. Y cuando haya pasado, giraré mi ojo interior para escrutar su camino. Allá donde haya pasado el miedo ya no habrá nada. Sólo estaré yo».*

Pronunció en silencio la letanía, e inspiró profunda y calmadamente.

—A veces ayuda —dijo Ghanima—. La Letanía, quiero decir.

Jessica cerró los ojos para ocultar la impresión que le había producido aquella profunda penetración. Había transcurrido mucho tiempo desde que alguien había sido capaz de leer tan íntimamente en su interior. La realización de tal hecho era desconcertante, sobre todo teniendo en cuenta que aquel sorprendente intelecto se ocultaba tras una máscara infantil.

De todos modos, haciendo frente a su miedo, Jessica abrió sus ojos y supo la fuente de su agitación: *Temo por mis nietos*. Ninguno de aquellos niños evidenciaba

el estigma de la Abominación que ostentaba Alia, aunque Leto mostraba señales de ocultar algo aterrador. Aquella era precisamente la razón de que lo hubiera excluido hábilmente de su entrevista.

Con un impulso, Jessica dejó a un lado su inherente máscara emocional, sabiendo lo poco que le serviría alzar barreras a la comunicación. Nunca desde aquellos maravillosos momentos al lado de su Duque había bajado aquellas barreras, y la acción le produjo a la vez alivio y dolor. Existían hechos que ninguna plegaria o letanía podían borrar de la existencia. Huir no dejaría aquellos hechos a sus espaldas. No podían ser ignorados. Algunos elementos de las visiones de Paul se habían ido ordenando, y el tiempo les había dado forma ahora en sus hijos. Eran como un imán en el vacío; el mal y todos los más tristes frutos del poder se arracimaban a su alrededor.

Ghanima, captando el complejo juego de emociones que desfilaban a través del rostro de su abuela, se maravilló de que Jessica hubiera relajado de aquel modo sus controles.

Con un movimiento notablemente sincronizado de sus cabezas, ambas se giraron, sus ojos se encontraron, y se quedaron mirándose a lo más profundo, probándose mutuamente. Sin pronunciar palabra, sus pensamientos se cruzaron.

Jessica: *Me doy cuenta de que puedes ver mi miedo.*

Ghanima: *Ahora sé que me quieres.*

Fue un fugaz momento de mutua confianza. Luego, Jessica dijo:

—Cuando tu padre era tan sólo un muchacho, hice venir a la Reverenda Madre a Caladan para probarlo.

Ghanima asintió. Su recuerdo de aquello era tremendamente vívido.

—Nosotras, las Bene Gesserit, hemos tomado muchas precauciones para asegurarnos de que los hijos que educábamos fueran humanos y no animales. Una no puede guiarse nunca por las apariencias exteriores.

—Esta es la forma como habéis sido adiestradas —dijo Ghanima, y el recuerdo creció en su mente: aquella vieja Bene Gesserit, Gaius Helen Mohiam. Había acudido a Castel Caladan con su venenoso gom jabbar y su caja de ardiente dolor. La mano de Paul (la propia mano de Ghanima en sus recuerdos compartidos) había gritado con la agonía de aquella caja mientras la vieja mujer repetía calmadamente que la muerte acudiría inmediatamente si la mano era extraída del dolor. Y no había ninguna duda de que la muerte estaba agazapada en aquella aguja apoyada en su cuello de niño, presta para clavarse, mientras la cascada voz repetía su razonada exposición:

—*¿Has oído hablar de los animales que se devoran una pata para escapar de una trampa? Esta es la astucia a la que recurriría un animal. Un humano permanecerá cogido en la trampa, soportará el dolor, y fingirá estar muerto para coger por sorpresa al cazador y matarlo, y eliminar así un peligro para su especie.*

Ghanima agitó la cabeza ante el recuerdo de aquel dolor. ¡Quemaba! ¡Quemaba! Paul había imaginado su piel arrugándose y ennegreciéndose y agrietándose en la agonía de aquella caja, dejando al descubierto tan sólo unos huesos descarnados. Y sin embargo todo había sido un truco... la mano estaba intacta. Pero la frente de Ghanima se llenó de sudor ante aquel recuerdo.

—Por supuesto, tú recuerdas esto de una forma que a mi me es imposible recordar —dijo Jessica.

Por un momento, conducida por sus recuerdos, Ghanima vio a su abuela bajo una luz diferente: ¿qué otra cosa podía haber hecho aquella mujer, empujada inexorablemente por las necesidades de su condicionamiento de las escuelas Bene Gesserit? Esto planteaba nuevas preguntas acerca del regreso de Jessica a Arrakis.

—Sería estúpido repetir una tal prueba contigo o con tu hermano —dijo Jessica—. Vosotros ya sabéis en qué consiste. Debo asumir que sois humanos, y que no vais a abusar de vuestros poderes heredados.

—Pero, de hecho, tú no asumes absolutamente nada —dijo Ghanima.

Jessica parpadeó, se dio cuenta de que había alzado de nuevo inconscientemente las barreras, y se apresuró a bajarlas.

—¿Crees en mi amor hacia ti? —preguntó.

—Sí —Ghanima alzó una mano cuando Jessica iba a decir algo—. Pero este amor no te detendrá de destruirnos. Oh, conozco el razonamiento: «Es mejor que el animal-humano muera antes de que se recree y perpetúe». Y esto es especialmente cierto si el animal-humano lleva el nombre de Atreides.

—Tú al menos eres humana —dijo impulsivamente Jessica—. Creo en mi instinto sobre eso.

Ghanima supo que decía la verdad, y dijo:

—Pero no estás segura con respecto a Leto.

—No lo estoy.

—¿Abominación?

Jessica sólo consiguió asentir con la cabeza.

—Todavía no, al menos —dijo Ghanima—. Aunque ambas sabemos el peligro que corre. Podemos ver en Alia el camino que puede recorrer.

Jessica se cubrió los ojos con las manos y pensó: *Ni siquiera el amor puede protegernos de los hechos indeseados.* Y supo que pese a todo seguía amando a su hija, y gritó silenciosamente contra el destino: *¡Alia! ¡Oh, Alia! Me siento desgraciada por la parte que he tenido en tu destrucción.*

Ghanima carraspeó ruidosamente.

Jessica apartó las manos y pensó: *Puedo lamentarme por mi pobre hija, pero ahora me urgen otras necesidades.*

—Así, has comprendido lo que le ha ocurrido a Alia.

—Leto y yo lo vimos ocurrir. Fuimos impotentes para impedirlo, aunque luego discutimos acerca de algunas posibilidades.

—¿Estás segura de que tu hermano está libre de ello?

—Estoy segura.

La tranquila seguridad de aquella afirmación no podía ser negada. Jessica se vio obligada a aceptarla. Entonces dijo:

—¿Cómo conseguisteis escapar de ello?

Ghanima explicó la teoría en la que ella y Leto creían, según la cual su negativa a someterse al trance de la especia, mientras Alia se entregaba a menudo, marcaba la diferencia. Prosiguió revelándole sus sueños y los planes que ellos habían discutido... incluido *Jacurutu*.

Jessica asintió.

—Alia es una Atreides pese a todo, y esto plantea enormes problemas.

Ghanima permaneció silenciosa ante la súbita revelación de que Jessica seguía llorando a su Duque como si hubiera muerto ayer, y mantenía su nombre y su memoria por encima de todas las traiciones. Los recuerdos personales de su vida íntima con el Duque fluyeron a través de la consciencia de Ghanima reforzando su juicio, aunque ablandándolo con la comprensión.

—Ahora —dijo Jessica, con voz enérgica—, ¿qué hay acerca de ese Predicador? Ayer oí algunos informes inquietantes tras aquella condenada ceremonia de la Purificación.

Ghanima se alzó de hombros.

—Podría ser...

—¿Paul?

—Sí, pero no hemos podido verlo para examinarlo.

—Javid se ríe de esos rumores —dijo Jessica.

Ghanima vaciló.

—¿Confías en ese Javid? —dijo finalmente.

Una sardónica sonrisa rozó los labios de Jessica.

—No más de lo que confiáis vosotros.

—Leto dice que Javid se ríe de las cosas reales —dijo Ghanima.

—Tanto peor para Javid y sus risas —dijo Jessica—. ¿Pero crees realmente que mi hijo pueda estar vivo, que haya vuelto en esa forma?

—Decimos que es posible. Y Leto... —Ghanima sintió que su boca se secaba repentinamente al recuerdo de muchos temores que atenazaban su pecho. Se forzó a dominarse, y le contó las otras revelaciones de los sueños prescientes de Leto.

Jessica agitó la cabeza de lado a lado, como herida por algo.

—Leto dice que hay que encontrar a ese Predicador y asegurarnos —dijo Ghanima.



—Sí... Por supuesto. Nunca debí irme de aquí. Fue una cobardía por mi parte.

—¿Por qué te culpas a ti misma? Alcanzaste un límite. Lo sé. Leto también lo sabe. Incluso Alia lo sabe.

Jessica se llevó una mano a la garganta, acariciándosela brevemente. Luego:

—Sí, el problema de Alia.

—Ejerce una extraña atracción sobre Leto —dijo Ghanima—. Por eso te he ayudado a conseguir esta entrevista a solas conmigo. Él admite que ya no se puede hacer nada por ella, pero pese a todo sigue hallando pretextos para estar con ella y... estudiarla. Y... es algo terriblemente inquietante. Cuando intento hablar de ello él se echa a dormir. El...

—¿Alia lo está drogando?

—No-o-o —Ghanima agitó la cabeza—. Pero él siente una extraña empatía hacia ella. Y... en su sueño, a menudo murmura Jacurutu.

—¡De nuevo ese nombre! —Y Jessica le contó el informe Gurney acerca de los conspiradores descubiertos en el campo de aterrizaje.

—A veces temo que Alia esté empujando a Leto a buscar Jacurutu —dijo Ghanima—. Yo siempre he creído que se trata tan solo de una leyenda. Tú la conoces, por supuesto.

Jessica se estremeció.

—Una terrible historia. Terrible.

—¿Qué debemos hacer? —preguntó Ghanima—. Tengo miedo de buscar en todas mis memorias, en todas mis vidas...

—¡Ghani! Te prevengo contra ello. No debes correr el riesgo...

—¿Podría ocurrir aunque no corriera el riesgo? ¿Cómo saber lo que le ocurrió realmente a Alia?

—¡No! Tú puedes escapar aún de esa... de esa *posesión*. —Pronunció esa palabra como triturándola—. Bueno... ¿Jacurutu, eh? Le he ordenado a Gurney que busque el lugar... Si existe.

—¿Pero cómo podrá...? ¡Oh! Por supuesto: los contrabandistas.

Jessica permaneció silenciosa ante aquel evidente ejemplo de cómo la mente de Ghanima actuaba sincronizada con consciencia interior de los demás. *¡Con la mía!* Qué extraño era realmente, pensó Jessica, que aquella carne joven pudiera llevar consigo todos los recuerdos de Paul, al menos hasta el momento de la separación espermática de Paul de su propio pasado. Era una invasión de la intimidad contra la cual se rebelaba algo primordial en Jessica. Se sintió sumergirse momentáneamente en el absoluto e inflexible juicio de la Bene Gesserit: *¡Abominación!* Pero había una dulzura en aquella chiquilla, una voluntad de sacrificio hacia su hermano, que no podía ser negada.

*Somos una sola vida extendiéndonos hacia un tenebroso futuro*, pensó Jessica.

*Somos una sola sangre.* Y se forzó a sí misma a aceptar los acontecimientos que ella y Gurney Halleck habían puesto en movimiento. Leto debía ser separado de su hermana y adiestrado tal como exigía la Hermandad.

Oigo al viento silbar por el desierto y veo las lunas de una noche de invierno elevarse como grandes naves en el vacío. A ellas ofrezco mi juramento: Seré valeroso y haré del gobierno un arte: equilibraré mi pasado heredado y me convertiré en un perfecto depositario de las reliquias de mis memorias. Y seré conocido más por mi gentileza que por mis conocimientos. Mi efigie resplandecerá a lo largo de los corredores del tiempo hasta tanto existan los seres humanos.

*Juramento de Leto, según HARQ AL-ADA*

Cuando era aún muy joven, Alia Atreides había practicado durante horas y más horas el trance *prana-bindu*, intentando fortalecer su propia personalidad contra el asalto de *todas las demás*. Sabía cuál era el problema... no se podía escapar de la melange en la caverna de un sietch. Lo infestaba todo: alimentos, agua, aire, incluso las telas con las que enjugaba lágrimas por la noche. Muy pronto se había unido a las costumbres de la orgía del sietch, donde la tribu bebía el agua de muerte de un gusano. En la orgía, los Fremen liberaban las presiones acumuladas de todas sus memorias genéticas, y renegaban de esas memorias. Había visto a sus compañeros ser poseídos temporalmente en la orgía.

Para ella no existía tal liberación, no podía renegar. Estaba poseída constantemente por una consciencia total desde mucho antes de su nacimiento. En sus circunstancias, esta consciencia había sido cataclísmica: encerrada en el útero, sumergida en un intenso e ineludible contacto con las personalidades de todos sus antepasados y todas aquellas otras identidades ya muertas transmitidas por el *tau* de la especie a Dama Jessica. Antes de su nacimiento, Alia había poseído cada átomo de conocimiento requerido a una Reverenda Madre Bene Gesserit... más, mucho más que a *todas las demás*.

En aquel conocimiento yacía la aceptación de una terrible realidad... la Abominación. La totalidad de tal conocimiento la había abrumado. Pero la nonata no pudo escapar. Luchó contra el más terrible de sus antepasados, consiguiendo durante un tiempo una victoria pírrica a lo largo de su infancia. Logró una personalidad propia, pero sin inmunidad contra las intrusiones casuales de todos aquellos que vivían sus vidas reflejadas a través de ella.

*Así seré yo también, algún día*, pensó. Aquel pensamiento le daba escalofríos: luchar constantemente contra aquello que se agitaba en su interior como un hijo pretendiendo salir de su seno, entrometiéndose, aferrándose a su consciencia para añadirle nuevos quantums de experiencia.

El miedo la rondó durante toda su infancia. Persistió en su pubertad. Lo combatió, sin pedir nunca ayuda a nadie. ¿Quién podría comprender la clase de ayuda que necesitaba? No su madre, que nunca consiguió apartar de sí el espectro del juicio

Bene Gesserit: la prenatal era una Abominación.

Luego había llegado aquella noche cuando su hermano había caminado solo hacia el desierto en busca de la muerte, ofreciéndose a Shai-Hulud como se suponía que debía hacer todo Fremen ciego. Un mes más tarde, Alia se había casado con el maestro de armas de Paul, Duncan Idaho, un mentat devuelto de la muerte por las artes de los tleilaxu. Su madre se había refugiado en Caladan. Los gemelos de Paul quedaban bajo la custodia legal de Alia.

Y ella controlaba la Regencia.

Las presiones de la responsabilidad habían arrastrado consigo los viejos temores, y muy pronto se había abierto a sus vidas internas, solicitando su consejo, sumergiéndose en el trance de la especia en busca de visiones que la guiaran.

La crisis llegó un día aparentemente como cualquier otro, en el primaveral mes de Laab, una clara mañana en la Ciudadela de Muad'Dib, con las ráfagas de viento frío soplando desde el polo. Alia llevaba todavía el amarillo del duelo, el calor del sol estéril. Una y otra vez aquellas últimas semanas había intentado ignorar la voz interior de su madre que intentaba burlarse ostentosamente de la preparación de los próximos Días Santos que debían tener lugar en el Templo.

La consciencia interior de Jessica se había ido debilitando, debilitando... hasta desaparecer por completo tras la última espectral afirmación de que sería mejor que Alia se ocupara de hacer cumplir la ley de los Atreides. Nuevas vidas empezaron a clamar por su momento de consciencia. Alia sintió como si hubiera abierto un pozo sin fondo, del cual empezaron a surgir rostros como bandadas de langostas, a que finalmente consiguió enfocar uno que era como el de una bestia: el viejo Barón Harkonnen. Aterrada y ultrajada gritó contra todo aquel clamor interior, consiguiendo un temporal silencio.

Aquella mañana, Alia estaba dando su paseo antes del almuerzo por los jardines del techo de la Ciudadela. En una nueva tentativa de vencer en su batalla interior, intentó concentrar toda su consciencia en la admonición Choda de los Zensunni:

—*¡Si sueltas la escalera, puedes caer hacia arriba!*

Pero la luminosidad de la mañana destellando entre los riscos de la Muralla Escudo la distrajeron. Planteles de elástica velluda hierba cubrían los senderos del jardín. Cuando apartó su mirada de la Muralla Escudo vio rocío en la hierba, toda la humedad capturada allí durante la noche. Se vio a sí misma reflejada por una multitud de gotitas.

Aquella multiplicidad la aturdió. Cada reflejo llevaba la huella de un rostro de la multitud que anidaba en ella.

Intentó centrar su mente en lo que aquella hierba implicaba. La presencia de aquel abundante rocío hablaba de lo que había llegado la transformación ecológica en Arrakis. El clima de aquellas latitudes nortañas se estaba haciendo más cálido; el

anhídrido carbónico atmosférico se iba incrementando. Se recordó a sí misma cuantas nuevas hectáreas se hallarían cubiertas de plantas verdes el próximo año... y que se requerían mil doscientos metros cúbicos de agua para regar tan sólo una hectárea.

Pese a todas sus tentativas de enfrascarse en pensamientos mundanos, no consiguió apartar de sí todos los otros pensamientos que giraban como escualos en su interior.

Puso sus manos sobre su frente y apretó con fuerza.

Sus guardias del templo le habían traído un prisionero para ser juzgado al atardecer del día anterior: un tal Essas Paymon, un hombre pequeño de tez oscura que estaba ostensiblemente al servicio de una casa menor, la de los Nebiros, que trataba en artefactos sagrados y pequeñas manufacturas para decoración. En la actualidad se sabía que Paymon era un espía de la CHOAM cuya tarea era valorar la cosecha anual de especia. Alia estaba a punto de enviarlo a los calabozos cuando el hombre empezó a protestar fuertemente de «la injusticia de los Atreides». Esto podía haberle costado una sentencia inmediata de muerte en el trípode horca, pero Alia se sintió sorprendida por su audacia. Habló severamente desde el Trono de la Justicia, intentando asustarlo hasta tal punto que revelara más de lo que había dicho a sus inquisidores.

—¿Por qué tiene tanto interés nuestra cosecha de especia para la Combine Honnete? —preguntó—. Dínoslo, y quizá te perdonemos la vida.

—Yo me limito a recoger información para aquel que me paga —dijo Paymon—. No sé nada de lo que se hace con mis informaciones.

—¿Y por ese miserable beneficio interfieres en nuestros reales planes? —preguntó Alia.

—La realeza nunca considera el hecho de que los demás también pueden tener sus propios planes —rebatía él.

Alia, cautivada por su desesperada audacia, dijo:

—Essas Paymont, ¿quieres trabajar para mí?

El oscuro rostro del hombre palideció ante aquellas palabras.

—Estabais dispuesta a aniquilarme sin un parpadeo —dijo—. ¿Cuál es mi nuevo valor para que de repente queráis negociar conmigo?

—Un valor simple y práctico —dijo Alia—. Eres audaz, y estas dispuesto a venderte al mejor postor. Puedo ofrecer más que cualquier otro en el Imperio.

El hombre se apresuró a citar una suma enorme a cambio de sus servicios, pero Alia se echó a reír y respondió con una cifra que consideró mucho más razonable e indudablemente por encima de cualquier otra que hubiera podido recibir antes. Y añadió:

—Y, por supuesto, te hago donación de tu vida, a la cual supongo le darás un valor muy superior a todo lo demás.

—¡Trato hecho! —gritó Paymon y a una señal de Alia, fue conducido a su

sacerdote Maestro de Audiencias, Ziarenko Javid.

Apenas una hora más tarde, cuando Alia se preparaba para abandonar la Sala de Juicios, Javid llegó corriendo a informarle que Paymon había sido sorprendido murmurando una frase de la Biblia Católica Naranja: «*Maleficos non patieris vivere*».

—No permitas a una bruja que viva —tradujo Alia. ¡Así que esa era su gratitud! ¡El hombre era uno de los que complotaban contra su vida! En su acceso de rabia como nunca antes había experimentado, ordenó la ejecución inmediata de Paymon, entregando su cuerpo al destilador de muertos del Templo, donde al menos su agua tendría algún valor en las arcas de los sacerdotes.

Y a lo largo de toda la noche el oscuro rostro de Paymon la persiguió.

Intentó todos sus trucos contra aquella obsesiva imagen acusadora, recitando el *Bu Ji* del Libro Fremen de Kreos: «¡No ocurre nada! ¡No ocurre nada!». Pero Paymon la sometió a una terrible noche de pesadillas, y cuando despuntó el nuevo día Alia descubrió que el rostro de él se había unido al suyo en los reflejos de las miradas de gotas de rocío.

Una guardiana la llamó para el desayuno desde la puerta de la terraza, tras un bajo macizo de mimosas. Alia suspiró. Se dio cuenta de que no tenía más elección que entre dos infiernos: el tumulto dentro de su mente o el tumulto de sus sirvientes... todos ellos gritando con voces inútiles pero persistentes en sus demandas, ruidos de engranajes que hubiera deseado reducir al silencio con la punta de su cuchillo.

Ignorando a la guardiana, Alia se detuvo en la terraza ajardinada contemplando la Muralla Escudo. Un *bahada* había dejado un amplio estrato de aluvión, como un rastro de detritus que se destacaba delante mismo de la terraza. El delta arenoso se veía claramente delimitado ante sus ojos por los rayos del sol matutino. Se dio cuenta de que un ojo no iniciado podría ver aquel estrato de aluvión como una evidencia del antiguo curso de un río, pero no era más que el lugar donde su hermano había hendido la Muralla Escudo con las atómicas de la Familia Atreides, abriendo un paso desde el desierto a los gusanos de arena que habían arrastrado a sus tropas Fremen a una aplastante victoria contra su predecesor Imperial, Shaddam IV. Ahora, un amplio qanat lleno de agua discurría por el extremo más alejado de la mole rocosa, evitando las intrusiones de los gusanos de arena. Los gusanos de arena no podían atravesar el agua: era venenosa para ellos.

*Ojalá pudiera disponer de una tal barrera para mi mente*, pensó.

Aquel pensamiento agudizó su vertiginosa sensación de hallarse separada de la realidad.

*¡Gusanos de arena! ¡Gusanos de arena!*

Sus recuerdos le presentaron una gran colección de imágenes de gusanos de arena: el poderoso Shai-Hulud, el demiurgo de los Fremen, la mortífera bestia del desierto profundo cuyos desechos incluían la inapreciable especia. Qué extraño era el

gusano de arena, pensó, desarrollándose a partir de las aplanadas y coriáceas truchas de arena. Que era a su vez como la germinante multitud que bullía dentro de su consciencia. Las truchas de arena, apretadas lado contra lado en el lecho rocoso del planeta, formaban cisternas vivientes; así retenían el agua en las profundidades, permitiendo a su vector gusano de arena sobrevivir. Alia podía sentir la analogía: algunos de *aquellos otros* dentro de su mente cerraban el paso a peligrosas fuerzas que hubieran podido destruirla.

La guardiana llamó de nuevo para el desayuno, con una aparente nota de impaciencia.

Alia se giró rabiosa e hizo un imperioso gesto de despido.

La guardiana obedeció, pero la puerta de la terraza chasqueó tras ella.

Al sonido de la puerta, Alia se dio cuenta repentinamente la existencia real de todo aquello que había intentado negar. Las otras vidas dentro de ella se hincharon como una horrible marea. Cada una de aquellas exigentes vidas presionaba su rostro contra sus centros de visión... una nube de rostros. Algunos presentaban una piel corroída por la sarna, otros eran callosos y llenos de oscuras sombras; había bocas parecidas a húmedas losanges. La presión de aquel vórtice la arrastró, intentando llevársela, intentando ganarla y sumergirla en sus profundidades.

—No —susurró—. No... no... no...

Se hubiera derrumbado al suelo si un banco situado a un lado no hubiera acogido su desfalleciente cuerpo. Intentó sentarse, no lo consiguió, y se dejó resbalar en el frío plastiacer, susurrando aún su negativa.

La marea continuó ascendiendo en su interior.

Tanteó sus sentidos interiores, conscientes del riesgo, pero atenta a la menor exclamación de aquellas vigilantes voces clamaban dentro de ella. Había una auténtica cacofonía exigiendo su atención. «¡Yo! ¡Yo! ¡No, yo!». Y sabía que si les dedicaba su atención, aunque fuera tan sólo a una, estaba ida. Contemplar un solo rostro entre aquella multitud y escuchar la voz de aquel rostro significaría verse atrapada por aquella egocéntrica entidad que compartiría su existencia.

—La presciencia es lo que crea esto en ti —susurró una voz.

Alia se llevó las manos a los oídos, pensando: *¡Yo no soy presciente! ¡El trance no funciona conmigo!*

Pero la voz persistió:

—*Podría funcionar, si recibieras un poco de ayuda.*

—No... no —murmuró.

Otras voces se agitaron en torno a su mente:

—¡Yo, Agamenón, tu antepasado, solicito audiencia!

—No... no —apretó sus manos contra sus oídos hasta que sus sienes gritaron de dolor.

Un loco cloquear en su cabeza preguntó:

—¿Qué fue lo que le ocurrió a Ovidio? Elemental. Esta aquí junto con John Bartlett!

Los nombres no significaban nada para ella, en aquella situación extrema. Hubiera deseado gritar contra ellos y contra todas las demás voces, pero ningún sonido escapaba de su boca.

Su guardiana, enviada de nuevo a la terraza por los sirvientes más antiguos, apareció una vez más en la puerta tras la mimosa, vio a Alia en el banco y le dijo a una compañera:

—Oh, está descansando. Ten en cuenta que esta noche no ha dormido bien. Le hará bien tomar una *zaha*, una siesta matutina.

Alia no oyó a su guardiana. Su consciencia había sido invadida por un estridente canto:

—¡Aquí estamos todos los alegres viejos pájaros, hurrah! —Las voces creaban ecos en el interior de su cráneo. Pensó: *Estoy volviéndome loca. Estoy perdiendo la cabeza.*

Sus pies se movieron débilmente en el banco, como intentando huir. Sintió que si tan sólo pudiera controlar su cuerpo echaría a correr de allí a toda velocidad. Debía huir para impedir que cualquier parte de aquella marea interna la redujera al silencio, contaminando para siempre su alma.

Pero su cuerpo se negaba a obedecer. Las más potentes fuerzas del Universo Imperial obedecerían inmediatamente al más pequeño de sus caprichos, pero su cuerpo no.

Una voz interior se echó a reír.

—Desde un cierto punto de vista, muchacha —dijo—, cada incidente o creación representa una catástrofe. —Era una voz de bajo que retumbó contra sus ojos, y luego hubo de nuevo aquella risa, como burlándose de su propia afirmación—. Mi querida niña, yo puedo ayudarte, pero tú tienes que ayudarme también a mi a cambio.

Luchando con el creciente clamor que resonaba tras aquella voz de bajo, Alia habló entre apretados dientes:

—¿Qué... qué...?

Un rostro se formó por sí mismo en su consciencia. Era un rostro sonriente y tan rollizo que hubiera parecido el de un bebé de no ser por la avidez que brillaba en sus ojos. Ella intentó rechazarlo, pero lo único que consiguió fue obtener una visión más distante de él, de tal modo que ahora podía contemplar también el cuerpo que iba unido a aquel rostro.

El cuerpo era groseramente, inmensamente gordo, enfundado en ropas cuyos bultos, aquí y allá, indicaban que sus grasas eran sostenidas por suspensores portátiles.



—Como puedes ver —retumbó la voz de bajo—, soy tan solo tu abuelo materno. Tú me conoces. Fui el Barón Vladimir Harkonnen.

—Pero tú... ¡tú estás muerto! —jadeó ella.

—Oh, por supuesto, querida! La mayoría de nosotros en tu interior estamos muertos. Pero ninguno de los demás está realmente dispuesto a ayudarte. Ellos no te comprenden.

—Vete —suplicó ella—. Oh, por favor, vete.

—Pero tú necesitas ayuda, nieta —argumentó la voz del Barón.

*Qué imponente se le ve*, pensó Alia, espiando la proyección del Barón a través de sus cerrados párpados.

—Estoy dispuesto a ayudarte —lisonjeó el Barón—. Los otros tan sólo están dispuestos a luchar para apoderarse completamente de tu consciencia. Todos ellos no hacen más que intentar arrancarte de ti misma. Pero yo... yo me conformo con un rinconcito para mí.

Las otras vidas dentro de ella iniciaron de nuevo su clamor. La marea intentó engullirla de nuevo, y oyó la voz de su madre gritando Y Alia pensó: *Ella no está muerta*.

—¡Callaos! —ordenó el Barón.

Alia sintió que toda su voluntad se aferraba a aquella orden, proyectándola a través de toda su consciencia.

Un silencio interior descendió como una fresca ducha, y sintió que su alocado corazón empezaba a latir en su pecho a la cadencia habitual. La voz del Barón se entrometió de nuevo, apaciguadora:

—¿Lo ves? Juntos, somos invencibles. Tú me ayudas, y yo te ayudaré.

—¿Qué... qué es lo que quieres? —susurró ella.

Una expresión pensativa se dibujó en el grasiento rostro proyectado en sus cerrados párpados.

—Ohhh, mi querida nieta —dijo—. Sólo pretendo disfrutar de algunos pocos placeres simples. Proporcióname algún momento ocasional de contacto con tus sentidos. No es necesario que nadie más lo sepa. Déjame sentir tan sólo un rincón de tu vida cuando, por ejemplo, te halles sumergida entre los brazos de tu amante. ¿No crees que es un precio muy pequeño el que pido?

—S... sí.

—Bien, bien —cloqueó el Barón—. A cambio, mi querida nieta, podré servirte de mil maneras distintas. Puedo avisarte, ayudarte con mis consejos. Serás invencible, dentro y fuera. Barrerás cualquier oposición. La historia olvidará a tu hermano y te glorificará a ti. El futuro será tuyo.

—¿Tú... no dejarás... que... que los otros me venzan?

—¡No podrán nada contra nosotros! Les dejaremos que sigan ladrando, pero

seremos nosotros quienes mandemos. Te lo demostraré. Escucha.

Y el Barón calló, diluyendo su imagen, su presencia interior. Ninguna otra memoria, rostro o voz de otras vidas hizo notar su presencia.

Alia suspiró temblorosamente.

Acompañando aquel suspiro, surgió un pensamiento. Forzó su camino a través de su consciencia como si fuera suyo propio, pero ella se dio cuenta de que había silenciosas voces tras él.

*El viejo Barón era el mal. Él mató a tu padre. Quiso mataros a ti y a Paul. Lo intentó, y fracasó.*

La voz del Barón llegó de nuevo hasta ella, sin un rostro que la sostuviera:

—Por supuesto que intenté matarte. ¿Acaso no estabas trabándome el camino? Pero esa disputa ya terminó. ¡Tú venciste, muchacha! Tú eres la nueva verdad.

Alia se descubrió a sí misma asintiendo, y apretó espasmódicamente su mejilla contra la áspera superficie del banco. Sus palabras eran razonables, pensó. Un precepto Bene Gesserit reforzaba el carácter razonable de aquellas palabras: «*El propósito de una disputa es cambiar la naturaleza de la verdad*».

*Sí... esta era la forma en que la Bene Gesserit hubiera aceptado el hecho.*

—¡Exactamente! —dijo el Barón—. Y yo estoy muerto, mientras que tú sigues viva. Yo poseo tan sólo una frágil existencia. Soy tan sólo una memoria de mí mismo en tu interior. Soy tuyo para lo que ordenes. Y qué poco pido a cambio de los profundos consejos que estoy en situación de darte.

—¿Qué es lo que me aconsejas que haga ahora? —preguntó ella, tentativamente.

—Estás preocupada por la sentencia que dictaste la última noche —dijo—. Te preguntas si las palabras de Paymon fueron referidas tal como se pronunciaron. Quizá Javid viera en aquel Paymon una amenaza a su posición de privilegio ¿No son esas las dudas que te asaltan?

—Sí... sí.

—Y tus dudas están basadas en cuidadosas observaciones, ¿no? Javid se está comportando con una creciente intimidación respecto a tu persona. Incluso Duncan ha notado eso, ¿no?

—Sabes que es así.

—Muy bien, entonces. Toma a Javid como amante y...

—¡No!

—¿Te preocupas por Duncan? Pero tu marido es un mentat místico. No puede sentirse tocado o herido por las actividades de la carne. ¿No has notado muchas veces lo distante que está de ti?

—P... pero él...

—La parte de mentat que hay en Duncan lo comprendería perfectamente, si alguna vez llegara a saber el ardid empleado por ti para destruir a Javid.

—Destruir...

—Por supuesto! Podemos utilizar instrumentos peligrosos, pero debemos echarlos a un lado cuando empiezan a ser demasiado peligrosos.

—Entonces ¿por qué debo...? Quiero decir...

—¡Oh, mi pequeña tonta! A causa del valor contenido en la lección.

—No comprendo.

—El valor, mi querida nieta, depende de su éxito para su aceptación. La obediencia de Javid debe ser incondicional, su aceptación de tu autoridad absoluta, y su...

—La moralidad de esta *lección* se me escapa...

—¡No seas obtusa, nieta! La moralidad debe tener siempre como base el sentido práctico. Dar al César y todas esas tonterías. Una victoria es inútil a menos que refleje tus más profundos deseos. ¿No es cierto que has admirado muchas veces la masculinidad de Javid?

Alia tragó saliva, odiando tener que admitirlo, pero obligada a ello por su completa desnudez frente a aquel espía interior.

—S... sí.

—Estupendo. —Qué jovial sonaba aquella voz dentro de su cabeza—. Ahora empezamos a entendernos mutuamente. Cuando lo tengas indefenso, allá en tu lecho, convencido de que tú eres su esclava, le preguntarás acerca de Paymon. Hazlo como un juego: una broma entre vosotros dos. Y cuando él admita su engaño, entonces deslizas un crys entre sus costillas. Oh, el chorro de sangre surgiendo de su cuerpo puede añadir mucho a tu satis...

—No —susurró ella, con la boca seca por el horror—. No... no... no...

—Entonces lo haré yo por ti —argumentó el Barón—. Hay que hacerlo; incluso tú debes admitirlo. Si tú preparas las condiciones, yo asumo temporalmente el control y...

—¡No!

—Tu miedo es tan transparente, nieta. Mi control sobre tus sentidos no puede ser más que temporal. Hay otros aquí que podrían imitarte con una tal perfección que... Pero tú ya lo sabes. Conmigo, esto, la gente descubriría inmediatamente mi presencia. Tú conoces la Ley Fremén sobre los poseídos. Serías eliminada inmediatamente. Si... incluso tu. Y sabes que yo no quiero que *esto* ocurra. Me ocuparé de Javid por ti e, inmediatamente, me retiraré de nuevo. Tú sólo necesitas...

—¿Por qué consideras que este es un buen consejo?

—Te libra de un instrumento peligroso. Y, niña, establecerá las bases de una relación de trabajo entre nosotros, una relación que te enseñará cosas útiles acerca de los futuros juicios que...

—¿Enseñarme?

—¡Naturalmente!

Alia se cubrió los ojos con las manos, intentando pensar, sabiendo que incluso los más pequeños pensamientos iban a ser conocidos por aquella presencia dentro de ella, que algunos de ellos podían incluso ser originados por aquella presencia y haber ocupado el lugar de los suyos propios.

—Te estás preocupando inútilmente —dijo el Barón con tono convincente—. Ese camarada Paymon era...

—¡Me equivoqué con él! Estaba cansada y actué precipitadamente. Hubiera tenido que pedir una confirmación de...

—¡Actuaste correctamente! Tus juicios no pueden basarse en estúpidas abstracciones como esa noción de igualdad de los Atreides. Eso es lo que te ha dejado sin sueño, no la muerte de Paymon. ¡Tomaste la decisión correcta! Él también era un instrumento peligroso. Actuaste para mantener el orden en tu sociedad. ¡Esta es una buena razón para enjuiciar, no esa estupidez acerca de la *justicia*! No existe nada así, no existe la justicia igual para todos, en ningún lado. Una sociedad en la que se intente conseguir un tal equilibrio es una sociedad condenada al fracaso.

Alia experimentó alivio ante aquella defensa de su juicio sobre Paymon, pero se sintió impresionada por el amoral concepto que yacía tras la argumentación.

—La justicia igual para todos era un concepto Atreides... era... —apartó sus manos de los ojos, pero permaneció con los párpados cerrados.

—Todos tus jueces sacerdotes deberán ser prevenidos acerca de este error —argumentó el Barón—. Las decisiones deben ser valoradas tan sólo en relación con sus méritos en mantener una sociedad en orden. Innumerables civilizaciones anteriores han embarrancado en los escollos de la justicia igualitaria. Tales estupideces destruyen las jerarquías naturales, que son mucho más importantes. Cada individualidad adquiere un significado tan sólo en su relación con nuestra sociedad en conjunto. Si esta sociedad no está ordenada en niveles lógicos, nadie puede hallar un lugar en ella... ni el más bajo, ni el más alto. ¡Vamos, vamos, nieta! Tú debes ser la severa madre de tu pueblo. Tu deber es mantener el orden.

—Pero todo lo que hizo Paul era...

—¡Tu hermano está muerto, fracasó!

—¡Tú también lo estás!

—Cierto... pero en mi caso fue un accidente más allá de mis proyectos. Ahora debemos ocuparnos de este Javid en la forma en que te he dicho.

Ella sintió que su cuerpo se encendía ante aquel pensamiento, y dijo rápidamente:

—Debo pensar en ello. —Y pensó: *Si lo hago, será tan sólo para colocar a Javid en su lugar. No necesito matarlo para ello. Y el estúpido podría incluso traicionarse... en mi lecho.*

—¿Con quién estáis hablando, mi Dama? —preguntó una voz.

Por un confuso momento, Alia pensó que se trataba de otra intrusión de aquellas clamorosas multitudes de su interior, pero al reconocer la voz abrió los ojos. Ziarenka Valefor, jefa de las guardianas Amazonas de Alia, permanecía de pie junto al banco, con la preocupación reflejándose en sus curtidos rasgos Fremen.

—Estoy hablando con mis voces interiores —dijo Alia sentándose en el banco. Se sintió aliviada, reconfortada por el silencio de los clamores internos.

—Vuestras voces interiores, mi Dama. Sí. —Los ojos de Ziarenka brillaron ante aquella información. Todo el mundo sabía que la Sagrada Alia poseía recursos internos que no estaban al alcance de nadie más.

—Conduce a Javid a mis apartamentos —dijo Alia—. Tengo graves asuntos que debo discutir con él.

—¿A vuestros apartamentos, mi Dama?

—¡Sí! A mis estancias privadas.

—Como ordene mi Dama —la guardiana se giró para obedecer.

—Un momento —dijo Alia—. ¿Ha partido ya el Maestro Idaho para el Sietch Tabr?

—Sí, mi Dama. Se fue antes del amanecer, según vuestras instrucciones. ¿Deseáis que le envíe...?

—No. Me ocuparé yo personalmente de ello. Y, Zia, nadie debe saber que Javid ha sido conducido hasta mí. Encárgate tú misma de todo. Es un asunto muy grave.

La guardiana tocó el crys en su cintura.

—Mi Dama, si existe alguna amenaza contra vos...

—Sí, se trata de una amenaza, y Javid podría hallarse en mismo centro.

—Ohhh, mi Dama, quizá no debería conducirlo...

—¡Zia! ¿Me crees incapaz de manejar a alguien como él?

Una sonrisa lobuna rozó los labios de la guardiana.

—Perdonadme, mi Dama. Lo traeré inmediatamente a vuestros aposentos. Pero... con el permiso de mi Dama, me quedaré montando guardia al otro lado de vuestra puerta.

—Sólo tú —dijo Alia.

—Por supuesto... mi Dama. Parto inmediatamente.

Alia asintió para sí misma, observando cómo Ziarenka daba media vuelta y desaparecía. Javid no era apreciado por las guardianas. Otro punto contra él. Pero seguía siendo valioso... muy valioso. Era su llave de Jacurutu y, con este lugar en sus manos, entonces...

—Quizá tengas razón, Barón —susurró.

—¡Evidentemente! —cloqueó la voz en su interior—. Ahhh, será agradable hacerte este servicio, niña. Y esto es tan sólo principio...

Hay algunas ilusiones de la historia popular que una religión debe promover si quiere tener éxito: El mal nunca debe prosperar; sólo los valientes consiguen la gloria; la honestidad es la mejor política; las acciones hablan mucho mas que las palabras; la virtud triunfa siempre; una buena acción lleva consigo su propia recompensa; los talismanes religiosos le protegen a uno de la posesión del demonio; sólo las mujeres comprenden los antiguos misterios; los ricos son condenados a la infelicidad...

*Del Manual de Instrucciones de la Missionaria Protectora*

—Me llaman Muriz —dijo el curtido Fremén.

Estaba sentado en el suelo rocoso de una caverna, a luz de una lámpara de especia cuya temblorosa llama revelaba húmedas paredes y oscuros agujeros allá donde desembocaban los corredores que convergían en aquel lugar. Sonidos de agua goteando llegaban de uno de aquellos corredores pese a que los sonidos del agua eran algo esencial en el paraíso Fremén, los seis hombres atados que se hallaban frente a Muriz no parecían extraer ningún placer del rítmico gotear. En la caverna había el mohoso olor de los destiladores de muertos.

Un muchacho de tal vez catorce años estándar salió al corredor y se detuvo de pie a la izquierda de Muriz. Un crys, sin funda, lanzó un pálido reflejo amarillo a la luz de la lámpara de especia cuando el muchacho levantó la hoja y apuntó brevemente a cada uno de los hombres atados.

Con un gesto hacia el muchacho, Muriz dijo:

—Este es mi hijo, Assan Tariq, que debe pasar su prueba de la virilidad.

Muriz carraspeó, miró a cada uno de los seis cautivos. Estaban sentados en un irregular semicírculo alrededor de él, sólidamente atados con cuerdas de fibra de especia, las piernas cruzadas, las manos a la espalda. Sus ligaduras terminaban en un apretado lazo en torno a sus gargantas. Sus destiltrajes habían sido cortados a la altura del cuello.

Los hombres atados miraron fijamente a Muriz, sin parar. Dos de ellos llevaban amplias ropas extraarrakeenas que los señalaban como residentes acomodados de la ciudad Arrakeen. Ambos tenían una piel más tersa y clara que la sus compañeros, cuyos rasgos enjutos y curtidos y sus cuerpos huesudos los señalaban como nacidos en el desierto. Muriz se parecía a los habitantes del desierto, pero sus ojos eran mucho más hundidos, pozos oscuros que el resplandor de las lámparas de especia no conseguía alcanzar. Su hijo parecía una copia aún no formada del hombre, con un rostro impassible que pese a todo no conseguía ocultar su agitación interior.

—Entre nosotros los Exorcistas tenemos una prueba especial para probar la virilidad —dijo Muriz—. Un día mi hijo será juez en Shuloch. Debemos saber si estará a la altura de su cometido. Nuestros jueces no deben olvidar nunca Jacurutu y

nuestro día de la desesperación. Kralizec, el Padre de las Tormentas, vive en nuestros corazones. —Hablaban con la monocorde entonación de un ritual.

Uno de los habitantes de la ciudad, de blandos rasgos, se agitó frente a Muriz y dijo:

—Te equivocas amenazándonos y manteniéndonos cautivos. Vinimos en plan de paz como *ummas*.

Muriz asintió.

—¿Habéis venido en busca de una fe religiosa personal? Bien. La tendréis.

El hombre de blandos rasgos dijo:

—Si nosotros...

A su lado, uno de los oscuros Fremen del desierto restalló:

—¡Calla, estúpido! Esos son ladrones de agua. Son aquellos que creímos haber eliminado para siempre.

—Esa vieja historia —dijo el cautivo de blandos rasgos.

—Jacurutu es mucho más que una historia —dijo Muriz. Señaló de nuevo a su hijo—. Os he presentado a Assan Tariq. Yo soy *arifa* de este lugar, vuestro único juez. Mi hijo también ha sido entrenado a detectar demonios. Los viejos sistemas son los mejores.

—Por eso precisamente hemos venido al desierto profundo —protestó el hombre de blandos rasgos—. Hemos elegido el viejo sistema, buscando en...

—Con guías a sueldo —dijo Muriz, señalando a los cautivos de rostro oscuro—. ¿Tenéis intención de comprar también vuestro camino al paraíso? —Muriz alzó la vista su hijo—. Assan, ¿estás preparado?

—He reflexionado largamente sobre aquella noche, cuando vinieron los hombres y exterminaron a todo nuestro pueblo —dijo Assan. Su voz proyectó una tensa vibración—. Nos deben agua.

—Tu padre te da seis de ellos —dijo Muriz—. Su agua es nuestra. Sus sombras son tuyas, tus guardianes para siempre jamás. Sus sombras te advertirán de los demonios. Serán tus esclavos cuando penetres en el *alam al-mythal*. ¿Qué respondes, hijo mío?

—Te lo agradezco, padre —dijo Assan. Dio un corto paso hacia adelante—. Acepto la virilidad entre los Exorcistas. Su agua es nuestra agua.

Mientras hablaba, el joven se acercó a los cautivos. Empezando por la izquierda, sujetó al primer hombre por el cabello y le hundió el *crys* desde debajo del mentón hasta el cerebro. Actuaba hábilmente, derramando el mínimo de sangre. Tan sólo uno de los hombres de blandos rasgos protestó, gritando cuando el muchacho lo sujetó por los cabellos. Los otros escupieron a Assan Tariq según la antigua manera, diciéndole con ello: «¡Contempla qué poco valor doy a mi agua cuando me es arrancada por animales!».

Cuando todo hubo terminado, Muriz dio una palmada con sus manos.

Surgieron servidores y empezaron a llevarse los cuerpos, trasladándolos a los destiladores de muertos, donde su agua sería recuperada.

Muriz se puso en pie y miró a su hijo, que permanecía inmóvil respirando pesadamente mientras los sirvientes completaban su tarea.

—Ahora eres un hombre —dijo Muriz—. El agua de nuestros enemigos nutrirá a los esclavos. Y, hijo mío...

Assan Tariq giró hacia su padre una mirada agresiva y los labios del joven se fruncieron en una hosca sonrisa.

—El Predicador no debe saber nada de esto —dijo Muriz.

—Comprendo, padre.

—Lo has hecho muy bien —dijo Muriz—. Los que descubren Shuloch no deben sobrevivir.

—Como digas, padre.

—Te han sido confiadas tareas importantes —dijo Muriz—. Estoy orgulloso de ti.



Un hombre sofisticado puede volverse primitivo. Lo cual significa en realidad que la vida de ese hombre cambia por completo. Cambian los viejos valores, que empiezan a ligarse más estrechamente con el paisaje, con sus plantas y animales. Esta nueva existencia requiere un cuidadoso conocimiento de esos múltiples y entrecruzados acontecimientos habitualmente llamados naturaleza. Requiere una medida de respeto hacia el poder de inercia de tales sistemas naturales. Cuando un ser humano consigue este conocimiento y respeto, se dice que se «está volviendo primitivo». Lo contrario, por supuesto, es igualmente cierto: el primitivo puede volverse sofisticado, pero no sin aceptar terribles daños psicológicos.

*Comentario de Leto, según HARQ AL-ADA*

—¿Cómo podemos estar seguros? —preguntó Ghanima—. Es muy peligroso.

—Ya lo hemos probado antes —argumentó Leto.

—No podría ser lo mismo esta vez. Y si...

—Es el único camino que tenemos abierto —dijo Leto. Tú has aceptado que no podemos seguir el camino de la especie.

Ghanima suspiró. No le gustaba aquel continuo entrecruzar de palabras, pero sabía la necesidad que empujaba a su hermano. Y sabía también la temible fuente de su propia reluctancia. Bastaba mirar a Alia para saber los peligros de aquel mundo interior.

—¿Y bien? —preguntó Leto.

Ella suspiró de nuevo.

Estaban sentados, con las piernas cruzadas, en uno de sus lugares privados, una hendidura que se abría desde la caverna hasta lo alto del macizo, un lugar donde su madre y su padre habían contemplado a menudo el sol surgir sobre el *bled*. Habían pasado dos horas desde la comida vespertina, un tiempo en el que se suponía que los gemelos debían ejercitar sus cuerpos y sus mentes. Habían elegido ejercitar sus mentes.

—Lo intentaré yo solo si te niegas a ayudarme —dijo Leto.

Ghanima miró hacia abajo, hacia las manchas de oscuridad de los sellos de humedad que cerraban todas las aberturas. Leto siguió mirando a lo lejos, al desierto.

Llevaban un cierto tiempo hablando en una lengua tan antigua que ni siquiera su nombre era ya recordado en estos tiempos. Aquel lenguaje proporcionaba a sus pensamientos una intimidad que ningún otro ser humano podía penetrar. Incluso Alia, pese a la intrincada textura de su mundo interior, no poseía los eslabones mentales necesarios y tan sólo conseguía captar alguna palabra ocasional.

Leto inhaló profundamente, identificando el distintivo olor lanudo de toda caverna sietch Fremen, que persistía incluso en su propia alcoba donde no soplaba el viento. El murmurante rumor del sietch y su húmedo calor estaban ausentes allí, y

ambos se sentían aliviados por ello.

—Admito que necesitamos una guía —dijo Ghanima—. Pero si nosotros...

—¡Ghani! Necesitamos algo más que una guía. Necesitamos protección.

—Quizá no exista ninguna protección —miró directamente a su hermano, y vio en sus ojos una mirada parecida a la un predador al acecho de su presa. Sus ojos desmentían la placidez de sus rasgos.

—Debemos escapar de la posesión —dijo Leto. Usó el infinitivo especial del antiguo lenguaje, una forma estrictamente neutra en voz y tono, pero profundamente activa en sus implicaciones.

Ghanima interpretó correctamente su razonamiento.

—*Mohw'pwium d'mi hish pash moh'm kax* —entonó. *La captura de mi alma es la captura de mil almas.*

—Mucho más que eso —opuso él.

—Y, conociendo los peligros, persistes —era una afirmación, no una pregunta.

—¡*Wabun'k wabunat!* —dijo él. *¡Ascendiendo, te elevas!*

Consideraba su elección como una obvia necesidad. Admitido aquello, era mejor hacerlo activamente. Debía enrollar el pasado en el presente y permitir que ello lo proyectara a su futuro.

—*Muriyat* —aceptó ella con voz muy baja. *Hay que hacerlo con amor.*

—Por supuesto —agitó él una mano, subrayando su total aceptación—. Y decidiremos entre los dos, como hicieron nuestros padres.

Ghanima permaneció silenciosa, intentando tragar el nudo que se había formado en su garganta. Instintivamente miró hacia el sur, en dirección al gran *erg* ilimitado, mostrando su gris diseño de dunas a la luz del atardecer. En aquella dirección había partido su padre en su última caminata por el desierto.

Leto miró hacia abajo, más allá del límite del risco, hacia el verdor del oasis del *sietch*. Allí todo estaba ya en penumbras, pero conocía todas sus formas y colores: macizos de cobre, oro, rojo, amarillo, herrumbre y bermellón, extendiéndose hasta las rocas que marcaban el final de las plantaciones irrigadas por el *qanat*. Más allá de las rocas se extendía una franja de putrefacta vegetación silvestre *Arrakeena*, muerta por las plantas foráneas y el exceso de agua que ahora formaba una barrera contra el desierto.

—Estoy lista —dijo Ghanima al cabo de un instante—. Podemos empezar.

—Sí, maldita sea —dijo Leto en voz muy alta. Luego tocó su brazo intentando atenuar la exclamación y dijo:

—Por favor, Ghani... canta aquella canción. Lo hará todo más fácil para mí.

Ghanima se acercó a él y rodeó su cintura con el brazo izquierdo. Inspiró dos veces profundamente, carraspeó, y empezó a cantar con una aguda y clara voz las palabras que su madre había cantado para su padre tan a menudo:

*Aquí está redimido el voto que tú hiciste;  
Derramo dulce agua sobre ti.  
La vida prevalece en este lugar sin viento:  
Mi amor, tú vivirás en un palacio,  
Mientras tus enemigos se precipitarán en la nada.  
Viajamos juntos a lo largo de este sendero  
Que el amor ha trazado para ti.  
Por supuesto que te mostraré el camino  
Para mi amor es tu palacio...*

Su voz se perdió en el desierto silencio no turbado por el menor susurro, y Leto se sintió a sí mismo hundiéndose, hundiéndose... convirtiéndose en su padre, cuyos recuerdos se extendieron como un fino velo por los genes de su inmediato pasado.

*Por este breve espacio, yo debo ser Paul*, se dijo a sí mismo. *No es Ghani quien está a mi lado; es mi bienamada Chani, cuyos sabios consejos nos han salvado tantas veces.*

Por su parte, Ghanima se había deslizado en los recuerdos personales de su madre con una sorprendente facilidad, como había sabido que sucedería. Cuánto más fácil era esto para una mujer... y cuánto más peligroso.

Con una voz que repentinamente se había hecho más grave, Ghanima dijo:

—¡Mira allí, mi amor! —La Primera Luna había salido y, contra su fría luz, vieron un arco de fuego anaranjado surgiendo al espacio. El transporte que había traído a Dama Jessica regresaba ahora a su nave-madre en órbita, cargado de especia.

Las más intensas evocaciones atravesaron entonces la mente de Leto, haciendo surgir recuerdos como un repique de campanas. Por un fugaz instante fue otro Leto... el Duque de Jessica. La necesidad empujó a un lado aquellos recuerdos, pero no antes de sentir la intensidad del amor y el dolor.

*Debo ser Paul*, se dijo a sí mismo.

La transformación llegó sobre él con una estremecedora dualidad, como si Leto fuera una pantalla oscura contra la cual era proyectado su padre. Percibió juntas su propia carne y la de su padre, y las llameantes diferencias estuvieron a punto de vencerlo.

—Ayúdame, padre —susurró.

La repentina turbación pasó, y ahora había otra marca en su consciencia, mientras su propia identidad como Leto permanecía a un lado, como un observador.

—Mi última visión aún no ha terminado —dijo, y su voz era la de Paul. Se giró a Ghanima—. Sabes lo que he visto.

Ella tocó su mejilla con su mano derecha.

—¿Andabas en dirección al desierto para morir, mi amor? ¿Era esto lo que

hiciste?

—Puede que fuera eso lo que hiciese, pero esta visión... ¿No sería una razón suficiente para permanecer con vida?

—¿Pero ciego? —preguntó ella.

—Incluso así.

—¿Dónde quieres ir?

El inspiró profunda y temblorosamente.

—Jacurutu —dijo.

—¡Mi amor! —las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas.

—Muad'Dib, el héroe, debe ser destruido por completo —dijo él—. De otro modo ese niño no podrá hacernos salir del caos.

—El Sendero de Oro —dijo ella—. No es una buena visión.

—Es la única visión posible.

—Entonces, Alia ha fracasado...

—Completamente. Puedes ver las pruebas de ello.

—Tu madre ha regresado demasiado tarde —admitió ella, y había la juiciosa expresión de Chani en el rostro infantil de Ghanima—. ¿No puede existir otra visión? Quizá si...

—No, mi amor. Todavía no. Este niño no puede escrutar todavía el futuro y regresar indemne.

De nuevo un tembloroso suspiro agitó su cuerpo, y el Leto observador notó el profundo anhelo de su padre de vivir de nuevo en una carne viva, tomar decisiones vitales y... ¡Qué desesperada era la necesidad de anular los errores del pasado!

—¡Padre! —llamó Leto, y fue como si el grito resonara como un eco dentro de su propio cráneo.

Entonces notó Leto un profundo acto de voluntad: el lento, reluctantemente retirarse de la presencia interna de su padre, el abandono de sentidos y músculos.

—Querido —susurró la voz de Chani junto a él, y el retiro se hizo más lento—. ¿Qué está ocurriendo?

—No te vayas todavía —dijo Leto, y era su propia voz áspera e incierta. Y luego —: Chani, tienes que decírnoslo. ¿Cómo podemos evitar... lo que le ha ocurrido a Alia?

Pero fue el Paul en su interior quien respondió, con palabras que hicieron vibrar su oído interno, vacilante y haciendo largas pausas:

—No es seguro. Has visto... lo que estuvo a punto... de ocurrir... conmigo.

—Pero Alia...

—¡El maldito Barón la posee!

Leto sintió que su garganta ardía de sequedad.

—Pero él también... está en mí.

—Está en ti... pero... yo... nosotros no podemos... a veces tan sólo nos sentimos... los unos a los otros... pero tú...

—¿No podéis leer mis pensamientos? —preguntó Leto—. Entonces podríais saber si... él...

—A veces puedo captar tus pensamientos... pero yo... nosotros vivimos tan solo a través de... el reflejo... de tu consciencia. Tu memoria nos crea. El peligro... es un recuerdo muy preciso. Y... aquellos de nosotros... aquellos que han amado el poder... y lo han cosechado... a cualquier precio... aquellos pueden ser... los más nítidos.

—¿Los más fuertes? —susurró Leto.

—Los más fuertes.

—Conozco tu visión —dijo Leto—. Antes de dejar que él me posea, me convertiré en ti.

—¡Eso no!

Leto asintió para sí mismo, sintiendo la enorme fuerza de voluntad que había necesitado su padre para retirarse, reconociendo las consecuencias del fracaso. *Cualquier* posesión reducía al poseído a una Abominación. Aquel reconocimiento le dio un renovado sentido de fortaleza y sintió su propio cuerpo con una agudeza anormal y una profunda conciencia de sus pasados errores: los suyos propios y los de todos sus antepasados. Era la indecisión la que lo debilitaba todo... ahora se daba cuenta de ello. Por un instante, la tentación luchó con el miedo en su interior. Su carne poseía la habilidad de transformar la melange en una visión del futuro. Con la especia podría respirar el futuro, rasgar los velos del Tiempo. Se esforzó en impedir que la tentación se derramara dentro de él, juntó sus manos y se sumergió en la consciencia del *prana-bindu*. Su carne negó la tentación. Su carne se revistió con el profundo conocimiento aprendido a través de la sangre de Paul. Aquellos que espían el futuro lo hacían con la esperanza de conseguir la mejor baza en el futuro de la raza. En cambio se atrapaban a sí mismos en una vida en la que cada latido del corazón, cada gemido de angustia, eran conocidos por anticipado. La visión final de Paul había mostrado cuán precario era el camino que permitía salir de tal trampa, y Leto supo entonces que no le quedaba más elección que seguir aquel camino precisamente.

—La alegría de vivir, su belleza, todo está ligado al hecho de que la vida es una continua sorpresa —dijo.

Una suave voz susurró en su oído:

—Yo siempre he conocido esa belleza.

Leto giró la cabeza y miró a Ghanima directamente a los ojos, que relucían a la luz de la luna. Vio a Chani devolviéndole la mirada.

—Madre —dijo—, tienes que retirarte.

—¡Ahhh, la tentación! —dijo ella, y le besó.

La empujó.

—¿Robarías la vida de tu hija? —le preguntó.

—Es tan fácil... tan ridículamente fácil —dijo ella.

Leto, sintiendo que el pánico lo ganaba, recordó el esfuerzo de voluntad que había tenido que hacer la presencia de su padre en su interior para abandonar su carne. ¿Acaso Ghanima se había perdido en aquel mundo de observadores donde había estado aguardando y escuchando, aprendiendo de su padre todo lo que necesitaba?

—Te despreciaré, madre —dijo.

—Otros no me despreciarán —dijo ella—. Sé de nuevo mi amor.

—Si lo hiciera... sabes en qué nos convertiríamos los dos —dijo él—. Mi padre te despreciaría.

—¡Nunca!

—¡Te despreciaré!

El sonido surgió de su garganta más allá de su volición, y arrastraba consigo todos los viejos sobretonos de la Voz que Paul había aprendido de la bruja de su madre.

—No digas eso —gimió ella.

—¡Te despreciaré!

—Por favor... por favor, no lo digas.

Leto se frotó la garganta, sintiendo que los músculos volvían a ser de nuevo los suyos.

—Él te despreciará. Te volverá la espalda. Se adentrará otra vez en el desierto.

—No... no... —agitó la cabeza, fuerte, dolorosamente.

—Tienes que irte, madre —dijo Leto.

—No... no... —pero la voz había perdido su fuerza original.

Leto escrutó el rostro de su hermana. ¡Cómo se contraían sus músculos! Las emociones reflejaban en su carne el vórtice de agitaciones que había en su interior.

—Vete —susurró—. Vete.

Sujetó su brazo, y percibió el estremecimiento que pulsaba en sus músculos, el crispase de sus nervios. Ella se agitó, intentó soltarse, pero él mantuvo firme su brazo, susurrando:

—Vete... vete...

Y durante todo el tiempo Leto no hacía más que reprocharse el haber empujado a Ghanima a aquel *juego de los padres* que hacía un tiempo habían practicado tan a menudo, pero al que últimamente ella se había resistido. Era cierto que las mujeres eran más débiles ante aquellos asaltos interiores, constató. Ahí yacía el origen del miedo Bene Gesserit.

Pasaron varias horas, y el cuerpo de Ghanima seguía temblando y

estremeciéndose en su batalla interna, pero ahora la voz de su hermana se unió a la argumentación. La oyó hablándole a la imagen que había en su interior y que le imploraba.

—Madre... por favor... —y luego—: ¡Tú has visto a Alia! ¿Quieres que me convierta en otra Alia?

Finalmente, Ghanima se recostó contra él y susurró:

—Lo ha aceptado. Se ha ido.

Leto acarició su cabeza.

—Ghani. Lo siento. Lo siento. No te pediré nunca más que vuelvas a hacerlo. He sido egoísta. Perdóname.

—No hay nada que perdonar —dijo ella, y su voz jadeaba aún, como después de un tremendo esfuerzo físico—. Hemos aprendido muchas cosas que necesitábamos conocer.

—Ella te ha hablado de muchas cosas —dijo él—. Ya me las contarás más tarde, cuando...

—¡No! Debemos hacerlo ahora. Tenías razón.

—¿Mi Sendero de Oro?

—¡Tu maldito Sendero de Oro!

—Normalmente, la lógica es inoperante si no va acompañada con pruebas esenciales —dijo él—. Pero yo...

—Nuestra abuela ha regresado para guiar nuestra educación y comprobar que no hemos sido... contaminados.

—Eso es lo que dice Duncan. No hay nada nuevo en...

—Una deducción muy primaria —objetó ella, con voz cada vez más segura. Se apartó de él, contemplando el desierto que se extendía ante ellos en el silencio que precede al alba. Aquella batalla... aquel conocimiento, les había costado una noche. La Guardia Real, al otro lado de los sellos de humedad, tendría mucho que explicar. Leto había ordenado que nadie les molestara.

—La gente dice a menudo que la sutileza se adquiere con la edad —dijo Leto—. ¿Pero qué hemos aprendido nosotros de todos esos pozos de edad que yacen en nuestro interior?

—El universo, tal como nosotros lo vemos, no es nunca exactamente el universo físico —dijo ella—. No debemos percibir a nuestra abuela tan sólo como a una abuela.

—Eso podría ser peligroso —admitió él—. Pero mi pregun...

—Siempre hay algo más allá de la sutileza —dijo ella—. En nuestra consciencia tiene que existir un lugar que perciba las cosas que no podemos preconcebir. Es por eso... que mi madre me ha hablado tantas veces de Jessica. Al final, cuando nos hemos reconciliado y ha aceptado devolverme mi cuerpo, me ha dicho muchas cosas.

—Ghanima suspiró.

—*Sabemos* que es nuestra abuela —dijo él—. Tú pasaste ayer varias horas con ella. Es por eso por lo que...

—Debemos admitir que es el hecho de *saberlo* el que determinará nuestra forma de actuar hacia ella —dijo Ghanima—. Es sobre esto sobre lo que mi madre me ha puesto en guardia. Lo que ha dicho acerca de nuestra abuela... —Ghanima sujetó su brazo—... he oído el eco de la voz de nuestra abuela mientras escuchaba.

—Te ha puesto en guardia —dijo Leto. Sintió que aquel pensamiento lo inquietaba. ¿No había nadie de confianza en aquel mundo?

—La mayor parte de los errores mortales provienen de hipótesis caducas —dijo Ghanima—. Esta es una de las principales observaciones de mi madre.

—Eso es puro Bene Gesserit.

—S... Si Jessica ha entrado de nuevo completamente en la Hermandad...

—Sería muy peligroso para nosotros —dijo él, completando su pensamiento—. Llevamos la sangre de su Kwisatz Haderach... su macho Bene Gesserit.

—Nunca abandonarán esa búsqueda —dijo ella—, pero podrían abandonarnos a nosotros. Nuestra abuela podría ser el instrumento.

—Es otro camino —dijo él.

—Sí... nosotros dos... acoplándonos. Pero es bien sabido que pueden manifestarse caracteres recesivos que compliquen un tal emparejamiento.

—Es un riesgo que puede ser discutido.

—Sobre todo con nuestra abuela de por medio. No me gusta ese camino.

—A mi tampoco.

—De todos modos, no sería la primera vez que una estirpe real ha intentado...

—Es algo que me repele —dijo él, estremeciéndose.

Ella notó su estremecimiento y permaneció silenciosa.

—El poder —dijo Leto.

Y en aquella extraña alquimia de sus similitudes ella supo lo que él estaba pensando.

—El poder del Kwisatz Haderach debe fracasar —admitió.

—Usado del modo como ellos lo quieren usar —dijo él.

En aquel instante, el día amaneció en el desierto, más allá del horizonte. Sintieron el creciente calor. Los colores surgieron de las plantaciones bajo el risco. Hojas gris verdosas proyectaron sus afiladas sombras en el suelo. El resplandor del plateado sol de Dune reveló el verdeante oasis repleto de doradas y purpúreas sombras al amparo de la barrera rocosa.

Leto se puso en pie y se desperezó.

—El sendero de Oro entonces —dijo Ghanima, hablándose más a sí misma que a él, sabiendo hasta qué punto la última visión de su padre encajaba y se fundía con los



sueños de Leto.

Algo se movió al otro lado de los sellos de humedad tras ellos, y oyeron el murmullo de voces.

Leto volvió al antiguo lenguaje que usaban para mantener su intimidad:

—*L'ii ani kowr samis sm'kwi owr samit sut.*

Aquella era la decisión que había tomado firmemente en su consciencia. Literalmente: *Nos acompañaremos mutuamente hacia la inmortalidad, aunque tan sólo uno de nosotros pueda regresar para contarlo.*

Ghanima se alzó a su vez y, juntos, regresaron al sietch a través de los sellos de humedad, donde los guardias se pusieron en movimiento y acompañaron a los gemelos hasta sus apartamentos privados. La gente se apartaba ante ellos de un modo diferente aquella mañana, intercambiando miradas con los guardias. Pasar toda una noche a solas sobre el desierto era una vieja costumbre Fremen de los sabios y los santos. Todos los Umma habían practicado esa forma de vigilia. Paul Muad'Dib lo había hecho... y también Alia. Ahora los reales gemelos habían seguido la práctica.

Leto captó la diferencia y se la hizo notar a Ghanima.

—No saben lo que hemos decidido por ellos —dijo Ghanima—. No lo saben realmente.

Siempre en su lenguaje privado, Leto dijo:

—Deberemos empezar de la forma más fortuita posible.

Ghanima vaciló unos instantes para formar sus pensamientos. Luego dijo:

—En aquel momento, llorando al ser querido, deberá ser todo exactamente real... incluso el sepulcro. El corazón deberá seguir al durmiente, por temor a que no haya un despertar.

Era una declaración extremadamente elaborada en la antigua lengua, empleando un objeto pronominal separado del infinitivo. Era una sintaxis que multiplicaba el significado de las frases pero volviéndolas hacia sí mismas, dándoles diversos niveles de interpretación, todos ellos definidos y claramente distintos entre sí pero sutilmente interrelacionados. En parte, lo que había dicho era que el plan de Leto podía conducir a la muerte, y el hecho de que ésta fuera real o simulada no constituía ninguna diferencia. El resultado sería como la misma muerte, literalmente un «asesinato funeral». Y había un significado adicional en el conjunto que apunta acusadoramente a cualquiera de los dos que *sobreviviera* para contarlo, es decir, *recitara la parte del vivo*. Cualquier paso en falso podía destruir todo el plan, y el Sendero de Oro de Leto morir en su inicio.

—Extremadamente delicado —admitió Leto. Apartó los cortinajes y penetraron en su propia antecámara.

La actividad de los sirvientes se detuvo tan sólo por un latido de corazón cuando los gemelos cruzaron el pasadizo en forma de arco que conducía a los apartamentos

asignados a Dama Jessica.

—Tú no eres Osiris —le recordó Ghanima.

—Ni intentaré serlo.

Ghanima sujetó su brazo para detenerlo.

—*Alia darsatay haunus m'smow* —advirtió.

Leto miró fijamente a su hermana a los ojos. Por supuesto, las acciones de Alia despedían un olor que su abuela tenía que haber notado. Sonrió apreciativamente a Ghanima. Había mezclado la antigua lengua con las supersticiones Fremen para expresar la más básica profecía tribal. *M'smow*, el olor miasmático de una noche de heraldo de la muerte en manos de los demonios. E Isis había sido la diosa-demonio de la muerte del pueblo cuya lengua hablaban ahora.

—Nosotros los Atreides tenemos que mantener una reputación de audaces —dijo.

—Por eso *tomaremos* todo lo que necesitemos —dijo ella.

—Es eso o vernos obligados a pedírselo a nuestra Regente —dijo él—. A Alia le gustaría.

—Pero nuestro plan... —Ghanima dejó la frase en suspenso.

*Nuestro plan*, pensó él. Ahora lo compartían por completo.

—Pienso en nuestro plan como en las fatigas del shaduf —dijo.

Ghanima miró hacia atrás, hacia la antecámara que habían atravesado, paladeando los olores matutinos a cuero y a piel con su sensación de un eterno comienzo. Le gustaba la forma en que Leto había empleado su lenguaje privado. *Las fatigas del shaduf*. Era un voto. Él había calificado a su plan como un trabajo agrícola a un ínfimo nivel: fertilizar, escardar, trasplantar, podar... pero con las implicaciones Fremen de que este trabajo se producía simultáneamente en Otro Mundo donde simbolizaba el cultivo de las riquezas del alma.

Ghanima había estudiado a su hermano mientras estaban allí en el paso rocoso. Se le hacía cada vez más obvio a ella que él estaba implorando en dos niveles: uno, para el Sendero Dorado de su visión y la de su padre, y dos, para que ella le dejara en libertad de llevar a término la extremadamente peligrosa creación de un mito que el plan generaba. Aquello la estremeció. ¿Había algo más en su visión privada que no le hubiera contado? ¿Podía él verse a sí mismo como la potencial figura deificada que conduciría a la humanidad a un renacimiento... el hijo al igual que el padre? El culto a Muad'Dib se había vuelto agrio, fermentando en la mala administración de Alia y las incontroladas licencias de un sacerdocio militar que tenía las riendas del poder Fremen. Leto deseaba una regeneración.

*Me está ocultando algo*, se dio cuenta.

Revivió todo lo que él le había contado de su sueño. Emitía una tan iridiscente realidad que uno podía andar a su alrededor durante horas, aturdido. El sueño nunca variaba, había dicho él.

—Estoy sobre la arena, bajo la brillante luz amarilla del día, y sin embargo no hay sol. Entonces me doy cuenta de que yo soy el sol. Mi luz ilumina un Sendero de Oro. Cuando me doy cuenta de esto, salgo de mí mismo. Giro, esperando verme a mí mismo como un sol. Pero no soy el sol; soy una figura hecha con palotes, un dibujo de niño con dos líneas en zigzag por ojos, piernas y brazos hechos de un solo trazo. Hay un cetro en mi mano izquierda, y es un cetro real... mucho más detallado en su realidad que toda la figura hecha con palotes que lo sostiene. El cetro se mueve, y aquello me aterra. A medida que se mueve tengo la sensación de estar despertando, pese a que sé que todavía sigo durmiendo. Me doy cuenta entonces de que mi cuerpo está encajado dentro de algo... una armadura que se mueve cuando mi cuerpo se mueve. No puedo ver esa armadura, pero la siento. Entonces mi terror me abandona, porque esa armadura me da la fuerza de diez mil hombres.

Cuando Ghanima lo miró, Leto intentó alejarse, continuar su camino hacia los apartamentos de Jessica. Ghanima resistió.

—Ese Sendero de Oro podría no ser mejor que cualquier otro sendero —dijo.

Leto miró al suelo rocoso que los separaba, sintiendo el potente regreso de las dudas de Ghanima.

—Debo hacerlo —dijo.

—Alia está poseída —dijo ella—. Eso mismo puede ocurrirnos a nosotros. Podría haber ocurrido ya, sin que nosotros lo supiéramos.

—No —el agitó la cabeza, sostuvo la mirada—. Alia ha resistido. Y esto es lo que les ha dado su fuerza a los poderes que hay dentro de ella. Se ha visto superada por su propia fortaleza. Nosotros nos hemos atrevido a buscar dentro de nosotros, extrayendo las antiguas lenguas y el viejo conocimiento. Somos ya una amalgama de todas esas vidas que hay dentro de nosotros. Nosotros no resistimos; llevamos las riendas con ellos. Esto es lo que he aprendido de nuestro padre esta última noche. Esto es lo que debemos aprender.

—Él no ha dicho nada de esto dentro de mí.

—Tú escuchabas a nuestra madre. Esto es lo que...

—Y casi me he perdido.

—¿Sigue siendo fuerte en tu interior? —el miedo contrajo su rostro.

—Sí... pero ahora pienso que está velando sobre mí con su amor. Estuviste muy bien cuando argumentaste con ella.

Y Ghanima, pensando en el reflejo de su madre dentro de ella, dijo—: Nuestra madre existe ahora para mí en el *alam al-mythal* con los demás, pero ha saboreado el fruto del infierno. Ahora puedo escucharla sin miedo. En cuanto a los demás...

—Si —dijo él—. Y yo he escuchado a mi padre, pero creo que realmente estoy siguiendo los consejos de mi abuelo de quien recibí el nombre. Quizás el nombre lo haga todo más fácil.

—¿Te ha aconsejado que hables con nuestra abuela acerca del Sendero de Oro?

Leto aguardó mientras un sirviente apresuraba el paso junto a ellos, llevando una bandeja de mimbre con el desayuno de Dama Jessica. Un intenso olor a especia inundó el aire al paso del sirviente.

—Ella vive en nosotros y en su propia carne —dijo Leto—. Su consejo puede ser consultado dos veces.

—No yo —protestó Ghanima—. No quiero arriesgarme de nuevo a ello.

—Entonces lo haré yo.

—Creo que ambos estamos de acuerdo en que ha vuelto a la Hermandad.

—Por supuesto. Bene Gesserit en sus comienzos; ella misma en su mitad; y Bene Gesserit al final. Pero recuerda que lleva también sangre Harkonnen en sus venas, y está más próxima a ellos de lo que lo estamos nosotros, y que también ha experimentado una forma de coparticipación interior como la que experimentamos nosotros.

—Una forma muy superficial —dijo Ghanima—. Y tú no has respondido a mi pregunta.

—No creo que le mencione el Sendero de Oro.

—Yo lo haré.

—¡Ghani!

—¡Lo último que necesitamos es otro dios Atreides! ¡Necesitamos un espacio para un poco de humanidad!

—¿Lo he negado alguna vez?

—No —Ghanima suspiró profundamente y apartó la mirada de él. Los sirvientes les lanzaron fugaces miradas desde la antecámara, sabiendo que estaban discutiendo por el tono de sus voces pero incapaces de comprender las antiguas palabras.

—Debemos hacerlo —dijo Leto—. Si no actuamos, será mejor que nos dejemos caer sobre nuestros propios cuchillos.

Usó la forma Fremen de decirlo, que en realidad significaba «derramar nuestra agua en la cisterna tribal».

Ghanima miró una vez más hacia él. Se vio forzada a asentir. Pero se sintió atrapada dentro de una construcción con muchas paredes. Ambos sabían que habría un día de rendición de cuentas que se cruzaría en su camino, hicieran lo que hiciesen. Ghanima lo sabía con una certeza reforzada por los datos obtenidos de todas aquellas memorias-vida, pero ahora sentía miedo de la fuerza que iban adquiriendo aquellas otras psiques por el hecho de usar sus experiencias. Acechaban como arpías en su interior, sombras demoníacas aguardando emboscadas.

Excepto su madre, que había empuñado el poder de la carne y había renunciado a él. Ghanima se estremecía ante el pensamiento de aquella lucha interior, sabiendo que habría perdido de no ser por la fuerza de persuasión de Leto.

Leto decía que su Sendero de Oro conducía fuera de aquella trampa. Excepto por la angustiosa impresión de que él le ocultaba algo de su visión, Ghanima no podía hacer más que aceptar su sinceridad. Leto necesitaba de la fértil creatividad de ella para enriquecer el plan.

—Seremos probados —dijo él, sabiendo cuáles eran las dudas de ella.

—No con la especia.

—Quizás incluso con ella. Seguramente en el desierto, y con la Prueba de la Posesión.

—Nunca has mencionado la Prueba de la Posesión —acusó ella—. ¿Forma parte de tu sueño?

El intentó deglutir con la garganta seca, reprochándose a sí mismo su estupidez.

—Si —dijo.

—¿Entonces seremos... poseídos?

—No.

Ella pensó en la Prueba... aquel antiguo examen Fremen que la mayor parte de las veces terminaba con una muerte horrible. Así pues, aquel plan tenía otras complejidades. Los conduciría hasta una afilada cresta desde la cual caer hacia cualquiera de los dos lados representaría una sacudida tal a la mente humana que sería difícil que esta mente conservara la cordura.

Sabiendo a dónde conducían los pensamientos de Ghanima, Leto dijo:

—El poder atrae a los psicóticos. Siempre. Esto es lo que debemos evitar dentro de nosotros.

—¿Estás seguro de que no vamos a ser... poseídos?

—No si creamos el Sendero de Oro.

Dudando aún, Ghanima dijo:

—No daré a luz a tu hijo, Leto.

El agitó la cabeza, ahogando las protestas interiores, y utilizó la ceremonial forma real de la antigua lengua:

—Hermana mía, te amo más que a mi mismo, pero este no es el mayor de mis deseos.

—Muy bien, entonces volvamos a otro punto de nuestra discusión antes de reunirnos con nuestra abuela. Un cuchillo clavado en el cuerpo de Alia resolvería la mayor parte de nuestros problemas.

—Si crees esto, crees también que podemos caminar por el fango sin dejar ninguna huella —dijo Leto—. Además, ¿cuándo ha dado Alia a alguien la menor oportunidad de hacerlo?

—Corren rumores acerca de ese Javid.

—¿Ha mostrado alguna vez Duncan señales de cuernos creciéndole?

Ghanima se alzó de hombros.

—Un veneno, dos venenos. —Era la etiqueta habitual aplicada a la costumbre real de catalogar a los compañeros por su capacidad de traicionarle a uno, una marca que distinguía a los gobernantes en cualquier lugar.

—Debemos actuar a mi manera —dijo Leto.

—La otra manera podría ser más limpia —dijo Ghanima.

Él supo por su respuesta que ella había eliminado finalmente sus dudas y empezaba a aceptar su plan. Aquella constatación no lo hizo más feliz. Se descubrió a sí mismo mirándose las manos, pensando cómo iba a limpiar toda aquella suciedad.

Esta fue la realización de Muad'Dib: Vio la reserva subliminal de cada individuo como un inconsciente banco de memorias que llegaba hasta las células primordiales de nuestra génesis común. Cada uno de nosotros, dijo, puede medirse en razón de su distancia de este origen común. Viendo esto y aceptándolo, dio el audaz paso de la decisión. Muad'Dib tomó sobre sí mismo la tarea de integrar la memoria genética en la evaluación actual. De este modo rasgó los velos del Tiempo, haciendo una sola cosa del futuro y del pasado. Esta fue la creación de Muad'Dib, encarnada en su hijo y en su hija.

*Testamento de Arrakis*, por HARQ AL-ADA

Farad'n avanzaba a grandes zancadas por el amurallado jardín del palacio real de su abuelo, observando cómo su sombra se hacía más corta a medida que el sol de Salusa Secundus ascendía hacia el cenit. Tenía que esforzarse y acelerar el paso para mantenerse a la altura del alto Bashar que lo escoltaba.

—Tengo dudas, Tyekanik —dijo—. Oh, no puedo negar el atractivo que tiene un trono, pero... —inspiró profundamente—. Tengo tantos otros intereses.

Tyekanik, recién salido de una violenta discusión con la madre de Farad'n, miró de reojo al Príncipe, notando como la carne del muchacho se afirmaba a medida que se aproximaba su decimoctavo cumpleaños. Cada vez había menos y menos de Wensicia en él, a cada día que pasaba, y más del viejo Shaddam, que siempre había preferido sus aficiones privadas a las responsabilidades del reino. Y aquello había sido lo que finalmente le había costado el trono, por supuesto. Se había ablandado demasiado en el mando.

—Debéis tomar vuestra elección —dijo Tyekanik—. Oh, sin duda necesitaréis tiempo para alguno de vuestros intereses, pero...

Farad'n se mordió el labio inferior. El deber lo mantenía allí, pero se sentía frustrado. Hubiera preferido con mucho estar en aquel enclave rocoso donde se realizaban los experimentos con la trucha de arena. *Aquel* era un proyecto de enorme alcance: arrancar a los Atreides el monopolio de la especie. A partir de ello, cualquier cosa podía suceder.

—¿Estás seguro de que esos gemelos van a ser... eliminados?

—Nada es absolutamente seguro, mi Príncipe, pero las perspectivas son buenas.

Farad'n se alzó de hombros. El asesinato era un hecho común en la vida real. El lenguaje estaba repleto de sutiles variantes de la forma en que podían ser eliminados los personajes importantes. Con una simple palabra, uno podía distinguir entre el veneno en la bebida y el veneno en la comida. Presumía que la eliminación de los gemelos Atreides sería realizada a través de un veneno. No era un pensamiento agradable. Según lo que se decía, los gemelos eran una pareja excepcionalmente interesante.

—¿Tendremos que trasladarnos a Arrakis? —preguntó Farad'n.

—La mejor elección es siempre hallarse personalmente en el lugar donde la presión es mayor. —Farad'n daba la impresión de estar evitando una pregunta muy concreta, y Tyekanik se preguntó cuál podría ser.

—Estoy preocupado, Tyekanik —dijo Farad'n, mientras rebasaban un seto que formaba un recodo y se acercaban a una fuente rodeada de gigantescas rosas negras. Se podía oír el ruido de los jardineros trabajando tras los macizos.

—¿Sí? —invitó Tyekanik.

—Esta... ah... religión que profesas...

—No hay nada extraño en ello, mi Príncipe —dijo Tyekanik, y rogó por que su voz siguiera firme—. Esa religión le habla al guerrero que hay en mí. Es una religión apropiada para un Sardaukar. —Esto, al menos, era cierto.

—Sííííí... Pero mi madre parece muy complacida con ello.

*¡Maldita Wensicia!*, pensó Tyekanik. *Ha hecho que sospechara.*

—Lo que tu madre piense no tiene importancia. La religión de un hombre es un asunto estrictamente suyo. Quizás ella vea algo en la misma que pueda ayudarte a acceder al trono.

—Eso es lo que yo pienso —dijo Farad'n.

*¡Oh, he aquí a un muchacho agudo!*, pensó Tyekanik.

—Estudiad la religión por vos mismo —dijo—; veréis inmediatamente por qué yo la he elegido.

—De todos modos... ¿y las doctrinas de Muad'Dib? Después de todo, él era un Atreides.

—Sólo puedo deciros que los caminos de Dios son misteriosos —dijo Tyekanik.

—Lo sé. Dime, Tyek, ¿por qué me has pedido que viniera a pasear aquí contigo? Casi es mediodía, y normalmente a esa hora tú estás fuera cumpliendo algún encargo de mi madre.

Tyekanik se detuvo al lado de un banco de piedra, junto a la fuente y a las rosas gigantes que la flanqueaban. El rumor del agua lo calmaba, y concentró toda su atención antes de hablar:

—Mi Príncipe, he hecho algo que a lo mejor no le gustará a vuestra madre. —Y pensó: *Si cree esto, su maldita maquinación funcionará.* Casi deseaba que el plan de Wensicia fallase. *Traer hasta aquí a ese condenado Predicador. Es estúpido. ¡Y el costo!*

Viendo que Tyekanik permanecía en silencio, aguardando, Farad'n preguntó:

—De acuerdo, Tyek, ¿qué es lo que has hecho?

—He traído hasta aquí a un experto en oniromancia —dijo Tyekanik.

Farad'n lanzó una aguda mirada a su compañero. Algunos de los viejos Sardaukar se complacían jugando a la interpretación de los sueños, con mayor asiduidad desde



su fracaso a manos del «Supremo Soñador» Muad'Dib. En algún lugar de sus sueños, razonaban, podía hallarse la forma de reconquistar el poder y la gloria. Pero Tyekanik siempre se había mantenido apartado de aquellos juegos.

—Eso no encaja contigo, Tyek —dijo Farad'n.

—Entonces sólo puedo hablar de mi nueva religión —dijo el Sardaukar mirando a la fuente. Por supuesto, era para hablar de la religión que se había arriesgado a traer hasta allí al Predicador.

—Entonces háblame de esa religión —dijo Farad'n.

—Como mi Príncipe ordene. —Se giró, miró a aquel joven en el que se concentraban todos los sueños destilados de los anhelos de futuro de la Casa de los Corrino. La Iglesia y el Estado, mi Príncipe, al igual que la razón científica y la fe, e incluso el progreso y la traición... todos se han reconciliado a través de las enseñanzas de Muad'Dib. Él nos dijo que no hay intransigencias opuestas excepto en las creencias de los hombres y, a veces, en sus sueños. Uno descubre el futuro en el pasado, y ambos forman parte de un todo.

Pese a las dudas que no conseguía disipar, Farad'n se sintió impresionado por aquellas palabras. Había captado una nota de reluctante sinceridad en la voz de Tyekanik, como si el hombre hablara venciendo sus compulsiones internas.

—¿Y es por esto por lo que me has traído a este... a este intérprete de sueños?

—Sí, mi Príncipe. Quizá vuestros sueños penetren el Tiempo. Para dominar conscientemente vuestro ser interior debéis primero reconocer el universo como un todo coherente. Vuestros sueños... bueno...

—Pero yo he hablado inútilmente de mis sueños —protestó Farad'n—. Son una curiosidad, nada más. Nunca sospeché que tú...

—Mi Príncipe, nada de lo que vos hagáis puede no tener importancia.

—Eso es muy halagador, Tyek. ¿Crees realmente que ese individuo pueda ver en el corazón de los más grandes misterios?

—Lo creo, mi Príncipe.

—Entonces deja que a mi madre no le guste.

—¿Lo veréis?

—Por supuesto... ya que lo has traído hasta aquí para que no le guste a mi madre.

*¿Se está burlando de mí?*, se dijo Tyekanik. Y en voz alta:

—Debo advertiros que ese viejo lleva una máscara. Es un ingenio ixiano que permite a los ciegos ver a través de su piel.

—¿Es ciego?

—Sí, mi Príncipe.

—¿Sabe quién soy yo?

—Se lo he dicho, mi Príncipe.

—Muy bien. Llévame hasta él.

—Si mi Príncipe quiere aguardar aquí un momento, traeré al hombre hasta vos.

Farad'n miró a su alrededor, a la fuente en medio del jardín, y sonrió. Cualquier lugar era bueno para aquella estupidez.

—¿Le has contado mis sueños?

—Sólo en términos generales, mi Príncipe. Él os pedirá que se los contéis personalmente.

—Oh, muy bien. Esperaré aquí. Tráelo.

Farad'n se giró de espaldas, oyendo a Tyekanik retirarse apresuradamente. Podía ver a un jardinero trabajando justo detrás del macizo, la parte alta de su cabeza cubierta con un gorro marrón, el rítmico agitarse de la vegetación bajo las tijeras de poda. El movimiento era casi hipnótico.

*Ese asunto de los sueños es una estupidez, pensó Farad'n. Tyek se ha equivocado actuando así sin consultarme. Es extraño que Tyek haya abrazado una religión a su edad. Y luego los sueños.*

Unos instantes más tarde oyó un ruido de pasos tras él: el rítmico y familiar taconeo de Tyekanik, y otro andar más lento y arrastrado. Farad'n se giró y contempló aproximarse al intérprete de sueños. La máscara ixiana era un utensilio negro y translúcido que ocultaba su rostro desde la frente hasta la parte inferior de la mandíbula. No había ranuras para los ojos en la máscara. Si uno creía en la publicidad ixiana, toda la máscara era un ojo único.

Tyekanik se detuvo a dos pasos de Farad'n, pero el viejo hombre enmascarado se aproximó hasta casi rozarlo.

—El intérprete de sueños —dijo Tyekanik.

Farad'n asintió.

El viejo enmascarado carraspeó en una extraña forma gruñente, como si quisiera liberar algo de su estómago.

Farad'n sintió la aguda impresión de un fuerte olor a especia proveniente del viejo hombre. Emanaba de la larga y colgante ropa gris que cubría su cuerpo.

—¿Es realmente esta máscara parte de tu carne? —preguntó Farad'n, dándose cuenta de que estaba intentando retrasar el tema de los sueños.

—Desde que la llevo —dijo el viejo hombre, y su voz arrastraba un gangueo amargo y una leve sugerencia de acento Fremen—. Tus sueños —dijo—. Cuéntame.

Farad'n se alzó de hombros. *¿Por qué no?* Para eso había traído Tyek al viejo. ¿O no? Las dudas se aferraron a él.

—¿Eres realmente un practicante de la oniromancia? —preguntó.

—He venido para interpretar tus sueños, Poderoso Señor. Farad'n se alzó nuevamente de hombros. Aquella figura enmascarada lo ponía nervioso. Miró a Tyekanik, que permanecía en el mismo lugar donde se había detenido, con los brazos cruzados, mirando hacia la fuente.

—Tus sueños —insistió el viejo.

Farad'n inhaló profundamente, empezando a relatar sus sueños. Su voz se hizo más firme cuando fue adentrándose en ellos. Habló del agua fluyendo dentro del pozo, de los mundos que eran como átomos danzando en su cabeza, de la serpiente que se transformaba en un gusano de arena y estallaba en una nube de polvo. Al hablar de la serpiente, se sintió sorprendido al descubrir que le costaba un mayor esfuerzo hacerlo. Una terrible reluctancia lo inhibía, y se irritó consigo mismo a medida que hablaba.

El viejo hombre permaneció impasible cuando Farad'n terminó su relato. La negra máscara translúcida se movía ligeramente al ritmo de su respiración. Farad'n aguardó. El silencio se prolongó.

—¿No vas a interpretar mis sueños? —preguntó finalmente Farad'n.

—Ya los *he* interpretado —dijo el hombre, y su voz pareció llegar de una gran distancia.

—¿Y? —Farad'n notó cómo su voz se volvía estridente, traicionando la tensión que el relato de sus sueños le había producido.

El viejo hombre siguió impasiblemente silencioso.

—¡Habla! —la rabia se hizo evidente en el tono de su voz.

—He dicho que los he interpretado —dijo el viejo hombre—. No he dicho que fuera a contarte mi interpretación.

Tyekanik se movió ante aquellas palabras, descruzando sus brazos y poniéndose en jarras.

—¿Qué significa esto? —gruñó.

—Nunca he dicho que fuera a revelar mi interpretación —dijo el viejo.

—¿Quieres un pago más alto? —preguntó Farad'n.

—No he pedido ser pagado cuando he sido conducido hasta aquí. —Un cierto frío orgullo en aquella respuesta aplacó la rabia de Farad'n. Era un viejo valiente, después de todo. Debía saber que su desobediencia podía causarle la muerte.

—Permitidme, mi Príncipe —dijo Tyekanik, cuando Farad'n iba a hablar de nuevo—. ¿Puedes decirnos por qué razón no quieres revelarnos tu interpretación?

—Si, mis Señores. Los propios sueños me dicen que no hay ninguna finalidad en explicar tales cosas.

Farad'n ya no pudo contenerse.

—¿Estás diciendo que yo ya sé el significado de mis sueños?

—Quizá lo sepáis, mi Señor, pero esto ya no es asunto mío.

Tyekanik avanzó hasta colocarse al lado de Farad'n. Ambos miraron furiosamente al viejo.

—Explícate —dijo Tyekanik.

—Si, hazlo —dijo Farad'n.

—Si tuviera que hablarte de esos sueños, que explorar ese asunto del agua y del polvo, de las serpientes y los gusanos, que analizar los átomos que danzan en tu cabeza tal como lo hacen en la mía... ahhh, poderoso Señor, mis palabras sólo conseguirían confundirte y llevarte a interpretaciones erróneas.

—¿Temes que tus palabras me encolericen? —preguntó Farad'n.

—¡Mi Señor! Ya estás encolerizado.

—¿Se trata de que no confías en nosotros? —preguntó Tyekanik.

—Casi lo has captado, mi Señor. No confío en ninguno de vosotros dos, por la simple razón de que ninguno de vosotros dos confía en sí mismo.

—Estás caminando peligrosamente al filo de tu perdición —dijo Tyekanik—. Ha habido hombres que han sido muertos por un comportamiento menos ofensivo que el tuyo.

Farad'n asintió.

—No tientes nuestra ira —dijo.

—Las fatales consecuencias de la ira de los Corrino son bien conocidas, mi Señor de Salusa Secundus —dijo el viejo.

Tyekanik puso una mano en el brazo de Farad'n para calmarlo, y preguntó:

—¿Estás intentando empujarnos a que te matemos?

Farad'n, que no había pensado en aquello, sintió un estremecimiento al imaginar lo que esta actitud podía significar. ¿Ese viejo que se hacía llamar a sí mismo Predicador... era más de lo que aparentaba? ¿Cuáles serían las consecuencias de su muerte? Los mártires pueden convertirse en una peligrosa creación.

—Dudo que me matéis, diga yo lo que diga —dijo el Predicador—. Creo que conoces mi valía, Bashar, y tu Príncipe empieza a sospecharlo.

—¿Te niegas absolutamente a interpretar estos sueños? —preguntó Tyekanik.

—Ya los he interpretado.

—¿Y no quieres revelar lo que has visto en ellos?

—¿Me lo reprochas, mi Señor?

—¿Cómo puedes ser tú valioso para mí? —preguntó Farad'n.

El Predicador apuntó con su mano derecha.

—Si yo hago una simple seña con esta mano, Duncan Idaho acudirá y me obedecerá.

—¿Qué estúpida jactancia es ésta? —preguntó Farad'n.

Pero Tyekanik agitó la cabeza, recordando su discusión con Wensicia.

—Mi Príncipe, puede ser cierto —dijo—. Este Predicador tiene muchos seguidores en Dune.

—¿Por qué no me has dicho que venía de ese lugar? —preguntó Farad'n.

Antes de que Tyekanik pudiera contestar, el Predicador se dirigió a Farad'n:

—Mi Señor, no debes experimentar ningún complejo de culpabilidad con

respecto a Arrakis. Tú eres tan sólo un producto de tu tiempo. Tu reacción es la normal de cualquier hombre asaltado por la culpa.

—¡Culpa! —Farad'n se sintió ultrajado.

El Predicador se limitó a alzarse de hombros.

Sorprendentemente, aquello cambió para Farad'n el ultraje en diversión. Se echó a reír, echando hacia atrás la cabeza, hasta tal punto que Tyekanik se le quedó mirando asombrado. Luego:

—Me gustas, Predicador —dijo.

—Esto me halaga, Príncipe —dijo el viejo.

Conteniendo la risa, Farad'n prosiguió:

—Te encontraremos un apartamento aquí en el palacio. Serás mi intérprete oficial de sueños... aunque nunca quieras relevarme una palabra de esas interpretaciones. Y me aconsejarás sobre Dune. Siento una gran curiosidad hacia ese lugar.

—No puedo hacer esto, Príncipe.

Un asomo de irritación surgió de nuevo en él. Farad'n miró furiosamente hacia la negra máscara.

—¿Y por qué no, si puedes decírmelo?

—Mi Príncipe —dijo Tyekanik, tocando de nuevo el brazo de Farad'n.

—¿Qué ocurre, Tyekanik?

—Lo hemos traído hasta aquí en base a un acuerdo vinculante con la Cofradía. Debe ser devuelto a Dune.

—Soy reclamado en Arrakis —dijo el Predicador.

—¿Y quién te reclamaría? —quiso saber Farad'n.

—Un poder más grande que el tuyo, Príncipe.

Farad'n dirigió una interrogadora mirada a Tyekanik.

—¿Es un espía Atreides?

—No es probable, mi Príncipe. Alia ha puesto precio a su cabeza.

—Si no son los Atreides, ¿quién te reclama? —preguntó Farad'n, volviendo de nuevo su atención al Predicador.

—Un poder más grande que el de los Atreides.

La risa se le escapó de nuevo a Farad'n. Aquello no eran más que estupideces místicas. ¿Cómo podía Tyek dejarse engañar por aquel fraude? Aquel Predicador había sido *llamado*... muy probablemente a causa de unos sueños. ¿Y qué importancia tenían los sueños?

—Eso ha sido una pérdida de tiempo, Tyek —dijo Farad'n—. ¿Por qué has querido someterme a esta... a esta farsa?

—Hay una doble razón, mi Príncipe —dijo Tyekanik—. Este intérprete de sueños me prometió conseguirme a Duncan Idaho como agente de la Casa de los Corrino. Todo lo que pedía era encontrarse con vos e interpretar vuestros sueños. —Y

Tyekanik añadió para sí mismo: *¡O al menos eso es lo que dijo Wensicia!* Las dudas asaltaron nuevamente al Bashar.

—¿Por qué mis sueños son tan importante para ti, viejo? —preguntó Farad'n.

—Tus sueños me dicen que hay grandes acontecimientos moviéndose hacia su lógica conclusión —dijo el Predicador—. Debo apresurar mi regreso.

—Y permanecerás inescrutable —dijo burlonamente Farad'n—, sin darme ningún consejo.

—Los consejos, Príncipe, son una mercancía peligrosa. Pero aventuraré unas pocas palabras que puedes tomar como un consejo o como lo que creas mejor.

—Por supuesto —dijo Farad'n.

El Predicador, más rígido que nunca, enfrentó su enmascarado rostro al de Farad'n.

—Los gobiernos pueden surgir y caer por razones aparentemente insignificantes, Príncipe. ¡Acontecimientos realmente pequeños! Una discusión entre dos mujeres... la forma en que sopla el viento un día determinado... un estornudo, un carraspeo, la longitud de un indumento o la eventual colisión de un grano de arena contra el ojo de un cortesano. No siempre son los majestuosos intereses de los ministros Imperiales los que dictan el curso de la historia, no son necesariamente las pontificaciones de los sumos sacerdotes las que mueven las manos de Dios.

Farad'n se sintió con sorpresa profundamente agitado por aquellas palabras, aunque no supo explicar su emoción.

Tyekanik, en cambio había centrado su atención en una sola frase. ¿Por qué había hablado aquel Predicador de un indumento? La mente de Tyekanik se centró en las ropas Imperiales enviadas a los gemelos Atreides, en los tigres entrenados para atacar. ¿Acaso aquel viejo había lanzando una sutil advertencia? ¿Qué era lo que sabía?

—¿Qué significa este consejo? —preguntó Farad'n.

—Si deseas tener éxito —dijo el Predicador—, deberás concentrar tu estrategia en unos pocos puntos. ¿Dónde aplica uno la estrategia? A un lugar en particular y a unas personas en particular. Pero incluso poniendo el mayor cuidado y minuciosidad, algunos pequeños detalles que parecen insignificantes terminan siempre por escapársete. ¿Puede tu estrategia, Príncipe, verse reducida a las ambiciones de la esposa de cualquier gobernador regional?

Tyekanik, con voz fría, interrumpió:

—¿Por qué insistes tanto en la estrategia, Predicador? ¿Eso es todo lo que piensas decirle a mi Príncipe?

—Está siendo empujado a desear un trono —dijo el Predicador—. Le deseo buena suerte, pero va a necesitar mucho más que suerte.

—Esas son palabras peligrosas —dijo Farad'n—. ¿Cómo te atreves a

pronunciarlas?

—Las ambiciones tienden a quedar apartadas de las realidades —dijo el Predicador—. Me atrevo a decirte estas palabras porque te hallas en una encrucijada. Puedes convertirte en algo admirable. Pero actualmente te hallas rodeado por gentes que no buscan justificaciones morales, por consejeros orientados hacia la estrategia. Eres joven y fuerte, tenaz, pero careces de un adiestramiento avanzando que te permita desarrollar y madurar tu carácter. Y es triste, porque hay en ti una debilidad cuyas dimensiones ya te he descrito.

—¿Qué es lo que intentas decir? —exigió Tyekanik.

—Ten cuidado con lo que hablas —dijo Farad'n—. ¿Cuál es esta debilidad?

—Ni siquiera has pensado en el tipo de sociedad que preferirías —dijo el Predicador—. Nunca has tomado en consideración las esperanzas de tus súbditos. La forma del Imperio que ambicionas ni siquiera ha empezado a esbozarse en tu mente —giró su máscara hacia Tyekanik—. Tu mirada se centra únicamente en el poder, no en sus sutiles abusos ni en sus peligros. Tu futuro está así lleno de claras incógnitas: con mujeres peleándose, con golpes de tos y días ventosos. ¿Cómo esperas crear una época que ni siquiera puedes ver en detalle? Tu mente, por tenaz que sea, no te va a servir. Esta es tu debilidad.

Farad'n estudió al viejo hombre durante un largo espacio de tiempo, preguntándose cuáles eran las profundas razones implicadas en tales pensamientos, y la persistencia de conceptos tan desacreditados. ¡Moralidad! ¡Metas sociales! Todo aquello eran mitos que debían echarse a un lado frente al movimiento ascendente de la evolución.

—Ya basta de palabras —dijo Tyekanik—. ¿Qué hay con el precio que acordamos, Predicador?

—Duncan Idaho es vuestro —dijo el Predicador—. Tened cuidado en cómo lo usáis. Es una joya inestimable.

—Oh, tenemos una misión apropiada para él —dijo Tyekanik. Dirigió una mirada a Farad'n—. ¿Con vuestro permiso, mi Príncipe?

—Envíalo rápido, antes de que cambie de idea —dijo Farad'n. Luego, dirigiendo una irritada mirada a Tyekanik—: ¡No me gusta la forma en que me has usado, Tyek!

—Perdónalo, Príncipe —dijo el Predicador—. Tu leal Bashar sigue la voluntad de Dios sin siquiera saberlo. Con una inclinación, el Predicador se alejó, y Tyekanik se apresuró a seguirlo.

Farad'n contempló su retirada mientras pensaba: *Debo informarme acerca de esta religión que ha abrazado Tyek. Y sonrió tristemente. ¡Vaya intérprete de sueños! ¿Pero qué importa? Al fin y al cabo, mi sueño no tenía la menor importancia.*

Y tuvo la visión de una armadura. La armadura no era su propia piel; era tan fuerte como el platiacero. Nada penetraba su armadura... ningún cuchillo ni veneno ni arena, ni el polvo del desierto ni su desecante calor. En su mano derecha sostenía el poder de crear la tormenta de Coriolis, de estremecer la tierra y erosionarla hasta la nada. Sus ojos estaban fijos en el Sendero de Oro, y en su mano izquierda sostenía el cetro del dominio absoluto. Y más allá del Sendero de Oro, sus ojos miraban hacia la eternidad que sabía era el alimento de su alma y de su carne imperecedera.

«Heighia, el Sueño de mi Hermano», del *Libro de Ghanima*

—Sería mejor que nunca llegara a ser Emperador —dijo Leto—. Oh, no quiero decir que haya cometido el mismo error que mi padre y mirado al futuro a través de una lente de especia. Digo esto por simple egoísmo. Mi hermana y yo necesitamos desesperadamente un tiempo de libertad para aprender a vivir tal como somos.

Guardó silencio, mirando inquisitivamente a Dama Jessica. Había representado su parte tal como él y Ghanima habían acordado. Ahora, ¿cuál iba a ser la respuesta de su abuela?

Jessica estudió a su nieto a la débil luz de los globos que iluminaban sus apartamentos en el Sietch Tabr. Eran las primeras horas de la mañana de su segundo día allí, y había oído ya cosas intranquilizadoras con respecto a la noche de vigilia que los gemelos habían pasado fuera del sietch. ¿Qué era lo que estaban tramando? Ella tampoco había dormido bien, y sentía los ácidos de la fatiga exigiéndole que interrumpiera la constante y tensa vigilancia que había mantenido a través de todas las urgentes necesidades hasta aquella crucial escena en el espaciopuerto. Aquel era el sietch de sus pesadillas... pero fuera no había el desierto que ella recordaba. *¿De dónde han surgido todas esas flores?* Y el aire a su alrededor era demasiado húmedo. La disciplina de los destiltrajes se había relajado entre los jóvenes.

—¿Quiénes sois vosotros, chiquillos, que necesitáis tiempo para aprender sobre vosotros mismos? —preguntó.

Leto agitó suavemente su cabeza, sabiendo que aquel era un extraño gesto de adulto en un cuerpo de niño, recordándose a sí mismo que no debía dar tregua a aquella mujer.

—En primer lugar, yo no soy un chiquillo. Oh... —se tocó el pecho—, este es un cuerpo de chiquillo, no hay ninguna duda sobre ello. Pero yo no soy un chiquillo.

Jessica se mordió el labio inferior, aun sabiendo que aquel gesto la traicionaba. Su Duque, muerto hacía tantos años en aquel condenado planeta, siempre se había reído de ella cuando se lo había descubierto. *Tu única reacción incontrolada*, era como definía a aquel gesto de morderse el labio. *Me dice que estás turbada, y yo debo besar esos labios para calmar su temblor.*

Ahora, este nieto que llevaba el nombre de su Duque la impresionó hasta el punto



de detener por un instante los latidos de su corazón simplemente sonriendo y diciéndole:

—Estás turbada; lo veo en el temblor de tus labios.

Necesitó la más profunda disciplina del adiestramiento Bene Gesserit para recuperar una apariencia de calma. Consiguió decir:

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Burlarme de ti? Nunca. Pero debo hacerte comprender claramente lo muy diferentes que somos. Permíteme recordarte aquella orgía del sietch, hace tanto tiempo, cuando la Vieja Reverenda Madre te cedió sus vidas y sus memorias. Sintonizó contigo y te cedió aquella... aquella larga cadena de embutidos, cada uno de ellos una persona. Aún la tienes en tu interior. Así que sabes algo de lo que Ghanima y yo experimentamos.

—¿Y Alia? —preguntó Jessica, probándolo.

—¿No has discutido eso con Ghani?

—Quiero discutirlo contigo.

—Muy bien. Alia negó lo que era, y se convirtió en lo que más temía. El *pasado-interior* no puede ser relegado al inconsciente. Es algo peligroso para cualquier ser humano, pero para nosotros los prenacidos es peor que la muerte. Y esto es todo lo que diré acerca de Alia.

—Así, tú no eres un chiquillo —dijo Jessica.

—Tengo millones de años de edad. Esto requiere ajustes que ningún ser humano se ha visto obligado a realizar hasta ahora.

Jessica asintió, ahora calmada, mucho más cautelosa de lo que había sido con Ghanima. ¿Y dónde estaba Ghanima? ¿Por qué Leto había venido solo?

—Bien, abuela —dijo Leto—, ¿somos Abominaciones, o somos la esperanza de los Atreides?

Jessica ignoró la pregunta.

—¿Dónde está tu hermana?

—Está distrayendo a Alia para impedirle que venga a molestarnos. Es necesario. Pero Ghani no te iba a decir más de lo que te he dicho yo. ¿No te diste cuenta de ello ayer?

—Lo que yo observé ayer es asunto mío. ¿Por qué vais parloteando sobre Abominaciones?

—¿Parloteando? No me vengas con tu jerga Bene Gesserit, abuela. Podría hacer lo mismo contigo, palabra sobre palabra, sacándolo todo de tus propias memorias. Quiero algo más que el temblor de tus labios.

Jessica agitó la cabeza, captando la frialdad de aquella... *persona* que llevaba su propia sangre. Los recursos de que disponía la intimidaron. Intentó mantenerse en su lugar y preguntó:

—¿Qué es lo que sabes de mis intenciones?

Leto inspiró ruidosamente.

—No necesitas investigar si hemos cometido el mismo error que cometió mi padre. No hemos mirado fuera de nuestro jardín del tiempo... al menos no lo hemos hecho deliberadamente. Dejamos el conocimiento absoluto del futuro a esos momentos de *déjà vu* que cualquier ser humano puede experimentar. *Conozco* la trampa de la presciencia. La vida de mi padre me habla de todo lo que necesito saber al respecto. No, abuela: conocer absolutamente el futuro es verse atrapado absolutamente en este futuro. Es algo que colapsa el tiempo. El presente se convierte en futuro. Yo necesito mucha más libertad que eso.

Jessica sintió que su lengua se movía con palabras no pronunciadas. ¿Cómo podía responderle con algo que él ya no supiera? ¡Aquello era monstruoso! *¡Él es yo! ¡Él es mi bienamado Leto!* Aquel pensamiento la impresionó. Momentáneamente se preguntó si aquella máscara infantil no se transformaría en aquellos otros queridos rasgos y resucitar... *¡No!*

Leto inclinó la cabeza, alzando su mirada para estudiarla. Sí, después de todo era posible manipularla. Dijo:

—Cuando tú piensas en la presciencia, que espero sea muy de tarde en tarde, probablemente no lo haces de una forma distinta de la que lo haría cualquier otro. La mayor parte de la gente imagina lo maravilloso que sería conocer las referencias de mañana del precio de la piel de ballena. O si un Harkonnen volverá a gobernar de nuevo su mundo natal de Giedi Prime. Pero, por supuesto, *nosotros* conocemos muy bien a los Harkonnen incluso sin presciencia, ¿no es cierto, abuela?

Ella rehusó picar aquel anzuelo. Por supuesto, él debía saber que corría sangre Harkonnen por las venas de ambos.

—¿Quién es un Harkonnen? —dijo él, incitante—. ¿Quién es la Bestia Rabban? Cualquiera de nosotros, ¿no? Pero estoy divagando. Estaba hablando del mito popular de la presciencia: *¡conocer* absolutamente el futuro! ¡Todo él! Qué fortunas podrían ser acumuladas... y perdidas... con tal conocimiento absoluto, ¿no? La chusma cree esto. Cree que si un poco de algo es bueno, mucho más tiene que ser mejor. ¡Qué maravilloso! Pero si le das a alguien el escenario completo de su vida, todas sus acciones y palabras hasta el momento de su muerte... qué regalo infernal sería. ¡Qué profundo aburrimiento! A cada instante de su vida se vería obligado a representar aquello que conocía ya absolutamente. Sin ninguna desviación; Podría anticipar cada respuesta, cada palabra... una vez y otra y otra y otra y otra y... —agitó la cabeza—. La ignorancia tiene sus ventajas. ¡Un universo de sorpresas, ese es todo mi ruego!

Era una larga perorata y, mientras escuchaba, Jessica se sintió maravillada de la forma de hablar de Leto, de sus entonaciones, que formaban como un eco de su padre... su perdido hijo. Incluso las ideas: aquellos pensamientos hubieran podido

surgir de la boca de Paul.

—Me recuerdas a tu padre —dijo.

—¿Eso te causa dolor?

—En un cierto sentido, pero me reconforta saber que vive en ti.

—Qué poco comprendes hasta qué punto vive en mí.

Jessica captó una profunda amargura en el tono átono en que fueron pronunciadas aquellas palabras. Alzó la cabeza para mirarle directamente.

—O como tu Duque vive en mí —dijo Leto—. Abuela, ¡Ghanima es tú! Es tú hasta tal punto que tu vida no tiene ningún secreto para ella hasta el instante en que diste a luz a nuestro padre. ¡Y yo! Qué catálogo de registros carnales soy yo. Hay momentos en que se me hace difícil soportarlo. ¿Has venido aquí para juzgarnos? ¿Has venido aquí para juzgar a Alia? ¡Sería mejor que nosotros te juzgáramos a ti!

Jessica buscó una respuesta y no encontró ninguna. ¿Qué pretendía hacer aquel chiquillo? ¿Por qué aquel énfasis en su diferencia? ¿Quería provocar un rechazo? ¿Había alcanzado la condición de Alia... la Abominación?

—Esto te inquieta —dijo él.

—Sí, me inquieta —se permitió a sí misma un fútil alzarse de hombros—. Me inquieta... y por razones que tú sabes muy bien. Estoy segura de que tienes en tu interior todo mi adiestramiento Bene Gesserit. Ghanima lo admite. Y sé que ..... también lo tiene. Conoces las consecuencias de tu diferencia.

El la escrutó con inquietante intensidad.

—No queríamos plantear las cosas así contigo —dijo, y había un cierto eco de su propia fatiga en la voz del niño—. Conocemos el temblor de tus labios tan bien como lo conocía tu amante. Cualquier palabra cariñosa que hubiera susurrado tu Duque en tu oído en la intimidad de vuestro dormitorio podríamos repetírtela en cualquier momento. Tú has aceptado esto intelectualmente, sin la menor duda. Pero te advierto que esta aceptación intelectual no es suficiente. Si alguno de nosotros se convierte en una Abominación... ¡será porque tú dentro de nosotros la habrá creado! ¡O mi padre... o mi madre! ¡O tu Duque! Cualquiera de vosotros puede poseernos... y las condiciones serían las mismas.

Jessica sintió un ardor en su pecho, una humedad en sus ojos.

—Leto... —consiguió pronunciar, permitiéndose finalmente a sí misma emplear aquel nombre. Se dio cuenta de que el dolor era menos intenso de lo que había imaginado, y se obligó a continuar—. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Quiero revelarte algo.

—¿Revelarme qué?

—La pasada noche, Ghani y yo representamos los papeles de nuestro padre y nuestra madre; esto casi nos destruyó, pero aprendimos mucho. Hay cosas que uno puede saber tan sólo en condiciones especiales de su consciencia. Algunas acciones

pueden ser predichas. Alia, por ejemplo... desde esta noche sabemos con certeza que está complotando para secuestrarte.

Jessica parpadeó, sorprendida por la repentina acusación. Conocía muy bien aquel truco, lo había empleado muchas veces: haz seguir a una persona una línea coherente de razonamiento, y entonces introdúcele el factor sorpresa dentro de otra línea completamente distinta. Recuperó casi inmediatamente su compostura con un profundo suspiro.

—Sé lo que Alia ha hecho... lo que es, pero...

—Abuela, apiádate de ella. Utiliza tu corazón tanto y tan bien como tu inteligencia. Otras veces lo has hecho. Tú constituyes una amenaza, y Alia quiere el Imperio para ella... o al menos lo quiere la cosa que se ha apoderado de ella y es ella ahora.

—¿Cómo puedo saber que no es otra Abominación la que me está hablando?

Él se alzó de hombros.

—Es aquí donde debe intervenir tu corazón. Ghanima y yo sabemos por qué cayó ella. No es fácil resistir el clamor de esa multitud interior. Suprime sus egos, y acudirán a ti en clamorosa muchedumbre cada vez que evoques un recuerdo. Un día... —intentó deglutir, pero su garganta estaba seca—, el más fuerte de la horda interior decide que ya es tiempo de compartir aquella carne.

—¿Y no hay nada que tú puedas hacer? —hizo la pregunta temiendo la posible respuesta.

—Creemos que hay algo... sí. No debemos sucumbir a la especia; esto es lo más importante. Y no debemos suprimir enteramente el pasado. Debemos usarlo, hacer una amalgama de él. Finalmente, cuando los hayamos mezclado a todos ellos con nosotros mismos, ya no seremos nuestras personalidades originales... *pero no habremos sido poseídos*.

—Has hablado de un complot para secuestrarme.

—Es algo obvio. Wensicia es ambiciosa para con su hijo, Alia es ambiciosa para consigo misma, y...

—¿Alia y Farad'n?

—No hay ningún indicio —dijo Leto—. Pero Alia y Wensicia están siguiendo actualmente caminos paralelos. Wensicia tiene una hermana en la casa de Alia. ¿Qué cosa más simple que enviar un mensaje a...?

—¿Sabes algo acerca de ese mensaje?

—Como si lo hubiera visto y leído palabra por palabra.

—¿Pero lo has visto realmente?

—No lo necesito. Sólo necesito saber que los Atreides están reunidos todos aquí en Arrakis. Toda el agua en una sola cisterna —hizo un gesto abarcando el planeta.

—¡La Casa de los Corrino no se atrevería a atacarnos aquí!

—Alia tendría todas las de ganar si se atrevieran —el tono zumbón de su voz la irritó.

—¡No tengo por qué ser tratada condescendentemente por mi propio nieto! —dijo.

—¡Entonces maldita sea, mujer, deja de pensar en mí como en tu nieto! ¡Piensa en mí como en tu *Duque* Leto! —El tono y la expresión facial, incluso el gesto abrupto de su mano, fueron tan exactos, que ella permaneció en silencio, confusa.

Con una seca y remota voz, Leto dijo:

—He intentado prepararte. Concédeme esto, al menos.

—¿Por qué querría Alia secuestrarme?

—Para inculpar a la Casa de los Corrino, por supuesto.

—No puedo creer en ello. Incluso para ella, esto sería... monstruoso. Demasiado peligroso. ¿Cómo podría hacerlo sin...? ¡No puedo creerlo!

—Cuando ocurra, deberás creerlo. Ahh, abuela, Ghani y yo necesitamos tan sólo bordear nuestro interior para *saber*. Es una simple autopreservación. ¿Cómo podríamos de otro modo intuir siquiera los errores que se cometen a nuestro alrededor?

—Me niego a aceptar ni siquiera un minuto que este secuestro forme parte de un plan de Alia...

—¡Bendito sea Dios! ¿Cómo puedes ser tú, una Bene Gesserit, tan obtusa? Todo el Imperio sospecha las razones por las cuales estás aquí. Los propagandistas de Wensicia están todos ellos preparados para desacreditarte. Alia no puede esperar a que esto suceda. Si tú cayeras, la Casa de los Atreides podría sufrir un golpe mortal.

—¿Qué es lo que todo el Imperio sospecha? —Jessica pronunció aquellas palabras de la forma más fría posible, sabiendo que no podía dominar a aquel *no-niño* con ningún truco de la Voz.

—Que Dama Jessica planea emparejar a los dos gemelos —dijo él con voz ronca—. Esto es lo que desea la Hermandad. ¡Un incesto!

Ella parpadeó.

—Rumores vanos —dijo. Tragó saliva—. La Bene Gesserit no permitirá que un rumor así se esparza incontroladamente por el Imperio. Todavía poseemos una cierta influencia. Recuérдалo.

—¿Rumores? ¿Qué rumores? Seguramente has pensado abiertamente en esta posibilidad. —Agitó la cabeza cuando ella intentó hablar—. No lo niegues. Déjanos pasar la pubertad viviendo en la misma casa y tú en esa casa, y tu *influencia* no será más que un pañuelo agitado frente a un gusano de arena.

—¿Crees que somos estúpidas hasta tal punto? —preguntó Jessica.

—Por supuesto que lo creo. Tu Hermandad no es más que un puñado de malditas viejas mujeres estúpidas que son incapaces de pensar más allá de su precioso

programa genético. Ghani y yo sabemos la leva que tienen en mano. ¿Acaso tú piensas que *nosotros dos* somos estúpidos?

—¿Leva?

—¡Ellas saben que tú eres una Harkonnen! Lo tienen en sus registros genéticos: Jessica, nacida en Tanidia Nerus, de su unión con el Barón Vladimir Harkonnen. Este registro, hecho público *accidentalmente*, podría ponerte en una situación bastante...

—¿Crees que la Hermandad se rebajaría hasta el chantaje?

—Sé que lo harían. Oh, han endulzado la píldora. Te han dicho que investigues los rumores que corren acerca de tu hija. Han alimentado tu curiosidad y tu miedo. Han invocado tu sentido de la responsabilidad, te han hecho sentirte culpable de haberte refugiado en Caladan. Y te han ofrecido la alternativa de *salvar* a tus nietos.

Jessica solo pudo quedárselo mirando en silencio. Era como si hubiera estado presente en su entrevista con las Superiores de la Hermandad. Se sintió completamente deprimida por sus palabras, y empezó a aceptar la posibilidad de que estuviera diciendo la verdad con respecto a los planes de Alia de raptarla.

—¿Sabes, abuela? Debo tomar una decisión difícil —dijo Leto—. ¿Debo seguir la mística de los Atreides? ¿Debo vivir para mis súbditos... y morir por ellos? ¿O debo elegir otro camino... uno que me permita vivir un millar de años?

Jessica retrocedió involuntariamente. Aquellas palabras dichas tan fácilmente tocaban un tema que la Bene Gesserit había hecho casi impensable. Muchas Reverendas Madres podrían haber elegido aquel camino... o haberlo intentando. Las manipulaciones de la química interna estaban al alcance de las iniciadas de la Hermandad. Pero si una sola de ellas lo hubiera hecho, más tarde o más temprano todas las demás lo hubieran intentado también. Y una tal acumulación de mujeres jóvenes no hubiera podido ser ocultada. Sabían con certeza que aquella senda las habría conducido a la destrucción. La humanidad de corta vida se hubiera vuelto contra ellas. No... Era impensable.

—No me gusta el curso que siguen tus pensamientos —dijo.

—Tú no comprendes mis pensamientos —dijo él—. Ghani y yo... —Agitó la cabeza—. Alia lo tenía en sus manos y lo desechó.

—¿Estás seguro de ello? Ya he informado a la Hermandad de que Alia practica lo impensable. ¡Mírala! No ha envejecido ni un día desde la última vez en que yo...

—¡Oh, eso! —barrió todo el equilibrio corporal Bene Gesserit con un gesto de su mano—. Estoy hablando de algo muy distinto... una perfección del ser de un alcance mucho mayor de lo que nunca ha conseguido ningún ser humano.

Jessica permaneció en silencio, aterrada ante la facilidad con que él le había arrancado aquella revelación. Leto sabía seguramente que un tal mensaje representaba una sentencia de muerte para Alia. Y no importaba el hecho de que hubiera cambiado las palabras, la intención seguía siendo la misma. ¿Acaso no se

daba cuenta de lo peligrosas que eran sus palabras?

—Explícate mejor —dijo finalmente.

—¿Cómo? —preguntó él—. A menos que comprendas que el Tiempo no es lo que aparenta, ni siquiera puedo iniciar una explicación. Mi padre lo sospechaba. Se detuvo al borde de la comprensión, pero retrocedió. Ahora es el turno de Ghani y mío.

—Insisto en que te expliques mejor —dijo Jessica, rozando con el dedo la aguja envenenada oculta en un pliegue de su ropa. Era el gom jabbar, tan mortal que la más ligera rozadura mataba en segundos. Y pensó: *Me advirtieron que tal vez tuviera que usarlo*. Aquel pensamiento tensó los músculos de su brazo en un estremecimiento que se extendió en oleadas y que sólo sus amplias ropas consiguieron ocultar.

—Muy bien —suspiró Leto—. Primero, con respecto al Tiempo: no existe diferencia entre diez mil años y un año; no existe diferencia entre cien mil años y un latido del corazón. No existe ninguna diferencia. Este es el primer hecho acerca del Tiempo. Y el segundo hecho: todo el universo, con todo su Tiempo, están en mi interior.

—¿Qué estupidez es ésta? —preguntó ella.

—¿Te das cuenta? No comprendes. Intentaré explicártelo de otra forma, entonces. —Levantó su mano derecha para ilustrar su aseveración, agitándola a medida que hablaba—. Vamos hacia adelante, volvemos hacia atrás.

—¡Esas palabras no explican nada!

—Correcto —asintió él—. Hay cosas que las palabras no pueden explicar. Uno debe experimentarlas sin palabras. Pero tú no estás preparada para una tal aventura, del mismo modo que miras hacia mí y no me ves.

—Pero... te estoy mirando directamente. ¡Por supuesto que te veo! —Lo miró furiosamente. Las palabras de Leto reflejaban el conocimiento del Código Zensunni tal como era enseñado en las escuelas Bene Gesserit: juegos de palabras para confundir las ideas y las más profundas convicciones filosóficas.

—Algunas cosas ocurren más allá de nuestro control —dijo Leto.

—¿Y cómo explica esto esa... esa *perfección* que se halla tan más allá de cualquier otra experiencia humana?

El asintió.

—Si uno retarda la vejez y la muerte con el uso de la melange o con esos cuidadosos ajustes del equilibrio corporal que vosotras las Bene Gesserit tanto teméis, un tal retardo invoca tan sólo una ilusión de control. Cuando uno atraviesa a pie el sietch, lo haga rápidamente o a paso lento, siempre termina atravesándolo. Y este paso del tiempo es experimentado en forma interna.

—¿Por qué juegas de esa forma con las palabras? Gasté mi diente del juicio en esas tonterías mucho antes de que naciera tu padre.

—Pero luego aquel diente creció —dijo él.

—¡Palabras! ¡Palabras!

—¡Ahhh, ahora estás muy cerca!

—¡Ja!

—¿Abuela?

—¿Sí?

Leto permaneció en silencio durante un largo espacio de tiempo. Luego:

—¿Te das cuenta? Puedes responder como tú misma. —Le sonrió—. Pero no puedes ver a través de las sombras. Yo estoy aquí. —Sonrió de nuevo—. Mi padre llegó muy cerca de esto. Cuando vivió, vivió, pero cuando murió, no consiguió morir.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Muéstrame su cuerpo!

—¿Crees que ese Predicador...?

—Es posible, pero aunque fuera así, aquel no es su cuerpo.

—No me has explicado nada —acusó ella.

—Tal como te previne.

—Entonces, ¿por qué...?

—Tú preguntaste. Necesitabas que te lo mostraran. Ahora volvamos a Alia y a su plan de secuestro para...

—¿Estás planeando lo impensable? —preguntó ella, sujetando el venenoso gom jabbar bajo sus ropas.

—¿Serás tú su ejecutora? —preguntó él, con su voz decepcionadamente suave. Apuntó un dedo hacia la mano oculta tras las ropas de su abuela—. ¿Piensas que te va a permitir usar esto? ¿O que te voy a dejar usarlo yo?

Jessica intentó inútilmente tragar saliva.

—En respuesta a tu pregunta —dijo él—, no estoy planeando lo impensable. No soy tan estúpido. Pero estoy dispuesto contigo. Te atreves a juzgar a Alia. ¡Por supuesto que está infringiendo el precioso mandamiento Bene Gesserit! ¿Y qué esperabas? La abandonaste, la dejaste aquí como reina en todo menos en nombre. ¡Todo este poder! Mientras tú corrías de regreso a Caladan a restañar tus heridas en brazos de Gurney. No tengo nada contra ello. ¿Pero quién eres tú para juzgar a Alia?

—Te advierto que no voy a con...

—¡Oh, cállate! —Apartó la mirada de ella, disgustado. Pero sus palabras habían sido pronunciadas de aquella especial manera Bene Gesserit... la controlada Voz. La hicieron callar como si una mano hubiera tapado su boca. Y ella pensó: *¿Quién puede saber mejor que él cómo dominarme con la Voz?* Aquello mitigó un tanto sus lastimados sentimientos. Muchas veces había usado la Voz sobre otros, y nunca había esperado que ella misma fuera susceptible de recibir el mismo tratamiento... nunca antes... nunca desde aquellos lejanos días de la escuela en los que...



Leto se giró hacia ella.

—Lo siento. Acabo de darme cuenta de lo ciegamente que reaccionas cuando...

—¿Ciegamente? ¿Yo? —Se sintió mucho más ultrajada por aquello de lo que se había sentido por la experta forma que él había usado la Voz contra ella.

—Tú —dijo él—. Ciegamente. Si queda aún un poco de honestidad en ti, podrás reconocer tus propias reacciones. Pronuncio tu nombre y tú dices: «¿Sí?». Hago callar tu lengua. Invoco todos tus mitos Bene Gesserit. Mira dentro de ti misma en la forma en que te enseñaron. Esto, al menos, es algo que puedes hacer para tu...

—¿Cómo te atreves! ¿Qué sabes tú de...? —su voz se apagó. ¡Por supuesto que sabía!

—¡Mira dentro de ti misma, te digo! —la voz de Leto era imperiosa.

De nuevo se sintió fascinada por aquella voz. Sintió que sus sentidos se paralizaban, que su respiración se hacía jadeante. Justo debajo de su consciencia acechaba un corazón martilleante, el jadear de... Bruscamente se dio cuenta de que aquel corazón agitado, aquella respiración jadeante, no le pertenecían, no estaban dominados por su control Bene Gesserit. Sus ojos se desorbitaron ante la terrible comprensión, sintió que su carne obedecía otras órdenes. Lentamente recuperó su impasibilidad, pero su descubrimiento permaneció. Aquel *no-niño* había estado jugando con ella cómo quien toca un delicado instrumento durante toda su conversación.

—Ahora sabes cuán profundamente condicionada estás por tu preciosa Bene Gesserit —dijo él.

Ella tan sólo pudo asentir. Su fe en las palabras yacía despedazada. Leto la había obligado a contemplar de frente su universo físico, y se había sentido impresionada por ello, con su mente empapada de una nueva consciencia. «*¡Muéstrame su cuerpo!*». Y él le había mostrado el propio cuerpo de ella como si fuera el de un recién nacido. Desde aquellos primeros días escolares en Wallach, desde aquellos terribles días antes de que los compradores del Duque vinieran a buscarla, desde entonces, nunca había sentido tal terrible inseguridad acerca de los próximos momentos.

—Dejarás que te secuestren —dijo Leto.

—Pero...

—No quiero discutir sobre este punto —dijo él—. Lo harás. Piensa en ello como en una orden de tu Duque. Verás su finalidad cuando haya ocurrido todo. Y tendrás que enfrentarte con un alumno muy interesante.

Leto se puso en pie, asintió con la cabeza. Dijo:

—Algunas acciones tienen un fin pero no un principio; algunas empiezan pero no terminan nunca. Todo depende del lugar donde esté situado el observador. —Se giró, y salió de la estancia.

En la segunda antecámara, Leto encontró a Ghanima que se apresuraba hacia sus apartamentos privados. Ella se detuvo al verle.

—Alia está muy ocupada con su Convocación de la Fe —dijo. Miró interrogativamente hacia el pasillo que conducía a los apartamentos de Jessica.

—Ha funcionado —dijo Leto.

La atrocidad es reconocida como tal tanto por la víctima como por el perpetrador, y por todos aquellos que tienen conocimiento de ella. La atrocidad no tiene excusas ni argumentos mitigantes. La atrocidad nunca equilibra ni rectifica errores del pasado. La atrocidad simplemente arma al futuro para mayores atrocidades. Se perpetúa en sí misma... una forma bárbara de incesto. Cualquiera que comete una atrocidad comete también todas las atrocidades futuras generadas por ella.

*Los Apócrifos de Muad'Dib*

Poco después del mediodía, cuando la mayor parte de los peregrinos se habían retirado en busca de alguna sombra refrescante cerca de alguna fuente de bebidas, el Predicador entró en la gran plaza bajo el Templo de Alia. Sujetaba del brazo al sustituto de sus ojos, el joven Assan Tariq. En un bolsillo bajo sus flotantes ropas, el Predicador llevaba la negra máscara translúcida que había llevado en Salusa Secundus. Le divertía pensar que tanto la máscara como el muchacho servían para el mismo propósito... disimular. Mientras necesitara unos ojos auxiliares, la leyenda seguía viva.

*Deja que el mito crezca, pero que las dudas pervivan, pensó.*

Nadie debía descubrir que la máscara era simplemente un atuendo, en absoluto un artefacto ixiano. Su mano no debía separarse ni un instante del huesudo hombro de Assan Tariq. Dejad que el Predicador ande una sola vez con la seguridad de aquellos que ven, y pese a sus órbitas vacías todas las dudas se disolverán. Incluso la pequeña esperanza que cultivaba moriría. Cada día rogaba por un cambio, por algo distinto en lo que tropezar, pero incluso Salusa Secundus había sido un guijarro, con todos sus aspectos sabidos de antemano. Nada había cambiado; nada podía cambiar... todavía.

Mucha gente observó su paso a lo largo de las tiendas y de las arcadas, notando la forma en que giraba su cabeza a uno y otro lado, en dirección a una puerta o a una persona. Los movimientos de su cabeza no eran siempre los naturales de un ciego, y esto contribuía a acrecentar el mito.

Alia estaba observando desde una rendija oculta en los torreones de su templo. Escrutó aquel rostro surcado de cicatrices, allá a lo lejos, buscando alguna señal... algún signo certero de identidad. Todos los rumores le eran informados. Cada nuevo rumor llegaba hasta ella, con su consecuente estremecimiento de miedo.

Al principio había estado segura de que sus órdenes de tomar prisionero al Predicador permanecerían secretas, pero incluso esto se había convertido ahora en un rumor. Hasta entre sus guardias había alguno que no sabía estar callado. Deseó que sus guardias siguieran ahora sus nuevas órdenes y no detuvieran a aquel hombre rodeado de misterio en un lugar público, donde el rumor correría y se esparciría.

Hacía un polvoriento calor en la plaza. El joven guía del Predicador se había

colocado el velo de sus ropas cubriendo su nariz, dejando así al descubierto tan sólo sus oscuros ojos y una pequeña parte de su frente. El velo revelaba el abultamiento del tubo de recuperación de un destiltraje. Aquello le dijo a Alia que venían del desierto. ¿Dónde se habían ocultado allá fuera?

El Predicador no se protegía con ningún velo del seco aire. Simplemente había dejado caer el faldón del tubo de su destiltraje. Su rostro quedaba expuesto a la luz del sol y a la reverberación del calor que flotaba en visibles olas sobre las losas del pavimento de la plaza.

En las escalinatas del Templo había de pie un grupo de nueve peregrinos realizando sus reverencias rituales de partida. En un ángulo en sombras de la plaza había quizás una cincuentena de personas más, la mayor parte de ellas peregrinos que llevaban a cabo las diversas penitencias impuestas por los sacerdotes. Entre los mirones podían verse mensajeros y algunos pocos mercaderes que aún no habían vendido lo bastante como para cerrar su negocio en las horas más calurosas del día.

Observando desde su rendija, Alia sintió el empapante calor, y supo que se había deslizado sin darse cuenta entre los pensamientos y las sensaciones, de aquella misma forma en que había visto a menudo deslizarse a su hermano. La tentación de consultar a la presencia ominosa que había dentro de ella rondó por unos instantes por su cabeza. El Barón estaba allí: obsequioso, pero siempre dispuesto a jugar con sus terrores cuando el juicio racional fallaba y las cosas a su alrededor perdían su significado de pasado, presente y futuro.

*¿Qué ocurrirá si aquel hombre de allá es Paul?*, se preguntó a sí misma.

—¡Tonterías! —dijo la voz en su interior.

Pero los informes relativos a las palabras del Predicador no podían ser puestos en duda. ¡*Herejía!* Se sentía aterrorizada al pensar que el propio Paul pudiera derribar las estructuras erigidas en su nombre.

*¿Por qué no?*

Pensó en lo que ella misma había dicho en el Consejo aquella misma mañana, revolviéndose fieramente contra Irulan, que insistía en que fuera aceptado el regalo de unos trajes por parte de la Casa de los Corrino.

—Todos los regalos a los gemelos son examinados con la máxima atención, como siempre —había argumentado Irulan.

—¿Y cuándo descubriremos que son inofensivos? —gritó Alia.

Y lo que más le sorprendió de aquello fue pensar en la posibilidad de que algún regalo pudiera no encerrar ninguna amenaza.

Al final aquellos finos atuendos habían sido aceptados, y habían pasado a otro asunto: ¿debía asignarse a Dama Jessica un puesto en el Consejo? Alia había conseguido postergar la decisión.

Pensó en todo aquello mientras observaba al Predicador. Las cosas que habían ocurrido durante su Regencia formaban parte invisible de la profunda transformación que se estaba infligiendo a aquel planeta. Durante un tiempo Dune había simbolizado el poder último del desierto. Aquel poder había disminuido físicamente, pero el mito del mismo seguía ganando espacio. Solo permanecía el desierto-océano, el gran Desierto Madre en lo más profundo del planeta, con su borde de arbustos espinosos que los Fremen seguían llamando Reina de la Noche. Tras los arbustos espinosos se erguían suaves colinas verdeantes que penetraban en la arena. Todas aquellas colinas eran obra del hombre. Cada una de ellas había sido plantada por hombres que habían trabajado como infatigables insectos. El verde de aquellas colinas era algo casi sofocante para alguien que, como ella, había sido criada en la tradición de la arena. En su mente, como en la mente de todos los Fremen, el desierto-océano aferraba a Dune con un abrazo que jamás sería soltado. Alia necesitaba tan sólo cerrar sus ojos para poder ver este desierto.

Sus ojos abiertos dirigidos al borde de ese desierto veían ahora las verdeantes colinas, extendiendo sus verdes pseudópodos entre la arena... pero el otro desierto seguía tan poderoso como siempre.

Alia agitó la cabeza, mirando hacia el Predicador.

Este había ascendido los primeros escalones formando terrazas, bajo el templo, y había girado el rostro hacia la casi desierta plaza. Alia tocó el botón bajo su ventana que amplificaba las voces de lo que ocurría debajo. Sintió una oleada de autocompasión ante su absoluta soledad. ¿Pero en quién podía confiar? Se dijo que aún quedaba Stilgar, aunque Stilgar también se sentía fascinado por aquel hombre ciego.

—¿Sabes cómo cuenta? —le había dicho Stilgar—. Le he oído contar las monedas para pagar a su guía. Es realmente extraño para mis oídos Fremen, suena como algo terrible. Cuenta: «shuc, ishcai, quimsa, chuascu, picha, sucta», y así. Nunca había oído contar así desde los viejos días en el desierto.

A causa de aquello Alia sabía que Stilgar no podía realizar el trabajo que debía ser hecho absolutamente. Y tenía que mostrarse circunspecta con sus guardias, para los cuales cualquier palabra pronunciada con un cierto énfasis por su Regente era considerada como una orden absoluta.

¿Qué estaba haciendo allí aquel Predicador?

El mercado, que rodeaba la plaza, extendiéndose bajo los protectores balcones y arcadas, presentaba el rostro de la abundancia: las mercancías estaban expuestas tentadoramente, con pocos muchachos vigilándolas. Apenas algunos mercaderes permanecían despiertos, olisqueando el aroma a especia de las monedas en las bolsas de los peregrinos.

Alia estudió la espalda del Predicador. Parecía a punto de hacer un discurso, pero

algo retenía su voz.

*¿Por qué estoy aquí espiando las huellas de una antigua carne en esta ruina?, se dijo a sí misma. Estos despojos no pueden ser el «recipiente de magnificencia» que en su tiempo fue mi hermano.*

La frustración se mezcló con la rabia dentro de ella. ¿Cómo podía descubrir quién era realmente el Predicador, descubrirlo con certeza *sin descubrirlo*? Estaba atrapada. No se atrevía a revelar más que una casual curiosidad acerca de aquel herético.

Irulan se había dado cuenta de ello. En Pleno Consejo había perdido su famosa compostura Bene Gesserit y había gritado:

—¡Hemos perdido el poder de pensar bien de nosotros mismos!

Incluso Stilgar se había sentido impresionado por aquellas palabras.

Javid la había devuelto a la razón:

—¡No tenemos tiempo para esas tonterías!

Javid tenía razón. ¿Qué importancia tenía lo que pensaban de sí mismos? Lo único que les preocupaba a todos ellos era mantener el poder Imperial.

Pero Irulan, recobrando su compostura, había sido aún más devastadora:

—Hemos perdido algo vital, os digo. Y, perdiéndolo, hemos perdido la habilidad de tomar decisiones adecuadas. Cada día afrontamos nuestras decisiones como si afrontáramos a un enemigo... o esperamos y esperamos, lo cual es una forma de rendirnos, y permitimos que sean las decisiones de los demás las que nos fuercen a movernos. ¿Podemos olvidar que hemos sido nosotros quienes hemos iniciado esta forma de actuar?

Y todo ello para decidir si se debía aceptar un regalo de la Casa de los Corrino.

*Irulan debe ser eliminada*, decidió Alia.

¿Qué era lo que estaba esperando allí aquel anciano? Se llamaba a sí mismo un predicador. ¿Por qué no predicaba?

*Irulan está equivocada acerca de nuestro modo de tomar decisiones*, se dijo Alia a sí misma. *¡Yo todavía puedo tomar las decisiones adecuadas!* La persona que debe tomar decisiones de vida y muerte debe actuar firmemente si no quiere verse presa del péndulo. Paul había dicho siempre que la estasis era el peor de todos los fenómenos no naturales. La única permanencia era el fluir. Cambiar era lo necesario.

*¡Les daré cambio!*, pensó Alia.

El Predicador levantó los brazos en bendición.

Unos pocos de los que permanecían aún en la plaza se le acercaron, y Alia notó la lentitud de aquel movimiento. Sí, los rumores de que el Predicador se había ganado la enemistad de Alia habían corrido. Se inclinó hacia el altavoz ixiano junto a su observatorio. El altavoz le transmitió el murmullo de la gente en la plaza, el sonido del viento, el crujir de los pies en la arena.

—¡Os traigo cuatro mensajes! —dijo el Predicador.

Su voz estalló en el altavoz de Alia, que se apresuró a bajar el volumen.

—Cada uno de los mensajes es para una cierta persona —dijo el Predicador—. El primer mensaje es para Alia, la soberana de este lugar. Señaló hacia atrás, hacia la ventana espía—. Quiero hacerle una advertencia: ¡Tú, que posees en tu seno el secreto de la duración, has vendido tu futuro por una bolsa vacía!

*¿Cómo se atreve?*, pensó Alia. Pero aquellas palabras la estremecieron.

—Mi segundo mensaje —dijo el Predicador— es para Stilgar, el Naib Fremen, que cree poder trasladar el poder de las tribus al poder del Imperio. Mi advertencia para ti, Stilgar: La más peligrosa de todas las creaciones es un rígido código ético. ¡Se girará contra ti y te conducirá al exilio!

*¡Ha ido demasiado lejos!*, pensó Alia. *Debo enviar a mis guardias a detenerlo, sean cuales sean las consecuencias.* Pero sus manos permanecieron inmóviles a sus costados.

El Predicador giró su rostro hacia el Templo, subió el segundo peldaño, hizo de nuevo frente a la plaza, sujetando durante todo el tiempo el hombro de su guía. Habló de nuevo en voz muy alta:

—Mi tercer mensaje es para la Princesa Irulan. ¡Princesa! La humillación es algo que nadie puede olvidar. ¡Te advierto: huye!

*¿Qué está diciendo?*, se dijo Alia. *Hemos humillado a Irulan, pero... ¿Por qué le advierte que huya? ¡Apenas acabo de tomar mi decisión!* Un estremecimiento de miedo la agitó. ¿Cómo podía saberlo el Predicador?

—Mi cuarto mensaje es para Duncan Idaho —gritó el anciano—. ¡Duncan! Te han enseñado a creer que la lealtad compra la lealtad. Ohh, Duncan, no creas en la historia, porque la historia es impulsada por el dinero en cualquiera de sus formas. ¡Duncan! Toma tu alternativa y actúa del modo que creas mejor.

Alia se mordió el dorso de su mano derecha. *¡Alternativa!* Fue a pulsar el botón que llamaría a sus guardias, pero su mano se negó a moverse.

—Ahora predicaré para vosotros —dijo el Predicador—. Este es un sermón del desierto. Va dirigido a los oídos de los sacerdotes de Muad'Dib, aquellos que practican el ecumenismo de la espada. ¡Ohhh, vosotros que creéis en el destino revelado! ¿No sabéis que el destino revelado tiene un lado demoníaco? Proclamáis que habéis sido exaltados simplemente porque habéis vivido en las generaciones benditas de Muad'Dib. Os digo que habéis abandonado a Muad'Dib. ¡La santidad ha reemplazado al amor en vuestra religión! ¡Buscáis la venganza del desierto!

El Predicador inclinó la cabeza, como si estuviera orando.

Alia se estremeció en su consciencia. ¡Dioses de las profundidades! ¡Aquella voz! Había sido corroída por años de ardientes arenas, pero podía ser lo que quedaba de la voz de Paul.

El Predicador levantó una vez más su cabeza. Su voz tronó sobre la plaza donde

se había empezado a reunir más gente, atraída por aquella extraña figura surgida del pasado.

—¡Así está escrito! —gritó el Predicador—. ¡Aquellos que ruegan por el rocío al borde del desierto están provocando al diluvio! ¡No podrán escapar de su destino a través de los poderes de la razón! La razón nace del orgullo que mueve a un hombre a ignorar el mal que ha hecho. —Bajó la voz—. Fue dicho de Muad'Dib que murió de presciencia, que fue el conocimiento del futuro el que lo mató, y que pasó del universo de la realidad al *alam al-mythal*. Os digo que esta es la ilusión de Maya. Tales pensamientos no tienen realidad independiente. No pueden salir de vosotros y crear cosas verdaderas. Muad'Dib dijo de sí mismo que no poseía ninguna magia Rihani con la cual descifrar el universo. No dudéis de ello.

El Predicador levantó de nuevo los brazos y alzó su voz en un estentóreo grito:

—¡Prevengo a los sacerdotes de Muad'Dib! ¡El fuego del precipicio os quemará! Aquellos que han aprendido la lección del autoengaño perecerán víctimas de este mismo engaño. ¡La sangre de un hermano jamás puede ser borrada!

Bajó los brazos, halló el hombro de su joven guía, y ambos abandonaron la plaza antes de que Alia pudiera arrancarse de la temblorosa inmovilidad que la había dominado. ¡Qué temeraria herejía! Tenía que ser Paul. Era necesario advertir a sus guardias. No debían actuar abiertamente contra aquel *Predicador*. La evidencia en la plaza ahí abajo se lo confirmaba.

Pese a la herejía, nadie impidió la partida del Predicador. Ningún guardia del Templo fue en su persecución. Ningún peregrino intentó detenerlo. ¡Aquel ciego carismático! Cualquiera que lo viera o lo oyera captaba su poder, el reflejo del talento divino.

Pese al calor del día Alia sintió repentinamente frío. Captó casi físicamente lo precario que era su dominio sobre el Imperio. Se aferró al borde de la ventana espía como para aferrar su poder, pensando en su fragilidad. El equilibrio del Landsraad, la CHOAM y los ejércitos Fremen eran el núcleo del poder, mientras que la Cofradía Espacial y la Bene Gesserit tramaban silenciosamente en las sombras. La constante infiltración de prohibidos desarrollos técnicos provenientes de los más lejanos mundos alcanzados por el hombre corroía el poder central. Los productos permitidos de las factorías ixianas y tleilaxu no disminuían la presión. Y Farad'n, de la Casa de los Corrino, heredero de los títulos y reivindicaciones de Shaddam IV, estaba al acecho.

Sin los Fremen, sin el monopolio de la especia geriátrica por parte de la Casa de los Atreides, su dominio del poder hubiera desaparecido. Todo el poder se hubiera disuelto. Lo sentía ya deslizarse de su mano. La gente escuchaba a aquel Predicador. Sería peligroso silenciarlo; casi tan peligroso como dejarle que continuara predicando con palabras como las que había pronunciado hoy en la plaza. Podía ver en ellas el



primer presagio de su caída, y el esquema del problema se diseñó claramente en su mente. La Bene Gesserit hubiera codificado así el problema: «Una amplia población controlada por una pequeña pero poderosa fuerza es una situación común en nuestro universo. Y nosotras conocemos las condiciones básicas en las cuales esta amplia población puede volverse contra sus guardianes:

»Uno: Cuando encuentra un líder. Esta es la más terrible amenaza contra el poder; hay que mantener el control de todos los posibles líderes.

»Dos: Cuando la población reconoce sus cadenas. Hay que mantener a la población ciega y sin que se haga preguntas.

»Tres: Cuando la población percibe una esperanza de escapar de sus ataduras. ¡Hay que evitar a toda costa que la población crea que una tal posibilidad de escape es posible!

Alia agitó la cabeza, sintiendo que sus mejillas temblaban con la fuerza del movimiento. Las señales estaban allí, en la población. Cada informe que recibía de sus espías esparcidos a través del Imperio reforzaba esta creencia. La incesante guerra de la Jihad Fremen había dejado su marca en todos lados. En cualquier lugar alcanzado por «el ecumenismo de la espada» la gente conservaba la actitud de una población sumisa: defensiva, encubridora, evasiva. Todas las manifestaciones de autoridad —y eso era aplicable esencialmente a la autoridad *religiosa*— estaban sujetas al resentimiento. Oh, los peregrinos seguían llegando todavía por millones, y algunos de ellos eran probablemente devotos. Pero para la mayor parte de ellos, el peregrinaje tenía otras motivaciones distintas de la devoción. La mayor parte de ellos buscaban una previsible seguridad para el futuro. Enfatizaban su obediencia y adquirirían así una real forma de poder que se traducía fácilmente en riqueza. El Hajj que regresaba de Arrakis volvía a casa investido con una nueva autoridad, un nuevo estatus social. El Hajj podía tomar provechosas decisiones económicas que los habitantes de su mundo natal que no podían salir de su planeta no se atrevían a contestar.

Alia conocía la adivinanza popular: «¿Qué hay en el interior de la bolsa vacía que has traído a casa desde Dune?». Y la respuesta: «Los ojos de Muad'Dib (los diamantes de fuego)».

Los medios tradicionales de contener los fermentos de rebelión fueron desfilando por la consciencia de Alia: la gente tenía que creer que la oposición era siempre castigada y la ayuda al gobernante era siempre premiada. Las fuerzas Imperiales debían ser movidas de uno a otro lado frecuente e imprevisiblemente. Había que tener siempre preparados nuevos decretos que añadieran una mayor fuerza al poder Imperial. Todos los movimientos de la Regencia destinados a contener un ataque potencial requerían una delicada puesta a punto para sorprender al enemigo a contrapié.

*¿He perdido mi sentido de la oportunidad?, se preguntó.*

—¿Qué vana especulación es ésta? —preguntó una voz dentro de ella. Sintió que sus dudas se calmaban. Si, el plan del Barón era bueno. Eliminaremos la amenaza de Dama Jessica y, al mismo tiempo, desacreditaremos a la Casa de los Corrino. Sí.

Del Predicador podría ocuparse más tarde. Comprendía su postura. El simbolismo era claro. Era el antiguo espíritu del librepensador, el espíritu de la herejía viva y activa en el desierto de la ortodoxia. Aquella era su fuerza. No importaba que fuera o no Paul... siempre que se pudiera mantener la duda. Pero el conocimiento Bene Gesserit le decía a Alia que era probable que en su propia fuerza se hallase la llave de su debilidad.

*El Predicador tiene un defecto que descubriremos. Lo haré espiar, observar en todo momento. Y cuando surja la oportunidad, lo desacreditaremos.*

No discutiré las afirmaciones de los Fremen de que están inspirados por la divinidad para transmitir una revelación religiosa. Es su afirmación concurrente de una revelación ideológica la que inspira mi burla. Por supuesto, ellos mantienen su doble afirmación con la esperanza de que refuerce su supremacía y les ayude a mantener un universo que los juzga cada vez más opresivos. Es en nombre de todos esos pueblos oprimidos que advierto a los Fremen: ningún éxito a breve plazo lo es también a largo plazo.

El PREDICADOR a Arrakeen

Leto salió por la noche con Stilgar al estrecho saliente en la cresta del bajo promontorio rocoso que el Sietch Tabr llamaba «El Que Espera». Bajo la débil luz de la Segunda Luna, el saliente ofrecía una vista panorámica: la Muralla Escudo, con el Monte Idaho al norte, la Gran Extensión al sur, y las dunas rodantes al este, extendiéndose hasta la Cresta Habbanya. Torbellinos de polvo, los últimos residuos de una tormenta, cubrían el horizonte en el sur. La luz de la luna ponía un reflejo de escarcha en el borde de la Muralla Escudo.

Stilgar lo había acompañado hasta allí a regañadientes aceptando tan sólo porque Leto había despertado su curiosidad. ¿Por qué era necesario correr el riesgo de una travesía nocturna por la arena? El muchacho había planteado la alternativa de ir él solo si Stilgar se negaba a acompañarlo. La forma en que lo estaban haciendo era lo que más le preocupaba. ¡Dos blancos tan importantes, solos en la noche!

Leto se había detenido en el saliente, mirando al sur a través de la llanura. Ocasionalmente se golpeaba la rodilla, como sintiéndose frustrado.

Stilgar esperó. Sabía esperar en silencio, y permanecía a dos pasos al lado de su protegido, con los brazos cruzados, sus ropas agitándose suavemente bajo la brisa nocturna.

Para Leto, el cruzar aquella arena representaba una respuesta a su desesperación interior, una necesidad de buscar un nuevo equilibrio para su vida en un silencioso conflicto que Ghanima no podía seguir arriesgando. Había maniobrado de tal modo que Stilgar se le uniese en aquello debido a que había cosas que Stilgar tenía que saber para estar preparado para los días que se avecinaban.

Leto volvió a golpear su rodilla. ¡Era tan difícil reconocer un inicio! A veces se sentía como una extensión de todas aquellas incontables otras vidas, todas ellas tan reales e inmediatas como la suya propia. En el fluir de todas aquellas vidas no había un fin, ningún objetivo: tan sólo un eterno inicio. Podían revelarse también como una multitud, convulsa y vocinglera, que quería asomarse a él como si fuera la única ventana a través de la cual todos deseaban mirar. Y allí acechaba el peligro que había destruido a Alia.

Leto contempló los restos de la tormenta que brillaban a lo lejos a la plateada luz

de la luna. El falso oleaje de las dunas se extendía a lo largo de la llanura: polvo de sílice arrastrado por el viento, acumulado en forma de olas... motas impalpables, granos de arena, pequeños guijarros. Se sintió atrapado por uno de aquellos momentos de calma absoluta que precedían siempre al alba. El tiempo lo presionaba. Era ya casi el mes del Akkad, y tras él se extendía el final de un interminable tiempo de espera: largos días cálidos y secos vientos cálidos, noches como aquella atormentadas por las ráfagas y por el interminable soplar exhalado por las tierras tórridas del Bled del Halcón. Miró por encima de su hombro a la Muralla Escudo, una línea quebrada delimitándose sobre la luz de las estrellas. Al otro lado de aquella muralla, en el Sink del Norte, se hallaba el foco de sus problemas.

Miró una vez más hacia el desierto. Mientras contemplaba la cálida oscuridad, el día amaneció, el sol surgió entre los estratos de polvo y adquirió una tonalidad amarillo limón estriada de rojo a causa de la tormenta. Cerró los ojos, obligándose a sí mismo a ver aquel nuevo día tal como se vería desde Arrakeen, y la ciudad estaba allí en su consciencia, como un amasijo de cajas, esparcidas entre la luz y las nuevas sombras. Desierto... cajas... desierto... cajas...

Cuando abrió de nuevo los ojos, el desierto seguía allí: una extensión de color rojizo llena de arena esparcida por el viento. Sombras oleosas en la base de cada duna se extendían como rayos de oscuridad de la noche recién terminada. Unió un tiempo con el otro. Pensó en la noche, aguardando allí con Stilgar inmóvil a su lado, el viejo hombre preocupado por el silencio y las no explicadas razones que los habían llevado hasta aquel lugar. Stilgar debía tener muchos recuerdos de permanencia en aquel mismo lugar con su idolatrado Muad'Dib. Incluso ahora permanecía inquieto, atento a todo a su alrededor, intentando descubrir cualquier peligro. A Stilgar no le gustaba estar al aire libre a la luz del día. En aquello era puro Fremen.

La mente de Leto era reluctant a abandonar la noche y la reconfortante fatiga de la travesía por la arena. Cuando llegaron a las rocas, la noche los había sumido con su negra inmovilidad. Simpatizaba con los temores de Stilgar a la luz del día. La oscuridad era una sola cosa, aunque estuviera repleta de bullentes terrores. La luz podía ser muchas cosas. La noche exhalaba los olores del miedo, y sus criaturas se acercaban con siniestros siseos. Las dimensiones se separaban en la noche, todo se amplificaba... las espinas eran más punzantes, las hojas más cortantes. Pero los terrores del día podían ser mucho peores.

Stilgar carraspeó.

—Tengo un problema muy serio, Stil —dijo Leto, sin girarse.

—Lo sospechaba —la voz al lado de Leto era baja y cautelosa. El muchacho había hablado de una forma tan inquietante como su padre. Había algo de la magia prohibida que pulsaba una cuerda de repulsión en Stilgar. Los Fremen conocían los terrores de la posesión. Los poseídos eran muertos inmediatamente, y su agua

esparcida por la arena por temor a que contaminara la cisterna tribal. Los muertos debían seguir estando muertos. Era correcto transmitir la inmortalidad personal a través de los hijos, pero los hijos no tenían derecho a asumir demasiado exactamente una forma surgida de su pasado.

—Mi problema es que mi padre dejó demasiadas cosas inconclusas —dijo Leto—. Especialmente en un punto focal de nuestras vidas. El Imperio no puede seguir por este camino, Stil, sin dar su propia importancia a la vida humana. Estoy hablando de la vida, ¿comprendes? De la vida, no de la muerte.

—En una ocasión, cuando se hallaba turbado por una visión, vuestro padre me habló de la misma forma —dijo Stilgar.

Leto se sintió tentado a minimizar aquel interrogativo miedo que palpitaba a su lado con una respuesta brillante, quizá una sugerencia a interrumpir su ayuno. Repentinamente se dio cuenta de que tenía mucha hambre. Habían comido por última vez el mediodía anterior, y Leto había insistido en ayunar toda la noche. Pero otra hambre lo devoraba ahora.

*El problema con mi vida es el problema con este lugar, pensó Leto. No hay ninguna creación preliminar. Simplemente voy hacia atrás, hacia atrás, hacia atrás, hasta que las distancias desaparecen. No puedo ver el horizonte; no puedo ver la Cresta Habbanya. No puedo descubrir el lugar original de la prueba.*

—Realmente no existe ningún sustituto para la presciencia —dijo Leto—. Quizá debiera correr el riesgo con la especia...

—¿Y ser destruido como lo fue vuestro padre?

—Es un dilema —dijo Leto.

—Una vez vuestro padre me confió que conocer el futuro demasiado bien era verse encerrado en este futuro, con exclusión de cualquier posibilidad de cambio.

—Esta paradoja es nuestro problema —dijo Leto—. La presciencia es algo sutil y poderoso. El futuro se convierte en el ahora. Poseer el don de la vista en el país de los ciegos trae muchos peligros. Si intentas interpretar lo que ves para el ciego, tiendes a olvidar que el ciego actúa de una forma condicionada por su ceguera. Son como una máquina monstruosa moviéndose a lo largo de su propio camino. Posee su propio impulso, su propio modo de funcionar. Temo a los ciegos, Stil. Les temo. Pueden aplastar tan fácilmente todo lo que encuentran a su paso...

Stilgar miró al desierto. El alba color limón se había convertido en un día color acero.

—¿Por qué hemos venido a este lugar? —dijo.

—Porque quería que vieras el lugar donde yo puedo morir.

Stilgar se envaró.

—¡Entonces habéis *tenido* una visión!

—Quizás era tan sólo un sueño.

—¿Por qué hemos venido a un lugar tan peligroso? —Stilgar miró furioso a su protegido—. Volvamos inmediatamente.

—No voy a morir hoy, Stil.

—¿No? ¿Cuál era esa visión?

—Vi tres caminos —dijo Leto. Su voz surgió como el eco dormido de un recuerdo. Uno de esos futuros me requería que matara a mi abuela.

Stilgar miró rápidamente hacia atrás, hacia el Sietch Tabr, como temiendo que Dama Jessica pudiera oírles a través de la arenosa distancia.

—¿Por qué?

—Para impedir perder el monopolio de la especia.

—No entiendo.

—Yo tampoco. Pero esto es lo que pensaba en mi sueño mientras utilizaba el cuchillo.

—Oh —Stilgar comprendía la utilización del cuchillo. Suspiró profundamente. ¿Cuál era el segundo camino?

—Ghani y yo nos casábamos para sellar la línea genética de los Atreides.

—¡*Ghaaa!* —Stilgar expulsó el aire en una violenta expresión de disgusto.

—Era normal en los tiempos antiguos que los reyes y reinas hicieran esto —dijo Leto—. Ghani y yo hemos decidido que no vamos a procrear juntos.

—¡Os advierto que debéis manteneros firme en esta decisión! —había muerte en la voz de Stilgar. Según la Ley Fremén, el incesto era castigado con la muerte en el trípode colgante. Carraspeó y dijo—: ¿Y el tercer camino?

—Soy llamado a reducir a mi padre a la estatura humana.

—Muad'Dib era mi amigo —murmuró Stilgar.

—¡Era tu dios! Debo derribar su deificación.

Stilgar se giró de espaldas al desierto y miró en dirección al oasis de su querido Sietch Tabr. Aquellas conversaciones siempre lo habían turbado.

Leto advirtió en el movimiento de Stilgar el ácido olor del sudor. Había sentido la tentación de no decir ninguna de las cosas que había dicho a conciencia allí. Podría haber estado hablando durante más de medio día, moviéndose de lo específico a lo abstracto y manteniéndose deliberadamente lejos de las decisiones que eran realmente importantes, de aquellas inmediatas necesidades que debían afrontar. Y no había la menor duda de que la Casa de los Corrino representaba un peligro real para sus vidas... la suya y la de Ghani. Pero todo lo que había decidido hacer había sido probado y sopesado ante las secretas necesidades. En una ocasión Stilgar había votado por el asesinato de Farad'n, realizado a través de la sutil aplicación del chaumurky, el veneno aplicado en la bebida. Era sabido que Farad'n sentía una cierta debilidad hacia algunos licores dulces. Sin embargo, aquello no había sido aceptado.

—Si muero aquí, Stil —dijo Leto—, debes precaverte de Alia. Ya no es tu amiga.

—¿Qué es todo este discurso acerca de muerte y de vuestra tía? —Ahora Stilgar parecía realmente ofendido. *¡Matar a Dama Jessica! ¡Precaverse de Alia! ¡Morir en aquel lugar!*

—Los hombres insignificantes cambian su actitud a una orden suya —dijo Leto. Un gobernante no necesita ser un profeta, Stil. Ni siquiera un dios. Un gobernante necesita ser tan sólo sensitivo. Te he traído aquí conmigo para aclararte lo que nuestro Imperio necesita. Necesita un buen gobierno. Y esto no depende de las leyes o de los precedentes, sino tan solo de las cualidades personales de aquel que gobierna.

—La Regencia cumple con sus obligaciones Imperiales muy bien —dijo Stilgar—. Cuando vos alcancéis la edad...

—*¡Tengo la edad! ¡Soy la persona más vieja aquí! Tú eres un niño de pecho a mi lado. Puedo recordar cosas que han ocurrido hace más de cincuenta siglos. ¡Ja! Puedo recordar cuando los Fremen estábamos en Thurgrod.*

—¿Por qué jugáis con tales fantasías? —preguntó Stilgar en tono perentorio.

Leto asintió para sí mismo. ¿Por qué, realmente? ¿Por qué hablar de sus recuerdos de otros siglos pasados? Los Fremen de hoy eran su problema más inmediato, la mayor parte de ellos eran todavía salvajes medio domesticados, propensos a reírse de la gente tolerante.

—El crys se disuelve a la muerte de su amo —dijo Leto—. Muad'Dib se disolvió. ¿Por qué los Fremen siguen con vida?

Era uno de aquellos bruscos cambios de tema que desconcertaban a Stilgar. Por un momento no supo qué decir. Aquellas palabras tenían un significado, pero su alcance se le escapaba.

—Se supone que yo seré Emperador, pero en realidad seré un sirviente —dijo Leto. Miró a Stilgar por encima de su hombro—. Mi abuelo del que he tomado el nombre añadió nuevas palabras a su escudo de armas cuando vino aquí a Dune: «Aquí estoy; aquí me quedo».

—No tenía otra elección —dijo Stilgar.

—De acuerdo, Stil. Yo tampoco tengo otra elección. Deberé ser Emperador por nacimiento, por la exquisitez de mi carácter, por todo lo que hay dentro de mí. Y sé incluso lo que requiere el Imperio: un buen gobierno.

—La palabra Naib tiene un antiguo significado —dijo Stilgar—. Quiere decir sirviente del Sietch.

—Recuerdo tu adiestramiento, Stil —dijo Leto—. Para un buen gobierno, la tribu debe tener la posibilidad de elegir a los hombres cuyas vidas reflejen la forma de gobierno que ellos desean.

Desde las profundidades de su alma Fremen, Stilgar dijo:

—Asumiréis el Manto Imperial si os hacéis acreedor a él. ¡Primero deberéis probar que podéis comportaros como un auténtico soberano!

Inesperadamente, Leto se echó a reír.

—¿Dudas de mi sinceridad, Stil? —dijo.

—Por supuesto que no.

—¿De mi derecho de primogenitura?

—Sois quien sois.

—Y si hago lo que se espera de mí, esta será la medida de mi sinceridad, ¿no?

—Es la práctica Fremmen.

—¿Entonces no puedo tener sentimientos que guíen mi comportamiento?

—No comprendo lo que...

—Si siempre debo comportarme adecuadamente, sin tener en cuenta lo que me cueste suprimir mis propios deseos, entonces esto es lo que dará la medida de mí.

—Os digo que esta es la esencia del autocontrol, jovencito.

—¡Jovencito! —Leto agitó la cabeza—. Ahhh, Stil, me acabas de proporcionar la clave de la ética racional del gobierno. Debo ser constante, con todas mis acciones enraizadas en las tradiciones del pasado.

—Esto es lo adecuado.

—¡Pero mi pasado es mucho más profundo que el tuyo!

—¿Qué diferencia...?

—Yo no poseo la primera persona del singular, Stil. Soy una persona múltiple con recuerdos de tradiciones mucho más antiguas de lo que tú puedes imaginar. Esta es mi carga, Stil. Estoy orientado al pasado. Reboso de conocimientos innatos que se resisten a las innovaciones y al cambio. Ni siquiera Muad'Dib pudo cambiar todo esto. —Hizo un gesto en dirección al desierto, con su brazo abriéndose en abanico para abarcar la Muralla Escudo tras él.

Stilgar se giró para mirar la Muralla Escudo. Había sido construido un poblado en la parte baja del muro, en los tiempos de Muad'Dib, un conjunto de casas para albergar a un equipo de planetólogos que ayudaban a desarrollar la vida vegetal en el desierto. Stilgar contempló aquella intrusión en el paisaje operada por el hombre. ¿Un cambio? Si. Había una simetría en el poblado, una realidad, que lo ofendían. Permaneció en silencio, ignorando el prurito de las pequeñas partículas de arena bajo su destiltraje. Aquel poblado era una ofensa hacia lo que había sido el planeta. Repentinamente, Stilgar deseó que una tromba de aire se levantara sobre las dunas y barriera aquel lugar. La intensidad de aquella sensación lo estremeció.

—¿Has notado, Stil, lo mal manufacturados que están los nuevos destiltrajes? —dijo Leto—. Nuestras pérdidas de agua son demasiado altas.

Stilgar se detuvo cuando ya estaba a punto de decir: *¿No os lo he dicho siempre?* En lugar de ello dijo:

—Nuestra gente depende cada vez más de las píldoras.

Leto asintió. Las píldoras modificaban la temperatura del cuerpo, reduciendo las



pérdidas de agua. Eran mucho más económicas y fáciles de emplear que los destiltrajes. Pero infligían al usuario otros efectos colaterales, entre ellos una tendencia a la lentitud en las reacciones y ocasionalmente visión turbia.

—¿Es para eso para lo que hemos venido aquí? —preguntó Stilgar—. ¿Para discutir la fabricación de destiltrajes?

—¿Por qué no? —dijo Leto—. Puesto que no quieres hacer frente a lo que debemos hablar.

—¿Por qué debo precaverme de vuestra tía? —La rabia bordeaba su voz.

—Porque ella juega con el antiguo deseo Fremen de resistirse al cambio, pese a lo cual será portadora de cambios mucho más terribles de lo que tú puedes imaginar.

—¡Estás exagerando mucho las cosas! Es una Fremen como corresponde.

—Ahhh, entonces los Fremen como corresponden eligen el camino del pasado, y yo tengo un muy antiguo pasado. Stil, si yo tuviera que dejar libre curso a esa inclinación, exigiría una sociedad cerrada, dependiente por completo de los sagrados caminos del pasado. Controlaría la migración, explicando que desarrolla las nuevas ideas, y que las nuevas ideas son un peligro a la totalidad de la estructura de la vida. Cada pequeña colectividad planetaria seguiría sus propias sendas, transformándose a su antojo. Finalmente el Imperio se desmoronaría bajo el peso de todas sus diferencias.

Stilgar intentó deglutir, pero su garganta estaba seca. Aquellas eran palabras que podría muy bien haber dicho Muad'Dib. Dejó que resonaran en su cabeza. Eran paradójicas, inquietantes. Pero si uno permitía el cambio... Agitó la cabeza.

—El pasado podría mostrarte el camino adecuado para seguir si vives en el pasado, Stil, pero las circunstancias cambian.

Stilgar no pudo hacer más que admitir que las circunstancias cambiaban. ¿Qué debía hacer entonces? Miró más allá de Leto, viendo el desierto sin verlo realmente. Muad'Dib había caminado por allí. La llanura era una extensión de doradas sombras a medida que el sol ascendía, sombras púrpuras, arroyos arenosos cubiertos por vapores de polvo. La neblina de polvo que habitualmente flotaba por encima de la Cresta Habbanya era visible ahora en la distancia y el desierto se destacaba ante ella, con sus dunas fundiéndose una en la otra. A través del vaporoso temblor del aire sobrecalentado, pudo ver las plantas que se extendían al borde del desierto. Muad'Dib había hecho brotar la vida en aquel desolado lugar. Flores cobrizas, doradas, rojas, amarillas, marrones y castañas, hojas gris verdosas, espigas y nítidas sombras entre los matorrales. La agitación del calor diurno hacía reverberar las sombras, creando una vibración en el aire.

—Yo soy tan sólo un jefe Fremen —dijo Stilgar—. Vos sois el hijo de un Duque.

—Sin saber lo que decías, lo has dicho —murmuró Leto.

Stilgar frunció el ceño. En una ocasión, hacía mucho tiempo, Muad'Dib le había

reprochado lo mismo.

—Lo recuerdas, ¿no es cierto, Stil? —preguntó Leto—. Estábamos bajo la Cresta Habbanya y el capitán Sardaukar... recuérdalo: ¿Aramsham?, mató a su amigo para salvarse él. Y tú habías advertido varias veces aquel día el error de preservar la vida de los Sardaukar que habían visto nuestros caminos secretos. Finalmente dijiste que seguramente terminarían revelando lo que habían visto: debían ser muertos. Y mi padre dijo: «Sin saber lo que decías, lo has dicho...». Y tú te irritaste. Le dijiste que tú eras tan sólo un *simple* jefe Fremen. Los Duques debían conocer cosas mucho más importantes.

Stilgar miró fijamente a Leto. *Estábamos bajo la Cresta Habbanya. ¡Nosotros!* Aquel... aquel niño, que ni siquiera había sido concebido en aquel lejano día, sabía lo que había ocurrido en aquel preciso lugar hasta en sus más mínimos detalles, el tipo de detalles que tan sólo podían ser conocidos por aquellos que habían estado allí. Era otra prueba de que aquellos niños Atreides no podían ser juzgados siguiendo los estándares habituales.

—Ahora me escucharás —dijo Leto—. Si yo muero o desaparezco en el desierto, tú deberás huir del Sietch Tabr. Te lo ordeno. Tomarás a Ghani y...

—¡Vos no sois todavía mi Duque! ¡Tan sólo sois un... un niño!

—Soy un adulto en la carne de un niño —dijo Leto. Señaló hacia una hendidura en la roca bajo ellos—. Si muero aquí, será en aquel lugar. Podrás ver la sangre. Entonces lo sabrás. Toma a mi hermana y...

—Doblaré vuestra guardia —dijo Stilgar—. No volveréis a venir aquí. Nos iremos ahora mismo y vos...

—¡Stil! No puedes retenerme. Vuelve de nuevo tu mente a aquel día, en la Cresta Habbanya. ¿Recuerdas? El tractor estaba allí fuera en la arena, y un gran Hacedor estaba llegando. No había forma de salvar el tractor del gusano. Y mi padre estaba irritado porque no se pudiera salvar aquel tractor. Pero Gurney sólo podía pensar en los hombres perdidos allí en la arena. Recuerda lo que dijo: «Vuestro padre hubiera estado mucho más preocupado por los hombres que no podría salvar... Stil, te encargo que salves a la gente. Es mucho más importante que las cosas. Y Ghani es la más preciosa de todas porque, sin mí, es la única esperanza para los Atreides».

—No quiero oír más —dijo Stilgar. Se giró y empezó a subir por entre las rocas en dirección al oasis al otro lado de la arena. Oyó a Leto seguirle. Poco después Leto lo rebasó y, girándose, dijo:

—¿Has notado, Stil, qué hermosas están las chicas jóvenes este año?

La vida de un solo ser humano, así como la vida de una familia o de todo un pueblo, persiste como recuerdo. Mi pueblo debe ver esto como parte de su proceso de maduración. Un pueblo es como un organismo, y en su persistente memoria almacena más y más experiencias en un depósito subliminal. La humanidad confía en poder utilizar este material si es necesario para afrontar el cambiante universo. Pero mucho de lo almacenado puede perderse en este juego fortuito de acontecimientos que nosotros llamamos «sino». Mucho puede no ser integrado en las relaciones evolutivas, y entonces no ser evaluado e integrado en la actividad de los cambios ambientales que influyen en la carne. ¡Las especies pueden olvidar! Este es el valor especial del Kwisatz Haderach que la Bene Gesserit nunca ha sospechado: El Kwisatz Haderach no puede olvidar.

*El Libro de Leto, según HARQ AL-ADA*

Stilgar no podía explicarlo, pero aquella observación casual de Leto lo había inquietado profundamente. Bulló en su mente durante todo su camino de regreso a través de la arena hacia el Sietch Tabr, desplazando a todas las demás cosas que Leto le había dicho allá en El Que Espera.

Realmente, las chicas jóvenes de Arrakis estaban muy hermosas aquel año. Y también los hombres jóvenes. Sus rostros habían adquirido serenidad con la abundancia de agua. Sus ojos miraban afuera y lejos. A menudo exponían sus rasgos abiertamente, sin ocultarlos tras las máscaras de los destiltrajes y los tubos recuperadores. Frecuentemente ni siquiera se ponían los destiltrajes al aire libre, prefiriendo los nuevos indumentos que, cuando se movían, ofrecían fugaces atisbos de los ágiles cuerpos que cubrían.

Esta nueva belleza humana era comparable a la nueva belleza del paisaje. Por contraste con el viejo Arrakis, los ojos quedaban prendados de los matorrales de verdes hojas que crecían entre las rocas rojizo amarronadas. Y las viejas cavernas sietch, con su cultura subterránea, completa con elaborados sellos y trampas de humedad a cada entrada, estaban dejando paso a los poblados al aire libre, a menudo contruidos con ladrillos hechos con fango. ¡Ladrillos de fango!

*¿Por qué quiero que el poblado sea destruido?*, se preguntó Stilgar, y tropezó mientras andaba.

Sabía que pertenecía a una raza que se extinguía. Los viejos Fremen contemplaban maravillados la prodigalidad de su planeta... agua desperdiciada en el aire tan sólo porque con su ayuda era posible modelar ladrillos para construir. El agua que ahora usaba una sola familia hubiera bastado para mantener con vida a todo un sietch durante un año.

Los nuevos edificios tenían incluso ventanas transparentes que permitían el paso al calor del sol para que desecara los cuerpos que había en su interior. Y estas ventanas se abrían hacia fuera.

Los nuevos Fremen en sus casas de fango podían mirar fuera y contemplar el paisaje. Ya no estaban encerrados y apretujados en un sietch. Hasta donde avanzaba la nueva visión avanzaba también la imaginación. Stilgar podía captarlo. La nueva visión unía a los Fremen al resto del universo Imperial, los condicionaba al espacio sin límites. Hubo un tiempo en el que habían estado ligados indisolublemente a Arrakis, a su escasez de agua y a sus duras necesidades. No habían compartido aquella apertura mental que condicionaba a los habitantes de la mayor parte de los planetas del Imperio.

Stilgar podía ver los cambios contrastando con sus propias dudas y temores. En los viejos tiempos era raro que un Fremen considerara siquiera la posibilidad de abandonar Arrakis para iniciar una nueva vida en uno de los planetas ricos en agua. Ni siquiera era permitido el *sueño* de escapar.

Observó el rítmico movimiento de la espalda de Leto que avanzaba ante él. Leto había hablado de prohibiciones contra la migración fuera del planeta. Bien, aquello había sido siempre una realidad también para la mayor parte de los habitantes de los otros planetas, incluso allí donde el sueño era permitido como una válvula de escape. Pero la esclavitud planetaria había alcanzado su cúspide allí en Arrakis. Los Fremen se habían introvertido, barricando sus mentes de la misma forma que habían barricado las entradas de sus cavernas.

El mismo significado de la palabra sietch: un lugar o refugio en tiempos de peligro, se había pervertido hasta un monstruoso confinamiento para toda una población.

Leto había dicho la verdad: Muad'Dib había cambiado todo aquello.

Stilgar se sintió perdido. Podía sentir cómo sus viejas creencias se tambaleaban. La nueva visión hacia afuera daba a la vida el deseo de moverse hacia adelante más allá de todos los confines.

«*Qué hermosas están las chicas jóvenes este año*».

Las antiguas costumbres (*¡Mis costumbres!*, admitió) habían forzado a su pueblo a ignorar toda la historia excepto aquella que se replegaba sobre ellos mismos y su trabajo. Los viejos Fremen habían leído tan sólo la historia de sus propias terribles migraciones, sus huidas de persecución en persecución. El viejo gobierno planetario había seguido la política oficial del viejo Imperio: había suprimido la creatividad, y todo el sentido de progreso y evolución. La prosperidad era peligrosa para el viejo Imperio y para los detentadores de su poder.

Con una brusca impresión, Stilgar se dio cuenta de que aquellas cosas eran igualmente peligrosas para el nuevo curso que estaba siguiendo Alia.

Volvió a tropezar, y se retrasó un poco más con respecto a Leto.

En las viejas costumbres y las viejas religiones no había habido ningún futuro, tan sólo un interminable *ahora*. Antes de Muad'Dib, se dijo Stilgar, los Fremen habían

sido condicionados a creer en el fracaso, nunca en la posibilidad de un logro. Bien... habían creído en Liet-Kynes, pero éste había previsto una escala temporal de cuarenta generaciones. Esto no era un logro; era tan sólo un sueño que, ahora se daba cuenta de ello, se había vuelto también hacia sí mismo.

*¡Muad'Dib había cambiado todo aquello!*

Durante la Jihad, los Fremen habían aprendido mucho acerca del viejo Emperador Padishah Shaddam IV. El ochenta y un Padishah de la Casa de los Corrino en ocupar el Trono del León de Oro y reinar sobre su Imperio de incontables mundos había usado Arrakis como un terreno experimental para la política que esperaba implantar después en el resto de su Imperio. Sus gobernadores planetarios en Arrakis habían cultivado un persistente pesimismo para ampliar la base de su poder. Habían actuado de tal modo que todo el mundo en Arrakis, incluso los Fremen que eran libres de ir y venir donde quisieran, se familiarizara con los numerosos casos de injusticia y los problemas insolubles; finalmente habían llegado a pensar en sí mismos como en un pueblo sin esperanzas para el que no había ninguna posibilidad de ayuda.

*«¡Qué hermosas están las chicas jóvenes este año!».*

Mientras observaba la espalda de Leto alejándose, Stilgar empezó a preguntarse cómo aquel muchacho había conseguido despertar en él todos aquellos pensamientos... tan sólo pronunciando una simple frase aparentemente sin importancia. Y precisamente a causa de aquella frase, Stilgar se encontró pensando en Alia y en su propio papel en el Consejo de una forma muy distinta.

A Alia le gustaba decir que a las viejas costumbres les costaba perder terreno. Stilgar admitió que siempre había considerado aquella afirmación como vagamente tranquilizadora. El cambio era peligroso. Las invenciones debían ser suprimidas. La voluntad individual debía ser negada. ¿Qué otras funciones tenían los sacerdotes que la de anular la voluntad individual?

Alia afirmaba que las oportunidades de una libre competencia debían ser constreñidas a límites manejables. Pero esto significaba que la recurrente amenaza de la tecnología podía ser usada tan sólo para confinar la población... del mismo modo como había servido a sus antiguos amos. La única tecnología permitida debía ser transformada en ritual. De otro modo... de otro modo...

Stilgar tropezó por tercera vez. Habían alcanzado el qanat, y vio a Leto aguardándole allí, bajo la plantación de albaricoqueros que crecía a lo largo del curso del agua. Stilgar oyó sus pies moviéndose sobre la hierba no cortada.

*¡Hierba no cortada!*

*¿En qué puedo creer aún?, se preguntó a sí mismo.*

Era justo para un Fremen de su generación creer que los individuos necesitaban un profundo sentido de sus propias limitaciones. Las tradiciones eran indudablemente el mejor elemento de control en una sociedad estable. La gente debía conocer los

límites de su propio tiempo, de su sociedad, de su territorio. ¿Qué estaba equivocado en el sietch como modelo de pensamiento? Un sentido de la limitación debía presidir cada decisión individual... e igual tenía que ocurrir con la familia, la comunidad, y en cada decisión tomada por un gobierno correcto.

Stilgar se detuvo y miró a Leto a través de la plantación. El muchacho estaba inmóvil también, mirándole con una sonrisa.

*¿Se da cuenta del torbellino que gira en mi mente?*, se preguntó Stilgar.

Y el viejo Naib Fremen intentó buscar refugio en el catecismo tradicional de su pueblo. Cada aspecto de la vida requería una única forma, con su inherente circularidad basada en el secreto conocimiento interior de lo que funcionaría y de lo que no funcionaría. El modelo para la vida, para la comunidad, para cada elemento de una sociedad más amplia, hasta el vértice del gobierno y más allá aún... este modelo debía ser el sietch y su contrapartida en la arena: Shai-Hulud. El gigantesco gusano de arena era seguramente la más formidable criatura, pero incluso él se sumergía en las impenetrables profundidades cuando se sentía amenazado.

*¡El cambio es peligroso!*, se dijo Stilgar. La uniformidad y la estabilidad son los objetivos precisos de un gobierno.

Pero los hombres y mujeres jóvenes eran hermosos.

Y recordaban las palabras de Muad'Dib cuando desposeyó a Shaddam IV:

—No es larga vida para el Emperador lo que yo busco; es larga vida para el Imperio.

*¿No es esto lo que siempre he sostenido incluso yo?*, se dijo Stilgar.

Siguió andando, directamente hacia la entrada del sietch, dejando a Leto ligeramente a la derecha. El muchacho se movió para interceptarlo.

Muad'Dib había dicho también otra cosa, se recordó Stilgar: *«Al igual que los individuos nacen, maduran, procrean y mueren, también lo hacen las sociedades y las civilizaciones y los gobiernos»*.

Peligroso o no, el cambio llegaría. Y los hermosos jóvenes Fremen lo sabían. Podían mirar fuera de sí mismos y verlo, y prepararse para ello.

Stilgar se vio obligado a detenerse. Tenía que hacerlo o pasar por encima de Leto.

El muchacho lo miró atentamente, serio y concentrado, y dijo:

—¿Te das cuenta, Stil? La tradición no es la guía absoluta que tú pensabas que era.

Un Fremen muere cuando ha permanecido demasiado tiempo lejos del desierto; nosotros lo llamamos «la enfermedad del agua».

STILGAR, *Comentarios*

—Es difícil para mí pedirte que hagas esto —dijo Alia—. Pero... Debo asegurarme de que los hijos de Paul tengan un Imperio que heredar. No existe otra razón para una Regencia.

Alia se giró de donde estaba sentada, frente al espejo, completando su tocado matutino. Miró a su marido, estudiando hasta qué punto había absorbido él sus palabras. Duncan Idaho debía ser estudiado con la máxima atención en aquellos momentos; no había duda de que se había convertido en algo mucho más sutil y peligroso que el antiguo maestro de armas de la Casa de los Atreides. Su apariencia exterior seguía siendo la misma: su encrespado pelo negro enmarcando unos rasgos oscuros y agudos; pero en los largos años que habían transcurrido desde su despertar de la condición de ghola se había producido una considerable metamorfosis interior.

Alia volvió a preguntarse, como lo había hecho muchas otras veces, qué ocultaba aquel renacer-tras-la-muerte ghola en la secreta soledad de él. Antes de que los tleilaxu hubieran trabajado su sutil ciencia en él, las reacciones de Duncan habían sido las típicas de los Atreides: lealtad, fanática dedicación al código moral de sus antepasados mercenarios, pronto a la ira y pronto también a recuperar la tranquilidad.

Había sido implacable en su odio y sus deseos de venganza contra la Casa de los Harkonnen. Y había muerto salvando a Paul. Pero los tleilaxu habían comprado su cuerpo a los Sardaukar y, en sus tanques de regeneración, habían dado nacimiento a un zombie-katrundo: la carne de Duncan Idaho, pero ninguno de sus recuerdos conscientes. Había sido entrenado como mentat y enviado como un regalo, una computadora humana para Paul, un instrumento exquisito equipado con una compulsión hipnótica para matar a su protegido. La carne de Duncan Idaho había resistido a la compulsión y, en aquel intolerable esfuerzo, su pasado celular había vuelto a él.

Alia había decidido desde hacía ya mucho tiempo que era peligroso pensar en él como en Duncan en la intimidad de sus pensamientos. Era mejor pensar en él a través de su nombre ghola, Hayt. Mucho mejor. Y era esencial que no captara nunca la presencia del viejo Barón Harkonnen aposentado en la mente de ella.

Duncan se dio cuenta de que Alia lo estaba estudiando y se giró de espaldas. El amor no podía ocultar los cambios en ella, no podía disimular la transparencia de sus motivaciones. Los metálicos ojos de múltiples facetas que los tleilaxu le habían implantado eran crueles en su habilidad de penetrar el engaño. Ahora reflejaban la

figura de Alia como algo maligno, casi masculino, y él no podía soportar verla así.

—¿Por qué te has girado de espaldas? —preguntó Alia.

—Debo pensar acerca de esto —dijo él—. Dama Jessica es... una Atreides.

—Y tu lealtad pertenece a la Casa de los Atreides, no a mí —gruñó Alia desabridamente.

—No pongas esas veleidosas interpretaciones en mi boca —dijo él.

Alia apretó los labios. ¿Se había movido demasiado precipitadamente?

Duncan avanzó hasta el ángulo de la estancia, que se abría a uno de los lados de la plaza del Templo. Desde allí podía verse a los peregrinos que empezaban a llegar, los mercaderes de Arrakeen moviéndose de un lado para otro como una bandada de predadores cayendo sobre sus presas. Centró su atención en un grupo en particular de mercaderes, con sus cestos de fibra de especia al brazo, y mercenarios Fremen a un paso tras ellos. Se movían con estólida fuerza a través de la bullente multitud.

—Venden piezas de mármol grabadas —dijo, señalándolos—. ¿No lo sabías? Esparcen las piezas allá en el desierto, para que sean grabadas por las tormentas de arena. Algunas veces surgen dibujos interesantes en las piedras. Lo llaman una nueva forma de arte, muy popular: genuinas piedras de mármol grabadas por las tormentas de Dune. Compré una de esas piezas la semana pasada: un árbol dorado con cinco espigas, precioso, aunque muy frágil.

—No cambies de tema —dijo Alia.

—No he cambiado de tema —dijo él—. Es precioso, pero no es arte. Los seres humanos crean el arte con su propia violencia, con su propia volición. —Puso su mano en el alféizar—. Los gemelos detestan esta ciudad, y temo comprender el por qué.

—No acabo de ver la relación —dijo Alia—. El secuestro de mi madre no será un secuestro real. Estará perfectamente segura como tu cautiva.

—Esta ciudad ha sido edificada por ciegos —dijo él—. ¿Sabías que Leto y Stilgar salieron la semana pasada del Sietch Tabr para adentrarse en el desierto? Pasaron allí toda una noche.

—Fui informada de ello —dijo Alia—. Esas fruslerías grabadas por la arena... ¿quieres que prohíba su venta?

—Sería arruinar un floreciente negocio —dijo él, girándose—. ¿Sabes lo que me dijo Stilgar cuando le pregunté por qué se habían adentrado así en la arena? Dijo que Leto quería ponerse en contacto con el espíritu de Muad'Dib.

Alia sintió que la repentina frialdad del pánico recorría su cuerpo, y se miró al espejo por un instante para recuperarse. Leto no se habría aventurado de noche fuera del sietch por una tontería como aquella. ¿Se trataba acaso de una conspiración?

Idaho se cubrió los ojos con una mano para no verla y dijo:

—Stilgar me dijo que había acompañado a Leto porque él sigue creyendo aún en



Muad'Dib.

—¡Por supuesto que cree!

Idaho lanzó una risita, un sonido áspero y vacío.

—Dijo que todavía cree en él porque Muad'Dib iba siempre a favor de la gente insignificante.

—¿Y qué le respondiste tú? —preguntó Alia, con la voz traicionando su miedo.

Idaho apartó la mano de sus ojos.

—Le dije: «Entonces esto hace de ti uno de los insignificantes».

—¡Duncan! Este es un juego peligroso. Provoca a ese Naib Fremen, y puedes despertar a una bestia que nos destruirá a todos.

—El cree todavía en Muad'Dib —dijo Idaho—. Esta es nuestra protección.

—¿Cuál fue su respuesta?

—Dijo que tenía su propia opinión al respecto.

—Entiendo.

—No... no creo que entiendas. Las criaturas que muerden tienen dientes mucho más largos que los de Stilgar.

—Hoy no te comprendo, Duncan. Te he pedido que hagas algo muy importante, algo vital... ¿Para qué todas esas divagaciones?

Qué petulante sonaba. Duncan volvió a mirar a través de la ventana.

—Cuando fui adiestrado como mentat... Es muy difícil, Alia, aprender cómo funciona la propia mente de uno. Lo primero que aprendes es que tu mente funciona por sí misma. Esto es muy extraño. Puedes hacer trabajar tus propios músculos, ejercitarlos, fortalecerlos, pero la mente actúa por sí misma. A veces, cuando crees haberlo aprendido todo con respecto a tu mente, ella te muestra cosas que nunca desearías ver.

—¿Y es por esto por lo que intentaste insultar a Stilgar?

—Stilgar no conoce su propia mente; no la deja trabajar en libertad.

—Excepto durante la orgía de la especie.

—Ni siquiera entonces. Esto es lo que hace de él un Naib. Para ser un conductor de hombres, controla y limita sus reacciones. Hace lo que se espera de él. Cuando uno comprende esto, comprende a Stilgar y puede medir la longitud de sus dientes.

—Esto suena a Fremen —dijo ella—. Bien, Duncan, ¿lo harás o no? Jessica debe ser secuestrada, y debe ser hecho de tal modo que parezca obra de la Casa de los Corrino.

El permaneció en silencio, sopesando el tono de la voz de Alia y sus argumentaciones a su manera mentat. Aquel plan del secuestro hablaba de una frialdad y una crueldad cuyas dimensiones, muy claras, lo impresionaban. ¿Arriesgar la vida de su propia madre por aquellas razones aducidas? Alia estaba mintiendo. Quizá lo que se murmuraba acerca de Alia y Javid era cierto. Aquel pensamiento

estrujó su estómago con una mano de hielo.

—Tú eres el único en quien puedo confiar para ello —dijo Alia.

—Lo sé —dijo él.

Ella lo tomó como una aceptación, y se sonrió a sí misma en el espejo.

—¿Sabes? —dijo Idaho—. El mentat aprende a considerar a cualquier ser humano como una serie de interrelaciones.

Alia no respondió. Se relajó en su silla, presa de un recuerdo personal que dibujó una expresión vacua en su rostro. Idaho, mirándola por encima de su hombro, captó aquella expresión y se estremeció. Era como si Alia estuviera en comunión con voces que solamente ella podía oír.

—Interrelaciones —susurró él.

Y pensó: *Uno debe arrojar de sí las viejas angustias como una serpiente arroja de sí su vieja piel... sólo para crear otra nueva y aceptar todas sus limitaciones. Lo mismo ocurre con los gobiernos... incluso con la Regencia. Los viejos gobiernos pueden ser definidos como pellejos desechados. Tomaré parte en este plan, pero no en la forma que ordena Alia.*

Poco después Alia se alzó de hombros y dijo:

—Leto no debería salir al desierto en los tiempos que corren. Le daré una reprimenda.

—¿Ni siquiera con Stilgar?

—Ni siquiera con él.

Se levantó, alejándose del espejo, cruzó la estancia hasta donde estaba Idaho, al lado de la ventana, y apoyó una mano en su brazo.

El reprimió un estremecimiento, reduciendo su reacción a una simple computación mentat. Algo en ella le repelía.

Algo en ella.

No consiguió hallar las fuerzas necesarias para mirarla. Sintió el olor de la melange en sus cosméticos, carraspeó.

—Hoy voy a estar ocupada examinando los regalos de Farad'n —dijo Alia.

—¿Los trajes?

—Si. Nada procedente de él es lo que parece. Y debemos recordar que su Bashar, Tyekanik, es un adepto del chaumurky, del chaumas y de todas las demás sutilezas del asesinato real.

—El precio del poder —dijo Idaho, apartándose de ella—. Pero nosotros tenemos libertad de movimientos, y Farad'n no.

Ella estudió sus ciselados rasgos. A veces era difícil captar el funcionamiento de su mente. ¿Estaba pensando realmente en que bastaba la libertad de acción para garantizar el poder militar? Bien, la vida en Arrakis había sido demasiado segura durante demasiado tiempo. Los sentidos, hasta entonces aguzados por los

omnipresentes peligros, podían degenerar cuando no eran usados.

—Si —asintió ella—, seguimos teniendo a los Fremen.

—La movilidad —repitió él—. No debemos degenerar hasta la infantería. Sería una estupidez.

Aquel tono irritó a Alia.

—Farad’n usará cualquier medio para destruirnos.

—Oh, sí —asintió él—. Es una forma de iniciativa, una movilidad que no poseíamos en nuestros viejos días. Teníamos un código, el código de la Casa de los Atreides. Siempre seguimos nuestro camino, dejando que fueran nuestros enemigos quienes se dedicaran al pillaje. Hoy ya nos hemos librado de esas limitaciones, por supuesto. Poseemos la misma movilidad, tanto la Casa de los Atreides como la Casa de los Corrino.

—Secuestraremos a mi madre para ponerla a salvo de cualquier peligro, además de por muchas otras razones —dijo Alia—. ¡Seguimos viviendo aún bajo el código!

El la miró despectivamente. Ella sabía los peligros de incitar a un mentat a computar. ¿No se daba cuenta de lo que él había computado? Sin embargo... él la amaba todavía. Se pasó una mano por los ojos. Qué joven se veía. Dama Jessica estaba en lo cierto: Alia tenía la apariencia de no haber envejecido ni un solo día en todos aquellos años que habían pasados juntos. Seguía poseyendo los sensuales rasgos de su madre Bene Gesserit, pero sus ojos eran Atreides: escrutadores, exigentes, parecidos a los de un halcón. Y ahora algo que poseía una cualidad calculadoramente cruel se ocultaba bajo aquellos ojos.

Idaho había servido a la Casa de los Atreides durante demasiados años como para no comprender cuál era la fortaleza y cuál la debilidad de la familia. Pero aquella cosa en Alia, aquello era nuevo. Los Atreides podían jugar un juego esquivo contra sus enemigos, pero nunca contra sus amigos y aliados, y menos contra alguien de la propia Familia. Era algo innato en la forma de actuar de los Atreides: sostener a su pueblo hasta el límite de sus habilidades; mostrarles cómo era mucho mejor para ellos vivir bajo los Atreides. Demostrar su amor hacia sus amigos a través de la sinceridad de sus relaciones para con ellos. Lo que Alia le pedía ahora, sin embargo, no era propio de los Atreides. Lo sentía con toda la carne de su cuerpo y con toda su estructura nerviosa. Era una unidad indivisible, sintiendo todo él aquella extraña actitud en Alia.

Repentinamente, su sensibilidad mentat penetró en la plena consciencia y su mente se sumergió en el gélido trance donde el Tiempo no existe; sólo existía la computación. Alia se daría cuenta de lo que le había ocurrido, pero no podía hacer nada por evitarlo. Cedió el paso a la computación.

La computación: Un *reflejo* de Dama Jessica vivía una pseudovida en la consciencia de Alia. Lo vio como veía también el reflejo del pre-ghola Duncan Idaho

que permanecía como una constante en su propia consciencia. Alia tenía esta consciencia porque era un prenatal. Él la tenía procedente de los tanques de regeneración tleilaxu. Pero Alia rechazaba aquel reflejo, puesto que arriesgaba la vida de su madre. Sin embargo Alia no estaba en contacto con aquella pseudo-Jessica que había en su interior. Sin embargo Alia estaba *completamente* poseída por otra pseudovida con exclusión de todas las demás.

*¡Poseída!*

*¡Extraña!*

*¡Abominación!*

Aceptó todo aquello a la manera mentat, y se giró hacia otras facetas de su problema. Todos los Atreides se hallaban en aquel planeta. ¿Se arriesgaría la Casa de los Corrino a realizar un ataque desde el espacio? Su mente relampagueó pasando revista a las convenciones que habían terminado con las primitivas formas de guerra:

Uno: Todos los planetas eran vulnerables a un ataque desde el espacio; ergo: todas las Casas Mayores habían emplazado en torno a sus planetas dispositivos automáticos de represalia. Farad'n debía saber que los Atreides no omitirían aquella elemental precaución.

Dos: Los escudos de fuerza constituían una defensa completa contra los proyectiles y explosivos de tipo no atómico, y esta era la razón básica de que se hubiera vuelto a los combates mano a mano con arma blanca. Pero la infantería tenía límites. La Casa de los Corrino podía haber adiestrado a sus Sardaukar hasta una forma de lucha pre-Arrakeen, pero pese a ello no estarían en condiciones de enfrentarse con la ferocidad desencadenada de los Fremen.

Tres: El feudalismo planetario se hallaba en constante peligro por la cada vez más numerosa clase técnica, pero los efectos de la Jihad Butleriana continuaban manteniendo bajo control los excesos tecnológicos. Los ixianos, los tleilaxu, y algunos pocos otros planetas esparcidos constituían el único peligro posible al respecto, y eran planetas vulnerables a la ira combinada del resto del Imperio. La Jihad Butleriana había servido para algo. La guerra mecanizada requería una amplia clase técnica. El Imperio de los Atreides había canalizado esta fuerza hacia otros logros. No existía ninguna clase técnica lo suficientemente amplia que no estuviera estrechamente vigilada. Y el Imperio proseguía en un seguro feudalismo, naturalmente, porque esta era la mejor forma de sociedad para poder extenderse constantemente hasta las más lejanas y salvajes fronteras... hasta nuevos planetas.

Duncan sintió resplandecer su consciencia mentat cuando tomó de su memoria datos *de sí mismo*, completamente impenetrables al paso del tiempo. Y cuando llegó a la convicción de que la Casa de los Corrino no se atrevería a correr el riesgo de un ataque atómico ilegal, fue a través de un relámpago de computación, una valoración instantánea de la más alta probabilidad, pero fue perfectamente consciente de todos

los elementos que habían jugado en aquella convicción: El Imperio controlaba tantas armas nucleares y convencionales como las de todas las Grandes Casas juntas. Al menos la mitad de las Grandes Casas hubieran reaccionado sin pensárselo si la Casa de los Corrino hubiera roto la Convención. Al sistema de represalia de los Atreides que giraba en torno a su planeta se hubiera unido una fuerza imparable, sin necesidad de convocar a nadie. El miedo hubiera sido la llamada. Salusa Secundus y todos sus aliados se hubieran desvanecido en una nube ardiente. La Casa de los Corrino no correría el riesgo de un tal holocausto. Todos estaban completamente de acuerdo en la sinceridad del argumento que justificaba las armas nucleares con un único fin: defender la humanidad contra el peligro de alguna «otra inteligencia» con la que pudieran tropezarse.

Estos pensamientos computados tenían bordes definidos, relieves afilados. No había en ellos ninguna zona brumosa. Alia había elegido el secuestro y el terror porque se había vuelto ajena, no Atreides. La casa de los Corrino era una amenaza, pero no en la forma que Alia argüía en el Consejo. Alia deseaba que Dama Jessica desapareciera porque su vívida inteligencia Bene Gesserit había visto hacía tiempo lo que para él sólo era claro ahora.

Idaho se extrajo de su trance mentat, vio a Alia de pie ante él, midiéndole con una fría expresión calculadora en su rostro.

—¿Tú quieres que Dama Jessica muera? —preguntó Idaho. Los ojos de ella se iluminaron con un breve destello de inhumana alegría antes de verse cubiertos por un falso manto de ofensa.

—¡Duncan!

Si, aquella Alia ajena prefería el matricidio.

—Tú temes *a* tu madre, no *por* tu madre —dijo.

Ella habló sin cambiar su mirada calculadora.

—Por supuesto que la temo. Ha informado sobre mí a la Hermandad.

—¿Qué quieres decir?

—¿No sabes cuál es la mayor tentación para una Bene Gesserit? —Se acercó a él, seductora, mirándolo a través de sus ojos semicerrados—. He querido tan sólo permanecer fuerte y alerta por la seguridad de los gemelos.

—Has hablado de una tentación —dijo él, con su llana voz de mentat.

—Es algo que la Hermandad oculta en las más recónditas profundidades, a lo que más temen. Por eso me llaman *Abominación*. Saben que sus inhibiciones no me causan efecto. Una tentación... ellas siempre hablan de ella con el mayor énfasis: *La Gran Tentación*. ¿Sabes? Los que empleamos el adiestramiento Bene Gesserit podemos influenciar cosas tales como el equilibrio interno de las enzimas en nuestros propios cuerpos. Esto puede prolongar la juventud... mucho más de lo que lo hace la melange. ¿Puedes ver cuáles serían las consecuencias si muchas Bene Gesserit lo

hicieran? La gente lo notaría. Estoy segura de que estás computando el fundamento que tiene lo que estoy diciendo. La melange se halla en el blanco de innumerables complots. Controlamos una sustancia que prolonga la vida. ¿Qué ocurriría si empezara a saberse que las Bene Gesserit controlan un secreto aún mucho más potente? ¿Entiendes? Ninguna Reverenda Madre estaría a salvo. El secuestro y la tortura de las Bene Gesserit se convertirían en la más común actividad.

—Tú has conseguido este equilibrio enzimático —era una afirmación, no una pregunta.

—¡He desafiado a la Hermandad! El informe de mi madre a la Hermandad convertirá a la Bene Gesserit en el más inquebrantable aliado de la Casa de los Corrino.

*Qué plausible es todo esto*, pensó Duncan.

—¡Pero seguramente tu propia madre no se volverá contra ti! —la probó.

—Era una Bene Gesserit mucho tiempo antes de que fuera mi madre. Duncan, ¡ella permitió que su propio hijo, mi hermano, pasara por la prueba del *gom jabbar*! ¡Fue ella quien lo preparó todo! ¡Y sabía que su hijo podía no sobrevivir a la prueba! Las Bene Gesserit siempre han sido parcas en fe, pero henchidas en pragmatismo. Actuará contra mí si cree que es en bien de los intereses de la Hermandad.

El asintió. Qué convincente resultaba. Era un triste pensamiento.

—Debemos mantener la iniciativa —dijo ella—. Es nuestra mejor arma.

—Hay el problema de Gurney Halleck —dijo él—. ¿Deberé matar a mi viejo amigo?

—Gurney está lejos en alguna misión de espionaje en el desierto —dijo ella, sabiendo que Idaho estaba al corriente de aquello—. Está a salvo fuera de nuestros planes.

—Muy extraño —dijo él—. El Regente Gobernador de Caladan errando aquí en Arrakis en una misión de espionaje.

—¿Por qué no? —preguntó Alia—. Es su amante... en sus sueños, si no en su realidad.

—Sí, por supuesto. —Y se preguntó si no se notaría la insinceridad en su voz.

—¿Cuándo la secuestrarás? —preguntó Alia.

—Es mejor que no lo sepas.

—S... sí, entiendo. ¿Dónde la llevarás?

—Donde no pueda ser hallada. Confía en mí; no podrá constituir una amenaza para ti.

El júbilo en los ojos de Alia no podía ser ocultado.

—¿Pero dónde...?

—Si no lo sabes, entonces podrás responderle a una Decidora de Verdad, si es necesario, que no sabes donde está.

—Ahhh, muy hábil, Duncan.

*Ahora cree que voy a matar a Dama Jessica*, pensó Duncan. Y dijo:

—Adiós, mi amor.

Ella no captó la intencionalidad de su voz, por lo que le dio un suave beso antes de que él se fuera.

Durante todo su recorrido a través del laberinto, parecido al de un sietch, de los corredores del Templo, Idaho se frotó los ojos. Los ojos tleilaxu no eran inmunes a las lágrimas.

Amaste a Caladan  
y lloraste a su perdido señor...  
Pera el dolor revela  
que los nuevos amantes no pueden borrar  
a aquél que para siempre será un fantasma.

Estribillo del *Lamento de Habbanya*

Stilgar cuadruplicó la guardia del sietch en torno a los gemelos, pero sabía que era inútil. El muchacho se parecía demasiado a aquel de quien llevaba el nombre, su abuelo Leto. Todos aquellos que habían conocido al Duque original lo hacían notar. Leto medía calmada y prudentemente todas las cosas, es cierto, pero todo en él lo calificaba como poseedor de una latente impetuosidad que lo hacía susceptible a tomar decisiones arriesgadas.

Ghanima era más parecida a su madre. Tenía el cabello rojo de Chani, la mirada de los ojos de Chani, y una forma calculada de adaptarse a las dificultades. A menudo decía que haría sólo lo que debía hacer, pero allá donde fuera Leto ella le seguiría.

Y Leto la conduciría directamente al peligro.

Stilgar no pensó ni por un momento en hablarle de su problema a Alia. Al contrario de lo que ocurría con Irulan, que corría a Alia para contarle cualquier cosa que ocurriera. Llegando a esta decisión, Stilgar se dio cuenta de que había aceptado la posibilidad de que Leto juzgara a Alia correctamente.

*Ella utiliza a la gente en una forma casual e insensible, pensó. Incluso usa a Duncan de esta forma. En ningún momento se volvería contra mí para matarme. Sencillamente me desecharía.*

Ahora la guardia había sido reforzada, y Stilgar merodeaba por el sietch como un duende, fisgando por todos lados. Durante todo ese tiempo su mente bullía con las dudas que Leto había plantado allí. Si uno no podía confiar en la tradición, ¿a qué otra roca podía anclar su vida?

Por la tarde del día de la Convocación de Bienvenida para Dama Jessica, Stilgar espío a Ghanima de pie junto a su abuela en la cornisa interior de entrada de la gran cámara de asambleas del sietch. Era temprano y Alia aún no había llegado, pero la gente estaba empezando a reunirse en la amplia estancia, dirigiendo supersticiosas miradas a la niña y a la adulta, a su paso.

Stilgar se detuvo en una oquedad en sombras fuera del camino de la multitud, y espío a la pareja, incapaz de oír sus palabras por encima del murmullo creciente de la cada vez más numerosa multitud. Gente de muchas tribus se reuniría hoy allí para dar la bienvenida a su Reverenda Madre. Pero él observaba a Ghanima. Sus ojos, la forma como se movían de un lado a otro mientras hablaba! Aquel movimiento lo



fascinaba. Aquellos ojos profundamente azules, calmados, observadores, inquisitivos. La forma como agitaba su roja cabellera sobre sus hombros a cada movimiento de su cabeza. Era Chani. Era una fantasmagórica resurrección, un parecido sobrenatural.

Lentamente, Stilgar se acercó un poco y buscó la protección de otra oscuridad.

No podía asociar la forma en que Ghanima observaba las cosas con la de ningún otro niño que hubiera conocido... excepto su hermano. ¿Dónde estaba Leto? Stilgar miró a sus espaldas, por encima de la multitud que atestaba el corredor. Sus guardias hubieran dado la alarma si hubiera ocurrido algo. Agitó la cabeza. Aquellos gemelos desmoronaban su cordura. Eran una constante abrasión sobre su paz mental. Casi llegaba a odiarlos. Los consanguíneos no eran inmunes al odio mutuo, pero la sangre (y su preciosa agua) arrastraba consigo una contención que trascendía todas las demás preocupaciones. La seguridad de aquellos gemelos era su mayor responsabilidad.

Una polvorienta luz color cobre surgía de la cavernosa cámara de asambleas más allá de Ghanima y Jessica. Rozó con su tenue resplandor los hombros de la niña y la nueva ropa blanca que llevaba, rodeando su cabello con una aureola en el momento en que se giraba para contemplar el paso de la gente por el corredor.

*¿Por qué Leto me ha afligido con sus dudas?*, se dijo. Era evidente que lo había hecho deliberadamente. *Quizá Leto quería que compartiera con él una pequeña parte de sus experiencias mentales.* Stilgar sabía que los gemelos eran diferentes, pero los procesos racionales de su mente eran incapaces de aceptar lo que sabía. Él nunca había experimentado el seno materno como una prisión para una consciencia ya despierta... una consciencia viva desde el segundo mes de gestación, por lo que se decía.

Leto había dicho en una ocasión que su memoria era como un «holograma interno, que se expandía en tamaño y en detalles a partir de aquel traumatizante despertar original, pero cuyos contornos no cambiaban nunca».

Por primera vez, mientras observaba a Ghanima y a Dama Jessica, Stilgar empezó a comprender lo que debía ser intentar vivir en un tal amasijo de recuerdos, incapaz de hallar ningún lugar seguro y a resguardo en la propia mente. Enfrentado ante una tal situación, uno se veía en la obligación de integrarse en la locura, de seleccionar y rechazar entre una multitud de ofertas en un sistema en el cual las respuestas cambiaban tan rápidamente como las preguntas.

No podía existir ninguna tradición fija. No podían existir respuestas absolutas a preguntas con dos caras. ¿Qué era lo que funcionaba? Lo que no funcionaba. ¿Qué era lo que no funcionaba? Lo que funcionaba. Reconoció aquel esquema. Era el viejo juego Fremen de las adivinanzas. Pregunta: «¿Qué es lo que da la vida y la muerte?». Respuesta: «El viento de Coriolis».

*¿Por qué Leto ha querido que comprendiera esto?*, se preguntó Stilgar. Gracias a

sus cautelosos sondeos, Stilgar sabía que los gemelos compartían un punto de vista común acerca de su diferencia: la consideraban como una aflicción. *El nacimiento puede ser un lugar de pruebas para tales individuos*, pensó. La ignorancia reduce el shock de algunas experiencias, pero ellos no podían ignorar nada acerca de su nacimiento. ¿Qué representaba vivir una vida de la que uno conocía ya todas las cosas que *podían* ir mal? Uno tenía que mantener una lucha constante con las dudas. Uno tenía que sentir resentimiento hacia aquella diferencia que lo separaba a uno de los demás. Sería agradable infligir a otros algo de esta diferencia. ¿Por qué yo?, sería su primera pregunta sin respuesta.

*¿Y qué es lo que yo me he preguntado a mí mismo?*, pensó Stilgar. Una sonrisa irónica rozó sus labios. *¿Por qué yo?*

Viendo a los gemelos desde aquel nuevo ángulo, comprendió los peligros que corrían con sus cuerpos aún no maduros. Ghanima se los había descrito sucintamente en una ocasión, después de que él la amonestara por escalar la pared que caía a plomo al este del Sietch Tabr.

—¿Por qué tendría que temerle a la muerte? Ya he estado aquí antes... muchas veces.

*¿Cómo puedo tener la presunción de enseñar algo a tales niños?*, se dijo Stilgar. *¿Cómo puede tener nadie tal presunción?*

Extrañamente, los pensamientos de Dama Jessica avanzaban por idéntico camino mientras hablaba con su nieta. Estaba pensando en lo difícil que debía ser albergar mentes maduras en cuerpos inmaduros. Aquellos cuerpos tendrían que aprender lo que sus mentes sabían ya cómo hacer... acoplando reacciones y reflejos. El viejo régimen *prana-bindu* de la Bene Gesserit podría servirles, pero incluso aquí la mente avanzaría a una velocidad que los cuerpos no podrían seguir. Gurney consideraba una tarea extremadamente difícil el cumplir sus órdenes.

—Stilgar nos está observando desde una oquedad allí detrás —dijo Ghanima.

Jessica no se giró. Pero se sintió desconcertada por lo que captó en la voz de Ghanima. Ghanima amaba al viejo Fremen como uno amaría a un padre. Incluso cuando hablaba con ligereza y se burlaba de él lo amaba. Aquella comprensión obligó a Jessica a contemplar al viejo Naib bajo una nueva luz, comprendiendo, en una revelación gestáltica, lo que unía a los gemelos y a Stilgar. Jessica se dio cuenta de que aquel nuevo Arrakis no le gustaba a Stilgar. No más de lo que aquel nuevo universo gustaba a sus nietos.

No solicitado ni deseado, un axioma Bene Gesserit fluyó en la mente de Jessica: *«Sospechar de la propia inmortalidad es conocer el principio del terror: aprender irrefutablemente que uno es mortal es conocer el final del terror»*.

Sí, la muerte no sería una carga difícil de llevar, pero la vida era como un fuego

lento para Stilgar y los gemelos. Todos ellos se hallaban en un mundo que no les gustaba, y anhelaban otros caminos que fuera posible experimentar sin riesgos. Eran hijos de Abraham, que aprendían mucho más de un halcón acechando sobre el desierto que de un libro escrito hacía tiempo.

Leto había desconcertado a Jessica aquella misma mañana, cuando se hallaban junto al qanat que fluía sietch abajo.

—El agua es una trampa para nosotros, abuela —había dicho—. Hubiera sido mejor que hubiéramos vivido como polvo, ya que entonces el viento nos hubiera arrastrado más alto que el más alto risco de la Muralla Escudo.

Aunque ya estaba familiarizada con una tan sutil madurez surgiendo de los labios de aquellos niños, Jessica se sintió tomada por sorpresa, aunque logró responder:

—Tu padre hubiera podido decir esto.

Y Leto, lanzando un puñado de arena al aire para contemplar su caída, respondió:

—Si, hubiera podido hacerlo. Pero mi padre no tuvo en cuenta entonces cuán rápidamente hace caer de nuevo al suelo toda cosa surgida de él.

Ahora, de pie junto a Ghanima en el sietch, Jessica sintió de nuevo el shock que le habían causado aquellas palabras. Se giró, contempló la gente que seguía desfilando, dejó vagar su mirada hasta el lugar donde se hallaba la imprecisa figura de Stilgar. Stilgar no era un Fremen dócil, entrenado tan sólo a llevar ramitas al nido. Seguía siendo un halcón. Cuando pensaba en el color rojo, no pensaba en flores, sino en sangre.

—Estás tan callada, de repente —dijo Ghanima—. ¿Hay algo que no marcha?

Jessica agitó la cabeza.

—Es solamente algo que Leto ha dicho esta mañana.

—¿Cuando habéis salido fuera, a las plantaciones? ¿Qué es lo que ha dicho?

Jessica pensó en la curiosa expresión de adulto que había aparecido en el rostro de Leto allá fuera en la mañana. Era la misma expresión que acababa de aparecer ahora en el rostro de Ghanima.

—Estaba recordando la ocasión en que Gurney abandonó a los contrabandistas para volver bajo la bandera de los Atreides —dijo Jessica.

—Entonces estabais hablando de Stilgar —dijo Ghanima. Jessica no se preguntó cómo lo había intuido. Los gemelos parecían capaces de reproducir cada uno en cualquier momento los pensamientos del otro.

—Sí, así es —dijo Jessica—. A Stilgar no le gustaba oír a Gurney llamar... a Paul su Duque, pero la presencia de Gurney arrastraba a los Fremen. Gurney siguió llamándolo «mi Duque».

—Entiendo —dijo Ghanima—. Y por supuesto Leto ha hecho observar que *él* aún no era el Duque de Stilgar.

—Exacto.

—Tú sabes lo que te estaba haciendo, por supuesto —dijo Ghanima.

—No estoy segura de saberlo —admitió Jessica, y aquello la inquietó en una forma particular, ya que no se le había ocurrido pensar que Leto le estuviera haciendo nada en absoluto.

—Estaba intentando iluminar tus recuerdos de nuestro padre —dijo Ghanima—. Leto anhela conocer a nuestro padre a través de los puntos de vista de todos aquellos que lo conocieron.

—Pero... Leto no necesita...

—Oh, él puede escuchar sus *vidas interiores*, evidentemente. Pero no es lo mismo. Tú le hablaste de él, por supuesto. De nuestro padre quiero decir. Le hablaste de él como hijo tuyo.

—Sí. —Jessica calló de repente. No le gustaba la sensación de saber que aquellos gemelos podían manejarla a su antojo, abrir sus recuerdos para observarlos, extrayendo cualquier emoción que atrajera su interés. ¡Quizá la propia Ghanima lo estaba haciendo en estos momentos!

—Leto dijo algo que te turbó —dijo Ghanima.

Jessica se sintió impresionada ante su urgente necesidad de reprimir su rabia.

—Sí... lo hizo.

—A ti no te gusta el hecho de que conozcamos a nuestro padre tanto como nuestra madre lo conoció, y que conozcamos a nuestra madre tanto como nuestro padre la conoció —dijo Ghanima—. No te gusta lo que implica todo esto... y lo que podemos saber de ti.

—Realmente, nunca he pensado en esto hasta hoy —dijo Jessica, con voz helada.

—Es el conocimiento de los aspectos sensuales de la vida lo que normalmente turba a la gente —dijo Ghanima—. Es un asunto de condicionamiento. A ti te resulta extremadamente difícil pensar en nosotros de otro modo que como niños. Pero no hay nada que nuestros padres hayan hecho juntos, en público o en privado, que nosotros no sepamos.

Por un breve instante Jessica se sintió regresar a la reacción que se había apoderado de ella allá afuera, junto al qanat, pero esta vez enfocó esta reacción hacia Ghanima.

—Probablemente él te ha hablado de la infatigable sensualidad de tu Duque —dijo Ghanima—. ¡A veces Leto necesitaría una buena brida sujetando su boca!

¿*Acaso no hay nada que esos gemelos no se atrevan a profanar?*, se dijo Jessica, agitada entre el ultraje y la revulsión. ¿Cómo osaban hablar de la sensualidad de su Leto? ¡Por supuesto que un hombre y una mujer que se amaban mutuamente debían compartir los placeres de sus cuerpos! Era algo privado y maravilloso, que no debía salir a la luz en una conversación casual entre un niño y un adulto.

*¡Un niño y un adulto!*

Repentinamente Jessica se dio cuenta de que ni Leto ni Ghanima habían hablado de aquello casualmente.

Calló, y Ghanima dijo:

—Te hemos escandalizado. Pido perdón en nombre de ambos. Conociendo a Leto, sé que ni siquiera se le ha ocurrido excusarse. A veces, cuando está enfrascado en alguna búsqueda particular, olvida lo distintos que somos... de ti, por ejemplo.

Jessica pensó: *Y por esto os estáis comportando los dos así, por supuesto. ¡Vosotros me estáis enseñando a mí! Y luego: ¿A quién más habréis estado enseñando? ¿A Stilgar? ¿A Duncan?*

—Leto intenta ver las cosas tal como las ves tú —dijo Ghanima—. Los recuerdos no son suficientes. Y cuando uno intenta lo más difícil, justo entonces, la mayor parte de las veces es cuando falla.

Jessica suspiró.

Ghanima tocó el brazo de su abuela.

—Tu hijo dejó muchas cosas por decir que ahora deben ser dichas. Incluso a ti. Perdónalo, porque te quería. ¿No lo sabías?

Jessica se giró para ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos.

—Conocía tus temores —dijo Ghanima—. Tal como conocía los temores de Stilgar. El querido Stil. Nuestro padre era su «Doctor de las Bestias», y Stil no era más que el caracol verde oculto en su concha. —Entonó la melodía que le había evocado aquellas palabras. La música gritó la letra de la canción a través de la consciencia de Jessica:

*Oh Doctor de las Bestias,  
Para un pequeño caracol verde  
Pequeña maravilla oculta  
En su concha, esperando la muerte,  
¡Tú eres como una deidad!  
Cada caracol sabe que los dioses destruyen  
Y curan causando dolor;  
Que el cielo es entrevisto  
Tras una puerta en llamas.  
Oh Doctor de las Bestias,  
Yo soy el hombre-caracol  
Que ve tu único ojo  
Escrutando el interior de mi cáscara.  
¿Por qué, Muad'Dib? ¿Por qué?*

—Desgraciadamente —dijo Ghanima— nuestro padre dejó demasiados hombres-

caracol en nuestro universo.

La hipótesis de que los seres humanos existen dentro de un universo esencialmente no permanente, tomada como una base operativa, exige que el intelecto se convierta en un instrumento de equilibrio totalmente consciente. Pero el intelecto no puede reaccionar así sin arrastrar a todo el organismo. Un tal organismo puede ser reconocido por su comportamiento ardiente, impulsivo. Y lo mismo ocurre con una sociedad considerada como un organismo. Pero aquí nos encontramos con una vieja inercia. Las sociedades se mueven bajo el estímulo de antiguos y reactivos impulsos. Exigen permanencia. Cualquier tentativa de mostrarle el universo no permanente trae como resultado esquemas de rechazo, miedo, ira y desesperación. Entonces, ¿cómo podemos explicar la aceptación de la presciencia? Simplemente: el dispensador de visiones prescientes, debido a que habla de una absoluta (permanente) realización, puede ser recibido con alegría por la humanidad incluso cuando predica los más terribles acontecimientos.

*El Libro de Leto, según HARQ AL-ADA*

—Es como luchar en la oscuridad —dijo Alia.

Midió rabiosamente sus pasos arriba y abajo de la Cámara del Consejo, de los altos tapices plateados que tamizaban la luz de la mañana en las ventanas orientadas al este hasta los divanes agrupados bajo los grandes paneles decorativos en la pared al otro lado de la estancia. Sus sandalias cruzaron las alfombras de fibra de especia, el parquet de madera, las losas de granito y, de nuevo, las alfombras. Finalmente se detuvo ante Irulan e Idaho, que permanecían sentados la una frente al otro en divanes de piel de ballena gris.

Idaho se había resistido a regresar desde el Tabr, pero ella le había dado órdenes perentorias. El secuestro de Jessica era ahora más importante que nunca, pero tendría que esperar. Necesitaba las percepciones mentales de Idaho.

—Todo esto forma parte de un mismo esquema —dijo Alia—. Forma parte de un complot que viene de muy lejos.

—Quizá no —aventuró Irulan, pero miró inquisitivamente a Idaho.

El rostro de Alia se crispó con una sonrisa franca. ¿Cómo podía ser Irulan tan inocente? A menos que... Alia dirigió una aguda y penetrante mirada a la Princesa. Irulan llevaba una simple aba negra que enmarcaba las sombras que se formaban en sus ojos color índigo a causa de la especia. Sus rubios cabellos estaban recogidos en una apretada trenza enrollada en su nuca, acentuando su aguileño perfil, afilado por los años pasados en Arrakis. Aún conservaba la altivez que había adquirido en la corte de su padre, Shaddam IV, y Alia había sospechado a menudo que su orgullosa actitud podía enmascarar los pensamientos de un conspirador.

Idaho permanecía recostado, enfundado en su uniforme verde y negro de la Guardia de la Casa de los Atreides, desprovisto de toda insignia. Su aire afectado había causado muchas veces el secreto resentimiento de varios de los actuales guardias de Alia, especialmente de las Amazonas, que glorificaban las insignias de su

oficio. Pero sobre todo no les gustaba la presencia de aquel mentat-maestro de armas-ghola, en particular debido a que era el esposo de su ama.

—Así que las tribus quieren que Dama Jessica se siente de nuevo en el Consejo de Regencia —dijo Idaho—. ¿Pero cómo puede esto...?

—¡Han sido unánimes en su petición! —dijo Alia, señalando una arrugada hoja de papel de especia en el diván junto Irulan—. Farad'n es una cosa, pero esto... ¡esto hiede a otras conspiraciones!

—¿Qué piensa Stilgar de ello? —preguntó Irulan.

—¡Su firma está en ese papel! —dijo Alia.

—Pero si él...

—¿Cómo iba a renegar de la madre de su dios? —dijo burlonamente Alia.

Idaho alzó la vista hacia ella, pensando: *¡Qué terriblemente cerca está de romper con Irulan!* Se preguntó de nuevo por qué Alia lo había hecho regresar sabiendo como sabía lo necesario que era en el Sietch Tabr si quería que el plan del secuestro fuera llevado a cabo. ¿Era posible que supiera algo del mensaje que el Predicador le había enviado? Aquellos pensamientos lo agitaron. ¿Cómo podía saber aquel mendicante místico la señal secreta con la cual Paul Atreides llamaba siempre a su maestro de espadas? Idaho temblaba de impaciencia aguardando a que terminara aquella inútil reunión y pudiera regresar para hallar una respuesta a aquella pregunta.

—No hay duda de que ese Predicador ha realizado un viaje fuera del planeta —dijo Alia—. La Cofradía no se atrevería a engañarnos al respecto. Me pregunto si...

—¡Cuidado! —dijo Irulan.

—Sí, debes tener cuidado —dijo Idaho—. La mitad del planeta cree que él es... —se alzó de hombros—... tu hermano. —E Idaho confió en que sus palabras hubieran sonado de un modo totalmente casual. ¿Cómo podía conocer aquel hombre aquella señal?

—Pero si se trata de un mensajero o de un espía de...

—No ha entrado en contacto con nadie de la CHOAM ni de la Casa de los Corrino —dijo Irulan—. Podemos estar seguros de que...

—¡No podemos estar seguros de nada! —Alia no intentó ocultar su desprecio. Dio la espalda a Irulan e hizo frente a Idaho. Él sabía por qué estaba allí. ¿Por qué no se comportaba tal como se esperaba de él? Estaba en el Consejo porque también estaba Irulan. Las motivaciones que habían conducido a una Princesa de la Casa de los Corrino al seno de los Atreides no podían prestarse a error. Una alianza, una vez cambiada, puede ser vuelta a cambiar de nuevo. Los poderes de mentat de Duncan debieran haber espiado a Irulan para captar cualquier posible falta, cualquier sutil desviación en su modo de actuar.

Idaho se agitó y miró a Irulan. Aquellos eran los momentos en los que sentía el terrible peso de sus funciones impuestas de mentat. Sabía lo que estaba pensando



Alia. E Irulan también debía saberlo. Pero aquella Princesa-esposa de Paul Muad'Dib había superado la ignominia de las decisiones que habían hecho de ella algo más insignificante que la concubina real, Chani. No había dudas acerca de la devoción de Irulan hacia los gemelos reales. Había renunciado por completo a la familia y a la Bene Gesserit para dedicarse a los Atreides.

—¡Mi madre forma parte de este complot! —insistió ella—. ¿Por qué otras razones la habría enviado aquí la Hermandad en un momento como este?

—La histeria no nos va a ayudar —dijo Idaho.

Alia se giró furiosa y se alejó de él, tal como había esperado. Y aquello lo alivió un poco: le costaba tanto contemplar aquel rostro antes tan amado y ahora retorcido por una posesión ajena.

—Bien —dijo Irulan—, no podemos confiar completamente en la Cofradía para...

—¡La Cofradía! —se burló Alia.

—No podemos buscarnos la enemistad de la Cofradía o de la Bene Gesserit —dijo Idaho—. Pero debemos asignarles una categoría especial como combatientes esencialmente pasivos. La Cofradía se aferra a su regla básica: Nunca Gobernar. Es una excrecencia parasitaria, y lo sabe. No hará nada que pueda matar al organismo que la mantiene con vida.

—Su idea con respecto al organismo que la mantiene con vida puede ser distinta de la nuestra —objetó Irulan. El tono laxo con el que pronunció las siguientes palabras era lo más parecido al desprecio—. Has olvidado un punto, mentat.

Alia pareció desconcertada. No había esperado que Irulan reaccionara de aquella manera. No era un aspecto de la cuestión sobre el cual insistiera un conspirador.

—Indudablemente —dijo Idaho—. Pero la Cofradía no se situará nunca abiertamente contra la Casa de los Atreides. La Hermandad, en cambio, podría correr el riesgo de algún tipo de fractura política a través del cual...

—Si lo hace, será a través de otro frente: alguien o algún grupo que pueda ser desautorizado —dijo Irulan—. La Bene Gesserit ha existido durante todos estos siglos gracias a su reconocimiento del valor de la propia renuncia. Siempre ha preferido hallarse tras el trono que sentada en él.

¿*La propia renuncia?*, se dijo Alia. ¿No había sido aquella la elección de Irulan?

—Precisamente esto era lo que quería decir con respecto a la Cofradía —dijo Idaho. Sentía la necesidad de ayuda por parte de las explicaciones y discusiones. Aquello mantenía su mente alejada de otros problemas.

Alia se acercó de nuevo a grandes pasos hacia las ventanas iluminadas por el sol. Conocía el punto ciego de Idaho; cada mentat lo tenía. Debían hacer declaraciones. Esto creaba una tendencia a depender de lo absoluto, a verlo todo bajo límites bien definidos. Todos eran conscientes de ello. Formaba parte de su entrenamiento. Sin

embargo, seguían actuando más allá de los parámetros de esta autolimitación. *Debería haberlo dejado en el Sietch Tabr, pensó Alia. Y hubiera sido mejor que hubiera dejado a Irulan en manos de Javid para que la interrogara.*

Dentro de su cráneo, Alia oyó una resonante voz:

—¡Exacto!

*¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!*, pensó. Un peligroso error empezó a diseñarse en aquellos momentos en su mente, pero no consiguió captar sus contornos. Lo que pudo captar fue tan sólo la sensación de peligro. Idaho tendría que ayudarle a salir de aquella situación. Él era un mentat. Los mentats eran necesarios. Las computadoras humanas reemplazaban a los ingenios mecánicos destruidos por la Jihad Butleriana. *¡No crearás una máquina a semejanza de la mente humana!* Pero Alia hubiera deseado ahora una máquina sumisa. Que no sufriera las limitaciones de Idaho. Uno no desconfía de una máquina.

Alia oyó la voz arrastrada de Irulan.

—Una finta en una finta en una finta en una finta —dijo Irulan—. Todos nosotros hemos aceptado el esquema de un ataque contra el poder. No le reprochemos a Alia sus sospechas. Claro que sospecha de todos... incluso de nosotros. Aunque ignoremos esto último por ahora. ¿Quiénes quedan en primer plano de los motivos, la más fértil fuente de peligro para la Regencia?

—La CHOAM —dijo Idaho, con su átona voz de mentat. Alia se concedió una sardónica sonrisa. La Combine Honnete Ober Advancer Mercantiles. Pero la Casa de los Atréides dominaba a la CHOAM con el cincuenta y uno por ciento de sus acciones. El Sacerdocio de Muad'Dib poseía otro cinco por ciento, y además había la pragmática aceptación de las Grandes Casas de que Dune controlaba la inapreciable melange. No sin razón la especia era llamada a menudo «la moneda secreta». Sin la melange, los cruceros de la Cofradía Espacial no podrían moverse. La melange precipitaba el «trance de navegación», durante el cual se hacía «visible» un sendero transluminoso a través del cual se podía viajar. Sin la melange y su amplificación del sistema inmunológico humano, la expectación de vida de los muy ricos se vería reducida como mínimo a una cuarta parte. Incluso un gran porcentaje de la clase media del Imperio consumía pequeñas cantidades de melange diluidas al menos en una de las comidas diarias.

Pero Alia había captado la sinceridad mentat en la voz de Idaho, un sonido que había llegado hasta ella con una terrible fuerza.

La CHOAM. La Combine Honnete era mucho más que la Casa de los Atréides, mucho más que Dune, mucho más que los Sacerdotes o la melange. Era el estigma, la piel de ballena, el hilo shiga, los artefactos y los artistas ixianos, el intercambio de gente y lugares, el Hajj, esos productos que llegaban desde los límites de la legalidad de la tecnología tleilaxu; era las drogas adictivas y las técnicas médicas; el transporte

(la Cofradía) y todo el supercomplejo comercio de un Imperio que abarcaba centenares de planetas conocidos más algunos otros que se alimentaban secretamente de ellos, en los límites, tolerados por los servicios que rendían. Cuando Idaho decía la CHOAM, hablaba de un fermento constante, intrigas dentro de intrigas, un juego de poderes donde la minucia de una duodécima cifra decimal en los pagos de dividendos podía hacer cambiar la propiedad de todo un planeta.

Alia se giró para detenerse frente a la pareja sentada en los divanes.

—¿Hay algo específico acerca de la CHOAM que os preocupe? —preguntó.

—Hay algunas Casas que siguen almacenando especia con fines especulativos —dijo Irulan.

Alia se dio una palmada en los muslos con ambas manos, y luego señaló al arrugado papel de especia al lado de Irulan.

—¿Y esta *demanda* no te intriga, viniendo como viene...?

—¡De acuerdo! —gruñó Idaho—. Adelante con esto. ¿Qué es lo que estás ocultando? Tú sabes mejor que nadie que no puedes negarte a facilitarme los datos y esperar luego que funcione como...

—Se ha producido un reciente y muy significativo incremento en la búsqueda de gente con cuatro especialidades específicas —dijo Alia. Y se preguntó si realmente aquella información sería nueva para la pareja.

—¿Qué especialidades? —preguntó Irulan.

—Maestros de armas, *mentats* pervertidos por los *tleilaxu*, médicos condicionados por la escuela Suk, y contables expertos en trampas fiscales; especialmente estos últimos. ¿Por qué este repentino interés por contables tramposos? —La pregunta iba dirigida a Idaho.

¡*Funciona como un mentat!*, pensó Duncan. Bien, aquello era mejor que darle vueltas a lo que se había convertido Alia. Se concentró en las palabras de ella, repitiéndolas mentalmente a la manera *mentat*. ¿*Maestros de armas*? Aquella había sido su propia vocación, en su tiempo. Los maestros de armas eran, por supuesto, mucho más que unos simples luchadores cuerpo a cuerpo. Podían reparar escudos de fuerza, planear campañas militares, diseñar utensilios militares de refuerzo, improvisar armas. ¿*Mentats pervertidos*? Los *tleilaxu*, obviamente, seguían creando *mentats* pervertidos. Pero, siendo él mismo un *mentat*, Idaho sabía la frágil inseguridad de la *perversión* *tleilaxu*. Las Grandes Casas adquirirían tales *mentats* con la esperanza de controlarlos absolutamente. ¡Imposible! Incluso Piter de Vries, que había servido a los Harkonnen en su asalto a la Casa de los Atreides, había mantenido su dignidad esencial, aceptando la muerte antes que manchar la sagrada intimidad de su yo. ¿*Doctores Suk*? Su condicionamiento los garantizaba supuestamente contra la deslealtad hacia sus pacientes. Los doctores Suk eran muy caros. El incremento en la búsqueda de Suks debía traer consigo sustanciales cambios de fondos.

Idaho sopesó todos estos hechos ante el incremento de los contables tramposos.

—Primera computación —dijo, subrayando claramente el hecho de que estaba hablando de hechos inductivos—. Se ha producido un reciente incremento de riqueza entre las Casas Menores. Algunas se están moviendo sigilosamente hacia el estatus de las Grandes Casas. Esta riqueza puede provenir tan sólo de algunos cambios específicos en las alianzas políticas.

—Con esto llegamos finalmente al Landsraad —dijo Alia, expresando así sus propias convicciones.

—La próxima sesión del Landsraad no está prevista hasta dentro de dos años estándar —le recordó Irulan.

—Pero las alianzas políticas nunca cesan —dijo Alia—. Y estoy segura de que entre esas firmas tribales —señaló al papel junto a Irulan— están las de no pocas Casas Menores que han hecho nuevas alianzas.

—Quizá —dijo Irulan.

—El Landsraad —dijo Alia—. ¿Qué mejor para la Bene Gesserit? ¿Y qué mejor agente para la Hermandad que mi propia madre? —Alia se plantó directamente frente a Idaho—. ¿Y bien, Duncan?

*¿Por qué no funcionas como un mentat?*, se dijo a sí mismo Idaho. Ahora veía por dónde iban las sospechas de Alia. Después de todo, Duncan Idaho había sido guardia personal de Dama Jessica por muchos años.

—¿Duncan? —urgió Alia.

—Deberás examinar atentamente cualquier borrador legislativo que se esté preparando para la próxima sesión del Landsraad —dijo Idaho—. Podría plantearse el postulado legal de que la Regencia no pueda vetar cierta clase de legislación... específicamente ajustes en las tasas y actividades de los monopolios. Hay otros, pero...

—No sería una postura pragmática muy buena por su parte si adoptaran esta posición —dijo Irulan.

—Estoy de acuerdo —dijo Alia—. Los Sardaukar no tienen dientes, y nosotros poseemos nuestras legiones Fremen.

—Cuidado, Alia —dijo Idaho—. Nuestros enemigos no desearían nada mejor que hacernos aparecer como monstruos. No importa cuantas legiones están a tus órdenes, en último término el poder descansa en el sufragio popular en un Imperio tan extendido como éste.

—¿El sufragio popular? —preguntó Irulan.

—Quieres decir el sufragio de las Grandes Casas —dijo Alia.

—¿Y cuántas Grandes Casas deberemos afrontar con estas nuevas alianzas? —preguntó Idaho—. ¿El dinero se está acumulando en extraños lugares?

—¿En los márgenes del Imperio? —preguntó Irulan.

Idaho se alzó de hombros. Era una pregunta sin respuesta. Todos ellos sospechaban que algún día los tleilaxu o cualquier desconocido genio de la tecnología en los márgenes del Imperio conseguirían anular el Efecto Holtzmann. Aquel día, los escudos dejarían de ser útiles. El precario equilibrio que mantenía a los feudos planetarios se desmoronaría.

Alia se negaba a considerar tal posibilidad.

—Actuaremos con lo que tengamos —dijo—. Y lo que sí tenemos es la seguridad de que a través del directorio de la CHOAM *nosotros* podemos destruir la especie si nos vemos obligados a ello. No se atreverán a correr este riesgo.

—Volvamos entonces a la CHOAM —dijo Irulan.

—A menos que alguien haya conseguido duplicar el ciclo trucha de arena-gusano de arena en otro planeta —dijo Idaho. Miró especulativamente a Irulan, excitada por aquella cuestión—. ¿Salusa Secundus?

—Mis contactos allí me mantienen informada —dijo Irulan—. No es Salusa.

—Entonces mi respuesta sigue siendo válida —dijo Alia, mirando a Idaho—. Actuaremos con lo que tengamos.

*Ahora me toca mover a mí*, pensó Idaho.

—¿Por qué me has apartado de aquel *importante trabajo*? —dijo—. Hubieras podido arreglártelas tú sola.

—¡No uses este tono conmigo! —restalló Alia.

Idaho abrió mucho los ojos. Por un instante había visto a aquella otra persona ajena en el rostro de Alia, y aquello lo aterró. Desvió su atención hacia Irulan, pero esta no había visto nada... o al menos no lo aparentaba.

—No necesito una educación elemental —dijo Alia, con su voz vibrando aún con aquella rabia ajena.

Idaho consiguió esbozar una deplorable sonrisa, pero el pecho seguía doliéndole por la impresión.

—Nunca nos alejamos demasiado de la riqueza y de todos sus enmascaramientos cuando tratamos con el poder —comentó Irulan—. Paul fue una mutación social y, como tal, tenemos que recordar que alteró el antiguo equilibrio de la riqueza.

—Tales mutaciones no son irreversibles —dijo Alia, apartándose de ellos como si no quisiera que fuera apreciada su terrible diferencia—. Está donde esté la riqueza en este Imperio, ellos lo saben.

—Y también saben —dijo Irulan— que solamente hay tres personas que pueden perpetuar esta mutación: los gemelos y... —señaló a Alia.

*¿Están locas, esas dos?*, se dijo Idaho.

—¡Intentarán asesinarme! —jadeó ella.

E Idaho permaneció en un impresionado silencio, con su consciencia mentat girando y girando. ¿Asesinar a Alia? ¿Por qué? Sería mucho más fácil desacreditarla.

Podían desgajarla de su relación con los Fremen y cazarla luego a voluntad. Pero los gemelos... Se dio cuenta de que no estaba en posesión en estos momentos de la calma mentat adecuada para hacer una evaluación, pero debía intentarlo. Tenía que ser tan preciso como fuera posible. Al mismo tiempo, sabía que aquella precisión contenía absolutismos no digeridos. La naturaleza no era precisa. El universo no era preciso cuando era reducido a escala humana; era vago e indistinto, lleno de inesperados movimientos y cambios. La humanidad como un todo debía entrar en aquella computación en la forma de un fenómeno natural. Y la totalidad del proceso de análisis preciso requería un distanciamiento, un alejarse de las incesantes corrientes del universo. Debía contemplar atentamente aquellas corrientes, ver su movimiento.

—Estábamos en lo cierto al enfocar el asunto en la CHOAM y en el Landsraad —dijo Irulan, arrastrando las palabras—. Y la sugerencia de Duncan ofrece una primera línea de investigación para...

—El dinero considerado como una traslación de energía no puede ser separado de la energía que expresa —dijo Alia—. Todos nosotros sabemos esto. Pero debemos responder a tres cuestiones específicas: ¿Cuándo? ¿Usando qué armas? ¿Dónde?

*Los gemelos... los gemelos, pensó Idaho. Son los gemelos quienes están en peligro, no Alia.*

—¿No estás interesada en quién o cómo? —preguntó Irulan.

—Si la Casa de los Corrino o la CHOAM o cualquier otro grupo emplea instrumentos humanos en este planeta —dijo Alia—, tenemos como máximo un sesenta por ciento de posibilidades de descubrirlos antes de que actúen. Sabiendo cuándo actuarán y dónde nuestras posibilidades son mucho mayores. ¿Cómo? Esto equivale a preguntar *¿con qué armas?*

*¿Por qué ellas no pueden ver las cosas como las veo yo?, se preguntó Idaho.*

—De acuerdo —dijo Irulan—. ¿Cuándo?

—Cuando la atención esté centrada en algún otro —dijo Alia.

—La atención estuvo centrada en tu madre en la Convocación —dijo Irulan—. No hubo ninguna tentativa.

—El lugar no era el adecuado —dijo Alia.

*¿Qué pretende hacer?, se preguntó Idaho.*

—¿Dónde, entonces? —quiso saber Irulan.

—El mejor lugar es aquí, en la Ciudadela —dijo Alia—. Es aquí donde me siento más segura y estoy menos protegida por mis guardias.

—¿Con qué armas? —quiso saber todavía Irulan.

—Convencionales... cualquier cosa que un Fremen pueda llevar encima: un crys envenenado, una pistola maula, un...

—Hace mucho tiempo que nadie ha usado un cazador-buscador —dijo Irulan.

—No funcionaría en una multitud —dijo Alia—. Y ocurrirá en medio de una multitud.

—¿Un arma biológica? —preguntó Irulan.

—¿Un agente infeccioso? —dijo Alia, sin ocultar su credulidad. ¿Cómo podía pensar Irulan que un agente infeccioso pudiera tener éxito contra las barreras inmunológicas que protegían a los Atreides?

—Estaba pensando más bien en algún tipo de animal —dijo Irulan—. Un pequeño animal de compañía, por ejemplo, entrenado a morder a alguna víctima específica, infligiéndole algún veneno con su mordida.

—Los hurones de la Casa lo prevendrían —dijo Alia.

—¿Uno de ellos, entonces? —preguntó Irulan.

—Imposible. Los hurones de la Casa se echarían sobre cualquier extraño, matándolo. Tú lo sabes bien.

—Tan sólo estaba explorando posibilidades con la esperanza de que...

—Alertaré a mis guardias —dijo Alia.

Cuando Alia dijo *guardias*, Idaho puso una mano sobre sus ojos tleilaxu, intentando prevenir el exigente envolvimiento que se apoderaba de él. Era el Rhakia, el movimiento del Infinito tal como era expresado por la Vida, el latente cáliz de inmersión total en la consciencia mental que yacía a la espera en cada mentat. Lanzó su consciencia hacia el universo como una red, y cayó y definió las formas que había en él. Vio a los gemelos acurrucados en la oscuridad, mientras gigantescas garras arañaban el aire a su alrededor.

—No —susurró.

—¿Qué? —Alia miró hacia él, como si se sorprendiera de hallarlo todavía allí.

El apartó la mano de sus ojos.

—Los trajes que ha enviado la Casa de los Corrino —dijo—. ¿Han sido enviados a los gemelos?

—Por supuesto —dijo Irulan—. Son perfectamente seguros.

—Nadie intentará nada contra los gemelos en el Sietch Tabr —dijo Alia—. No con todos esos perfectamente entrenados guardias de Stilgar a su alrededor.

Idaho la miró fijamente. No poseía ningún dato particular que reforzara una argumentación basada en una computación mentat, pero lo sabía. *Lo sabía*. Aquello que había experimentado estaba muy cerca del visionario poder que había conocido Paul. Ni Irulan ni Alia lo creerían, viniendo de él.

—Me gustaría advertir a las autoridades portuarias para que no admitan la importación de ningún animal de otros planetas —dijo.

—No estarás tomando en serio la sugerencia de Irulan —protestó Alia.

—¿Por qué correr ningún riesgo? —dijo él.

—Díselo a los contrabandistas —dijo Alia—. Yo depositaré mi confianza en los

hurones de la Casa.

Idaho agitó la cabeza. ¿Qué podían hacer los hurones de la Casa contra garras del tamaño de las que había entrevistado? Pero Alia tenía razón. Sobornos en los lugares precisos, una aquiescente Cofradía de navegantes, y cualquier lugar en la Región Vacía podía convertirse en un campo de aterrizaje. La Cofradía se resistiría a tomar una posición abierta en cualquier ataque contra la Casa de los Atreides, pero si el precio era lo suficientemente alto... Bien, en la Cofradía se podía pensar tan sólo como en algo parecido a una barrera geológica que hacía difíciles los ataques, pero no imposibles. Siempre podía protestar diciendo que ella tan sólo era «una agencia de transportes». ¿Cómo podía saber para qué uso en particular se destinaba tal o cual cargamento?

Alia rompió el silencio con un gesto puramente Fremén, un puño alzado con el dedo pulgar horizontal. Acompañó el gesto con una imprecación tradicional que significaba: «Descargaré el Tifón contra el Enemigo». Obviamente se veía a sí misma como el único blanco lógico de los asesinos, y el gesto era una protesta contra un universo lleno de incógnitas amenazas. Estaba diciendo que desencadenaría el viento de la muerte contra cualquiera que la atacase.

Idaho sintió la inutilidad de cualquier protesta. Vio que ella ya no sospechaba de él. Iba a volver inmediatamente al Sietch Tabr, y ella esperaba una perfecta ejecución del secuestro de Dama Jessica. Se levantó del diván, sintiendo que la adrenalina de la rabia se esparcía por sus venas, pensando: *¡Si tan sólo Alia fuera el blanco! ¡Si tan sólo los asesinos consiguieran alcanzarla!* Por un instante permaneció con su mano apoyada en su propio cuchillo, pero nunca hubiera hecho algo así. Cuánto mejor sería, pensó, que ella muriera como una mártir en lugar de vivir desacreditada y acosada en una tumba de arena.

—Sí —dijo Alia, malinterpretando su expresión como preocupación por ella—. Será mejor que te apresures a volver al Tabr. —Y pensó: *¡Qué tontería por mi parte sospechar de Duncan! ¡Es mío, no de Jessica!* Había sido la demanda de las tribus lo que la había alterado, pensó. Le dijo adiós a Idaho mientras éste se retiraba.

Idaho abandonó la Sala del Consejo sintiéndose desamparado. Alia no sólo estaba ciega con su posesión ajena, sino que se volvía más insana a cada nueva crisis. Había rebasado ya el punto en que era imposible volver atrás, y se había condenado. ¿Pero qué era lo que podía hacer por los gemelos? ¿A quién podía convencer? ¿A Stilgar? ¿Y qué podría hacer Stilgar que no estuviera ya haciendo?

*¿Dama Jessica, entonces?*

Sí, podía explorar esta posibilidad... pero también ella estaba atrapada en aquel juego de conjura con su Hermandad. Se hacía pocas ilusiones con respecto a aquella concubina Atreides. Ella haría algo si le era ordenado por la Bene Gesserit... incluso volverse contra sus propios nietos.



El buen gobierno nunca depende de las leyes, sino de las cualidades personales de aquellos que gobiernan. La maquinaria del gobierno está siempre subordinada a la voluntad de aquellos que administran esta maquinaria. El más importante elemento de gobierno, de todos modos, es el método de elegir a sus dirigentes.

*Leyes y Gobierno, Manual de la Cofradía Espacial*

*¿Por qué desea Alia que yo participe en la audiencia de la mañana?, se preguntó Jessica. Todavía no han votado mi reingreso en el Consejo.*

Jessica estaba en la antecámara de la Gran Sala de la Ciudadela. La antecámara en sí hubiera sido una gran sala sin más en cualquier otro lugar de Arrakis. Siguiendo el ejemplo de los Atreides, los edificios de Arrakeen siempre habían sido más gigantescos que la riqueza y el poder que encerraban, y aquella estancia era el epítome de todos sus recelos. No le gustaba aquella antecámara, con su pavimento de cerámica ilustrando la victoria de su hijo sobre Shaddam IV.

Captó el reflejo de su propio rostro en la pulida superficie de platiacero de la puerta que conducía a la Gran Sala. El regreso a Dune la obligaba a aquellas comparaciones, y Jessica notó las señales de la edad en sus rasgos: su rostro oval había desarrollado finas arrugas, y sus ojos parecían más frágiles en su reflejo índigo. Podía recordar los tiempos que había habido blanco alrededor del azul de sus ojos. Sólo los atentos cuidados de un peluquero profesional mantenían el bronce pulido de sus cabellos. Su nariz seguía siendo pequeña, su boca generosa, y su cuerpo no había perdido su esbeltez, aunque incluso los músculos adiestrados en la Bene Gesserit tenían tendencia a reaccionar más lentamente con el paso del tiempo. Muchos podían no darse cuenta de ello y decirle: «No habéis cambiado en absoluto!». Pero el adiestramiento de la Hermandad era una espada de dos filos; ni siquiera los pequeños cambios podían escapar a la atención de las personas que habían sido adiestradas en ella. Y la ausencia de pequeños cambios en Alia no había escapado a la observación de Jessica.

Javid, el maestro de audiencias de Alia, permanecía de pie junto a la gran puerta, con un aspecto más oficial que nunca aquella mañana. Era un genio vestido con traje de corte, con una cínica sonrisa en su redonda cara. Javid resultaba una paradoja para Jessica: un Fremen bien alimentado. Notando la atención puesta sobre él, Javid sonrió con aire de complicidad y alzó sus hombros. Su servicio junto a Jessica había sido corto, y él lo sabía bien. Odiaba a los Atreides, pero era el hombre de Alia en varios sentidos, si los rumores debían ser creídos.

Jessica vio el alzarse de hombros y pensó: *Esta es la era del alzarse de hombros. Él sabe que yo he oído todas las historias respecto a él, y no le importa en lo más mínimo. Nuestra civilización podría morir de indiferencia a su alrededor antes de*

*sucumbir a un ataque externo.*

A los guardias que Gurney le había asignado antes de partir con los contrabandistas al desierto no les había gustado que viniera allí sin su asistencia. Pero Jessica se sentía extrañamente segura. Que alguien se atreviera a hacer de ella un mártir en aquel lugar; Alia no sobreviviría a ello. Y Alia lo sabía.

Cuando Jessica no respondió a su gesto y a su sonrisa, Javid carraspeó, un sonido ronco de su laringe que sólo podía ser conseguido con la práctica. Era como un lenguaje secreto. Decía: «Ambos comprendemos la tontería de toda esta pompa, mi Dama. ¿No es maravilloso que los seres humanos puedan creer en ello?».

*¡Maravilloso!*, admitió Jessica, pero su rostro no indicó nada de sus pensamientos.

Ahora la antecámara estaba llena de gente, todos los suplicantes de la mañana que habían recibido su permiso de entrada de parte de la gente de Javid. Las demás puertas habían sido cerradas. Suplicantes y sirvientes se mantenían a una educada distancia de Jessica, pero sin dejar de observar que llevaba la formal aba negra de una Reverenda Madre de los Fremén. Aquello iba a despertar muchas preguntas. Ninguna marca del Sacerdocio de Muad'Dib era evidente en su persona. Las conversaciones zumbaron a su alrededor mientras la gente dividía su atención entre Jessica y la pequeña puerta lateral por la cual surgiría Alia para conducirlos a la Gran Sala. Era obvio para Jessica que el viejo esquema que definía donde residían los poderes de la Regencia había sido sacudido en sus cimientos.

*He sido yo quien lo he provocado viniendo aquí*, pensó. *Pero he venido porque Alia me ha invitado.*

Leyendo los signos de aquella alteración, Jessica se dio cuenta de que Alia estaba prolongando deliberadamente aquel momento, dejando que las sutiles corrientes siguieran su curso allí. Alia debía estar observando desde alguna ventana espía, por supuesto. Pocas sutilezas del modo de obrar de Alia escapaban a Jessica, y a cada minuto que pasaba se reafirmaba en que había actuado bien aceptando la misión que la Hermandad había puesto sobre sus espaldas.

—No debemos permitir que las cosas sigan por este camino —había argumentado la jefa de la delegación de la Bene Gesserit—. Seguramente las señales de la decadencia no han escapado a tu observación... ¡la tuya y la de todo el mundo! Sabemos por qué nos dejaste, pero sabemos también cuál había sido tu adiestramiento. Nada fue ahorrado en tu educación. Eres una adepta de la Panoplia Prophetica y debes saber cuándo el agriarse de una poderosa religión nos amenaza a todos.

Jessica había apretado los labios mientras pensaba, contemplando a través de la ventana las placenteras señales de la primavera en Castel Caladan. No le gustaba verse obligada a pensar en una forma tan lógica. Una de las primeras lecciones de la

Hermanidad había sido mantener una actitud de inquisitivo recelo frente a cualquier cosa que fuera presentada envuelta en lógica. Pero los miembros de la delegación también sabían aquello.

Qué húmedo era el aire aquella mañana, pensó Jessica, mirando a su alrededor en la antecámara de Alia. *Qué fresco y húmedo*. Había una transpirante humedad en el aire que evocaba en Jessica un sentimiento de incomodidad. Pensó: *He vuelto al modo de ser Fremen*. El aire era demasiado húmedo en aquel sietch-sobre-el-suelo. ¿Había algo que no funcionaba con los Maestros Destiladores? Paul nunca hubiera permitido una tal relajación.

Observó que Javid, con su lustroso rostro alerta y compuesto, no parecía haberse dado cuenta del exceso de humedad en el aire de la antecámara. Un mal adiestramiento para alguien nacido en Arrakis.

Los miembros de la delegación Bene Gesserit habían querido saber si ella quería pruebas de sus afirmaciones. Alia les había respondido con una irritada frase sacada de sus propios manuales:

—¡Todas las pruebas conducen inevitablemente a proposiciones que no poseen pruebas! Aceptamos tan sólo las cosas en las que queremos creer.

—Pero hemos sometido estas cuestiones a mentats —había protestado la jefe de la delegación.

Jessica había mirado fijamente a la mujer, atónita.

—Me maravillo de que hayas conseguido tu actual posición sin saber cuáles son los límites de los mentats —había dicho.

Ante aquello, toda la delegación se había relajado. Aparentemente se había tratado de una prueba, y ella la ha superado. Por supuesto, habían temido que ella hubiera perdido todo contacto con aquella habilidad de equilibrio era el núcleo del adiestramiento Bene Gesserit.

Ahora Jessica se alertó sin dejarlo aparentar cuando Javid abandonó su puesto en la puerta y se acercó a ella. Hizo una inclinación.

—Mi Dama. Se me ha ocurrido que tal vez no hayáis oído todavía la última hazaña del Predicador.

—Recibo informes diarios de todo lo que ocurre aquí —dijo Jessica. *¡Dejémosle que vaya a contárselo a Alia!*

Javid sonrió.

—Entonces sabréis los insultos que han sido vertidos sobre vuestra familia. Esta última noche ha predicado en el suburbio del sur, y nadie se ha atrevido a tocarlo. Vos sabéis por qué, por supuesto.

—Porque piensan que es mi hijo que ha vuelto a ellos —dijo Jessica, con voz penetrante.

—Esta cuestión aún no le ha sido planteada al mentat Idaho —dijo Javid—.

Quizás haya que hacerlo para dejar resuelta la duda.

Jessica pensó: *He aquí a uno que realmente no conoce las limitaciones de un mentat, pese a que se atreve a ponerle los cuernos a uno de ellos... en sus sueños, si no en la realidad.*

—Los mentats comparten la falibilidad de aquel que los usa —dijo—. La mente humana, al igual que la mente de cualquier otro animal, es una cámara de resonancia. Responde a las resonancias de lo que la rodea. El mentat ha aprendido a extender su consciencia a través de muchos circuitos paralelos de causalidad y a proceder a lo largo de estos circuitos para extraer largas cadenas de consecuencias. —*¡Dejemos que digiera esto!*

—Entonces, ¿ese Predicador no os inquieta? —preguntó Javid, con voz bruscamente formal y ominosa.

—Lo considero un signo saludable —dijo ella—. No quiero que sea molestado.

Claramente, Javid no había esperado una respuesta tan brusca. Intentó sonreír, sin conseguirlo. Entonces dijo:

—El Consejo regente de la Iglesia que deifica a vuestro hijo se inclinará, por supuesto, a vuestros deseos, si vos insistís. Pero seguramente será necesaria alguna explicación...

—Tal vez pretendes que sea yo quien explique cómo entro yo en vuestros planes —dijo Jessica.

Javid se la quedó mirando desde muy cerca.

—Señora, no veo ninguna razón lógica para que rehuséis denunciar a ese Predicador. No puede ser vuestro hijo. Os hago una petición razonable: denunciadlo.

*Esta es una escena preparada*, pensó Jessica. *Alia lo ha empujado a representarla.*

—No —dijo.

—¡Pero está profanando el nombre de vuestro hijo! Predica cosas abominables, alza la voz contra vuestra sagrada hija. Incita a la plebe contra nosotros. Cuando es preguntado, llega a decir que incluso vos estáis poseída por la naturaleza del mal y que...

—¡Ya basta de estas estupideces! —dijo Jessica—. Dile a Alia que me niego. No he oído más que cosas acerca de ese Predicador desde que he vuelto. Me aburre.

—¿Os aburre saber, Señora, que en su última profanación ha dicho que vos no os volveríais nunca contra él? Y, naturalmente, vos...

—Por malvado que sea, no lo denunciaré —dijo ella.

—¡Esto no es un juego, Señora!

Jessica lo miró irritadamente.

—¡Lárgate! —Habló con voz lo suficientemente alta como para que todos los demás pudieran oírla, obligándole a él a obedecer. Los ojos de Javid brillaron

rabiosamente, pero consiguió hacer una correcta inclinación y regresar a su posición junto a la puerta.

Aquella discusión confirmaba plenamente algunas observaciones que Jessica ya había efectuado. Cuando hablaba de Alia, la voz de Javid vibraba con los roncós tonos de un amante; no había dudas al respecto. Los rumores eran totalmente ciertos. Alia había permitido que su vida degenerara de una forma terrible. Observando aquello, Jessica empezó a alimentar la sospecha de que Alia fuera partícipe voluntaria en la Abominación. ¿Era una forma perversa de autodestrucción? Porque seguramente Alia estaba trabajando para destruirse a sí misma y a los fundamentos del poder edificado con las enseñanzas de su hermano.

Vagos signos de inquietud comenzaron a aparecer en la antecámara. Los habituales de aquel lugar se daban cuenta de que Alia se retrasaba demasiado, y todos habían oído la perentoria despedida de Jessica al favorito de Alia.

Jessica suspiró. Sintió como si su cuerpo hubiera entrado en aquel lugar sin que su alma lo hubiera seguido. ¡Los movimientos de los cortesanos eran tan transparentes! La búsqueda de personas importantes era como la danza de un campo de espigas agitadas por el viento. Los cultivados ocupantes de aquel lugar escrutaban a sus vecinos y les aplicaban pragmáticos números de evaluación según la importancia de cada uno de ellos. Obviamente el modo como había echado a Javid de su lado había influido en su evaluación; poca gente hablaba con ella. ¡Pero los otros! Sus adiestrados ojos podían leer los números evaluativos de todos los satélites que giraban en torno a los poderosos.

*No se acercan a mí porque soy peligrosa, pensó. Tengo la reputación de alguien a quien Alia teme.*

Jessica miró en torno suyo a través de la estancia, viendo como todos los ojos se apartaban de ella. Eran tan fútilmente serios que sintió deseos de gritarles las mezquindades con las cuales justificaban sus frívolas vidas. ¡Oh, si tan sólo el Predicador pudiera ver aquella estancia como ella la estaba viendo ahora!

Un fragmento de una conversación cercana llamó su atención. Un alto y delgado sacerdote se estaba dirigiendo a su camarilla, sin duda suplicantes que habían acudido allí bajo sus auspicios.

—A menudo debo hablar de una forma distinta a como pienso —estaba diciendo—. A eso se le llama diplomacia.

Las risas resultantes fueron demasiado fuertes, demasiado rápidamente acalladas. Alguien en el grupo se había dado cuenta de que Jessica estaba oyéndoles.

*¡Mi Duque hubiera transportado inmediatamente a todos esos al peor y más lejano sitio disponible!, pensó Jessica. He vuelto justo a tiempo.*

Ahora sabía que había vivido en el lejano Caladan en una aislada cápsula donde tan sólo llegaban los más flagrantes excesos de Alia. *Yo misma he contribuido a*

*hacer un sueño de mi existencia*, pensó. Caladan había sido algo así como el aislamiento que proporciona un crucero de lujo en primera clase en una de las grandes naves de la Cofradía. Tan sólo las más violentas maniobras pueden ser percibidas, y tan sólo como una ligera vibración.

*Qué seductor es vivir en paz*, pensó.

Cuanto más veía la corte de Alia, más simpatía sentía Jessica hacia las palabras que según se decía pronunciaba aquel Predicador ciego. Sí, Paul hubiera podido decir aquellas mismas palabras viendo lo que estaba ocurriendo en su reino. Y Jessica se preguntó qué habría averiguado Gurney allá fuera, entre los contrabandistas.

Jessica se dio cuenta de que su primera reacción ante Arrakeen había sido certera. En aquel primer viaje por la ciudad, con Javid, su atención había sido atraída por las pantallas defensivas en torno a las moradas, por las calles y pasajes estrechamente guardados, por los pacientes centinelas en cada esquina, las altas murallas y las señales de profundos subterráneos revelando masivos cimientos. Arrakeen se había convertido en un lugar duro, injusto, lleno de irracionalidad y de represión en todos sus aspectos.

Bruscamente, la pequeña puerta lateral de la antecámara se abrió. Una vanguardia de sacerdotisas amazonas surgió de ella, con Alia escudada detrás, altanera y moviéndose con una medida seguridad que daba idea de su real y terrible poder. El rostro de Alia era impasible; ninguna emoción la traicionó cuando su mirada se cruzó con la de su madre. Pero ambas sabían que la batalla había comenzado.

A una orden de Javid, la gigantesca puerta que daba a la Gran Sala fue abierta, moviéndose con una silenciosa e inevitable sensación de ocultas energías.

Alia se situó al lado de su madre mientras sus guardianes las rodeaban.

—¿Quieres que entremos, madre? —preguntó Alia.

—Creo que ya es hora —dijo Jessica. Y pensó, captando la malignidad de la alegría en los ojos de Alia: *¡Cree que puede destruirme y permanecer incólume! ¡Está loca!*

Y Jessica se preguntó si no era aquello precisamente lo que Idaho había intentado decirle. Le había enviado un mensaje, pero ella se había sentido incapaz de responder. El mensaje era enigmático: *Peligro. Debo veros*. Estaba escrito en una variante del viejo chakobsa en la cual la palabra elegida para designar peligro significaba al mismo tiempo complot.

*Lo veré inmediatamente apenas regrese al Tabr*, pensó.

Esta es la falacia del poder: Un último análisis es efectivo tan sólo en un universo absoluto y limitado. Pero la lección básica de nuestro universo relativista es que las cosas cambian. Cualquier poder terminará siempre por enfrentarse a un poder más grande. Paul Muad'Dib enseñó esta lección a los Sardaukar en las llanuras de Arrakeen. Sus descendientes aún deben aprender esta lección por sí mismos.

El PREDICADOR a Arrakeen

El primer suplicante de la audiencia de la mañana era un trovador kadeshiano, un peregrino del Hajj cuya bolsa había sido vaciada por los mercenarios de Arrakeen. Estaba erguido, de pie sobre las piedras verde agua del suelo de la estancia, sin dar muestras de venir a suplicar nada.

Jessica admiró su audacia desde el lugar donde estaba sentada, junto a Alia, en la plataforma doselada que había en lo alto de los siete peldaños. Dos tronos idénticos habían sido instalados allí para madre e hija, y Jessica había tomado buena nota del hecho de que Alia se había sentado a la derecha, la posición *masculina*.

En cuanto al trovador kadeshiano, era obvio que la gente de Javid lo había admitido precisamente por la cualidad que ahora desplegaba: su audacia. Se esperaba que el trovador proporcionara un cierto entretenimiento a los cortesanos que llenaban la Gran Sala; era el único pago que se le podía dar en lugar del dinero que ya no poseía.

Según el informe del Sacerdote Abogado que ahora exponía el caso del trovador, el kadeshiano había conseguido retener tan sólo las ropas que llevaba encima y el baliset que colgaba en su hombro, sujeto por una cuerda de cuero.

—Dice que se le dio a beber una bebida oscura —dijo el Abogado, disimulando la sonrisa que afloraba a sus labios—. Y, con perdón de vuestra Santidad, la bebida lo dejó despierto pero impotente, mientras ellos cortaban su bolsa.

Jessica estudió al trovador mientras el Abogado proseguía su rutinario discurso con voz llena de fangosa moralidad. El kadeshiano era alto, casi dos metros. Tenía unos ojos vivaces que revelaban una inteligente malicia y un sentido del humor. Su cabello rubio descendía hasta sus hombros, al estilo de su planeta, y había una sensación de fuerza viril en su amplio pecho y el musculoso cuerpo que el gris hábito del Hajj no conseguía disimular. Su nombre había sido presentado como Tagir Mohandis, y descendía de una estirpe de mercaderes y técnicos que lo hacían sentirse orgulloso de sus antepasados y de sí mismo.

Finalmente, Alia cortó la súplica con un gesto de su mano y dijo sin girarse:

—Dama Jessica pronunciará el primer juicio, en honor a su regreso entre nosotros.

—Gracias, hija —dijo Jessica, haciendo notar a todos los que escuchaban el orden

de ascendencia. ¡Hija! Así, aquel Tagir Mohandis formaba parte de su plan. ¿O era un incauto inocente? Aquel juicio podía ser considerado como un ataque abierto contra ella, se dijo Jessica. Era obvio en la actitud de Alia.

—¿Sabes tocar bien ese instrumento? —preguntó Jessica, señalando el baliset de nueve cuerdas en el hombro del trovador.

—¡Tan bien como el propio gran Gurney Halleck! —respondió con voz muy alta Tagir Mohandis, para que todos los que estaban en la sala pudieran oírle, y sus palabras levantaron un interesado murmullo entre los cortesanos.

—Tú pides el don de dinero para tu viaje —dijo Jessica—. ¿Hasta dónde quieres que te lleve este dinero?

—Hasta Salusa Secundus y la corte de Farad'n —dijo Mohandis—. He oído que busca trovadores y menestrales, que está ayudando al arte, y que está edificando un gran renacimiento de la más cultivada vida a su alrededor.

Jessica se obligó a no mirar a Alia. Ella sabía, por supuesto, lo que iba a decir Mohandis. Se sintió divertida por aquel doble juego. ¿Creía realmente que no iba a ser capaz de parar aquel golpe?

—¿Estás dispuesto a tocar para pagar tu pasaje? —preguntó Jessica—. Mis términos son términos Fremen. Si me gusta tu música, te quedarás aquí para aliviar mis preocupaciones; si tu música me ofende, te enviaré al desierto para que puedas ganarte allí el dinero para tu pasaje. Si lo que tocas lo juzgo apto para Farad'n, que según se dice es un enemigo de los Atreides, entonces te enviaré a él con mis bendiciones. ¿Estás dispuesto a tocar en estos términos, Tagir Mohandis?

El trovador echó hacia atrás la cabeza en una gran risotada. Su rubio cabello osciló cuando se quitó el baliset y lo puso ágilmente a tono, indicando que aceptaba el desafío.

La multitud empezó a apretujarse en la estancia, acercándose, pero fueron empujados hacia atrás por los cortesanos y los guardias.

Tras unos instantes Mohandis hizo sonar una nota, regulando con extremada atención las tonalidades bajas, expresivamente vibrantes, de las cuerdas laterales. Luego, con voz de tenor, profunda y viril, empezó a cantar, obviamente improvisando, pero con tal arte que Jessica se sintió fascinada antes incluso de captar el sentido de sus palabras:

*Decís que añoráis los mares de Caladan,  
Donde un día gobernasteis, Atreides,  
Por largo, largo tiempo...  
¡Pero ahora, exiliados, moráis en tierra extranjera!*

*Sabéis que era amargo, los hombres tan rudos,  
Comprar vuestros sueños de Shai-Hulud,*



*Por una insípida comida...  
Y, exiliados, moráis en tierra extranjera.*

*Habéis enfermado a Arrakis,  
Silenciado el paso del gusano,  
Y puesto fin a vuestro tiempo...  
Como exiliados, morando en tierra extranjera.*

*¡Alia! Te llaman Coan-Teen,  
El espíritu que nunca puede ser visto  
Hasta que...*

—¡Ya basta! —gritó Alia. Se medio alzó de su trono—. Voy a hacer que...

—¡Alia! —restalló Jessica, con la voz severamente controlada para que todos la oyeran sin que ello provocara una abierta confrontación. Fue un uso magistral de la Voz, y todos aquellos que la oyeron reconocieron los adiestrados poderes implícitos en aquella demostración. Alia se hundió en su silla, y Jessica notó que no se mostraba turbada en absoluto.

*También esto estaba previsto, pensó Jessica. Muy interesante.*

—Este primer juicio es mío —le recordó a Alia.

—Muy bien —las palabras de Alia apenas fueron audibles.

—Creo que este hombre será un regalo interesante para Farad'n —dijo Jessica—. Tiene una lengua que corta como un crys. Los sangrantes azotes que una tal lengua puede administrar serían saludables incluso para nuestra propia corte, pero prefiero que los disfrute la Casa de los Corrino.

Una suave oleada de risas se esparció por la sala.

Alia se permitió un irritado resoplido.

—¿Has oído cómo me ha llamado?

—No te ha llamado de ninguna manera, hija mía. Simplemente ha mencionado algo que él o cualquier otro puede haber oído por las calles. Si allí te llaman Coan-Teen...

—El espíritu femenino de la muerte que camina sin pies —gruñó Alia.

—Si te niegas a escuchar lo que te informa la gente, terminarás oyendo tan sólo a aquellos que te dicen lo que tú deseas oír —dijo Jessica con voz suave—. No sé de nada más venenoso que enterrarte en tus propias reflexiones.

Unos murmullos audibles surgieron de aquellos que estaban inmediatamente debajo de los tronos.

Jessica centró su atención en Mohandis, que permanecía silencioso, de pie, en absoluto atemorizado. Aguardaba como si cualquier juicio dictado contra él fuera a pasar a su través sin tocarlo siquiera. Mohandis era exactamente el tipo de hombre

que su Duque hubiera elegido para tenerlo a su lado en los tiempos difíciles: un hombre que actuaba seguro de su propio juicio, pero que aceptaba cualquier cosa que pudiera venirle, incluso la muerte, sin lamentarse de su destino. Entonces, ¿por qué había elegido aquel rumbo?

—¿Por qué has cantado esta letra en particular? —le preguntó Jessica.

El hombre levantó orgullosamente su cabeza para decir con voz clara:

—He oído decir que los Atreides son gente de honor y de mente abierta. He intentado probarlo y quizá quedarme aquí a vuestro servicio, ganándome así el tiempo de buscar a aquellos que me robaron y dar cuenta de ellos a mi manera.

—¡Se atreve a probarnos a *nosotros*! —murmuró Alia.

—¿Por qué no? —dijo Jessica.

Sonrió al trovador para demostrarle su simpatía. Se había presentado en aquella sala tan sólo porque aquello le ofrecía la oportunidad de otra aventura, otro pasaje a través de su universo. Jessica se sintió tentada de tomarlo a su servicio, pero la reacción de Alia era peligrosa para el bravo Mohandis. Había también algunos otros signos que decían que esto era lo que se esperaba que hiciera Dama Jessica... tomar a un bravo y apuesto trovador a su servicio tal como había tomado al bravo Gurney Halleck. Era mejor que Mohandis fuera enviado a que siguiera su camino, aunque no le gustaba enviar a un tal espécimen a Farad'n.

—Este hombre debe llegar hasta Farad'n —dijo Jessica—. Cuidad de que reciba el dinero para el pasaje. Dejad que su lengua vaya a arrancarles la sangre a la Casa de los Corrino, y ver si sobrevive a ello.

Alia miró furiosa al suelo, y luego, demasiado tarde, esbozó una sonrisa.

—La sabiduría de Dama Jessica prevalece —dijo, haciendo un gesto de despedida a Mohandis.

*Las cosas no han ido como ella esperaba*, pensó Jessica, pero había indicios en el modo de actuar de Alia que hacían suponer que le aguardaban nuevas pruebas más difíciles.

Otro suplicante fue hecho entrar en la sala.

Jessica, notando la reacción de su hija, se sintió presa de dudas. La lección aprendida de los gemelos le iba a ser necesaria ahora. Aunque Alia fuese una *Abominación*, seguía siendo uno de los prenacidos. Tenía que conocer a su madre tanto como se conocía a sí misma. Esto no concordaba con el hecho de que Alia hubiera juzgado mal las reacciones de su madre en relación con el trovador. *¿Por qué Alia ha preparado esta confrontación? ¿Para distraerme?*

Pero ya no había tiempo para reflexionar. El segundo suplicante había ocupado su lugar bajo los dos tronos gemelos, con su Abogado al lado.

Esta vez el suplicante era un Fremen, un hombre viejo con las señales de arena de los nacidos en el desierto en su rostro. No era alto, pero tenía un cuerpo delgado y la

larga *dishdasha* que usualmente habría llevado sobre su destiltraje le daba una apariencia digna. Sus ropas cuadraban perfectamente con su rostro enjuto y su nariz aguileña y el brillo de sus ojos completamente azules. No llevaba destiltraje, y parecía incómodo sin él. El gigantesco espacio de la Sala de Audiencias debía parecerle algo así como el peligroso aire libre que roba la preciosa humedad de los cuerpos. Bajo la capucha, echada parcialmente hacia atrás, se entreveía el *keffiya*, el cubrecabezas anudado de un Naib.

—Soy Gadhean al-Fali —dijo el hombre, colocando pie en el primer peldaño para remarcar su estatus por encima del de la multitud—. Fui uno de los comandos de muerte de Muad'Dib, y estoy aquí en relación a un asunto del desierto.

Alia apenas se envaró, un pequeño gesto que la traicionó, Al-Fali era uno de los nombres que figuraban en la petición para dar a Jessica un lugar en el Consejo.

*¡Un asunto del desierto!*, pensó Jessica.

Ghadhean al-Fali había hablado antes de que su Abogado hubiera podido iniciar su apelación. Con aquella frase formal Fremien le había hecho saber que él estaba allí para hablar por sí mismo de cualquier cosa que concerniera a Dune... y que hablaba con la autoridad de un Fedaykin que había ofrecido su vida junto a Paul Muad'Dib. Jessica dudó que Ghadhean al-Fali le hubiera dicho a Javid o al abogado General nada de aquello al solicitar la audiencia. Sus dudas fueron confirmadas cuando un oficial del Sacerdocio echó a correr al fondo de la sala agitando el paño negro de intercesión.

—¡Mis Señoras! —gritó en voz alta el oficial—. ¡No escuchéis a este hombre! Ha venido aquí bajo falsa...

Jessica, observando al Sacerdote correr hacia ellos, captó un movimiento fuera del campo de visión de sus ojos, vio la mano de Alia señalando en el viejo lenguaje de batalla Atreides: «¡Ahora!». Jessica no pudo determinar a quién iba dirigida la señal, pero actuó instintivamente echándose hacia la izquierda, arrastrando el trono consigo. Rodó sobre sí misma alejándose del trono, que se estrelló contra el suelo, y saltó sobre sus pies al mismo tiempo que oía el cortante *spat* de una pistola maula... dos veces. Pero ya se estaba moviendo al primer sonido, sintiendo que algo rozaba su manga izquierda. Se metió entre la multitud de suplicantes y cortesanos apiñados bajo la plataforma. Alia, observó, no se había movido.

Rodeada de gente, Jessica se detuvo.

Ghadhean al-Fali, vio, había saltado al otro lado del dosel, pero el Abogado permanecía en su posición original.

Todo había ocurrido con la rapidez de una emboscada, pero todos en la Sala sabían cómo reaccionaría, cogido por sorpresa, cualquiera con reflejos bien adiestrados. Alia y el Abogado habían permanecido en una helada inmovilidad a los ojos de todos.

Un tumulto en mitad de la sala llamó la atención de Jessica, y se abrió camino entre la multitud. Cuatro suplicantes mantenían inmóvil al oficial del Sacerdocio. Su paño negro de intercesión yacía cerca de sus pies, y una pistola maula que traía entre sus pliegues.

Al-Fali llegó corriendo y rebasó a Jessica, deteniéndose junto al oficial y contemplando la pistola y luego al Sacerdote. El Fremen lanzó un grito de rabia, sacó una mano de la cintura y le lanzó un golpe *achag*, con los dedos de su mano izquierda rígidos. Alcanzó al Sacerdote en la garganta, un golpe que mataba casi instantáneamente por bloqueo de las vías respiratorias. Sin dedicarle ni una mirada, el viejo Naib se giró con rostro rabioso hacia el dosel.

—¡*Dalal-il 'an-nubuwwa!* —gritó al-Fali, colocando las palmas de sus dos manos sobre su frente y bajándolas luego—. ¡El Qadis as-Salaf no permitirá que yo sea silenciado! ¡Si yo no consigo eliminar a aquellos que pretenden interferir, otros lo harán por mí!

*Piensa que él era el blanco*, se dio cuenta Jessica. Miró a su manga, metió un dedo por el limpio agujero dejado por el proyectil maula. Envenenado, sin la menor duda.

Los suplicantes habían soltado al Sacerdote, que yacía sobre el pavimento, agonizando, con la laringe partida. Jessica hizo una seña a un par de impresionados cortesanos que estaban a su izquierda y les dijo: Quiero que este hombre sea salvado para interrogarlo ¡Si muere, vosotros dos moriréis! —Y al ver que vacilaban, mirando dubitativamente hacia el palio, usó la Voz sobre ellos—: ¡Moveos!

El par de hombres se movió.

Jessica se situó al lado de al-Fali y le dijo, tirando de su brazo:

—¡Eres un estúpido, Naib! Iban a por mí, no a por ti.

Varios a su alrededor oyeron sus palabras. En el impresionado silencio que siguió, al-Fali miró de nuevo al dosel con uno de los tronos volcado y Alia sentada inmóvil en el otro. La comprensión que se reflejó en su rostro hubiera podido ser leída por un novicio.

—Fedaykin —dijo Jessica, recordándole así sus antiguos servicios a su familia—, nosotros que nos hemos chamuscado sabemos que es mejor permanecer espalda contra espalda.

—Confiad en mi, mi Dama —dijo el hombre, comprendido inmediatamente el sentido de aquellas palabras.

Un jadeo tras Jessica la hizo girarse rápidamente, y hacerlo sintió a al-Fali moviéndose para situarse apoyándose con su espalda contra la de ella. Una mujer, con las chillonas ropas de una Fremen de ciudad, se estaba levantando al lado del Sacerdote tendido en el suelo. De los dos cortesanos no había ni rastro. La mujer ni siquiera miró a Jessica, pero alzó la voz en el antiguo lamento de su pueblo... la

llamada para aquellos que trabajan en los destiladores de muertos, la llamada para que acudan a recoger el agua del cuerpo para echarla a la cisterna tribal. Era un lamento extraño e incongruente, surgiendo de una mujer vestida de aquella manera. Jessica captó la persistencia de las antiguas costumbres, incluso aunque sonaran a falso, como con aquella mujer de ciudad. Obviamente aquella mujer de ropas chillonas había rematado al Sacerdote para asegurarse de que sus labios permanecerían silenciosos.

*¿Por qué se ha tomado tanto trabajo?*, se preguntó Jessica. *Hubiera bastado con esperar a que el hombre muriera por asfixia.* Aquel era un acto desesperado, un signo de profundo temor.

Alia estaba sentada al borde de su trono, con sus ojos brillando, alertas. Una mujer delgada, con las insignias de las guardianas de Alia, rozó a Jessica al pasar por su lado, se inclinó sobre el Sacerdote, se enderezó, y miró hacia la plataforma.

—Está muerto —dijo.

—Que se lo lleven —dijo Alia. Hizo una seña a los guardias tras el dosel—. Enderezad el trono de Dama Jessica.

*¿De modo que está intentando hacer como si no hubiera pasado nada!*, pensó Jessica. ¿Creía Alia que la gente se dejaría engañar? Al-Fali había hablado del Qadis as-Salaf, invocando a los sagrados padres de la mitología Fremén como sus protectores. Pero ninguna intervención sobrenatural había podido introducir una pistola maula en aquella sala, donde las armas no eran permitidas. Una conspiración que involucraba a la gente de Javid era la única respuesta, y la impasibilidad de Alia con respecto a su propia persona revelaba a todos que ella formaba parte de la conspiración.

El viejo Naib se dirigió a Jessica sin dejar de apoyar su espalda contra la de ella:

—Aceptad mis disculpas, mi Dama. Nosotros los del desierto hemos acudido a vos como nuestra última esperanza, y ahora hemos visto que sois vos quien todavía necesita de nosotros.

—El matricidio no se le da bien a mi hija —dijo Jessica.

—Las tribus oirán de esto —prometió al-Fali.

—Si tenéis una necesidad tan desesperada de mí —preguntó Jessica—, ¿por qué no os acercasteis a mí en la Convocación en el Sietch Tabr?

—Stilgar no lo hubiera permitido.

*Ahhh*, pensó Jessica, *la regla de los Naibs. En el Tabr, la palabra de Stilgar era la ley.*

El trono volcado había sido puesto de nuevo en su sitio. Alia invitó a su madre a regresar y dijo:

—Todos vosotros tomad nota de la muerte de ese sacerdote traidor. Todos aquellos que me amenazan mueren. —Miró a al-Fali—. Mi agradecimiento hacia ti,

Naib.

—Gracias por un error —murmuró al-Fali. Miró a Jessica—. Vos estabais en lo cierto. Mi rabia eliminó a un hombre que debería haber sido interrogado.

—Recuerda a esos dos cortesanos y a la mujer de las ropas chillonas, Fedaykin —susurró Jessica—. Quiero que sean apresados e interrogados.

—Será hecho —dijo el hombre.

—Si salimos vivos de aquí —dijo Jessica—. Vamos, regresemos a nuestros puestos y representemos nuestros papeles.

—Como digáis, mi Dama.

Juntos regresaron a la plataforma, Jessica subiendo los peldaños y ocupando su lugar junto a Alia, al-Fali deteniéndose en el lugar de los suplicantes, abajo.

—Adelante —dijo Alia.

—Un momento, hija —dijo Jessica. Levantó su manga y mostró el orificio pasando un dedo a su través—. El ataque iba dirigido contra mí. El proyectil casi me alcanzó, pese a esquivarlo. Y como todos pueden observar, la pistola maula ya no está donde estaba. —Señaló—. ¿Quién la ha tomado?

No hubo respuesta.

—Quizá si buscásemos bien —dijo Jessica.

—¡Qué tontería! —dijo Alia—. Era yo el...

Jessica se giró a medias hacia su hija, haciendo un gesto con su mano izquierda.

—Alguien ahí abajo tiene esa pistola. ¿No temes que...?

—¡Una de mis guardianas la tiene! —dijo Alia.

—Entonces que esa guardiana me la entregue a mi —dijo Jessica.

—Ya se la ha llevado de aquí.

—Qué conveniente —dijo Jessica.

—¿Qué estás insinuando? —preguntó Alia.

Jessica se permitió una sardónica sonrisa.

—Estoy insinuando que dos de tus cortesanos fueron encargados de salvar a ese *Sacerdote traidor*. Les advertí de que ambos morirían si él moría. Así que morirán.

—¡Lo prohíbo!

Jessica se limitó a alzarse de hombros.

—Tenemos aquí a un bravo Fedaykin —dijo Alia, señalando hacia al-Fali—. Esta discusión puede esperar.

—Puede esperar por siempre —dijo Jessica, hablando en chakobsa. Sus palabras de doble filo le dijeron a Alia que ninguna discusión podría detener aquella sentencia de muerte.

—¡Ya lo veremos! —dijo Alia. Se giró hacia al-Fali—. ¿Por qué estás aquí, Ghadhean al-Fali?

—Para ver a la madre de Muad'Dib —dijo el Naib—. Unos pocos Fedaykin, ese

grupo de hermanos que servimos a su hijo, han reunido sus pobres recursos para comprar mi entrada aquí a los avariciosos guardias que aíslan a los Atreides de las realidades de Arrakis.

—Cualquier cosa que deseen los Fedaykin —dijo Alia—, sólo tienen que...

—Ha venido a verme a mí —interrumpió Jessica—. ¿Cuál es tu desesperada necesidad, Fedaykin?

—¡Yo soy quien habla en nombre de los Atreides aquí! —dijo Alia—. ¿Qué es...?

—¡Calla, Abominación asesina! —restalló Jessica—. ¡Has intentado matarme, *hija*! Lo digo para que todo el mundo lo sepa. No podrás eliminar a todos los que están en esta sala para silenciarlos... como ha sido silenciado ese sacerdote. Sí, el golpe del Naib casi mató a ese hombre, pero hubiera podido ser salvado. ¡Hubiera podido ser interrogado! No te importó que fuera silenciado. ¡Derrama tus protestas sobre quien quieras, pero tu culpabilidad está escrita en tus acciones!

Alia se inmovilizó en un helado silencio, con el rostro pálido. Y Jessica, observando el juego de emociones a través del rostro de su hija, vio un terriblemente familiar movimiento en las manos de Alia, una inconsciente respuesta que en un tiempo había identificado a un mortal enemigo de los Atreides. Los dedos de Alia se movían en un rítmico tamborilear... el dedo meñique dos veces, el dedo índice tres veces, el dedo anular dos veces, el dedo meñique una vez, el dedo anular dos veces... y de nuevo siguiendo el mismo orden.

¡El viejo Barón!

La fijeza de los ojos de Jessica llamó la atención de Alia; bajó su mirada hacia sus propios dedos, los cerró, miró de nuevo a su madre, y captó el terrible reconocimiento. Una maligna sonrisa distendió la boca de Alia.

—Así es que te estás vengando de nosotros —susurró Jessica.

—¿Te has vuelto loca, madre? —preguntó Alia.

—Querría estarlo —dijo Jessica. Y pensó: *Sabe que confirmaré esto a la Hermandad. Lo sabe. Podría incluso sospechar que voy a decírselo a los Fremen y a obligarla a someterse a la Prueba de la Posesión. No puede dejarme salir viva de aquí.*

—Nuestro bravo Fedaykin espera mientras nosotros discutimos —dijo Alia.

Jessica se obligó a fijar su atención en el viejo Naib. Controló sus propias reacciones y dijo—:

—Has venido a verme, Ghadhean.

—Si, mi Dama. Nosotros los del desierto vemos que están ocurriendo cosas terribles. Los Pequeños Hacedores surgen de la arena tal como había sido predicho en las antiguas profecías. Shai-Hulud ya no se encuentra excepto en las profundidades de la Región Vacía. ¡Hemos abandonado a nuestro amigo, el desierto!

Jessica miró a Alia, que simplemente se limitó a hacerle una seña para que continuara. Jessica contempló la multitud que llenaba la Sala y vio la sorprendida tensión en todos sus rostros. La importancia de la lucha entre madre e hija no había pasado inadvertida para ellos, y debían estarse preguntando por qué continuaba la audiencia. Volvió su atención a al-Fali.

—Ghadhean, ¿qué son esas historias sobre los Pequeños Hacedores y la escasez de los gusanos de arena?

—Madre de la Humedad —dijo el hombre, utilizando el antiguo título Fremen—, fuimos advertidos de esto por el Kitab al-Ibar. Te suplicamos. ¡Nadie puede olvidar que el día en que murió Muad'Dib, todo Arrakis giró sobre sí mismo! Nosotros no podemos abandonar el desierto.

—¡Ja! —se burló Alia—. La supersticiosa gentuza del Desierto Profundo teme a la transformación ecológica. Ellos...

—Te he comprendido, Ghadhean —dijo Jessica—. Si el gusano se va, la especia se va. Si la especia se va, ¿con qué moneda pagaremos nuestro camino?

Sonidos de sorpresa: jadeos y susurros apresurados, pudieron oírse a través de toda la Gran Sala. La enorme estancia recogió los ecos del sonido.

Alia se alzó de hombros.

—¡Supersticiones estúpidas!

Al-Fali levantó su mano derecha, señalando a Alia.

—¡Hablo a la Madre de la Humedad, no a la Coan-Teen!

Las manos de Alia se crisparon sobre los brazos de su trono, pero permaneció sentada.

Al-Fali miró a Jessica.

—Hubo un tiempo en el que ésta era la tierra donde no crecía nada. Ahora hay plantas. Que se desparraman como piojos sobre una herida. ¡Se han producido nubes y lluvias alrededor de todo el cinturón de Dune! ¡Lluvias, mi Dama! Oh, preciosa madre de Muad'Dib, al igual que el sueño es el hermano de la muerte, la lluvia en el Cinturón de Dune es la muerte de todos nosotros.

—Nosotros tan sólo hacemos lo que Liet-Kynes y el propio Muad'Dib nos dijeron que hiciéramos —protestó Alia—. ¿Qué son todas esas habladurías supersticiosas? Nosotros reverenciamos las palabras de Liet-Kynes, que nos dijo: «Quiero ver este planeta completamente cubierto de una capa de plantas verdes». Y así será.

—¿Y qué ocurrirá con los gusanos y la especia? —preguntó Jessica.

—Siempre habrá algo de desierto —dijo Alia—. Los gusanos sobrevivirán.

*Está mintiendo, pensó Jessica. Pero ¿por qué miente?*

—Ayúdanos, Madre de la Humedad —suplicó al-Fali.

Con una repentina sensación de doble visión, Jessica sintió que su consciencia se



tambaleaba, empujada por las palabras del viejo Naib. Era el inequívoco *adab*, la memoria que exige, que se despierta por sí misma. Surgió sin ningún aviso previo y mantuvo inmóviles sus sentidos mientras las lecciones del pasado quedaban impresas en su consciencia. Se sintió completamente atrapada en ella, como un pez en la red. Sin embargo sintió aquella exigencia como un momento *esencialmente humano*, con cada pequeña parte de ella un vívido recuerdo de la creación. Cada elemento de aquella lección-memoria era real pero insustancial en su constante cambio, y se dio cuenta de que era lo más próximo que había experimentado nunca de la mordiente presciencia que había afligido a su hijo.

*Alia ha mentido porque está poseída por alguien que quiere destruir a los Atreides. Ella misma ha sido quien ha iniciado esta destrucción. Entonces al-Fali dice la verdad: los gusanos están condenados a menos que el curso de la transformación ecológica sea modificado.*

Atrapada por la revelación, Jessica vio a la gente de la audiencia reducida a débiles movimientos, con sus respectivos papeles claramente identificados para ella. Reconoció inmediatamente a aquellos encargados de que no saliera viva de allí. Y su camino entre ellos se destacó en su consciencia como si estuviera dibujado con una brillante luz... una repentina confusión, uno de ellos tropezando accidentalmente contra otro, grupos enteros arracimándose. Vio también que si conseguía salir viva de aquella Gran Sala sería tan sólo para caer en otras manos. A Alia no le importaba crear de ella un mártir. No... a *la cosa que la poseía* no le importaba.

Ahora, en aquel instante congelado de tiempo, Jessica eligió la manera de salvar al viejo Naib y enviarle al mismo tiempo como mensajero. El camino a través de la audiencia seguía perfectamente claro a sus ojos. ¡Qué sencillo era! Aquellos hombres eran bufones de ojos cegatos, con los hombros encogidos en una actitud de inamovible defensa. Cada una de sus posiciones en el enorme suelo podía ser considerada como el resultado de colisiones estáticas de aquellas carnes muertas que llegaban incluso a revelar los esqueletos. Sus cuerpos, sus ropas y sus rostros describían infiernos individuales... los pechos excavados por ocultos terrores, la destellante presencia de una joya convertida en sustituto de una armadura; las bocas eran juicios llenos de aterrorizados absolutismos, catedrales prismáticas de cejas enarcadas exhibiendo sentimientos religiosos que sus entrañas renegaban.

Jessica captó la disolución de las fuerzas creadoras liberadas sobre Arrakis. La voz de al-Fali había sido como un distrans en su alma, despertando a la bestia que yacía en lo más profundo de su ser.

En un parpadeo, Jessica se movió del *adab* al universo del movimiento, pero era un universo distinto del que había reclamado su atención hacía tan sólo un segundo.

Alia estaba empezando a decir algo, pero Jessica gritó:

—¡Silencio! —Y luego—: Hay algunos de vosotros que temen que haya vuelto

sin reservas a la Hermandad. Pero desde aquel día en el desierto, cuando los Fremen nos hicieron el don de la vida a mí y a mi hijo, me convertí en Fremen. —Y pasó a la antigua lengua que tan sólo aquellos de la enorme estancia que podían sacar provecho de ello podían comprender—. *¡Onsar akhaka zeliman aw maslumen!* —*¡Hay que sostener a vuestro hermano en estos tiempos de necesidad, sea él justo o injusto!*

Sus palabras causaron el efecto deseado, un sutil cambio de posiciones en la Gran Sala.

Pero Jessica rugió:

—Este Ghadhean al-Fali, un honesto Fremen, ha venido aquí para decirme lo que otros debieran haberme dicho hace ya tiempo. ¡Que nadie se atreva a negarlo! ¡La transformación ecológica se ha convertido en una tempestad fuera de control!

Mudas confirmaciones surgieron por toda la estancia.

—¡Y mi hija se alegra de ello! —dijo Jessica—. *¡Mektub al-mellah!* ¡Herís mi carne y echáis encima sal! ¿Por qué los Atreides no han hallado un hogar aquí? Porque el *Mohalata* era algo natural para nosotros. Para los Atreides el gobierno ha sido siempre un compromiso mutuo de protección: *Mohalata*, como los Fremen lo han conocido siempre. ¡Y ahora miradla! —Jessica señaló a Alia—. ¡Ríe sola por la noche contemplando su propia maldad! ¡La producción de especia caerá a cero, o en el mejor de los casos a una fracción ínfima de su nivel actual! Y cuando esto se sepa fuera de aquí...

—¡Tendremos una reserva del más inapreciable producto del universo! —gritó Alia.

—¡Tendremos una reserva de infierno! —rugió Jessica.

Y Alia empezó a hablar en el más antiguo chakobsa, el lenguaje privado de los Atreides, con sus difíciles pausas guturales y clics:

—¡Ahora ya lo sabes, *madre!* ¿Creías que una nieta del Barón Harkonnen no iba a apreciar todas las vidas que tú metiste en mi consciencia antes de que yo naciera? Cuando me rebelé contra aquello que me habías dado, necesité tan sólo preguntarme cómo habría actuado el Barón. ¡Y él me respondió! ¡Compréndelo, perra Atreides! ¡Él *me* respondió!

Jessica sintió todo el veneno que surgía de aquella boca, y tuvo la confirmación de su sospecha. *¡Abominación!* Alia se había visto dominada por su interior, poseída por aquel *cahueit* diabólico, el Barón Vladimir Harkonnen. El propio Barón hablaba ahora por su boca, indiferente de lo que revelaba. Quería que ella viera su venganza, que supiera que no podía ser arrojado de allí.

*Se supone que yo permaneceré aquí, indefensa en mi conocimiento de lo que sé,* pensó Jessica. Y con este pensamiento, se lanzó por el sendero que le había revelado el adab, gritando:

—¡Fedaykin, seguidme!

Había seis Fedaykin en la estancia, y cinco de ellos lograron pasar tras ella.

Cuando yo soy más débil que tú, te pido la libertad porque es algo que está de acuerdo con tus principios; cuando soy más fuerte que tú, te quito tu libertad porque es algo que está de acuerdo con mis principios.

Palabras de un antiguo filósofo (atribuidas por Harq al-Ada a un tal LOUIS VEUILLOT)

Leto surgió por la salida oculta del sietch y vio la silueta del farallón alzándose sobre su limitada visión. El sol del atardecer proyectaba largas sombras en las estrías verticales del farallón. Una mariposa esqueleto volaba entrando y saliendo de las sombras, con sus palmeadas alas convertidas en una película transparente contra la luz. *Qué delicada era aquella mariposa para el ambiente en el que vivía*, pensó.

Directamente frente a él estaban las plantaciones de albaricoques, con muchachos trabajando en recoger los frutos caídos. Tras las plantaciones estaba el qanat. El y Ghanima habían conseguido escurrirse de sus guardias perdiéndose en un repentino grupo de trabajadores. Luego había sido relativamente simple abrirse camino a lo largo de una conducción de aire hasta su unión con la escalera que llevaba hasta la salida oculta. Ahora tan sólo tenían que mezclarse con aquellos muchachos, alcanzar el qanat y meterse en el túnel. Allí podrían moverse cerca de los peces predadores que impedían que las truchas de arena enquistaran el agua de irrigación de la tribu. Ningún Fremen pensaría en la posibilidad de que un ser humano corriera el riesgo de una accidental inmersión en aquella agua.

Salió fuera del protector pasadizo. El farallón pareció enderezarse sobre él, perdiéndose a ambos lados en la lejanía.

Ghanima avanzó muy cerca de él. Ambos llevaban pequeños cestos de fruta hechos con fibra de especia, pero cada cesto contenía un paquete sellado: una fremochila, una pistola maula, un crys... y las nuevas ropas enviadas por Farad'n.

Ghanima siguió a su hermano hasta la plantación, y ambos se mezclaron con los muchachos que trabajaban. Las máscaras de los destiltrajes ocultaban todos los rostros. Allí eran tan sólo dos trabajadores más, pero Ghanima sintió que aquella acción estaba llevando a sus vidas fuera de los protectores límites que siempre les habían rodeado. ¡Qué simple paso era el que llevaba de un peligro a otro!

Aquellos nuevos indumentos enviados por Farad'n, allí en sus cestos, daban un propósito bien definido a las acciones de ambos. Ghanima lo había acentuado bordando su propia divisa personal, «*Compartimos*», en chakobsa, sobre el emblema del halcón bordado en cada pecho.

Pronto llegaría el crepúsculo y, más allá del qanat que señalaba el final de los cultivos del sietch, se extendería una noche indefinible, que muy pocos otros lugares en el universo podrían igualar. Un mundo desértico sumido en una suave luz, con su

persistente soledad, un saturado sentimiento de que cada criatura en él estaba sola en un nuevo universo.

—Nos han visto —susurró Ghanima, inclinándose para trabajar junto a su hermano.

—¿Los guardias?

—No... los otros.

—Bien.

—Debemos movernos con rapidez —dijo ella.

Leto asintió mientras se movía en dirección al farallón, a través de la plantación. Pensó en una frase de su padre: *«Todo debe moverse en el desierto o perecer»*. Lejos en la arena pudo ver el promontorio rocoso de El Que Espera, y aquello le recordó la necesidad de mantenerse en constante movimiento. Las rocas yacían estáticas y rígidas en su enigmática espera, consumiéndose año tras año bajo los efectos de la arena arrojada por el viento. Un día, también El Que Espera se convertirá en arena».

A medida que se acercaban al qanat oyeron música procedente de la entrada superior del sietch. Era un grupo Fremen viejo estilo: dos flautas de agujeros, panderetas, tímpanos hechos con plástico de especia con piel tensada en uno de sus extremos. Nadie se preguntaba qué animal de aquel planeta podía proporcionar una piel tan grande.

*Stilgar recordará lo que le dije acerca de ese risco en El Que Espera, pensó Leto. Se precipitará en la oscuridad cuando sea demasiado tarde... y entonces sabrá.*

Finalmente llegaron al qanat. Se deslizaron en el abierto tubo, saltando de la escalerilla de inspección a la plataforma de servicio. Estaba oscuro, húmedo y frío en el qanat, y pudieron oír a los peces predadores agitándose. Cualquier trucha de arena que intentara enquistar aquella agua se hubiera visto con su blando cuerpo a merced de los peces. Incluso los seres humanos debían tomar precauciones con ellos.

—Con cuidado —dijo Leto, avanzando por el resbaladizo suelo. Dirigió su memoria a tiempos y lugares que su carne no había conocido nunca. Ghanima lo siguió.

Al final del qanat se despojaron de los monos de trabajo que cubrían sus destiltrajes y se pusieron sus nuevas ropas. Dejaron los viejos atuendos Fremen debajo del lugar donde treparon a otro tubo de inspección y salieron al exterior, emergiendo sobre una duna y descendiendo por el otro lado. Se sentaron en un lugar donde no podían ser vistos desde el sietch, sacaron las pistolas maula y los crys, y se echaron al hombro las fremochilas. Ya no oían la música.

Leto se puso en pie y caminó a través del valle formado entre las dunas.

Ghanima lo siguió un paso tras él, moviéndose con el paso arrítmico propio para la arena al aire libre.

Cada vez que alcanzaban la cresta de una duna se echaban al suelo y reptaban

hacia la vertiente oculta, haciendo entonces una pausa para mirar atrás por si alguien les perseguía.

Ningún cazador había emergido al desierto cuando alcanzaron las primeras rocas.

A la sombra de las rocas bordearon El Que Espera, hasta subir a un saliente que dominaba el desierto. Los colores parpadeaban allá a lo lejos, en el *bled*. El oscureciente aire tenía la limpidez del más fino cristal. El paisaje que se desplegó ante sus ojos era despiadado, ilimitadamente inmenso... sin la menor alteración en él. La mirada resbalaba por aquella uniforme superficie que se extendía hasta el infinito.

*Este es el horizonte de la eternidad*, pensó Leto.

Ghanima se acurrucó al lado de su hermano, pensando: *El ataque se producirá pronto*. Escuchó, atenta a los menores sonidos, con todo su cuerpo transformado en un único sentido tenso al máximo.

Leto estaba igualmente alerta. Se daba cuenta de que aquello era la culminación de todo el adiestramiento que habían recibido de las vidas que tan íntimamente compartían. En aquella desolación, uno desarrollaba una firme dependencia a los sentidos, a *todos* los sentidos. La vida se convertía en un cúmulo de percepciones, cada una de ellas abocada exclusivamente a la momentánea supervivencia.

Un poco más tarde Ghanima subió a lo alto de las rocas y escrutó a través de una hendidura hacia el lugar por donde habían venido. La seguridad del sietch le pareció que estaba toda una vida lejos, una masa de vagos promontorios surgiendo en la lejanía marrón-púrpura, de bordes imprecisos a causa del polvo en los márgenes donde el sol del final del atardecer lanzaba sus últimos rayos plateados. No se veía ninguna señal de perseguidores en toda la distancia que alcanzaba la vista. Regresó al lado de Leto.

—Será un animal predador —dijo Leto—. Esta es mi computación terciaria.

—Creo que has dejado de computar demasiado pronto —dijo Ghanima—. Será más de un animal. La Casa de los Corrino ha aprendido a no basar todas sus esperanzas en una única carta.

Leto asintió su aprobación.

Su mente se sintió bruscamente agobiada por la multitud de vidas que le imponía su *diferencia*: todas aquellas vidas, las suyas incluso antes de nacer. Estaba saturado de vida, y deseaba huir hacia su propia consciencia. El mundo interior era una pesada bestia que podía terminar por devorarlo.

Se puso en pie, inquieto, y subió a la hendidura que había usado Ghanima, escrutando el macizo del sietch. Allá abajo, ante el promontorio, pudo ver cómo el qanat trazaba una línea entre la vida y la muerte. Al borde del oasis pudo ver salvia camello, hierba cebolla, hierba pluma del Gobi, alfalfa silvestre. A la última luz del día pudo distinguir los negros movimientos de los pájaros picoteando la alfalfa. Los distantes tallos cargados de granos se agitaban al compás del viento creando sombras

movientes hasta el límite de la plantación. Aquel movimiento captó su atención, y se dio cuenta de que aquellas sombras ocultaban en su fluida forma un cambio más grande, y este cambio era una especie de tributo silencioso a los palpitantes arcoíris de aquel cielo de polvorienta plata.

—¿Qué ocurrirá aquí fuera?, se preguntó.

Y supo que sería la muerte o la simulación de la muerte, con él de protagonista. Sería Ghanima la que regresaría, convencida de la realidad de una muerte que ella misma habría visto, o que informaría sinceramente, convencida a través de una profunda compulsión hipnótica de que su hermano había sido realmente muerto.

Las incógnitas de aquel lugar lo obsesionaban. Pensó en cuán fácil podría haber sido sucumbir a la presciencia, arriesgarse a proyectar su consciencia hacia un futuro absoluto, inamovible. La pequeña visión de su sueño ya era suficientemente mala, pensó. Sabía que nunca se atrevería a correr el riesgo de una visión más amplia.

Tras unos instantes regresó al lado de Ghanima.

—Ninguna persecución todavía —dijo.

—Las bestias que enviarán contra nosotros serán grandes —dijo Ghanima—. Quizá tengamos tiempo de verlas llegar.

—No si vienen de noche.

—Muy pronto se hará oscuro —dijo ella.

—Sí. Es tiempo de que bajemos a *nuestro* lugar. —Señaló las rocas a su izquierda y un poco más abajo, donde la arena arrastrada por el viento había horadado una pequeña depresión en el basalto. Era lo suficientemente amplia como para admitirlos a ellos, pero lo suficientemente pequeña como para no dejar pasar a criaturas mayores. Leto se sentía reluciente a ir allí, pero sabía que debía hacerlo. Aquel era el lugar que le había señalado a Stilgar.

—Podrían matarnos realmente —dijo.

—Este es el riesgo que debemos correr —dijo Ghanima—. Se lo debemos a tu padre.

—No estaba discutiéndolo.

Y pensó: *Este es el camino correcto; estamos haciendo lo que debemos hacer.* Pero sabía lo peligroso que era hacer lo correcto en aquel universo. Ahora su supervivencia exigía vigor y habilidad y un conocimiento de las propias limitaciones a cada momento. La forma de actuar Fremen era su mejor armadura, y el conocimiento Bene Gesserit una eficaz fuerza en reserva. Ambos estaban pensando en estos momentos como veteranos Atrides adiestrados en la batalla, sin otras defensas que la resistencia Fremen, que pese a todo no se insinuaba aún en sus cuerpos infantiles y en sus formales atuendos.

Leto rozó con la yema de sus dedos la empuñadura del crys con punta envenenada en su cintura. Inconscientemente, Ghanima duplicó su gesto.

—¿Bajamos ahora? —preguntó Ghanima. Y mientras hablaba captó un movimiento a lo lejos, bajo ellos, un pequeño movimiento que la distancia hacía menos ominoso. Su repentina rigidez alertó a Leto antes de que ella pudiera dar su aviso.

—Tigres —dijo él.

—Tigres laza —corrigió ella.

—Nos han visto —dijo él.

—Será mejor que nos apresuremos —dijo ella—. Una maula nunca detendrá a esas criaturas. Deben haber sido muy bien adiestrados para esto.

—Tienen a un ser humano que las dirige desde algún lugar de los alrededores —dijo él, abriendo camino a rápidos saltos hacia las rocas de su izquierda.

Ghanima estaba de acuerdo con él, pero se lo guardó para sí misma para ahorrar fuerzas. Tenía que haber algún ser humano en cualquier lugar a su alrededor. No se podía permitir que aquellos tigres corrieran libres hasta el momento adecuado.

Los tigres se movían rápidamente a los últimos rayos de luz, saltando de roca en roca. Eran criaturas de aguda vista, y cuando cayera la noche serían criaturas de agudo oído. La llamada parecida a un campanilleo de un pájaro nocturno les llegó desde las rocas de El Que Espera, marcando el cambio. Las criaturas de las tinieblas estaban alcanzando las sombras de los repliegues rocosos.

Pero seguían siendo visibles todavía para los dos gemelos que corrían. Los animales se movían con un continuado fluir de energía, con una sensación de felina seguridad en cada uno de sus movimientos.

Leto sintió que había alcanzado aquel lugar para librarse de su propia alma. Corría con la seguridad de que él y Ghanima podían alcanzar a tiempo su depresión en la roca, pero su mirada seguía volviéndose, fascinada, hacia las cada vez más próximas bestias.

*Un paso en falso y estamos perdidos, pensó.*

Aquel pensamiento redujo drásticamente su seguridad, y corrió más aprisa.



Vosotras, Bene Gesserit, llamáis a vuestra actividad de la Panoplia Prophetica una «Ciencia de la Religión». Muy bien. Yo, que busco otro tipo de cientifismo la considero una definición apropiada. Por supuesto, habéis edificado vuestros propios mitos, pero esto es lo que hacen todas las sociedades. De todos modos, debo ponerlos en guardia. Estáis actuando como muchos otros científicos equivocados han actuado. Vuestras acciones revelan que deseáis arrancarle (quitarle) algo a la vida. Es tiempo que se os recuerde lo que vosotras mismas habéis profesado a menudo: No se puede conseguir nada sin su opuesto.

El PREDICADOR a Arrakeen: Mensaje de la Hermandad

En la hora que precede al alba, Jessica permaneció sentada inmóvil en una gastada alfombra de tela de especia. A su alrededor había las desnudas rocas de un viejo y pobre sietch, uno de los asentamientos originales. Estaba bajo el borde de la Hendidura Roja, que lo protegía de los vientos occidentales del desierto. Al-Fali y sus hermanos la habían traído allí; ahora esperaban noticias de Stilgar. Sin embargo, los Fedaykin se habían movido cautelosamente en sus comunicaciones. Stilgar no había sido informado de dónde estaba ella exactamente.

Los Fedaykin sabían ya que estaban bajo la acción de un *procès-verbal*, un informe oficial por crímenes contra el Imperio. Alia había elegido la postura de difundir que su madre había sido sobornada por enemigos del reino, aunque la Hermandad no había sido nombrada todavía. De todos modos, la naturaleza arbitraria y tiránica del poder de Alia había sido puesta en evidencia, y su convicción de que al controlar al Sacerdocio controlaba también a los Fremen, estaba en entredicho.

El mensaje de Jessica a Stilgar había sido directo y simple: «*Mi hija está poseída y debe ser sometida a la prueba*».

*Los miedos destruyen los valores*, pensó, y era sabido que algunos Fremen preferirían no pensar en aquella acusación. Sus tentativas de usar la acusación como un salvoconducto habían provocado ya dos batallas durante la noche, pero los ornitópteros que la gente de al-Fali había robado habían conseguido llevar a los fugitivos hasta su precaria seguridad: el Sietch de la Hendidura Roja. Desde allí se estaban enviando mensajes a los Fedaykin, pero en Arrakis quedaban ya menos de doscientos. Los otros habían sido enviados en misiones a través de todo el Imperio.

Reflexionando en estos hechos, Jessica se preguntó si no había llegado al lugar de su muerte. Algunos de los Fedaykin lo creían, pero los comandos de la muerte aceptaban este concepto con demasiada facilidad. Al-Fali se había limitado a sonreírle a ella cuando algunos de sus hombres más jóvenes habían expresado sus temores.

—Cuando Dios ordena que una criatura muera en un lugar en particular, hace que la criatura en cuestión se dirija por voluntad propia a este lugar —había dicho el viejo

Naib.

Las remendadas cortinas que cubrían la entrada susurraron; al-Fali entró. El enjuto y curtido rostro del viejo aparecía ojeroso, la mirada febril. Obviamente no había dormido.

—Está llegando alguien —dijo.

—¿De parte de Stilgar?

—Quizá. —El hombre bajó los ojos y miró furtivamente a la izquierda, al antiguo modo del Fremen que trae malas noticias.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jessica.

—Hemos recibido noticias del Tabr de que vuestros nietos ya no están allá. —Habló sin mirarla.

—Alia...

—Ha ordenado que los gemelos le sean entregados para su custodia, pero el Sietch Tabr informa que los niños ya no están allí. Esto es todo lo que sabemos.

—Stilgar los ha enviado al desierto —dijo Jessica.

—Es posible, pero se sabe que los ha estado buscando durante toda la noche. Quizá se trate de un truco por su parte...

—Este no es el modo de actuar de Stilgar —dijo ella, y pensó: *A menos que los gemelos lo hayan empujado a hacerlo*. Pero aquello tampoco le pareció verosímil. Se sorprendió de sí misma: ninguna sensación de pánico que dominar, y su miedo por los gemelos estaba temperado por lo que Ghanima le había revelado. Estudió a al-Fali, captó piedad en sus ojos. Dijo: Han ido al desierto por sus propios medios.

—¿Solos? ¡Son dos niños!

Ella no creyó necesario explicarle que «aquellos dos niños» probablemente sabían mucho más acerca de la supervivencia en el desierto que la mayoría de los Fremen vivientes. Sus pensamientos, en cambio, se concentraron en la extraña conducta de Leto cuando había insistido en que ella se dejara secuestrar. Había dejado aquel recuerdo a un lado, pero este instante lo reclamaba de nuevo. Leto le había dicho que reconocería el momento en que tenía que obedecerle.

—El mensajero debe haber llegado ya al sietch —dijo al-Fali—. Lo conduciré hasta vos. —Salió, apartando la remendada cortina.

Jessica se quedó contemplando la cortina. Estaba hecha con tela roja de fibra de especia, pero los remiendos eran azules. La historia decía que aquel sietch se había negado a aprovecharse de la religión de Muad'Dib, ganándose así la enemistad de los Sacerdotes de Alia. Por lo que, se decía, la gente había empleado todos sus recursos en la cría de perros grandes como ponis, canes seleccionados por su inteligencia como guardianes de niños. Pero todos los perros habían muerto. Algunos dijeron que habían sido envenenados, y el Sacerdocio fue culpado de ello.

Jessica agitó la cabeza para alejar aquellas reflexiones, reconociéndolas como lo

que eran: *ghafla*, la molesta distracción.

¿Dónde habían ido aquellos niños? ¿A Jacurutu? Tenían un plan. *Han intentado iluminarme hasta el punto en que creían que aceptaría*, recordó. Y cuando hubieron alcanzado lo que consideraban el límite, Leto le ordenó que obedeciera.

¡Él le ordenó a ella!

Leto se había dado cuenta de lo que Alia estaba haciendo: aquello era obvio. Ambos gemelos habían hablado de la «aflicción» de su tía, incluso cuando la defendían. Alia se apoyaba en la *legalidad* de su posición de Regente. Solicitando la custodia de los gemelos lo confirmaba. Jessica sintió que una sarcástica risa agitaba su pecho. A la Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam siempre le había gustado explicar este error en particular a su alumna, Jessica: «*Si tú concentras tu consciencia tan sólo en tu propia rectitud, entonces estás invitando a las fuerzas de la oposición a arrollarte. Este es un error muy común. Incluso yo, tu maestra, lo he cometido*».

—Y también yo, tu alumna, lo he cometido —se susurró Jessica.

Oyó el roce de telas en el pasillo al otro lado de la cortina. Dos jóvenes Fremen entraron, parte del séquito que habían agrupado durante la noche. Ambos estaban obviamente atemorizados por hallarse en presencia de la madre de Muad'Dib. Jessica leyó enteramente en ellos: eran no pensantes, agarrándose a cualquier tipo de poder con tal de que les proporcionara una cierta identidad. Sin el reflejo de un tal poder estarían vacíos. Por eso eran peligrosos.

—Hemos sido enviados por al-Fali para prepararos —dijo uno de los jóvenes Fremen.

Jessica sintió una repentina y aguda opresión en el pecho, pero su voz se mantuvo calmada:

—¿Prepararme para qué?

—Stilgar ha enviado a Duncan Idaho como su mensajero.

Jessica se echó la capucha de su aba sobre su cabello, un gesto instintivo. ¿*Duncan*? Pero si era el instrumento de Alia.

El Fremen que había hablado dio medio paso adelante.

—Idaho dice que ha venido a ponerlos a salvo, pero al-Fali no ve cómo esto es posible.

—Parece extraño, realmente —dijo Jessica—. Pero hay cosas extrañas en nuestro universo. Traedlo.

Intercambiaron una mirada pero obedecieron, saliendo juntos con tal apresuramiento que añadieron otro desgarrón a la remendada cortina.

Unos instantes más tarde Idaho apartaba la cortina, seguido por los dos Fremen y al-Fali cerrando la marcha, una mano en su crys. Idaho parecía tranquilo. Llevaba el uniforme de Guardia de la Casa de los Atreides, un atuendo que había permanecido casi sin cambios por más de catorce siglos. Arrakis había reemplazado el antiguo

puñal de plásticero con empuñadura de oro por un crys, pero este era un detalle menor.

—Me dicen que quieres ayudarme —habló Jessica.

—Por extraño que pueda parecer —dijo él.

—¿Acaso Alia no te ha enviado a secuestrarme? —preguntó ella.

Un casi imperceptible sobresalto en sus negras cejas fue la única evidencia de su sorpresa. Los multifacetados ojos tleilaxu continuaron mirándola con resplandeciente intensidad.

—Esas eran sus órdenes —dijo.

Los nudillos de al-Fali adquirieron una tonalidad blanca sobre su crys, pero no lo desenfundó.

—He pasado gran parte de esta noche revisando los errores que he cometido con mi hija —dijo Jessica.

—Han sido muchos —admitió Idaho—, y yo he compartido gran parte de ellos.

Jessica se dio cuenta de que los músculos de la mejilla del hombre estaban temblando.

—Fue muy fácil escuchar los argumentos que nos apartaron del camino —dijo Jessica—. Yo quería abandonar este lugar... Tú... tú deseabas a una muchacha a la que veías como una versión más joven de mí.

El aceptó aquello en silencio.

—¿Dónde están mis nietos? —preguntó ella, con voz de repente dura.

—Stilgar cree que se han adentrado en el desierto... para ocultarse —dijo—. Quizá vean acercarse la crisis.

Jessica miró a al-Fali, que asintió, reconociendo que él ya había anticipado aquello.

—¿Qué está haciendo Alia? —preguntó Jessica.

—Está arriesgándose a desencadenar una guerra civil —dijo Idaho.

—¿Crees que puede llegarse a esto?

Idaho se alzó de hombros.

—Probablemente no. Estamos en tiempos de blandura. Hay mucha gente que sólo quiere escuchar argumentos complacientes.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo ella—. Bien, volvamos a lo nuestro: ¿qué hay de mis nietos?

—Stilgar los hallará... sí...

—Entiendo. —De modo que era asunto de Gurney Halleck ahora. Se giró para mirar a la pared de roca de su izquierda—. Así que Alia está sujetando firmemente el poder ahora. —Miró de frente a Idaho—. ¿Comprendes? El poder debe ser sujetado con mano suave. Sujetarlo demasiado fuertemente es igual que dejarse ganar por el poder, y entonces uno se convierte en su víctima.

—Eso es lo que siempre me dijo mi Duque —observó Idaho.

Algo le hizo pensar a Jessica que estaba hablando del viejo Leto, no de Paul. Preguntó:

—¿Dónde seré llevada en este... secuestro?

Idaho la estudió fijamente, como intentando ver a través de las sombras creadas por la capucha.

Al-Fali se adelantó un paso.

—Mi Dama, no estaréis pensando seriamente...

—¿Acaso no tengo derecho a decidir mi propio destino? —preguntó Jessica.

—Pero este hombre... —al-Fali señaló con la cabeza a Idaho.

—Este hombre fue mi leal guardián antes de que Alia hubiera nacido —dijo Jessica—. Antes de morir salvando la vida de mi hijo y la mía. Nosotros los Atreides rendimos honor a ciertas obligaciones.

—Entonces, ¿vendréis conmigo? —preguntó Idaho.

—¿Dónde la llevarás? —preguntó al-Fali.

—Es mejor que tú no lo sepas —dijo Jessica.

Al-Fali frunció el ceño, pero permaneció en silencio. Su rostro traicionó la indecisión y la comprensión de la sabiduría contenida en las palabras de Jessica, junto con una tenaz duda sobre la fidelidad de Idaho.

—¿Qué ocurrirá con los Fedaykin que me han ayudado? —preguntó Jessica.

—Tendrán todo el apoyo de Stilgar si consiguen llegar al Tabr —dijo Idaho.

Jessica se giró hacia al-Fali.

—Te ordeno que te dirijas allí, amigo mío. Stilgar podrá necesitar a los Fedaykin para buscar a mis nietos.

El viejo Naib bajó la mirada.

—Como ordene la madre de Muad'Dib.

*Siguen obedeciendo a Paul*, pensó ella.

—Debemos irnos rápidamente de aquí —dijo Idaho—. Seguro que la búsqueda incluirá este lugar, y muy pronto.

Jessica se inclinó hacia adelante y se puso en pie con aquella fluida gracia que nunca abandonaba del todo a las Bene Gesserit, incluso cuando se dejaban sentir los achaques de la edad. Y se sentía realmente vieja tras una noche de fuga. Mientras se levantaba, su mente regresó a aquella peculiar entrevista con su nieto. ¿Qué estaba haciendo realmente? Agitó la cabeza, ajustando su capucha para ocultar el movimiento. Era demasiado fácil caer en la trampa de infravalorar a Leto. Su vida con niños ordinarios la condicionaba a ver desde un falso punto de vista las capacidades hereditarias que albergaban los dos gemelos.

Su atención fue atraída por la actitud de Idaho. Permanecía inmóvil en esa relajación que indica preparación a la violencia, un pie un poco más adelante que el

otro, una postura que ella misma le había enseñado. Dirigió una rápida mirada a los dos jóvenes Fremen y a al-Fali. Las dudas seguían asaltando todavía al viejo Naib Fremen, y los dos jóvenes lo notaban.

—Confío en este hombre para que proteja mi vida —dijo Jessica, dirigiéndose a al-Fali—. Y no es la primera vez.

—Mi Dama —protestó al-Fali—. Pero si es... —echó una fugitiva mirada a Idaho —... ¡es el esposo de la Coan-Teen!

—Y fue adiestrado por mi Duque y por mí —dijo ella.

—¡Pero es un *ghola*! —las palabras surgieron como arrancadas de la garganta de al-Fali.

—El *ghola* de mi hijo —le recordó ella.

Aquello era demasiado para un simple Fedaykin que hacía tiempo había jurado defender a Muad'Dib hasta la muerte. Suspiró, se echó a un lado, e hizo una seña a los dos jóvenes de que abrieran las cortinas.

Jessica las cruzó, con Idaho tras ella. Se giró en el umbral y se dirigió a al-Fali:

—Tú ve a reunirse con Stilgar. Confía en él.

—Sí... —pero captó todavía la duda en la voz del viejo hombre.

Idaho rozó su brazo.

—Debemos partir inmediatamente. ¿Hay algo que deseéis llevar con vos?

—Sólo mi sentido común —dijo ella.

—¿Por qué? ¿Teméis estar cometiendo un error?

Ella levantó la mirada hacia él.

—Tú siempre has sido el mejor piloto de tópteros a nuestro servicio, Duncan.

Aquello no le hizo gracia a Idaho. Avanzó delante de ella, moviéndose rápidamente, haciendo a la inversa el camino que había seguido antes. Al-Fali se adelantó unos pasos hasta situarse al lado de Jessica.

—¿Cómo habéis sabido que ha venido con un tóptero?

—No lleva destiltraje —dijo Jessica.

Al-Fali pareció desconcertado por aquella obvia observación. Sin embargo, aquello no le hizo callar:

—Nuestro mensajero lo ha traído hasta aquí directamente desde Stilgar. Puede que lo hayan visto.

—¿Te han visto, Duncan? —preguntó Jessica a Idaho, que le daba la espalda.

—Vos lo sabéis tan bien como yo —dijo él—. Hemos volado más bajo que las cimas de las dunas.

Giraron hacia un corredor lateral que llevaba hacia abajo a través de una escalera en espiral, desembocando finalmente en una amplia cámara bien iluminada por globos situados muy arriba, contra las oscuras rocas. Un único ornitóptero estaba posado junto a la pared más alejada, agazapado como un insecto preparado para

saltar. La pared debía ser de falsa roca... una puerta que se abría al desierto. Por pobre que fuese aquel sietch, seguía manteniendo los instrumentos de su carácter secreto y de su movilidad.

Idaho abrió la portezuela del ornitóptero para Jessica, ayudándola a ocupar el sillín de la derecha. Mientras pasaba ante ella, vio que el sudor perlaba su frente allá donde le había caído un mechón de negros cabellos. Jessica recordó repentinamente aquella otra cabeza de la que manaba sangre, allá en una caverna llena de ruidos. El acerado brillo de los ojos tleilaxu la arrancó de aquella evocación. Nada era como parecía ser. Se enfrascó en ajustarse el cinturón de seguridad.

—Ha pasado mucho tiempo desde que pilotaste para mí, Duncan —dijo.

—Mucho tiempo y muy lejos —dijo él. Estaba ya revisando los controles.

Al-Fali y los dos jóvenes Fremmen aguardaban junto a los controles de la falsa pared, preparados para abrirla.

—¿Piensas que todavía albergo dudas acerca de ti? —preguntó Jessica, hablándole con voz muy baja a Idaho.

Idaho se concentró aún más en el cuadro de instrumentos, conectó los impulsores y observó oscilar una aguja indicadora. Una sonrisa cruzó por su boca, una rápida y dura mueca en sus afilados rasgos que desapareció tan pronto como había venido.

—Yo sigo siendo una Atreides —dijo Jessica—. Alia ya no lo es.

—No temáis —gruñó él, con los dientes apretados—. Sigo sirviendo a los Atreides.

—Alia ya no es una Atreides —repitió Jessica.

—¡No necesito que me lo recordéis! —restalló él—. Ahora callad y dejadme pilotar esta cosa.

La desesperación en su voz la tomó por sorpresa, era algo que no encajaba en absoluto con el Idaho que había conocido. Rechazando un renovado sentimiento de temor, preguntó:

—¿A dónde vamos, Duncan? Ahora puedes decírmelo.

Pero él señaló a al-Fali y a la falsa roca abriéndose hacia afuera, hacia la brillante luz plateada del sol. El ornitóptero saltó y remontó el vuelo, las alas vibrando con el esfuerzo, los jets rugiendo, y ascendieron a un cielo vacío. Idaho tomó rumbo sudoeste, en dirección a la Cadena Sihaya, que se entreveía a lo lejos como una línea oscura contra el horizonte de arena.

Un poco después dijo:

—No penséis mal de mí, mi Dama.

—No pensé mal de ti cuando aquella noche entraste en nuestro gran vestíbulo en Arrakeen gritando, borracho de cerveza de especia —dijo Jessica. Pero sus palabras renovaron sus dudas, y se dejó caer en la relajada preparación de la defensa completa *prana-bindu*.

—Recuerdo muy bien aquella noche —dijo él—. Yo era muy joven y... sin experiencia.

—Pero el mejor maestro de armas en el séquito de mi Duque.

—No tanto, mi Dama. Gurney podía batirme seis veces de cada diez. —La miró de reojo—. ¿Dónde está Gurney?

—Está siguiendo mis órdenes.

Idaho agitó la cabeza.

—¿Sabes hacia dónde vamos? —preguntó ella.

—Sí, mi Dama.

—Entonces, dímelo.

—Muy bien. Prometí que crearía un complot creíble contra la Casa de los Atreides. Y en realidad sólo hay una forma de llevarlo a término. —Pulsó un botón en el panel de control, y una red inmovilizadora cayó sobre la silla de Jessica, rodeándola con una inflexible blandura, dejando solo libre su cabeza.

—Os estoy llevando a Salusa Secundus —dijo Idaho—. Con Farad'n.

En un extraño e incontrolado espasmo, Jessica intentó liberarse de sus ataduras, sintiendo como se apretaban a su alrededor, relajándose tan sólo cuando ella se relajó, no sin haber captado el mortal hilo shiga rodeándola.

—El activador del hilo shiga está desconectado —dijo Idaho, sin mirarla—. Oh, sí, y no intentéis la Voz contra mí. Ha pasado mucho tiempo desde los días en que podíais obligarme a actuar de esa manera. —La miró ahora—. Los tleilaxu me han dado una armadura contra tales ardides.

—Estás obedeciendo a Alia —dijo Jessica—, y ella...

—No a Alia —dijo Idaho—. Sigo instrucciones del Predicador. Quiere que instruyas a Farad'n del mismo modo que instruiste, en su tiempo... a Paul.

Jessica permaneció sumida en un helado silencio, recordando las palabras de Leto de que hallaría a un alumno muy interesante. Al cabo de un tiempo dijo:

—Este Predicador... ¿es mi hijo?

La voz de Idaho pareció llegar desde una enorme distancia:

—De veras, me gustaría saberlo.



El universo está simplemente allí; esta es la única forma en que un Fedaykin puede imaginarlo y permanecer dueño de sus sentidos. El universo ni amenaza ni promete. Contiene cosas más allá de nuestro dominio: la caída de un meteoro, la erupción de una masa de especia, cosas que crecen y mueren. Estas son las realidades de este universo y deben ser afrontadas tal como sentimos con respecto a ellas. Uno no puede apartar de sí tales realidades con palabras. Ellas se precipitarán contra uno a su propia muda manera y entonces, entonces, uno comprenderá lo que significan «vida y muerte». Y, comprendiendo esto, uno se sentirá colmado de alegría.

MUAD'DIB a sus Fedaykin

—Y esas son las cosas que hemos puesto en movimiento dijo Wensicia—. Cosas que han sido hechas *por ti*.

Farad'n permaneció inmóvil, sentado frente a su madre en su estancia matutina. El dorado sol lo iluminaba desde atrás, proyectando su sombra en el suelo recubierto por una alfombra blanca. La luz que se reflejaba en la pared tras su madre dibujaba una aureola en torno a sus cabellos. Wensicia llevaba su habitual traje blanco bordado con oro... recuerdo de sus días reales. Su rostro en forma de corazón parecía tranquilo, pero Farad'n sabía que estaba estudiando cada una de sus reacciones. Su estómago estaba como vacío, aunque recién terminaba de comer.

—¿No lo apruebas? —preguntó Wensicia.

—¿Qué es lo que debería desaprobarme? —dijo Farad'n.

—Bueno... el hecho de que te lo hayamos ocultado hasta ahora.

—Oh, esto. —Estudió a su madre, intentando reflejar la compleja posición que tenía él en aquel asunto. Sólo podía pensar en una cosa de la que se había dado cuenta recientemente, el hecho de que Tyekanik ya no la llamaba «Mi Princesa». ¿Cómo la llamaba ahora? ¿Reina Madre?

¿Por qué experimento una tal sensación de pérdida?, se preguntó. ¿Qué es lo que estoy perdiendo? La respuesta era obvia: estaba perdiendo sus días despreocupados, el tiempo para cultivar aquellas intelectualidades que tanto lo atraían. Si aquel complot que le había revelado su madre tenía éxito, aquellas cosas estarían perdidas para siempre. Nuevas responsabilidades reclamarían su atención. Se descubrió a sí mismo profundamente irritado. ¿Cómo se atrevían a tomarse tantas libertades con su tiempo? ¡Y sin siquiera consultarle!

—Suéltalo —dijo su madre—. Hay algo que no marcha.

—¿Qué ocurrirá si este plan falla? —preguntó él, diciendo lo primero que pasó por su mente.

—¿Cómo puede fallar?

—No sé... Cualquier plan puede fallar. ¿Cómo usáis a Idaho en todo esto?

—¿Idaho? ¿Cuál es su relación con...? Oh, sí, aquel místico que Tyek trajo aquí

sin consultarme. Fue un error por su parte. Aquel místico habló de Idaho, ¿no?

Era una torpe mentira por su parte, y Farad'n se descubrió a sí mismo observando maravillado a su madre. ¡Ella sabía del Predicador desde hacía mucho tiempo!

—Se trata tan sólo de que nunca he visto a un ghola —dijo.

Ella aceptó aquello.

—Estamos reservando a Idaho para algo importante —dijo.

Farad'n se mordió silenciosamente el labio superior.

Wensicia se lo quedó mirando, pensando en cuánto le recordaba a su difunto padre. Dalak había sido así a menudo, introvertido y complejo, difícil de comprender. Dalak, se recordó a sí misma, era pariente lejano del Conde Hasimir Fenring, y en ambos había algo de dandy y algo de fanático. ¿Les habría seguido Farad'n por el mismo camino? Empezó a lamentar haber convencido a Tyek de que condujera al muchacho a la religión Arrakeena. ¿Cómo saber hasta dónde le había llevado esto?

—¿Cómo te llama Tyek ahora? —preguntó Farad'n.

—¿Qué? —Wensicia se sintió tomada por sorpresa ante aquel giro de la conversación.

—He observado que ya no te llama «Mi Princesa».

*Qué observador es, pensó ella, preguntándose por qué esto la hacía sentirse inquieta. ¿Acaso piensa que he tomado a Tyek como amante? Es una estupidez, no tendría la menor importancia aunque fuera cierto. Entonces, ¿por qué esta pregunta?*

—Me llama «Mi Dama» —dijo.

—¿Por qué?

—Porque esta es la costumbre en todas las Grandes Casas.

*Incluida la de los Atreides, pensó él.*

—Es menos sugerente si alguien escucha —explicó ella—. Algunos podrían pensar que hemos renunciado a nuestras legítimas aspiraciones.

—¿Quién podría ser tan estúpido? —preguntó él.

Ella frunció los labios, luego decidió dejarlo correr. Era algo sin demasiada importancia, pero las grandes campañas estaban hechas con tantas cosas sin demasiada importancia.

—Dama Jessica no tendría que haber abandonado Caladan —dijo él.

Ella agitó secamente la cabeza. ¿Qué significaba aquello? ¡Su mente estaba dando vueltas como enloquecida a su alrededor!

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—No debería haber vuelto a Arrakis —dijo él—. Es una mala estrategia. Empuja a la gente a hacerse preguntas. Hubiera sido mucho mejor que sus nietos la hubieran visitado en Caladan.

*Eso es cierto, pensó ella, irritada consigo misma porque aquello no se le hubiera*

ocurrido nunca. Tyek tenía que examinar aquello inmediatamente. Agitó de nuevo la cabeza. ¡No! ¿Qué era lo que estaba haciendo Farad'n? Tenía que saber que los Sacerdotes jamás se arriesgarían a dejar que los dos gemelos viajaran por el espacio.

Eso fue lo que dijo.

—¿Son los Sacerdotes o Dama Alia? —preguntó él, notando que los pensamientos de su madre habían ido por donde él había deseado. Se sintió regocijado por su nueva importancia, los juegos mentales eran algo útil en las conspiraciones políticas. Había pasado mucho tiempo desde que la mente de su madre le había interesado. Se dejaba maniobrar demasiado fácilmente.

—¿Crees que Alia desea el poder para ella? —preguntó Wensicia.

El apartó la mirada de su madre. ¡Por supuesto que Alia quería el poder para ella! Todos los informes procedentes de aquel condenado planeta concordaban en ello. Sus pensamientos tomaron un nuevo curso.

—He leído algo acerca de su planetólogo —dijo—. Hay allí alguna pista referente a los gusanos de arena y a los haploides; si tan sólo...

—¡Deja que los otros se ocupen de eso! —dijo ella, comenzando a perder la paciencia—. ¿Esto es todo lo que tienes que decirme después de lo que hemos hecho por ti?

—Tú no has hecho nada por mí —dijo él.

—¿Qué-é-é?

—Lo has hecho por la Casa de los Corrino —dijo él—, y tú eres la Casa de los Corrino en estos momentos. Yo aún no he sido investido.

—¡Tienes responsabilidades! —dijo ella—. ¿Qué hay de toda esa gente que depende de ti?

Como si aquellas palabras hubieran echado una carga sobre sus espaldas, Farad'n sintió el peso de todas las esperanzas y todos los sueños que seguían a la Casa de los Corrino.

—Sí —dijo—. Eso lo comprendo, pero no me gustan algunas de las cosas repugnantes que hacéis en mi *nombre*.

—Repug... ¿Cómo puedes decir esto? ¡Hacemos lo que haría cualquier Gran Casa para acrecentar su propia fortuna!

—¿Realmente? Creo que has hecho un poco demasiado. ¡No! No me interrumpas. Si debo llegar a ser Emperador, entonces será mejor que aprendas a escucharme. ¿Crees que no sé leer entre líneas? ¿Cómo fueron entrenados aquellos tigres?

Ella permaneció sin habla ante aquella aguda demostración de sus habilidades perceptivas.

—Entiendo —dijo él—. Bien, no culparé tampoco a Tyek porque sé que fuiste tú quien le metió en esto. Es un buen oficial en casi cualquier circunstancia, pero a partir de ahora luchará tan sólo por sus principios en una arena más ecuánime.

—¿Sus... *principios*?

—La diferencia entre un buen oficial y uno malo es la fortaleza de su carácter y unos cinco latidos de corazón —dijo él—. Él tiene que agarrarse a sus principios cada vez que éstos son desafiados.

—Los tigres eran necesarios —dijo Wensicia.

—Lo creeré si tienen éxito —dijo él—. Pero no perdonaré lo que ha habido que hacer para entrenarlos. No protestes. Es obvio. Han sido *condicionados*. Lo has dicho tú misma.

—¿Qué es lo que pretendes hacer? —preguntó ella.

—Pretendo sentarme a esperar y mirar —dijo él—. Quizá llegue realmente a Emperador.

Wensicia se llevó una mano al pecho, suspiró. Por unos pocos instantes se había sentido aterrorizada. Había llegado casi a creer que su hijo iba a denunciarla. ¡Principios! Pero ahora él estaba firme en su nuevo empeño; podía verlo claramente.

Farad'n se puso en pie, se acercó a la puerta y tocó el timbre para llamar a los sirvientes de su madre. Se giró y la miró.

—Hemos terminado, ¿no?

—Sí. —Ella levantó una mano en el momento en que él iba a salir—. ¿Adónde vas?

—A la biblioteca. Últimamente me siento fascinado por la historia de los Corrino. Salió, convencido más que nunca de la inflexibilidad de su nuevo empeño.

*¡Maldita sea ella!*

Pero ahora sabía que estaba comprometido. Y reconocía que había una profunda diferencia emocional entre la historia tal como estaba relatada en el hilo shiga y leída a comodidad de uno, una profunda diferencia entre este tipo de historia y la historia que uno vivía. Aquella nueva historia viviente que sentía acumularse a su alrededor poseía una sensación de sumergirse en un irreversible futuro. Farad'n podía sentirse ahora a sí mismo conducido por los deseos de todas aquellas fortunas que avanzaban junto a la suya. Encontró extraño no poder separar sus propios deseos en aquella bullente mezcolanza.

Se dice que en una ocasión Muad'Dib, al ver un hierbajo intentando crecer entre dos rocas, apartó una de ellas. Luego, cuando lo vio florecido, lo aplastó con la otra piedra. «Este era su destino», explicó.

*Los Comentarios*

—¡Ahora! —gritó Ghanima.

Leto, dos pasos delante de ella, a punto de alcanzar la estrecha hendidura en la roca, no vaciló. Se metió en la cavidad y se arrastró hasta que la oscuridad lo rodeó por completo. Oyó a Ghanima entrando tras él, luego un repentino silencio, y finalmente su voz, ni temerosa ni agitada:

—Me he atorado.

Leto se puso en pie, sabiendo que aquello ponía su cabeza al alcance de cualquier garra inquisitiva, se giró en el estrecho hueco, y palpó hasta encontrar la mano de Ghanima. La sujetó.

—Es mi traje —dijo ella—. Se me ha enganchado.

Leto oyó rocas desmoronándose directamente bajo ellos, tiró de la mano de Ghanima, pero consiguió tan sólo hacerla avanzar un poco.

Se oyó un jadeo bajo ellos, luego un gruñido.

Leto se tensó, apretando su espalda contra la roca, y tiró del brazo de Ghanima. La ropa se rasgó y la sintió avanzar bruscamente hacia él. Ella se quejó, y supo que se había hecho daño, pero tiró de nuevo fuertemente. Ella penetró un poco más en la hendidura, luego del todo, cayendo junto a él. De todos modos aún estaban demasiado cerca de la boca de la hendidura. Leto se giró, se dejó caer a cuatro patas, y gateó más adentro. Ghanima se apresuró a seguirle. Sin embargo, había en sus movimientos una palpitante tensión que le decía que se había herido. Llegaron al final de la abertura, y Leto se giró y miró hacia arriba, hacia la estrecha embocadura superior de su refugio. La abertura estaba a unos dos metros por encima de ellos, llena de estrellas. Algo grande oscureció las estrellas.

Un resonante gruñido hizo vibrar el aire alrededor de los gemelos. Era profundo, amenazador, un antiguo sonido: el cazador hablándole a su presa.

—¿Te has hecho mucho daño? —preguntó Leto, manteniendo su voz tranquila.

Ella le devolvió el mismo tono:

—Uno de ellos me ha dado un zarpazo. Me ha desgarrado el destiltraje por la pierna izquierda. Estoy sangrando.

—¿Como cuánto?

—Una vena. Puedo contener la hemorragia.

—Haz un torniquete —dijo él—. No te muevas. Yo me encargaré de nuestros

amigos.

—Ten cuidado —dijo ella—. Son mayores de lo que esperábamos.

Leto desenfundó su crys y lo levantó. Sabía que el tigre debía estar indagando hacia abajo, metiendo sus garras por la estrecha hendidura que no permitía el paso de su cuerpo.

Lentamente, muy lentamente, Leto tendió el cuchillo. Bruscamente algo tropezó con la punta de la hoja. Golpeó, y sintió la vibración del golpe a lo largo de todo su brazo, hasta el punto de que casi le hizo soltar el cuchillo. La sangre chorreó a lo largo de su mano y le salpicó el rostro, y casi inmediatamente un tremendo aullido lo ensordeció. Las estrellas se hicieron visibles de nuevo. Algo hendió el aire y se precipitó rocas abajo en dirección a la arena, lanzando violentos maullidos.

Las estrellas se oscurecieron una vez más, y Leto oyó el gruñido del cazador. El segundo tigre había ocupado su posición, despreocupado de la suerte de su compañero.

—Son persistentes —dijo Leto.

—Le has dado a uno —dijo Ghanima—. ¡Escucha!

Los aullidos y las frenéticas convulsiones bajo ellos se hacían cada vez más débiles. El segundo tigre, sin embargo, permanecía allí, ocultando las estrellas.

Leto enfundó su arma y tocó el brazo de Ghanima.

—Dame tu cuchillo. Quiero una hoja limpia para estar seguro de éste.

—¿Crees que pueda haber un tercero en reserva? —preguntó ella.

—No es probable. Los tigres laza cazan por parejas.

—Igual que nosotros —dijo ella.

—Exactamente —asintió él. Sintió la empuñadura del crys de Ghanima deslizarse en su palma, y la sujetó fuertemente. De nuevo levantó cuidadosamente la hoja por encima de su cabeza, tanteando. Pero esta vez la hoja tan sólo encontró el aire, incluso cuando alcanzó la zona peligrosa para su cuerpo. Retiró el brazo, reflexionando.

—¿No lo has alcanzado?

—No ha actuado como el otro.

—Todavía sigue aquí. ¿Lo hueles?

Leto tragó una inexistente saliva a través de una reseca garganta. Un aliento fétido, húmedo y con el musgoso olor de los felinos, asaltó su olfato. Las estrellas seguían bloqueadas a su vista. No se oía nada del primer felino: el veneno del crys había cumplido su cometido.

—Creo que voy a tener que ponerme de pie —dijo Leto.

—¡No!

—Debo conseguir que se ponga al alcance del cuchillo.

—Si, pero nos pusimos de acuerdo en que si uno de los dos resultaba herido...

—Y tú estás herida, así que eres tú quien debe volver —dijo él.

—Pero si tú resultas gravemente herido, yo no seré capaz de abandonarte —dijo ella.

—¿Tienes alguna idea mejor?

—Déjame a mí el cuchillo.

—¿Pero y tu pierna?

—Puedo mantenerme de pie apoyándome en la otra.

—Esa fiera puede arrancarte la cabeza de un solo manotazo. Tal vez la maula...

—Si hay alguien ahí fuera escuchando, sabrá que hemos venido preparados para...

—¡No me gusta que corras este riesgo! —dijo él.

—Quienquiera que esté ahí fuera no debe saber que tenemos maulas... todavía.

—Tocó el brazo de Leto. Seré cuidadosa, mantendré la cabeza baja.

Como fuera que él permanecía silencioso, insistió:

—Sabes que soy quien tiene que hacerlo. Así que dame mi cuchillo.

Reluctante, Leto tanteó con su mano libre, encontró la de ella, y le pasó el cuchillo. Era lo más lógico que podían hacer, pero la lógica luchaba con todas sus emociones.

Oyó a Ghanima alejarse un poco, y el roce de sus ropas contra la roca. Luego ella contuvo el aliento, y supo que se había puesto de pie. *¡Ten mucho cuidado!*, pensó. Y estuvo a punto de tirar de ella para hacerla agacharse e insistir en usar la pistola maula. Pero aquello alertaría a cualquiera que estuviese allá afuera de que poseían tales armas. Peor aún, el tigre podría alejarse fuera de su alcance, y entonces se verían atrapados allí con un tigre herido esperándoles en algún lugar desconocido entre aquellas rocas.

Ghanima respiró profundamente y se apuntaló con la espalda contra una de las paredes de la hendidura. *Debo ser rápida*, pensó. Levantó el crys, con la punta hacia arriba. Su pierna izquierda palpitaba allá donde las garras la habían alcanzado. Sintió la tirantez de la costra de sangre seca y luego el fluir de un nuevo borbotón. *¡Muy rápida!* Sumergió sus sentidos en la calma preparatoria para la crisis a la manera Bene Gesserit le había enseñado, y arrojó el dolor y todas las demás distracciones fuera de su consciencia. ¡El tigre debía tenderse hacia abajo! Suavemente, pasó la hoja a lo largo de la abertura. ¿Dónde estaba aquel animal? Rastreó el aire otra vez. Nada. El tigre tenía que haber recibido el estímulo para atacar.

Cuidadosamente, probó con el olfato. Una cálida respiración le llegó desde su izquierda. Entonces se tensó, inspiró profundamente y gritó:

—*¡Taqwa!*

Era el viejo grito de batalla Fremen, y su significado estaba en las más antiguas leyendas: «*¡El precio de la libertad!*». Con el grito lanzó un golpe, con la hoja hacia

la profunda oscuridad que obstruía la embocadura de la cavidad. Las garras hallaron su codo antes de que el cuchillo tocara carne, y ella tuvo tan sólo tiempo de girar el brazo para evitar que las afiladas garras seccionaran su muñeca antes de que el dolor se convirtiera en agonía. Pero a través del terrible dolor sintió que la envenenada punta del cuchillo se hundía en el tigre. La hoja fue arrancada de sus entumecidos dedos. Pero la entrada de la hendidura se iluminó una vez más con la luz de las estrellas, y el lamento de muerte del felino llenó la noche. Ambos siguieron atentamente los espasmos de su agonía mientras se revolcaba entre las rocas. Finalmente se hizo el silencio.

—Me ha alcanzado en el brazo —dijo Ghanima, intentando atar un jirón de su ropa en torno a la herida.

—¿Mucho?

—Creo que sí. No siento la mano.

—Déjame encender una luz y...

—¡No hasta que estemos a cubierto!

—Me apresuraré.

Lo oyó girarse para alcanzar su fremochila, e instalar sobre ellos la cortina protectora de una pantalla nocturna cerrando la abertura. Leto no se preocupó de colocar el impermeabilizante para retener la humedad.

—Mi cuchillo está aquí al lado —dijo ella—. Puedo sentir la empuñadura con mi rodilla.

—Déjalo por ahora.

Encendió un pequeño globo. La brillantez de su luz les hizo parpadear. Leto dejó el globo en el arenoso suelo a un lado, y jadeó cuando vio el brazo de ella. Una de las garras había abierto una larga y profunda herida desde el codo hasta casi la muñeca, por la parte interna del brazo. La herida describía el giro que había hecho Ghanima con el brazo para clavar el cuchillo en la pata del tigre.

Ghanima echó una mirada a la herida, cerró los ojos y empezó a recitar la letanía contra el miedo.

Leto sintió casi físicamente la necesidad de imitarla, pero consiguió echar a un lado el clamor de sus emociones y empezó a vendar la herida. Debía hacerlo cuidadosamente para cortar la hemorragia, pero al mismo tiempo dando la apariencia de que había sido la propia Ghanima la que se lo había hecho. Para conseguir una mayor verosimilitud realizó el vendaje con una sola mano, sujetando el otro extremo con los dientes.

—Ahora veamos la pierna —dijo.

Ella se giró para presentarle la otra herida. No era tan mala como habían creído: dos arañazos profundos en la parte posterior de la pantorrilla. De todos modos, la sangre había manchado todo el destiltraje. La limpió de la mejor manera que pudo, y



la vendó bajo el destiltraje. Luego selló el destiltraje sobre el vendaje.

—No he podido sacarle toda la arena. Háztela curar tan pronto como regreses.

—Arena en nuestras heridas —dijo ella—. Es una vieja historia Fremen.

Él consiguió sonreír y se sentó.

Ghanima inspiró profundamente.

—Lo hemos conseguido.

—Todavía no.

Ella tragó saliva, luchando por recobrarse de las consecuencias del shock. Su rostro estaba pálido a la luz del globo. Y pensó: *Sí, ahora debemos movernos aprisa. Quien quiera que controlara esos tigres puede estar ahí fuera en este momento.*

Leto, mirando a su hermana, sintió una repentina y aguda sensación de pérdida. Era un dolor profundo que atravesaba su pecho. Ahora él y Ghanima debían separarse. Durante todos aquellos años, desde su nacimiento, habían sido una sola persona. Pero ahora su plan exigía que sufriesen una metamorfosis, tomando sus separados caminos en los que la participación en las diarias experiencias ya no los uniría como los había unido hasta entonces.

Retornó con un esfuerzo a las necesidades inmediatas.

—Toma mi fremochila —dijo—. He tomado los vendajes de ella. Alguien puede mirar.

—Sí. —Ghanima cambió su fremochila con la de él.

—Alguien ahí afuera tiene un transmisor para controlar a esos felinos —dijo él—. Lo más probable es que esté esperando cerca del qanat para asegurarse de que todo ha ido bien.

Ella palpó su pistola maula en lo alto de la fremochila, y tras un instante de duda la tomó y se la metió en la faja que sujetaba su cintura, bajo el traje.

—Mi traje está desgarrado.

—Sí.

—Los que nos estén buscando pueden llegar aquí muy pronto —dijo Leto al cabo de un momento—. Podría haber un traidor entre ellos. Será mejor que regreses por tus propios medios. Haz que Harah te oculte.

—Yo... Empezaré a buscar al traidor tan pronto como regrese —dijo ella. Escrutó el rostro de su hermano, compartiendo su dolorosa convicción de que desde aquel punto las diferencias se irían acumulando entre ellos. Nunca más volverían a ser uno, compartiendo sus conocimientos hasta un tal punto que nadie sería capaz de comprender.

—Yo iré a Jacurutu —dijo él.

—Fondak —dijo ella.

El asintió. Jacurutu/Fondak... tenían que ser el mismo lugar. Era la única forma de que aquel legendario lugar pudiera seguir permaneciendo oculto. Era cosa de los

contrabandistas, por supuesto. Qué fácil les resultaba cambiar un nombre por otro, actuando bajo la cobertura de una convención jamás formulada pero que les permitía existir. La familia reinante de un planeta debía tener siempre una puerta trasera para poder escapar in extremis. Y un pequeño tanto por ciento de los beneficios de los contrabandistas mantenía los canales abiertos. En Fondak/Jacurutu, los contrabandistas habían tomado el control de toda la operativa de un sietch sin problemas por parte de la población residente. Y así habían ocultado Jacurutu al aire libre, con la seguridad del tabú que los Fremen habían arrojado sobre él.

—Ningún Fremen pensará en buscarme en un tal lugar —dijo Leto—. Preguntarán entre los contrabandistas, por supuesto, pero...

—Haremos tal como hemos acordado —dijo ella—. Pero...

—Lo sé. —Escuchando su propia voz, Leto se dio cuenta de que ambos estaban intentando prolongar aquellos últimos momentos de identidad. Una torcida sonrisa rozó su boca, añadiendo años a su aspecto. Ghanima se dio cuenta de que lo estaba mirando a través del velo del tiempo, mirando a un Leto más viejo. Las lágrimas ardieron en sus ojos.

—No necesitas todavía dar tu agua al muerto —dijo él, pasando un dedo sobre la humedad de sus mejillas—. Me alejaré hacia afuera hasta que nadie pueda oírme, y entonces llamaré a un gusano —señaló los garfios de doma doblados en la parte exterior de su fremochila—. Estaré en Jacurutu dentro de dos días, antes del alba.

—Cabalga velozmente, amigo mío —susurró ella.

—Volveré a tu lado, mi única amiga —dijo él—. Recuerda ser prudente en el qanat.

—Elige un buen gusano —dijo ella, usando las palabras Fremen de despedida. Apagó el globo con la mano izquierda y la pantalla nocturna se enrolló cuando la soltó, doblándola y metiéndola en la mochila. Oyó a Leto partir, apenas un leve crujido que se desvaneció rápidamente en el silencio cuando salió de las rocas y penetró en el desierto.

Ghanima se armó de valor e hizo lo que tenía que hacer. Leto había muerto para ella. Tenía que llegar a creerlo. No debía haber ningún Jacurutu en su mente, ningún hermano allá afuera buscando un lugar perdido en la mitología Fremen. Desde aquel instante no debía pensar en Leto como en una persona viva. Debía condicionarse a sí misma a reaccionar bajo una convicción total de que su hermano estaba muerto, matado por los tigres laza. No había muchos seres humanos capaces de engañar a una Decidora de Verdad, pero ella sabía cómo hacerlo... y debería hacerlo. Las multividas que ella y Leto habían compartido les habían enseñado cómo hacerlo: un proceso hipnótico ya antiguo en los tiempos de Saba, aunque probablemente ella era el único ser humano vivo capaz de recordar a Saba como una realidad. Aquellas profundas compulsiones habían sido concebidas con gran cuidado y, durante mucho

rato después de que Leto se hubo marchado, Ghanima reconstruyó su propia consciencia, edificándose una hermana que había quedado sola, la gemela superviviente, hasta que fue una creíble totalidad. Y mientras estaba haciendo esto, descubrió que su mundo interior se volvía silencioso, borrada toda intrusión a su consciencia. Era un efecto colateral que no había esperado.

*Si tan sólo Leto siguiera vivo para saber esto*, pensó, y aquel pensamiento no le pareció paradójico. Se puso en pie y escrutó el desierto, en el lugar donde el tigre había acabado con la vida de Leto. Había un sonido que crecía en la arena allá afuera, un sonido familiar a los Fremen: el paso de un gusano. Aunque se habían vuelto raros por aquella parte, algunos llegaban de tanto en tanto. Quizá los últimos espasmos de agonía del primer felino... Sí, Leto había matado a uno de ellos antes de que el otro terminara con él. Era extrañamente simbólico que apareciera un gusano en aquellos momentos. Tan profunda era su compulsión que por un momento vio tres manchas oscuras allá abajo, en la arena: los dos tigres y Leto. Luego llegó el gusano, y sólo quedó la arena con su superficie quebrada por el oleaje causado por el paso de Shai-Hulud. No era un gusano muy grande... pero era grande pese a todo. Y su compulsión no le permitió ver la pequeña figura que cabalgaba el anillado lomo.

Luchando contra su dolor, Ghanima cerró su fremochila y salió cautelosamente de su refugio. Con la mano en su pistola maula, estudió el área. No había ninguna señal de ser humano con un transmisor. Trepó por las rocas y descendió por el lado opuesto, deslizándose a través de las sombras proyectadas por la luna, deteniéndose y volviéndose a detener para asegurarse de que no había ningún asesino siguiendo sus huellas.

A través del espacio abierto pudo ver antorchas agitándose en el Tabr, la ondeante actividad de una búsqueda. Una mancha oscura se movía a través de la arena en dirección a El Que Espera. Ghanima eligió su camino alejándose hacia el norte con relación a la partida que se acercaba, atravesando la arena y avanzando entre las sombras de las dunas. Cuidando que sus pies avanzaran a un ritmo desacompasado para no atraer a ningún gusano, empezó a cruzar la desértica distancia que separaba el Tabr del lugar donde Leto había muerto. Tenía que ser muy prudente en el qanat, recordó. Nadie debía impedirle contar cómo su hermano había perecido al salvarla a ella de los tigres.

Los gobiernos, si perduran, tienden siempre de modo creciente hacia formas aristocráticas. No se conoce ningún gobierno en la historia que haya escapado a este esquema. Y a medida que la aristocracia se desarrolla, el gobierno tiende más y más a actuar exclusivamente en interés de la clase gobernante... sea esta clase una monarquía hereditaria, una oligarquía de imperios financieros, o una burocracia bien afianzada.

*La política como fenómeno repetitivo*, manual de Adiestramiento Bene Gesserit

—¿Por qué me has hecho esta oferta? —preguntó Farad'n—. Es esencial que lo sepa.

Estaban, él y el Bashar Tyekanik, en la antesala de los apartamentos privados de Farad'n. Wensicia estaba sentada a un lado en un diván bajo de color azul, más oyente que participante. Sabía cuál era su posición y se resentía de ello, pero Farad'n había sufrido un terrible cambio desde aquella mañana, cuando ella le había revelado su conjura.

Era la última hora del atardecer en Castel Corrino, y la débil luz acentuaba el tranquilo confort de aquella antesala, una estancia repleta de libros actuales reproducidos en plástico, con estantes que mostraban montañas de bobinas reproductoras, bloques de datos, cintas de hila shiga, amplificadores mnemónicos. Por todas partes a su alrededor había señales de que aquella estancia era muy usada... lomos gastados en los libros, deslustrados en el metal en los amplificadores, bordes desgastados en los bloques de datos. Había tan sólo un diván, pero varios sillones... todos ellos flotantes y sensiformes, diseñados para un confort no opresivo.

Farad'n permanecía de pie, de espaldas a la ventana. Llevaba un simple uniforme Sardaukar, gris y negro, con tan sólo los símbolos dorados de las garras del león en el cuello, como decoración. Había elegido recibir al Bashar y a su madre en aquella estancia con el deseo de crear una atmósfera de más relajada comunicación, difícil de conseguir en un ambiente más formal. Pero los constantes «Mi Señor esto» y «Mi Dama aquello» de Tyekanik mantenían las distancias.

—Mi Señor, no creo que él hiciera esta oferta si no se viera capaz de cumplirla —dijo Tyekanik.

—¡Por supuesto que no! —se entrometió Wensicia.

Farad'n simplemente miró a su madre para hacerla callar, y preguntó:

—¿Nosotros no hemos ejercido ninguna presión en Idaho, algo para conseguir que la promesa del Predicador fuera llevada a cabo?

—No —dijo Tyekanik.

—¿Entonces por qué Duncan Idaho, célebre a lo largo de toda su vida por su fanática lealtad a los Atreides, nos ofrece ahora poner a Dama Jessica en nuestras manos?

—Corren rumores de problemas en Arrakis... —aventuró Wensicia.

—Sin confirmación —dijo Farad'n—. ¿Es posible que el Predicador haya precipitado esto?

—Es posible —dijo Tyekanik—, pero no consigo ver el motivo.

—Idaho dice que está buscando refugio para ella —dijo Farad'n—. Esto podría confirmar tales rumores.

—Precisamente —dijo su madre.

—O podría ser una estratagema de cualquier tipo —dijo Tyekanik.

—Podemos plantear varias suposiciones y explorarlas —dijo Farad'n—. ¿Y si Idaho hubiera caldo en desgracia con su Dama Alia?

—Esto podría explicar muchas cosas —dijo Wensicia—, pero ella...

—¿Todavía no tenemos ninguna noticia de los contrabandistas? —interrumpió Farad'n—. ¿Por qué no podemos...?

—Las transmisiones son siempre lentas en esta estación —dijo Tyekanik—, y las necesidades de seguridad...

—Si, por supuesto, pero de todos modos... —Farad'n agitó la cabeza—. No me gusta esa suposición.

—No nos apresuremos demasiado en abandonarla —dijo Wensicia—. Todas esas historias acerca de Alia y de ese Sacerdote, sea cual sea su nombre...

—Javid —dijo Farad'n—. Pero obviamente es hombre...

—Ha sido una muy valiosa fuente de información para nosotros —dijo Wensicia.

—Estaba diciendo que obviamente es un agente doble —dijo Farad'n—. ¿Cómo podría acusarse a sí mismo en esto? No podemos confiar en él. Hay demasiadas señales...

—Yo no lo veo así —dijo ella.

Farad'n se sintió repentinamente irritado por la estrechez de miras de ella.

—¡Toma mi palabra por buena, madre! Las señales están aquí; te las explicaré más tarde.

—Me temo que tengo que estar de acuerdo en eso —dijo Tyekanik.

Wensicia se sumergió en un dolido silencio. ¿Cómo se atrevían a empujarla de aquel modo fuera del Consejo? Como si ella fuera una de aquellas mujeres sin seso y caprichosas que no...

—No debemos olvidar que Idaho fue antes un ghola —dijo Farad'n—. Los tleilaxu... —miró de soslayo a Tyekanik.

—Este camino será explorado —dijo Tyekanik. Se descubrió admirando la forma en que trabajaba la mente de Farad'n: alerta, inquisitiva, aguda. Sí, los tleilaxu, restaurando la vida de Idaho, quizás hubieran implantado un poderoso aguijón dentro de él para su propio uso.

—Pero no acabo de comprender los motivos de los tleilaxu —dijo Farad'n.

—Una inversión en nuestras fortunas —dijo Tyekanik—. ¿Un pequeño seguro

para futuros favores?

—Una gran inversión, me atrevería a llamarlo —dijo Farad'n.

—Peligrosa —dijo Wensicia.

Farad'n tuvo que estar de acuerdo con ella. Las capacidades de Dama Jessica eran notorias en el Imperio. Después de todo había sido una de las que habían adiestrado a Muad'Dib.

—Si llegara a saberse que nosotros la ocultamos... —dijo Farad'n.

—Si, podría ser un arma de dos filos —dijo Tyekanik—. Pero no tiene por qué saberse.

—Supongamos —dijo Farad'n— que aceptamos esta oferta. ¿Cuál es su valor? ¿Podemos cambiarla por algo de mayor importancia?

—No abiertamente —dijo Wensicia.

—¡Por supuesto que no! —Farad'n miró expectante a Tyekanik.

—Habría que verlo —dijo Tyekanik.

Farad'n asintió.

—Sí. Pienso que, si aceptamos, podemos considerar a Dama Jessica como un dinero puesto en la banca para usarlo en su momento. Después de todo, la riqueza no debe ser gastada necesariamente en una cosa en particular. Basta con que sea... potencialmente utilizable.

—Puede ser una prisionera muy peligrosa —dijo Tyekanik.

—Esto es algo que habrá que considerar, por supuesto —dijo Farad'n—. Me han dicho que su adiestramiento Bene Gesserit le permite manipular a las personas con tan sólo un empleo sutil de su voz.

—O de su cuerpo —dijo Wensicia—. En una ocasión Irulan me divulgó algunas de las cosas que había aprendido. En aquella ocasión simplemente se estaba vanagloriando, y no vi ninguna demostración. Pero de todos modos existe la evidencia casi concluyente de que las Bene Gesserit poseen sus propios medios para alcanzar sus fines.

—¿Acaso estás sugiriendo —preguntó Farad'n— que tal vez intente seducirme?

Wensicia se limitó a alzarse de hombros.

—Me atrevería a decir que es un tanto vieja para eso, ¿no crees? —observó Farad'n.

—Con una Bene Gesserit no hay nada seguro —dijo Tyekanik.

Farad'n experimentó un estremecimiento de excitación mezclada con miedo. Jugar aquel juego de devolver a la Casa de los Corrino el alto sitio de poder que le había sido arrebatado lo atraía y lo repelía al mismo tiempo. Qué atractiva seguía siendo la posibilidad de retirarse de aquel juego y enfrascarse en sus ocupaciones preferidas... la investigación histórica y el aprendizaje de sus principales deberes para reinar aquí, en Salusa Secundus. La restauración de sus fuerzas Sardaukar ya era

una gran tarea en sí misma... y Tyek era un valioso instrumento para esta misión. Después de todo, incluso un solo planeta creaba una enorme responsabilidad. Pero el Imperio representaba una responsabilidad aún mucho mayor, muchísimo más atractiva como instrumento de poder. Y cuanto más leía acerca de Muad'Dib/Paul Atreides, más fascinado se sentía con las posibilidades de uso del poder. Como cabeza titular de la Casa de los Corrino, heredero de Shaddam IV, ¡qué gran logro sería devolver a su estirpe el Trono del León! Deseaba hacerlo. Lo deseaba realmente. Farad'n había descubierto que, repitiéndose aquella tentadora letanía varias veces, conseguía superar todas sus momentáneas dudas.

Tyekanik estaba hablando:

—... y, por supuesto, la Bene Gesserit enseña que la paz alienta la agresión, con lo cual enciende la mecha de la guerra. La paradoja de...

—¿Cómo hemos llegado a este tema? —preguntó Farad'n, apartando su atención de la arena de las especulaciones.

—Bueno —dijo Wensicia suavemente, habiendo notado la expresión distraída del rostro de su hijo—, yo simplemente he preguntado si Tyek estaba familiarizado con la filosofía básica que está tras la Hermandad.

—A la filosofía habría que aproximarse con irreverencia —dijo Farad'n, girándose para hacer frente a Tyekanik—. Con respecto a la oferta de Idaho, pienso que deberíamos investigar más. Cuando pensamos que conocemos algo es precisamente cuando debemos mirar más profundamente dentro de ello.

—Así será hecho —dijo Tyekanik. Le gustaba aquella cautela en Farad'n, pero deseaba que no se extendiera a aquellas decisiones militares que requerían rapidez y precisión.

Con un tono en apariencia irrelevante, Farad'n preguntó:

—¿Sabes qué es lo que considero más interesante de la historia de Arrakis? Esa costumbre de los Fremen, en los tiempos primitivos, de matar a la vista a cualquiera que no fuera enfundado en un destiltraje con su capucha convenientemente enfundada, ambas prendas fácilmente visibles desde la distancia.

—¿A qué se debe vuestra fascinación por el destiltraje? —preguntó Tyekanik.

—Lo has notado, ¿eh?

—¿Cómo no podría notarlo? —preguntó Wensicia.

Farad'n lanzó una irritada mirada a su madre. ¿Por qué lo interrumpía de aquel modo? Volvió su atención a Tyekanik.

—El destiltraje es la clave del carácter de ese planeta, Tyek. Es la marca de fábrica de Dune. La gente tiende a concentrarse en las características físicas: el destiltraje conserva la humedad del cuerpo, la recicla, y hace posible la existencia de un tal planeta. ¿Sabes? La costumbre Fremen era poseer un solo destiltraje para cada miembro de la familia, *excepto* para los recolectores de alimento. Estos tenían

recambios. Pero observad bien los dos, por favor —hizo un gesto para abarcar a su madre—, cómo las prendas que se parecen a los destiltrajes, aunque realmente no lo son, han empezado a ponerse de moda en todo el Imperio. Es una característica dominante de todos los seres humanos copiar al conquistador.

—¿Realmente creéis que esta información posee algún valor? —preguntó Tyekanik, en tono perplejo.

—Tyek, Tyek... sin tales informaciones, uno no puede gobernar. He dicho que el destiltraje era la clave de su carácter, ¡y lo es! Es algo conservador. Y los errores que cometan los Fremen serán siempre errores conservadores.

Tyekanik miró a Wensicia, que estaba mirando a su hijo con el ceño fruncido. Aquella característica de Farad'n atraía y preocupaba al mismo tiempo al Bashar. Era tan poco propia del viejo Shaddam. Este había sido esencialmente un Sardaukar: una militar máquina de matar con pocas inhibiciones. Pero Shaddam había caído frente a los Atreides al mando de aquel maldito Paul. Por supuesto, lo que había leído acerca de Paul Atreides revelaba exactamente las características que ahora estaba enumerando Farad'n. Era posible que Farad'n hubiera vacilado menos que un Atreides ante las más brutales necesidades, pero su adiestramiento era también Sardaukar.

—Muchos han gobernado sin usar este tipo de información —dijo Tyekanik.

Farad'n simplemente se lo quedó mirando unos instantes. Luego dijo:

—Gobernado y fracasado.

La boca de Tyekanik se convirtió en una delgada línea ante aquella obvia alusión al fracaso de Shaddam. Había sido también un fracaso Sardaukar, y a ningún Sardaukar le era fácil recordarlo.

Habiendo demostrado lo que quería, Farad'n dijo:

—Ya ves, Tyek, que la influencia de un planeta sobre el inconsciente colectivo de sus habitantes nunca ha sido apreciado tal como merecía. Para vencer a los Atreides debemos comprender no sólo Caladan sino Arrakis: un planeta blando y el otro un campo de adiestramiento para las más duras decisiones. Esta unión entre los Atreides y los Fremen fue un acontecimiento único. Debemos saber cómo se produjo o de otro modo no seremos capaces de combatirlo, y ya no digo vencerlo.

—¿Qué tiene que ver todo esto con la oferta de Idaho? —preguntó Wensicia.

Farad'n miró compasivamente a su madre.

—Estamos iniciando su fracaso con las formas de tensión que estamos introduciendo en su sociedad. Este es un muy potente instrumento: la tensión. Y su ausencia es también muy importante. ¿No habéis notado cómo los Atreides han ayudado a que las cosas sean cada vez más suaves y fáciles allí?

Tyekanik se permitió un breve gesto de asentimiento. Aquel era un buen tanto. Los Sardaukar no podían permitirse ser blandos. Pero la oferta de Idaho seguía



preocupándole.

—Quizá sería mejor rechazar la oferta —dijo.

—Todavía no —dijo Wensicia—. Tenemos un espectro de posibilidades abierto ante nosotros. Nuestra tarea es identificar qué amplitud del espectro podemos abarcar. Mi hijo tiene razón: necesitamos más información.

Farad'n la miró, midiendo sus intenciones más allá del significado superficial de sus palabras.

—¿Pero podremos saber cuándo habremos superado el punto a partir del cual ya no hay elección alternativa? —preguntó.

Tyekanik emitió una ácida risita.

—Si deseáis mi opinión, hace ya mucho que hemos pasado el punto de no retorno.

Farad'n echó la cabeza hacia atrás y lanzó una risotada.

—¡Pero seguimos teniendo elecciones alternativas, Tyek! Lo más importante que debemos reconocer es el momento en que lleguemos al final de nuestra cuerda!

En esta época en la que los medios de transporte de seres humanos incluyen artilugios que pueden atravesar las profundidades del espacio en el transtempo, y otros artilugios que pueden transferir instantáneamente a los hombres a través de virtualmente intravesables superficies planetarias, parece extraño pensar en interminables viajes realizados a pie. Sin embargo, este sigue siendo el medio primario de viajar en Arrakis, un hecho parcialmente atribuido a una preferencia generalizada y parcialmente al brutal tratamiento que este planeta reserva a cualquier artilugio mecánico. En las duras condiciones de Arrakis, la carne humana resulta ser el más durable y confiable elemento para el Hajj. Quizás es la implícita consciencia de este hecho lo que hace de Arrakis el supremo espejo del alma.

*Manual del Hajj*

Lentamente, cautelosamente, Ghanima regresó al Tabr, escudándose en las más profundas sombras de las dunas, agazapándose en la oscuridad cuando las partidas de búsqueda pasaban muy cerca de ella. Una terrible consciencia la inundó: el gusano que había dado cuenta de los tigres y del cuerpo de Leto, los peligros que había que afrontar. Leto ya no existía; su gemelo ya no existía. Echó a un lado todas las lágrimas y aumentó su rabia. En aquello era pura Fremen. Y fue consciente de ello, y se recreó en ello.

Comprendió lo que se decía acerca de los Fremen. Se suponía que no tenían consciencia, que la habían perdido en el fuego de la venganza contra aquellos que les habían hecho huir de planeta en planeta en su larga peregrinación. Aquello era una estupidez, por supuesto. Sólo los bárbaros más primitivos no tienen consciencia. Los Fremen poseían una consciencia altamente evolucionada, centrada en su propia supervivencia como pueblo. Tan sólo los extranjeros venidos de otros planetas podían considerarlos embrutecidos... al igual que los extranjeros venidos de otros planetas les parecían unos embrutecidos a los Fremen. Cada Fremen sabía muy bien que podía llevar a cabo un hecho brutal sin sentirse culpable por ello. Los Fremen no sentían ninguna culpabilidad por cosas que hubieran hecho estremecer las consciencias de otros. Sus rituales los liberaban de la culpabilidad, que de otro modo hubiera terminado destruyéndoles. Sabían en lo más profundo de su consciencia que cualquier transgresión podía ser atribuida, al menos en parte, a circunstancias atenuantes muy bien definidas: «falta de autoridad», o «una tendencia *natural* hacia el mal», compartida con todos los seres humanos, o una «mala fortuna» que cualquier criatura racional era capaz de identificar como una colisión entre la carne mortal y el caos exterior del universo.

En aquel contexto, Ghanima se sintió pura Fremen, una extensión cuidadosamente preparada de la brutalidad tribal.

Necesitaba tan sólo un blanco... y éste, obviamente, era la Casa de los Corrino.

Ardía en deseos de ver la sangre de Farad'n derramándose en el suelo a sus pies.

Ningún enemigo la aguardaba en el qanat. Incluso las partidas de búsqueda habían ido hacia otros lugares. Cruzó el agua por encima de un puente de tierra, se arrastró través de la alta hierba hacia la salida oculta del sietch. Una brusca luz brilló ante ella, y Ghanima se echó de bruces al suelo. Miró hacia adelante a través de los tallos de alfalfa gigante. Una mujer había entrado por el acceso oculto del exterior, y alguien había recordado que había que preparar aquel acceso tal como debía ser preparada cualquier entrada del sietch. En los tiempos difíciles, cualquiera era recibido a la entrada del sietch con una deslumbrante luz que le cegaba temporalmente, el tiempo necesario para permitir a los guardias decidir. Pero tal acogida no había significado nunca que los chorros de luz surgieran libremente al desierto. La luz visible significaba que alguien había dejado abiertos los sellos exteriores.

Ghanima sintió una profunda amargura ante aquella traición a la seguridad del sietch, aquel violento chorro de luz. La blandura de los nuevos Fremen se había infiltrado por todas partes.

La luz continuó bailando en el exterior hasta la base de las rocas. Una mujer joven salió corriendo de la oscuridad de las plantaciones hacia la luz, con movimientos aparentemente temerosos. Ghanima pudo ver el brillante círculo de un globo en el interior del acceso, con un halo de insectos a su alrededor. La luz iluminaba dos oscuras sombras en el interior del acceso: un hombre y una muchacha. Estaban cogidos de la mano y se miraban mutuamente a los ojos.

Ghanima notó algo equívoco en aquel hombre y aquella mujer. No eran tan sólo dos enamorados buscando un momento de respiro en mitad de la búsqueda. La luz permanecía suspendida por encima y detrás de ellos en el pasadizo que se adentraba en el sietch. Estaban hablando, dos siluetas proyectándose hacia la noche en un cerco de luz, visibles para cualquiera que espicara desde fuera sus movimientos. El hombre liberaba ocasionalmente una mano. La mano trazaba un arco en la luz, un seco y furtivo movimiento que, una vez completado, regresaba a las sombras.

Los aislados rumores de las criaturas nocturnas llenaban la oscuridad en torno a Ghanima, pero ella apartó enérgicamente tales distracciones.

¿Qué ocurría con aquellos dos?

Los movimientos del hombre eran tan estáticos, tan cautelosos.

El hombre se giró. El reflejo de las ropas de la mujer lo iluminaron, exponiendo un rostro rojo y blando con una enorme nariz llena de granos. Ghanima inspiró profunda y silenciosamente al reconocerlo. *¡Palimbasha!* Era uno de los nietos de un Naib cuyos hijos habían caído al servicio de los Atreides. El rostro —y otra cosa revelada por un abrir de sus ropas al girarse— le dieron a Ghanima un cuadro completo de la situación. Bajo la ropa llevaba un cinturón, y sujeto al cinturón había

una caja que brillaba con mandos y diales. Era un instrumento de los tleilaxu o de los ixianos, sin la menor duda. Era el transmisor que había desencadenado a los tigres. Palimbasha. Aquello significaba que otra familia de Naibs se había pasado a la Casa de los Corrino.

¿Quién era aquella mujer, entonces? No tenía importancia. Era tan sólo alguien a quien Palimbasha había utilizado.

Esponáneamente, un pensamiento Bene Gesserit surgió en la mente de Ghanima: *Cada planeta tiene su propio período, como la vida misma.*

Recordó bien a Palimbasha, mientras lo observaba allí con aquella mujer, viendo el transmisor, los furtivos movimientos. Palimbasha enseñaba en la escuela del sietch. Matemáticas. Como matemático era un patán. Había intentado explicar a Muad'Dib a través de las matemáticas hasta que fue censurado por los Sacerdotes. Era un esclavista mental, y su proceso de esclavitud era extremadamente simple de comprender: transfería el conocimiento técnico sin transferir los valores.

*Debería haber sospechado antes de él, pensó Ghanima. Todas las señales estaban ahí.*

Luego, con un ácido ardor en el estómago: *¡Él ha matado a mi hermano!*

Se esforzó en permanecer tranquila. Palimbasha podía matarla a ella también, si intentaba penetrar por aquel acceso oculto. Entonces comprendió la razón de aquel tan poco Fremien derroche de luz que traicionaba la entrada secreta. Estaban comprobando por medio de aquella luz si alguna de sus víctimas había conseguido escapar. Debía ser un terrible tiempo de espera para ellos, sin saber lo que ha ocurrido. Y ahora que Ghanima había visto el transmisor pudo explicarse algunos de los gestos de su mano. Palimbasha estaba pulsando uno de los mandos del transmisor con mucha frecuencia, en un gesto rabioso.

La presencia de aquella pareja le decía mucho a Ghanima. Probablemente cada acceso al sietch contenía un servidor similar en su embocadura.

Se rascó la nariz allá donde el polvo le picaba. Su pierna herida le seguía pulsando, y el brazo que había empuñado el cuchillo le ardía. Sus dedos seguían entumecidos. Si hubiera tenido que usar el cuchillo, hubiera debido empuñarlo con su mano izquierda.

Ghanima pensó en usar la pistola maula, pero su sonido característico seguramente atraería una indeseada atención. Tenía que encontrar algún otro medio.

Palimbasha se metió un poco más en la entrada. Se convirtió en un objeto oscuro contra la luz. La mujer giró su atención hacia la noche exterior mientras seguía hablando. Había en ella una adiestrada vigilancia, una sensación de que sabía cómo mirar la oscuridad, usando el rabillo de sus ojos. Entonces, era más que un simple instrumento. Formaba parte de lo más profundo de la conjura.

Entonces recordó Ghanima que aquel Palimbasha aspiraba a convertirse en un

Kaymakam, un gobernador político bajo la Regencia. Debía formar parte de un plan mucho más vasto, aquello estaba claro. Debía haber muchos otros con él. Incluso aquí en el Tabr. Ghanima examinó las implicaciones que el problema exponía, las fue tanteando. Si consiguiera atrapar a alguno de aquellos guardianes con vida, muchos otros se verían perdidos.

El resoplido de un pequeño animal bebiendo en el qanat cerca de ella llamó su atención. Sonidos naturales y cosas naturales. Su memoria buscó a través de una extraña barrera silenciosa en su mente, y encontró a una sacerdotisa de Jowf capturada en Asiria por Sennacherib. Los recuerdos de aquella sacerdotisa le dijeron a Ghanima lo que debía hacer aquí. Palimbasha y su mujer eran apenas chiquillos, indóciles y peligrosos. No sabían nada de Jowf, ni siquiera sabían el nombre del planeta donde Sennacherib y la sacerdotisa se habían convertido en polvo. Lo que iba a ocurrirles a aquella pareja de conspiradores, si les fuera explicado, podría ser explicado tan sólo en términos de algo que empezara allí.

Y terminara allí.

Rodando sobre un costado, Ghanima tomó su fremochila y liberó el snork de arena de sus correas. Le sacó el tapón, extrajo el largo filtro de su interior. Ahora tenía un tubo vacío, abierto por ambos lados. Seleccionó una aguja de la bolsa de recambios, desenvainó el crys, é insertó la aguja en el hueco del veneno en la punta del cuchillo, allá donde en su tiempo se había alojado el nervio del gusano de arena. Su brazo herido hizo dificultoso su trabajo. Se movió cuidadosa y lentamente, envolviendo con meticulosidad la aguja envenenada en un apretado rollo de fibra de especia que sacó de uno de los departamentos de la mochila. La aguja quedó así firmemente asentada en el rollo de fibra, formando un proyectil que se ajustaba perfectamente al tubo del snork de arena.

Sujetando el arma plana contra su pecho, Ghanima se arrastró hacia la luz, moviéndose lentamente para causar la mínima alteración en la alfalfa. Mientras se movía, estudió los insectos alrededor de la luz. Si, había moscas piume en aquel girante torbellino. Eran notorias picadoras. El dardo envenenado ni siquiera sería notado, tomado por una molesta mosca. La decisión a tomar era: ¿A cuál de los dos había que alcanzar... al hombre o a la mujer?

*Muriz.* El nombre saltó sin desearlo a la mente de Ghanima. Aquel era el nombre de la mujer. Recordó las cosas que había oído de ella. Era una de las que zumbaban en torno a Palimbasha como los insectos zumbaban en torno a la luz. Era una mujer débil, que se dejaba influenciar fácilmente.

Muy bien. Palimbasha había elegido la compañía equivocada aquella noche.

Ghanima llevó el tubo a su boca y, con el recuerdo de la sacerdotisa de Jowf límpido en su consciencia, apuntó cuidadosamente y expelió el aire con un fuerte soplo.

Palimbasha palmeó su mejilla, retirando la mano con un puntito de sangre en ella. La aguja ni siquiera pudo ser vista, echada a un lado por el mismo movimiento de la mano. La mujer dijo algo para calmarlo, y Palimbasha se echó a reír. Y mientras reía, sus piernas empezaron a doblársele. Se derrumbó sobre la mujer, que intentó sujetarlo.

Estaba aún vacilando bajo aquel peso muerto cuando Ghanima llegó a su lado y oprimió la punta del crys contra su costado.

En tono conversacional, Ghanima dijo:

—No hagas ningún movimiento inesperado; Muriz. Mi cuchillo está envenenado. Y ahora ya puedes soltar a Palimbasha. Está muerto.

En todas las máximas fuerzas socializantes uno hallará siempre un movimiento subterráneo que pretende conseguir y mantener el poder a través del uso de las palabras. Desde los doctores brujos hasta los sacerdotes y hasta los burócratas, siempre es así. El populacho gobernado debe ser condicionado a aceptar el poder de las palabras como cosas actuales, para confundir el sistema simbolizado con el universo tangible. En el mantenimiento de una tal estructura de poder, algunos símbolos son mantenidos fuera del alcance de la común comprensión... símbolos tales como aquellos que tienen relación con la manipulación económica o aquellos que definen la interpretación local del sano juicio. Una ocultación simbólica de esta clase conduce al desarrollo de sublenguajes fragmentarios, y cada uno de ellos se convierte en una señal que sus usuarios van acumulando como una cierta forma de poder. Debido a esta comprensión de los nuevos procesos de formación del poder, nuestra Fuerza de Seguridad Imperial debe estar siempre alerta a la formación de sublenguajes.

Lección en la Universidad de la Guerra de Arrakis, por la PRINCESA IRULAN

—Quizá sea innecesario decíroslo —observó Farad'n— pero para evitar cualquier error debo anunciar que he situado a un centinela sordomudo con órdenes de mataros a ambos en el momento mismo en que yo muestre señales de estar sucumbiendo a la brujería.

No esperaba apreciar ningún efecto visible ante aquellas palabras. Tanto Dama Jessica como Idaho confirmaron sus expectativas.

Farad'n había elegido cuidadosamente el lugar para su primer examen de la pareja. La antigua Sala de Audiencias Oficiales de Shaddam. Lo que le faltaba en grandeza quedaba compensado por lo exótico de la decoración. Afuera reinaba un atardecer de invierno, pero la iluminación de la estancia, sin ventanas, simulaba un radiante día de verano, bañada por la dorada luz de varios globos del más puro cristal ixiano sabiamente dispuestos.

Las noticias llegadas de Arrakis habían llenado a Farad'n de una tranquila exaltación. Leto, el gemelo masculino, estaba muerto, despedazado por un tigre asesino. Ghanima, la hermana superviviente, estaba bajo la custodia de su tía, presumiblemente como rehén. El informe en su totalidad explicaba mucho de la presencia de Idaho y de Dama Jessica. Estaban pidiendo asilo. Los espías de los Corrino informaban de una situación de incertidumbre en Arrakis. Alia había aceptado someterse a una prueba denominada «El Juicio de la Posesión», cuyo propósito no había sido completamente explicado. De todos modos, no había sido fijada ninguna fecha para aquel juicio, y dos de los espías de Corrino coincidían en creer que nunca tendría lugar. De todos modos, había algunas cosas evidentes: se habían producido encuentros entre los Fremen del desierto y los Fremen del Ejército Imperial, una abortada guerra civil que había conducido al gobierno a una inmovilidad temporal. El territorio de Stilgar era ahora un terreno neutral, señalado

como tal tras un intercambio de rehenes. Evidentemente Ghanima había sido considerada uno de esos rehenes, aunque no quedaba clara la forma en que se había producido.

Jessica e Idaho habían sido llevados a la audiencia concienzudamente atados en sillas a suspensor. Ambos estaban inmovilizados por delgados y mortíferos hilos shiga que cortarían su carne al menor gesto violento. Dos soldados Sardaukar los habían traído hasta allí, habían controlado las ligaduras, y luego se habían ido en silencio.

La advertencia de Farad'n había sido, por supuesto, innecesaria. Jessica había visto inmediatamente al soldado sordomudo de pie junto a la pared, a su derecha, con una antigua pero eficiente arma a proyectiles en su mano. Dejó vagar su mirada por la exótica decoración. Las anchas hojas del raro arbusto de hierro habían sido incrustadas con perlas ojo y luego entrelazadas para formar el crucero de la bóveda en forma de domo del techo. El suelo debajo de ella estaba formado por bloques alternados de madera diamante y conchas kabuzu embutidas en franjas rectangulares de huesos de passaquet. Los bloques habían sido encajados en el suelo, cortados al láser y luego pulidos. Materiales duros seleccionados decoraban las paredes formando diseños que resaltaban las cuatro posiciones del símbolo del León reivindicado por los descendientes del difunto Shaddam IV. Los leones habían sido moldeados en oro sin refinar.

Farad'n había decidido recibir a los cautivos de pie. Llevaba el pantalón corto del uniforme y una ligera chaquetilla dorada de seda de elfo abierta en el cuello. Su único adorno era la explosión estelar correspondiente a los príncipes que su familia real llevaba a la izquierda en el pecho. Estaba asistido por el Bashar Tyekanik, vestido con uniforme Sardaukar color marrón y gruesas botas; una adornada pistola láser colgaba en la parte delantera de su cinturón, metida en su funda. Tyekanik, cuyo macizo rostro era conocido de Jessica a través de los informes de la Bene Gesserit, se mantenía inmóvil tres pasos a la izquierda y ligeramente detrás de Farad'n. Un trono de madera oscura descansaba en el suelo cerca de la pared, directamente detrás de ambos.

—Ahora —dijo Farad'n, dirigiéndose a Jessica—, ¿tenéis algo que decir?

—Desearía saber por qué hemos sido atados así —dijo Jessica, indicando el hilo shiga.

—Acabamos de recibir informes procedentes de Arrakis que explican vuestra presencia aquí —dijo Farad'n—. Quizás os deje libres ahora —sonrió—. Si vos... —se interrumpió al entrar su madre por la puerta de autoridades tras los cautivos.

Wensicia casi rozó a Jessica e Idaho al pasar por su lado, sin siquiera echarles una mirada, y entregó un pequeño cubo de mensajes a Farad'n, activándolo. Farad'n estudió la superficie iluminada, mirando ocasionalmente a Jessica y luego al cubo. La



superficie iluminada se oscureció de nuevo y Farad'n devolvió el cubo a su madre, indicándole que se lo mostrara a Tyekanik. Mientras ella obedecía, Farad'n miró a Jessica con el ceño fruncido.

Tras un momento, Wensicia se situó al lado de Farad'n, a la derecha, con el apagado cubo en su mano, parcialmente oculto en un pliegue de su blanco vestido.

Jessica miró a su izquierda, a Idaho, pero él rehusó cruzar su mirada.

—La Bene Gesserit está descontenta conmigo —dijo Farad'n—. Creen que soy el responsable de la muerte de vuestro nieto.

Jessica mantuvo su rostro impasible, mientras pensaba: *Así pues, la historia de Ghanima ha sido comprobada, a menos que...* No le gustaban las incógnitas que se desprendían de ello.

Idaho cerró los ojos, luego los abrió para mirar a Jessica. Ella continuó con la vista clavada en Farad'n. Idaho le había hablado de su visión Rhajia, pero ella había aparentando no darle importancia. No sabía cómo catalogar su ausencia de emociones. De todos modos, era obvio que ella sabía algo que no quería revelar.

—Esta es la situación —dijo Farad'n, y procedió a explicar todo lo que sabía acerca de los acontecimientos en Arrakis sin olvidar nada. Concluyó—: Vuestra nieta ha sobrevivido, pero me han informado que está bajo la custodia de Dama Alia. Esto debería tranquilizaros.

—¿Has sido tú quien ha matado a mi nieto? —preguntó Jessica.

Farad'n respondió con sinceridad:

—No he sido yo. He sabido recientemente de un complot, pero no ha sido maquinado por mí.

Jessica miró a Wensicia, captó la expresión de maligna alegría en aquel rostro en forma de corazón: *¡Ha sido ella! La leona tiembla por su cachorro.* Aquel era un juego que la leona iba a lamentar, si seguía con vida.

Volviendo de nuevo su atención a Farad'n, Jessica dijo:

—Pero la Hermandad cree que tú lo has matado.

Farad'n se giró hacia su madre.

—Muéstrale el mensaje.

Wensicia dudó. Farad'n adoptó un tono irritado que Jessica anotó para futuro uso.

—¡Te he dicho que se lo muestres!

Con el rostro pálido, Wensicia presentó a Jessica la cara del cubo que contenía el mensaje y lo activó. Las palabras se deslizaron a través de la cara, respondiendo a los movimientos de los ojos de Jessica: *«El Consejo de la Bene Gesserit en Wallach IV envía una protesta formal contra la Casa de los Corrino en relación con el asesinato de Leto Atrides II. Las argumentaciones y las pruebas aportadas han sido dirigidas a la Comisión de Seguridad Interna del Landsraad. Será elegido un terreno neutral, y los nombres de los jueces serán sometidos para su aprobación a todas las partes.*

*Se solicita una respuesta inmediata. Sabit Rekush, por el Landsraad».*

Wensicia regresó al lado de su hijo.

—¿Qué vas a responder? —preguntó Jessica.

—Desde el momento en que mi hijo aún no ha sido investido formalmente como cabeza de la casa de los Corrino —dijo Wensicia—, yo... ¿Adónde vas? —sus últimas palabras iban dirigidas a Farad'n que, mientras ella hablaba, se había girado y se dirigía hacia una puerta lateral junto al vigilante sordomudo.

Farad'n se detuvo y se giró a medias.

—Regreso a mis libros y a todas las demás investigaciones, que tienen mucho más interés para mí.

—¿Cómo te atreves? —exclamó Wensicia. Un teñido rubor surgió de su cuello a sus mejillas.

—Me atreveré a muchas cosas en mi propio nombre —dijo Farad'n—. Tú has tomado decisiones en mi nombre, decisiones que yo considero extremadamente desagradables. ¡O bien desde este momento tomo las decisiones en mi propio nombre, o puedes ir a buscarte otro heredero para la Casa de los Corrino!

Jessica pasó rápidamente su mirada por los participantes en aquella disputa, captando la auténtica irritación de Farad'n. El Ayudante Bashar permanecía de pie en posición de firmes, intentando aparentar que no había oído nada. Wensicia vaciló, al borde de echarse a gritar de rabia. Farad'n parecía perfectamente dispuesto a aceptar cualquier salida de aquel enfrentamiento. Jessica se vio obligada a admirar su serenidad, captando varias cosas en aquella confrontación que más tarde podrían ser de gran valor para ella. Parecía que la decisión de enviar tigres asesinos contra sus nietos había sido tomada sin el conocimiento de Farad'n. Apenas podían quedar dudas de su sinceridad cuando había dicho que había sabido del complot tras su puesta a punto. No cabía error en la auténtica ira que brillaba en sus ojos mientras permanecía de pie allá, dispuesto a aceptar cualquier decisión.

Wensicia inspiró profunda y temblorosamente.

—Muy bien —dijo—. La investidura formal tendrá lugar mañana. Pero puedes actuar desde ahora como si ya se hubiera producido. —Miró a Tyekanik, que se negó a cruzar su mirada.

*Habrà una auténtica batalla de gritos apenas madre e hijo hayan salido de aquí,* pensó Jessica. *Pero creo que el vencedor va a ser él.* Dejó que sus pensamientos regresaran al mensaje del Landsraad. La Hermandad había elaborado su mensaje con una sutileza típica de la Bene Gesserit. Oculto en aquella nota formal de protesta había un mensaje para los ojos de Jessica. Las interlíneas del mensaje decían que los espías de la Hermandad sabían la situación de Jessica y habían calificado a Farad'n con una suprema exactitud al calcular quién le iba a mostrar el mensaje a su prisionera.

—Desearía una respuesta a mi pregunta —dijo Jessica, dirigiéndose a Farad'n apenas este giró el rostro hacia ella.

—Diré al Landsraad que no tengo nada que ver con este asesinato —dijo Farad'n—. Añadiré que comparto la repugnancia de la Hermandad por el modo en que ha sido realizado, aunque no pueda sentirme totalmente disgustado por los resultados. Mis excusas por el dolor que este hecho os haya podido causar. El destino golpea en cualquier lugar.

*¡El destino golpea en cualquier lugar!*, pensó Jessica. Aquella había sido una de las frases favoritas de su Duque, y algo en las maneras de Farad'n indicaba que debía saberlo muy bien. Se forzó a sí misma a ignorar la posibilidad de que realmente hubiera sido él el causante de la muerte de Leto. Debía asumir que los temores de Ghanima en relación a Leto habían motivado una completa revelación de los planes de los gemelos. Los contrabandistas pondrían a Gurney en situación de encontrarse con Leto, y entonces la Hermandad podría actuar. Leto debía ser probado. Tenía que serlo. Sin la prueba estaba condenado, como Alia estaba condenada. Y Ghanima... Bueno, se ocuparía de aquello más tarde. No había forma de enviar a la preñada a la Reverenda Madre Gaius Helen Mohiam ahora.

Jessica suspiró profundamente.

—Más pronto o más tarde —dijo—, a alguien se le ocurrirá que tú y mi nieta podríais unir nuestras dos casas y cicatrizar así las viejas heridas.

—Ya se me ha hablado de ello como una posibilidad —dijo Farad'n, mirando brevemente a su madre—. Mi respuesta fue que prefiero esperar al resultado de los recientes acontecimientos en Arrakis. No necesitamos una decisión apresurada.

—Existe también la posibilidad de que tú le hayas hecho el juego a mi hija —dijo Jessica.

Farad'n se envaró.

—¡Explicaos!

—Las cosas en Arrakis no son como pueden parecerse —dijo Jessica—. Alia lleva a cabo su propio juego. El juego de una Abominación. Mi nieta está en peligro a menos que Alia encuentre un medio de servirse de ella.

—¿Esperas hacerme creer que vos y vuestra hija estáis en campos opuestos, que los Atreides luchan con los Atreides?

Jessica miró a Wensicia, luego de nuevo a Farad'n.

—Los Corrino luchan con los Corrino.

Una agria sonrisa se dibujó en los labios de Farad'n.

—Tocado. ¿Cómo creéis que le he hecho el juego a vuestra hija?

—Dejándote implicar en la muerte de mi nieto, secuestrándome.

—Secues...

—No creas a esa bruja —advirtió Wensicia.

—Yo elegiré a quién debo creer, madre —dijo Farad'n—. Perdonadme, Dama Jessica, pero no comprendo ese asunto del secuestro. Se me ha dado a entender que vos y vuestro fiel secuaz...

—Que es el esposo de Alia —dijo Jessica.

Farad'n dirigió una inquisitiva mirada a Idaho, luego miró al Bashar.

—¿Qué opinas tú, Tyek?

Aparentemente, el Bashar pensaba casi lo mismo que Jessica. Dijo:

—Me gusta su razonamiento. Es cauteloso.

—Él es un gholam-mentat —dijo Farad'n—. Podemos sondearlo hasta la muerte sin conseguir arrancarle una respuesta segura.

—Pero es una buena premisa trabajar pensando que podemos ser engañados —dijo Tyekanik.

Jessica supo que había llegado el instante de efectuar su movimiento. Si tan sólo la pesadumbre de Idaho lo mantenía dentro de los límites de la parte reservada a él. Le desagradaba utilizarlo de aquella manera, pero había otras consideraciones más importantes.

—Para empezar —dijo Jessica—, puedo anunciar públicamente que he venido aquí por mi propia y libre elección.

—Interesante —dijo Farad'n.

—Deberás tener confianza en mí y garantizarme la completa libertad en Salusa Secundus —dijo Jessica—. No debe haber la menor apariencia de que estoy hablando bajo coerción.

—¡No! —protestó Wensicia. Farad'n la ignoró.

—¿Qué razón aduciréis?

—Que soy la plenipotenciaria de la Hermandad enviada para tomar a mi cargo tu educación.

—Pero la Hermandad acusa...

—Esto requiere una acción decisiva por tu parte —dijo Jessica.

—¡No confíes en ella! —dijo Wensicia.

Con extremada cortesía, Farad'n miró a su madre y dijo:

—Si me interrumpes una vez más, haré que Tyek te saque de aquí. Ha oído tu consentimiento a mi investidura formal. Esto lo ata a *mí* ahora.

—¡Te digo que es una bruja! —Wensicia miró al guardia sordomudo junto a la pared lateral.

Farad'n vaciló. Luego:

—Tyek, ¿qué piensas de esto? ¿Te sientes embrujado?

—No, a mi modo de ver. Ella...

—¡Ambos estáis embrujados!

—Madre —el tono de Farad'n era llano y conclusivo.

Wensicia apretó los puños, intentó hablar, se giró bruscamente y salió de la estancia.

Dirigiéndose una vez más a Jessica, Farad'n preguntó:

—¿Consentirá esto la Bene Gesserit?

—Lo hará.

Farad'n absorbió las implicaciones de aquello, sonrió ácidamente.

—¿Qué espera obtener la Hermandad con todo esto?

—Tu matrimonio con mi nieta.

Idaho lanzó una interrogativa mirada a Jessica, pareció como si fuera a hablar, pero permaneció en silencio.

—¿Ibas a decir algo, Duncan? —preguntó Jessica.

—Iba a decir que la Bene Gesserit desea lo que siempre ha deseado: un universo que no interfiera con ella.

—Una hipótesis obvia —dijo Farad'n—, pero difícilmente veo por qué haces hincapié en ella.

Las cejas de Idaho suplieron el alzarse de hombros que el hilo shiga no le permitía efectuar. Desconcertantemente sonrió.

Farad'n captó su sonrisa y se giró para enfrentarse a Idaho.

—¿Te divierte?

—Toda esta situación me divierte. Alguien en vuestra familia ha comprometido a la Cofradía Espacial usándola para transportar instrumentos de asesinato a Arrakis, instrumentos cuyo destino no podía ser ocultado. Habéis ofendido a la Bene Gesserit matando a un macho que deseaban para su programa de...

—¿Me estás llamando mentiroso, ghola?

—No. Creo que no sabíais nada de la conjura. Pero pienso que la situación necesita ser enfocada.

—No olvides que es un mentat —hizo notar Jessica.

—En ello pensaba —dijo Farad'n. De nuevo hizo frente a Jessica—. Supongamos que os dejo libre y que vos hacéis vuestro anuncio. Queda en el aire la cuestión de la muerte de vuestro nieto. El mentat está en lo cierto.

—¿Ha sido tu madre? —preguntó Jessica.

—¡Mi Señor! —avisó Tyekanik.

—Está bien, Tyek —Farad'n hizo un gesto con la mano—. ¿Y si yo dijera que ha sido mi madre?

Arriesgándolo todo en un intento de abrir aún más aquella brecha en el seno de los Corrino, Jessica dijo:

—Deberías denunciarla y exiliarla.

—Mi Señor —dijo Tyekanik—, aquí podría haber un engaño dentro de otro engaño.

—Y Dama Jessica y yo somos quienes hemos sido engañados —dijo Idaho.

La mandíbula de Farad'n se endureció.

Y Jessica pensó: *¡No interfieras, Duncan! ¡No ahora!* Pero las palabras de Idaho habían puesto en movimiento sus habilidades Bene Gesserit. Aquello la impresionó. Y empezó a preguntarse si no habría la posibilidad de que ella estuviera siendo usada en una forma que no conseguía comprender. Ghanima y Leto... Los prenacidos podían alcanzar incontables experiencias interiores, un inmenso depósito de consejos mucho más extenso que todo lo que cualquier Bene Gesserit viva podía utilizar. Y había también aquella otra cuestión: ¿Había sido su propia Hermandad completamente sincera con ella? Podía ser que aún no confiaran en ella por completo. Después de todo, ya la había traicionado en una ocasión... por su Duque.

Farad'n miró a Idaho con el ceño perplejamente fruncido.

—Mentat, necesito saber qué es para ti ese Predicador.

—Ha arreglado nuestro viaje hasta aquí. Yo... no hemos intercambiado más de diez palabras. Otros han actuado por él. Podría ser... podría ser Paul Atreides, pero no tengo ninguna seguridad. Todo lo que sé con certeza es que había llegado para mí el tiempo de irme y él disponía de los medios.

—Has dicho que has sido engañado —le recordó Farad'n.

—Alia espera que vos nos asesinéis discretamente y ocultéis toda evidencia de ello —dijo Idaho—. Habiéndola librado de Dama Jessica, yo ya no soy de ninguna utilidad para ella. Y Dama Jessica, habiendo servido a los propósitos de su Hermandad, ya no es de ninguna utilidad para la misma. Alia pedirá cuentas de ello a la Bene Gesserit, pero ésta triunfará.

Jessica cerró los ojos, concentrándose. ¡Tenía razón! Podía oír la firmeza del mentat en su voz, aquella profunda sinceridad en su declaración.

El esquema completo encajó en su lugar sin una grieta. Inspiró profundamente dos veces y activó el trance mnemónico, hizo rodar los datos en su mente, saltó del trance y abrió los ojos. Todo aquello se produjo en los breves instantes en que Farad'n se alejaba de ella para situarse a medio paso de Idaho... un recorrido de no más de tres pasos.

—No digas nada más, Duncan —dijo Jessica, y pensó tristemente en cómo Leto lo había puesto en guardia contra el condicionamiento Bene Gesserit.

Idaho, a punto de hablar, cerró la boca.

—Aquí soy yo quien manda —dijo Farad'n—. Continúa, mentat.

Idaho permaneció en silencio.

Farad'n se giró a medias para estudiar a Jessica.

Ella miraba a un punto en la pared más alejada, revisado lo que Idaho y el trance habían edificado en su mente.

La Bene Gesserit no había abandonado la línea Atreides, por supuesto. Pero

buscaban el control de un Kwisatz Haderach y habían invertido demasiado en aquel largo programa de selección genética. Deseaban un enfrentamiento abierto entre los Atreides y los Corrino, una situación en la que pudieran actuar como árbitros. Y Duncan tenía razón.

Aquello surgiría con el control de Ghanima y de Farad'n. Era el único compromiso posible. Lo alucinante era que Alia no se hubiera dado cuenta de ello. Jessica intentó deglutir el nudo que se formó en su garganta. Alia... ¡Una Abominación! Ghanima tenía razón al sentir piedad por ella. ¿Pero quién sentiría piedad por Ghanima?

—La Hermandad ha prometido situarte en el trono con Ghanima como compañera —dijo Jessica.

Farad'n retrocedió un paso. ¿Acaso las brujas podían leer los pensamientos?

—Han trabajado en secreto y no a través de tu madre —dijo Jessica—. Te han dicho que yo no estaba al corriente de sus planes.

Jessica leyó la confirmación en el rostro de Farad'n. Qué claro era ahora todo. Y era cierto, toda la estructura. Idaho había demostrado una habilidad maestra como mentat viendo a través de todos los velos con los limitados datos que tenía disponibles.

—Así que han jugado un doble juego y te lo han dicho —observó Farad'n.

—No me han dicho nada de esto —dijo Jessica—. Duncan estaba en lo cierto: me engañaron. —Asintió para sí misma. Había sido la clásica acción dilatoria según el esquema tradicional de la Hermandad... una historia razonable, fácilmente aceptada debido a que encajaba con todo lo que se podía creer acerca de sus motivaciones. Pero deseaban a Jessica fuera de su camino... una hermana defectuosa que ya les había fallado una vez.

Tyekanik se situó al lado de Farad'n.

—Mi Señor, esos dos son demasiado peligrosos para...

—Espera un momento, Tyek —dijo Farad'n—. Hay ruedas dentro de otras ruedas aquí. —Hizo frente a Jessica—. Tenemos razones para creer que Alia podría ofrecerse a mí como esposa.

Idaho experimentó un involuntario sobresalto, pero se controló inmediatamente. La sangre empezó a manar de su muñeca izquierda, allá donde el hilo shiga había cortado la carne.

Jessica se permitió una pequeña reacción abriendo mucho los ojos. Ella, que había conocido al Leto original como amante y padre de sus hijos, confidente y amigo, reconoció allí su característico rasgo de frío razonamiento infiltrado ahora a través de las alteraciones de una Abominación.

—¿Aceptaríais? —preguntó Idaho.

—Es una posibilidad que hay que considerar.

—Duncan, te he dicho que te mantuvieras callado —dijo Jessica. Se dirigió a Farad'n—. Su precio son dos muertes insignificantes... nosotros dos.

—Hemos sospechado la traición —dijo Farad'n—. ¿No fue tu hijo quien dijo: «la traición engendra la traición»?

—La Hermandad está intentando controlar tanto a los Atreides como a los Corrino —dijo Jessica—. ¿Acaso no es obvio?

—Estoy estudiando la idea de aceptar vuestra oferta, Dama Jessica. Pero Duncan Idaho debería ser enviado de nuevo a su amante esposa.

*El dolor es una función nerviosa*, se recordó a sí mismo Idaho. *El dolor llega como la luz llega al ojo. El esfuerzo viene de los músculos, no de los nervios*. Era un viejo ejercicio mentat, y lo completó en el espacio de un suspiro: flexionó su muñeca derecha, y apretó una arteria contra el hilo shiga.

Tyekanik saltó hacia la silla, golpeó el dispositivo que soltaba las ligaduras, y pidió ayuda médica. Fue revelador el que los sirvientes aparecieran inmediatamente a través de una serie de puertas ocultas en los paneles de las paredes.

*Siempre ha existido un asomo de estupidez en Duncan*, pensó Jessica.

Farad'n estudió por un momento a Jessica mientras los médicos auxiliaban a Idaho.

—No he dicho que estuviera dispuesto a aceptar a su Alia.

—No es por eso por lo que se ha cortado la vena —dijo Jessica.

—¿Oh? Creí que simplemente quería suicidarse.

—No eres tan estúpido —dijo Jessica—. Deja de fingir conmigo.

Él sonrió.

—Soy bien consciente de que Alia me destruiría.

Ni siquiera la Bene Gesserit conseguiría convencerme de aceptarla.

Jessica clavó en Farad'n una interrogadora mirada. ¿Qué era aquel joven retoño de la Casa de los Corrino? No sabía representar bien el papel de estúpido. Recordó una vez más las palabras de Leto respecto a que encontraría a un estudiante digno de interés. Y el Predicador también quería esto, había dicho Idaho. Deseó ardientemente haberse encontrado con aquel Predicador.

—¿Vas a exiliar a Wensicia? —preguntó Jessica.

—Me parece un acuerdo razonable —dijo Farad'n.

Jessica miró a Idaho. Los médicos habían terminado con él. Ligaduras menos peligrosas lo mantenían ahora sujeto a la silla flotante.

—Los mentats deberían prevenirse contra los absolutos —dijo.

—Estoy cansado —dijo Idaho—. No tenéis idea de lo cansado que estoy.

—Cuando es superexplotada, incluso la lealtad termina por desgastarse —dijo Farad'n.

Jessica le dirigió de nuevo una inquisitiva mirada. Farad'n, dándose cuenta de



ello, pensó: *Con el tiempo llegará a conocerme mejor, y esto será valioso para mí. ¡Una Bene Gesserit renegada a mi disposición! Eso fue lo que tuvo su hijo y no he tenido yo. Dejemos que por ahora tenga tan sólo una vislumbre de mí. El resto lo podrá ver más tarde.*

—Un intercambio honesto —dijo Farad'n—. Acepto vuestra oferta en vuestros términos. —Hizo una seña al guardia sordomudo apoyado contra la pared con un complejo agitar de dedos. El sordomudo asintió. Farad'n se inclinó sobre los controles de la silla y liberó a Jessica.

—Mi Señor, ¿estáis seguro? —preguntó Tyekanik.

—¿No fue eso lo que discutimos? —preguntó Farad'n.

—Sí, pero...

Farad'n se echó a reír, dirigiéndose a Jessica.

—Tyek sospecha de mis fuentes de enseñanza. Pero uno aprende de los libros y de las bobinas tan sólo algunas de las cosas que puede hacer. La verdadera enseñanza requiere que uno haga realmente estas cosas.

Jessica meditó en aquello mientras se levantaba de la silla. Su mente regresó a las señas de la mano de Farad'n. ¡Tenía un lenguaje de batalla al estilo del de los Atreides! Aquello indicaba un atento análisis. Alguien allí estaba copiando conscientemente a los Atreides.

—Por supuesto —dijo Jessica—, desearás que te enseñe del mismo modo en que son enseñadas las Bene Gesserit.

Farad'n la miró radiante.

—Esta es una oferta a la cual no me puedo resistir —dijo.

El santo y seña me fue comunicado por un hombre que murió en las mazmorras de Arrakeen. Ved, es por ello que tengo este anillo en forma de tortuga. Estaba en el suk fuera de la ciudad donde me habían ocultado los rebeldes. ¿El santo y seña? Oh, ha sido cambiado muchas veces desde entonces. Era «Persistencia». Y la contraseña de respuesta era «Tortuga». Me hizo salir vivo de allí. Por eso compré este anillo: es un recuerdo.

TAGIR MOHANDIS, *Conversaciones con un Amigo*

Leto se había adentrado mucho en la arena cuando oyó al gusano tras él, acudiendo atraído por su martilleador y por el polvo de especia que había esparcido en torno a los tigres muertos. Era un buen auspicio para el inicio de su plan: los gusanos solían ser escasos en aquella zona. El gusano no era esencial, pero ayudaba. Ghanima no tendría necesidad de explicar la ausencia de su cuerpo.

En aquellos momentos sabía ya que Ghanima habría actuado sobre sí misma de tal modo que estaría convencida de que él había muerto. Tan sólo una minúscula y aislada cápsula de consciencia permanecería en ella, un recuerdo enquistado que podría ser liberado de nuevo pronunciando las palabras adecuadas en aquella antigua lengua que tan sólo ellos dos conocían en todo el universo. *Secher Nbiw*. Si ella oía aquellas palabras: *Sendero de Oro...* sólo entonces le recordaría como a un ser vivo. Hasta entonces, estaba muerto.

Ahora Leto se sintió realmente solo.

Avanzó con aquel paso irregular que era característico de los sonidos naturales del desierto; Nada en su caminar revelaría a aquel gusano a sus espaldas que un ser humano se estaba moviendo en sus inmediaciones. Era una forma de caminar tan profundamente condicionada en él que ni siquiera tenía que pensar en ello. Sus pies se movían por sí mismos, sin dar ningún ritmo determinado a su progresión. Cualquier sonido producido por aquellos pies podía ser imputado al viento, a la gravedad. Ningún ser humano estaba avanzando allí.

Cuando el gusano hubo terminado su trabajo tras él, Leto se acurrucó en la resbaladiza pendiente de una duna y miró hacia atrás, hacia El Que Espera. Sí, estaba lo bastante lejos. Plantó un martilleador y llamó así a su transporte. El gusano acudió rápidamente, dándole apenas tiempo de situarse en posición antes de tragarse el martilleador. Mientras pasaba por su lado, Leto se agarró a su costado y trepó con ayuda de los garfios de doma, abrió el sensible borde de uno de los anillos, e hizo que la estúpida bestia girara hacia el sudeste. Era un gusano pequeño pero fuerte. Podía sentir la fuerza de sus contorsiones mientras avanzaba siseando entre las dunas. Se produjo una cálida brisa que fue marcando su paso, provocada por el calor de la fricción.

A medida que el gusano se movía, la mente de Leto también se movía. Stilgar lo había tomado a su cargo en su primer viaje a lomos de un gusano. Leto necesitaba tan sólo dejar fluir su memoria para poder escuchar de nuevo la voz de Stilgar: calmada y precisa, llena de la cortesía de otras épocas. No eran propios de Stilgar los amenazadores tambaleos de un Fremen borracho de licor de especia. No eran de Stilgar los gritos y las explosiones de rabia de estos tiempos. No... Stilgar tenía su deber que cumplir. Era un instructor de la realeza:

—En los viejos tiempos, los pájaros eran llamados según sus cantos. Cada viento tenía su nombre. Un viento de seis klick era llamado un Pastaza, uno de veinte klick era un Cueshma, y un viento de cien klick era un Heinali... Heinali, el que empuja a los hombres. Luego había el viento del demonio en el desierto abierto: el Hulasikali Wala, el viento que come la carne.

Y Leto, que ya conocía estas cosas, había asentido su gratitud ante la sabiduría de aquella instrucción.

Pero la voz de Stilgar estaba repleta de cosas que podían ser muy valiosas.

—En los viejos tiempos había ciertas tribus que eran conocidas como cazadores de agua. Eran llamadas los iduali, que significa «insectos de agua», debido a que esas gentes no vacilaban en robar el agua de otro Fremen. Si hallaban a alguien solo en el desierto, no le dejaban el menor átomo de agua en su carne. El lugar donde vivían era llamado Sietch Jacurutu. Hasta que las demás tribus se unieron y enviaron una expedición contra los iduali y los aniquilaron. Esto ocurrió hace mucho tiempo, mucho antes de Kynes... en los días de mi tatarabuelo. Y desde aquellos días hasta hoy ningún Fremen ha vuelto a Jacurutu. Es tabú.

Entonces Leto había recordado algo del conocimiento que yacía en su memoria. Había sido una importante lección acerca de cómo funcionaba la memoria. La memoria en sí no era suficiente, ni siquiera para alguien cuyo pasado era tan multiforme como el suyo, a menos que uno supiera como usarla y el valor que tenían las cosas que eran puestas al descubierto. Jacurutu podía tener agua, una trampa de viento, todos los atributos de un sietch Fremen, y además la incomparable ventaja de que ningún Fremen se aventuraría hasta allí. Muchos de los más jóvenes ni siquiera habían oído hablar de que alguna vez hubiera existido un lugar llamado Jacurutu. Oh, sabían de la existencia de Fondak, por supuesto, pero aquel era un lugar de contrabandistas.

Era un lugar perfecto para ocultar a un muerto... entre los contrabandistas y los muertos de otra época.

*Gracias, Stilgar.*

El gusano se cansó antes del alba. Leto se deslizó por su flanco y lo contempló mientras se hundía entre las dunas, moviéndose suavemente en la forma peculiar de aquellas criaturas. Se hundiría hasta muy profundo y se acurrucaría allí para

descansar.

*Debo esperar a que termine el día,* pensó.

Se detuvo en lo alto de una duna y escrutó a su alrededor: vacío, vacío, vacío. Sólo la ondulada huella del desaparecido gusano rompía la soledad.

El lento grito de un pájaro nocturno desafió la primera línea de verdosa luz a lo largo del horizonte oriental. Leto cavó una oquedad en la arena, hinchó la destiltienda alrededor de su cuerpo, y sacó fuera el extremo de un snork de arena para sondear el aire.

Durante largo tiempo, antes de que acudiera el sueño, yació tendido en aquella forzada oscuridad, pensando en la decisión que él y Ghanima habían tomado. No había sido una decisión fácil, especialmente para Ghanima. Él no le había revelado toda su visión, ni todos los razonamientos derivados de ella. Ahora estaba convencido de que había sido una visión, no un sueño. Pero la peculiaridad era que la veía como la visión de una visión. Si existía algún argumento que pudiera convencerle de que su padre aún seguía vivo, este era aquella visión de una visión.

*La vida del profeta se encierra en su visión,* pensó Leto. *Y un profeta puede tan sólo arrancarse de su visión creando su muerte en desacuerdo con ella.* Así era como aparecía en la doble visión de Leto, y sopesó aquello en su relación con la elección que había tomado. *Pobre Juan el Bautista,* pensó. *Si tan sólo hubiera tenido el valor de morir de alguna otra manera... Pero quizá su elección fue la más valerosa de todas. ¿Cómo puedo saber las alternativas que se le presentaron? Sin embargo, sé qué alternativas se presentaron ante mi padre.*

Leto suspiró. Darle la espalda a su padre era como traicionar a un dios. Pero el Imperio de los Atreides necesitaba ser sacudido. Se había derrumbado en la peor visión de Paul. Qué fácil era eliminar a los hombres. Se hacía sin pensar una segunda vez en ello. El muelle de una locura religiosa había sido tensado al máximo y luego soltado.

*Y nosotros hemos quedado encerrados en la visión de mi padre.*

La salida de aquella locura se hallaba a lo largo del Sendero de Oro. Leto lo sabía. Su padre lo había visto. Pero la humanidad podía salir del Sendero de Oro y mirar hacia atrás a los tiempos de Muad'Dib, viéndolos como una era mejor. La humanidad debía experimentar aún la alternativa a Muad'Dib, o en caso contrario nunca comprendería sus mitos.

*Seguridad... paz... prosperidad...*

Ante la elección, no había la menor duda acerca de lo que la mayor parte de los ciudadanos del Imperio habrían decidido.

*Aunque me odien,* pensó. *Aunque Ghani me odie.*

Su mano derecha le picaba, y pensó en el terrible guante de su visión-visión. *Así será,* pensó. *Sí, así será.*

*Arrakis, dame fuerzas, rogó.* Su planeta seguía siendo fuerte y vivo bajo él y en torno a él. Su arena presionaba fuertemente contra la destiltilienda. Dune era un gigante contando sus riquezas amasadas. Era una entidad engañosa, al mismo tiempo bella y vulgarmente horrible. La única moneda que realmente conocían sus mercaderes era el pulsar de la sangre de su propio poder, sin importar la forma en que tal Poder había sido amasado. Poseían aquel planeta de la misma forma que un hombre posee a una amante prisionera, de la misma forma que la Bene Gesserit posee a sus Hermanas.

No era de extrañar que Stilgar odiara a los sacerdotes-mercaderes.

*Gracias, Stilgar.*

Leto recordó entonces la belleza de las antiguas tradiciones del sietch, la vida tal como era vivida antes de la llegada de la tecnocracia del Imperio, y su mente fluyó tal como sabía que fluían los sueños de Stilgar. Antes de los globos y de los láseres, antes de los ornitópteros y de las factorías de especia, había otra forma de vida: madres de piel bronceada con bebés en sus brazos, lámparas que quemaban aceite de especia desprendiendo una densa fragancia a canela. Naibs que persuadían a su gente porque sabían que no podían obligarles. Era una oscura multitud de vida en madrigueras de roca...

*Un terrible guante restaurará el equilibrio, pensó Leto.*

Luego se durmió.

Vi su sangre y un jirón de su ropa arrancado por las afiladas garras. Su hermana ha descrito vívidamente a los tigres, la firmeza de su ataque. Hemos interrogado a uno de los conspiradores, y otros han muerto o están prisioneros. Todo apunta a un complot de los Corrino. Una Decidora de Verdad ha dado fe de este testimonio.

Informe de STILGAR a la Comisión del Landsraad

Farad'n estudió a Duncan Idaho a través del circuito espía, buscando un indicio que explicara la extraña conducta de aquel hombre. Era poco después del mediodía, e Idaho aguardaba fuera de los apartamentos asignados a Dama Jessica, solicitando audiencia. ¿Lo recibiría ella? Sabía que ambos eran espiados, por supuesto. ¿Pero lo recibiría?

Alrededor de Farad'n estaba la estancia desde donde Tyekanik había guiado el adiestramiento de los tigres laza... una estancia ilegal, realmente, repleta como estaba de instrumentos prohibidos surgidos de las manos de los tleilaxu y de los ixianos. Moviendo los diales situados junto a su mano derecha, Farad'n podía ver a Idaho desde seis ángulos distintos, y deslizarse en el interior de la estancia de Dama Jessica, donde las facilidades de espionaje eran igualmente sofisticadas.

Los ojos de Idaho preocupaban a Farad'n. Aquellas multifacetadas órbitas metálicas que los tleilaxu habían proporcionado a su ghola en sus tanques regeneradores señalaban a su poseedor como algo profundamente distinto a los demás seres humanos. Farad'n tocó sus propios párpados, sintiendo las duras superficies de las lentes de contacto permanentes que ocultaban el azul total de su adicción a la especia. Los ojos de Idaho debían registrar un universo distinto. No podía ser de otro modo. Farad'n se sintió casi tentado de acudir a los cirujanos tleilaxu para hallar por sí mismo una respuesta a aquella pregunta.

*¿Por qué ha intentado matarse Idaho?*

*¿Lo ha intentado realmente? Debía saber que no íbamos a permitirselo.*

*Idaho seguía siendo un peligroso signo de interrogación.*

Tyekanik quería retenerlo en Salusa o incluso matarlo. Quizá fuera lo mejor.

Farad'n cambió a una visión frontal. Idaho estaba sentado en una incómoda banqueta en la parte exterior de la puerta que daba a la estancia de Dama Jessica. Era un vestíbulo sin ventanas con paredes de madera clara decoradas con lanzas colgadas. Idaho llevaba más de una hora sentado en aquella banqueta, y parecía dispuesto a esperar allí por siempre. Farad'n se inclinó hacia la pantalla. El leal maestro de armas de los Atreides, el instructor de Paul Muad'Dib, había sido bien tratado en sus años de permanencia en Arrakis. Había llegado allí con el paso seguro de la juventud. Una dieta cotidiana a base de especia debía haberle ayudado mucho, por supuesto. Y aquel maravilloso equilibrio metabólico que los tanques tleilaxu impartían siempre.

¿Recordaba realmente Idaho su pasado de antes de los tanques? Ninguno de los revividos por los tleilaxu podía vanagloriarse de esto. ¡Qué enigma representaba realmente Idaho!

Los informes de su muerte estaban en la biblioteca. El Sardaukar que lo había matado había alabado su valor: diecinueve de sus compañeros habían sido eliminados por Idaho antes de que él consiguiera abatirle. ¡Diecinueve Sardaukar! Realmente había valido la pena enviar su carne a los tanques regeneradores. Pero los tleilaxu habían hecho de él un mentat. Qué extraña criatura vivía en aquella carne revivida. ¿Qué se experimentaba siendo una computadora humana añadida a todos sus demás talentos?

*¿Por qué ha intentado matarse?*

Farad'n sabía cuales eran sus propios talentos, y se hacía pocas ilusiones con respecto a ellos. Era un historiador-arqueólogo y un juez de hombres. La necesidad lo había obligado a convertirse en un experto en juzgar a todos aquellos que le habían servido... la necesidad y un cuidadoso estudio de los Atreides. Sabía que este era el precio exigido siempre a la aristocracia. Gobernar exigía cuidadosos e incisivos juicios sobre aquellos que recibían tu poder. Más de un gobernante había caído bajo los errores y excesos de sus subordinados.

Un cuidadoso estudio de los Atreides había revelado un talento soberbio en elegir a los servidores. Sabían cómo mantener su lealtad, cómo conservar un sutil control sobre el ardor de sus guerreros.

Idaho no estaba actuando de acuerdo con su carácter.

*¿Por qué?*

Farad'n entrecerró los ojos, intentando ver más allá de la piel de aquel hombre. Había una sensación de durabilidad en Idaho, un sentimiento de que no podía ser desgastado. Daba la impresión de ser autosuficiente, un conjunto organizado y firmemente integrado. Los tanques tleilaxu habían puesto en movimiento algo que era más que humano. Farad'n lo sentía. Había un movimiento que se autorrenovaba en aquel hombre, como si actuara de acuerdo con leyes inmutables, comenzando de nuevo a cada final. Se movía a lo largo de una órbita fija con una inercia parecida a la de un planeta alrededor de una estrella. Respondería a cualquier presión sin despedazarse... tan sólo alterando levemente su órbita pero sin cambiar ninguna de sus coordenadas básicas.

*¿Por qué se cortó la vena?*

Fuera cual fuese su motivo, lo había hecho por los Atreides, por su Casa gobernante.

*Por alguna razón cree que mi posesión de Dama Jessica aquí fortalece a los Atreides.*

Y Farad'n se recordó: *Es un mentat quien piensa esto.*

Aquello daba a su pensamiento una profundidad adicional. Los mentats cometían errores, pero no muy a menudo.

Habiendo llegado a esta conclusión, Farad'n estuvo a punto de llamar a sus ayudantes y ordenarles que Dama Jessica fuera echada inmediatamente de allí junto con Idaho. Se contuvo a punto casi de dar la orden, luego renunció.

Aquellas dos personas: el ghola-mentat y la bruja Bene Gesserit, seguían siendo dos oponentes cuya función seguía permaneciendo incógnita en aquel juego de poder. Idaho debía ser enviado inmediatamente, ya que seguramente iba a causar problemas en Arrakis. Jessica debía seguir siendo mantenida aquí, para poder drenar su extraño conocimiento en beneficio de la Casa de los Corrino.

Farad'n sabía que su juego era sutil y peligroso. Pero se había preparado para esta posibilidad durante años, desde el momento en que se había dado cuenta de que era más inteligente, más sensitivo que todos aquellos que lo rodeaban. Había sido un estremecedor descubrimiento para un niño, y la biblioteca se había convertido en su único refugio, al igual que en su único maestro.

Sin embargo las dudas seguían atormentándole, y se preguntaba si estaba realmente a la altura de aquel juego. Había alejado a su madre, perdiendo así sus consejos, pero las decisiones de Wensicia habían sido siempre peligrosas para él. ¡Tigres! Su adiestramiento había sido una atrocidad, y su uso una estupidez. ¡Qué fácil había sido seguir sus huellas! Wensicia debía estarle agradecido de que tan sólo la hubiera enviado al exilio. El consejo de Dama Jessica había encajado en este caso con sus necesidades con una admirable precisión. Tenía que conseguir que se divulgara aquel modo de pensar de los Atreides.

Sus dudas empezaron a desvanecerse. Pensó nuevamente en sus Sardaukar, cada vez más duros y resistentes, gracias al riguroso adiestramiento y a la falta absoluta de comodidades que había ordenado. Sus legiones Sardaukar seguían siendo pequeñas, pero volvían a ser capaces de vencer a los Fremen en un duelo hombre a hombre. Aquello era de todos modos de poca utilidad debido a los límites impuestos por el Tratado de Arrakeen que controlaba el tamaño relativo de sus fuerzas. Los Fremen podrían vencerle gracias a su número... a menos que salieran de una dura y agotadora guerra civil.

Era demasiado pronto para una batalla de sus Sardaukar contra los Fremen. Necesitaba tiempo. Necesitaba nuevos aliados entre las Casas Mayores descontentas y las Casas Menores que habían accedido a un nuevo status de poder. Necesitaba acceder al financiamiento de la CHOAM. Necesitaba tiempo para que sus Sardaukar se hicieran más fuertes y los Fremen más débiles.

Farad'n miró una vez más a la pantalla que mostraba al paciente ghola. ¿Por qué Idaho quería ver a Dama Jessica a aquella hora? Debía saber que ambos eran espiados, que cada palabra, cada gesto, iba a ser registrado y analizado.



*¿Por qué?*

Farad'n apartó su vista de la pantalla y la fijó en la mesilla auxiliar situada junto a la consola de control. A la pálida luz electrónica podía ver las bobinas que contenían los últimos informes de Arrakis. Sus espías eran concienzudos: debía darles crédito. Había muchas cosas que le habían proporcionado esperanzas y placer en aquellos informes. Cerró los ojos, y los puntos principales de los informes pasaron a través de su mente en la forma peculiar en que le gustaba resumirlos para su propio uso:

*A medida que el planeta se vuelve fértil, los Fremen se sienten libres de las presiones de la tierra y sus nuevas comunidades pierden el tradicional carácter del sietch-fortaleza. Desde su infancia, en la vieja educación del sietch, los Fremen aprendían de memoria: «Al igual que el conocimiento de uno mismo, el sietch forma una base firme sobre la que puedas moverte cuando salgas al mundo exterior y al universo».*

*Los Fremen tradicionales decían: «Mira al Macizo», significando que la ciencia maestra es la Ley. Pero las nuevas estructuras sociales están relajando esas antiguas restricciones legales; la disciplina se abandona cada vez más. Los nuevos líderes Fremen conocen tan sólo el Bajo Catecismo de sus antepasados, y la historia queda camuflada por los mitos estructurados en sus canciones. La gente de las nuevas comunidades es más voluble, más abierta; litigan más a menudo y son menos receptivos a la autoridad. La gente más vieja de los sietchs es más disciplinada, más inclinada a las acciones de grupo, y tiende a trabajar más duramente; son más cuidadosos con sus recursos. La gente vieja sigue creyendo que una sociedad ordenada es la culminación de la individualidad. Los jóvenes tienden a alejarse de esta creencia. Esos remanentes de la vieja civilización que aún permanecen miran a los jóvenes y dicen: «El viento de la muerte ha borrado muy aprisa su pasado».*

A Farad'n le gustaba la agudeza de su resumen. Las nuevas diversidades en Arrakis tan sólo podían engendrar violencia. Había grabado aquellos conceptos esenciales en sus bobinas:

*La religión de Muad'Dib está firmemente basada en la antigua tradición cultural del sietch Fremen, mientras que la nueva cultura se aparta cada vez más de esas disciplinas.*

No por primera vez, Farad'n se preguntó a sí mismo por qué Tyekanik había abrazado aquella religión. Tyekanik parecía extraño en su nueva moralidad. Parecía completamente sincero, pero daba la impresión de haber sido obligado contra su voluntad. Tyekanik era como alguien que hubiera metido un pie en un remolino para probar su fuerza, y se hubiera visto atrapado por fuerzas que iban más allá de su control. La conversión de Tyekanik molestaba a Farad'n por su integridad sin ningún carácter. Era una reversión a las más antiguas costumbres Sardaukar. Advertía que también los jóvenes Fremen podían revertir en una forma similar, que las tradiciones

innatas, inherentes, prevalecerían.

Una vez más, Farad'n pensó en aquellos informes grabados en las bobinas. Hablaban de algo inquietante: la persistencia de un remanente cultural surgido de los más antiguos tiempos Fremen... «El Agua de la Concepción». El fluido amniótico de los recién nacidos era recogido en el momento del nacimiento, y destilado en la primera agua que era dada a beber al recién nacido. La ceremonia tradicional requería a una madrina que sirviera el agua, diciendo: «Esta es el agua de tu concepción». Incluso los jóvenes Fremen seguían esta tradición con sus propios recién nacidos.

*El agua de tu concepción.*

Farad'n se sintió asqueado ante la idea de beber el agua destilada del fluido amniótico en el que había flotado antes de nacer. Y pensó en la gemela superviviente, Ghanima, en su madre muerta mientras ella bebía aquella extraña agua. ¿Había reflexionado acaso ella alguna vez en aquel extraño vínculo con su pasado? Probablemente no. Había sido educada como una Fremen. Lo que era natural y aceptable para los Fremen era natural y aceptable para ella.

Momentáneamente, Farad'n lamentó la muerte de Leto II. Hubiera sido interesante discutir aquel punto con él. Quizá se le presentara alguna oportunidad de discutirlo con Ghanima.

*¿Por qué Idaho se había cortado la vena?*

La cuestión persistía cada vez que miraba hacia la pantalla espía. Las dudas asaltaron de nuevo a Farad'n. Ardía en deseos de profundizar en el misterioso trance de la especia tal como había hecho Muad'Dib, y entonces explorar el futuro y *saber* las respuestas a sus preguntas. Pero, no importaba la cantidad de especia que ingiriera, su vulgar consciencia permanecía anclada en su normal flujo del *ahora*, reflejando un universo de incertidumbres.

La pantalla espía mostró a una sirvienta abriendo la puerta de Dama Jessica. La mujer hizo una seña a Idaho, que se levantó de la banqueta y se dirigió hacia la puerta. La sirvienta rendiría más tarde un informe completo, pero Farad'n, con su curiosidad de nuevo completamente despierta, tocó otro mando de la consola y observó a Idaho mientras entraba en la estancia privada de Dama Jessica.

Qué calmado y controlado parecía aquel mentat. Y qué insondables eran sus ojos de ghola.

Por encima de todo, el mentat debe ser un generalista, no un especialista. Es juicioso que las decisiones tomadas en momentos importantes sean sometidas a un generalista. Los expertos y los especialistas os conducirán rápidamente al caos. Estudian las pequeñeces, cavilan ferozmente en dónde colocar una coma. El generalista-mentat, por el contrario, deberá poner en cada decisión que tome un saludable sentido común. No debe situarse fuera de la tempestuosa corriente de lo que está ocurriendo en su universo. Debe ser siempre capaz de decir: «No hay ninguna duda al respecto por el momento. Esto es lo que deseamos ahora. Puede revelarse equivocado más tarde, pero lo corregiremos cuando llegue el momento». El generalista-mentat debe comprender que cualquier cosa que podamos identificar como nuestro universo es tan sólo una parte de fenómenos más amplios. Pero el experto mira hacia dentro; mira al interior de los estrechos límites de su propia especialidad. El generalista mira hacia fuera; mira los principios vivientes, sabiendo que es lógico que estos principios cambien, que se desarrollen. Son las propias características del cambio las que debe mirar el generalista-mentat. No puede existir un catálogo permanente de tales cambios, ningún guía o manual. Debéis contemplarlo con el menor número posible de preconceptos, preguntándoos a vosotros mismos: «¿Qué es lo que está ocurriendo?».

*Manual del Mentat*

Era el día del Kwisatz Haderach, el primer Día Santo de aquellos que seguían a Muad'Dib. Reconocía al deificado Paul Atreides como a una persona que estaba simultáneamente en cualquier lugar, el macho Bene Gesserit que mezclaba las estirpes macho y hembra en un inseparable poder que lo convertía en el Uno-con-Todo. Los fieles llamaban a aquel día *Ayil*, el Sacrificio, para conmemorar la muerte que había convertido su presencia en algo «real en todo lugar».

El Predicador eligió la primera hora de la mañana de aquel día para aparecer una vez más en la plaza del Templo de Alia, desafiando las órdenes de arrestarle que todo el mundo sabía habían sido dadas. Reinaba una frágil tregua entre los Sacerdotes de Alia y las tribus del desierto que se habían rebelado, y la presencia de aquella tregua podía sentirse como algo tangible flotando entre la gente que se movía inquieta en Arrakeen. El Predicador no contribuyó precisamente a disipar tal sensación.

Era el vigésimoctavo día de luto oficial por el hijo de Muad'Dib, seis días después del rito conmemorativo en el Viejo Paso que había sido retrasado por la rebelión. Sin embargo, ni siquiera los combates habían interrumpido el Hajj. El Predicador sabía que la plaza iba a estar repleta aquel día. Muchos peregrinos habían hecho coincidir su tiempo de estancia en Arrakis con el *Ayil*, «para sentir así la Santa Presencia del Kwisatz Haderach en Su día».

El Predicador entró en la plaza con la primera luz, hallado el lugar casi lleno de gente. Tenía una mano ligeramente apoyada en el hombro de su joven guía, captando el cínico orgullo del muchacho en su modo de caminar. Ahora, a medida que el Predicador se acercaba, la gente fue observando cada detalle de su modo de actuar.

Tal atención no era del todo desagradable para el joven guía. El Predicador simplemente la aceptaba como una necesidad.

Ocupando su lugar en el tercer peldaño de la escalera del Templo, el Predicador esperó a que se hiciera el silencio. Cuando el silencio se expandió como una ola a lo largo de toda la multitud y el apresurado paso de los últimos recién llegados pudo ser oído en todos los ángulos de la plaza, carraspeó. En torno a él flotaba aún el frío matutino, y la luz aún no había penetrado en la plaza por encima de los edificios. Pudo captar el gris silencio de la gran plaza cuando empezó a hablar.

—He venido a rendir mi homenaje y a predicar en memoria de Leto Atreides II —dijo, hablando alto con aquella potente voz que recordaba a un domador de gusanos del desierto—. Lo hago por compasión hacia todos aquellos que sufren. Os digo lo que el difunto Leto aprendió, que el mañana aún no ha ocurrido y que es posible que no ocurra nunca. Este momento de aquí es el único tiempo y lugar observables para nosotros en nuestro universo. Os digo que saboreéis este momento y comprendáis lo que os enseña. Os digo que aprendáis que el crecimiento y la muerte de un gobierno se hacen aparentes en el crecimiento y la muerte de sus ciudadanos.

Un inquieto murmullo atravesó la plaza. ¿Se estaba burlando de la muerte de Leto II? Todos se preguntaron si los Guardias de los Sacerdotes se precipitarían fuera para arrestar al Predicador.

Alia sabía sin embargo que el Predicador no iba a ser interrumpido. Había dado órdenes de que aquel día no fuera molestado. Ella misma se había disfrazado bajo un buen destiltraje cuya máscara ocultaba su nariz y su boca, y una vulgar túnica con capucha ocultaba sus cabellos. Permanecía en la segunda fila bajo el Predicador, observándolo atentamente. ¿Era realmente Paul? Los años podían haberlo cambiado así. Y Paul siempre había sabido utilizar soberbiamente la Voz, un hecho que hacía difícil identificarle por la forma en que hablaba. Aquel Predicador sabía utilizar magníficamente su voz. Ni siquiera Paul hubiera podido hacerlo mejor. Sintió que debía descubrir su identidad antes de poder actuar contra él. ¡Cómo la fascinaban sus palabras!

No captó ninguna ironía en lo que decía el Predicador. Estaba utilizando el seductor atractivo de las afirmaciones bien definidas pronunciadas con firme sinceridad. La gente captaba tan sólo al cabo de un momento lo que el Predicador quería decir realmente, y entonces se daba cuenta de que precisamente él era quien quería que lo captaran, y que aquella era una forma de instruirles. Ahora atrajo de nuevo la atención de la multitud diciendo:

—La ironía oculta a menudo la falta de habilidad para pensar más allá de las propias convicciones. Y no estoy siendo irónico. Ghanima dijo a todos vosotros que la sangre de su hermano no puede ser lavada. Estoy de acuerdo con ella.

»Se dirá que Leto ha ido al mismo lugar adonde fue su padre, ha hecho lo que su

padre hizo. La Iglesia de Muad'Dib dice que él eligió en beneficio de su propia humanidad un camino que puede parecer absurdo y temerario, pero que será confirmado por la historia. Esta historia está siendo reescrita incluso ahora.

»Os digo que hay otra lección que aprender en esas vidas y esos finales.

Alia, atenta a cualquier matiz, se preguntó por qué el Predicador había dicho *finales* y no *muertes*. ¿Acaso estaba diciendo que uno de los dos no había muerto realmente? ¿Cómo podía ser así? Una Decidora de Verdad había confirmado la historia de Ghanima. ¿Qué estaba haciendo entonces el Predicador? ¿Estaba afirmando un mito o una realidad?

—¡Anotad bien esa otra lección! —tronó el Predicador, levantando sus brazos—. ¡Si podéis poseer vuestra humanidad, entonces dejad el universo!

Bajó sus brazos, clavó sus vacías órbitas directamente sobre Alia. Pareció que estuviera hablando directamente a ella, una acción tan obvia que varios alrededor de ella se giraron para mirar interrogativamente en su dirección. Alia se estremeció ante el poder emanado de aquellos ojos. Podía ser Paul. ¡Podía serlo!

—Pero me doy cuenta de que los seres humanos no pueden soportar mucha realidad —dijo él—. La mayor parte de las vidas son una fuga constante de la realidad. La mayor parte prefieren la realidad del establo. Uno mete su cabeza en el pesebre y rumia contento hasta la muerte. Otros os usan para sus propósitos. Ninguno de vosotros vive fuera del establo para alzar la cabeza y ser su propia creación. Muad'Dib vino para hablaros de eso. ¡Sin comprender su mensaje, no podéis venerarlo!

Alguien en la multitud, posiblemente un Sacerdote disfrazado, ya no pudo resistir más. Su ronca voz de macho saltó en un grito:

—¡Tú no has vivido la vida de Muad'Dib! ¿Cómo te atreves a decirles a los otros cómo deben venerarlo?

—¡Porque él está muerto! —rugió el Predicador.

Alia se giró para ver al que había desafiado al Predicador. El hombre permanecía oculto para ella, pero su voz surgió entre las cabezas que los separaban con otro grito:

—¡Si crees que está realmente muerto, entonces estarás solo dentro de muy poco tiempo!

*Seguramente era un Sacerdote*, pensó Alia. Pero no consiguió reconocer su voz.

—He venido tan sólo para hacer una simple pregunta —dijo el Predicador—. ¿Debe ser seguida la muerte de Muad'Dib por el suicidio moral de todos los hombres? ¿Es esta la consecuencia inevitable de un Mesías?

—¡Entonces admites que es un Mesías! —restalló la voz entre la multitud.

—¿Por qué no, puesto que yo soy el profeta de sus tiempos? —dijo el Predicador.

Había una tan tranquila seguridad en su tono y en sus ademanes, que incluso el que lo desafiaba permaneció en silencio. La multitud respondió con un inquieto

murmullo, un sonido bajo de animal.

—Sí —replicó el Predicador—, yo soy el profeta de esos tiempos.

Alia, concentrándose en él, detectó las sutiles inflexiones la Voz. Ciertamente, sabía controlar a la multitud. ¿Había sido adiestrado por la Bene Gesserit? ¿Era aquella otra maniobra de la Missionaria Protectora? ¿No Paul, sino tan solo otro peón en el interminable juego del poder?

—¡Yo expreso el mito y el sueño! —gritó el Predicador—. Yo soy el médico que hace nacer al niño y anuncia que el Reino no ha nacido. Y sin embargo vengo en un momento de muerte. ¿No os inquieta esto? ¿Debería agitar vuestras almas!

Pese a que aquellas palabras provocaron su rabia, Alia tuvo que admitir la habilidad de aquel discurso. Pese a ella, se vio arrastrada junto con los demás escaleras arriba, empujada hacia aquel hombre alto vestido con ropas del desierto. Su joven guía atrajo su atención: ¡qué brillantes e insolentes parecían los ojos de aquel muchacho! ¿Emplearía Muad'Dib a alguien tan cínico?

—¡Yo quiero inquietaros! —gritó el Predicador—. ¡Esta es mi intención! He venido aquí a combatir el fraude y la ilusión de vuestra convencional e institucionalizada religión. Como todas tales religiones, vuestra institución se mueve hacia la cobardía, se mueve hacia la mediocridad, la inercia y la autosatisfacción.

Irritados murmullos comenzaron a surgir del centro de la multitud.

Alia sintió las tensiones, y pensó con maligna alegría si iba a producirse un tumulto. ¿Podía el Predicador dominar tales tensiones? ¿Si no podía, iba a morir allí mismo!

—¡Ese Sacerdote que me ha desafiado! —apeló el Predicador, apuntando hacia la multitud.

¡Lo sabe!, pensó Alia. Un estremecimiento la atravesó, casi sexual en sus más profundos matices. Aquel Predicador estaba jugando un juego peligroso, pero lo jugaba con suma maestría.

—¡Tú, Sacerdote en tu mufti —apeló el Predicador—, tú eres el capellán de los autosatisfechos! ¡No he venido aquí a desafiar a Muad'Dib, sino a desafiarte a ti! ¿Es tu religión real cuando no te cuesta nada y no comporta ningún riesgo? ¿Es real tu religión cuando tú engordas con ella? ¿Es real tu religión cuando tú cometes atrocidades en su nombre? ¿Qué es lo que te ha hecho degenerar hacia abajo de la revelación original? ¡Respóndeme, Sacerdote!

Pero el que lo había desafiado permaneció en silencio. Y Alia notó que la multitud estaba escuchando una vez más con ávida sumisión cada palabra del Predicador. ¡Atacando a los Sacerdotes, se ganaba su simpatía! Y si sus espías estaban en lo cierto, la mayor parte de los peregrinos y Fremmen en Arrakis creían que aquel hombre era Muad'Dib.

—¡El hijo de Muad'Dib se arriesgó! —gritó el Predicador y Alia captó lágrimas

en su voz—. ¡Muad'Dib se arriesgó! ¡Ambos pagaron su precio! ¿Y qué es lo que ha conseguido Muad'Dib? ¡Una religión que se está apartando de él!

*Qué diferente sería el significado de estas palabras si provinieran del propio Paul*, pensó Alia. ¡Debo averiguarlo! Avanzó hacia arriba por la escalinata y otros se movieron con ella. Se abrió paso a través de la multitud hasta que casi pudo tender una mano y tocar a aquel misterioso profeta. Olió el desierto en él, una mezcla de especia y piedra. Tanto el Predicador como su joven guía estaban cubiertos de polvo, como si apenas acabaran de llegar del *bled*. Pudo ver que las manos del Predicador estaban cruzadas por abultadas venas que surgían de las muñecas selladas por el destiltraje. Observó que uno de los dedos de su mano izquierda había llevado un anillo; se notaba aún la indentación. Paul había llevado un anillo en aquel dedo: el Halcón Atreides, que ahora reposaba en el Sietch Tabr. Leto hubiera sido el destinado a llevarlo si hubiera vivido... y si ella le hubiera permitido acceder al trono.

Una vez más el Predicador dirigió sus vacías órbitas hacia Alia y habló directamente a ella, aunque su voz fue oída por toda la multitud.

—Muad'Dib os mostró dos cosas: un futuro cierto y un futuro incierto. Con plena consciencia, afrontó la suprema incertidumbre del universo más grande. Dejó *ciegamente* su posición en este mundo. Nos mostró que los hombres deben actuar siempre así, eligiendo lo incierto en lugar de lo cierto.

Su voz, notó Alia, adquirió un tono implorante al final de su declaración.

Alia miró a su alrededor, deslizando su mano hacia el mango de su crys. *Si yo lo matara ahora, ¿qué harían ellos?* De nuevo sintió que un estremecimiento la atravesaba de parte a parte. *Sí yo lo matara y revelara quien soy, denunciando al Predicador como impostor y herético...*

¿Pero y si ellos probaban que era Paul?

Alguien empujó a Alia un poco más cerca de él. Se sintió subyugada por su presencia incluso mientras luchaba consigo misma para dominar su rabia. ¿Era Paul? ¡Dioses de las profundidades! ¿Qué debía hacer?

—¿Por qué otro Leto nos ha sido arrebatado? —preguntó el Predicador. Había un auténtico dolor en su voz—. ¡Respondedme si podéis! Ahhh, su mensaje es claro: abandonad toda certitud. —Y lo repitió con un retumbante y estentóreo grito—: ¡Abandonad toda certitud! Es la orden más profunda de la vida. Es el significado mismo de la vida. Somos una sonda en lo desconocido, en lo incierto. ¿Por qué no podéis oír a Muad'Dib? Si la certitud es conocer absolutamente un futuro absoluto, ¡entonces eso es tan sólo la muerte camuflada! ¡Un tal futuro se convierte en *ahora*! ¡Él os lo mostró!

Con una terrible precisión, el Predicador extendió una mano y sujetó el brazo de Alia. Lo hizo sin la menor vacilación. Ella intentó soltarse, pero él la mantuvo sujeta con una dolorosa presión, hablándole directamente al rostro mientras todos los que

estaban a su alrededor se retiraban, confusos.

—¿Qué te dijo Paul Atreides, mujer? —preguntó.

*¿Cómo sabe que soy una mujer?*, se preguntó ella. Hubiera deseado sumergirse en sus vidas interiores, pedir su protección, pero su mundo interior permaneció terriblemente silencioso, mesmerizado por aquella figura de su pasado.

—¡Él te dijo que esa consumación equivale a la muerte! —gritó el Predicador—. La predicción absoluta es una consumación... ¡es la muerte!

Alia intentó apartar sus dedos. Hubiera deseado empuñar su cuchillo y golpearle con él, pero no se atrevió. Jamás se había sentido tan aterrada en toda su vida.

El Predicador alzó el mentón para dirigirse a la multitud y gritó:

—¡Yo os traigo la palabra de Muad'Dib! Él dijo: Frotaré contra vuestros rostros las cosas que intentáis evitar. Encuentro extraño que todo aquello que deseáis creer sea tan sólo aquello que os confronta. ¿Cómo podrían de otro modo inventar los seres humanos las trampas que los traicionan y los empujan a la mediocridad? ¿De qué otro modo podemos definir la cobardía? ¡Eso es lo que os dijo Muad'Dib!

Bruscamente soltó el brazo de Alia, empujándola hacia la multitud. Hubiera caído al suelo si la propia multitud no la hubiese detenido.

—Existir significa destacar, muy por encima del fondo —dijo el Predicador—. Vosotros ni pensáis ni existís realmente, a menos que estéis dispuestos a arriesgaros hasta el límite de vuestra salud mental en juzgar vuestra propia existencia.

Descendiendo un peldaño, el Predicador sujetó de nuevo el brazo de Alia... sin la menor duda o vacilación. Esta vez, sin embargo, fue más considerado. Acercándose, bajó la voz hasta que sólo ella pudiera oírlo, y dijo:

—Deja de intentar empujarme cada vez más hacia el fondo, hermana.

Luego, con una mano en el hombro de su joven guía, se alejó entre la multitud. Se abrió un sendero para dejar paso a la extraña pareja. Numerosas manos se tendieron para tocar al Predicador, pero la gente actuaba con una respetuosa reverencia, temerosa de lo que podía haber tras aquella polvorienta ropa Fremen.

Alia quedó sola, inmóvil en su shock, mientras la multitud se alejaba siguiendo al Predicador.

La certidumbre la invadió. Era Paul. Ya no quedaba la menor duda. Era su hermano. Experimentó lo mismo que experimentaba la multitud. Había estado frente a la sagrada presencia, y ahora su universo se desplomaba a su alrededor. Deseó correr tras él, implorarle que la salvara de sí misma, pero no consiguió moverse. Mientras los demás se apretujaban para seguir al Predicador y a su guía, ella permanecía inmóvil allá, intoxicada por una absoluta desesperación, una angustia tan profunda que no conseguía hacer más que temblar, incapaz de controlar sus propios músculos.

*¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?*, se preguntó a sí misma.



Ahora ya no tenía a Duncan para apoyarse en él, ni siquiera a su madre. Sus vidas interiores permanecían en silencio. Estaba Ghanima, firmemente custodiada bajo guardia en el interior de la Ciudadela, pero Alia no era capaz de convencerse a sí misma de compartir su angustia con la gemela superviviente.

*Todos se han vuelto contra mí. ¿Qué puedo hacer?*

La visión tuerta de nuestro universo dice que uno no necesita mirar lejos fuera del camino para descubrir los problemas. Tales problemas pueden no llegar nunca. Sin embargo, vigila al lobo que hay en tus inmediaciones. La jauría apostada fuera puede que no exista tampoco.

*El Libro de Azhar; Shamra I:4*

Jessica esperó a Idaho junto a la ventana de su apartamento. Era una estancia confortable, con blandos divanes y sillones al estilo antiguo. No había ni un solo suspensor en ninguna de sus estancias, y los globos eran de cristal de otra época. Su ventana se abría sobre un jardín interior, un piso más abajo.

Oyó a la sirvienta abrir la puerta, luego el sonido de los pasos de Idaho en el suelo de madera, después sobre la alfombra. Oyó todo aquello sin girarse, manteniendo su vista fija en la tamizada luz del verdeante jardín interior. La silenciosa y tremenda lucha de sus emociones debía ser suprimida ahora. Hizo las profundas inspiraciones de su adiestramiento *prana-bindu*, sintió el fluir de la calma solicitada.

El alto sol proyectaba un rayo de luz a través del polvoriento aire hasta el interior del jardín, haciendo resaltar la plateada rueda de una tela de araña tendida entre las ramas de un tilo que llegaba casi hasta su ventana. Hacía fresco en el interior de sus apartamentos, pero al otro lado de su sellada ventana el aire se estremecía con el calor emanado de las piedras. Castel Corrino se erguía en un lugar estancado que desmentía el verdor de aquel jardín interno.

Oyó a Idaho detenerse directamente detrás de ella.

—El don de la palabra es el don del engaño y de la ilusión, Duncan —dijo, sin girarse—. ¿Por qué deseas intercambiar palabras conmigo?

—Podría ocurrir que tan sólo uno de nosotros sobreviviera —dijo él.

—¿Y tu deseas que haga un buen informe de tus esfuerzos? —Se giró, vio con cuanta calma estaba él allí inmóvil, observándola con aquellos ojos de metal gris que parecían no enfocarse nunca en nada. ¡Qué ciegos parecían!

—Duncan, ¿es posible que estés hasta tal punto celoso de tu lugar en la historia?

Habló acusadoramente, y mientras lo hacía recordó aquella otra ocasión en que se había enfrentado con aquel hombre. Entonces él estaba bebido, había sido encargado de espiarla, y se sentía desgarrado por conflictivas obligaciones. Pero aquel había sido un Duncan pre-ghola. Este no era en absoluto el mismo hombre. Este no se hallaba dividido en sus acciones, no había sido desgarrado.

El confirmó su suposición con una sonrisa.

—La historia es quien tiene que formar su propio tribunal y emitir sus propios juicios —dijo—. Dudo que me sienta preocupado el día en que mi juicio sea emitido.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó ella.

—Por la misma razón que vos estáis aquí, mi Dama.

Ningún signo externo traicionó la impresionante fuerza de aquellas simples palabras, pero ella reflexionó con una furiosa intensidad: *¿Sabe realmente por qué estoy aquí?* ¿Cómo podía saberlo? Tan sólo Ghanima lo sabía. ¿Tenía entonces los datos suficientes como para una computación mentat? Era posible. ¿Y si hubiera dicho aquello para empujarla a traicionarse? ¿Habría hecho aquello si realmente compartiera sus razones de hallarse allí? Tenía que saber que cada uno de sus movimientos, cada palabra, estaban siendo espiados por Farad'n o por sus secuaces.

—La Casa de los Atreides ha llegado a una amarga encrucijada —dijo ella—. La familia se ha vuelto contra sí misma. Tú estabas entre los más leales hombres de mi Duque, Duncan. Cuando el Barón Harkonnen...

—No hablemos de los Harkonnen —dijo él—. Aquello era otra época, y vuestro Duque está muerto. —Y ella se dijo: *¿Es posible que ignore que Paul le reveló que había sangre Harkonnen en los Atreides?* Qué riesgo había sido aquél para Paul, pero con ello había ligado a Duncan Idaho aún más firmemente a él. La confianza demostrada con aquella revelación había sido una moneda casi demasiado grande para ser imaginada. Paul sabía lo que la gente del Barón le había hecho a Idaho.

—La Casa de los Atreides no está muerta —dijo Jessica.

—¿Qué es la Casa de los Atreides? —preguntó él—. ¿Sois vos la Casa de los Atreides? ¿Es Alia? ¿Ghanima? ¿Es la gente que sirve a esa Casa? Miro a toda esa gente y veo que llevan la marca de un trabajo indecible. ¿Cómo pueden ser ellos Atreides? Vuestro hijo lo expresó certeramente: «El trabajo y la persecución son el destino de todos aquellos que me siguen». Desearía escapar a todo esto, mi Dama.

—¿Te has pasado realmente del lado de Farad'n?

—¿No es lo mismo que habéis hecho vos, mi Dama? ¿No habéis venido aquí para convencer a Farad'n de que un matrimonio con Ghanima podría resolver todos nuestros problemas?

*¿Piensa realmente esto?*, se dijo ella. *¿O está hablando para los espías que nos observan?*

—La Casa de los Atreides ha sido siempre esencialmente una idea —dijo ella—. Tú lo sabes, Duncan. Siempre hemos comprado la lealtad con la lealtad.

—Al servicio del pueblo —dijo burlonamente Idaho—. Ahhh, cuántas veces he oído a vuestro Duque decir esto. Debe yacer muy inquieto en su tumba, mi Dama.

—¿Realmente piensas que hemos caído tan bajo?

—Mi Dama, ¿no sabéis que hay Fremen rebeldes, aquello que se llaman a sí mismos «Maquis del Desierto Profundo», que maldicen la Casa de los Atreides e incluso a Muad'Dib?

—He oído el informe de Farad'n —dijo ella, preguntándose dónde la estaba llevando aquella conversación, y qué finalidad.

—Más que eso, mi Dama. Más que el informe de Farad'n. Yo mismo he oído su maldición. Dice así: «¡Caiga el fuego sobre vosotros, Atreides! No tendréis ni alma, ni mente, ni cuerpo, ni sombra ni magia ni huesos, ni pelo ni lengua ni palabras. No tendréis ni un refugio, ni casa ni choza ni tumba. No tendréis ni un jardín, ni un árbol ni una planta. No tendréis ni agua, ni comida ni luz ni fuego. No tendréis ni un hijo, ni familia ni herederos ni tribu. No tendréis ni cabeza, ni brazos ni piernas ni pies ni semilla. No tendréis un lugar en ningún planeta. A vuestras almas no se les permitirá salir de las profundidades, y nunca más se les concederá vivir sobre la tierra. Nunca más podréis contemplar a Shai-Hulud, sino que estaréis para siempre encadenados a la más ínfima abominación, y vuestras almas no entrarán jamás en la gloriosa luz por los siglos de los siglos». Esta es la forma de la maldición, mi Dama. ¿Podéis imaginar un tal odio por parte de los Fremen? Sitúa a todos los Atreides a la izquierda de los condenados, de la Mujer-Sol que arde eternamente.

Jessica se estremeció de la cabeza a los pies. Indudablemente Idaho había pronunciado aquellas palabras con la misma voz con que las había oído originalmente. ¿Por qué ahora se las exponía a la Casa de los Corrino? Ella podía imaginar a un Fremen ultrajado, terrible en su ira, de pie ante toda su tribu, lanzando aquella antigua maldición. ¿Por qué Idaho quería que Farad'n la oyera?

—Tú has proporcionado un buen argumento para el matrimonio de Ghanima y Farad'n —dijo ella.

—Vos siempre habéis considerado un solo aspecto de los problemas —dijo él—. Ghanima es Fremen. Sólo puede casarse con alguien que no pague el *fai*, la tasa por la protección. La Casa de los Corrino cedió todas sus acciones de la CHOAM a tu hijo y a sus herederos. Farad'n existe gracias a la tolerancia de los Atreides. Y recordad que cuando vuestro Duque plantó la enseña del Halcón en Arrakis, recordad que dijo: «¡Aquí estoy, aquí me quedo!». Sus huesos siguen allí. Y Farad'n querrá vivir en Arrakis, con sus Sardaukar con él. —Idaho agitó la cabeza ante el pensamiento de una tal alianza.

—Hay un viejo refrán que dice que uno debe pelar un problema como si fuera una cebolla —dijo ella con voz fría. *¿Cómo se atreve a mostrarse condescendiente conmigo? A menos que esté recitando para los atentos ojos de Farad'n...*

—Por alguna razón, no consigo ver a los Fremen y a los Sardaukar compartiendo un planeta —dijo Idaho—. Es una capa que no consigo pelar de la cebolla.

A Jessica no le gustaban los pensamientos que las palabras de Idaho podían despertar en Farad'n y sus consejeros. Con voz cortante, dijo:

—¡La casa de los Atreides aún sigue siendo la ley en este Imperio! —y pensó: *¿Intenta Idaho conducir a Farad'n a creer que puede alcanzar de nuevo el trono sin los Atreides?*

—Oh, sí —dijo Idaho—. Casi lo había olvidado. ¡La ley de los Atreides!

Interpretada, por supuesto, por los Sacerdotes del Elixir Dorado. Tan sólo debo cerrar mis ojos y puedo oír a vuestro Duque diciéndome que una propiedad se conquista y se defiende siempre con la violencia o con la amenaza de ella. El destino golpea en cualquier lugar, como solía cantar Gurney. ¿El fin justifica los medios? ¿O acaso he mezclado los proverbios? Bueno, no importa si el puño de hierro es blandido abiertamente por las legiones Fremen o los Sardaukar, o en cambio se esconde en la Ley de los Atreides... basta con que el puño esté. Y la cebolla... no es necesario pelarla capa a capa, mi Dama. ¿Sabéis?, me pregunto qué puño preferirá Farad'n.

*¿Qué es lo que pretende?*, se preguntó Jessica. *¿La Casa de los Corrino tomará esta argumentación y gozará malignamente con ella!*

—¿Así que tú crees que los Sacerdotes no dejarán que Ghanima se case con Farad'n? —aventuró Jessica, intentando ver adónde conducían las palabras de Idaho.

—¿Dejarla? ¡Dioses de las profundidades! Los Sacerdotes dejarán que Alia haga todo lo que ella decreta. ¡Podría desear casarse ella misma con Farad'n!

*¿Entonces es esto lo que está persiguiendo?*, se dijo Jessica.

—No, mi Dama —dijo Idaho—. Esta no es la salida. El pueblo de este Imperio no puede distinguir entre el gobierno de los Atreides y el gobierno de la Bestia Rabban. Cada día mueren hombres en las mazmorras de Arrakeen. Yo me he ido porque no hubiera podido ofrecer ni una sola hora más mi espada a los Atreides. ¿Podéis comprender lo que estoy diciendo, el por qué he venido aquí hasta vos como la más cercana representante de los Atreides? El Imperio de los Atreides ha traicionado a vuestro Duque y a vuestro hijo. Yo amé a vuestra hija, pero ella ha tomado un camino y yo otro. Si la cosa ha de llegar hasta ese extremo, soy de la opinión de que Farad'n acepte la mano de Ghanima... o la de Alia... ¡pero sólo bajo nuestras propias condiciones!

*Ahhh, está preparando el decorado para una retirada formal y con honor del servicio de los Atreides*, pensó ella. Pero aquellos otros temas de los cuales había hablado, ¿era posible que supiera cómo le estaba facilitando el trabajo a ella? Le miró, frunciendo el ceño.

—Sabes que hay espías escuchando todas nuestras palabras, ¿verdad?

—¿Espías? —Idaho se echó a reír—. Escuchan del mismo modo que escucharía yo en su lugar. Ahora vos sabéis cómo mis lealtades se mueven en otra dirección. He pasado muchas noches a solas en el desierto, y los Fremen tienen razón al respecto. En el desierto, especialmente por la noche, uno descubre los peligros de pensar intensamente.

—¿Es allí donde oíste a los Fremen maldecirnos?

—Sí. Entre el al-Ourouba. Me he unido a ellos por mandato del Predicador, mi Dama. Nos llamamos a nosotros mismos los Zarr Sadus, aquellos que se niegan a someterse a los Sacerdotes. Estoy aquí para anunciar formalmente a una Atreides que

me he pasado por voluntad propia al territorio enemigo.

Jessica lo estudió, buscando algo que le traicionara en los pequeños detalles, pero Idaho no daba la menor indicación de que hablara con falsedad o con planes ocultos. ¿Era realmente posible que se hubiera pasado a Farad'n? Recordó la máxima de la Hermandad: *En los asuntos humanos, nada permanece; todos los asuntos humanos se mueven en espiral, girando alrededor y hacia afuera*. Si Idaho había dejado realmente el redil de los Atreides, esto podía explicar su actual comportamiento. Se estaba moviendo alrededor y hacia afuera. Tenía que considerar aquello como una posibilidad.

*¿Pero por qué ha enfatizado el hecho de que ha cumplido órdenes del Predicador?*

La mente de Jessica aceleró y, una vez consideradas las alternativas, llegó a la conclusión de que quizás hubiera debido matar a Idaho. El plan en el que había basado todas sus esperanzas era tan delicado que si quería llevarlo a buen término no podía permitir que nada interfiriera con él. Nada. Y las palabras de Idaho demostraban que él conocía este plan. Estudió sus respectivas posiciones en la estancia, moviéndose y girando a fin de situarse en posición para dar un golpe mortal.

—Siempre he considerado el efecto normalizador del *faufreluche* como el pilar de nuestra fuerza —dijo. Permitted que él se preguntara por qué estaba desviando su conversación hacia el sistema de distinción de clases—. El Consejo del Landsraad de las Grandes Casas, los Sysselraads regionales, todos ellos merecen nuestro...

—No me distraigáis —dijo él.

E Idaho se maravilló al darse cuenta de cuán transparentes se habían vuelto las acciones de ella. Quizá fuera debido a que había relajado su disimulo, o tal vez él había terminado por derribar las barreras de su adiestramiento Bene Gesserit. Lo último era lo más probable, decidió, pero buena parte de su éxito se debía a ella misma... a los cambios producidos por la edad. Aquello lo entristeció, del mismo modo que lo entristecían los pequeños cambios que podían apreciarse en los nuevos Fremen, comparándolos con los viejos. La transformación del desierto era la transformación de algo precioso a los seres humanos, algo que no podía describir, como tampoco podía describir lo que le había ocurrido a Dama Jessica.

Jessica miró a Idaho con clara sorpresa, sin intentar ocultar su reacción. ¿Podía él leer tan fácilmente en ella?

—Vos no me mataréis —dijo él. Usó las palabras Fremen de advertencia: «No mancharéis vuestro cuchillo con mi sangre». Y pensó: *Cada vez me siento más Fremen*. El pensar cuán profundamente había aceptado las formas de vida del planeta que había dado asilo a su segunda vida le dio una falsa sensación de seguridad.

—Creo que será mejor que te vayas —dijo ella.

—No hasta que aceptéis mi dimisión al servicio de los Atreides.

—¡Aceptada! —restalló ella. Y sólo después de haber pronunciado aquella palabra se dio cuenta de lo reflejo que había sido aquel cambio en ella. Necesitaba tiempo para pensar y reconsiderar las cosas. ¿Cómo había podido saber Idaho lo que ella iba a hacer? No podía creer que fuera capaz de saltar en el Tiempo con ayuda de la especia.

Idaho retrocedió hasta tocar la puerta que había a sus espaldas. Hizo una inclinación.

—Os llamaré una vez más Mi Dama, pero esta será la última vez. Mi consejo a Farad'n será que os envíe a Wallach, rápida y discretamente, a la primera ocasión que se presente. Sois un juguete demasiado peligroso para tener cerca. Aunque no creo que él piense en vos como en un juguete. Vos trabajáis para la Hermandad, no para los Atreides. Ahora me pregunto si alguna vez habéis trabajado realmente para los Atreides. Vosotras las brujas os movéis demasiado profundamente y demasiado oscuramente para que los simples mortales puedan confiar en vosotras.

—Un ghola considerándose a sí mismo como un simple mortal —se burló ella.

—Comparado con vos —dijo él.

—¡Vete! —ordenó ella.

—Esta es mi intención. —Idaho abrió la puerta y salió, pasando ante la mirada curiosa de la sirvienta que, obviamente, había estado escuchando.

*Ya está hecho, pensó. Y ellos podrán interpretarlo tan sólo de una manera.*

Tan sólo en el reino de las matemáticas puede uno comprender la exacta visión del futuro de Muad'Dib. Así: primero, postulamos un número indeterminado de dimensiones puntiformes en el espacio. (Este es el clásico agregado extendido n-pliegues, un agregado de n dimensiones). En estos términos, el Tiempo tal como lo consideramos comúnmente se convierte en un agregado de propiedades unidimensionales. Aplicando esto al fenómeno Muad'Dib, observamos que, o bien nos hallamos ante nuevas propiedades del Tiempo o (por reducción a través del cálculo infinitesimal) estamos enfrentándonos con sistemas separados que contienen propiedades físicas. Para Muad'Dib, asumimos la segunda hipótesis. Como queda demostrado por la reducción, las dimensiones puntiformes del n-pliegues tau sólo pueden tener existencia separada en el interior de diferentes estructuras de Tiempo. Así queda demostrada la coexistencia de dimensiones separadas de Tiempo. Esto lleva a una consecuencia inevitable: las predicciones de Muad'Dib requieren que este haya percibido n-pliegues no como un agregado extendido sino con una sola operación en el interior de una única estructura. En efecto, ha cristalizado a su universo en esa única estructura que era su visión del Tiempo.

PALIMBASHA, *Lecciones en el Sietch Tabr*

Leto estaba tendido en la cresta de una duna, escrutando a través de la extensión de arena hacia la sinuosa prominencia rocosa. La prominencia yacía como un inmenso gusano surgiendo de la arena, plana y amenazadora bajo la luz matutina. Nada se movía allí. Ningún pájaro trazaba círculos sobre ella; ningún animal correteaba entre las rocas. Podía ver las rendijas de una trampa de viento casi en el centro mismo del lomo del gusano. Había agua allí. La prominencia-gusano tenía la familiar apariencia de la parte externa de un sietch, excepto por la ausencia de cosas vivas. Permaneció quieto allí, confundiéndose con la arena, observando.

Una de las tonadas de Gurney Halleck flotaba en su mente, con una persistente monotonía:

*Bajo la colina donde el zorro corre ligero,  
Un moteado sol reluce brillante  
Allá donde permanece mi amor.*

*Bajo la colina entre las matas de hinojo  
Espío a mi amor que ya no puede despertarse.  
Se oculta en una tumba  
Bajo la colina.*

¿Dónde estaba la entrada de aquel lugar?, se preguntó Leto.

Tenía la certeza de que aquel debía ser Jacurutu/Fondak, pero había algo erróneo allí, aparte la falta de movimientos animales. Algo se agitó en el borde de su



percepción consciente, alertándole.

¿Qué se ocultaba bajo la colina?

La ausencia de animales era lo más inquietante. Aquello alertaba su sentido Fremen de precaución: *La ausencia dice más que la presencia cuando se trata de sobrevivir en el desierto*. Pero aquello era una trampa de viento. Allí había agua, y seres humanos que la usaban. Aquel era el lugar tabú que se ocultaba bajo el nombre de Fondak, con su otra identidad perdida incluso en los recuerdos de la mayor parte de los Fremen. Y no se veía allí ningún pájaro ni animal.

Ningún ser humano... entonces allí era donde se iniciaba el Sendero de Oro.

Su padre había dicho en una ocasión:

—A cada momento nos rodea lo desconocido. Es allí donde uno tiene que buscar el conocimiento.

Leto miró a su derecha a lo largo de las crestas de las dunas. Había habido recientemente una madre de las tormentas. El lago Azrak, la llanura de yeso, había quedado al descubierto, despojado de su cobertura de arena. Las supersticiones Fremen decían que a cualquiera que viera el Biyan, las Tierras Blancas, le era concedido un deseo de doble filo, un deseo que podía destruirle a uno. Pero Leto había visto tan sólo una llanura de yeso donde según le habían dicho había existido una vez agua al aire libre, allí en Arrakis.

Y existiría de nuevo.

Levantó la mirada, observando a su alrededor en busca de algún movimiento. El cielo tenía un aspecto poroso tras la tormenta. La luz que lo atravesaba generaba la sensación de una presencia lechosa, de un sol plateado oculto en algún lugar allí arriba, al otro lado del velo de polvo que persistía en las grandes altitudes.

Leto centró de nuevo su atención en el sinuoso promontorio rocoso. Tomó los binoculares de su fremochila, enfocó sus lentes móviles y miró al desnudo grisor, aquellas rocas en las que en un tiempo habían vivido los hombres de Jacurutu. La amplificación reveló un arbusto espinoso, del tipo llamado Reina de la Noche. El arbusto anidaba en las sombras de una hendidura que podría ser la entrada del viejo sietch. Exploró el promontorio en toda su longitud. El plateado sol transformaba los rojos en grises, aplanando difusamente la larga extensión rocosa.

Giró sobre sí mismo, dando la espalda a Jacurutu y trazando un escrutador círculo a todo su alrededor a través de los binoculares. Nada en aquella soledad conservaba huellas del paso de seres humanos. El viento había borrado incluso sus propias huellas, dejando tan sólo una vaga concavidad allá donde había saltado de su gusano por la noche.

Miró una vez más a Jacurutu. Excepto por la trampa de viento, no había el menor signo de que los hombres hubieran pasado nunca por aquel lugar. Y sin aquel sinuoso promontorio de roca, no había allí nada que desviara la atención de la blanqueada

arena, una desolación que iba de horizonte a horizonte.

Leto tuvo repentinamente la impresión de que estaba en aquel lugar debido a que había rehusado ser confinado en el sistema que sus antecesores le habían legado. Pensó en cómo le miraba la gente, aquel universal error en todas las miradas excepto la de Ghanima.

*Debido a esa disonante turbamulta de otras memorias, ese niño nunca ha sido un niño.*

*Debo aceptar la responsabilidad de las decisiones que hemos tomado, pensó.*

Volvió a mirar al promontorio rocoso. Según todas las descripciones, aquello tenía que ser Fondak, y ningún otro lugar podía ser Jacurutu. Experimentó un extraño y resonante vínculo con el tabú de aquel lugar. A la manera Bene Gesserit, abrió su mente a Jacurutu, intentando no saber nada acerca de él. *Saber* era una barrera que impedía aprender. Por unos pocos instantes se abandonó simplemente a la resonancia, no exigiendo nada, no haciendo preguntas.

El problema estribaba en aquella ausencia de vida animal, pero había una cosa en particular que lo había puesto sobre aviso. Lo percibió entonces: no había pájaros predadores... ni águilas, ni buitres, ni halcones. Aunque las otras formas de vida se ocultaran, esas permanecerían visibles. Cada lugar de abrevaje en aquel desierto contenía su cadena de vida. Al final de la cadena estaban los omnipresentes predadores. Nadie había acudido a investigar su presencia. Conocía muy bien los «perros guardianes del sietch», aquella línea de agazapados pájaros en el borde del risco, en el Tabr, primitivos funerarios acechando a por carne. Tal como decían los Fremen: «Nuestros competidores». Pero lo decían sin ningún sentimiento de celos, ya que aquellos vigilantes pájaros les advertían a menudo cuando se acercaban extraños.

*¿Y si Fondak ha sido abandonado incluso por los contrabandistas?*

Leto hizo una pausa para beber de uno de sus tubos de recuperación.

*¿Y si realmente no hay agua aquí?*

Revisó su posición. Había cabalgado dos gusanos cruzando la arena hasta aquí, conduciéndolos despiadadamente a través de la noche hasta abandonarlos medio muertos. Aquello era el Desierto Profundo, donde los contrabandistas habían edificado su paraíso. Si allí existía vida, si podía existir, sólo podía ser en presencia de agua.

*¿Y si no hay agua? ¿Y si esto no es Fondak/Jacurutu?*

Apuntó de nuevo sus binoculares sobre la trampa de viento. Sus partes visibles estaban corroídas por la arena, necesitaba mantenimiento, pero debía seguir funcionando. Debía haber agua.

*Pero ¿y si no hay?*

Un sietch abandonado podía perder su agua en el aire a la menor catástrofe. ¿Por qué no había pájaros predadores? ¿Habían sido muertos para extraer su agua? ¿Por

quién? ¿Cómo podían haber sido eliminados todos? ¿Con veneno?

### *Agua envenenada.*

La leyenda de Jacurutu no contenía ninguna historia de envenenamiento de la cisterna, pero podía haber ocurrido. Pero, aunque las bandadas originales hubieran sido aniquiladas, ¿cómo no se habían regenerado tras tanto tiempo? Los iduali habían desaparecido hacía muchas generaciones, y las historias nunca habían mencionado veneno. Examinó de nuevo las rocas con sus binoculares. ¿Cómo podía haber sido aniquilado todo un sietch? Ciertamente algunos de sus habitantes tenían que haber escapado. No todos los habitantes de un sietch estaban en él en un momento dado. Algunos estaban en el desierto, otros en las ciudades.

Con un suspiro de resignación, Leto guardó sus binoculares. Se deslizó a lo largo de la cara oculta de la duna, y extremó sus precauciones para excavar el hueco para su destiltienda y borrar todas las señales de su intrusión mientras se preparaba a pasar las horas ardientes. Las lentas oleadas de fatiga fueron infiltrándose a lo largo de sus miembros cuando se encerró en la oscuridad. En el interior del húmedo espacio de la tienda dejó transcurrir la mayor parte del día adormilado, imaginando los errores que podía haber cometido. Sus sueños eran defensivos, pero no podía haber ninguna autodefensa en aquella prueba que él y Ghanima habían elegido. Un fracaso quemaría sus almas. Comió galletas de especia y durmió, se despertó para comer de nuevo, bebió y volvió a dormirse. Había hecho un largo viaje hasta aquel lugar, una dura prueba para los músculos de un niño.

Al atardecer se despertó, de nuevo fresco, y escuchó intentando captar signos de vida. Se arrastró fuera de su sudario de arena. Había polvo muy alto en el cielo, arrastrado en una dirección, pero sintió la arena azotando sus mejillas desde otra dirección... un signo seguro de que el tiempo iba a cambiar. Se estaba acercando una tormenta.

Se arrastró cautelosamente hasta la cresta de su duna, miró una vez más aquella enigmática prominencia rocosa. El aire que lo separaba de ella era amarillento. Los signos hablaban de una tormenta de Coriolis acercándose, el viento que llevaba la muerte en su seno. Un inmenso y torbellineante lienzo de arena arrastrado por el viento a lo largo de cuatro grados de latitud. El desolado vacío del yesoso pan era ahora una superficie amarilla, reflejando las nubes de polvo. La falsa paz del atardecer lo invadió. Luego el día desapareció y era de noche, la rápida noche del Desierto Profundo. Las rocas se convirtieron en angulosos perfiles escarchados por la luz de la Primera Luna. Sintió la punzante arena picoteando su piel. El seco estruendo de un trueno resonó como un eco de lejanos tambores y, en el espacio entre la luz de la luna y la oscuridad, captó un repentino movimiento: murciélagos. Pudo oír el excitado movimiento de sus alas, sus agudos chillidos.

### *Murciélagos.*

Intencionadamente o por accidente, aquel lugar comunicaba un sentimiento de abandonada desolación. Era el lugar donde debería encontrarse la semilegendaria fortaleza de los contrabandistas: Fondak. ¿Pero y si no era Fondak? ¿Y si el tabú seguía vigente y aquello era tan sólo la concha vacía del fantasmal Jacurutu?

Leto se acurrucó al amparo de su duna y aguardó a que la noche impusiese sus propios ritmos. Paciencia y precaución... precaución y paciencia. Por un tiempo se entretuvo avistando el camino que hizo Chaucer de Londres a Canterbury, pasando revista a todos los lugares desde Southwark: dos millas hasta el abrevadero de St. Thomas, cinco millas hasta Deptford, seis millas hasta Greenwich, treinta millas hasta Rochester, cuarenta millas hasta Sittingbourne, cincuenta y cinco millas hasta Boughton bajo el Blean, cincuenta y ocho millas hasta Harbledown, y sesenta millas hasta Canterbury. Le daba una sensación de intemporal optimismo el saber que pocos en su universo recordaban a Chaucer o conocían ningún Londres excepto el poblado de Gansireed. St. Thomas había sido preservado del olvido de la Biblia Católica Naranja y el Libro de Azhar, pero Canterbury había desaparecido de la memoria de los hombres, como había desaparecido el planeta que lo había conocido. Aquel era el tremendo peso de sus memorias, todas aquellas vidas que amenazaban con engullirlo. Había habido un tiempo en que él había hecho aquel viaje a Canterbury.

Aquel viaje de ahora era mucho más largo, sin embargo, y mucho más peligroso.

Poco después se arrastró rebasando la cresta de la duna e inició su camino por el otro lado en dirección a la prominencia bañada por la luna. Se fundió con las sombras, se deslizó por las crestas, sin hacer el menor ruido que pudiera señalar su presencia.

El polvo había desaparecido como ocurría a menudo justo antes de una tormenta, y la noche era brillante. El día no había revelado ningún movimiento, pero ahora podía oír pequeñas criaturas moviéndose en la oscuridad a medida que se acercaba a la prominencia.

En una depresión entre dos dunas tropezó con una familia de jerbos que huyeron precipitadamente al acercarse él. Rebasó la siguiente cresta, con el corazón latiéndole al compás de sombrías aprensiones. Aquella hendidura que había observado... ¿era realmente una entrada? Y había otros detalles: antiguamente los sietch estaban siempre protegidos por trampas... estacas envenenadas en el fondo de pozos, espinas envenenadas en las plantas. Le vino a la memoria la antigua expresión Fremen: *La noche del oído mental*. Y escuchó para captar el menor sonido.

Las grises rocas eran como torres sobre él ahora, convertidas en gigantes por la proximidad. Escuchó, y oyó invisibles pájaros en aquella prominencia, la angustiada llamada de una alada presa. Eran sonidos de pájaros diurnos, pero surgían de noche. ¿Qué era lo que había hecho cambiar al mundo a su alrededor? ¿Predadores humanos?

Bruscamente, Leto se inmovilizó contra la arena. Había fuego entre las rocas, un ballet de destellantes y misteriosas gemas contra el velo negro de la noche; el tipo de señal que un sietch enviaría a los vagabundos del *bled*. ¿Quiénes eran los ocupantes de aquel lugar? Se arrastró sumergido en las más profundas sombras en dirección a la base de la prominencia, avanzó tanteando la roca con una mano y moviendo cautelosamente el cuerpo tras ella en busca de la hendidura que había visto a la luz del día. La localizó tras ocho pasos, sacó el snork de arena de su mochila y tanteó la oscuridad. Al moverse, algo saltó y cayó sobre sus hombros y brazos, inmovilizándole.

*¡Una trampa de estigma!*

Resistió el urgente impulso de revolverse; aquello tan solo haría que el estigma se apretara aún más. Soltó el snork y flexionó los dedos de su mano derecha, intentando alcanzar el cuchillo en su funda. Se sintió como un estúpido inocente por no haber echado nada en la hendidura desde una prudente distancia, tanteando la oscuridad y sus peligros. Su mente había estado demasiado ocupada con los fuegos entre las rocas.

Cada movimiento apretaba más la trampa de estigma, pero finalmente sus dedos tocaron el mango del cuchillo. Lentamente, cerró su mano en torno al mango y empezó a sacar la hoja.

Una cegadora luz lo envolvió, paralizando todos sus movimientos.

—Ahhh, una magnífica presa en nuestra red. —Era una enérgica voz masculina procedente de detrás de Leto, con algo vagamente familiar en su tono. Leto intentó girar la cabeza, consciente de la peligrosa propensión del estigma a estrujar cualquier cuerpo que se moviera demasiado rápidamente.

Una mano tomó su cuchillo antes de que pudiera ver a su captor. La mano se movió expertamente sobre su cuerpo, extrayendo los pequeños utensilios que él y Ghanima habían llevado como elementos de supervivencia. Nada escapó al buscador, ni siquiera el lazo estrangulador de hilo shiga oculto en su cabello.

Leto seguía sin haber podido ver al hombre.

Los dedos hicieron algo con la trampa de estigma, y Leto descubrió que podía respirar más fácilmente. Pero el hombre advirtió:

—No intentes revolverte, Leto Atreides. Tengo tu agua en mi taza.

Leto consiguió permanecer tranquilo con un supremo esfuerzo.

—¿Sabes mi nombre? —dijo.

—¡Por supuesto! Cuando uno prepara una trampa es para un propósito determinado. Uno mira siempre hacia una presa en particular, ¿no?

Leto permaneció silencioso, pero sus pensamientos eran un torbellino.

—¡Te sientes traicionado! —exclamó la estentórea voz. Dos manos le hicieron dar media vuelta, suavemente pero con una obvia demostración de fuerza. Un hombre

adulto le estaba diciendo al niño cuán pequeñas eran sus posibilidades de salirse de aquello.

Leto levantó la mirada hacia dos flotantes destellos, entrevió el negro perfil de un rostro oculto por la capucha de un destiltraje. Cuando sus ojos se habituaron distinguió una oscura franja de piel, unos ojos con el azul profundo de la adicción a la melange.

—Te preguntas por qué nos hemos tomado todas estas molestias —dijo el hombre. Su voz surgía de la oculta parte inferior de su rostro, cuyo curioso aspecto protuberante hacía pensar en alguien que intentaba ocultar un acento.

—Hace ya tiempo que he dejado de preguntarme por qué hay tanta gente que desea la muerte de los gemelos Atreides —dijo Leto—. Sus razones son obvias.

Mientras hablaba, la mente de Leto se proyectó contra lo desconocido como si fueran los barrotes de una jaula, buscando frenéticamente respuestas. ¿Una trampa con cebo? ¿Pero quién lo sabía aparte de Ghanima? ¡Imposible! Ghanima nunca traicionaría a su propio hermano. ¿Entonces había alguien que le conocía tan bien como para predecir sus acciones? ¿Quién? ¿Su abuela? ¿Cómo podría?

—No se te podía permitir que siguieras por este camino —dijo el hombre—. Era muy malo. Antes de acceder al trono necesitas ser educado. —Los ojos desprovistos de blanco le miraron fijamente. ¿Te preguntas cómo alguien puede presumir de educar a una persona como tú? ¿Tú, con el conocimiento de toda una multitud metida en tus recuerdos? ¡Es esto precisamente, entiéndelo! Te crees a ti mismo educado, pero todo lo que eres es un repositorio de vidas muertas. Todavía no posees una vida tuya propia. Eres tan sólo un recipiente andante de otros, todos ellos con una única finalidad... aspirar a la muerte. No es bueno que un gobernante se convierta en un aspirante a la muerte. Terminarías rodeándote de cadáveres. Tu padre, por ejemplo, no comprendió nunca el...

—¿Te atreves a hablar así de él?

—Son muchas las veces que me he atrevido a hacerlo. Después de todo, tan sólo era Paul Atreides. Bueno, muchacho, bienvenido a tu escuela.

El hombre sacó una mano de debajo de sus ropas y tocó la mejilla de Leto. Leto sintió el impacto de una palmada como un disparo, y se encontró precipitándose hacia abajo en dirección a una oscuridad donde ondeaba una bandera verde. Era el estandarte verde de los Atreides, con sus símbolos del día y de la noche y su asta de Dune que ocultaba un tubo de agua. Pudo oír el gorgoteo del agua cuando la inconsciencia lo invadió. ¿O era alguien riéndose?

Podemos recordar todavía los días dorados antes de Heisenberg, que mostró a los seres humanos las paredes que encierran nuestras predestinadas argumentaciones. Las vidas dentro de mí encuentran esto divertido. El conocimiento, sabéis, no sirve sin una finalidad, pero es precisamente la finalidad quien construye las paredes que nos encierran.

LETO TREIDES II, su Voz

Alia se descubrió a sí misma hablando ásperamente a los guardias que estaban frente a ella en el vestíbulo del templo. Eran nueve en total, con los polvorientos uniformes verdes de las patrullas suburbanas, y todavía sudaban y jadeaban por el esfuerzo. La luz del anochecer entraba por la puerta a sus espaldas. La zona había sido limpiada de peregrinos.

—Así pues, ¿mis órdenes no significan nada para vosotros? —preguntó Alia.

Y se maravilló de su propia irritación, no intentando contenerla sino dejándola surgir. Su cuerpo temblaba con incontroladas tensiones: Idaho desaparecido... Dama Jessica... ningún informe... sólo rumores de que se hallaban en Salusa ¿Por qué Idaho no le había enviado ningún mensaje? ¿Por qué había hecho aquello? ¿Había sabido finalmente lo de Javid?

Alia ostentaba el color amarillo del luto en Arrakeen, el color del ardiente sol de la historia Fremen. Dentro de pocos minutos iba a presidir la segunda y última procesión fúnebre a la Vieja Hendidura, para completar la lápida de piedra de su difunto sobrino. El trabajo sería completado por la noche, rindiendo así homenaje a aquel que estaba destinado a conducir a los Fremen.

Los guardias sacerdotales parecían desafiantes frente a su irritación, en absoluto avergonzados. Permanecían inmóviles ante ella, recortados sobre la agonizante luz. El olor de su transpiración era fácilmente detectado a través de los ligeros e ineficientes destiltrajes de los habitantes de la ciudad. Su jefe, un alto y rubio kaza con las Insignias de bourka de la familia Cadelam, echó a un lado la máscara del destiltraje para hablar más claramente. Su voz estaba llena de las orgullosas entonaciones que podían esperarse del retoño de la familia que en un tiempo había gobernado en el Sietch Abbir.

—¡Por supuesto que hemos intentado capturarlo! —El hombre se sentía obviamente ultrajado por su ataque. ¡Blasfemaba! ¡Conocíamos vuestras órdenes, pero lo oímos con nuestros propios oídos!

—Y no habéis conseguido capturarlo —dijo Alia, con voz baja y acusadora.

Otro de los guardias, una mujer joven y baja, intentó defenderse.

—¡La gente era muy densa allí! ¡Juro que la gente interfirió nuestro trabajo!

—Seguiremos tras él —dijo el Cadelam—. No siempre fallaremos.

Alia frunció el ceño.

—¿Por qué no intentáis comprender y me obedecéis?

—Mi Dama, nosotros...

—¿Qué haréis vosotros, retoño de Cade Lamb,<sup>[1]</sup> si lo torturáis y descubrís que es en realidad mi hermano?

Obviamente él no captó el especial énfasis en su nombre, aunque no hubiera podido formar parte de la guardia sacerdotal sin haber recibido alguna educación que debía haberle permitido captarlo. ¿Acaso se estaba sacrificando?

El guardia tragó saliva y dijo:

—Deberemos matarlo nosotros mismos, porque causa desórdenes.

Los demás permanecieron horrorizados ante aquello, pero siguieron desafiantes. Sabían qué significaba lo que habían oído.

—Llama a las tribus a unirse contra vos —dijo el Cadelam. Ahora Alia sabía cómo manejarlo. Habló en tono tranquilo, desapasionado.

—Entiendo. Entonces, si tú deseas sacrificarte de esta forma, matándolo abiertamente para que todos puedan ver quién eres y lo que estás haciendo, entonces creo que eres tú quien debe hacerlo.

—Sacrificarme... —el guardia se interrumpió, miró a sus compañeros. Como kaza de aquel grupo, su jefe elegido, tenía derecho a hablar en su nombre, pero en aquel instante dio señales de que hubiera deseado más permanecer silencioso. Los otros guardias se agitaron inquietos. En el calor de la caza, habían desafiado a Alia. Ahora tan sólo podían reflexionar sobre el significado de tal desafío al «Seno del Cielo». Con obvio nerviosismo, los guardias abrieron un pequeño espacio entre ellos y su kaza.

—Por el bien de la Iglesia, nuestra reacción oficial debería ser severa —dijo Alia—. Comprendes esto, ¿no?

—Pero él...

—Lo he oído por mí misma —dijo ella—. Pero este es un caso especial.

—¡Él no puede ser Muad'Dib, mi Dama!

*¡Qué poco sabes!*, pensó ella. Y dijo:

—No podemos arriesgarnos a hacerlo abiertamente, hiriéndole allá donde otros puedan verlo. Si se presentara alguna otra oportunidad, por supuesto...

—¡Pero últimamente siempre está rodeado por la multitud!

—Entonces me temo que deberás ser paciente. Por supuesto, si insistes en desafiarme... —dejó que las consecuencias colgaran en el aire, inexpresadas pero bien comprendidas. El Cadelam era ambicioso, tenía una brillante carrera ante sí.

—Ni soñaba en desafiarnos, mi Dama —el hombre había recuperado de nuevo el control—. Actuamos precipitadamente, ahora lo comprendo. Perdonadnos, pero él...

—Nada ha ocurrido, nada hay que perdonar —dijo ella, usando la habitual



fórmula Fremen. Era una de las muchas formas en las cuales una tribu mantenía la paz en sus filas, y aquel Cadelam seguía siendo lo suficientemente Viejo Fremen como para recordarlo. Su familia arrastraba una larga tradición de jefes. La culpabilidad era el látigo de los Naib, que debía ser usado parcamente. Los Fremen servían mejor cuando se veían libres de la culpabilidad o del resentimiento.

El hombre mostró haber comprendido su juicio inclinando la cabeza y diciendo:

—Por el bien de la tribu; comprendo.

—Entonces id a refrescaros —dijo ella—. La procesión empezará dentro de pocos minutos.

—Sí, mi Dama. —Se alejaron apresuradamente, revelando en cada uno de sus movimientos su alivio por escapar así. Dentro de la cabeza de Alia una voz de bajo retumbó:

—Ahhhhh, has llevado esto astutamente. Uno o dos de ellos siguen creyendo todavía que deseas ver muerto al Predicador. Intentarán complacerte.

—¡Cállate! —silbó ella—. ¡Cállate! ¡Nunca hubiera debido escucharte! Mira lo que has hecho...

—Te he puesto en el camino de la inmortalidad —dijo la voz de bajo.

Ella sintió cómo creaba ecos en su cráneo como un distante dolor, y pensó: *¿Dónde puedo esconderme? ¡No hay ningún lugar adonde ir!*

—El cuchillo de Ghanima es afilado —dijo el Barón—. Recuerda esto.

Alia parpadeó. Sí, era algo que debía recordar. El cuchillo de Ghanima era afilado. Aquel cuchillo podía librarla de aquella actual difícil situación.

Si creéis en ciertas palabras, creed en sus ocultos significados. Cuando uno cree que algo es cierto o está equivocado, es verdadero o falso, cree en realidad en las suposiciones inscritas en las palabras que expresan estos argumentos. Tales suposiciones están a menudo llenas de lagunas, pero siguen siendo preciosas para los convencidos.

*La Prueba Abierta de la Panoplia Prophetica*

La mente de Leto flotaba en una masa de olores selváticos. Reconoció el fuerte olor a canela de la melange, el sudor de cuerpos trabajando en un ambiente cerrado, la acritud de un destilador de muertos sin cubrir, polvo de varias clases el que dominaba el pedernal. Aquellos olores formaban indicio a través del arenoso sueño, creando manchas niebla en una tierra muerta. Supo que aquellos olores debían decirle algo, pero parte de él no conseguía escuchar.

Pensamientos espectrales flotaban a través de su mente: *En este momento no poseo rasgos definidos; soy todos mis antecesores. El Sol que surge en la arena es el sol que surge en mi alma. Hubo un tiempo en que esa multitud dentro mí era grande, pero esto ha terminado. Soy Fremen y tendré un fin Fremen. El Sendero de Oro ha terminado antes de empezar. No es más que una pista barrida por el viento. Nosotros los Fremen conocíamos todos los trucos para ocultarnos; no dejábamos ni heces, ni agua, ni huellas... Ahora mira cómo mi pista se desvanece.*

Una voz masculina habló cerca de su oído:

—Podría matarte, Atreides. Podría matarte, Atreides. —La frase fue repetida una y otra vez hasta perder su significado, hasta convertirse en un sonido indistinto dentro del sueño de Leto, una especie de letanía—: Podría matarte, Atreides.

Leto carraspeó, y el sentido de realidad de aquel simple acto sacudió sus sentidos. Su seca garganta consiguió articular:

—¿Quién...?

—Soy un Fremen instruido y he matado a mi hombre —dijo la voz junto a él—. Vosotros nos robasteis nuestros dioses, Atreides. ¿Qué puede importarnos vuestro hediondo Muad'Dib? ¡Vuestro dios está muerto!

¿Aquella era una auténtica voz Ouraba, u otra parte de su sueño? Leto abrió los ojos, descubriéndose tendido en una superficie dura, sin nada que lo sujetara. Miró hacia arriba, hacia el techo de roca, hacia la suave luz de unos globos, hacia el rostro sin máscara que lo contemplaba desde tan cerca que podía oler su aliento con todos los aromas familiares de la dieta de un sietch. El rostro era Fremen; uno no podía equivocarse respecto a aquella piel oscura, aquellos rasgos angulosos y aquella epidermis reseca por la usura de agua. No era un gordo habitante de la ciudad. Era un Fremen del desierto.

—Soy Namri, padre de Javid —dijo el Fremen—. ¿Me conoces ahora, Atreides?

—Conozco a Javid —dijo Leto roncamente.

—Sí, tu familia conoce muy bien a mi hijo. Estoy orgulloso de él. Tú, Atreides, podrás conocerlo mejor dentro de muy poco.

—¿Qué...?

—Yo soy uno de tus educadores, Atreides. Tengo tan sólo una función: soy el que puede matarte. Lo haré con gusto. En esta escuela, graduarse es vivir; suspender es ser puesto en mis manos.

Leto captó la implacable sinceridad de aquella voz. El frío lo invadió. Aquello era un gom jabbar humano, un despótico enemigo cuya misión era poner a prueba su derecho de entrada en la competición con los demás seres humanos. Leto sintió la mano de su abuela en todo aquello y, tras ella, la masa anónima de la Bene Gesserit. Se rebeló ante aquel pensamiento.

—Tu educación empieza conmigo —dijo Namri—. Esto es justo. Es práctico. Porque podría terminar conmigo. Escúchame atentamente ahora. Cada una de mis palabras lleva en ella tu vida. Cada uno de mis actos lleva tu muerte en él.

Leto escrutó la estancia con su mirada: paredes de roca, desnudas... sólo el camastro donde estaba tendido, los globos, y un oscuro pasadizo tras Namri.

—No conseguirás pasar por encima de mí —dijo Namri. Y Leto lo creyó.

—¿Por qué haces esto? —preguntó.

—Ya te ha sido explicado. ¡Piensa en los planes que hay en tu cabeza! Pero estás aquí, y no puedes poner un futuro a tu presente condición. Las dos cosas no pueden ir juntas: presente y futuro. Pero si realmente conoces tu pasado, Si miras hacia atrás y ves dónde has estado, quizá puedas encontrar de nuevo una razón de vivir. Si no, morirás.

Leto notó que el tono de Namri no era descortés, pero era firme y no contradecía la promesa de muerte enunciada.

Namri se echó hacia atrás sobre sus talones y miró al techo de roca.

—En los viejos tiempos, los Fremen miraban hacia el este al alba. Eos, ¿sabes? El alba en una de las viejas lenguas.

Con un asomo de amargura en su voz, Leto dijo:

—Sé hablar esa lengua.

—Entonces no me has escuchado —dijo Namri, y su voz tenía un cortante filo—. La noche era el tiempo del caos. El día era el tiempo del orden. Así era en la época de esa lengua que dices sabes hablar: oscuridad-desorden, luz-orden. Nosotros los Fremen cambiamos eso. *Eos* era la luz que recelábamos. Preferíamos la luz de una luna, o de las estrellas. La luz significaba demasiado orden, y eso podía ser fatal. ¿Comprendes lo que vosotros, *Eos*-Atreides, habéis hecho? El hombre es tan sólo una criatura de esa luz que lo protege. El sol era nuestro enemigo en Dune. —Namri bajó

de nuevo sus ojos al nivel de Leto—. ¿Qué luz prefieres tú, Atreides?

Por la tensa actitud de Namri, Leto comprendió que aquella pregunta era trascendental. ¿Iba a matarlo aquel hombre si fallaba en responder correctamente? Quizá. Leto vio la mano de Namri apoyada suavemente cerca de la pulida empuñadura de su crys. Un anillo en forma de tortuga mágica brillaba en aquella mano Fremen.

Leto se irguió sobre sus codos y envió su mente a indagar en las antiguas creencias Fremen. Aquellos viejos Fremen creían en las Leyes, y les gustaba oírlas explicar en términos de analogías. ¿La luz de la luna?

—Yo prefiero... la luz de *Lisanu L'haqq* —dijo Leto, escrutando a Namri en busca de sutiles indicios reveladores. El hombre pareció desilusionado, pero su mano se apartó del cuchillo—. Es la luz de la verdad, la luz del perfecto hombre en la cual puede verse claramente la influencia de al-Mutakallim —prosiguió Leto—. ¿Qué otra luz podría preferir un ser humano?

—Hablas como alguien que recita, no como alguien que cree —dijo Namri.

Y Leto pensó: *He recitado*. Pero empezó a captar el curso de los pensamientos de Namri, el modo cómo sus palabras eran filtradas por un entrenamiento desde la infancia en resolver antiguos acertijos. Había miles de esos acertijos en el adiestramiento Fremen, y Leto necesitaba tan sólo fijar su atención en aquella costumbre para que multitud de ejemplos acudieran a su mente. «*Pregunta: ¿Silencio? Respuesta: El amigo del cazado*».

Namri asintió para sí mismo, como si compartiera aquellos pensamientos, y dijo:

—Hay una caverna que es la caverna de la vida para los Fremen. Es una caverna que existe pero que el desierto ha ocultado. Shai-Hulud, el gran abuelo de todos los Fremen, selló esa caverna. Mi tío Ziamad me habló de ella, y nunca me mintió. Esa caverna existe.

Leto captó el desafiante silencio que siguió a las palabras de Namri. ¿*La caverna de la vida*?

—Mi tío Stilgar también me ha hablado de esa caverna —dijo—. Fue sellada para impedir que los cobardes se ocultaran allí.

El reflejo de un globo brilló en los ojos de Namri, ocultos en las sombras.

—¿Habéis abierto esa caverna vosotros los Atreides? —preguntó—. Intentáis controlar la vida a través de un ministerio: vuestro Ministerio Central de Información, Auqaf y Hajj. El Maulana encargado de él es llamado Kausar. Ha recorrido un largo camino desde los inicios de su familia en las minas de sal de Niazi. Dime, Atreides, ¿qué hay equivocado en vuestro ministerio?

Leto se sentó, consciente ahora de que estaba plenamente metido en el juego de adivinanzas con Namri, y de que la alternativa era la muerte. El hombre daba constantemente muestras de que usaría aquel crys a la primera respuesta equivocada.

Namri, reconociendo aquella consciencia en Leto, dijo:

—Créeme, Atreides. Yo soy el destripaterrones. Yo soy el Martillo de Hierro.

Entonces Leto comprendió. Namri se veía a sí mismo como Mirzabah, el Martillo de Hierro con el que eran golpeados todos los muertos que no podían responder satisfactoriamente a las preguntas que tenían que responder antes de entrar en el paraíso.

*¿Qué estaba equivocado en el ministerio central que Alia y sus sacerdotes habían creado?*

Leto pensó en el motivo que lo había empujado al desierto, y volvió a él una pequeña esperanza de que el Sendero de Oro pudiera aparecer de nuevo en su universo. Lo que implicaba la pregunta de Namri no era más que el motivo que había empujado al hijo de Muad'Dib a adentrarse en el desierto.

—Es Dios quien debe mostrar el camino —dijo Leto.

Namri bajó fulminantemente la mandíbula y atravesó a Leto con la mirada.

—¿Es posible que tú creas eso? —preguntó.

—Es por ello por lo que estoy aquí —dijo Leto.

—¿Para hallar el camino?

—Para hallarlo por mí mismo. —Leto apoyó los pies en el suelo, al lado del camastro. El suelo de roca, sin ninguna alfombra que lo cubriera, estaba frío. Los Sacerdotes crearon su ministerio para ocultar el camino.

—Hablas como un auténtico rebelde —dijo Namri, y frotó la tortuga de su anillo con uno de sus dedos—. Ya veremos. Escucha atentamente una vez más. ¿Conoces la alta Muralla Escudo en Jalal-ud-Din? En aquella Muralla se hallan las marcas de mi familia esculpidas allí en los primeros días. Javid, mi hijo, ha visto esas marcas. Abedi Jalil, mi sobrino, las ha visto. Mujahid Shafqat, de los Otros, las ha visto también. En la estación de las tormentas, cerca de Sukkar, fui con mi amigo Yakup Abad y me acerqué a aquel lugar. Los vientos eran calientes y torbellineantes como los remolinos de donde hemos aprendido nuestras danzas. No tuvimos tiempo de ver las marcas porque una tormenta nos bloqueó el camino. Pero cuando la tormenta hubo pasado pudimos ver la visión de Thatta sobre la removida arena. El rostro de Shakir Ali estuvo allí por un momento, contemplando su ciudad de tumbas. La visión desapareció al instante, pero todos pudimos verla. Dime, Atreides, ¿dónde puedo encontrar esa ciudad de tumbas?

*Los remolinos de donde hemos aprendido nuestras danzas, pensó Leto. La visión de Thatta y Shakir Ali. Aquellas eran las palabras de un Zensunni Errante, que se consideran a sí mismos como los únicos verdaderos hombres del desierto.*

*Y a los Fremen les está prohibido tener tumbas.*

—La ciudad de las tumbas está al final del sendero que siguen todos los hombres —dijo Leto. Y la extrajo de las bienaventuranzas Zensunni—. Está en un jardín de un

millar de pasos cuadrados. Hay un espléndido corredor de entrada de doscientos treinta y tres pasos de largo y cien de ancho, todo él pavimentado con mármol de la antigua Jaipur. Allí dentro habita ar-Razzaq, el que provee de alimentos a todo aquel que se lo pide. Y en el Día del Ajuste de Cuentas, todos aquellos que se levanten y busquen la ciudad de las tumbas no la hallarán. Porque está escrito: Aquello que habéis conocido en un mundo no lo encontraréis en el otro.

—De nuevo recitas sin creer —se burló Namri—. Pero lo aceptaré por ahora porque creo que sabes por qué estás aquí. —Una fría sonrisa rozó sus labios—. Te doy un futuro *provisional*, Atreides.

Leto estudió circunspectamente al hombre. ¿Se trataba de otra pregunta disimulada?

—¡Bien! —dijo Namri—. Tu consciencia ha sido preparada. He clavado al máximo las púas. Una cosa más, entonces. ¿Has oído que utilizan imitaciones de destiltrajes en las ciudades del lejano Kadrish?

Mientras Namri lo observaba, Leto sondeó su mente en busca de un significado oculto. *¿Imitaciones de destiltrajes? Las utilizan en muchos planetas.*

—Las frívolas costumbres de Kadrish son una vieja historia repetida muy a menudo. El animal sabio se confunde con su entorno.

Namri asintió lentamente. Luego dijo:

—El que te atrapó y te trajo hasta aquí vendrá dentro de muy poco. No intentes abandonar este lugar. Podría representar tu muerte. —Se levantó mientras hablaba, y penetró en el oscuro corredor.

Durante un largo tiempo después de que Namri se hubiera ido, Leto permaneció mirando al corredor. Podía oír sonidos allá afuera, las débiles voces de los hombres de guardia. La historia de Namri del espejismo-visión volvió a su mente. Luego pensó en la larga travesía del desierto hasta aquel lugar. Ya no importaba que aquel lugar fuera o no Jacurutu/Fondak. Namri no era un contrabandista. Era algo mucho más potente. Y el juego al que había jugado Namri olía a Dama Jessica; hedía a Bene Gesserit. Leto sintió un envolvente peligro aletear a su alrededor. Pero aquel oscuro corredor por donde había desaparecido Namri era la única salida de aquella estancia. Y allá afuera se abría un extraño sietch... y fuera de él, el desierto. La áspera severidad de aquel desierto, su ordenado caos con espejismos e interminables dunas, abrumó a Leto como parte integrante de aquella trampa en la que había caído. Podía cruzar de nuevo aquella arena, pero, ¿adónde lo conduciría aquella fuga? Su pensamiento era como agua estancada. Nunca conseguiría apagar su sed.

Debido a la consciencia unidireccional del Tiempo en la cual permanecen sumergidas las mentes convencionales, los seres humanos tienden a pensar en todo en estructuras secuenciales, expresables en palabras. Esta trampa mental produce conceptos de efectividad y consecuencia a muy corto término, una condición de constante y no planificada respuesta a las crisis.

LIET-KYNES, *Manual de Trabajo de Arrakis*

*Palabras y movimientos simultáneos*, se recordó Jessica a sí misma, y concentró sus pensamientos en aquella preparación mental necesaria para el inminente encuentro.

Había pasado apenas una hora desde la comida, y el dorado sol de Salusa Secundus acababa tan sólo de tocar la pared más alejada del jardín interior que podía ver desde su ventana. Se había vestido meticulosamente: la negra capa con capucha de Reverenda Madre, pero llevando la insignia de los Atreides bordada en oro dentro de un círculo recamado cerca del borde y repetido al extremo de cada una de las mangas. Jessica dispuso cuidadosamente los pliegues de sus ropas mientras se giraba de espaldas a la ventana, manteniendo el brazo izquierdo cruzado sobre su pecho para mostrar el Halcón del emblema.

Farad'n observó los símbolos de los Atreides e hizo un leve comentario al entrar, pero no evidenció ni irritación u sorpresa. Jessica detectó un sutil humor en su voz y se preguntó acerca de él. Observó que Farad'n llevaba la malla gris que ella misma le había sugerido. Se sentó en el bajo diván verde que ella le indicó, relajándose, con su brazo derecho a la espalda.

*¿Por qué me fío de ella?*, se preguntó Farad'n. *¿Es una bruja Bene Gesserit!*

Jessica, leyendo aquel pensamiento en el contraste entre su cuerpo relajado y la expresión de su rostro, sonrió y dijo:

—Te fías de mí porque sabes que el nuestro es un buen pacto, y deseas lo que yo puedo enseñarte.

Observó que el asomo de un fruncimiento de cejas rozaba su frente, y agitó su mano izquierda para calmarlo.

—No. No leo la mente. Leo el rostro, el cuerpo, los modales, el tono de voz, la actitud de los brazos. Cualquiera que haya aprendido la manera Bene Gesserit puede hacerlo.

—¿Y me enseñaréis?

—Estoy segura de que has estudiado los informes acerca de nosotras —dijo ella—. ¿Has encontrado en algún lugar un informe que diga que no hemos cumplido una promesa explícita?

—Ningún informe, pero...

—Sobrevivimos en parte por la completa confianza que puede tener la gente en

nuestra sinceridad. Y esto aún no ha cambiado.

—Lo encuentro razonable —dijo él—. Estoy ansioso por empezar.

—Me sorprende que nunca hayas solicitado una maestra a la Bene Gesserit —dijo ella—. Se hubieran disputado la oportunidad de convertirte en su deudor.

—Mi madre nunca quiso escucharme cuando le pedía que lo hiciera —dijo él—. Pero ahora... —Se alzó de hombros, un elocuente comentario al destierro de Wensicia—. ¿Podemos empezar?

—Hubiera sido mucho mejor empezar cuando eras más joven —dijo Jessica—. Ahora va a ser muy duro para ti, y mucho más largo. Habrás de empezar aprendiendo paciencia, una extrema paciencia. Ruego por que no encuentres el precio demasiado alto.

—No a cambio de la recompensa que me ofrecéis.

Ella captó su sinceridad, la urgencia de su expectación y un toque de temor, en el tono de su voz. Aquello formaba una base para empezar.

—El arte de la paciencia, entonces, comenzando con algunos ejercicios elementales *prana-bindu* para piernas y brazos y para la respiración. Dejaremos las manos y los dedos para más tarde. ¿Estás preparado? —se sentó en una banqueta frente a él.

Farad'n asintió, mostrando una expectante expresión en su rostro para ocultar el repentino asalto del miedo. Tyekanik le había advertido de que tenía que haber algún engaño en la oferta de Dama Jessica, algo tramado en connivencia con la Hermandad:

—No podéis creer que la ha abandonado otra vez, o que la Hermandad la haya abandonado a ella —había dicho. Farad'n había cortado la discusión con un irritado acceso de rabia que inmediatamente había lamentado. Su reacción emocional le había hecho aceptar de un modo más consecuente las precauciones de Tyekanik. Farad'n miró a los cuatro ángulos de la estancia, el sutil brillo de los *adornos* en el techo. Pero todo lo que brillaba no eran *adornos*: todo lo que ocurriera en aquella estancia sería grabado, y mentes bien adiestradas revisarían cada matiz, cada palabra, cada movimiento que se hubiera producido en ella.

Jessica sonrió, notando la dirección de su mirada pero no dando a entender que sabía lo que llamaba su atención.

Prosiguió:

—Para aprender paciencia a la manera Bene Gesserit, debes empezar por reconocer la esencial y desnuda inestabilidad de nuestro universo. Nosotros llamamos naturaleza, significando con ello su totalidad en todas sus manifestaciones, Supremo No-Absoluto. Para dejar libre tu visión y permitirte reconocer los cambiantes caminos de esta naturaleza condicional, tienes que extender hacia adelante los dos brazos, abrir las manos. Entonces mira hacia tus manos extendiendo primero las palmas, luego el dorso. Examina los dedos, arriba y por abajo. Hazlo.



Farad'n lo hizo, pero se sintió estúpido. Aquellas eran sus propias manos. Las conocía muy bien.

—Imagina que tus manos envejecen —dijo Jessica—. Tienen que hacerse muy viejas a tus ojos. Muy, muy viejas. Observa cómo se reseca la piel...

—Mis manos no cambian —dijo él. Sintió que los músculos de sus brazos temblaban.

—Continúa mirando a tus manos. Hazlas viejas, tan viejas como puedas imaginar. Puede que necesites tiempo. Pero cuando hayas conseguido verlas envejecidas, invierte el proceso. Vuelve de nuevo tus manos jóvenes... tan jóvenes como puedas. Luego esfuérzate en hacerlas pasar de la infancia a la vejez y viceversa, adelante y atrás, adelante y atrás.

—¡No cambian! —protestó él. Sus hombros empezaban a dolerle también.

—Si se lo pides a tus sentidos, tus manos cambiarán —dijo ella—. Concéntrate en visualizar el flujo del tiempo que deseas: de la infancia a la vejez, de la vejez a la infancia. Puede ocuparte horas, días, meses. Pero puedes hacerlo. Dominar este flujo te enseñará a ver cualquier sistema como algo girando en una relativa estabilidad... tan sólo relativa.

—Creía que iba a aprender la paciencia —Jessica pudo captar la irritación en su voz, así como un asomo de frustración.

—Y la estabilidad relativa —dijo—. Esta es la perspectiva que tú creas con tus propias creencias, y tus creencias pueden ser manipuladas por la imaginación. Tú has aprendido tan sólo una forma limitada de mirar al universo. Ahora debes hacer del universo tu propia creación. Eso te permitirá controlar cualquier relativa estabilidad para tu propio uso... para cualquier uso que seas capaz de imaginar.

—¿Cuánto tiempo habéis dicho que voy a necesitar?

—Paciencia —le recordó ella.

Una espontánea sonrisa rozó los labios de Farad'n. Sus ojos la miraron, vacilantes.

—¡Mira a tus manos! —restalló ella.

La sonrisa se desvaneció. Sus ojos se clavaron en concentración sobre sus manos extendidas.

—¿Qué debo hacer cuando se me cansen los brazos? preguntó.

—Deja de hablar y concéntrate —dijo ella—. Si te sientes demasiado cansado, déjalo. Vuelve a ello después de pocos minutos de relajación y ejercicios. Debes insistir hasta que tengas éxito. En tus actuales condiciones, esto es mucho más importante de lo que puedes llegar a imaginar. Aprende esta lección, o no recibirás ninguna otra.

Farad'n inhaló profundamente, se mordió los labios, miró fijamente a sus manos. Las giró lentamente: dorso, palma, dorso, palma... Sus hombros se estremecían por la

fatiga. Dorso, palma... Nada cambiaba.

Jessica se puso en pie, se dirigió a la única puerta.

Farad'n habló sin apartar la atención de sus manos.

—¿Adónde vais?

—Trabajarás mejor si estás solo. Volveré dentro de una hora. Paciencia.

—¡Lo sé!

Ella lo estudió por unos instantes. Qué concentrado parecía. Por el espacio de un latido de su corazón le recordó bruscamente a su propio perdido hijo. Se permitió un suspiro y dijo:

—Cuando vuelva te enseñaré las lecciones para descansar tus músculos. Lleva tiempo. Te quedarás asombrado cuando descubras lo que puedes hacer con tu cuerpo y tus sentidos.

Salió.

Los omnipresentes guardias ocuparon sus posiciones tres pasos detrás de ella, y la escoltaron en su camino hacia abajo. Su reverente temor era obvio. Eran Sardaukar, triplemente advertidos de sus habilidades, adiestrados en el recuerdo de su fracaso a manos de los Fremen en Arrakis. Aquella bruja era una Reverenda Madre Fremen, una Bene Gesserit y una Atreides.

Jessica, mirando hacia atrás, vio en sus tensos rostros un nuevo hito en sus designios. Apartó la mirada de ellos cuando llegó a la escalinata, descendió delante de ellos y penetró en un corto pasillo que conducía al jardín interior bajo sus ventanas.

*Ahora, si tan sólo Duncan y Gurney pudieran cumplir con sus partes, pensó, mientras sentía chirriar la grava del sendero bajo sus pies, y veía la dorada luz filtrarse entre las verdes hojas.*

Aprenderás los métodos de comunicación integrada tan pronto como completes el próximo paso en tu educación mentat. Es una función gestáltica que se sobrepondrá a la simple acumulación de datos en tu consciencia, resolviendo complejidades y masas de entrada de datos de las técnicas del catálogo-índice mentat que habrás aprendido a dominar. Tu problema inicial será romper las tensiones surgidas del divergente ensamblamiento de datos/minucia sobre temas especializados. Estáte alerta. Sin la técnica de integración mentat, puedes verte sumergido en el Problema de Babel, que es la etiqueta con la cual designamos el omnipresente peligro de alcanzar combinaciones equivocadas a partir de informaciones correctas.

*Manual del Mentat*

El sonido de tela rozando contra tela alertó la consciencia de Leto. Se sintió sorprendido de que su sensibilidad estuviera sintonizada hasta tal punto que identificara automáticamente las telas por su sonido: la combinación venía de ropas Fremen rozando contra los gruesos cortinajes de la puerta. Se giró hacia el sonido. Procedía del pasadizo por donde había desaparecido Namri hacía unos minutos. En el momento en que Leto se giraba, su captor entró. Era el mismo hombre que lo había hecho prisionero: la misma oscura franja de piel sobre la máscara de su destiltraje, los mismos ásperos ojos. El hombre llevó una mano a su máscara, se quitó el tubo de recuperación de su nariz, echó a un lado la máscara y, con el mismo movimiento, empujó hacia atrás la capucha. Incluso antes de centrar su atención en la cicatriz de estigma que recorría la mejilla del hombre, Leto lo reconoció. El reconocimiento fue total en su consciencia, con el apoyo de detalles confirmativos que fueron surgiendo más tarde. No había error posible: aquel rodante grumo de humanidad, aquel guerrero trovador, era Gurney Halleck!

Leto se retorció las manos, momentáneamente abrumado por el shock del reconocimiento. Ningún seguidor de los Atreides había sido nunca más leal. Ninguno había sido mejor en el arte de luchar con escudo. Había sido el mejor confidente e instructor de Paul.

Era el servidor de Dama Jessica.

Aquellos reconocimientos y otros muchos más surgieron a través de la mente de Leto. Gurney era su captor. Gurney y Namri estaban ambos metidos en la conjura. Y la mano de Jessica estaba allí con ellos.

—Por lo que veo os habéis encontrado con nuestro Namri —dijo Halleck—. Os ruego que me creáis, joven señor. Él tiene una función y tan sólo una función. Es el único capaz de mataros si cree que es necesario.

Leto respondió automáticamente con el tono de su padre:

—¡Así que te has unido a mis enemigos, Gurney! Nunca hubiera creído que...

—No intentéis ninguno de vuestros diabólicos trucos conmigo, mi muchacho —

dijo Halleck—. Estoy más allá de todo ello. Sigo las órdenes de vuestra abuela. Vuestra educación ha sido planeada hasta el último detalle. Incluso mi elección de Namri fue aprobada. Lo que ocurra a continuación, por doloroso que pueda pareceros, son órdenes tuyas.

—¿Y qué es lo que ella ha ordenado?

Halleck emergió una mano de entre los pliegues de sus ropas, dejando al descubierto una jeringa Fremen, primitiva pero eficiente. Su tubo transparente estaba cargado con un fluido azul.

Leto retrocedió, esquivando el camastro, hasta ser detenido por la pared rocosa. En aquel momento entró Namri, y se detuvo al lado de Halleck, con una mano en su crys. Ambos bloqueaban la única salida.

—Veo que habéis reconocido la esencia de especia —dijo Halleck—. Debéis realizar el *viaje del gusano*, mi muchacho. Debéis hacerlo. De otro modo, aquello que vuestro padre se atrevió a hacer y vos no, colgará suspendido sobre vuestra cabeza el resto de vuestros días.

Leto agitó la cabeza, aterrado. Aquello era lo que tanto él como Ghanima sabían que podía vencerles. ¡Gurney era un estúpido ignorante! ¿Cómo podía Jessica...? Leto sintió la presencia de su padre en sus memorias. Surgió dentro de su mente, intentando anular sus defensas. Leto quiso gritar el ultraje, pero no consiguió mover los labios. Aquella era la innominable cosa a la que más temía su consciencia de prenacido. Era el trance presciente, la lectura del inmutable futuro con toda su fijeza y sus terrores. Seguro que Jessica no podía haber ordenado una tal prueba para su propio nieto. Pero su presencia estaba también en su mente, obsesionándole con numerosos argumentos para que aceptara. Incluso la letanía contra el miedo fue lanzada contra él de una forma hipnóticamente repetitiva: «*No conoceré el miedo. El miedo mata la mente. El miedo es la pequeña muerte que conduce a la destrucción total. Afrontaré mi miedo. Permitiré que pase sobre mí y a través de mí. Y cuando haya pasado...*».

Con una blasfemia que ya era antigua cuando Caldea era joven, Leto intentó moverse, intentó lanzarse contra los dos hombres que bloqueaban su paso, pero sus músculos se negaron a obedecerle. Como si ya se hubiera sumergido en el trance, Leto vio la mano de Halleck moverse, la jeringa aproximarse. La luz de un globo destelló en el fluido azul. La jeringa tocó el brazo izquierdo de Leto. El dolor lo atravesó de parte a parte, agarrotando los músculos de su cuello y penetrando en su cabeza.

Bruscamente, Leto vio a una mujer joven sentada fuera de una tosca cabaña a la luz del amanecer. Estaba sentado allí frente a él, tostando granos de café hasta que adquirió un color marrón rosado, añadiéndole cardamomo y melange. El sonido de un rabel resonó proveniente de alguna parte, detrás de él. La música resonó y resonó

hasta penetrar en su cabeza, donde siguió resonando. Invadió su cuerpo por completo, y Leto se sintió mayor, muy mayor, en absoluto un chiquillo. Y su piel ya no era la misma. ¡Conocía esta sensación! Aquella piel no era la suya. Un calor se difundió por todo su cuerpo. Tan bruscamente como en su primera visión, se encontró de pie en la oscuridad. Era de noche. Las estrellas, como una lluvia de cenizas, caían a racimos de un brillante cosmos.

Parte de él sabía que no había escape, pero intentó luchar, hasta que la presencia de su padre intervino:

—Te protegeré en el trance. Los otros en tu interior no lo conseguirían.

El viento derribó a Leto, lo hizo rodar, lo arrastró, arrojó polvo y arena sobre él, hirió sus brazos, su rostro, desgarró sus ropas, las redujo a harapos. Pero no sintió ningún dolor, y supo que las heridas se cicatrizarían tan rápidamente como aparecían. Siguió rodando con el viento. Y su piel no era su piel.

*¡Ocurrirá!*, pensó.

Pero aquel pensamiento era distante y acudía hasta él como si no fuera suyo, no realmente suyo, no más suyo que su propia piel.

La visión lo absorbió. Se desarrolló en una memoria estereológica que separaba pasado y presente, futuro y presente, futuro y pasado. Cada separación se entremezclaba con las demás en una foto triocular que podía captar como un mapa en relieve multidimensional en su propia existencia futura.

*Pensó: El tiempo es una medida del espacio, del mismo modo que un telémetro es una medida del espacio, pero el hecho de medir nos aprisiona en el propio espacio que medimos.*

Sintió que el trance se hacía más profundo. Era como una amplificación de su consciencia interna absorbida por su autoidentidad y a través de la cual se sentía a sí mismo cambiar. Era un Tiempo vivo, y no podía detener ningún instante de él. Fragmentos de su memoria, futuro y pasado, lo anegaban. Pero existían como los fragmentos de un caleidoscopio. Sus relaciones mutuas cambiaban en una danza constante. Su memoria era una lente, un reflector que iluminaba a destellos fragmentos aislados, separándolos de los demás, pero siempre incapaz de parar aquel incesante movimiento y modificación que surgía ante él.

Aquello que él y Ghanima habían planeado surgió a la luz del reflector, dominando a todo lo demás, pero ahora lo aterró. La realidad de aquella visión le causó un profundo dolor. La implacable inevitabilidad hizo que su ego se rebajara.

*¡Y aquella piel no era la suya!* Pasado y presente se precipitaron a su través, surgiendo entre las barreras de su terror. No podía separarlos. Por un momento se vio a sí mismo preparándose para la Jihad Butleriana, ansioso de destruir cualquier máquina que simulara la consciencia humana. Aquello tenía que ser el pasado... superado y concluido. Pero sus sentidos sufrían con aquella experiencia, absorbiendo

sus más insignificantes detalles. Oyó a un compañero-ministro hablando desde un púlpito:

—*Debemos renegar de las máquinas-que-piengan. Son los seres humanos quienes deben decidir sus propios destinos. Esto es algo que las máquinas nunca podrán hacer. El renacimiento depende de la programación, no de la computadora en sí, ¡y nosotros somos el supremo programa!*

Oyó claramente la voz, reconoció el ambiente que la ..... una enorme sala de paredes de madera con oscurecidas ventanas. La luz surgía de crepitantes llamas. Y el compañero-ministro prosiguió:

—*Nuestra Jihad es un «programa basculante». ¡Haremos bascular todas las cosas que nos destruyen como seres humanos!*

Y la mente de Leto sabía que en aquel orador había un siervo de las computadoras, uno de aquellos que las habían conocido y las habían servido. Pero la escena se desvaneció y Ghanima apareció de pie ante él, diciendo:

—*Gurney sabe. Me lo ha dicho. Eran las palabras de Duncan, y Duncan hablaba como mentat. «Al hacer el bien, que los otros lo sepan; al hacer el mal, evita saberlo tú».*

Aquello debía ser el futuro... un lejano futuro. Pero tenía su realidad. Era tan intensa como la de cualquier pasado de su multitud de vidas interiores. Y susurró:

—¿No es así, padre?

Pero la presencia de su padre dentro de él habló advirtiéndole:

—*¡No invoques al desastre! Ahora estás aprendiendo la consciencia estroboscópica. Sin ella puedes desbordarte a ti mismo, perder tu identidad en el Tiempo.*

Y las imágenes en bajorrelieve persistieron. Las intrusiones siguieron martilleándole. Pasado-presente-ahora. No había una verdadera separación. Supo que tenía que dejarse arrastrar por aquel flujo, pero la idea de fluir con todas aquellas cosas lo aterrorizaba. ¿Cómo podría regresar a algún lugar reconocible? Sin embargo se sintió forzado a abandonar todo esfuerzo de resistencia. No conseguía disponer su nuevo universo con elementos inmóviles y definidos. Ningún elemento permanecía quieto. Las cosas no estaban ordenadas y formuladas para siempre. Tenía que descubrir el ritmo del cambio y ver entre los cambios a fin de comprender el propio cambio. Sin saber cómo había comenzado, se descubrió a sí mismo moviéndose en el interior de un gigantesco *moment bienheureux*, capaz de ver el pasado en el futuro, el presente en el pasado, el *ahora* en ambos, pasado y futuro. Era la acumulación de siglos experimentados entre un latido del corazón y el siguiente.

La consciencia de Leto flotó libre, sin ninguna psique objetiva que la obstaculizara, sin ninguna barrera. El «futuro provisional» de Namri permanecía visible en su memoria, pero compartiendo su consciencia con otros muchos futuros.

Y, en esta consciencia multifacetada, cada una de sus vidas interiores era la suya propia. Con la ayuda de la más grande de todas ellas, las dominó. Fue ellas.

Pensó: *Cuando uno estudia un objeto desde la distancia, sólo puede ver sus rasgos principales.* Había conseguido dominar la distancia y ahora podía ver su propia vida bajo otra óptica: su pasado múltiple y todas sus memorias eran su carga, su alegría y su necesidad. Pero el *viaje del gusano* había añadido otra dimensión, y su padre ya no montaba guardia en su interior debido a que ya no lo necesitaba. Leto veía claramente a través de todas las distancias... pasado y presente. Y el pasado le presentó a su más primitivo antepasado... un hombre llamado Harum sin el cual el distante futuro no hubiera llegado a existir. Aquellas claras distancias le proporcionaban nuevos principios, nuevas dimensiones de participación.

Cualquier vida que eligiera ahora la viviría individualmente, en una esfera autónoma de experiencia de masa, una ristra de vidas tan entrelazadas que ninguna existencia particular podría contar las generaciones involucradas. Despertada, aquella experiencia de masa le proporcionaría el poder de imponerse a su individualismo. Podía imponerse por sus propios medios a una individualidad, a una nación, a una sociedad, o incluso a una entera civilización. Este, por supuesto, era el motivo de que Gurney, le temiera, de que el cuchillo de Namri estuviera alerta. No podía dejar de ninguna manera que se dieran cuenta de aquel poder en él. Nadie debía verlo nunca en toda su plenitud... ni siquiera Ghanima.

Poco después Leto se sentó en el camastro, y vio que sólo Namri permanecía a su lado, observándole.

Con voz de viejo, Leto dijo:

—Los límites no son los mismos para todos los hombres. La presciencia universal es un mito vacío. Sólo las más poderosas corrientes locales del Tiempo pueden ser predichas. Pero en un universo infinito, lo *local* puede ser tan gigantesco que la mente de uno se encoja ante su magnitud.

Namri agitó la cabeza, sin comprender.

—¿Dónde está Gurney? —preguntó Leto.

—Se ha ido ante el temor de que yo tuviera que matarte.

—¿Me vas a matar, Namri? —Era casi una súplica para que el hombre lo hiciera.

Namri apartó su mano del cuchillo.

—Desde el momento en que me pides que lo haga, No lo haré. Si te hubieras mostrado indiferente, en cambio...

—La enfermedad de la indiferencia es la que más destruye —dijo Leto. Asintió para sí mismo—. Si... las civilizaciones mueren de ella. Es como si este fuera el precio exigido para alcanzar nuevos niveles de complejidad o consciencia. —Alzó la mirada hacia Namri—. ¿Así que te han dicho que busques la indiferencia en mí? —Y entonces se dio cuenta de que Namri era mucho más que un asesino... Namri era

tortuoso.

—Como una señal de poder incontrolado —dijo Namri, pero estaba mintiendo.

—Un poder indiferente, sí. —Leto suspiró profundamente—. No había grandeza moral en la vida de mi padre, Namri; tan sólo una trampa local que él mismo se construyó.



Oh Paul, Muad'Dib,  
 Mahdi de todos los hombres,  
 Tu potente aliento  
 Desencadena el huracán.

*Cantos de Muad'Dib*

—¡Nunca! —dijo Ghanima—. Lo mataré en nuestra noche de bodas. —Hablaban con una obstinada firmeza que hasta entonces había resistido todos los halagos. Alia y sus consejeros habían intentado convencerla durante más de media noche, manteniendo los apartamentos reales en estado de vela, pidiendo nuevos consejeros, comida y bebida. Todo el Templo y su Ciudadela contigua parecían estremecerse con la frustración de decisiones no aceptadas.

Ghanima permanecía sentada muy compuesta en un sillón verde a suspensor en sus propios apartamentos, una amplia estancia con paredes ásperas que simulaban las rocas de un sietch. El techo, sin embargo, era de cristal imbar que relucía con una luz azul, y el suelo era de losas negras. El mobiliario era escaso: una pequeña mesa escritorio, cinco sillones a suspensor, y una estrecha cama en una especie de nicho, a la manera Fremen. Ghanima llevaba el amarillo atuendo del luto.

—Tú no eres una persona libre que pueda decidir por sí misma todos los actos de su vida —dijo Alia, quizá por centésima vez. *¡Esa pequeña estúpida tiene que comprenderlo tarde o temprano! Debe aceptar el compromiso con Farad'n ¡Debe hacerlo! Que lo mate luego si quiere, pero el compromiso requiere el reconocimiento público por parte de la prometida Fremen.*

—Él ha matado a mi hermano —dijo Ghanima, agarrándose al único argumento que podía esgrimir—. Todo el mundo lo sabe. Los Fremen escupirán al pronunciar mi nombre si yo acepto ese compromiso.

*Y ésta es una de las razones por las cuales debes aceptar,* pensó Alia.

—Fue su madre quien lo hizo —dijo—. La ha desterrado por ello. ¿Qué más quieres de él?

—Su sangre —dijo Ghanima—. Es un Corrino.

—Ha denunciado a su propia madre —protestó Alia—. ¿Por qué tienes que preocuparte por la chusma Fremen? Aceptarán cualquier cosa que queramos que acepten. Ghani, la paz del Imperio exige...

—No lo aceptaré —dijo Ghanima—. No puedes anunciar el compromiso sin mí.

Irulan, entrando en la estancia en el momento en que Ghanima decía esto, miró inquisitivamente a Alia y a las dos mujeres consejeras que permanecían descorazonadas a su lado. Irulan vio el disgusto alzarse de hombros de Alia y se dejó caer en un sillón frente a Ghanima.

—Háblale tú, Irulan —dijo Alia.

Irulan atrajo otro sillón a suspensor hacia sí y se cambió a él, al lado de Alia.

—Tú eres una Corrino, Irulan —dijo Ghanima—. No fuerces tu suerte conmigo. —Se puso en pie, se dirigió hacia su cama y se sentó en ella con las piernas cruzadas, mirando irritadamente a las dos mujeres. Vio que Irulan llevaba una aba negra como la de Alia, con la capucha echada hacia atrás revelando su dorado cabello. Era un cabello de luto bajo la amarilla luz de los flotantes globos que iluminaban la estancia.

Irulan miró a Alia, se puso en pie, y avanzó hasta situarse frente a Ghanima.

—Ghani, lo mataría yo misma si esta fuera la forma de resolver los problemas. Y Farad'n es de mi propia sangre, como tú misma has hecho notar educadamente. Pero tú tienes deberes mucho más grandes que tu obligación hacia los Fremen.

—Esto no suena mejor dicho por ti que viniendo de labios de mi preciosa tía —dijo Ghanima—. La sangre de un hermano no puede ser olvidada. Esto es mucho más que cualquier pequeño proverbio Fremen.

Irulan apretó los labios. Luego dijo:

—Farad'n mantiene prisionera a tu abuela. Tiene también a Duncan, y si nosotros no...

—No me satisfacen vuestras historias acerca de cómo ha sucedido todo esto —dijo Ghanima, mirando más allá de Irulan, directamente a Alia—. En una ocasión Duncan murió antes que dejar que el enemigo capturara a mi padre. Quizá su nueva carne ghola ya no sea la misma que...

—¡Duncan recibió el encargo de proteger la vida de tu abuela! —dijo Alia, girándose bruscamente en el sillón—. Estoy segura de que ha elegido la única forma posible de conseguirlo. —Y pensó: *¡Duncan! ¡Duncan! Se suponía que no era esto lo que tenías que hacer.*

Ghanima, captando los ocultos tonos de la insinceridad en la voz de Alia, miró fijamente a su tía.

—Estás mintiendo, oh, Seno del Cielo. He oído cosas acerca de tus dificultades con mi abuela. ¿Qué es lo que temes decir acerca de ella y de tu precioso Duncan?

—Ya lo has oído todo al respecto —dijo Alia, pero captó en su propia voz un asomo de miedo ante aquella abierta acusación y lo que implicaba. Se dio cuenta de que la fatiga la había vuelto imprudente. Se puso en pie y dijo—: Todo lo que sé lo sabes tú también. —Se giró a Irulan—: Ocúpate tú de ella. Hay que conseguir que...

Ghanima la interrumpió con una restallante blasfemia Fremen que sonó chocante en aquellos inmaduros labios. En el brusco silencio que siguió, dijo:

—Creéis que soy tan sólo una niña, que tenéis años a vuestra disposición para trabajarme, que eventualmente terminaré aceptando. Piensa de nuevo en ello, oh Regente celestial. Tú sabes mejor que nadie los años que tengo en mi interior. Los escucharé a ellos, no a ti.

Alia reprimió a duras penas una agria réplica, y miró furiosamente a Ghanima. ¿Abominación? ¿Qué era aquella niña? Un nuevo miedo de Ghanima empezó a brotar en Alia. ¿Había aceptado su propio compromiso con las vidas que penetraron en ella antes de nacer?

—Todavía tenemos mucho tiempo para que entres en razón —dijo.

—Y quizá también bastante tiempo como para que yo pueda ver la sangre de Farad'n chorreando en mi puñal —dijo Ghanima—. Puedes estar segura de ello. Si alguna vez llego a estar a solas con él, te aseguro que uno de los dos morirá.

—¿Crees haber querido a tu hermano más de lo que lo he querido yo? —preguntó Irulan—. ¡Estás actuando como una estúpida! Yo he sido una madre para él, como lo he sido para ti. Yo he sido...

—Tú nunca has llegado a conocerlo —dijo Ghanima—. Todos vosotros, excepto alguna vez mi *bienamada tía*, habéis persistido en considerarnos como niños. ¡Sois vosotros los estúpidos! ¡Alia lo sabe! Mírala como sale corriendo hacia...

—No salgo corriendo hacia ningún lado —dijo Alia, pero se giró de espaldas a Irulan y Ghanima y se quedó mirando a las dos amazonas que pretendían no estar oyendo su discusión. Obviamente habían renunciado a enfrentarse con Ghanima. Quizás incluso simpatizaban con ella. Enfurecida, Alia las echó de la estancia. Un obvio alivio se dibujó en sus rostros mientras obedecían.

—Sales corriendo —insistió Ghanima.

—He elegido la forma de vida que más me interesa —dijo Alia, girando en redondo para mirar a Ghanima, sentada con las piernas cruzadas en su lecho. ¿Era posible que ella también hubiera aceptado aquel terrible compromiso interior? Alia intentó descubrir los signos en Ghanima, pero era incapaz de leer la menor evidencia. Entonces se preguntó: *¿Los ha visto ella en mí? ¿Pero cómo ha podido?*

—Tú siempre has temido convertirte en una ventana para una multitud —acusó Ghanima—. Pero nosotros somos prenacidos y sabemos. Tú serás su ventana, consciente o inconscientemente. No puedes negarlo. —Y pensó: *Sí, te conozco... Abominación. Y quizá yo termine como has terminado tú, pero por ahora tan sólo puedo sentir piedad y desprecio hacia ti.*

El silencio colgó entre Ghanima y Alia, algo casi palpable que despertó el adiestramiento Bene Gesserit en Irulan. Miró a ambas y luego dijo:

—¿Por qué os habéis quedado tan quietas y tranquilas repentinamente?

—Estoy pensando en algo que requiere una considerable reflexión —dijo Alia.

—Reflexiona a tu comodidad, querida tía —se burló Ghanima.

Alia, apartando la rabia aún más encendida por la fatiga, dijo:

—¡Ya basta por ahora! Dejémosla pensar en ello. Quizá recobre el buen sentido.

Irulan se puso en pie y dijo:

—De todos modos, es casi el alba. Ghani, antes de que nos vayamos, ¿quieres

escuchar el último mensaje de Farad'n? El...

—No quiero escucharlo —dijo Ghanima—. Y a partir de ahora, dejad de llamarme con ese ridículo diminutivo. Ghani! Sirve tan sólo para que sigáis creyendo equivocadamente que soy tan sólo una niña a la que podéis...

—¿Por qué tú y Alia os habéis quedado tan repentinamente tranquilas? —dijo Irulan, volviendo a su anterior pregunta, pero sirviéndose esta vez de las delicadas entonaciones de la Voz.

Ghanima echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—¡Irulan! ¿Estás realmente utilizando la Voz conmigo?

—¿Qué? —Irulan se sintió cogida por sorpresa.

—Eres capaz de enseñar a tu abuela a chupar huevos —dijo Ghanima.

—¿Qué estás diciendo?

—El hecho de que yo recuerde esta expresión y tú no la hayas oído antes, debería hacerte pensar —dijo Ghanima—. Es una vieja expresión de menosprecio de cuando vosotras, las Bene Gesserit, erais jóvenes. Pero si no la captado, piensa entonces en lo que estaban pensando tus reales padres cuando decidieron llamarte Irulan. ¿O será acaso Ruinal?

Pese a su adiestramiento, Irulan enrojeció.

—Estás intentando irritarme, Ghanima.

—Y tú estás intentando utilizar la Voz conmigo. ¡Conmigo! Recuerdo los primeros esfuerzos humanos en esta dirección. Los recuerdo, Ruinosa Irulan. Ahora largaos, las dos.

Pero ahora Alia estaba intrigada, cautivada por una inspiración interior que había echado a un lado a su fatiga.

—Quizá tenga una sugerencia que pueda hacerte cambiar de idea, Ghani —dijo.

—¡De nuevo Ghani! —Una desabrida risita escapó de labios de Ghanima. Luego —: Pero reflexiona un momento: Si yo deseara matar a Farad'n, necesitaría tan sólo aceptar vuestros planes. Presumo que habréis pensado en ello. Desconfiad de *Ghani* cuando esté de un humor tratable. ¿Os dais cuenta? Estoy siendo completamente sincera con vosotras.

—Esto es lo que esperábamos —dijo Alia—. Si tú...

—La sangre de un hermano no puede ser olvidada —dijo Ghanima—. No me presentaré a mis bienamados Fremen como una traidora a sus principios. *Nunca perdonar, nunca olvidar*. ¿No está esto en nuestro catecismo? Os lo advierto, y lo diré públicamente: no podéis proclamar mi compromiso con Farad'n. ¿Quién, conociéndome, podría creer en ello? Ni el propio Farad'n podría creerlo. Los Fremen, al oír de un tal compromiso, reirían dentro de sus mangas y dirían: «¡Mirad! Lo está atrayendo a una trampa». Si vosotras...

—Lo comprendo —dijo Alia, moviéndose hasta situarse al lado de Irulan. Irulan,

observó, permanecía inmóvil en un impresionado silencio, casi consciente de adónde había llevado aquella conversación.

—Así que pensáis atraerlo a una trampa —dijo Ghanima—. Si esto es lo que deseáis, estoy de acuerdo, pero no creo que él caiga en ella. Si deseas este falso compromiso como una moneda falsa con la que comprar el rescate de mi abuela y de tu precioso Duncan, de acuerdo. Pero serás tú quien dé la cara. Rescátalos así. Pero Farad'n, de todos modos, es mío. Seré yo quien lo mate.

Irulan se giró hacia Alia antes de que ella pudiera hablar.

—¡Alia! Si faltamos a nuestra palabra... —dejó en suspenso la frase por un momento, mientras la agria sonrisa de Alia reflejaba la ira de las Grandes Casas en la Asamblea de Fauflreluches, las destructivas consecuencias de creer en el honor de los Atreides, la pérdida de la fe religiosa, todas las grandes y pequeñas estructuras que iban a derrumbarse.

—Se volverán contra nosotros —protestó Irulan—. Todas las creencias en Paul como profeta quedarán destruidas. El Imperio...

—¿Quién se atreverá a poner en entredicho nuestro derecho a decidir lo que es correcto y lo que no es correcto? —preguntó Alia, en voz muy baja—. Nosotros mediamos entre el bien y el mal. Tan sólo necesito proclamar...

—¡No puedes hacer eso! —protestó Irulan—. La memoria de Paul...

—No es más que otro instrumento de la Iglesia y el Estado —dijo Ghanima—. No digas tonterías, Irulan. —Ghanima tocó el crys en su cinto y miró a Alia—. He juzgado mal a mi hábil tía, Regente de todo lo que es Sagrado en el Imperio de Muad'Dib. Lo confieso, te he juzgado mal. Atrae a Farad'n hasta nuestra alcoba si quieres.

—Esto es demasiado temerario —protestó Irulan.

—¿Consientes en ese compromiso entonces, Ghanima? —preguntó Alia, ignorando a Irulan.

—Bajo mis propios términos —dijo Ghanima, con la mano aún sobre su crys.

—Yo me lavo las manos en esto —dijo Irulan, e hizo explícitamente el ademán para reforzar sus palabras—. No me hubiera importado discutir todo lo que fuera necesario con tal de conseguir un auténtico compromiso que pudiera cicatrizar...

—Alia y yo te proporcionaremos una herida mucho más difícil de cicatrizar —dijo Ghanima—. Tráelo rápido hasta aquí, si es que viene. Y quizá lo haga. ¿Sospechará nunca de una niña de mi tierna edad? Organizaremos una ceremonia formal de compromiso que requiera su presencia. Entonces dame una oportunidad de quedarme a solas con él... tan sólo un minuto o dos...

Irulan se estremeció ante la evidencia de que Ghanima era, después de todo, enteramente Fremen, una niña cuyo terrible instinto sanguinario no se diferenciaba en nada del de los adultos. Después de todo, los niños Fremen eran adiestrados a rematar

a los heridos en el campo de batalla, aliviando de aquel trabajo a las mujeres, que así podían dedicarse a recoger los cuerpos y llevarlos a los destiladores de muertos. Y Ghanima, hablando con la voz de un niño Fremen, acumulaba horror sobre horror con la estudiada madurez de sus palabras, con el antiguo sentimiento de vendetta que la ceñía como una aureola.

—De acuerdo —dijo Alia, y se obligó a evitar que su voz y su rostro traicionaran su alegría—. Prepararemos la ceremonia formal de compromiso. Convocaremos como testigos de la firma a una adecuada asamblea escogida entre las Grandes Casas. Farad'n no podrá sospechar de ningún modo...

—Sospechará, pero vendrá —dijo Ghanima—. Y se rodeará de guardias. ¿Pero quién pensará en protegerlo de mí?

—Por el amor de todo lo que Paul intentó hacer —protestó Irulan—, dejad al menos que hagamos parecer la muerte de Farad'n como un accidente, o como consecuencia de la acción de un tercero...

—¡Será una alegría para mí mostrar mi ensangrentado puñal a mis hermanos! —dijo Ghanima.

—Alia, te lo suplico —dijo Irulan—. Abandona esta temeraria locura. Declara el *kanly* contra Farad'n, cualquier cosa que...

—No necesitamos una declaración formal de vendetta contra él —dijo Ghanima—. Todo el Imperio sabe lo que nosotros sentimos. —Señaló la manga de su vestido—. Llevamos el amarillo del luto. Cuando lo cambie por el negro del compromiso Fremen, ¿crees que esto va a engañar a alguien?

—Ruega para que engañe a Farad'n —dijo Alia—, y a los delegados de las Grandes Casas que invitaremos para dar testimonio de...

—Cada uno de esos delegados se revolverá contra vosotros —dijo Irulan—. ¡Lo sabes muy bien!

—Una excelente observación —dijo Ghanima—. Escoge con cuidado a esos delegados, Alia. Deben ser personas que puedan ser eliminadas luego sin problemas.

Irulan alzó desesperadamente los brazos, se giró y salió en tromba.

—Ponla bajo estrecha vigilancia para que no intente advertir a su sobrino —dijo Ghanima.

—No intentes enseñarme cómo se conduce un complot —dijo Alia. Se giró y siguió a Irulan, pero a pasos lentos. Los guardias de afuera y los ayudantes que esperaban torbellinear a su alrededor como partículas de arena en el vértice de un gusano emergiendo a la superficie.

Ghanima agitó tristemente la cabeza de un lado a otro cuando la puerta se cerró, pensando: *Es tal como el pobre Leto y yo pensábamos. ¡Dioses de las profundidades! Me hubiera gustado que el tigre me matara a mí en lugar de a él.*

Muchas fuerzas intentaron controlar a los gemelos Atreides y, cuando fue anunciada la muerte de Leto, su movimiento de complots y contracomplots se intensificó. Consideremos ahora las relativas motivaciones: la Hermandad temía a Alia, una Abominación adulta, pero al mismo tiempo deseaba aquellos caracteres genéticos contenidos en los Atreides. Las jerarquías del Auqaf y del Hajj de la Iglesia veían sólo el poder implícito en el control de los herederos de Muad'Dib. La CHOAM deseaba una puerta que la condujera a las riquezas de Dune. Farad'n y sus Sardaukar añoraban un retorno a la gloria para la Casa de los Corrino. La Cofradía Espacial temía la ecuación Arrakis = melange; sin la especia no podían navegar. Jessica deseaba reparar aquello que su desobediencia a la Bene Gesserit había creado. Pocos pensaron en preguntar a los gemelos qué planes propios tenían ellos, hasta que fue demasiado tarde.

*El Libro de Kreos*

Poco después de la comida de la tarde, Leto vio a un hombre pasando al otro lado de la arcada que daba acceso a su estancia, y su mente siguió al hombre. El corredor había quedado abierto a su izquierda y Leto había notado una cierta actividad allí afuera: hombres arrastrando grandes cestos con ruedas llenos de especia, tres mujeres con ropas cuya sofisticación provenía obviamente de fuera del planeta y que las marcaba como contrabandistas. Aquel hombre al que seguía la mente de Leto mientras andaba no era distinto de todos los demás, excepto que se movía como Stilgar, un Stilgar mucho más joven.

Su mente tomó extraños derroteros. El Tiempo llenó la consciencia de Leto como un globo estelar. Pudo ver infinitos espacio-tiempos, pero tuvo que retirarse hacia su propio futuro antes de saber en qué momento exacto se hallaba su carne. Sus multifacetadas vidas-memoria surgieron y se retiraron, pero ahora eran él. Eran como olas en una playa, pero si se volvían demasiado altas, podía controlarlas y retrocedían, dejando tras ellas tan sólo al real Harum.

Ahora escuchaba de nuevo a esas vida-memoria. Una a una se iban irguiendo, asomando su cabeza fuera del decorado y diciéndole cómo debía comportarse. Su padre surgió entre toda aquella caminata mental y le dijo:

—Eres un niño que quiere ser un hombre. Cuando seas un hombre, buscarás en vano al niño que fuiste una vez.

Las pulgas y los piojos propios de un viejo sietch lastimosamente cuidado mordisqueaban incesantemente su cuerpo. Ninguno de los sirvientes que le traían la comida espantosamente cargada de especia parecía impresionado por aquellas criaturas. ¿Acaso aquella gente estaba inmunizada contra tales cosas, o era tan sólo que habían vivido con ellas durante tanto tiempo que simplemente ignoraban sus incomodidades?

¿Quiénes eran aquellas gentes reunidas en torno a Gurney? ¿Cómo habían llegado hasta aquel lugar? ¿Era realmente Jacurutu? Sus multimemorias producían respuestas

que no eran de su agrado. Eran gentes desagradables, y Gurney era el más desagradable de todos. Sin embargo, pensó, la perfección flotaba allí, aletargada y aguardando bajo aquella desagradable superficie.

Parte de él sabía que permanecía aún atado a la especia, atrapado por las espantosas dosis de melange incluidas todas sus comidas.

Su cuerpo de niño intentaba rebelarse contra aquello, pero el adulto que había en él reclamaba a grandes voces la inmediata presencia de las memorias que surgían a través de los miles de eones.

Su mente regresó a su andadura, y se preguntó si su cuerpo seguiría realmente inmóvil tras él. La especia confundía sus sentidos. Sintió las presiones de su autolimitación, acumulándose contra él como las largas dunas barachan del *bled* se construían a sí mismas formando una rampa contra los promontorios rocosos del desierto. Un día unos pocos granos de arena revolotearían al otro lado por encima del promontorio, y luego otros, y otros, y otros más... hasta que finalmente sólo quedaría la arena expuesta al cielo abierto.

Pero el promontorio seguiría existiendo allí debajo.

*Todavía estoy en el trance*, pensó.

Sabía que muy pronto alcanzaría una bifurcación entre la vida y la muerte. Sus captores seguían hundiéndole en el trance de la especia, insatisfechos de sus respuestas a cada regreso a la superficie. Y siempre el ominoso Namri estaba aguardando allí, con su cuchillo. Leto conoció incontables pasados y futuros, pero todavía nada que satisficiera a Namri... o a Gurney Halleck. Esperaban algo que estaba más allá de sus visiones. Aquella bifurcación entre la vida y la muerte atraía a Leto. Su vida, supo, debía adquirir algún significado interior que lo conduciría mucho más arriba de aquellas visiones circunstanciales. Pensando en aquella demanda, sintió que su consciencia interior era su auténtica esencia, y su existencia exterior era el trance. Aquello lo aterró. Se dio cuenta de que no deseaba regresar al sietch, con sus pulgas y sus piojos, su Namri, su Gurney Halleck.

*Soy un cobarde*, pensó.

Pero un cobarde, incluso un cobarde, podía morir valerosamente con sólo realizar un único gesto. ¿Pero cuál era ese gesto que podía hacer de él una entidad completa? ¿Cómo podía despertar del trance y de la visión en el universo que exigía Gurney? Sin aquel giro, sin un despertar a visiones a la deriva, sabía que podía morir en una prisión elegida por él mismo. En aquello estaba en último término dispuesto a colaborar con sus captores. En algún lugar debía hallar la sabiduría, el equilibrio interior que se reflejara en el universo y le devolviera una imagen de tranquila fuerza. Sólo entonces podría buscar su Sendero de Oro y hacer que sobreviviera aquella piel que no era la suya.

Alguien estaba tocando el baliset allá afuera en el sietch. Leto se dio cuenta de



que probablemente su cuerpo estaba escuchando la música en el presente. Sintió el camastro bajo su espalda. Podía oír la música. Era Gurney, al baliset. No había otros dedos que pudieran compararse a los suyos en maestría en aquel difícil instrumento. Estaba tocando una antigua canción Fremen, una de aquellas llamadas *hadith* a causa de que su narrativa interna y la voz empleada invocaban los esquemas necesarios para la supervivencia en Arrakis. La canción relataba la historia de las ocupaciones humanas en el interior de un sietch.

Leto sintió que la música lo trasladaba a través de una maravillosa caverna antigua. Vio mujeres pisoteando residuos de especia para obtener combustible, fermentando especia, tejiendo fibras de especia. La melange estaba por todos lados en el sietch.

Llegó un momento en que Leto no pudo distinguir entre la música y la gente de la visión en la caverna. Los gemidos y los golpes de un telar mecánico eran los puntuados y los rasgueos del baliset. Pero sus ojos interiores contemplaron tejidos de cabellos humanos, las largas pieles de ratas mutantes, filamentos de algodón del desierto, y tiras curtidas a partir de pieles de pájaro. Vio una escuela del sietch. El ecolenguaje de Dune resonó en su mente en alas de la música. Vio la cocina alimentada por energía solar, la amplia estancia donde eran fabricados y conservados los destiltrajes. Vio los encargados de las predicciones meteorológicas leyendo los palos con los que habían empalado la arena.

En algún punto a lo largo de su viaje, alguien le trajo comida y la fue metiendo en su boca con una cuchara,teniéndole levantada la cabeza con un fuerte brazo. Supo que ésta era una sensación en tiempo real, pero aquel maravilloso juego de movimientos prosiguió en su interior.

Al instante siguiente, o al menos así le pareció, tras la comida atiborrada de especia, vio el desencadenarse de una tormenta de arena. Las movientes imágenes en el interior de los torbellinos de arena se convirtieron en los reflejos de los ojos de una polilla, y toda su vida se vio reducida al viscoso rastro de un insecto arrastrándose.

Las palabras de la Panoplia Prophetica deliraron a través suyo: «Fue dicho que no hay nada firme, nada equilibrado, nada durable en todo el universo... que nada permanece en su estado, que cada día, a veces cada hora, trae consigo un cambio».

*La vieja Missionaria Protectora sabía ya lo que estaba haciendo, pensó. Sabía acerca de la Terrible Finalidad. Sabía cómo manipular gente y religiones. Ni siquiera mi padre consiguió escapar de ella, no al menos al final.*

Allí yacía el indicio que había estado buscando. Leto lo estudió. Sintió la fuerza fluyendo a través de su carne. Toda su multifacetada existencia giró sobre sí misma y miró afuera hacia el universo. Se sentó, y se descubrió a sí mismo solo en la penumbrosa celda iluminada tan sólo por la luz que penetraba del pasillo exterior donde aquel hombre había pasado, arrastrando consigo a su mente, hacía de ello

eones.

—¡Buena fortuna a todos nosotros! —gritó, a la manera tradicional Fremen.

Gurney Halleck apareció en el arco de la puerta, su cabeza una negra silueta contra la luz que entraba del pasillo.

—Trae una luz —dijo Leto.

—¿Deseáis ser sometido una vez más a la prueba?

Leto se echó a reír.

—No. Ahora es mi turno de someterte a ti a la prueba.

—Vamos a verlo. —Halleck dio media vuelta y regresó al cabo de un momento, con un brillante globo azul en el hueco de su brazo izquierdo. Lo soltó en el interior de la celda, dejándolo flotar por encima de sus cabezas.

—¿Dónde está Namri? —preguntó Leto.

—Justo ahí afuera, donde pueda llamarle en cualquier momento.

—Ahh, el Viejo Padre Eternidad siempre esperando pacientemente —dijo Leto. Se sentía curiosamente relajado, en equilibrio al borde del descubrimiento.

—¿Llamáis a Namri con el nombre reservado de Shai-Hulud? —preguntó Halleck.

—Su cuchillo es un diente de gusano —dijo Leto—. Por eso es el Viejo Padre Eternidad.

Halleck sonrió sobriamente, pero permaneció en silencio.

—Tú sigues esperando el momento de juzgarme —dijo Leto—. Y admito que no hay ningún medio de intercambiar información sin emitir un juicio. Pero pienso que no puedes pretender que el universo sea exacto.

Un roce tras Halleck avisó a Leto de que Namri se acercaba. Se detuvo a medio paso a la izquierda de Halleck.

—Ahhh, la mano izquierda de los condenados —dijo Leto.

—No es juicioso burlarse del Infinito y del Absoluto —gruñó Namri. Miró a Halleck de reojo.

—¿Acaso eres Dios, Namri, para invocar lo absoluto? —preguntó Leto. Pero su atención estaba centrada en Halleck. El juicio tenía que venir de él.

Ambos hombres se limitaron a mirarle sin responder.

—Cada juicio es un balanceo al borde del error —explicó Leto—. Exigir el conocimiento absoluto es monstruoso. El conocimiento es una aventura sin fin en los confines de la incertidumbre.

—¿A qué juego de palabras estás jugando? —preguntó Halleck.

—Déjale hablar —dijo Namri.

—Es el juego que Namri inició conmigo —dijo Leto, y vio que el viejo Fremen daba su asentimiento con la cabeza. Seguramente había reconocido el juego de las adivinanzas—. Nuestros sentidos funcionan siempre como mínimo a dos niveles —

dijo.

—Banalidades y un mensaje —dijo Namri.

—¡Excelente! —dijo Leto—. Tú me proporcionas banalidades; yo te proporciono el mensaje. Yo veo, yo escucho, y detecto olores, yo toco; yo capto cambios en la temperatura, yo saboreo. Yo siento el paso del tiempo. Yo puedo tomar muestras emotivas. ¡Ahhh! Soy feliz. ¿Entiendes, Gurney? ¿Namri? No hay misterio en torno a la vida humana. Ningún problema que resolver, tan sólo una realidad que experimentar.

—Estás tentando nuestra paciencia, chiquillo —dijo Namri—. ¿Es este el lugar donde quieres morir?

Pero Halleck lo detuvo con una mano.

—En primer lugar, no soy ningún chiquillo —dijo Leto. Hizo el signo del puño en su oído derecho. Tú no me matarás; he puesto una carga de agua en ti.

Namri extrajo a medias su crys de la funda.

—¡Yo no te debo nada!

—Pero Dios creó Arrakis para poner a prueba a los fieles —dijo Leto—. No sólo te he hecho constatar mi fe, sino que te he vuelto consciente de tu propia existencia. La vida exige discusión. Yo te he *enseñado*, ¡yo lo he hecho!, que tu realidad difiere de todas las demás; así sabes que estás vivo.

—La irreverencia es un juego peligroso para jugarlo conmigo —dijo Namri. Mantuvo su crys sacado a medias.

—La irreverencia es el ingrediente más necesario de la religión —dijo Leto—. No el hablar de su importancia filosófica. La irreverencia es el único camino que nos permite probar nuestro propio universo.

—¿Así que creéis comprender el universo? —preguntó Halleck, y abrió un espacio entre él y Namri.

—S-s-ííí —dijo Namri, y había muerte en su voz.

—El universo sólo puede ser comprendido por el viento —dijo Leto—. No hay ningún poderoso trono de la razón asentado en nuestro cerebro. La creación es descubrimiento. Dios nos descubrió en el Vacío porque nos movíamos contra un fondo que él ya conocía. El muro estaba vacío. Entonces se produjo el movimiento.

—Estáis jugando al escondite con la muerte —advirtió Halleck.

—Pero vosotros dos sois mis amigos —dijo Leto. Hizo frente a Namri—. Cuando tú presentas a un candidato como Amigo a tu Sietch, ¿acaso no matas un halcón y un águila como ofrenda? ¿Y no es esto la respuesta a: «Dios envía a cada hombre a su fin, al igual que a los halcones, a las águilas y a los amigos»?

La mano de Namri soltó su cuchillo. La hoja se deslizó en su funda. Miró a Leto con ojos desorbitados. Cada sietch mantenía secreto su ritual de la amistad, y sin embargo Leto había descrito con toda exactitud una parte esencial del rito.

Halleck, sin embargo, preguntó:

—¿Es este lugar vuestro fin?

—Yo sé lo que tú necesitas oír de mí, Gurney —dijo Leto, observando la alternancia de esperanza y sospecha en el contorsionado rostro. Leto tocó su propio pecho—. Este niño nunca fue un niño. Mi padre vive dentro de mí, pero no es yo. Tú lo amaste, y fue un hombre valeroso cuyas empresas chocaron con obstáculos demasiado altos. Su intento en poner fin a todo un ciclo de guerras, pero no tuvo en cuenta el movimiento del infinito tal como es expresado por la vida. ¡Esto es el Rhajia! Namri lo sabe. Su movimiento puede ser visto por cualquier mortal. Guárdate de los caminos que limitan las posibilidades futuras. Tales caminos te apartan del infinito hacia trampas mortales.

—¿Es esto lo que necesito oír de vos? —dijo Halleck.

—Son sólo juegos de palabras —dijo Namri, pero su voz estaba cargada con profundas vacilaciones y dudas.

—Yo me alío con Namri contra mi padre —dijo Leto—. Y mi padre dentro de mí se alía con nosotros contra aquello que se hizo de él.

—¿Por qué? —preguntó Halleck.

—Porque es el *amor fati* que yo brindo a la humanidad, el acto de supremo autoexamen. En este universo, elijo aliarme contra cualquier fuerza que inflija humillación a la humanidad. ¡Gurney! ¡Gurney! Tú no naciste y creciste en el desierto. Tu carne no conoce la verdad de la que estoy hablando. Pero Namri lo sabe. En un terreno abierto, tan buena es una dirección como otra.

—No he oído aún lo que debo oír —gruñó Halleck.

—El habla en favor de la guerra contra la paz —dijo Namri.

—No —dijo Leto—. Y mi padre tampoco ha hablado nunca contra la guerra. Pero mira lo que han hecho de él. La paz tiene un solo significado en este Imperio. Es el mantenimiento de una única forma de vida. Tú eres mandado por seres satisfechos. La vida debe ser uniforme en todos los planetas de acuerdo con la voluntad del Gobierno Imperial. El principal objetivo de los estudios religiosos es descubrir las formas correctas del comportamiento humano. ¡Para ello utilizan las palabras de Muad'Dib! Dime, Namri, ¿estás tú contento?

—No —las palabras surgieron con un llano y espontáneo rechazo.

—¿Entonces eres un blasfemo?

—¡Por supuesto que no!

—Pero no estás satisfecho. ¿Lo ves, Gurney? Namri te lo demuestra. Cada pregunta, cada problema, no tiene una sola respuesta correcta. Hay que permitir la diversidad. Un monolito es inestable. Entonces, ¿por qué me exiges una única declaración correcta? ¿Es esta la medida de tu monstruoso juicio?

—¿Queréis forzarme a que os haga matar? —preguntó Halleck, y había agonía en

su voz.

—No, tendré piedad de ti —dijo Leto—. Dile a mi abuela que cooperaré. Puede que la Hermandad llegue a lamentar mi cooperación, pero un Atreides mantiene su palabra.

—Una Decidora de Verdad tendrá que atestiguar esto —dijo Namri—. Esos Atreides...

—Tendrá la oportunidad de decirlo de nuevo ante su propia abuela —dijo Halleck. Señaló hacia el pasillo con la cabeza.

Namri se detuvo un instante antes de salir, y miró a Leto.

—Ruego por que estemos haciendo lo correcto dejándolo con vida.

—Iros, amigos —dijo Leto—. Iros y reflexionad.

Tan pronto como los dos hombres hubieron partido, Leto se tendió boca arriba, sintiendo el frío camastro contra su espalda. Aquel movimiento bastó para proyectar su mente más allá del borde de su consciencia lastrada por la especia. En aquel instante vio todo el planeta... cada aldea, cada poblado, cada ciudad, los lugares desiertos y los lugares cultivados. Todas aquellas imágenes acumulándose contra su visión participaban de una mezcla de elementos que eran en parte internos y en parte externos. Vio las estructuras de la sociedad Imperial reflejadas en las estructuras físicas de sus planetas y sus comunidades. Como un gigantesco despliegue en su interior, vio aquella revelación como lo que era: una ventana abierta a las partes invisibles de la sociedad. Viendo esto, Leto comprendió que cada sistema tenía una ventana parecida. Incluso el sistema formado por él mismo y su universo. Siguió mirando a través de las ventanas, como una especie de *voyeur* cósmico.

¡Esto era lo que buscaban su abuela y la Hermandad! Lo sabía. Su consciencia se expandió a un nuevo y más alto nivel. Sintió el pasado contenido en sus células, en sus hormonas, en los arquetipos que habían influido en sus juicios, en los mitos que lo habían confinado, en sus lenguajes y en sus detritus prehistóricos. Eran todas las formas surgidas de su pasado humano y no humano, todas las vidas que ahora controlaba, finalmente integradas en él. Y se sintió como una criatura atrapada en el eterno fluir y refluir de los nucleótidos. Sobre el fondo del infinito él era una criatura protozoaria en la cual nacimiento y muerte eran virtualmente simultáneos, pero era a la vez infinito y protozoario, una criatura de memorias moleculares.

*¡Nosotros los seres humanos somos una forma de organismo-colonia!*, pensó.

Ellos buscaban su cooperación. Prometiendo cooperación había conseguido otra moratoria del cuchillo de Namri. Apelando a su cooperación, ellos esperaban encontrar en él a un curador.

Y pensó: *¡Pero yo no voy a traerles ningún orden social en la forma que ellos esperan!*

Una mueca contorsionó la boca de Leto. Sabía que él no iba a ser tan

inconscientemente maligno como había sido su padre —despotismo en un extremo y esclavitud en otro—, pero su universo podía llegar a rogar que volvieran aquellos «viejos buenos días».

Entonces su padre le habló en su interior, sondeando cautelosamente, incapaz de exigir atención pero rogando ser escuchado.

Y Leto replicó:

—No. Les daremos complejidad para ocupar sus mentes. Hay muchos modos de huir del peligro ¿Pero cómo podrán saber que soy peligroso sin haberme experimentado durante miles de años? Sí, padre-interior, les daremos multitud de puntos de interrogación.

No hay culpa o inocencia en vosotras. Toda ello es pasado. La culpa elabora la muerte, y yo no soy el Martillo de Hierro. Vosotras, multitud de muertos, sois tan sólo gente que ha hecho ciertas cosas, y el recuerdo de estas cosas ilumina mi camino.

*Leto II a sus Vidas-Memoria, según HARQ AL-ADA*

—¡Funciona! —dijo Farad'n, y su voz era un ronco susurro.

Permanecía de pie al lado del lecho de Dama Jessica, con un manojo de guardias apretujándose tras él. Dama Jessica se alzó en la cama. Llevaba un atuendo de similseda de color blanco brillante con una banda del mismo tejido sujetando sus enrollados cabellos. Farad'n acababa de entrar en tromba hacía apenas unos momentos. Seguía llevando su malla gris, y su rostro reflejaba el sudor de la excitación y la fatiga de su larga carrera a lo largo de los corredores del palacio.

—¿Qué hora es? —preguntó Jessica.

—¿Hora? —Farad'n pareció desconcertado.

Uno de los guardias dijo en voz alta:

—Es la hora tercia pasada la medianoche, mi Dama. —El guardia lanzó una temerosa mirada a Farad'n. El joven príncipe había llegado corriendo por los apenas iluminados corredores, arrastrando tras de sí toda una cohorte de alarmados guardias.

—Pero funciona —dijo Farad'n. Tendió su mano izquierda, luego la derecha—. He visto mis propias manos, encogieron hasta convertirse en dos muñoncitos de tierna carne, ¡y he recordado! Eran mis manos cuando yo era un niño. Apenas recuerdo nada de cuando era un niño, pero éste era... era un recuerdo muy vívido. ¡Estaba reorganizando mis antiguos recuerdos!

—Muy bien —dijo Jessica. La excitación de Farad'n era contagiosa—. ¿Y qué ha ocurrido cuando tus manos se hicieron viejas?

—Mi... mente... era más lenta —dijo él—. Sentí un dolor en mi espalda. Justo aquí —se tocó un lugar encima de su riñón izquierdo.

—Has aprendido una lección muy importante —dijo Jessica—. ¿Sabes cuál es esta lección?

Farad'n dejó caer sus manos a los lados y se la quedó mirando. Luego dijo:

—Mi mente controla mi realidad. —Sus ojos brillaban, y lo repitió, esta vez remachando las palabras—: ¡Mi mente controla mi realidad!

—Este es el principio del equilibrio *prana-bindu* —dijo Jessica—. Pero es tan sólo el principio, recuérdalo.

—¿Qué es lo que viene a continuación? —preguntó él.

—Mi Dama —el guardia que antes había respondido a su pregunta se aventuró a interrumpir de nuevo—. La hora —dijo.

*¿Acaso sus puntos de espionaje no están controlados a esta hora?*, se preguntó Jessica.

—Iros —dijo—. Tenemos un trabajo que hacer.

—Pero mi Dama —dijo el guardia, y miró temerosamente de Farad'n a Jessica, y luego de nuevo a Farad'n.

—¿Crees que tengo intención de seducirlo? —dijo Jessica.

El hombre se envaró.

Farad'n se echó a reír, una alegre carcajada. Agitó una mano en un gesto de despidio.

—Ya habéis oído. Iros.

Los guardias se miraron mutuamente, luego obedecieron.

Farad'n se sentó en el borde del lecho.

—¿Qué viene ahora? —Agitó la cabeza—. Quería creerlos, pero no lo conseguía. Luego... fue como si mi mente se fundiera. Estaba cansado. Mi mente renunció a luchar contra vos. Y entonces ocurrió. ¡Así de sencillo! —hizo chasquear sus dedos.

—No era contra mí contra quien luchaba tu mente —dijo Jessica.

—Por supuesto que no —admitió él—. Estaba luchando contra mí mismo, contra todas las estupideces que había aprendido hasta ahora. ¿Qué es lo que viene a continuación?

Jessica sonrió.

—Confieso que no esperaba que tuvieras éxito tan rápidamente. Sólo han pasado ocho días y...

—Tuve paciencia —dijo él, con una alegre sonrisa.

—Y también has empezado a aprender paciencia —dijo ella.

—¿Empezado?

—Apenas has puesto un pie en el umbral de este adiestramiento —dijo ella—. Ahora eres realmente un niño. Antes... eras tan sólo una entidad potencial, ni siquiera habías nacido.

Farad'n hizo una mueca de desánimo.

—No te pongas triste —dijo ella—. Lo has conseguido. Esto es lo importante. ¿Cuántos pueden decir que han nacido de nuevo?

—¿Qué viene ahora? —insistió él.

—Practicarás eso que has aprendido —dijo ella—. Quiero que seas capaz de repetirlo fácilmente, siempre que lo desees. Luego tendrás que llenar ese lugar en tu consciencia que has abierto con esto. Deberás llenarlo con la habilidad de imponer tus propias exigencias a cualquier realidad que te circunde.

—¿Es eso todo lo que tengo que hacer... practicar el...?

—No. Ahora puedes empezar el adiestramiento muscular. Dime, ¿puedes mover el dedo meñique de tu pie izquierdo sin mover ningún otro músculo de tu cuerpo?



—¿Mi...? —Jessica vio una expresión distante asomarse al rostro de Farad'n cuando intentó mover su dedo. Luego miró hacia abajo, hacia su pie, y se quedó contemplándolo en silencio. Su frente se llenó de sudor. Un profundo suspiro escapó de su pecho.

—No puedo —dijo.

—Sí puedes —dijo ella—. Aprenderás a hacerlo. Aprenderás a conocer cada músculo de tu cuerpo. Los conocerás tan bien como conoces ahora tus manos.

El tragó dificultosamente ante la magnitud de aquella prospección. Luego:

—¿Qué es lo que estáis haciendo conmigo? —preguntó—. ¿Cuáles son vuestros planes hacia mí?

—Intento desparramarte sobre el universo —dijo ella—. Intento que puedas convertirte en cualquier cosa que desees profundamente.

Él digirió aquello por unos instantes.

—¿Cualquier cosa que desee?

—Si.

—¡Eso es imposible!

—A menos que aprendas a controlar tus deseos del mismo modo que controlas tu realidad —dijo ella. Y pensó: *¡Eso es! Dejemos que sus analistas examinen esto. Le aconsejarán una cautelosa aprobación, pero Farad'n se acercará otro paso a lo que estoy realmente haciendo con él.*

El confirmó sus suposiciones diciendo:

—Una cosa es decirle a alguien que podrá realizar sus más secretos deseos, y otra que esos deseos se realicen realmente.

—Has llegado mucho más lejos de lo que imaginabas —dijo Jessica—. Muy bien. Te hago una promesa: si completas este programa de adiestramiento, serás enteramente dueño de ti mismo. Cualquier cosa que hagas será porque realmente desees hacerla.

*Y que una Decidora de Verdad intente probar lo contrario, pensó.*

Él se puso en pie, pero la expresión con que la miró era cálida, con un cierto sentimiento de camaradería en ella.

—¿Sabéis? Os creo. Que me condene si sé el porqué, pero os creo. Y no diré una palabra de las otras cosas que estoy pensando.

Jessica lo observó mientras se retiraba y salía de la estancia. Apagó los globos y se acostó de nuevo. Aquel Farad'n sabía profundizar en las cosas. Casi le había dicho que estaba empezando a comprender sus planes, pero que se unía a su conspiración por voluntad propia.

*Esperemos hasta que aprenda a controlar sus propias emociones, pensó.* Tras lo cual se dispuso a dormirse de nuevo. El día siguiente sabía que iba a estar plagado de encuentros casuales con personal de palacio que la asediaría con aparentemente

inocuas preguntas.

Periódicamente, la humanidad atraviesa crisis de aceleración en sus asuntos, experimentando a causa de ello confrontaciones entre la vitalidad de renovarse y la atractiva corrupción de la decadencia. En esta periódica confrontación, cualquier causa se convierte en un lujo. Sólo entonces puede uno reflexionar en que todo es permitido, en que todo es posible.

*Los Apócrifos de Muad'Dib*

*El toque de la arena es importante*, se dijo a sí mismo Leto.

Podía sentir su crujido bajo él allí donde estaba sentado, bajo un brillante cielo. Le habían obligado a engullir otra enorme dosis de melange, y la mente de Leto giraba sobre sí misma como un remolino. Una pregunta sin respuesta yacía enterrada muy profundamente en lo más recóndito del remolino: *¿Por qué insisten en que lo diga?* Gurney era obstinado al respecto; no cabía duda sobre ello. Y había recibido órdenes de Dama Jessica.

Lo habían sacado del sietch a la luz del día para aquella «lección». Tenía la extraña sensación de haber dejado que fuera tan sólo su cuerpo el que realizara el breve viaje desde el sietch, mientras su ser interior mediaba en una batalla entre el Duque Leto y el viejo Barón Harkonnen. Luchó dentro de él, a través de él, porque no había permitido que ambos se comunicaran directamente. Aquella lucha le había mostrado lo que le había ocurrido a Alia. Pobre Alia.

*Tenía razón al temer el viaje de la especia*, pensó. Una profunda amargura hacia Dama Jessica lo invadió. ¡Su maldito gom jabbar! Lucha y vence, o muere en el intento. Ella no podía apoyar ahora una aguja envenenada contra su cuello, pero había podido precipitarlo en aquel valle de peligro que ya había engullido a su propia hija.

Sonidos de una pesada respiración nasal penetraron en su consciencia. Acudían en oleadas, más fuertes, decreciendo, luego más fuertes... luego decreciendo de nuevo. No tenía ningún medio de determinar si se trataba de su propia realidad o llegaba hasta él a través de la especia.

El cuerpo de Leto se relajó sobre sus brazos cruzados. Sintió el calor de la arena a través de sus nalgas. Tenía una alfombra frente a él, pero se sentaba directamente sobre la arena. Una sombra cruzaba la alfombra: Namri. Leto estudió el borroso dibujo de la alfombra, sintiendo un burbujear de aire en su interior. Su consciencia derivó por sí misma a través de un paisaje que se extendía lleno de verdor hasta el horizonte.

Los tambores resonaban en su cráneo. Sintió calor, fiebre. La fiebre era una ardiente presión que llenaba sus sentidos, empujando a su consciencia fuera de su carne hasta que sólo pudo sentir las movientes sombras de su peligro. Namri y el cuchillo. Presión... presión... Finalmente Leto yació suspendido entre el cielo y la

arena, con su mente desgajada de todo excepto de la fiebre. Entonces esperó a que ocurriera algo, sintiendo que cualquier cosa que ocurriera sería lo primero-y-único.

La ardiente y triturante luz del sol se abatía cegadora a su alrededor, implacable, inevitable. *¿Dónde está mi Sendero de Oro?* Por todos lados zumbaban los insectos. Por todos lados. *Mi piel no es mi piel.* Envío mensajes a lo largo de sus nervios, esperó las lentas respuestas de otra persona.

*Arriba la cabeza,* dijo a sus nervios.

Una cabeza que podría ser la suya se alzó y miró a las manchas de vacío en la brillante luz.

Alguien susurró:

—Se ha sumergido de nuevo.

No hubo respuesta.

El ardiente sol edificaba calor sobre calor sobre calor. Lentamente, desviándose hacia el exterior, la corriente de su consciencia lo empujó más allá de la última pantalla de verdeante vacío y allí, a través de las bajas hileras de dunas, distantes no más de un kilómetro de la recortada silueta del macizo, *allí* estaba el verde y germinante futuro, surgiendo, fluyendo en un verde interminable, un verde absoluto, verde sobre verde moviéndose hacia el infinito.

En todo aquel verde no había ningún gran gusano.

Enormes extensiones de vegetación salvaje, pero ni la menor huella de Shai-Hulud.

Leto sintió que se había aventurado más allá de las antiguas fronteras hacia un nuevo país que tan sólo la imaginación había entrevisto, y que ahora estaba contemplando directamente a través del auténtico velo que la perezosa humanidad llamaba *Desconocido*.

Era una realidad sedienta de sangre.

Sintió el rojo fruto de su vida oscilando colgado de una rama, el fluido corriendo hacia él, y el fluido era la esencia de especia corriendo a través de sus venas.

Sin Shai-Hulud no habría más especia.

Había visto un futuro sin la gran serpiente-gusano gris de Dune. Lo sabía, aunque no conseguía arrancarse del trance que lo aprisionaba.

Bruscamente su consciencia se sumergió hacia atrás... hacia atrás, hacia atrás, apartándose de aquel futuro mortal. Sus pensamientos penetraron en sus vísceras, volviéndose primitivos, moviéndose tan sólo accionados por intensas emociones. Se descubrió a sí mismo incapaz de centrarse en ningún aspecto particular de su visión o de lo que la rodeaba, pero había una voz dentro de él. Hablaba una antigua lengua, y la comprendió perfectamente. La voz era musical y melodiosa, pero sus palabras lo golpearon brutalmente.

—No es el presente lo que influencia el futuro, estúpido, sino el futuro el que

forma el presente. Lo has entendido todo al revés. Puesto que el futuro es algo inamovible, son los acontecimientos que se están produciendo los que asegurarán que este futuro sea fijo o inevitable.

Aquellas palabras lo paralizaron. Sintió el terror enraizarse en la concreta materia que formaba su cuerpo. Gracias a ello supo que su cuerpo aún existía, pero la despiadada naturaleza y el enorme poder de su visión le dejaron con la sensación de haber sido contaminado, de hallarse indefenso, incapaz de enviar señales a ningún músculo para conseguir que obedeciera. Sabía que cada vez estaba más expuesto a los asaltos de aquellas vidas colectivas cuyas memorias le habían hecho creer que él era real. El miedo lo invadió. Tuvo la sensación de que iba a perder el control interno, cayendo finalmente en la Abominación.

Leto sintió que su cuerpo se contorsionaba por el terror.

Había empezado a creer en su victoria y en la benévola cooperación de aquellas memorias recientemente conquistadas. Pero se habían vuelto contra él, todas ellas... incluso el real Harum, en el que había confiado. Yacía tembloroso en una superficie desenraizada, incapaz de darle un significado a su propia vida. Intentó concentrarse en una imagen mental de sí mismo, y se vio enfrentado a una serie de entramados superpuestos, cada uno de distinta edad: de niño a vacilante anciano. Recordó el primer adiestramiento recibido de su padre: *Deja que tus manos se vuelvan jóvenes, luego viejas*. Pero su propio cuerpo se veía ahora inmerso en aquella perdida realidad, y toda la progresión de imágenes se fundía en otros rostros, los rasgos de todos aquellos cuyas memorias compartía.

Un rayo parecido a un diamante lo despedazó.

Leto sintió desparramarse las piezas de su consciencia, aunque conservó una sensación de identidad en algún lugar entre el ser y el no ser. Esperanzado de nuevo, sintió que su cuerpo respiraba. Dentro... Fuera. Inspiró profundamente: *yin*. Expiró: *yang*.

En algún lugar inmediatamente más allá de su comprensión se hallaba un lugar de suprema independencia, una victoria sobre toda la confusión inherente a su multitud de vidas... no un falso sentimiento de control, sino una victoria real. Ahora comprendió su precedente error: había buscado el poder en la realidad de su trance, en lugar de hacer frente a los miedos que él y Ghanima habían estado alimentando mutuamente.

*¡Fue el miedo lo que venció a Alia!*

Pero la búsqueda del poder había abierto otra trampa, desviándolo hacia la fantasía. Vio la ilusión. Todo el proceso ilusorio giró media vuelta sobre sí mismo, y entonces se halló en situación de poder ver objetivamente las luchas de sus visiones, de sus vidas internas.

El júbilo lo inundó. Estuvo a punto de echarse a reír a carcajadas, pero se negó a

sí mismo aquel placer, sabiendo que le bloquearía las puertas de sus memorias.

*Ahhh, mis memorias, pensó. He visto vuestra ilusión. Ya no inventaréis más el siguiente momento para mí. Tan sólo me mostraréis cómo crear los nuevos momentos. Ya no me encadenaré en mis viejas huellas.*

Este pensamiento atravesó su consciencia como una ablución purificadora, y en aquel momento sintió de nuevo todo su cuerpo, un *einfall* que le informó hasta el más mínimo detalle de cada célula, cada nervio. Entró en un estado de intensa quietud. En aquella quietud, oyó voces, sabiendo que venían desde una enorme distancia, pero oyéndolas claramente como si crearan ecos en una enorme sala vacía.

Una de las voces era de Halleck.

—Quizá le hayamos dado demasiada.

—Le hemos dado exactamente la que ella dijo que debíamos darle —rebatíó Namri.

—Quizá debiéramos salir fuera y echarle otra mirada —Halleck.

—Sabiha es buena para tales cosas; nos llamará si algo empieza a ir mal —Namri.

—No me gusta ese asunto de Sabiha —Halleck.

—Es un ingrediente necesario —Namri.

Leto captó una brillante luz fuera de él y una profunda oscuridad dentro, pero la oscuridad era discreta, protectora y cálida. La luz empezó a brillar cada vez más, y se dio cuenta de que provenía de la oscuridad interior, girando hacia afuera como una brillante nube. Su cuerpo se hizo transparente, empujándolo hacia arriba, pero sin dejar de sentir aquel contacto *einfall* con cada célula y nervio. La multitud de sus vidas interiores se alineó en perfecto orden, sin agitarse ni mezclarse. Se volvieron muy quietas, como una réplica de su propio silencio interno, cada vida-memoria una entidad separada, incorpórea e indivisible.

Entonces Leto habló a todas ellas:

—Yo soy vuestro espíritu. Yo soy la única vida a la que podéis acceder. Yo soy la morada de vuestro espíritu en el país que no es ninguna parte, en el país que es vuestro único refugio posible. Sin mí, el universo inteligible se convierte en caos. Lo creativo y lo abismal se hallan inextricablemente ligados a mí; sólo yo puedo mediar entre ellos. Sin mí, la humanidad se anegará en la maraña y la vanidad del *conocimiento*. A través de mí, vosotras y ellos encontraréis el único camino para salir del caos: *comprender viviendo*.

Con aquello dejó de controlarse a sí mismo y se convirtió en sí mismo, su propia persona abarcando la totalidad de su pasado. No era una victoria, ni siquiera una derrota, sino algo nuevo a compartir con cualquier vida interior que eligiera. Leto saboreó aquella nueva condición, dejando que poseyera cada una de sus células, cada nervio, renunciando al *einfall* que le había sido presentado y recobrando al mismo tiempo la totalidad.

Tras un tiempo, se despertó en una deslumbrante oscuridad. Con un destello de consciencia supo donde estaba ahora su carne: sentada en la arena, a un kilómetro de distancia del risco que marcaba el extremo norte del sietch. Y ahora reconoció aquel sietch: era Jacurutu, por supuesto... y también Fondak. Pero era muy distinto de los mitos y leyendas y rumores difundidos por los contrabandistas.

Una mujer joven estaba sentada en una alfombra directamente frente a él, con un brillante globo anclado a su manga izquierda y suspendido directamente sobre su cabeza. Cuando Leto apartó la mirada del globo, vio estrellas. Sabía quién era aquella mujer joven: era la de su precedente visión, la que tostaba el café. Era la sobrina de Namri, tan dispuesta a usar el cuchillo como lo estaba el propio Namri. Había un cuchillo en su regazo. Llevaba un sencillo vestido verde sobre el gris destiltraje. *Sabiha*, este era su nombre. Y Namri tenía sus propios planes para ella.

Sabiha captó el despertar en sus ojos y dijo:

—Es casi el alba. Has pasado aquí toda la noche.

—Y la mayor parte del día —dijo él—. Haces un buen café.

Aquella afirmación la desconcertó, pero la ignoró con una inconsciente facilidad que hablaba de un duro adiestramiento y de instrucciones explícitas para aquella actual situación.

—Es la hora de los asesinos —dijo Leto—. Pero tu cuchillo ya no es necesario. —Miró al crys en su regazo.

—Namri será quien juzgue esto —dijo ella.

*No Halleck, entonces.* Ella tan sólo había confirmado su conocimiento interior.

—Shai-Hulud es un gran recolector de desechos y un eliminador de evidencias indeseadas —dijo Leto—. Incluso yo lo he usado de esta forma.

Ella mantuvo la mano apoyada sobre el cuchillo, pero sin sujetarlo.

—Cuántas cosas quedan reveladas por dónde nos sentamos y cómo nos sentamos —dijo él—. Tú te sientas en la alfombra y yo sobre la arena.

La mano de ella se cerró sobre la empuñadura del cuchillo. Leto bostezó, un amplio y crujiente movimiento que hizo chasquear su mandíbula.

—He tenido una visión que te incluía a ti —dijo.

Los hombros de ella se relajaron ligeramente.

—Hemos sido demasiado unilaterales con Arrakis —dijo él—. Ha sido una barbaridad por nuestra parte. Hubo un cierto momento en el que estábamos actuando correctamente, pero ahora debemos deshacer parte de nuestro trabajo. Las escalas deben ser dispuestas de nuevo en su punto de mejor equilibrio.

Una arruga perpleja frunció la frente de Sabiha.

—Mi visión —dijo él—. Hasta que no restauremos la danza de la vida aquí en Dune, el dragón en la superficie del desierto ya no existirá más.

Al usar Leto el viejo nombre Fremen del gran gusano, ella tardó un momento en

comprenderle.

—¿Los gusanos? —dijo luego.

—Nos hallamos en un corredor oscuro —dijo él—. Sin especia, el Imperio se derrumbará. La Cofradía no podrá moverse. Lentamente, los planetas irán olvidando sus recuerdos de los demás. Se replegarán cada vez más en sí mismos. El espacio se convertirá en una frontera cuando los navegantes de la Cofradía pierdan su poder. Nosotros nos aferraremos a nuestras dunas e ignoraremos todo lo que hay debajo y encima nuestro.

—Hablas de una forma realmente extraña —dijo ella—. ¿Cómo me has visto en tu visión?

*¡Tiene fe en la superstición Fremen!*, pensó Leto. Y dijo:

—Hablo un lenguaje universal. Soy un jeroglífico viviente que registra los cambios que deben ocurrir. Si no los registrara, sentirías un tal dolor en tu corazón que ningún ser humano podría soportarlo.

—¿Qué palabras son éstas? —preguntó ella, pero su mano se relajó del cuchillo.

Leto giró su cabeza hacia los riscos de Jacurutu, observando el débil resplandor que indicaba que la Segunda Luna estaba a punto de ocultarse tras las rocas como preludio del alba. El chillido de muerte de una liebre del desierto penetró en él. Notó que Sabiha se estremecía. Luego llegó hasta ellos el batir de alas... pájaros predadores, criaturas de la noche. Vio el brillo de ascua de varios ojos cuando pasaron sobre él, camino de las hendiduras en las rocas.

—Debo seguir los dictados de mi nuevo corazón —dijo Leto—. Tú me miras tan sólo como un chiquillo, Sabiha, pero si...

—Me han prevenido contra ti —dijo Sabiha, y sus hombros se envararon de nuevo.

El captó el miedo en su voz y dijo:

—No me temas, Sabiha. Tú has vivido ocho años más que esta carne mía. Por eso te respeto. Pero yo poseo en mi interior miles de años de otras vidas, muchos más de los que tú hayas conocido. Así que no me mires como si fuera un niño. He visitado muchos futuros y, en uno de ellos, nos he visto a los dos amándonos. Tú y yo, Sabiha.

—¿Qué es...? Esto no... —se detuvo, confusa.

—La idea puede que vaya creciendo en ti —dijo él—. Ahora ayúdame a regresar al sietch, porque he estado en muchos lugares y me siento cansado de mis viajes. Namri debe oír dónde he estado.

Vio la indecisión en ella, y dijo:

—¿No soy acaso el Huésped de la Caverna? Namri debe aprender lo que yo he aprendido. Tenemos muchas cosas que hacer para evitar que nuestro universo degenera.

—No creo esto... esto que has dicho sobre los gusanos —dijo ella.



—¿Ni tampoco lo de nosotros dos amándonos?

Ella agitó la cabeza. Pero él pudo ver los pensamientos yendo a la deriva por su mente como plumas arrastradas por el viento. Las palabras de él la atraían y la repelían al mismo tiempo. Ser la consorte del poder era ciertamente algo embriagador. Pero habían de por medio las órdenes de su tío. Sin embargo, algún día aquel hijo de Muad'Dib podía llegar a gobernar allí en Dune y hasta en los más alejados confines de su universo. Allí encontró una profundamente Fremen aversión hacia un tal futuro. La consorte de Leto sería vista por todo el mundo, se convertiría en un objeto de habladurías y especulaciones. Sin embargo, también poseería riquezas, y...

—Yo soy el hijo de Muad'Dib, capaz de ver el futuro —dijo él.

Lentamente, ella volvió a introducir su cuchillo en la funda, se levantó ágilmente de la alfombra, se acercó a él, y lo ayudó a ponerse en pie. Leto se sintió halagado viéndola moverse a su alrededor, doblando cuidadosamente la alfombra y echándosela sobre el hombro derecho. La observó mientras ella medía la diferencia de sus estaturas, reflexionando en sus palabras: *¿Amándonos?*

*La estatura es otra cosa que cambia*, pensó Leto.

Ella lo sujetó del brazo, para ayudarlo y para controlarlo. Leto tropezó, y ella dijo secamente:

—¡Estamos demasiado lejos del sietch para eso! —refiriéndose al inesperado sonido que podía atraer a un gusano.

Leto sintió que su cuerpo era como un caparazón vacío abandonado por un insecto. Sabía cuál era aquel caparazón: la sociedad edificada sobre el comercio de la melange y su Religión del Elixir Dorado. Había sido vaciado por esos mismos excesos. Los altos fines de Muad'Dib se habían derrumbado en la brujería impuesta por el brazo armado del Auqaf. La religión de Muad'Dib tenía otro nombre ahora: era Shien-san-Shao, una etiqueta ixiana que designaba la intensidad de la locura de todos aquellos que habían creído que podían conducir al universo hasta el paraíso a punta de crys. Pero eso también podía cambiar, como había cambiado Ix. Habitaban tan sólo el noveno planeta de su sol, e incluso habían olvidado el lenguaje que les había dado su nombre.

—La Jihad fue una locura colectiva —murmuró Leto.

—¿Qué? —Sabiha estaba concentrada en el problema de conseguir que él anduviera arrítmicamente, ocultando así su presencia allá afuera, sobre la arena al aire libre. Por un momento se concentró en sus palabras, terminando por interpretarlas como otro producto de su evidente fatiga. Notó su debilidad, la forma como el trance lo había agotado. Aquello le pareció innecesario y cruel. Si debía ser muerto como había dicho Namri, entonces era mejor hacerlo rápidamente, sin toda aquella ceremonia. Leto, sin embargo, había hablado de una maravillosa revelación.

Quizás era eso lo que Namri buscaba. Seguramente este debía ser el motivo de la conducta de la propia abuela de aquel chiquillo. ¿Por qué otro motivo hubiera decretado Nuestra Señora de Dune aquellas peligrosas pruebas con un niño?

¿Niño?

Reflexionó nuevamente en sus palabras. Habían alcanzado la base del promontorio y se detuvo, dejando que Leto descansara un momento allí, donde estaban al resguardo. Mirando hacia él a la débil luz de las estrellas, dijo:

—¿Cómo pueden dejar de existir los gusanos?

—Sólo yo puedo cambiar esto —dijo él—. No tengas miedo. Yo puedo cambiarlo todo.

—Pero es...

—Hay preguntas que no tienen respuesta —dijo él—. Yo he visto ese futuro, pero las contradicciones no harán más que confundirte. Este es un universo cambiante, y nosotros somos el cambio más extraño de todos. Resonamos a demasiadas influencias. Nuestros futuros necesitan constantes actualizaciones. Ahora hay una barrera que debemos eliminar. Esto requiere que realicemos cosas brutales, que van contra nuestros deseos más básicos y queridos... Pero deben ser realizadas.

—¿Qué es lo que debe ser realizado?

—¿Tú nunca has matado a un amigo? —preguntó él y, girándose, se dirigió hacia el interior de la hendidura que conducía hasta la entrada secreta del sietch. Se movió tan aprisa como se lo permitió la fatiga de su trance, pero ella corrió tras de él, tiró de sus ropas y lo detuvo.

—¿Qué es esto de matar a un amigo?

—Morirá de todos modos —dijo Leto—. No tengo que hacerlo yo personalmente, pero puedo impedirte. Si no lo impido, ¿no es acaso lo mismo que matarlo?

—¿Quién es... quién debe morir?

—La alternativa me obliga a callar —dijo él—. Podría verme obligado a entregar a mi propia hermana a un monstruo.

Se giró de nuevo, y esta vez, cuando ella tiró de sus ropas, se resistió, negándose a responder a sus preguntas. *Es mejor que no lo sepa hasta que llegue el momento*, pensó.

La selección natural ha sido descrita como un medio ambiente que criba selectivamente a aquellos que pueden tener progenie. En lo que concierne a los seres humanos, sin embargo, este es un punto de vista extremadamente limitativo. La reproducción a través del sexo tiende siempre a la experimentación y a la innovación. Esto plantea muchas cuestiones, incluyendo aquella tan antigua acerca de si el medio ambiente es un agente selectivo que actúa después de que la variación haya ocurrido, o si el medio ambiente juega un papel preselectivo determinando las variaciones que desea producir. Dune no respondía realmente a esas cuestiones; simplemente planteaba nuevas cuestiones a las cuales Leto y la Hermandad hubieran intentado responder en el transcurso de las próximas quinientas generaciones.

*La Catástrofe de Dune*, según HARQ AL-ADA

Las desnudas y herrumbrosas rocas de la Muralla Escudo se diseñaban en la distancia, visibles para Ghanima como la encarnación de aquella aparición que amenazaba su futuro. Permanecía de pie al borde del jardín en el tejado que remataba la Ciudadela, con el sol a su espalda. El sol arrojaba un resplandor profundamente anaranjado a través de las nubes de polvo, un color tan intenso como los bordes de la boca de un gusano. Ghanima suspiró, pensando: *Alia, Alia... ¿Tu destino es también el mío?*

Sus vidas interiores habían incrementado sus clamores recientemente. Había algo en el condicionamiento femenino en una sociedad Fremen... quizá fuera una auténtica diferencia sexual, pero de todos modos las mujeres eran más susceptibles a aquella marea interior. Su abuela le había prevenido al respecto mientras trazaban sus planes, buceando en la acumulada sabiduría de la Bene Gesserit pero previniéndola acerca de los peligros de tal sabiduría dentro de Ghanima.

—La Abominación —había dicho Dama Jessica—, nuestra definición para prenacido... tiene una larga historia de amargas experiencias tras ella. Parece ser que ello es debido al hecho de que las vidas interiores están divididas. Se agrupan en benignas y en malignas. Las benignas son siempre tratables, útiles. Las malignas parecen unirse en una única y poderosa psique, intentando imponerse a la carne viviente y a su consciencia. Sabemos que el proceso necesita un tiempo considerable, pero los síntomas son bien conocidos.

—¿Por qué habéis abandonado a Alia? —había preguntado Ghanima.

—Huí aterrada ante aquello que yo misma había creado —había dicho Jessica en voz muy baja—. Me alejé. Y ahora mi pesar es... que quizá me alejé demasiado pronto.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo explicarlo aún, pero... quizá... ¡No! No quiero darte falsas esperanzas. *Ghafla*, la abominable perturbación, tiene una larga historia en la

mitología humana. Ha sido llamada de muchos modos, pero principalmente *posesión*. Esto es lo que parece ser. Tú pierdes las riendas en medio de la malignidad, y esta toma posesión de ti.

—Leto... temía a la especia —había dicho Ghanima, dándose cuenta de que podía hablar de él sin estremecerse. Qué terrible precio habían tenido que pagar!

—Y hacia bien —había dicho Jessica. Y no había querido decir más.

Pero Ghanima se había arriesgado a una exploración de sus memorias internas, escrutando tras el extraño y turbio velo que envolvía la causa de los temores Bene Gesserit. La explicación de lo que le había sucedido a Alia no la tranquilizaba en absoluto. La acumulación de experiencia Bene Gesserit mostró un camino para eludir la trampa, y cuando Ghanima aventuró aquella coparticipación interior, primero apeló al *Mohalata*, una asociación con las vidas benévolas que podía protegerla.

Apeló a aquella coparticipación mientras permanecía de pie a la luz del atardecer, en el borde del jardín superior de la Ciudadela. Inmediatamente sintió la presencia-memoria de su madre. Chani estaba allí, una aparición entre Ghanima y los distantes riscos.

—¡Entra aquí y comerás el fruto del Zaqquum, el alimento del infierno! —dijo Chani—. Cierra esta puerta, hija mía; es tu única salvación.

El clamor interno se alzó en torno a la visión y Ghanima huyó, aferrando su consciencia al Credo de la Hermandad, reaccionando más por desesperación que por fe. Recitó precipitadamente el Credo, moviendo sus labios, reduciendo su voz a un rápido susurro:

*«La Religión es la emulación del adulto por parte del niño. La Religión es el enquistamiento de pasadas creencias: la mitología, que no es más que conjeturas, las ocultas creencias en la veracidad del universo, esas afirmaciones hechas por los hombres en búsqueda de un poder personal, todo ello mezclado con fragmentos de iluminismo. Y el definitivo mandamiento inexpresado es siempre: “¡No hagas preguntas!”. Pero hacemos preguntas. Rompemos constantemente este mandamiento. El trabajo en el que nos hemos empeñado es liberar la imaginación, lastrándola tan sólo con el más profundo sentido de la creatividad humana».*

Lentamente, un sentido de orden volvió a los pensamientos de Ghanima. Sintió que su cuerpo temblaba, sin embargo, y se dio cuenta de cuán frágil era aquella paz que había obtenido... y cómo aquel turbio velo seguía en su mente.

—Leb Kamai —susurró—. Corazón de mi enemigo, no serás mi corazón.

E invocó el recuerdo de los rasgos de Farad'n, el joven rostro saturnino con sus pobladas cejas y su firme boca.

*El odio me hará fuerte, pensó. Odiando, podré resistir el destino de Alia.*

Pero la temblorosa fragilidad de su posición permaneció, y todo lo que pudo pensar fue cómo se parecía Farad'n a su abuelo, el difunto Shaddam IV.

—¡Aquí estás!

Era Irulan, avanzando por el lado derecho de Ghanima, dando grandes pasos a lo largo del parapeto con movimientos que recordaban los de un hombre. Girándose, Ghanima pensó: *Y ella es la hija de Shaddam*.

—¿Por qué insistes en escabullirte fuera a solas? —preguntó Irulan, deteniéndose frente a Ghanima y mirando por encima de ella con rostro ceñudo.

Ghanima se contuvo de decir que no estaba sola, puesto que los guardias la habían visto salir al tejado. La irritación de Irulan provenía del hecho de que estaban allí al aire libre y un arma lejana podía alcanzarlas.

—No llevas destiltraje —dijo Ghanima—. Sabes que en los viejos días cualquiera que era sorprendido fuera del sietch sin un destiltraje era muerto automáticamente. Malgastar agua era poner en peligro a la tribu.

—¡Agua! ¡Agua! —restalló Irulan—. Quiero saber por qué te pones en peligro de esta manera. Vuelve inmediatamente dentro. Estás creando problemas para todos nosotros.

—¿Qué peligro puede haber todavía aquí? —preguntó Ghanima—. Stilgar ha purgado a los traidores. Los guardias de Alia están por todas partes.

Irulan miró hacia arriba, hacia el cada vez más oscuro cielo. Las estrellas empezaban a hacerse visibles sobre un fondo gris azulado. Volvió su atención hacia Ghanima.

—No voy a discutir contigo. He sido enviada a decirte que hemos recibido una respuesta de Farad'n. Acepta, pero por alguna razón desea retrasar la ceremonia.

—¿Cuánto tiempo?

—Todavía no lo sabemos. Está siendo negociado. Pero Duncan ha sido enviado de vuelta a casa.

—¿Y mi abuela?

—Ha elegido quedarse en Salusa por un cierto tiempo.

—¿Quién puede reprochárselo? —dijo Ghanima.

—¡Aquella estúpida disputa con Alia!

—¡No intentes hacerme pasar por tonta, Irulan! Aquello no fue una estúpida disputa. He oído historias al respecto.

—Los temores de la Hermandad...

—Son reales —dijo Ghanima—. Bien, ya has transmitido tu mensaje. ¿Quieres aprovechar ésta oportunidad para intentar de nuevo disuadirme?

—He renunciado a ello.

—Deberías saber mejor que no puedes intentar engañarme —dijo Ghanima.

—¡Muy bien! Seguiré entonces intentando disuadirte. Eso que pretendes hacer es una locura. —E Irulan se dijo por qué consentía que Ghanima la irritase de aquella manera. Una Bene Gesserit no debía irritarse por nada—. Estoy preocupada por el

extremo peligro que vas a correr —dijo—. Tú lo sabes bien. Ghani, Ghani... Eres la hija de Paul. ¿Cómo puedes...?

—Debido a que soy su hija —dijo Ghanima—. Nosotros los Atreides nos remontamos a Agamenón, y sabemos que es lo que hay en nuestra sangre. Nunca olvides esto, mujer sin hijos de mi padre. Nosotros los Atreides tenemos una historia de sangre, y aún no hemos terminado con la sangre.

—¿Quién es Agamenón? —preguntó Irulan, aturdida.

—Qué precario demuestra ser vuestro alabado adiestramiento Bene Gesserit —dijo Ghanima—. Siempre olvido que vosotras tendéis a resumir la historia a cuatro rasgos esenciales. Pero mis memorias llegan hasta... —se interrumpió; era mejor no mostrar aquellas sombras de su frágil sueño.

—Recuerdes lo que recuerdes —dijo Irulan—, tendrías que saber lo peligrosa que es esta decisión de...

—Lo mataré —dijo Ghanima—. Me debe una vida.

—Y yo lo impediré, si puedo.

—También sé eso. Pero no vas a tener la menor oportunidad. Alia va a enviarte al sur, a una de las nuevas ciudades, hasta que todo haya pasado.

Irulan agitó desmayadamente la cabeza.

—Ghani, he hecho juramento de protegerte contra cualquier peligro. Daré mi propia vida para ello si es necesario. Si crees que voy a languidecer en cualquier djedida de paredes de barro mientras tú...

—Siempre está el Huanui —dijo Ghanima, hablando suavemente—. Los destiladores de muertos son una alternativa. Estoy segura de que no podrás interferir desde allí.

Irulan palideció, se llevó una mano a la boca, olvidando por un instante todo su adiestramiento. Aquella era una medida de lo mucho que se sentía ligada a Ghanima, de su completa renuncia a todo excepto a su miedo animal. Habló con voz balbuceante por la emoción, intentando dominar el temblor de sus labios.

—Ghani, no temo por mí misma. Me metería en la boca de un gusano por ti. Sí, soy lo que me has llamado, la mujer sin hijos de tu padre, pero tú eres la hija que yo nunca he tenido. Te ruego... —las lágrimas afluyeron a sus ojos.

Ghanima ahogó rabiosamente un nudo en su garganta y dijo:

—Esta es otra diferencia entre nosotras. Tú nunca has sido Fremen. Yo no soy otra cosa. Este es el abismo que nos divide. Alia lo sabe. Se haya convertido en lo que se haya convertido, lo sabe.

—Tú no puedes hablar de lo que sabe Alia —dijo Irulan, hablando amargamente—. Si no supiera que es una Atreides, juraría que está intentando destruir a su propia Familia.

*¿Y cómo sabes que todavía es una Atreides?*, pensó Ghanima, maravillándose de

la ceguera de Irulan. Era una Bene Gesserit, y tenía que saber mejor que nadie la historia de la Abominación. Ni siquiera se permitía pensar en ello, ni siquiera se permitía creerlo. Alia debía haber lanzado alguna brujería sobre aquella pobre mujer.

—Tengo una deuda de agua contigo —dijo Ghanima—. Por ello, protegeré tu vida. Pero tu sobrino está perdido. No me hables más de ello.

Irulan dominó el temblor de sus labios, se secó los ojos.

—Yo amé a tu padre —susurró—. Y no lo supe hasta que hubo muerto.

—Quizá no esté muerto —dijo Ghanima—. Ese Predicador...

—Ghani, a veces no te comprendo. ¿Crees que Paul atacaría a su propia familia?

Ghanima se alzó de hombros, miró hacia el cada vez más oscuro cielo.

—Podría considerarlo divertido.

—¿Cómo puedes hablar con tanta ligereza de...?

—Para mantener lejos la profunda oscuridad —dijo Ghanima—. No me burlo de ti. Los dioses saben que no. Pero no soy tan sólo la hija de mi padre. Soy cada una de las personas que contribuyeron a formar la estirpe de los Atreides. Tú no puedes creer en la Abominación, pero yo no puedo pensar en otra cosa. Soy la prenacida. Sé lo que hay dentro de mí.

—Esa estúpida vieja superstición acerca de...

—¡No lo digas! —Ghanima adelantó una mano hacia la boca de Irulan—. Yo soy todas las Bene Gesserit, de su maldito programa genético, desde la primera hasta mi propia abuela. Y soy mucho más. —Se clavó las uñas en la palma de su mano izquierda, haciendo brotar la sangre—. Este es un cuerpo joven, pero sus experiencias... ¡Oh, *dioses*, Irulan! ¡Mis experiencias! ¡No! —Adelantó de nuevo una mano cuando Irulan se le acercó—. Conozco todos esos futuros explorados por mi padre. Poseo la sabiduría de tantas vidas, y toda su ignorancia también... todas sus debilidades. Si quieres ayudarme, Irulan, primero aprende a saber quién soy.

Instintivamente, Irulan se inclinó y tomó a Ghanima entre sus brazos, apretándola contra sí, mejilla sobre mejilla.

*No me obliguéis a matar a esta mujer, pensó Ghanima. No permitáis que eso ocurra.*

Mientras este pensamiento cruzaba su mente, la noche cayó sobre el desierto.

Un pequeño pájaro te ha llamado  
con su estriado pico carmesí.  
Gritó una vez sobre el Sietch Tabr  
y tú partiste hacia la Llanura Funeral.

Lamento por Leto II

Leto se despertó al tintineo de unos anillos de agua en el cabello de una mujer. Miró hacia la abierta arcada de su celda y vio a Sabiha sentada allí. A medias inmerso en la consciencia de la especia, comparó su silueta con lo que su visión le había revelado de ella. Había superado en dos años la edad en que la mayor parte de las muchachas Fremen se casaban o al menos se comprometían. Sin embargo, su familia la estaba reservando para algo... o para alguien. Era virgen... obviamente. Sus ojos velados por la visión la vieron como una Criatura surgida del más remoto pasado de la humanidad, en la Tierra: cabello oscuro y piel clara, profundas órbitas que daban a sus ojos totalmente azules un tono verdoso. Poseía una nariz pequeña y una amplia boca sobre un afilado mentón. Y para él era la señal viviente de que los planes Bene Gesserit eran conocidos —o sospechados— allí en Jacurutu. Así, se dijo, ¿esperaban realmente revivir el Imperialismo Faraónico a través de él? Entonces, ¿cuál era aquel otro plan de forzarlo a casarse con su hermana? Seguramente Sabiha no podría impedirlo.

Sus captores conocían el plan, de todos modos. ¿Y cómo lo habían sabido? Ellos no compartían su visión. Ellos no habían estado con él allá donde la vida se convertía en una vibrante membrana en otras dimensiones. La reflexiva y circular subjetividad de las visiones que le habían revelado a Sabiha eran exclusivamente suyas.

Los anillos de agua tintinearón de nuevo en el cabello de Sabiha, y el sonido lo apartó de sus visiones. Sabía dónde había estado y lo que había aprendido. Nadie podría arrancarle aquello. No estaba cabalgando en un palanquín a lomos de un gran Hacedor ahora, con los anillos de agua de sus pasajeros tintineando al ritmo de su cabalgadura. No... Estaba aquí, en aquella celda de Jacurutu, embarcado en el más peligroso de todos sus viajes: adelante y atrás hasta el *Ahl as-sunna wal-jamas*, partiendo del mundo real de los sentidos y regresando de nuevo a este mundo.

¿Qué estaba haciendo ella allí con los anillos de agua tintineando en sus cabellos? Oh, sí. Estaba mezclando más de aquel brebaje que pensaban que lo mantenía cautivo: alimentos condimentados con esencia de especia para mantenerlo medio adentro y medio afuera del universo real, hasta que muriera o el plan de su abuela tuviera éxito. Y cada vez que él pensaba haber vencido, ellos volvían a enviarlo hacia atrás. Dama Jessica tenía razón, por supuesto... ¡aquella vieja bruja! Pero vaya cosas de hacer. El recuerdo total de todas aquellas vidas dentro de él no sería de ninguna



utilidad hasta que él no consiguiera organizar los datos y recordarlos a voluntad. Aquellas vidas podían precipitarlo en cualquier momento en la anarquía. Una o todas ellas podían abrumarlo. La especia y su peculiar estancia allí en Jacurutu habían sido un riesgo desesperado.

*Gurney sigue esperando la señal, y yo me niego a dársela. ¿Cuánto tiempo durará su paciencia?*

Miró a Sabiha. Había echado hacia atrás su capucha y revelado los tatuajes tribales en sus sienes. Leto no reconoció los tatuajes al primer momento, pero luego recordó dónde estaba. Sí, Jacurutu vivía aún.

Leto no sabía aún si debía estarle reconocido a su abuela u odiarla. Ella quería que él desarrollara sus instintos conscientes. Pero los instintos eran tan sólo memorias raciales de la forma en que debían ser afrontadas las crisis. Sus recuerdos directos de aquellas otras vidas le decían mucho más que aquello. Ahora lo tenía todo organizado, y podía ver el peligro de revelárselo a Gurney. Pero no había ningún medio de ocultarle la revelación a Namri. Y Namri era otro problema.

Sabiha entró en la celda con un bol en sus manos. Leto admiró la forma cómo la luz procedente de fuera formaba un arcoíris de círculos en torno a sus cabellos. Delicadamente, ella le levantó la cabeza y empezó a darle de comer del bol. Fue tan sólo entonces cuando Leto se dio cuenta de lo débil que estaba. Dejó que ella lo alimentara mientras su mente vagabundeaba, recordando la sesión con Gurney y Namri. ¡Le habían creído! Namri más que Gurney, pero ni siquiera Gurney pudo negar lo que sus sentidos ya le habían informado acerca del planeta.

Sabiha limpió su boca con un extremo de su vestido.

*Ahhh, Sabiha, pensó Leto, recordando aquella otra visión que había llenado su corazón de dolor. Muchas noches he soñado junto al agua al aire libre, oyendo al viento pasar sobre mí. Muchas noches mi carne ha yacido junto al cubil de la serpiente y he soñado en Sabiha al calor del verano. La he visto hornear el pan de especia sobre láminas de platiacero calentadas al rojo. He visto la clara agua en el qanat, junto a mí, tranquila y transparente, mientras un viento tempestuoso arrasaba mi corazón. Ella sorbe el café y come. Sus dientes brillan en las sombras. La veo entrelazar mis anillos de agua en sus cabellos. La fragancia ambarina de su seno penetra en lo más íntimo de mis sentidos. Me atormenta y me oprime con su existencia real.*

La presión de sus multimemorias hizo estallar la esfera de tiempo cristalizado a la cual intentaba resistir. Sintió cuerpos contrayéndose rítmicamente, los sonidos del sexo, ritmos entrelazados en cada impresión sensitiva: labios, respiración, alientos húmedos, lenguas. En algún lugar de su visión había espirales, con el color del carbón, y sintió el pulsar de aquellas formas mientras giraban dentro de él. Una voz imploró en su cráneo:

—Por favor, por favor, por favor, por favor...

Había un adulto despertando orgulloso entre sus muslos, y sintió la boca de ella abriéndose, buscándole, adhiriéndose a aquella forma de éxtasis. Luego un suspiro, una dulzura inexpresable, un relajamiento.

¡Oh, qué dulce sería dejar que todo eso existiera en la realidad!

—Sabiha —murmuró—. Oh, mi Sabiha.

Cuando su protegido se hubo hundido profundamente en el trance, tras la comida, Sabiha tomó el bol y salió, haciendo una pausa en el arco de la entrada para hablar con Namri.

—Ha pronunciado de nuevo mi nombre.

—Vuelve dentro y quédate con él —dijo Namri—. Debo buscar a Halleck y discutir esto con él.

Sabiha depositó el bol junto a la arcada y regresó a la celda. Se sentó al borde del camastro, mirando al rostro en sombras de Leto.

Poco después él abrió los ojos y avanzó una mano, rozando su mejilla. Luego empezó a hablarle, contándole la visión que había vivido junto con ella.

Ella cubrió la mano de él con la suya propia mientras él hablaba. Qué dulce era... qué infinitamente dulce. Se tendió en el camastro, impulsada por la mano de él, sumiéndose en la inconsciencia antes de que él apartara suavemente su mano. Leto se sentó, sintiendo su profunda debilidad. La especia y sus visiones lo habían vaciado. Buscó en torno a su celda intentando descubrir cualquier chispa de energía, saltó del camastro sin tocar a Sabiha. Tenía que irse, aunque sabía que no iba a ir muy lejos. Lentamente selló su destiltraje, se echó las ropas por encima de él, cruzó la arcada y se metió en el corredor. Había poca gente por allí, toda ella afanándose en sus propios asuntos. Todos ellos le conocían, pero no eran responsables de él. Namri y Halleck debían saber lo que estaba haciendo, y Sabiha no podía estar muy lejos.

Encontró el pasillo lateral que necesitaba y se metió apresuradamente en él.

A sus espaldas, Sabiha siguió durmiendo apaciblemente hasta que Halleck la sacudió.

Se sentó, se restregó los ojos, miró el camastro vacío, luego a su tío de pie tras Halleck, ambos con la ira en sus rostros.

Namri respondió a la muda pregunta en su rostro:

—Sí, se ha ido.

—¿Pero cómo puedes haberlo dejado escapar? —rugió Halleck—. ¿Cómo es posible?

—Ha sido visto dirigiéndose hacia la salida inferior —dijo Namri, con la voz extrañamente calmada.

Sabiha se inclinó ante ellos, recordando.

—¿Pero cómo? —preguntó Halleck.

—No lo sé. No lo sé.

—Es de noche, y está débil —dijo Namri—. No irá lejos. Halleck se giró bruscamente hacia él.

—¡Tú quieres que el muchacho muera!

—No me disgustaría.

Halleck se giró de nuevo hacia Sabiha.

—Dime cómo ocurrió.

—Rozó mi mejilla. Seguía hablando de su visión... de nosotros dos juntos. —Miró hacia el camastro vacío—. Me hizo dormir. Puso algo mágico en mí.

Halleck miró a Namri.

—¿Puede estar escondido en algún lugar, aquí dentro?

—En ningún sitio dentro. Habría sido hallado, visto. Iba directo hacia la salida. Está afuera.

—Magia —murmuró Sabiha.

—Ninguna magia —dijo Namri—. La hipnotizó. Casi consiguió hacerlo conmigo, ¿recuerdas? Dijo que yo era su amigo.

—Está muy débil —dijo Halleck.

—Sólo su cuerpo —dijo Namri—. Pero no irá muy lejos, de todos modos. Hace tiempo que inutilicé las bombas de su destiltraje. Morirá sin agua si no lo encontramos.

Halleck estuvo a punto de girarse y golpear a Namri, pero se contuvo, bajo un rígido control. Jessica le había advertido de que quizá Namri se viera obligado a matar al muchacho. ¡Dioses de las profundidades! En qué situación habían llegado a verse, Atreides contra Atreides.

—¿No es posible que tan sólo se haya alejado empujado por el trance de la especia? —dijo.

—¿Y qué diferencia hay en ello? —dijo Namri—. Si escapa de nosotros, debe morir.

—Comenzaremos a buscarle a la primera luz —dijo Halleck—. ¿Se ha llevado una fremochila?

—Siempre hay algunas junto a los sellos de salida —dijo Namri—. Sería estúpido si no hubiera tomado una. Y nunca me ha dado la impresión de ser un estúpido.

—Entonces envía un mensaje a nuestros amigos —dijo Halleck—. Cuéntales lo que ha ocurrido.

—Ningún mensaje esta noche —dijo Namri—. Está llegando una tormenta. Hace ya tres días que las tribus la siguen. Estará aquí a medianoche. Las comunicaciones ya han sido interrumpidas. Los satélites han dejado fuera este sector hace más de dos horas.

Halleck suspiró profundamente. El muchacho moriría sin la menor duda allá

afuera si se veía atrapado por una tormenta de arena. Las ráfagas devorarían su carne hasta los huesos y esparcirían estos huesos en fragmentos. Aquella falsa muerte se convertiría en real. Golpeó con el puño la palma abierta de su otra mano. La tormenta los dejaría atrapados en el sietch. No podían iniciar una búsqueda. Y la tormenta estática dejaba al sietch completamente incomunicado.

—Distrans —dijo, pensando que podían imprimir un mensaje verbal en un murciélago y enviarlo con la alarma.

Namri agitó la cabeza.

—Los murciélagos no vuelan en una tormenta. Vamos, hombre. Son mucho más sensitivos que nosotros. Se pondrán a cubierto en las rocas hasta que haya pasado. Será mejor esperar a que se reanude el contacto con los satélites. Luego podemos intentar salir a buscar sus restos.

—No si ha tomado una fremochila y ha cavado un refugio en la arena —dijo Sabiha.

Maldiciendo entre dientes, Halleck se giró bruscamente y salió a grandes pasos hacia el pasadizo del sietch.

La paz exige soluciones, pero nunca llegamos a alcanzar soluciones vivas; tan sólo trabajamos en su dirección. Una solución fija es, por definición, una solución muerta. El problema con la paz es que tiende a castigar los errores, en lugar de premiar los logros.

*Las Palabras de mi Padre: una crónica de Muad'Dib*, reconstruida por HARQ AL-ADA

—¿Lo está adiestrando? ¿Está adiestrando a Farad'n?

Alia miró furiosamente a Duncan Idaho, con una deliberada mezcla de rabia e incredulidad. El cargo de la Cofradía había entrado en órbita en torno a Arrakis al mediodía local. Una hora más tarde el transbordador había depositado a Idaho en Arrakeen, sin anunciarlo, en una forma casual y abierta. Unos minutos después un tóptero lo dejaba en la cúspide de la Ciudadela. Avisada de su imprevista llegada, Alia lo había recibido allí, fríamente formal ante sus guardias, pero ahora estaban en sus aposentos privados de la parte norte. El acababa de entregarle su informe, conciso, exacto, enfatizando cada dato a la manera mentat.

—¡Ha perdido el sentido! —dijo Alia.

El evaluó aquella afirmación como un problema mentat.

—Todos los indicios señalan que se halla bien equilibrada, sana de juicio. Me atrevería a decir que su índice de cordura era...

—¡Ya basta! —restalló Alia—. ¿Qué es lo que piensa hacer?

Idaho, que sabía que su propio equilibrio emocional dependía ahora de su capacidad de ampararse en la frialdad mentat, dijo:

—Computo que se trata de algo relacionado con el compromiso de su nieta. — Sus rasgos permanecieron precavidamente impasibles, una máscara que ocultaba el acerbo dolor que amenazaba con engullirlo. Aquella mujer que tenía allí delante no era Alia. Alia estaba muerta. Por un tiempo había mantenido a una Alia mítica ante sus sentidos, alguien creado para sus propias necesidades, pero un mentat podía mantener este autoengaño tan sólo por un tiempo limitado. Aquella criatura de apariencia humana estaba poseída; una psique demoníaca la guiaba. Sus acerados ojos con su miríada de facetas disponibles reproducían en sus centros de visión una multiplicidad de míticas Alias. Pero cuando las combinaba para formar una sola imagen, Alia desaparecía. Sus rasgos se movían según otras exigencias. Era tan sólo una concha en cuyo interior se habían cometido terribles ultrajes.

—¿Dónde está Ghanima? —preguntó.

Ella barrió la pregunta con un gesto de la mano.

—La he enviado con Irulan a los dominios de Stilgar.

*Un territorio neutral*, pensó él. *Ha sido otra negociación con las tribus rebeldes. Está perdiendo terreno y no quiere reconocerlo... ¿o quizá sí? ¿Acaso existe otra*

razón? ¿Se ha pasado Stilgar a su lado?

—El compromiso —musitó Alia—. ¿Cuáles son las condiciones en la Casa de los Corrino?

—Salusa pulula con parientes de todas clases, todos ellos trabajándose a Farad'n con la esperanza de conseguir algún beneficio con su retorno al poder.

—Y ella lo está adiestrando a la manera Bene Gesserit...

—¿Acaso no es el marido más adecuado para Ghanima?

Alia sonrió para sí misma, pensando en la fría furia de Ghanima. Que Farad'n se adiestrara. Jessica estaba adiestrando a un cadáver. Todo iría como estaba previsto.

—Debo considerar esto largamente —dijo—. Estás muy silencioso, Duncan.

—Espero tus preguntas.

—Entiendo. ¿Sabes? Estaba muy irritada contigo. ¡Llevarla a Farad'n!

—Me ordenaste que lo hiciera de forma que pareciera real.

—Me vi obligada a difundir un comunicado diciendo que ambos habíais sido hechos prisioneros —dijo ella.

—Obedecí tus órdenes.

—A veces eres tan literal, Duncan. Casi me asustas. Pero si no hubieras conseguido, bueno...

—Dama Jessica está ahora lejos del peligro —dijo él—. Por el bien de Ghanima debemos estarle agradecidos de que...

—Extremadamente agradecidos —admitió ella. Y pensó: *Ya no puedo confiar en él. Esa maldita lealtad suya a los Atréides. Tengo que encontrar una excusa para apartarlo de aquí... y hacerlo eliminar. Un accidente, por supuesto.*

Rozó su mejilla.

Idaho se obligó a sí mismo a responder a su caricia, tomando su mano y besándola.

—Duncan, Duncan, qué triste es todo esto —dijo ella—. Pero no puedo tenerte aquí conmigo. Están ocurriendo muchas cosas, y son tan pocas las personas en quienes puedo confiar enteramente.

El soltó su mano y esperó.

—Me vi *obligada* a enviar a Ghanima al Tabr —dijo Alia—. Aquí ocurren cosas inquietantes. Incursos de las Tierras Accidentadas han abierto brechas en los qanats en la Depresión Kagga y han esparcido toda su agua en la arena. El agua está racionada en Arrakeen. La Depresión pulula de truchas, que enquistan toda el agua que encuentran. Estamos luchando contra ellas, por supuesto, pero nuestra situación es delicada.

Idaho había notado ya cuán pocas Amazonas de Alia montaban guardia en la Ciudadela. Y pensó: *Los Maquis del Desierto Profundo seguirán poniendo a prueba sus defensas. ¿Cómo no se da cuenta de ello?*

—Tabr sigue siendo un territorio neutral —dijo ella—. Las negociaciones prosiguen allí. Javid está allí con una delegación de los Sacerdotes. Pero me gustaría que tú también estuvieras en el Tabr para ver lo que hacen, especialmente Irulan.

—Ella es una Corrino —asintió él.

Pero vio en los ojos de Alia que en realidad ella lo estaba alejando. ¡Qué transparente se había vuelto aquella criatura-Alia!

Ella agitó una mano.

—Ahora vete, Duncan, antes de que me enterezca y te retenga aquí conmigo. Te he echado tanto de menos...

—Yo también a ti —dijo él, dejando que todo su dolor fluyera en su voz.

Ella lo miró, sorprendida por su tristeza.

—Hazlo por mí, Duncan —dijo. Y pensó: *Tanto peor, Duncan*. Tras lo cual añadió—: Zia te llevará al Tabr. Necesitamos el tóptero aquí.

*Su amazona preferida*, pensó él. *Tendré que cuidarme de ella*.

—Entiendo —dijo, tomando de nuevo su mano y besándola. Miró a aquella querida carne que antes había sido la de su Alia. No pudo conseguir mirarla directamente al rostro cuando salió. Alguien distinto lo estaba mirando desde aquellos ojos.

Mientras subía a la plataforma de aterrizaje en el tejado de la Ciudadela, Idaho tuvo la inquietante sensación de que había muchas preguntas sin respuesta. El encuentro con Alia había sido tremendamente difícil para el mentat que ocupaba parte de su ser y que seguía recogiendo instintivamente datos. Aguardó junto al tóptero con una de las amazonas de la Ciudadela, mirando hoscamente hacia el sur. La imaginación llevó su mirada más allá de la Muralla Escudo, hasta el Sietch Tabr. *¿Por qué debe ser Zia quien me lleve hasta el Tabr? Regresar un tóptero vacío es un trabajo servil. ¿Y por qué se retrasa? ¿Acaso está recibiendo instrucciones especiales?*

Idaho miró a la atenta guardiana, luego subió al puesto del piloto en el tóptero. Se inclinó hacia afuera y dijo:

—Comunícale a Alia que devolveré inmediatamente el tóptero con uno de los hombres de Stilgar.

Antes de que la guardiana pudiera protestar, cerró la puerta y puso en marcha el tóptero. Vio a la amazona que lo miraba, indecisa. ¿Quién podía contradecir las acciones del consorte de Alia? El tóptero estaba en el aire antes de que la mente de la amazona pudiera tomar una decisión acerca de lo que tenía que hacer.

Entonces, a solas en el tóptero, consintió que su dolor se desahogara en grandes y estremecidos sollozos. Alia se había ido. Para siempre. Las lágrimas brotaron de sus ojos tleilaxu, y susurró:

—Dejad que todas las aguas de Dune fluyan en la arena. Nunca podrán igualar a

mis lágrimas.

Aquel era un exceso no-mentat, de todos modos, y lo reconoció como tal, obligándose a sí mismo a una evaluación más lógica de sus actuales necesidades. El tóptero exigía su atención. La tensión del pilotaje le proporcionó algo de alivio, y recuperó el control de sí mismo.

*Ghanima está de nuevo con Stilgar. Y con Irulan.*

¿Por qué había sido designada Zia para acompañarlo? Estudió el problema a la manera mentat, y la respuesta lo heló. *Habían previsto un accidente fatal.*



Este santuario rocoso dedicado al cráneo de un gobernante no recibe plegarias. Aquí no resuenan las lamentaciones. Tan sólo el viento deja oír su voz en este lugar. Los gritos de las criaturas de la noche y la efímera maravilla de las dos lunas, todo dice que su día ha terminado. Ya no vienen más suplicantes. Los visitantes han abandonado la fiesta. Qué desnudo es el camino que asciende a esta montaña.

Líneas escritas en el Santuario de un Antiguo Duque Atreides

La cosa tenía la engañosa apariencia de la simplicidad para Leto: rechaza la visión, haz como si no la hubieras visto. Sabía la trampa encerrada en aquel pensamiento, cómo los casuales hilos de un futuro predestinado se entrelazaban entre sí hasta atraparlo rápidamente. Pero tenía una nueva forma de sujetar esos hilos. Nunca se había visto a sí mismo huyendo de Jacurutu. El hilo que lo unía a Sabiha debía ser el primero en ser cortado.

Se agazapó a las últimas luces del día en el extremo oriental de la roca que protegía a Jacurutu. Su fremochila le había proporcionado tabletas energéticas y comida. Ahora aguardaba a que sus fuerzas regresarían. Al oeste se extendía el lago Azrak, la llanura de yeso que en un tiempo había estado llena de agua, en los días anteriores al gusano. Al este, fuera de la vista, se hallaba el Bene Sherk, un desparramamiento de nuevos poblados esparcidos por el abierto *bled*.

Al sur estaba el Tanzerouft, el País del Terror: tres mil ochocientos kilómetros de terreno desolado interrumpido tan sólo por zonas de dunas aprisionadas por la hierba y trampas de viento que las alimentaban de agua... el trabajo de la transformación ecológica que estaba remodelando el paisaje de Arrakis. Estaban controladas por equipos de técnicos que las revisaban desde el aire, sin detenerse nunca mucho tiempo en ellas.

*Iré hacia el sur, se dijo Leto. Gurney esperará que haga esto.* Aquel no era el momento de actuar en forma completamente impredecible.

Pronto sería de noche, y él habría abandonado aquel refugio temporal. Miró al horizonte del sur. Había torbellinos de polvo en aquel horizonte, girando como humo, una ardiente línea de ondulante polvo... una tormenta. Estudió el alto centro de la tormenta, elevándose sobre la Gran Extensión como un gusano inquisitivo. Por todo un minuto observó aquel centro, notando que no se movía ni a la derecha ni a la izquierda. El viejo dicho Fremen penetró en su mente: *Cuando el centro no se mueve, tú te hallas en su camino.*

Aquella tormenta cambiaba las cosas.

Por un momento miró hacia atrás, hacia el Oeste, la dirección del Tabr, captando la engañosa paz gris-rojiza del atardecer en el desierto, viendo el blanco pan yesoso rodeado de rocas redondeadas por el viento el desolado vacío cuya irreal superficie

reflejaba con un resplandor blanquecino las nubes de polvo. En ninguna de sus visiones se había visto a sí mismo sobreviviendo a la gris serpiente de una madre tormenta o sepultado demasiado profundamente en la arena para sobrevivir. Tan sólo había aquella visión de girar en el viento... pero aquello podía ocurrir más tarde.

Y la tormenta estaba allí, soplando a lo largo de varios grados de latitud, azotando aquel mundo hasta someterlo.

Podía intentarlo. Había viejas historias, siempre contadas por el amigo de un amigo acerca de que era posible capturar un gusano exhausto en la superficie y mantenerlo en ella fijando un garfio de doma bajo uno de sus grandes anillos y, una vez inmovilizado de esta forma, cabalgarlo hasta fuera de la tormenta al amparo de este mismo anillo. Aquella delgada línea entre la audacia y la temeridad lo tentaba. Aquella tormenta no llegaría allí hasta la medianoche. Tenía tiempo. ¿Cuántos hilos podría cortar así? ¿Todos ellos, incluyendo el último?

*Gurney esperará que me dirija al sur, pero no a través de una tormenta.*

Miró hacia el sur, buscando un sendero, y vio la irregular estría negra de la profunda garganta de un cañón curvándose a través de las rocas de Jacurutu. Vio la arena fluyendo en las entrañas de la garganta, una arena quimérica que se derramaba allá abajo en la llanura como si fuera agua. El polvoriento sabor de la sed chirrió en su boca mientras se echaba la fremochila al hombro y empezaba a descender hacia el sendero que conducía al cañón. Había todavía la suficiente luz como para ser visto, pero sabía que estaba disputando una carrera contra el tiempo.

Cuando alcanzó el cañón y penetró en él, la rápida noche del desierto central cayó sobre él. Tan sólo el helado resplandor de la luna iluminó su camino hacia el Tanzerouft. Sintió que su corazón latía rápidamente con todos los temores que le proporcionaban la multitud de sus memorias. Sintió que estaba desafiando la posibilidad de ser tragado por el Huanui-naa, como los temores Fremén habían etiquetado a las grandes tormentas: el Destilador de Muertos del Planeta. Pero cualquier cosa que ocurriese la afrontaría a ciegas, sin visiones. Cada paso alejaba a sus espaldas la *dhyana* inducida por la especia, aquel tipo de consciencia intuitiva que se desplegaba dentro de su mente englobando el encadenamiento de la causalidad. De cada cien pasos que daba ahora había al menos uno que lo desviaba hacia lo desconocido, más allá de las palabras y en comunión con su nueva y recién aferrada realidad interna.

*Por uno u otro camino, padre, estoy viniendo hacia ti.*

Había invisibles pájaros entre las rocas a su alrededor, revelando su propia presencia a través de pequeños ruidos. Escuchó sus ecos, con la antigua sabiduría Fremén, para señalar el camino que no podía ver. A menudo, cuando su cabeza rebasaba los bordes del cañón, veía el ominoso verde de multitud de ojos, criaturas agazapadas en las anfractuosidades porque presentían el acercarse de la tormenta.

Emergió de la garganta al desierto. La viviente arena se movía y suspiraba en torno suyo, hablándole de acción en las profundidades y de latentes fumarolas. Miró hacia arriba, hacia las cimas de lava de Jacurutu bañadas por la luna. Toda la estructura era metamórfica, formada por las tremendas presiones. Arrakis tendría algo que decir en su próximo futuro. Plantó su martilleador para llamar a un gusano y, cuando éste empezó a batir contra la arena, cambió de posición para observar y escuchar. Inconscientemente, su mano derecha palpó el anillo de los Atreides en forma de halcón oculto en un pliegue cosido de su *dishdasha*. Gurney lo había hallado, pero lo había dejado allí. ¿Qué había pensado al ver el anillo de Paul?

*Padre, muy pronto estaré contigo.*

El gusano apareció por el sur. Se desvió para evitar las rocas; no era un gusano grande como había esperado, pero aquello ya no tenía remedio. Leto saltó a su paso, plantó los garfios de doma, y escaló rápidamente su escamoso costado en el momento en que el gusano pasaba sobre el martilleador levantando una nube de polvo. El gusano se giró fácilmente bajo la acción de los garfios. El viento de su paso agitó sus ropas. Leto aguzó la vista hacia las estrellas meridionales, intentando verlas a través del polvo, y guio el gusano hacia allí.

*Directo hacía la tormenta.*

Cuando surgió la Primera Luna, Leto calculó la altura de la tormenta y estimó el tiempo que tardaría en llegar. No antes del alba. Se estaba extendiendo, recogiendo nueva energía para el gran salto. Habría un enorme trabajo para los equipos de transformación ecológica tras su paso. Era como si el propio planeta estuviera luchando contra ellos allá afuera con una furia consciente, una furia que se incrementaba a medida que la transformación alcanzaba mayores territorios.

Durante toda la noche empujó al gusano hacia el sur, evaluando las reservas de su energía por los movimientos transmitidos a través de sus pies. Ocasionalmente dejaba que la bestia se desviara hacia el este, cosa que ésta intentaba hacer cada vez, movida quizá por los invisibles imperativos de su territorio o por su instintiva consciencia de la cada vez más cercana tormenta. Los gusanos se enterraban profundamente para escapar de los vientos cargados de arena, pero este no podía sumergirse bajo el desierto mientras los garfios de doma mantuvieran abierto alguno de sus anillos.

A medianoche el gusano empezó a mostrar señales de cansancio. Leto se movió hacia atrás a lo largo de sus enormes anillos y le permitió que frenara su marcha, aunque siguió dirigiéndolo hacia el sur.

La tormenta llegó inmediatamente después de despuntar el alba. Primero fue la prolongada y perlina inmovilidad del amanecer en el desierto presionando a las dunas unas contra otras. Luego, los remolinos de polvo le obligaron a sujetar las aletas de su capucha. Bajo el efecto del polvo, el desierto se convirtió en una uniforme superficie pardo grisácea. Los granos de arena empezaron a azotar sus mejillas, punzando sus

párpados. Sintió cómo se iban acumulando sobre su lengua, y supo que había llegado el momento de tomar una decisión. ¿Debía correr el riesgo de creer en las viejas historias de inmovilizar al casi exhausto gusano y protegerse en él hasta que pasara la tormenta?

Necesitó tan sólo un latido de su corazón para desechar aquella alternativa, y retrocedió hacia la cola del gusano, soltando sus garfios. Moviéndose cuidadosamente ahora, el gusano empezó a enterrarse. Pero el exceso de calor desarrollado por su avance hizo rebullir vórtices tras él, que se mezclaron con los vórtices propios de la tormenta. Los niños Fremen eran instruidos sobre los peligros de ocupar posiciones cerca de la cola de los gusanos. Los gusanos eran factorías de oxígeno; el fuego ardía frecuentemente en la huella dejada a su paso, alimentado por las abundantes exhalaciones de las transformaciones químicas provocadas por la fricción.

La arena empezó a fustigar en torno a sus pies. Leto abandonó sus garfios y saltó a un lado, esquivando el horno que rodeaba la cola del gusano. Ahora todo dependía de la rapidez con que se enterrara en la arena, allá donde el gusano la había removido al enterrarse.

Aferrando el compresor electrostático con su mano izquierda, empezó a cavar en la ladera de una duna, sabiendo que el gusano estaba demasiado exhausto como para girarse y engullirlo con su enorme boca blanco anaranjada. Mientras cavaba con su mano izquierda, su mano derecha sacó la destiltilienda de su fremochila y la preparó para hincharla. Necesitó menos de un minuto para ello: preparar la tienda, y meterla en el agujero en la arena abierto en la ladera de la duna. La hinchó rápidamente y se metió dentro. Antes de cerrar el esfínter, sacó fuera el compresor, invirtiendo su acción. La arena fue rechazada de la tienda. Tan sólo unos pocos granos habían logrado penetrar cuando selló la abertura.

Ahora debía actuar aún más rápidamente. Ningún snorkel de arena conseguiría procurarle todo el aire que necesitaba para respirar. Aquella era una tormenta grande, a las que pocos conseguían sobrevivir. Iba a cubrir aquel lugar con toneladas de arena. Sólo la frágil burbuja de la destiltilienda donde estaba encerrado lo protegería.

Leto se tendió de espaldas, cruzó los brazos sobre su pecho, y se sumergió en un trance de vida latente en el cual sus pulmones actuarían tan sólo una vez cada hora. Haciendo aquello se ponía en manos de lo desconocido. La tormenta pasaría y, si no desenterraba en su transcurso su frágil protección, podría emerger de nuevo... o en caso contrario entraría en el *Madinat as-salam*, la Morada de la Paz. Pero, ocurriera lo que ocurriera, sabía que debía romper todos los hilos, uno por uno, dejando tan sólo incólume el correspondiente al Sendero de Oro. Tenía que ser así, o de otro modo no podría regresar al califato de los herederos de su padre. No podía vivir por más tiempo la mentira de aquel *Desposyni*, aquel terrible califato que cantaba al

demiurgo de su padre. No podía permanecer callado por más tiempo mientras un sacerdote declamara aquel ofensivo contrasentido: «*¡Su crys disolverá a los demonios!*».

Con aquel compromiso, la consciencia de Leto se deslizó en el seno del atemporal *dao*.

Obviamente existen influencias de orden más elevado en cualquier sistema planetario. A menudo ha quedado demostrado con la introducción de vida terrafórmica en planetas recientemente descubiertos. En todos estos casos, la vida, en zonas similares, se adapta desarrollando formas similares. Estas formas significan mucho más de lo que evidencian; connotan una organización dirigida a la supervivencia y una relación entre las diversas formas de esta organización. La búsqueda por parte de la especie humana de este orden interdependiente y nuestra posición en él representan una profunda necesidad. La búsqueda, de todos modos, puede degenerar en un conservador aferrarse a la uniformidad. Ha quedado demostrado que esto es siempre fatal para el sistema en su totalidad.

*La Catástrofe de Dune*, según HARQ AL-ADA

—Mi hijo no veía realmente el *futuro*; veía el proceso de su creación, y sus relaciones con los mitos creados por el hombre —dijo Jessica. Hablaba rápidamente, pero sin dar la impresión de que quería terminar con el asunto. Sabía que los observadores ocultos la interrumpirían tan pronto como se dieran cuenta de lo que estaba haciendo.

Farad'n estaba sentado en el suelo, con su silueta recortada nítidamente contra la luz del atardecer que penetraba por la ventana situada a sus espaldas. Jessica podía ver sólo la punta de un árbol en el jardín interior desde la posición en que se hallaba, de pie junto a la pared más alejada de la ventana. Era un nuevo Farad'n el que tenía ante sí: más delgado, más musculoso. Los meses de adiestramiento habían hecho su trabajo en él. Sus ojos brillaban cuando la miró.

—Mi hijo veía lo que las fuerzas existentes hubieran creado si no hubieran sido desviadas —dijo Jessica—. Más que revolve contra sus seguidores, se revolvió contra sí mismo. Se negó a aceptar tan solo aquello que lo hubiera confortado, debido a que lo consideraba una cobardía moral.

Farad'n había aprendido a escuchar en silencio, tanteando, reteniendo sus preguntas hasta pulirlas y aguzarlas y darles filo. Ella le había estado hablando acerca de los puntos de vista Bene Gesserit sobre la memoria molecular expresada como un ritual y luego, de una forma enteramente natural, se había desviado hacia la forma en que la Hermandad analizaba a Paul Muad'Dib. Farad'n, sin embargo, vio amplias zonas de sombras en aquellas palabras y acciones, una proyección de formas inconscientes en contraste con la finalidad superficial de sus declaraciones.

—De todas nuestras observaciones, ésta es la más crucial —dijo ella—. La vida es una máscara a través de la cual el universo se expresa a sí mismo. Asumimos que toda la humanidad y las formas de vida que la sustentan representan una comunidad *natural*, y que el destino de toda la vida depende a veces del destino de una individualidad. Así, cuando se llega al supremo autoexamen, al *amor fati*, dejamos de jugar a dioses y volvemos a la enseñanza. En esta constricción, seleccionamos

individualidades y las ponemos en situación de actuar.

Ahora captó Farad'n lo que ella estaba haciendo, y supo el efecto que causaría en aquellos que estaban observando a través de los ojos espía, y refrenó el deseo de lanzar una aprensiva mirada hacia la puerta. Sólo un ojo adiestrado podría haber captado su momentáneo desequilibrio, pero Jessica se dio cuenta y sonrió. Una sonrisa, al fin y al cabo, podía significar cualquier cosa.

—Esta es una especie de ceremonia de graduación —dijo ella—. Estoy muy satisfecha contigo, Farad'n. Ponte en pie, por favor.

El obedeció, bloqueando así la visión que ella tenía de la cima del árbol a través de la ventana situada a sus espaldas.

Jessica puso rígidamente sus brazos a sus costados y dijo:

—He sido encargada de decirte esto: «Estoy ante la sagrada presencia humana. Tal como estoy yo ahora, te hallarás tú también algún día. Ruego a tu presencia que esto ocurra. El futuro sigue siendo incierto y así debe ser, porque es la tela sobre la cual pintamos nuestros deseos. Así la condición humana se hallará siempre frente a una hermosa tela vacía. Poseemos tan sólo este momento, en el que debemos dedicarnos continuadamente a la sagrada presencia que compartimos y creamos».

En el momento en que Jessica terminaba de hablar, Tyekanik apareció por la puerta a su izquierda, moviéndose con una falsa desenvoltura que no concordaba con su ceñuda expresión.

—Mi Señor —dijo. Pero ya era demasiado tarde. Las palabras de Jessica y toda la preparación que las habían precedido habían surtido su efecto. Farad'n ya no era Corrino. Ahora era Bene Gesserit.

Aquello que vosotros, miembros del directorio de la CHOAM, parecéis incapaces de comprender, es que muy pocas veces puede alabarse la lealtad en el comercio. ¿Cuándo habéis oído por última vez que un empleado haya dado la vida por su compañía? Quizá vuestra imperfección resida en la falsa convicción de que podéis ordenar a los hombres a pensar y a cooperar. Esto ha fallado siempre, desde las religiones a las organizaciones políticas y militares, a lo largo de toda la historia. Las organizaciones políticas y militares tienen una larga tradición de haber destruido así a sus propias naciones. En cuanto a las religiones, recomiendo una relectura de Tomás de Aquino. En cuanto a vosotros, los de la CHOAM, ¡en qué estupideces creéis! Los hombres quieren hacer las cosas movidos por sus propios impulsos más profundos. La gente, no las organizaciones comerciales o las cadenas de mando, son los que hacen que las grandes civilizaciones funcionen. Cada civilización depende de la calidad de los individuos que produce. Si vosotros superorganizáis a los seres humanos, los superlegalizáis, suprimís su ímpetu hacia la grandeza... no podrán funcionar, y su civilización se colapsará.

Una carta a la CHOAM, atribuida al PREDICADOR

Leto salió del trance con una suave transición que no marcó un límite definitorio entre ambas condiciones. Simplemente se movió de un nivel de consciencia al otro.

Supo dónde estaba. Un flujo de energía lo atravesó, pero captó otro mensaje del viciado aire mortalmente carente de oxígeno del interior de la destiltienda. Si se hubiera negado a moverse, supo que hubiera permanecido atrapado en aquel seno sin tiempo, el eterno *ahora* en el que todos los acontecimientos coexisten. Aquella perspectiva lo atrajo. Vio el Tiempo como una convención creada por la mente colectiva de todos los seres conscientes. Tiempo y Espacio eran categorías impuestas al universo por su Mente. Lo único que tenía que hacer era liberarse de la multiplicidad a la que lo atraían las visiones prescientes. Una elección audaz podía hacer cambiar los futuros provisionales.

¿Cuánta audacia requería este momento?

El estado de trance seguía atrayéndolo. Leto sintió que había regresado del *alam al-mythal* al universo real sólo para descubrir que ambos eran idénticos. Deseó mantenerse en la magia Rihani de su revelación, pero la supervivencia exigía que tomara decisiones. Su apego a la vida envió señales a lo largo de sus nervios.

Bruscamente adelantó su mano derecha hacia donde había dejado el compresor de arena. Lo aferró, giró sobre su estómago, y soltó el sello del esfínter de la tienda. Una cascada de arena cayó sobre su mano. Trabajando en la oscuridad, empujado por el temor a quedarse definitivamente sin aire, puso rápidamente manos a la obra, excavando un túnel en un ángulo casi vertical. Recorrió seis veces la longitud de su propio cuerpo antes de surgir a las tinieblas y al aire puro. Se deslizó fuera de la ladera de una curvada duna, iluminada por la luz lunar, a casi un tercio de altura de su cima.



La Segunda Luna brillaba sobre él. Avanzó rápidamente hacia el lado oscuro de la duna, y las estrellas desplegaron su manto sobre él como rocas resplandecientes en un sendero. Leto buscó la constelación del Vagabundo, la encontró y dejó que su mirada siguiera el extendido brazo hasta el brillante esplendor de Foum al-Hout, la estrella polar del sur.

*¡Aquí tienes todo tu maldito universo para ti!*, pensó. Visto de cerca, era un lugar en constante movimiento como la arena a todo su alrededor, un lugar de cambios, una unicidad formada por una sucesión de unicidades. Visto de lejos, sólo se distinguían los esquemas más amplios, y esos esquemas empujaban a uno a creer en lo absoluto.

*En lo absoluto es donde podemos perder nuestro camino.* Aquello le hizo pensar en la advertencia familiar de una tonada Fremeni: «*Aquél que pierde su camino en el Tanzerouft pierde su vida*». Los esquemas podían guiar y podían ser trampas. Uno tenía que recordar que los esquemas cambian.

Suspiró profundamente, actuando con rapidez. Se metió de nuevo en el túnel, deshinchó la tienda, la extrajo fuera, y la metió de nuevo en la fremochila.

Un resplandor vinoso empezó a aparecer por el horizonte oriental. Se colgó la fremochila al hombro, trepó a la cresta de la duna, y se detuvo allí, inmóvil en el frío aire precursor del alba, hasta que sintió el calor del naciente sol acariciar su mejilla derecha. Se tiznó las órbitas para reducir la reflexión, sabiendo que debía mejor adaptarse al desierto antes que combatirlo. Cuando hubo metido de nuevo el tiznador en la mochila sorbió uno de los tubos de recuperación, tragando una pequeña bocanada de agua, y luego aire.

Dejándose caer en la arena, empezó a revisar su destiltraje, llegando finalmente a las bombas en los talones. Habían sido hábilmente cortadas con un afilado cuchillo. Se sacó el destiltraje y lo reparó, pero el daño ya estaba hecho. Al menos la mitad del agua de su cuerpo se había perdido. De no ser por la hermeticidad de su destiltilienda... Reflexionó en aquello mientras volvía a ponerse el destiltraje, pensando en lo extraño que era que él no hubiera anticipado aquello. Aquel era obviamente uno de los peligros de un futuro sin visiones.

Se acuclilló en la cresta de la duna, compenetrándose con la soledad de aquel lugar. Dejó vagar su mirada, rastreando la arena en busca de algún orificio, cualquier irregularidad de las dunas que pudiera indicar especie o la actividad de un gusano. Pero la tormenta había estampado su uniformidad sobre todo el paisaje. Entonces sacó un martilleador de la fremochila, lo armó, y activó el rotor para llamar a Shai-Hulud de sus profundidades. Luego se apartó a un lado y esperó.

El gusano tardó en llegar. Lo oyó antes de verlo, y se giró hacia el este, donde el susurro de la tierra removida hacía temblar el aire, y esperó hasta el primer estallido anaranjado de la boca surgiendo de la arena. El gusano se desenterró de las profundidades con un gigantesco torbellino de polvo que oscureció sus flancos. La

curvilínea pared grisácea pasó al lado de Leto, que plantó sus garfios de doma, escalando ágilmente el costado. Hizo girar al gusano hacia el sur en una gran curva antes incluso de terminar su escalada.

Bajo la acción de los garfios, el gusano cobró velocidad. El viento aplastaba la ropa de Leto contra su cuerpo. Se sintió estimulado por el propio estímulo del gusano, con una fuerte corriente creativa atravesándolo de parte a parte. Cada planeta tenía su propio período, se recordó a sí mismo, y cada vida también.

El gusano era del tipo que los Fremen llamaban «refunfuñador». Frecuentemente plantaba sus anillos delanteros en la arena y agitaba violentamente la cola en el aire. Esto producía broncos sonidos y hacía que parte de su cuerpo se arqueara sobre la arena en agitadas ondulaciones. De todos modos era un gusano rápido, y cuando avanzaba en la misma dirección del viento las ardientes exhalaciones de su cola parecían la brisa de un horno lanzada contra él. El aire estaba cargado con los acres olores arrastrados por la producción de oxígeno.

Mientras el gusano se apresuraba hacia el sur, Leto dejó que su mente vagara libre. Intentó pensar en aquel trayecto como en una nueva ceremonia para su vida, una ceremonia que le inhibía de pensar en el precio que tenía que pagar por su Sendero de Oro. Como los Fremen de antes, sabía que debería adoptar varias de aquellas nuevas ceremonias para impedir que su personalidad se fragmentara en las partes de sus memorias, para impedir que los rapaces cazadores de su alma se apoderaran de él. Imágenes contradictorias, nunca unificadas, debían hallarse ahora enquistadas en él en una viviente tensión, en una polarizante fuerza que lo guiaba desde dentro.

*Siempre novedades, pensó. Pronto encontraré esos nuevos hilos que se hallan fuera de mi visión.*

A primera hora de la tarde su atención fue atraída por una protuberancia surgida frente a él y ligeramente a la derecha de su trayectoria. Lentamente, la protuberancia se convirtió en una colina baja, un cono rocoso que se erigía allí donde él había supuesto.

*Ahora, Namri... Ahora, Sabiha, veremos cómo vuestros hermanos reaccionan ante mi presencia, pensó.* Aquella era la más delicada prueba que debía afrontar, mucho más peligrosa por sus atractivos que por su abierta amenaza.

La colina tardó largo tiempo en cambiar sus dimensiones, y parecía como si fuera ella la que se acercaba a Leto en lugar de ser Leto el que se acercaba a ella.

El gusano, ya cansado, se desviaba constantemente hacia la izquierda. Leto retrocedió a lo largo del inmenso lomo para fijar de nuevo sus garfios un poco más atrás y guiar al gigante por su rumbo correcto. Un suave pero intenso olor a melange llegó a su olfato, la señal de un rico yacimiento. Rebasaron las leprosas manchas de arena violeta donde había hecho erupción una masa de preespecia, y no controló

firmeramente al gusano hasta que no hubieron dejado atrás el yacimiento. La brisa, arrastrando aromas de canela, los persiguió por un tiempo, hasta que Leto desvió al gusano hacia su nuevo rumbo, enfilado directamente a la colina.

Bruscamente, un estallido de colores surgió en la parte sur del *bled*: el imprudente arcoíris de un artefacto humano en aquella inmensidad. Leto tomó sus binoculares y enfocó las lentes de aceite, y pudo ver en la distancia las curvadas alas de un buscador de especia brillando a la luz del sol. Bajo él una gran factoría estaba desprendiéndose de sus alas, como una crisálida desprendiéndose de su capullo. Cuando Leto bajó sus binoculares, la factoría se convirtió en una mota, y Leto se sintió desbordado por el *hadhdhab*, la inmensa omnipresencia del desierto. Aquello le dijo que los cazadores de especia debían haberlo visto, un objeto oscuro entre el desierto y el cielo, lo cual era el símbolo Fremén para *hombre*. Lo debían haber visto, por supuesto, y habían tomado sus precauciones. Esperarían. Los Fremén eran siempre suspicaces con cualquiera que hallaran en el desierto, hasta que reconocían al recién llegado o se cercioraban de que no constituía ninguna amenaza. Incluso recubiertos por la fina pátina de la civilización Imperial y sus sofisticadas reglas, seguían siendo salvajes semidomesticados, convencidos más que nunca de que un crys se disolvía a la muerte de su propietario.

*Esto es lo que puede salvarnos, pensó Leto. Ese salvajismo.*

En la distancia, el buscador de especia replegó sus alas, primero la derecha, luego la izquierda, una señal al equipo de tierra. Imaginó a sus ocupantes escrutando el desierto tras ellos, buscando las señales que les indicaran que había algo más que un simple jinete cabalgando un simple gusano.

Leto hizo girar el gusano a la izquierda, conduciéndolo hasta que hubo invertido su rumbo, se dejó caer por su flanco, y saltó lejos. El gusano, liberado de lo que lo retenía, se mantuvo en la superficie durante unos pocos latidos, y luego se enterró de cabeza hasta una tercera parte de su cuerpo y permaneció allí recuperándose, una señal segura de que había sido cabalgado demasiado tiempo.

Leto se alejó del gusano, que no iba a moverse durante un largo rato. El buscador seguía trazando círculos sobre su tractor, haciendo señales con sus alas. Debían ser seguramente renegados pagados por los contrabandistas, atentos a no servirse de comunicaciones electrónicas. Estaban cazando especia. Este era el significado de la presencia del tractor.

El buscador dio otro giro, plegó sus alas, salió del círculo, y apuntó su rumbo directamente hacia él. Leto lo reconoció como un tipo de tóptero ligero que su abuelo había introducido en Arrakis.

El aparato trazó un círculo sobre él, luego se alejó un poco siguiendo la cresta de la duna donde se hallaba, y aterrizó contra el viento. Se posó a menos de diez metros de él, levantando un surtidor de polvo. La portezuela de su lado se entreabrió tan sólo

lo suficiente como para dejar salir a una sola figura enfundada en amplias ropa Fremen, con el símbolo de la lanza en la parte derecha de pecho.

El Fremen se acercó lentamente, dejando a cada uno de ellos tiempo de estudiar al otro. El hombre era alto, con el color totalmente índigo de la especie en sus ojos. La máscara de su destiltraje ocultaba la parte inferior de su rostro, y la capucha había sido echada hacia delante para proteger su frente. El movimiento de sus ropas revelaba que la mano oculta bajo ellas sujetaba una pistola maula.

El hombre se detuvo a dos pasos de Leto, y se lo quedó mirando con asombradas arrugas en torno a sus ojos.

—Buena fortuna a todos nosotros —dijo Leto.

El hombre escrutó a su alrededor, buscando en la vacía soledad; luego volvió a centrar su atención en Leto.

—¿Qué estás haciendo aquí, chico? —preguntó. Su voz sonaba sofocada por la máscara del destiltraje—. ¿Estás intentando hacer de tapón para la boca de un gusano?

Leto usó de nuevo la tradicional fórmula Fremen:

—El desierto es mi hogar.

—¿Wenn? —preguntó el hombre. *¿De dónde vienes y adónde vas?*

—Vengo de Jacurutu y voy hacia el sur.

Una brusca risa brotó de la boca del hombre.

—¡Bien, Batigh! Tú eres la cosa más extraña que jamás haya visto en el Tanzerouft.

—Yo no soy tu Pequeño Melón —dijo Leto, respondiendo al *Batigh*. Aquella era una etiqueta con terribles implicaciones. El Pequeño Melón al borde del desierto ofrecía su agua a cualquiera que lo hallase.

—No te beberemos, Batigh —dijo el hombre—. Yo soy Muriz. Soy el arifa de este taif —señaló con un movimiento de su cabeza el distante tractor.

Leto notó cómo el hombre se había calificado a sí mismo como el Juez de aquel grupo, refiriéndose a los demás como *taif*, una banda o una compañía. No eran *ichwan*, no eran una banda de hermanos. Seguramente eran renegados mercenarios. Aquel era el filón que necesitaba.

Observando que Leto permanecía en silencio, Muriz preguntó:

—¿Tienes algún nombre?

—Batigh puede servir.

Muriz se echó a reír.

—Todavía no me has dicho qué estás haciendo aquí.

—Estoy buscando las huellas de un gusano —dijo Leto, utilizando la frase religiosa que significaba que estaba en hajj buscando su propio *umma*, su revelación personal.

—¿Tan joven? —dijo Muriz. Agitó la cabeza—. No sé qué hacer contigo. Nos has visto.

—¿Qué es lo que he visto? —dijo Leto. He hablado de Jacurutu y no me has dado ninguna respuesta.

—El juego de las adivinanzas —dijo Muriz—. ¿Qué es aquello, entonces? —señaló con la cabeza hacia la distante colina.

Leto habló, extrayendo los datos de su visión.

—Tan sólo Shuloch.

Muriz se envaró, y Leto notó que su pulso se aceleraba. Se produjo un largo silencio, y Leto pudo ver que el hombre se debatía entre contrapuestas reacciones. ¡*Shuloch!* En las tranquilas sobremesas del sietch, las historias acerca de Shuloch eran las que se repetían más a menudo. Casi siempre los oyentes asumían que Shuloch era un mito, un lugar donde siempre ocurrían cosas interesantes para que luego pudieran ser contadas. Leto recordó una de las historias de Shuloch: un niño extraviado había sido hallado al borde del desierto y llevado al sietch. Al principio el niño se negó a responder a sus salvadores; luego, cuando empezó a hablar, nadie podía entender sus palabras. A medida que pasaban los días seguía cada vez más encerrado en sí mismo, negándose a vestirse y a cooperar en ninguna forma. Cada vez que era dejado solo hacía extraños gestos con sus manos. Todos los especialistas del sietch fueron llamados para estudiar a aquel niño, pero ninguno llegó a una respuesta. Luego, una mujer muy vieja cruzó por delante de su puerta, lo vio mover las manos, y se echó a reír. «Sólo está imitando a su padre, que trenza fibras de especia para formar cuerdas», explicó. «Esta es la forma en que lo hacen en Shuloch. Tan sólo está intentando sentirse menos solo». Y la moraleja de la historia era: «*En las antiguas tradiciones de Shuloch reposa la seguridad y la sensación de pertenecen al dorado hilo de la vida*».

Como Muriz permaneciera silencioso, Leto dijo:

—Soy el niño perdido de Shuloch que sólo sabe mover sus manos.

Por el rápido movimiento de la cabeza del hombre Leto supo que Muriz conocía la historia. Muriz respondió lentamente, en voz baja y cargada de amenazas:

—¿Eres humano?

—Humano como tú mismo —dijo Leto.

—Hablas de una forma muy extraña para un niño. Te recuerdo que soy un juez que puede responder al *taqwa*.

Ah, sí, pensó Leto. En boca de un tal juez, el *taqwa* significaba una amenaza inmediata. *Taqwa* era el miedo provocado por la presencia de un demonio, una creencia muy real entre los viejos Fremen. El arifa sabía las formas de eliminar a un demonio, y era siempre elegido «debido a que tenía la sabiduría de ser despiadado sin ser cruel, y a que sabía que la gentileza es de hecho el camino hacia una crueldad aún

mayor».

Pero habían llegado al punto que esperaba Leto, de modo que dijo:

—Puedo someterme al *Mashhad*.

—Yo seré el juez de cualquier Prueba Espiritual —dijo Muriz—. ¿Aceptas eso?

—Bi-lal kaifa —dijo Leto. *Sin condiciones*.

Una expresión taimada apareció en el rostro de Muriz.

—No sé por qué permito esto. Sería mejor que fueras eliminado aquí mismo, inmediatamente, pero eres un pequeño Batigh y yo tenía un hijo que murió. Ven, iremos a Shuloch, y convocaré al Isnad para tomar una decisión con respecto a ti.

Leto, notando que el menor ademán del hombre traicionaba decisiones mortíferas, se preguntó cómo podía engañar a nadie. Dijo:

—Sé que Shuloch es el Ahl as-sunna wal-jamas.

—¿Qué cosa puede saber un niño del mundo real? —preguntó Muriz, haciendo un gesto a Leto para que lo precediera hacia el tóptero.

Leto obedeció, pero escuchó atentamente el sonido de los pasos del Fremen.

—El mejor modo de conservar un secreto es hacer que la gente crea que sabe ya la respuesta —dijo Leto—. Entonces, la gente no hace preguntas. Ha sido hábil por vuestra parte desde que fuisteis arrojados de Jacurutu. ¿Quién creería que Shuloch, un lugar mítico protagonista de tantos relatos, es real? Y qué conveniente es su existencia para los contrabandistas o para cualquiera que desee llegar discretamente a Dune.

Los pasos de Muriz se detuvieron. Leto se giró, con la espalda apoyada en el costado del tóptero, el ala a su izquierda.

Muriz permanecía inmóvil a medio paso de distancia, con su pistola maula apuntada abierta y directamente hacia Leto.

—Así que no eres un niño —dijo Muriz—. ¡Un maldito enano ha venido a espiarnos! He pensado que hablabas demasiado juiciosamente como para ser un niño: demasiado y demasiado aprisa.

—No lo suficiente —dijo Leto—. Soy Leto, el hijo de Paul Muad'Dib. Si me matas, tú y tu pueblo os veréis sumergidos en la arena. Si conservas mi vida, os conduciré a la grandeza.

—No te burles de mí, enano —restalló Muriz—. Leto se halla en el auténtico Jacurutu, de donde dices que... —se interrumpió. La mano que sostenía la pistola se deslizó hacia abajo, mientras los ojos del hombre se poblaban de pequeñas arrugas.

Era la vacilación que Leto había esperado. Hizo que todos sus músculos dieran la impresión de que iba a moverse hacia la izquierda, sin mover su cuerpo más de un milímetro, y vio como la pistola del Fremen se movía también hacia la izquierda, golpeando bruscamente contra el borde del ala del aparato. La pistola maula saltó de la mano que la sujetaba y, antes de que Muriz pudiera recuperarla, Leto estaba junto a

él, haciendo presión con su crys en la espalda del hombre.

—La punta está envenenada —dijo Leto—. Di a tu amigo del tóptero que se quede exactamente donde está ahora, sin hacer ningún movimiento. De otro modo me veré obligado a matarte.

Muriz, acariciándose la dolorida mano, hizo una seña con la cabeza en dirección a la figura que estaba en el tóptero.

—Mi compañero Behaleth te ha oído. Permanecerá tan inmóvil como una roca.

Sabiendo que disponía de muy poco tiempo antes de que aquellos dos hombres fraguaran un plan de acción o de que sus amigos acudieran a investigar, Leto habló rápidamente:

—Tú me necesitas Muriz. Sin mí, los gusanos y su especia desaparecerán de Dune.

Sintió que el Fremen se envaraba.

—¿Pero cómo sabes de Shuloch? —preguntó Muriz—. Sé que no te han dicho nada en Jacurutu.

—Así, admites que soy Leto Atreides.

—¿Quién otro puedes ser? ¿Pero cómo has...?

—Porque vosotros estáis aquí —dijo Leto—. Shuloch existe, y el resto es sencillo. Vosotros sois los Desheredados que escapasteis cuando Jacurutu fue destruido. He visto vuestras señales con las alas, luego no utilizáis ningún utensilio que pueda ser captado a distancia. Recolectáis especia, luego comerciáis con ella. Sólo podéis comerciar con los contrabandistas, luego sois contrabandistas, pero también sois Fremen. Sólo podéis ser gente de Shuloch.

—¿Por qué has hecho de modo que intentara matarte aquí mismo, ahora?

—Porque me hubieras matado de todos modos, apenas hubiéramos alcanzando Shuloch.

Una violenta rigidez envaró el cuerpo de Muriz.

—Cuidado, Muriz —advirtió Leto—. Lo sé todo de vosotros. Vuestra historia dice que tomáis el agua de los viajeros incautos. Esta debe ser una práctica ritual en vosotros. ¿Cómo podéis de otro modo silenciar a todos aquellos que tropiezan con vosotros? ¿Cómo podéis mantener vuestro secreto? ¡Batigh! Has intentado seducirme con palabras gentiles y calificativos halagadores. ¿Por qué arriesgarme a desperdiciar mi agua en la arena? Si yo desapareciera como tantos otros... bien, el Tanzerouft me engulliría.

Muriz hizo el signo de los *Cuernos-del-Gusano* con su mano derecha para apartar la magia Rihani que las palabras de Leto habían evocado. Y Leto, sabiendo cómo los viejos Fremen desconfiaban de los mentats o de cualquier otra cosa que oliera a lógica, reprimió una sonrisa.

—Namri te habló de nosotros en Jacurutu —dijo Muriz—. Tendré su agua

cuando...

—No te quedará más que arena seca si continuas haciendo tonterías —dijo Leto—. ¿Qué harás, Muriz, cuando todo Dune se haya convertido en hierba verde, árboles y agua al aire libre?

—¡Eso no ocurrirá nunca!

—Está ocurriendo ante tus ojos.

Leto oyó los dientes de Muriz chirriar de rabia y frustración. Tras unos instantes, el hombre rechinó:

—¿Cómo piensas impedir eso?

—Conozco todo el plan de transformación —dijo Leto—. Conozco toda su fuerza y todas sus debilidades. Sin mí, Shai-Hulud se desvanecerá para siempre.

Con un asomo de astucia surgiendo de nuevo en su voz, Muriz preguntó:

—Bueno, ¿por qué discutir esto aquí? Estamos en tablas. Tú tienes tu cuchillo. Puedes matarme, pero Behaleth te eliminará a ti.

—No antes de que yo recobre tu pistola —dijo Leto—. En cuyo momento vuestro tóptero será mío. Sí, sé conducirlo.

Una arruga frunció la frente de Muriz bajo la capucha.

—¿Y si tú no eres quien dices?

—¿Mi padre no podrá identificarme? —preguntó Leto.

—Ahhhh —dijo Muriz—. Así es como lo has sabido, ¿eh? Pero... —Se interrumpió, agitó la cabeza—. Mi propio hijo lo guía. Dice que vosotros dos nunca... Pero entonces, ¿cómo...?

—Así, no creéis que Muad'Dib lea el futuro —dijo Leto.

—¡Por supuesto que lo creemos! Pero él dice de sí mismo que... —Muriz se interrumpió de nuevo.

—Y creéis que no está al corriente de vuestra desconfianza —dijo Leto—. Yo he venido aquí a este exacto lugar en este exacto momento para encontrarme contigo, Muriz. Sé todo acerca de ti porque te he visto... y he visto a hijo. Sé lo seguros que os creéis, cómo os burláis de Muad'Dib, cómo complotáis para salvaguardar vuestra pequeña parte de desierto. Pero vuestra pequeña parte de desierto está condenada sin mí, Muriz. Perdida para siempre. Se ido demasiado lejos aquí en Dune. Mi padre ha alcanzado casi el límite de su visión, y vosotros solamente podéis dirigiros ahora a mí.

—Ese ciego... —Muriz se interrumpió, tragó saliva.

—Volverá muy pronto de Arrakeen —dijo Leto—, y entonces veremos hasta dónde es ciego. ¿Cuánto os habéis alejado de vuestras viejas costumbres Fremen, Muriz?

—¿Qué?

—Él es *Wadquiyas* está con vosotros. Vuestro pueblo lo halló solo en el desierto y



lo condujo a Shuloch. ¡Qué rico descubrimiento fue para vosotros! Rico como un yacimiento de especia. ¡*Wadquiyas!* vivió con vosotros; su agua se mezcló con el agua de vuestra tribu. Forma parte de vuestro Río del Espíritu. —Leto presionó duramente el cuchillo contra las ropas de Muriz—. Cuidado, Muriz. —Alzó su mano izquierda, soltó el filtro que cubría la parte inferior del rostro del Fremén y lo echó a un lado.

Sabiendo lo que planeaba Leto, Muriz dijo:

—¿Dónde irás si nos matas a los dos?

—Regresaré a Jacurutu.

Leto presionó la parte carnosa de su dedo pulgar contra la boca de Muriz.

—Muerde y bebe, Muriz. Hazlo, o muere.

Muriz vaciló, luego mordió rabiosamente la carne de Leto.

Leto observó la garganta del hombre, vio cómo tragaba convulsivamente, apartó el cuchillo de su cuerpo.

—*Wadquiyas* —dijo Leto—. Ahora deberás ofender a la tribu antes de que puedas tomar mi agua.

Muriz asintió.

—Tu pistola está ahí —Leto hizo un gesto con su mandíbula.

—¿Confías en mí ahora? —preguntó Muriz.

—¿Cómo podría vivir de otro modo con los Desheredados?

De nuevo captó Leto un ramalazo de astucia en los ojos de Muriz, pero esta vez se trataba de una mirada evaluativa, medida en términos de beneficios. El hombre se giró con una brusquedad que evidenciaba secretas decisiones, recuperó su pistola maula, y volvió al borde del ala.

—Ven —dijo—. Nos hemos entretenido demasiado en la madriguera de un gusano.

El futuro de la presciencia no puede ser siempre aprisionado en las reglas del pasado. Los hilos de la existencia se entrecruzan de acuerdo con muchas leyes desconocidas. El futuro presciente insiste en sus propias reglas. No se conforma al ordenamiento Zensunni ni al ordenamiento de la ciencia. La presciencia edifica una integridad relativa. Exige el desarrollo de este instante, pero siempre advirtiéndole que uno no puede entretejer cada hilo en la trama del pasado.

*Kalima: Las Palabras de Muad'Dib. Comentarios de Shuloch*

Muriz condujo el ornitóptero por encima de Shuloch con una facilidad derivada de la práctica. Leto, sentado a su lado, notaba la presencia armada de Behaleth tras ellos. Todo iba produciéndose hasta ahora de acuerdo con el delgado hilo de su visión, con una extrema exactitud. Si algo fallaba, *Allahu akbahr*. A veces uno debía someterse a un ordenamiento superior.

La colina de Shuloch era impresionante en medio de aquel desierto. Su no señalada presencia hablaba de multitud de corrupciones y de multitud de muertes, de multitud de amigos en altos cargos. Leto podía ver ahora en el corazón de Shuloch un pan rodeado de escarpaduras con entrecruzados cañones ciegos conduciendo a su interior. Espesos matorrales de plantas escamosas y de sal delimitaban los bordes inferiores de aquellos cañones, con anillos interiores de palmeras abanico, indicando una abundancia de agua en aquel lugar. Toscas edificaciones hechas de troncos y fibra de especia habían sido erigidas al aire libre a una cierta distancia de las palmeras abanico. Las edificaciones eran como botones verdes esparcidos por la arena. Allí debían vivir los desheredados de los Desheredados, aquellos que ya no podían descender más abajo excepto morir.

Muriz aterrizó en el pan, cerca de la base de uno de los cañones. Una estructura aislada se erguía en la arena directamente delante del tóptero: un techo de lianas del desierto y hojas de bejato, embutidas con tejido de especia. Era la réplica viviente de las primeras toscas destiltiendas, y hablaba de la decadencia de algunos de los habitantes de Shuloch. Leto sabía que aquel lugar debía perder humedad y estar repleto de chupadores nocturnos provenientes de los cercanos matorrales. Sin embargo, allí era donde había vivido su padre. Y la pobre Sabiha. Aquel sería su castigo.

Bajo órdenes de Muriz, Leto salió del tóptero, saltó a la arena, y se dirigió a largas zancadas hacia la choza. Pudo ver bastante gente trabajando más allá, en el cañón, cerca de las palmeras. Tenían un aspecto lamentable, macilento, y el hecho de que apenas le dirigieran una distraída mirada a él y al tóptero decía mucho de la opresión que había allí. Leto pudo ver la orilla rocosa de un qanat más allá de los trabajadores, y era imposible equivocarse con respecto a la humedad que había en el

aire: agua al abierto. Al rebasar la choza, Leto vio que era tan tosca como había esperado. Avanzó hacia el qanat, miró hacia la superficie, y vio los torbellinos de los peces predadores en la oscura corriente. Los trabajadores, evitando su mirada, estaban limpiando de arena las embocaduras de los cañones.

Muriz se acercó a Leto por detrás y dijo:

—Estás en el límite entre los peces y el gusano. Cada uno de estos cañones tiene su gusano. Este qanat ha sido abierto, y dentro de poco retiraremos los peces para atraer a las truchas de arena.

—Por supuesto —dijo Leto. Los criáis como ganado. Vendéis las truchas de arena y los gusanos fuera del planeta.

—¡Fue Muad'Dib quien nos lo sugirió!

—Lo sé. Pero ninguno de vuestros gusanos o truchas de arena sobrevive mucho tiempo lejos de Dune.

—Todavía no —dijo Muriz—. Pero algún día...

—No en diez mil años —dijo Leto. Y se giró para observar el torbellino que se agitaba en el rostro de Muriz. Las preguntas fluían en él como el agua en el qanat. ¿Podía leer realmente aquel hijo de Muad'Dib el futuro? Uno podía creer que Muad'Dib lo hubiera hecho, pero... ¿Cómo podía ser juzgado algo como aquello?

Tras unos instantes Muriz retrocedió, conduciéndolo hacia la choza. Abrió el tosco sello de entrada e hizo un gesto a Leto para que entrara. Había una lámpara de aceite de especia ardiendo en la pared más alejada, y una pequeña silueta acucillada bajo ella, de espaldas a la puerta. El aceite ardiendo despedía una densa fragancia a canela.

—Han mandado a un nuevo prisionero a cuidar del sietch de Muad'Dib —ironizó Muriz—. Si sirve bien, podrá conservar su agua por un tiempo. —Se enfrentó a Leto—. Algunos piensan que es malo tomar una tal agua. ¡Esos remilgados Fremen de ahora llenan sus nuevas ciudades con montañas de basura! ¡Montañas de basura! ¿Cuándo ha visto nunca Dune montañas de basura? Cuando recibimos a alguien... —Señaló hacia la silueta junto a la lámpara—... generalmente están medio locos de miedo, perdidos para su propia raza, y ningún verdadero Fremen los aceptaría ¿Me comprendes. Leto-Batigh?

—Te comprendo. —La figura acucillada no se había movido.

—Tú hablas de guiarnos —dijo Muriz—. Los Fremen son guiados por hombres que se han cubierto de sangre. ¿Hacia dónde nos guiarías tú?

—Kralizec —dijo Leto, manteniendo su atención centrada en la acucillada silueta.

Muriz lo miró intensamente, con el ceño fruncido sobre sus ojos índigo. ¿Kralizec? Aquello no era simplemente una guerra o una revolución; era el Tifón Absoluto. Aquella era una palabra surgida de las más remotas leyendas Fremen: Una

batalla en el límite del universo. ¿Kralizec?

El alto Fremen tragó saliva convulsivamente. ¡Aquel enano era tan impredecible como un dandy de la ciudad! Muriz se giró hacia la acucillada silueta.

—¡Mujer! ¡*Liban wahid*! —ordenó. ¡*Traednos la bebida de especia*!

Ella vaciló.

—Haz lo que dice, Sabiha —dijo Leto.

Ella saltó de pie, girándose. Lo miró, incapaz de apartar sus ojos del rostro de él.

—¿La conoces? —preguntó Muriz.

—Es la sobrina de Namri. Ofendió a Jacurutu, y ellos te la han mandado a ti.

—¿Namri? Pero...

—*Liban wahid* —dijo Leto.

Ella se apresuró, pasando por su lado y cruzando el sello de la entrada. Pudieron oír el sonido de sus pies corriendo, allá afuera.

—No irá muy lejos —dijo Muriz. Se tocó un lado de la nariz con un dedo—. Una pariente de Namri, ¿eh? Interesante. ¿Cuál fue su ofensa?

—Me dejó escapar —Leto se giró y siguió a Sabiha.

La encontró inmóvil en la orilla del qanat. Se situó a su lado y miró al agua. Había pájaros en las cercanas palmeras abanico, podía oír sus llamadas y sus aleteos. Los trabajadores emitían sonidos raspantes al remover la arena. Permaneció en silencio, al igual que Sabiha, mirando hacia abajo, hacia las profundidades del agua y sus reflejos. Por el rabillo del ojo podía ver periquitos azules entre las frondas de las palmeras. Uno de ellos voló a través del qanat, y lo pudo ver reflejándose en el plateado remolino de un pez, todo ello agitándose al mismo tiempo, como si pájaros y predadores nadaran en idéntico firmamento.

Sabiha carraspeó.

—Me odias —dijo Leto.

—Me has cubierto de vergüenza. Me has avergonzado ante todo mi pueblo. Me sometieron al Isnad y me enviaron aquí a perder mi agua. ¡Todo ello por tu causa!

Muriz se echó a reír a poca distancia de ellos.

—Y ahora puedes ver, Leto-Batigh, que nuestro Río del Espíritu tiene muchos tributarios.

—Pero mi agua fluye en tus venas —dijo Leto, girándose—. Ella no es un tributario. Sabiha es el destino de mi visión, y yo la he seguido. He huido a través del desierto para hallar mi futuro aquí en Shuloch.

—¿Tu y...? —Muriz indicó a Sabiha, echó atrás la cabeza y soltó una risotada.

—No ocurrirá como tú crees —dijo Leto—. Recuerda esto, Muriz. He hallado las huellas de mi gusano. —Se dio cuenta de que había lágrimas en sus ojos.

—Está dando agua a los muertos —susurró Sabiha.

Entonces, Muriz lo miró casi con reverencia. Los Fremen nunca lloraban, a

menos que su alma estuviera anegada en el más profundo dolor. Casi embarazado, Muriz cerró sobre su boca la máscara del destiltraje y echó sobre sus ojos su capucha djeballa.

Leto miró más allá del hombre y dijo:

—Aquí en Shuloch aún se invoca al rocío en el borde del desierto. Ve, Muriz, e invoca a Kralizec. Te prometo que acudirá.

El lenguaje Fremen implica gran concisión y un preciso sentido de la expresividad. Está inmerso en la ilusión de los absolutos. Sus premisas son un terreno fértil para las religiones absolutistas. Además, los Fremen son propensos a moralizar. Afrontan la terrible inestabilidad de todas las cosas con declaraciones de principio. Dicen: «Sabemos que aún existe una suma de todo el conocimiento asequible; esto es un atributo de Dios. Pero cualquier hombre puede aprender, cualquier hombre puede conservar lo que ha aprendido». Del doble filo de esta aproximación al universo los Fremen extraen una fantástica creencia en los signos y en los presagios y en su propio destino. Este es uno de los orígenes de su leyenda del Kralizec: la guerra en los límites del universo.

Informes Privados de la Bene Gesserit/folio 800881

—Lo tienen en un lugar seguro —dijo Namri, sonriéndole a Gurney Halleck a través de la cuadrada estancia de piedra—. Puedes informar de esto a tus amigos.

—¿Dónde es ese lugar seguro? —preguntó Halleck. No le gustaba el tono de Namri, sintiéndose como se sentía forzado por las órdenes de Jessica. ¡Maldita bruja! Sus explicaciones no tenían sentido, excepto la advertencia de lo que podía ocurrir si Leto fracasaba en dominar sus terribles memorias.

—Es un lugar seguro —dijo Namri—. Esto es todo lo que se me permite decirte.

—¿Cómo lo sabes?

—He recibido un distrans. Sabiha está con él.

—¡Sabiha! Pero si apenas acaba de dejarlo escap...

—No esta vez.

—¿Pretendes matarlo?

—Eso ya no depende de mí.

Halleck hizo una mueca. *Distrans*. ¿Cuál era el alcance de aquellos condenados murciélagos de las cavernas? A menudo los había visto sobrevolando el desierto con ocultos mensajes sobreimpresos en sus estridentes gritos. Pero, ¿cuán lejos podían llegar en aquel infernal planeta?

—Debo verlo por mí mismo —dijo Halleck.

—Eso no está permitido.

Halleck inspiró profundamente para calmarse. Habían pasado dos días y dos noches esperando los informes de la búsqueda. Ahora era ya otra mañana, y sentía como su papel allí se disolvía a su alrededor, dejándolo desnudo. Nunca le había gustado mandar a nadie. Los que mandaban debían permanecer siempre esperando, mientras los demás hacían las cosas interesantes y peligrosas.

—¿Por qué no está permitido? —preguntó. Los contrabandistas que habían organizado aquel sietch-fortaleza habían dejado demasiadas preguntas sin respuesta, y ya no estaba dispuesto a consentirle lo mismo a Namri.

—Hay alguien que piensa que has visto demasiado en este sietch —dijo Namri.

Halleck captó la amenaza, se relajó en la engañosa apacibilidad del luchador entrenado, la mano cerca pero no apoyada en su cuchillo. Hubiera deseado un escudo, pero había tenido que prescindir de él desde el principio a causa de su efecto sobre los gusanos y por su poca vida en presencia de las cargas estáticas generadas por las tormentas.

—Estos secretos no forman parte de nuestro acuerdo —dijo Halleck.

—Si yo lo hubiera matado, ¿hubiera formado eso parte de nuestro acuerdo?

De nuevo percibió Halleck la presencia de invisibles fuerzas sobre las cuales Dama Jessica no le había advertido. ¡Aquel maldito plan suyo! Quizá fuera cierto que uno no debía fiarse de las Bene Gesserit. Inmediatamente se sintió desleal. Ella le había explicado el problema, y él había aceptado su plan con la convicción de que, como todos los planes, iba a necesitar ajustes posteriores. Además, ella no era ninguna Bene Gesserit: era Jessica de los Atreides, que siempre había sido para él una amiga y una aliada. Sin ella, Halleck sabía que se hubiera encontrado a la deriva en un universo más peligroso que aquel que habitaba ahora.

—No puedes responder a mi pregunta —dijo Namri.

—Tú debías matarlo tan sólo si mostraba evidencias irrefutables de estar... poseído —dijo Halleck—. De ser una Abominación.

Namri apoyó su puño en su oreja derecha.

—Tu Dama sabía que tenemos pruebas para tales gentes. Fue juicioso por su parte dejar esta decisión en mis manos.

Halleck apretó frustradamente los labios.

—Has oído las palabras que me dirigió la Reverenda Madre —dijo Namri—. Nosotros los Fremen comprendemos a tales mujeres, pero vosotros, habitantes de otros planetas, nunca las habéis comprendido. Las mujeres Fremen mandan a menudo a sus hijos a la muerte.

Halleck habló entre apretados labios:

—¿Acaso estás diciéndome que lo has matado?

—Vive. Está en un lugar seguro. Continúa recibiendo la especia.

—Pero yo debo escoltarlo de vuelta con su abuela si sobrevive —dijo Halleck.

Namri se limitó a alzarse de hombros.

Halleck comprendió que aquella iba a ser toda la respuesta que recibiría. ¡Maldición! ¡No podía regresar al lado de Jessica con tales preguntas sin responder! Agitó la cabeza.

—¿Por qué haces preguntas sobre algo que no puedes cambiar? —dijo Namri—. Estás siendo bien pagado.

Halleck miró ceñudo al hombre. ¡Fremen! Creían que todos los extranjeros estaban influenciados totalmente por el dinero. Pero Namri estaba hablando más allá

de los prejuicios Fremen. Había otras fuerzas allí, y era obvio que había sido adiestrado en la observación por una Bene Gesserit. Todo aquello olía a una finta en otra finta en otra finta...

Utilizando la insultante forma familiar, Halleck dijo:

—Dama Jessica puede encolerizarse. Puede enviar ejércitos contra...

—¡*Zanadiq!* —increpó Namri—. ¡Tú, mensajero de oficio! ¡Tú estás fuera del *Mohalata!* ¡Me complaceré en poseer tu agua para el Noble Pueblo!

Halleck permaneció con una mano apoyada en su cuchillo, preparando la pequeña sorpresa que había colocado en su manga izquierda para los agresores.

—No veo ningún agua derramada aquí. Quizá te haya cegado tu orgullo.

—Todavía vives porque deseaba que supieras antes de morir que tu Dama Jessica no enviará ejércitos contra nadie. No vas a entrar plenteramente en el Huanui, escoria de otro mundo. Yo pertenezco al Noble pueblo, mientras que tú...

—Yo tan sólo soy un siervo de los Atreides —dijo Halleck, con voz tranquila—. Nosotros somos la escoria que ha arrancado el yugo Harkonnen de vuestros malolientes cuellos.

Namri mostró sus blancos dientes en una mueca.

—Tu Dama está prisionera en Salusa Secundus. ¡Los mensajes que creías suyos provenían de su hija!

Con un supremo esfuerzo, Halleck consiguió mantener su voz tranquila.

—No importa. Será Alia quien...

Namri extrajo su *crys*.

—¿Qué es lo que sabes del Seno del Cielo? Yo soy siervo, puta macho. ¡Es por orden suya que tomo tu agua! —y se lanzó a través de la estancia en un temerario asalto.

Halleck, sin dejarse engañar por una tan obvia torpeza, alzó su brazo izquierdo, sacando de su manga el largo extra de resistente tela que había mantenido oculta allí, dejando que el cuchillo de Namri se enredara en él. Con el mismo movimiento, Halleck echó la tela alrededor de la cabeza de Namri, y lanzó el cuchillo contra ella, apuntando directamente al rostro. Sintió la punta del arma alcanzar su destino en el mismo momento en que el cuerpo de Namri lo golpeaba con la dura superficie de una armadura metálica oculta bajo sus ropas. El Fremen lanzó un ultrajado alarido, rebotó hacia atrás, y cayó. Quedó tendido allí, con la sangre manando abundantemente de su boca mientras sus ojos contemplaban furiosamente a Halleck y empezaban a velársele.

Halleck expelió el aire entre sus apretados dientes. ¿Cómo podía creer aquel estúpido de Namri que nadie se daría cuenta de la presencia de la armadura bajo sus ropas? Halleck se dirigió al cadáver mientras se soltaba la tela extra de su manga, limpiaba con ella el cuchillo y lo enfundaba.



—¿Cómo crees que hemos sido adiestrados nosotros los siervos de los Atreides, estúpido?

Suspiró profundamente, pensando: *Bien, y ahora, ¿de quién soy la finta?* Había algo de verdad en las palabras de Namri. Jessica prisionera de los Corrino, y Alia trazando sus tortuosos planes. La propia Jessica lo había puesto sobre aviso respecto a lo que podía esperarse de Alia como enemiga, pero no había previsto que ella misma pudiera ser hecha prisionera. De todos modos, tenía unas órdenes que debía obedecer. Primero estaba la necesidad de huir rápidamente de aquel lugar. Afortunadamente, un Fremen embozado se parecía mucho a cualquier otro Fremen embozado. Hizo rodar el cuerpo de Namri hasta un rincón, apiló almohadones sobre él, movió una alfombra para cubrir la sangre. Cuando hubo hecho esto, Halleck ajustó los tubos de nariz y boca de su destiltraje, se colocó la máscara como lo hubiera hecho cualquiera que se preparara para el desierto, se echó la capucha hacia el rostro, y salió al largo pasillo.

*El inocente se mueve sin precauciones*, pensó, adaptando sus pasos a un caminar desenvuelto. Se sentía curiosamente libre, como si se estuviera alejando de un peligro y no avanzando hacia él.

*Nunca me gustaron sus planes para con el chico*, pensó. *Se lo diré a ella, si consigo verla alguna vez. Sí.* Porque si Namri había dicho la verdad, ahora debía afrontar el más peligroso plan alternativo. Alia no iba a dejarle vivir mucho tiempo si conseguía echarle la mano encima. Pero siempre quedaba Stilgar... un buen Fremen lleno de buenas supersticiones Fremen.

Jessica se lo había explicado:

—Hay una muy delgada capa de comportamiento civilizado sobre la naturaleza original de Stilgar. Y lo único que tienes que hacer para arrancársela es...

El espíritu de Muad'Dib es más que palabras, más que la letra de la Ley que ha surgido en su nombre. Muad'Dib debe ser siempre esa afrenta interior contra los poderosos complacientes, contra los charlatanes y los fanáticos del dogma. Es esa afrenta interior lo que debe prevalecer, ya que Muad'Dib nos enseñó una cosa sobre todas las demás: que los seres humanos tan solo podrán perdurar en una fraternidad de justicia social.

*El Pacto Fedaykin*

Leto permanecía sentado con la espalda contra la pared de la choza, su atención fija en Sabiha, observando el desenrollarse de los hilos de su visión. Ella había dispuesto el café y se había sentado a un lado. Ahora permanecía acucillada frente a él, preparando la comida de la tarde: gachas impregnadas en melange. Sus manos se movían rápidamente en la masa, y el líquido color índigo había manchado los bordes del bol. Se inclinó sobre el bol, removiendo el concentrado. La tosca membrana que convertía la choza en una destiltilienda estaba remendada con un material más ligero inmediatamente detrás de ella, formando un halo gris donde su sombra danzaba a la vacilante luz de la llama del hornillo y de la única lámpara.

La lámpara intrigaba a Leto. Aquella gente de Shuloch despilfarraba el aceite de especia: una lámpara, no un globo. Mantenían esclavos dentro de aquellas paredes a los que llegaban del exterior, a la manera como prescribían las más antiguas tradiciones Fremen. Y sin embargo, empleaban ornitópteros y los más modernos modelos de factorías de especia. Eran una tosca mezcla de antiguo y moderno.

Sabiha empujó el bol de gachas hacia él, apagando la llama del hornillo.

Leto ignoró el bol.

—Seré castigada si no comes —dijo ella.

Él se la quedó mirando, mientras pensaba: *Si la mato, romperé una visión. Si le cuento los planes de Muriz, romperé otra visión. Si espero aquí a mi padre, este hilo de mi visión se convertirá en una gruesa cuerda.*

Su mente eligió entre los hilos. Algunos de ellos tenían una suavidad que lo obsesionaba. Uno de sus futuros con Sabiha contenía una realidad terriblemente atractiva en el interior de su consciencia presciente. Amenazaba con bloquear a todos los demás hasta que lo siguió hasta su última agonía.

—¿Por qué me miras de esta forma? —preguntó ella.

El no respondió.

Ella empujó el bol más cerca de él.

Leto intentó tragar saliva en su reseca garganta. El impulso de matar a Sabiha creció en él. Notó como temblaba ¡Qué fácil sería romper una visión y dejar que la locura corriera libre!

—Muriz lo ordena —dijo ella, tocando el bol.

Sí, Muriz lo ordenaba. La superstición lo conquistaba todo. Muriz deseaba una visión para su uso particular. Era un antiguo salvaje pidiéndole al doctor brujo que echara sus huesos de buey e interpretara la forma cómo habían caído. Muriz le había quitado el destiltraje a su prisionero «como una simple precaución». Aquel comentario había sido una sarcástica lanza contra Sabiha. *Tan sólo los estúpidos dejan escapar a un prisionero.*

De todos modos, Muriz tenía un profundo problema emocional: el Río del Espíritu. El agua del prisionero corría por las venas de Muriz. Muriz buscaba un signo que le permitiera mantener una amenaza de muerte sobre Leto.

*De tal madre, tal hijo,* pensó Leto.

—La especia tan sólo te proporcionará visiones —dijo Sabiha. Los silencios largos la hacían sentirse incómoda—. Yo he tenido visiones muchas veces durante la orgía. No significan nada.

¡*Esto es!*, pensó él, sintiendo que su cuerpo se envaraba en una inmovilidad absoluta que dejó su piel fría y húmeda. El adiestramiento Bene Gesserit tomó el control de su consciencia, una luminosidad que, partiendo de un solo punto, se difundía a su alrededor esparciendo la brillante luz de la visión sobre Sabiha y todos sus compañeros Desheredados. La antigua enseñanza Bene Gesserit era explícita:

*«Los lenguajes surgen para reflejar las especializaciones de una forma determinada de vida. Cada especialización puede ser reconocida por sus palabras, por sus premisas y por la estructura de sus declaraciones. Analiza las pausas. Las especializaciones representan lugares donde la vida se detiene, donde el movimiento es condenado y congelado».* Vio entonces a Sabiha como una creadora de visiones por derecho propio, y supo que todos los demás seres humanos tenían idéntico poder. Sin embargo, ella desdeñaba sus propias visiones de la orgía de la especia. Le causaban intranquilidad, y por ello debían ser puestas a un lado, deliberadamente olvidadas. Su gente rezaba a Shai-Hulud porque el gusano dominaba muchas de sus visiones. Rogaba por el rocío al borde del desierto porque la humedad limitaba sus vidas. Sin embargo, nadaban en la riqueza de especia y atraían a la trucha de arena a los qanats al aire libre. Sabiha lo alimentaba de visiones prescientes con una casual indiferencia, y sin embargo él sabía que sus palabras encendían señales luminosas en su interior; dependía de los absolutos, susurraba límites definidos, y todo ello debido a que no podía enfrentar los rigores de las terribles decisiones que circundaban su propia carne. Se aferraba a su visión monocular del universo, por reductiva y atemporal que fuese, debido a que las alternativas la aterraban.

En contraste, Leto percibía el puro movimiento existente en sí mismo. Era una membrana recogiendo infinitas dimensiones y, debido a que veía esas dimensiones, estaba en situación de tomar las más terribles decisiones.

*Como hizo mi padre.*

—¡Debes comer esto! —dijo Sabiha, con voz petulante.

Leto vio todo el esquema de las visiones entonces, y supo cuál era el hilo que debía seguir. *Mi piel no es la mía*. Se puso en pie, envolviéndose en sus ropas. Las sintió extrañas contra su carne, sin destiltraje que protegiera su cuerpo. Sus pies estaban desnudos sobre la impermeabilizada tela que cubría el suelo, sensibles a los granos de arena que habían penetrado en la choza.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Sabiha.

—El aire está enrarecido aquí. Voy afuera.

—No puedes escapar —dijo ella—. Cada cañón tiene su gusano. Si vas más allá del qanat, los gusanos te descubrirán por tu humedad. Esos gusanos cautivos están muy alertas... no son en absoluto como los del desierto. ¡Y además —¡qué maligna alegría había en su voz— no tienes destiltraje!

—Entonces, ¿por qué te preocupas? —dijo él, preguntándose si alguna vez conseguiría provocar una reacción real en ella.

—Porque no has comido.

—Y tú serás castigada.

—¡Sí!

—Pero yo ya estoy saturado de especia —dijo él—. Cada momento es una visión. —Hizo un gesto con un pie desnudo hacia el bol—. Echa esto en la arena. ¿Quién lo sabrá?

—Nos observan —murmuró ella.

Él agitó la cabeza, apartando a Sabiha de sus visiones, sintiendo que una nueva libertad lo envolvía. No necesitaba matar a aquel pobre peón. Ella danzaba al compás de otra música, sin siquiera conocer los pasos, creyendo todavía podía compartir el poder que codiciaban los ávidos piratas de Shuloch y Jacurutu.

Leto se dirigió hacia el sello de puerta, apoyó una mano en él.

—Cuando venga Muriz —dijo ella—, se irritará tremendamente con...

—Muriz es un mercader de vacuidad —dijo Leto—. Alia lo ha vaciado.

Ella saltó sobre sus pies.

—Voy afuera contigo.

Y él pensó: *Recuerda cómo escapé de ella. Ahora se da cuenta de la fragilidad de su control sobre mí. Sus visiones se agitan en su interior*. Pero ella no quería escuchar aquellas visiones. Hubiera bastado con que reflexionara: ¿Cómo podía él eludir a un gusano cautivo en su estrecho cañón? ¿Cómo podía vivir en el Tanzerouft sin destiltraje o fremochila?

—Debo estar solo para consultar mis visiones —dijo—. Tú debes quedarte aquí.

—¿Adónde irás?

—Al qanat.

—Las truchas de arena aparecen en bandadas por la noche.

—No van a comerme.

—A veces los gusanos descienden hasta casi junto al agua —dijo ella—. Si cruzas el qanat... —se interrumpió, intentando dar a sus palabras un sentido de amenaza.

—¿Cómo puedo montar un gusano sin garfios? —dijo él, preguntándose si ella había conseguido alguna vez salvar algún pequeño fragmento de sus visiones.

—¿Comerás cuando vuelvas? —preguntó ella, acucillándose una vez más junto al bol, tomando el cazo y removiendo la mezcla color índigo.

—Cada cosa a su tiempo —dijo él, sabiendo que ella sería incapaz de detectar su delicado uso de la Voz, la forma en que insinuaba sus propios deseos en la decisión tomada por ella.

—Muriz vendrá a ver si has tenido alguna visión —advirtió ella.

—Me ocuparé de Muriz a mi manera —dijo él, notando cómo los movimientos de ella se habían vuelto lentos y pesados. El comportamiento típico de todos los Fremen se adaptaba de modo natural a la forma en que la estaba conduciendo ahora a ella. Los Fremen eran gente de extraordinaria energía al amanecer, pero de una profunda y letárgica melancolía al anochecer. Sabiha estaba ya a punto de sumergirse en el sueño y en sus sueños.

Leto salió solo a la noche.

El cielo brillaba con innumerables estrellas, y pudo divisar el perfil rocoso de la colina a todo su alrededor, recortado contra ellas. Se metió entre las palmeras en dirección al qanat.

Durante un largo tiempo Leto permaneció inmóvil en el borde del qanat, escuchando el incesante siseo de la arena en el interior del cañón que había tras él. El sonido indicaba un gusano pequeño; elegido por esta razón, sin la menor duda. Un gusano pequeño sería más fácil de transportar. Pensó en la captura del gusano: los cazadores debían haberlo atontado con agua vaporizada, utilizando el tradicional método Fremen con el que lo capturaban para el rito de la orgía de la transformación. Pero aquel gusano no sería muerto por inmersión. Aquel sería transportado en un cargo de la Cofradía hacia algún esperanzado comprador cuyo desierto sería probablemente demasiado húmedo. Pocos habitantes de otros mundos se daban cuenta de la profunda desecación en que la trucha de arena había mantenido Arrakis. *Había mantenido*. Porque incluso aquí en el Tanzerouft debía haber varias veces más humedad de la que cualquier gusano hubiera conocido anteriormente, excepto en el momento de su muerte en una cisterna Fremen.

Oyó a Sabiha removiéndose en la choza tras él. Se agitaba, inquieta por sus visiones tanto tiempo reprimidas. Se preguntó cómo hubiera sido vivir con ella fuera de toda visión, aceptando cada momento exactamente como se presentara, por sí mismo. Aquel pensamiento lo atrajo mucho más fuertemente que cualquier visión provocada por la especia. Había una cierta limpieza interior en hacer frente a un

futuro desconocido.

«*Un beso en el sietch vale por dos en la ciudad*».

La vieja máxima Fremen lo decía todo. El sietch tradicional era una sugestiva combinación de rusticidad mezclada con circunspección. Había rastros de aquella circunspección en la gente de Jacurutu/Shuloch, pero tan sólo rastros. Aquello lo entristeció al revelarle lo perdido que estaba.

Lentamente, tan lentamente que el conocimiento estaba en él antes incluso de darse cuenta de cómo se había iniciado, Leto fue consciente del suave susurro de muchas criaturas a su alrededor.

*Truchas de arena.*

Muy pronto sería tiempo de ir de una visión a otra. Captó el movimiento de las truchas de arena como un movimiento que se producía en su interior. Los Fremen habían vivido con aquellas extrañas criaturas por generaciones, sabiendo que si uno arriesgaba un poco de agua como cebo, podía tenerlas al alcance de la mano. Muchos Fremen muriendo de sed habían arriesgado sus últimas gotas de agua en este juego, sabiendo que el dulce jarabe verdoso destilado de una trucha de arena era un excelente energético. Pero las truchas de arena eran casi siempre asunto de los niños, que las capturaban para los Huanui. Como un juego.

Leto se estremeció al pensamiento de lo que aquel *juego* significaba ahora para él.

Sintió a una de aquellas criaturas deslizarse sobre su pie desnudo. El animal vaciló unos instantes, luego prosiguió su camino, atraído por la mayor cantidad de agua en el qanat.

Por un momento, sin embargo, Leto captó la realidad de su terrible decisión. *El guante de truchas de arena*. Era uno de los juegos de los niños. Si uno colocaba una trucha de arena en su mano, directamente sobre la piel, esta formaba como un guante viviente. Los indicios de sangre en los capilares de la piel podían ser captados por las criaturas, pero alguno de los componentes de la sangre las repelía. Más pronto o más tarde, el guante se deslizaba de nuevo hacia la arena, para ser cogido inmediatamente y metido en un cesto de fibra de especia. La especia calmaba a las truchas de arena hasta el momento en que eran echadas a los destiladores de muertos.

Podía oír a las truchas de arena sumergiéndose en el qanat, el remolino de los predadores devorándolas. El agua ablandaba a la trucha de arena, la volvía flexible. Los chicos aprendían esto pronto. Una pizca de saliva bastaba para que exudaran su dulce jarabe. Leto escuchó los chapoteos. Era una migración de truchas de arena hacia el agua al abierto, pero nunca conseguirían enquistar el fluyente qanat patrullado por peces predadores.

Seguían llegando, seguían chapoteando.

Leto removió la arena con su mano derecha hasta que sus dedos encontraron la coriácea piel de una trucha de arena. Era una de las mayores, tal como había

esperado. La criatura no intentó escapar, sino que se movió ávidamente sobre su piel. Leto exploró sus contornos con su mano libre... su forma era aproximadamente romboide. No tenían cabeza, ni extremidades, ni ojos, pero pese a ello localizaban infaliblemente el agua. Podían unirse unas a otras cuerpo contra cuerpo, sujetándose entre sí a través de los cilios que circundaban sus flancos, formando un enorme saco-organismo que enquistaba el agua en su interior, aislando así el «veneno» del gigante en que se convertiría más tarde la trucha de arena: Shai-Hulud.

La trucha de arena se contorsionó en su mano, extendiéndose, aplanándose. A medida que se movía, Leto sintió que la visión que había elegido se extendía y se aplanaba también al mismo ritmo. *Este hilo, no ese otro*. Sintió la trucha de arena volverse delgada, cubrir cada vez una mayor extensión de su mano. Ninguna trucha de arena había encontrado antes una mano como aquella, con cada una de sus células supersaturada de especia. Ningún ser humano había vivido y razonado antes en aquellas condiciones. Delicadamente, Leto ajustó su equilibrio enzimático, alcanzando la iluminada sabiduría que había adquirido en el trance de la especia. El conocimiento de aquellas incontables vidas que se fundía en su interior proporcionaba la certeza de que elegía los ajustes precisos, apartando el peligro de una sobredosis mortal que podía aniquilarlo si relajaba su atención tan sólo el tiempo de un latido de su corazón. Y al mismo tiempo lo fundió con la trucha de arena, alimentándose de ella, alimentándola a ella, aprendiendo a conocerla. La visión de trance le indicaba el camino, y lo siguió con precisión.

Leto sintió que la trucha de arena se hacía cada vez más delgada, una película que se extendía más y más sobre su mano, alcanzando su brazo y ascendiendo por él.

Localizó otra trucha de arena, la situó sobre la primera. El contacto desencadenó un frenético agitarse de ambas criaturas. Sus cilios se entrelazaron, y se convirtieron en una única membrana que lo cubría hasta el codo. Las truchas de arena se ajustaban a su papel de guante viviente de los juegos infantiles, pero volviéndose más y más sensitivas a medida que él las forzaba a actuar como una piel simbiótica. Bajó aquel guante viviente, tanteó la arena, sus sentidos captaron cada uno de sus granos. Ya no eran truchas de arena; eran algo distinto, más fuerte, más resistente. Y se irían haciendo cada vez más fuertes y resistentes... Su mano que escarbaba la arena encontró otra trucha de arena, que saltó por sí misma para unirse a las dos primeras y adaptarse a su nuevo papel. Una suavidad correosa se insinuó a lo largo de su brazo hasta su hombro.

Con una terrible fuerza de concentración, consiguió la unión de aquella nueva piel con su cuerpo, previniendo el rechazo. No permitió que ningún ángulo de su atención se detuviera ni un solo momento en considerar las terribles consecuencias de lo que estaba haciendo. Tan sólo las necesidades de su visión del trance permanecían. Tan sólo de aquella prueba podía surgir el Sendero de Oro.

Leto se quitó sus ropas y yació desnudo sobre la arena, con su enguantado brazo tendido en el camino de la migración de truchas de arena. Recordó que en una ocasión él y Ghanima habían capturado una trucha de arena y la habían frotado contra la arena hasta que se contrajo en un *gusano-niño*, un tubo rígido con todo su interior repleto del jarabe verde. Uno necesitaba tan sólo morder suavemente uno de sus extremos y chupar rápidamente, antes de que la herida se cerrara de nuevo para obtener unas gotas del dulce liquido de su interior.

Ahora las truchas de arena recubrían todo su cuerpo. Podía sentir el pulsar de su sangre contra la viviente membrana. Una intentó recubrir su rostro, pero la rechazó bruscamente hasta que se convirtió en un delgado rollo. La criatura se hizo mucho más larga que el gusano-niño, y también mucho más flexible. Leto mordió su extremo, paladeó el fino chorro de dulzura que manó durante mucho más tiempo que el que cualquier otro Fremen hubiera experimentado nunca. Podía sentir la energía que fluía a través de él junto con el dulce sabor. Una curiosa excitación dominó su cuerpo. Siguió durante un tiempo enrollando la membrana que intentaba cubrir su rostro, hasta que hubo construido a todo su alrededor un rígido círculo que iba desde su mandíbula hasta su frente, dejando al descubierto sus orejas.

Ahora la visión debía ser probada.

Se alzó sobre sus pies, se giró, y echó a correr hacia la choza, y al moverse se dio cuenta de que sus pies avanzaban demasiado aprisa para permitirle mantener el equilibrio. Se dejó caer en la arena, rodó sobre sí mismo, y volvió a levantarse de un salto. El salto lo levantó dos metros sobre la arena y, cuando sus pies entraron de nuevo en contacto con el suelo e intentó andar, se dio cuenta de que de nuevo se movía demasiado rápidamente.

*¡Alto!*, se ordenó a sí mismo. Se sumergió en la forzada relajación *prana-bindu*, concentrando sus sentidos en el pozo de su consciencia. Aquello le permitió enfocar la agitación interior del *ahora-constante* a través del cual experimentaba el Tiempo, y permitió que la embriaguez de la visión lo inundase. La membrana actuaba exactamente tal como su visión había predicho.

*Mi piel no es la mía.*

Pero sus músculos necesitarían un cierto adiestramiento para vivir con aquel movimiento amplificado. Cuando anduvo de nuevo, volvió a caer y a rodar sobre sí mismo. Entonces se sentó. En la inmovilidad, el cordón bajo su mandíbula intentó convertirse de nuevo en una membrana y cubrir su boca. Escupió contra él y lo mordió, saboreando el dulce jarabe. Se enrolló de nuevo bajo la presión de su mano.

Ya había pasado el tiempo suficiente como para completar la unión con su cuerpo. Leto se tendió y se giró boca abajo. Empezó a arrastrarse, haciendo que la membrana rozara contra la arena. Sintió distintamente la arena, pero desgarró su nueva piel. Con unos pocos movimientos natatorios atravesó cincuenta metros de arena. La única



reacción física fue una sensación de calor inducida por la fricción.

La membrana ya no intentó de nuevo cubrir su nariz o su boca, pero ahora debía afrontar el segundo gran paso en dirección a su Sendero de Oro. Sus ejercicios lo habían llevado lejos del qanat, en dirección al cañón donde se hallaba el gusano atrapado. Oyó su siseo avanzando hacia él, atraído por sus movimientos.

Leto saltó en pie, con la intención de permanecer inmóvil y esperar, pero el movimiento amplificado lo envió braceando veinte metros más adentro en el cañón. Controlando sus reacciones con un terrible esfuerzo, se sentó, cruzando los pies y envarando el cuerpo. Entonces la arena empezó a torbellinear directamente ante él, irguiéndose en una curva monstruosa iluminada por la luz de las estrellas. La arena se abrió a solo dos cuerpos de distancia de él. Unos dientes de cristal relucieron a la débil claridad. Vio la bostezante boca grande como una caverna y, mucho más atrás, el reflejo de una débil llama. Un intensísimo olor a especia lo invadió. Pero el gusano se había detenido. Permaneció frente a él mientras la Primera Luna emergía por encima de la colina. La luz se reflejó en los dientes del gusano, delineando la dantesca fosforescencia de los fuegos químicos que ardían en las profundidades de la criatura.

Tan profundo era el innato miedo Fremen, que Leto se vio casi dominado por el deseo de huir. Pero su visión lo mantuvo inmóvil, fascinado por aquel prolongado momento. Nunca nadie había permanecido antes inmóvil tan cerca de la boca de un gusano vivo y había sobrevivido. Cautelosamente, Leto movió su pie derecho, tropezó contra un montículo de arena y, reaccionando demasiado apresuradamente, se vio impulsado hacia la boca del gusano. Se detuvo, dejándose caer sobre sus rodillas.

El gusano no se movió.

Captaba tan sólo a las truchas de arena, y nunca atacaría al vector de las profundidades arenosas de su propia cadena biológica. El gusano atacaría a cualquier otro gusano en su territorio y acudiría al reclamo de la especia al aire libre. Tan sólo una barrera de agua lo detendría... y la trucha de arena, encapsulando el agua, era una barrera de agua.

Experimentalmente, Leto movió una mano hacia aquella aterradora boca. El gusano retrocedió todo un metro.

Recobrando su confianza, Leto se giró de espaldas al gusano y empezó a enseñar a sus músculos a vivir con su nuevo poder. Cautelosamente, anduvo hacia el qanat. El gusano permanecía inmóvil tras él. Cuando Leto estuvo más allá de la barrera de agua, dio un salto de alegría, recorrió diez metros por el aire hasta tocar de nuevo la arena, se dejó caer, rodó sobre sí mismo, estalló en una gran carcajada.

Una luz tembló sobre la arena cuando el sello de la choza fue abierto. Sabiha se perfiló inmóvil contra el resplandor amarillo púrpura de la lámpara, mirando hacia él.

Riendo, Leto corrió a través del qanat, se detuvo frente al gusano, se giró, y miró

a Sabiha con los brazos abiertos.

—¡Mira! —gritó—. ¡El gusano me obedece!

Mientras ella seguía mirándole, helada por el estupor, se giró de nuevo, contorneó al gusano, y se adentró en el cañón. Ganando experiencia con su nueva piel, descubrió que podía correr con tan sólo una ligera flexión de sus músculos. Apenas necesitaba realizar ningún esfuerzo. Cuando se esforzaba en correr, casi volaba sobre la arena, con el viento ardiendo en el círculo de su rostro que quedaba expuesto. Al llegar al final del cañón, en lugar de detenerse, dio un salto de más de quince metros, se agarró a las rocas, escaló, trepando como un insecto, y alcanzó la cresta que dominaba el Tanzerouft.

El desierto se extendía ante él, una vasta ondulación plateada a la luz de la luna.

La loca embriaguez que se había apoderado de Leto cedió.

Se acuclilló, sintiendo cuán ligero era ahora su cuerpo. El esfuerzo había producido una ligera película de sudor, que un destiltraje hubiera absorbido hacia los tejidos de recuperación que separarían las sales. Al relajarse, la película desapareció, absorbida tan rápidamente por la membrana como lo hubiera podido hacer un destiltraje. Pensativamente, Leto enrolló un extremo de la membrana bajo sus labios y tiró de él hasta su boca, bebiendo el dulce jugo.

De todos modos, su boca no quedaba protegida. La sabiduría Fremmen le decía que la humedad de su cuerpo era desperdiciada a cada respiración. Leto tiró de una sección de la membrana para que cubriera su boca, la enrolló hacia abajo cuando intentó sellar su nariz, la sujetó firmemente hasta que la enrollada barrera permaneció en su lugar. A manera del desierto, pasó a la respiración automática: respirar por la nariz, expirar por la boca. La membrana sobre su boca formó una protuberancia en forma de pequeña burbuja, pero permaneció en su sitio. Ninguna humedad se acumuló en sus labios, y su nariz siguió despejada. Así pues, la adaptación progresaba.

Un tóptero voló entre Leto y la luna, se ladeó, y avanzó en su dirección para aterrizar en el interior de la colina, quizás a unos cien metros a su izquierda. Leto lo observó, se giró, y miró al cañón por el cual había llegado hasta allí. Podían verse varias luces allá abajo, al otro lado del qanat, el agitarse de una multitud. Oyó gritos lejanos, captó la histeria en las voces. Dos hombres avanzaron hacia él desde el tóptero. La luz de la luna se reflejó en sus armas.

*El Mashhad*, pensó Leto, y fue un pensamiento triste. Aquel era el gran salto hacia el Sendero de Oro. Se había cubierto con un destiltraje viviente y autorreparante de membranas de truchas de arena, algo de un valor inconmensurable en Arrakis... cuyo precio no podía ser fijado. *Ya no soy humano. Las leyendas acerca de esta noche crecerán y engrandecerán las cosas hasta el punto que ninguno de sus participantes las reconocerá. Pero estas leyendas serán, en su mayor parte, verdad.*

Miró hacia abajo, más allá de la colina, estimando que el desierto se hallaba a unos doscientos metros bajo él. La luna hacía resaltar los riscos y las escarpaduras en la agreste ladera, sin revelar ningún camino practicable. Leto permaneció inmóvil, inhaló profundamente, miró hacia atrás, hacia los hombres que se aproximaban, y luego se encaramó hasta el último saliente rocoso y saltó al vacío. A unos treinta metros más abajo sus flexionadas piernas hallaron una estrecha cornisa. Sus amplificadores musculares absorbieron el choque y rebotaron hacia un lado en dirección a otro saliente, donde se sujetó con sus manos, para saltar otros veinte metros, sujetarse a otro reborde y saltar de nuevo, una y otra vez, rebotando de saliente en saliente, agarrándose a las irregularidades del terreno. Su último salto fue de cuarenta metros, aterrizando con las rodillas dobladas y rodando varias veces sobre sí mismo antes de ponerse en pie en la lisa ladera de una duna, en medio de una pequeña erupción de arena y polvo. Al llegar al fondo, se lanzó hacia la cima de la siguiente duna de un solo salto. Pudo oír frenéticos gritos desde la parte superior de la colina rocosa, pero los ignoró, concentrándose tan sólo en sus saltos desde la cima de una duna a la siguiente.

A medida que se iba habituando a sus amplificadores musculares, sentía una alegría sensual que no había anticipado en aquel devorar distancias de sus movimientos. Era como un ballet en medio del desierto, un desafío al Tanzerouft, que nadie hasta entonces había experimentado nunca.

Cuando juzgó que los ocupantes del ornitóptero se habían recuperado lo suficiente de su shock como para proseguir su persecución, se ocultó en la ladera en sombras de una duna, excavando un túnel en ella. La arena era como un líquido denso para su nueva fuerza, pero la temperatura ascendía peligrosamente cuando se movía demasiado aprisa. Cuando emergió en la otra cara de la duna, descubrió que la membrana había cubierto su nariz. La apartó de allí, sintiendo cómo la nueva piel pulsaba sobre su cuerpo en su labor de absorber su transpiración.

Leto mordió nuevamente el tubo que remataba la membrana, sorbió el jarabe mientras escrutaba el estrellado cielo sobre él. Calculó que habría recorrido unos quince kilómetros desde Shuloch. Al cabo de un momento un tóptero se diseñó sobre el cielo tachonado de estrellas, un gran aparato en forma de pájaro seguido por otro y luego por otro. Oyó el suave batir de sus alas, el susurro de sus silenciosos jets.

Sorbiendo el viviente tubo, aguardó. La Primera pasó por encima suyo, luego la Segunda Luna.

Una hora antes del alba Leto salió fuera y trepó hasta la cresta de la duna, examinando el cielo. No había cazadores. Ahora sabía que se había embarcado en un camino sin retorno. Ante él estaba la trampa en el Tiempo y en el Espacio preparada como una lección inolvidable para él mismo y para toda la humanidad.

Leto se giró hacia el nordeste y recorrió a largos saltos otros cincuenta kilómetros

antes de enterrarse en la arena por todo el día, dejando tan sólo un estrecho orificio hacia la superficie mantenido abierto por un tubo moldeado con las truchas de arena. La membrana estaba aprendiendo convivir con él, al mismo tiempo que él aprendía cómo vivir de ella. Intentó no pensar en las otras cosas que la membrana le estaba haciendo a su carne.

*Mañana haré una incursión en Gara Rulen, pensó. Destruiré su qanat y esparciré su agua por la arena. Luego iré a la Bolsa de Viento, a la Vieja Hendidura y al Harg. En un mes la transformación ecológica se verá retrasada al menos por toda una generación. Esto nos dará tiempo para desarrollar una nueva escala de tiempos.*

Y los hechos serían imputados a las feroces tribus rebeldes, por supuesto. Algunos revivirían los recuerdos de Jacurutu. Alia se encontraría con las manos llenas. Y Ghanima... Silenciosamente, Leto musitó las palabras que restaurarían sus recuerdos. Habría tiempo para aquello más tarde... si sobrevivía a aquella terrible mezcla de hilos.

El Sendero de Oro lo atraía hacia el desierto, en una forma casi física que podía ver con los ojos abiertos. Y pensó en cómo ocurría todo aquello: al igual que los animales deben moverse a través de su territorio, dependiendo su existencia de este movimiento, el alma de la humanidad, bloqueada desde hacía eones, necesitaba un sendero a través del cual pudiera moverse.

Entonces pensó en su padre, diciéndose a sí mismo: *Pronto discutiremos de hombre a hombre, y sólo una visión emergerá.*

Los límites de la supervivencia son fijados por el clima, ese lento fluir de los cambios que muchas veces no pueden ser apreciados por una generación. Y son los extremos del clima los que fijan los modelos. Aislados, los limitados sentidos de los seres humanos pueden observar tan sólo provincias climáticas, fluctuaciones anuales del tiempo y, ocasionalmente, pueden observar cosas tales como «Este es el año más frío que jamás hayamos conocido». Tales cosas son perceptibles. Pero los seres humanos son raramente conscientes de los lentos cambios que se producen a lo largo de un enorme número de años. Y es precisamente teniendo consciencia de estos lentos cambios que los seres humanos pueden sobrevivir en un planeta. Deben aprender a conocer el clima.

*Arrakis, la Transformación, según HARQ AL-ADA*

Alia permanecía sentada con las piernas cruzadas sobre su lecho, intentando calmarse recitando la Letanía Contra el Miedo, pero burlonas risas resonaban en su cráneo, bloqueando todos sus esfuerzos. Podía escuchar la voz, controlando sus oídos, su mente.

—¿Qué tontería es ésta? ¿De qué tienes miedo?

Los músculos de sus pantorrillas se contrajeron cuando sus pies intentaron echar a correr. Pero no había ningún lugar adónde correr.

Iba vestida tan sólo con una túnica dorada de la más pura seda paliana, que revelaba una obesidad que había empezado a hinchar su cuerpo. La Hora de los Asesinos acababa de pasar; el alba estaba cerca. Los informes relativos a los últimos tres meses estaban esparcidos ante ella en el cubrecama rojo. Podía oír el zumbido del acondicionador de aire y la débil brisa agitando las etiquetas de las bobinas de hilo shiga.

Sus ayudantes la habían despertado hacía dos horas, atemorizadas, trayéndole noticias del último ultraje, y Alia había pedido que le trajeran todos los informes, intentando encontrar un esquema comprensible.

Interrumpió la Letanía.

Aquellos ataques tenían que ser obra de los rebeldes. Obviamente. Cada vez más y más de ellos se revolvían contra la religión de Muad'Dib.

—¿Y qué es lo que hay de equivocado en ello? —preguntó la burlona voz en su interior.

Alia agitó ferozmente la cabeza. Namri le había fallado. Había sido una estúpida confiando en un instrumento de doble filo tan peligroso como aquél. Sus ayudantes susurraban que el culpable era Stilgar, que Stilgar era en secreto un rebelde. ¿Y qué había sido de Halleck? ¿Se había ocultado entre sus amigos contrabandistas? Probablemente.

Tomó una de las bobinas. ¡Y Muriz! El hombre era un histérico. Aquella era la única explicación posible. De otro modo no tenía más alternativa que creer en los

milagros. Ningún ser humano, y mucho menos un niño (ni siquiera un niño como Leto) podía saltar de la alta escarpadura de la colina rocosa de Shuloch y sobrevivir para huir a través del desierto en saltos que lo llevaran de cresta en cresta de las dunas.

Alia sintió la frialdad del hilo shiga bajo su mano.

¿Dónde estaba Leto, entonces? Ghanima se negaba a creer que no estuviera muerto. Una Decidora de Verdad había confirmado su historia: Leto había caído bajo las garras de un tigre laza. Entonces, ¿quién era el niño que habían informado Namri y Muriz?

Se estremeció.

Cuarenta qanats habían sido destruidos, su agua esparcida por la arena. Los Fremén leales, y los rebeldes también, eran todos una pandilla de supersticiosos. Sus informes estaban repletos de historias de misteriosos acontecimientos. Las truchas de arena saltaban a los qanats y se fragmentaban en una multitud de pequeñas réplicas de sí mismas. Los gusanos se ahogaban deliberadamente. La sangre se derramaba de la Segunda Luna y caía sobre Arrakis, despertando a los grandes gusanos. ¡Y la frecuencia de las tormentas estaba *aumentando*!

Pensó en Duncan incomunicado en el Tabr, inquieto por las restricciones que ella le había impuesto a través de Stilgar. Él e Irulan no hacían otra cosa que hablar del *real* significado que se ocultaba tras todos aquellos presagios. ¡Estúpidos! ¡Incluso sus espías evidenciaban estar influenciados por aquellas absurdas habladurías!

¿Por qué insistía Ghanima en su historia del tigre laza?

Alia suspiró. Sólo uno de los informes en las bobinas de hilo shiga la tranquilizaba. Farad'n había enviado un contingente de sus guardias personales «para ayudaros en vuestros problemas y para preparar el camino para el Rito Oficial del Compromiso». Alia sonrió para sí misma y compartió la risotada que resonó en su cráneo. Aquel plan, al menos, permanecía intacto. Se habían encontrado explicaciones lógicas para disipar todas aquellas estúpidas supersticiones.

Mientras tanto, había utilizado a los hombres de Farad'n para que la ayudaran a cerrar Shuloch y a arrestar a todos los disidentes conocidos, especialmente entre los Naibs. Había dudado en actuar también contra Stilgar, pero la voz interior la había advertido al respecto.

—Todavía no.

—Mi madre y la Hermandad poseen aún un plan propio —había susurrado Alia—. ¿Por qué están adiestrando a Farad'n?

—Quizás eso la excite —había dicho el Viejo Barón.

—No a alguien tan frío como ella.

—¿Quizás estás pensando en pedirle a Farad'n que te la devuelva?

—¡Sé los peligros que eso representaría!

—Muy bien. Mientras tanto, hay ese joven ayudante que Zia te ha traído recientemente, creo que su nombre es Agarves... Buer Agarves. Si lo invitaras aquí esta noche...

—¡No!

—Alia...

—¡Está a punto de amanecer, viejo estúpido insaciable! Hay una reunión del Consejo Militar esta mañana, y los sacerdotes...

—No confíes en ellos, querida Alia.

—¡Por supuesto que no!

—Muy bien. Ahora, con respecto a ese Buer Agarves.

—¡He dicho que no!

El Viejo Barón permaneció silencioso en ella, pero Alia empezó a sentir el dolor de cabeza. Un lento dolor empezó a crecer desde su mejilla izquierda y a penetrar en su cráneo. Ya una vez la había obligado a doblarse, echando a correr por los pasillos, con aquel truco. Esta vez decidió resistir.

—Si insistes, tomaré un sedante —dijo.

Él se dio cuenta de que estaba hablando en serio. El dolor de cabeza empezó a disminuir.

—Muy bien —dijo, petulante—. Lo dejaremos para otra vez, entonces.

—Exacto —asintió ella—. Lo dejaremos para otra vez.

Tú divides la arena con tu fuerza; tú abres la cabeza de los dragones en el desierto. Sí, te veo como una bestia surgiendo de entre las dunas; llevas en tu frente los cuernos del cordero, pero hablas como el dragón.

Biblia Católica Naranja Revisada, Arran 11:4

Era la inmutable profecía, los hilos se convirtieron en una cuerda, algo que Leto tenía ahora la impresión de haber conocido toda su vida. Miró por encima de las sombras del atardecer en el Tanzerouft. A ciento setenta kilómetros hacia el norte estaba la Vieja Hendidura, el profundo y retorcido corte a través de la Muralla Escudo por el cual los primeros Fremen habían emigrado al desierto.

No quedaba ninguna duda en Leto. Sabía por qué estaba allí, solo en el desierto, sintiendo que toda aquella tierra le pertenecía, que debía obedecer sus órdenes. Sintió la cuerda que lo conectaba con toda la humanidad, y aquella profunda necesidad de un universo de experiencias que tuviera un sentido lógico, un universo de regularidades reconocibles dentro de sus perpetuos cambios.

*Conozco este universo.*

El gusano que lo había conducido hasta allí había acudido cuando él había golpeado rítmicamente el suelo con su pie e, irguiéndose ante él, se había inmovilizado como una bestia obediente. Había subido a su lomo y, utilizando tan sólo las manos amplificadas por la membrana, había dejado al descubierto el sensible extremo de uno de sus anillos para mantenerlo en la superficie. El gusano había quedado exhausto tras su caminata de toda la noche hacia el norte. Su «factoría» interna de silicio y sulfuro había trabajado a toda su capacidad, exhalando densas fumarolas de oxígeno que el viento había lanzado contra Leto, envolviéndolo en torbellineantes vapores. A veces las intensas y ardientes exhalaciones lo habían aturdido, llenando su mente con extrañas percepciones. La reflexiva y circular subjetividad de sus visiones lo habían arrojado hacia sus antepasados, obligándole a revelar porciones de su pasado terrestre, comparando luego esas porciones con su cambiante yo.

Podía sentir ya cuán lejos estaba de algo que fuera reconociblemente humano. Seducida por la especie, de la que engullía hasta el más mínimo rastro, la membrana que lo recubría ya no era un conjunto de truchas de arena, al igual que él ya no era un ser humano. Los cilios se habían hundido en su carne, formando una nueva criatura que experimentaría su propia metamorfosis en los eones futuros.

*Tú viste esto, padre, y lo rechazaste, pensó. Era algo demasiado terrible de afrontar.*

Leto sabía lo que se había creído de su padre, y el porqué.



*Muad'Dib murió de presciencia.*

Pero Paul Atreides había pasado del universo de la realidad al alam *al-mythal*, donde seguía vivo, huyendo de aquello que su hijo había afrontado.

Ahora tan sólo existía el Predicador.

Leto se acurrucó en la arena y dirigió su atención hacia el norte. El gusano tenía que llegar de aquella dirección, y a su lomo cabalgarían dos personas: un joven Fremen y un hombre ciego.

Una bandada de pálidos murciélagos pasó sobre la cabeza de Leto, siguiendo su camino hacia el sudeste. Eran minúsculos puntos en el cada vez más oscuro cielo, pero el adiestrado ojo Fremen podría seguir su curso para descubrir dónde se hallaba su refugio. El Predicador evitaría aquel refugio, pensó. Su destino era Shuloch, donde los murciélagos salvajes no eran permitidos porque podían guiar a los extranjeros hasta aquel lugar secreto.

El gusano apareció en un principio como un oscuro movimiento entre el desierto y el cielo septentrional. *Matar*, la lluvia de arena que caía de las grandes altitudes procedente de una moribunda tormenta, lo oscureció durante unos pocos minutos, para volver a aparecer luego, más nítido y cercano.

La fría línea en la base de la duna donde se había acurrucado Leto empezaba a condensar su humedad nocturna. Notó la frágil humedad en sus fosas nasales, ajustó la burbuja formada por la membrana sobre su boca. Ya no tenía ninguna necesidad de beber agua o sorber humedad de cualquier cosa impregnada en ella. De los genes de su madre había heredado el largo y ancho intestino Fremen que permitía absorber el agua de cualquier cosa que pasara por él. Y su viviente destiltraje absorbía y retenía cualquier indicio de humedad que encontrara. Incluso mientras permanecía sentado allí, la membrana que estaba en contacto con la arena había emitido una serie de cilios seudópodos que capturaban cualquier asomo de energía que pudiera almacenar.

Leto estudió el gusano que se acercaba. Sabía que en aquel entonces el joven guía ya debía haberlo visto, notando la mancha en la cima de la duna. El conductor del gusano no podía discernir por el momento qué era aquel objeto que veía en la distancia, pero aquel era un problema que el adiestramiento Fremen le había enseñado cómo afrontar: Cualquier objeto desconocido era peligroso. Las reacciones del joven guía eran predecibles, incluso sin ninguna visión.

De acuerdo con esta predicción, el rumbo del gusano se desvió ligeramente y se centró directamente en Leto.

Los gusanos gigantes eran un arma que los Fremen habían empleado multitud de veces. Los gusanos habían ayudado a vencer a Shaddam y a Arrakeen. Aquel gusano, sin embargo le falló a los designios de su montura. Hizo alto a diez metros de distancia, y no hubo forma de hacerlo avanzar ni siquiera un grano más de arena.

Leto se puso en pie, sintiendo que los cilios se replegaban en la parte de su

membrana que había estado en contacto con el suelo. Liberó su boca y gritó en voz alta:

—¡*Achlan, wasachlan!* —«¡*Bienvenidos, dos veces bienvenidos!*».

El hombre ciego permanecía inmóvil tras su guía, en el lomo del gusano, con una mano puesta sobre el hombro del muchacho. Mantenía erguida la cabeza, con la nariz apuntada hacia Leto, como intentando oler la naturaleza de aquella interrupción. El ocaso teñía de naranja su frente.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre ciego, agitando el hombro de su guía—. ¿Por qué nos hemos detenido? —Su voz era nasal a través de los filtros de su destiltraje.

El muchacho miró temerosamente a Leto y dijo:

—Es únicamente alguien solo en el desierto. Un niño, según lo que parece. He intentado que el gusano lo arrollara, pero el gusano se ha negado.

—¿Por qué no me lo has dicho? —gruñó el hombre ciego.

—¡Creía que era tan sólo alguien perdido en el desierto! —protestó el muchacho—. Pero es un demonio.

—Has hablado como un auténtico hijo de Jacurutu —dijo Leto—. Y tú, señor, tú eres el Predicador.

—Lo soy, sí. —Y había miedo en la voz del Predicador, a causa de que finalmente había encontrado su propio pasado.

—Esto no es un jardín —dijo Leto—, pero sois bienvenidos a compartir este lugar conmigo, esta noche.

—¿Quién eres? —preguntó el Predicador—. ¿Cómo has conseguido detener a nuestro gusano? —Había un ominoso tono de reconocimiento en la voz del Predicador. Leto pidió a su mente los recuerdos de su visión alternativa... sabiendo que podía interrumpirla precisamente allí.

—¡Es un demonio! —protestó el joven guía—. Debemos huir de este lugar, o nuestras almas...

—¡Silencio! —restalló el Predicador.

—Soy Leto Atreides —dijo Leto—. Vuestro gusano se ha detenido porque yo se lo he ordenado.

El Predicador se inmovilizó en un helado silencio.

—Ven, padre —dijo Leto—. Baja y deja transcurrir la noche conmigo. Puedo ofrecerte un dulce jarabe para beber. Veo que lleváis fremochilas con comida y depósitos de agua. Compartiremos nuestras riquezas aquí sobre la arena.

—Leto es todavía un niño —protestó el Predicador—. Y dicen que ha sido muerto por la traición de los Corrino. No hay indicios de niñez en tu voz.

—Tú me conoces, señor —dijo Leto—. Soy pequeño por mi edad, pero mi experiencia es antigua, y mi voz ha aprendido.

—¿Qué haces tú en el Desierto Profundo? —preguntó el Predicador.

—*Bu ji* —dijo Leto. «*Nada de nada*». Era la respuesta de un vagabundo Zensunni, alguien que actuaba sólo desde una descansada posición, sin esfuerzo y en armonía con todo lo que lo rodeaba.

El Predicador sacudió el hombro de su guía.

—¿Es un niño, realmente es un niño?

—*Aiya* —dijo el muchacho, con su atención temerosamente centrada en Leto.

Un profundo y tembloroso suspiro agitó al Predicador.

—No —dijo.

—Es el demonio bajo la forma de un niño —dijo el guía.

—Pasaréis aquí la noche —dijo Leto.

—Haremos lo que dice —aceptó el Predicador. Soltó el asidero de su guía, se deslizó por el flanco del gusano, guiándose por uno de sus anillos hasta alcanzar la arena y saltando hacia adelante cuando sus pies entraron en contacto con ella. Girándose, dijo:

—Suelta al gusano y envíalo a hundirse en la arena. Está cansado y no nos molestará.

—¡El gusano no se irá! —protestó el muchacho.

—Se irá —dijo Leto—. Pero si intentas huir con él, haré que te devore. —Se movió hacia un lado, fuera del alcance de los sentidos del gusano, y señaló en la dirección de dónde había venido—. Hacia allí.

El muchacho aguijoneó ligeramente un anillo detrás de él, retorciendo uno de los garfios de doma que lo mantenían abierto. Lentamente, el gusano empezó a deslizarse por la arena, girando a medida que el muchacho deslizaba el garfio hacia su flanco.

El Predicador, siguiendo el sonido de la voz de Leto, descendió por la pendiente de la duna y se detuvo a dos pasos de él. Realizó todos sus movimientos con una tranquila seguridad, y Leto supo que su encuentro no iba a ser fácil.

Allí se bifurcaban las visiones.

—Quítate la máscara del destiltraje, padre —dijo Leto.

El Predicador obedeció, echando hacia atrás su capucha y retirando la máscara que cubría su boca.

Sabiendo cuál era su propia apariencia, Leto estudió aquel rostro, captando la semejanza de los rasgos delineados por la luz del atardecer. Aquellos rasgos formaban una indefinible reconciliación, un sendero de genes sin confines precisos, y no había posibilidad de equivocarse. Aquellos rasgos habían llegado hasta Leto de los días húmedos, de los días de abundante agua, de los milagrosos mares de Caladan. Pero ahora se hallaban en una encrucijada en Arrakis, mientras la noche se desparramaba sobre las dunas.

—Así, padre —dijo Leto, mirando hacia su izquierda, donde podía ver al joven

guía regresando penosamente hacia ellos desde el lugar donde había abandonado al gusano.

—*¡Mu zein!* —dijo el Predicador, barriendo el aire con la mano en un gesto brusco. «*¡Esto no es bueno!*».

—*Koolish zein* —dijo Leto con voz suave. «*Esto es todo lo bueno que podremos tener nunca*». Y añadió, hablando en chakobsa, el lenguaje de batalla Atreides—: *¡Aquí estoy; aquí me quedo!* No podemos olvidar esto, padre.

Los hombros del Predicador se relajaron. Puso ambas manos sobre sus vacías órbitas en un gesto no realizado desde hacía mucho tiempo.

—Un día te presté la vista de mis ojos y tomé tus recuerdos —dijo Leto—. Sé tus decisiones y he estado en el lugar donde te ocultaste.

—Lo sé. —El Predicador bajó sus manos—. ¿Te quedarás?

—Me pusiste el nombre del hombre que insertó esto en su escudo de armas —dijo Leto—: *¡J'y suis, j'y reste!*

El Predicador suspiró profundamente.

—¿Cuán lejos has llegado con lo que has hecho de ti mismo?

—Mi piel ya no es la mía, padre.

El Predicador se estremeció.

—Entonces sé cómo me has hallado aquí.

—Sí, he atado mi memoria a un lugar que mi carne nunca había conocido —dijo Leto—. Necesito pasar una noche con mi padre.

—Yo no soy tu padre. Soy tan sólo una pobre copia, una reliquia. —Giró su cabeza hacia el ruido del guía que se aproximaba—. Ya no consulto las visiones para conocer mi futuro.

Mientras hablaba, la oscuridad invadió el desierto. Las estrellas se encendieron sobre sus cabezas y Leto giró también su cabeza hacia el guía que se aproximaba.

—*¡Wubakh ul kuhar!* —le gritó Leto al joven. «*¡Saludos!*».

La respuesta llegó desde lejos:

—*¡Subakh un nar!*

Hablando con un ronco susurro, el Predicador dijo:

—Ese joven Assan Tariq es peligroso.

—Todos los Desheredados son peligrosos —dijo Leto—. Pero no para mí. —Habló en tono bajo, conversacional.

—Si esta es tu visión, yo no la compartiré —dijo el Predicador.

—Quizá no tengas elección —dijo Leto—. Tú eres el *fit-haqiqa*, la Realidad. Tú eres Abu Dhur, el Padre de los Indefinidos Caminos del Tiempo.

—Yo no soy más que el cebo en una trampa —dijo el Predicador, y su voz era amarga.

—Y Alia ya ha devorado este cebo —dijo Leto—. Pero no le ha gustado su sabor.

—¡No puedes hacer esto! —siseó el Predicador.

—Ya lo he hecho. Mi piel ya no es la mía.

—Quizá aún no sea demasiado tarde para que tú...

—Es demasiado tarde —Leto inclinó hacia un lado su cabeza. Podía oír a Assan Tariq ascendiendo penosamente por la ladera de la duna hacia ellos, guiándose por el sonido de sus voces—. Saludos, Assan Tariq de Shuloch —dijo.

El muchacho se detuvo justo debajo de Leto en la ladera de la duna, una oscura sombra a la luz de las estrellas. Había indecisión en la rigidez de sus hombros, en la forma como inclinaba la cabeza.

—Sí —dijo Leto—, yo soy el que escapó de Shuloch.

—Cuando oí... —empezó el Predicador. Y luego—: ¡puedes hacer esto!

—Lo estoy haciendo. ¿Qué importancia tiene si te vuelves ciego una segunda vez?

—¿Crees que le temo? —preguntó el Predicador—. ¿No ves el selecto guía que me han proporcionado?

—Lo veo. —Leto se enfrentó de nuevo con Tariq—. ¿No me has oído, Assan? Soy el que escapó de Shuloch.

—Eres un demonio. —El muchacho temblaba.

—Tu demonio —dijo Leto—. Pero tú eres mi demonio.

—Y Leto sintió la tensión crecer entre él y su padre. Había un juego de sombras a todo su alrededor, una proyección de formas inconscientes. Y Leto sintió los recuerdos de su padre, una especie de profecía retrospectiva que escogía las visiones para formar la realidad concreta de aquel instante.

Tariq captó aquella batalla de las visiones. Retrocedió varios pasos por la ladera.

—Tú no puedes controlar el futuro —susurró el Predicador, y el sonido de su voz estaba lleno de esfuerzo, como si estuviera levantando un enorme peso.

Leto captó la disonancia entre ellos. Era un elemento del universo contra el que luchaba toda su vida. Él o su padre se verían muy pronto forzados a actuar, tomando una decisión a través de este acto, eligiendo una visión. Y su padre tenía razón: intentando alcanzar el supremo control del universo, uno tan solo conseguía forjar las armas con las cuales eventualmente este universo te vencería. Elegir y controlar una visión requería mantener el equilibrio sobre un único y delgado hilo... hacer el papel de Dios allá en lo alto, en la cuerda floja, con la cósmica soledad a ambos lados. Ninguno de los contendientes podía retirarse a la muerte-como-cese-de-la-paradoja. Cada uno de ellos conocía las visiones y las reglas. Todas las viejas ilusiones estaban muriendo. Y cuando uno de los contendientes se moviera, el otro debería hacer un contramovimiento. La única auténtica verdad que importaba ahora para ellos era la que los separaba de la visión de fondo. No había ningún lugar seguro, tan solo un descanso transitorio de relaciones, confinado en los límites ahora impuestos y

amenazados por inevitables cambios. Cada uno de ellos tenía tan solo un desesperado y solitario valor al que agarrarse, pero Leto poseía dos ventajas: se había adentrado por propia voluntad en un sendero sin retorno, y había aceptado las terribles consecuencias de un acto. Su padre en cambio confiaba aún en que hubiera algún camino que le permitiera retroceder, y no había tomado ninguna decisión definitiva.

—¡No debes! ¡No debes! —jadeó el Predicador.

*Ve cuál es mi ventaja*, pensó Leto.

Habló en tono conversacional, enmascarando sus propias tensiones, el esfuerzo por mantener el equilibrio requerido por aquella confrontación a alto nivel.

—No creo apasionadamente en la verdad, no poseo otra fe que aquella que yo mismo voy creando —dijo. Y entonces captó un movimiento entre él y su padre, algo con características granulares que alcanzó tan sólo a la propia apasionada creencia subjetiva de Leto en sí mismo. A través de tal creencia supo que había clavado los indicadores del Sendero de Oro. Algún día tales indicadores podrían decirles a otros cómo llegar a ser humanos, una extraña donación por parte de una criatura que ya no era humana en aquellos momentos. Pero esos indicadores solían ser colocados siempre por apostadores. Leto se sintió disperso a través de todo el conjunto de sus vidas interiores y, sintiendo esto, se lanzó a la apuesta suprema.

Husmeó suavemente el aire, buscando las señales que tanto él como su padre esperaban. Quedaba todavía una pregunta: ¿habría puesto su padre en guardia al aterrado joven guía que aguardaba bajo ellos?

En aquel momento Leto percibió el ozono, el traicionero olor de un escudo. Fiel a las órdenes recibidas de los Desheredados, el joven Tariq estaba intentando matar a aquellos dos peligrosos Atreides, sin saber los horrores a los que los precipitaría aquello.

—No lo hagas —susurró el Predicador.

Pero Leto sabía que la señal era verdadera. Notó el ozono pero no había ninguna picazón en el aire a su alrededor Tariq usaba un pseudoescudo en el desierto, un arma desarrollada exclusivamente para Arrakis. El Efecto Holtzmann atraería a un gusano, haciéndolo enloquecer al mismo tiempo. Nada podría detener a un tal gusano... ni agua, ni la presencia de una trucha de arena... absolutamente nada. Sí, el muchacho había plantado el instrumento en la ladera de la duna, y estaba empezando a alejarse de la zona peligrosa. Leto saltó de la cresta de la duna, oyendo a su padre gritar su protesta. Pero el terrible ímpetu de los amplificadas músculos de Leto impulsó su cuerpo como un misil. Una mano tendida aferró el cuello del destiltraje de Tariq, la otra restalló para agarrar al condenado muchacho por la cintura. Se oyó un solo crujido cuando el cuello se partió. Leto rodó por el suelo, guiando a su cuerpo como un instrumento delicadamente equilibrado hasta el lugar exacto donde el pseudoescudo había sido enterrado en la arena. Sus dedos excavaron con potente

fuerza hasta poner al descubierto el instrumento; lo sacó y lo arrojó lejos de ellos, hacia el sur.

Poco después le llegó un gran siseo procedente del desierto, seguido de un intenso fragor allá donde había ido a caer el pseudoescudo. Luego el fragor disminuyó, y se hizo de nuevo el silencio.

Leto alzó la vista hacia la cima de la duna, donde su padre permanecía inmóvil, todavía desafiante, pero vencido. Aquel era Paul Muad'Dib, ciego, furioso, cerca de la desesperación como consecuencia de su huida de la visión que Leto había aceptado. La mente de Paul podía reflexionar ahora en el Long Koan Zensunni: *«En aquel acto de predicción de un futuro exacto, Muad'Dib introdujo un elemento de desarrollo y evolución propio de la verdadera presciencia a través de la cual veía la existencia humana. Haciendo esto, derramó la incertidumbre sobre él. Buscando lo absoluto de una predicción ordenada, amplificó el desorden, distorsionó la predicción»*.

Regresando a la cresta de la duna de un solo salto, Leto dijo:

—Ahora yo soy tu guía.

—¡Nunca!

—¿Prefieres regresar a Shuloch? Incluso aunque te dieran la bienvenida viéndote llegar sin Tariq, ¿dónde está ahora Shuloch? ¿Pueden verlo tus ojos?

Paul afrontó entonces a su hijo, clavando sus vacías órbitas en Leto.

—¿Conoces realmente el universo que has creado aquí?

Leto captó el particular énfasis. La visión que ambos sabían había iniciado allí con aquel terrible movimiento había requerido un acto de creación en un determinado punto en el tiempo. Debido a aquel momento, todo el universo consciente compartía una perspectiva lineal del tiempo que poseía características de ordenada progresión. Habían entrado en aquel tiempo como si hubieran saltado de un vehículo en movimiento, y tan sólo habían podido hacerlo de aquella manera.

Frente a aquello, Leto sujetaba las riendas de sus muchos hilos, equilibradas en su propia perspectiva multivisión del tiempo, multilineal y multiintersectada. Era el hombre dotado de vista en un universo de ciegos. Tan sólo él podía dispersar la ordenación racional debido a que su padre ya no podía seguir sujetando las riendas. En la perspectiva de Leto, un hijo había alterado el pasado. Y un pensamiento tal como podía ser esbozado en el más lejano futuro podía reflejarse en el *ahora* y mover su mano.

Sólo su mano.

Paul sabía esto debido a que ya no podía ver cómo Leto maniobraría las riendas, tan sólo podía reconocer las inhumanas consecuencias que Leto había aceptado. Y pensó: *Este es el cambio por el cual he rogado. ¿Por qué tengo miedo de él? ¿Porque es el Sendero de Oro!*

—Estoy aquí para darle una finalidad a la evolución y, al mismo tiempo, para darle una finalidad a nuestras visiones —dijo Leto.

—¿*Deseas* vivir esos miles de años, cambiando de la forma que sabes vas a cambiar?

Leto supo que su padre no estaba hablando de cambios físicos. Ambos sabían las consecuencias físicas: Leto se adaptaría y adaptaría; la piel-que-ya-no-era-la-suya se adaptaría y se adaptaría. El impulso evolutivo de cada una de las partes se fundiría con el de la otra, y una única transformación emergería de todo ello. Cuando llegara la metamorfosis, *si* llegaba, una criatura pensante de aterradoras dimensiones emergería sobre el universo... y aquel universo la veneraría.

No... Paul se estaba refiriendo a los cambios internos, los pensamientos y decisiones que infligirían a sus seguidores.

—Aquellos que te creen muerto —dijo Leto—, sabes como refieren tus últimas palabras.

—Por supuesto.

—*Ahora hago lo que toda la vida tuve que hacer al servicio de la vida* —dijo Leto—. Tú nunca dijiste esto, pero un Sacerdote que pensó que nunca ibas a regresar para llamarle mentiroso puso esas palabras en tu boca.

—No lo llamaré mentiroso —Paul suspiró profundamente—. Son unas buenas últimas palabras.

—¿Quieres quedarte aquí o volver a aquella choza en la depresión de Shuloch? —preguntó Leto.

—Ahora este es tu universo —dijo Paul.

Aquellas palabras llenas de fracaso penetraron profundamente en Leto. Paul había intentado conducir los últimos hilos de una visión personal, una elección que había tomado muchos años antes en el Sietch Tabr. Por ello había aceptado su papel como instrumento de venganza de los Desheredados, los supervivientes de Jacurutu. Ellos lo habían contaminado, pero lo había preferido a su visión de aquel universo que Leto había elegido.

La tristeza que había en Leto era tan grande que no pudo hablar durante unos minutos. Cuando consiguió dominar su voz, dijo:

—Por eso has puesto el cebo ante Alia, tentándola y desorientándola para obligarla a actuar y tomar decisiones equivocadas. Y ahora ella sabe quién eres.

—Lo sabe... Sí, lo sabe. —La voz de Paul era vieja y estaba cargada de ocultas protestas. Sin embargo, había una reserva de desconfianza en él. Dijo—: Te apartaré de tu visión, si puedo.

—Miles de años de paz —dijo Leto—. Eso es lo que les daré.

—¡Inactividad! ¡Estancamiento!

—Por supuesto. Y esas formas de violencia que permitiré. Será una lección que la



humanidad no podrá olvidar nunca.

—¡Escupo en tu lección! —dijo Paul—. ¿Crees que no he visto nunca nada similar a lo que tú has elegido?

—Lo has visto —admitió Leto.

—¿Acaso es tu visión mejor que la mía?

—En absoluto mejor. Quizá peor incluso —dijo Leto.

—Entonces, ¿qué puedo hacer sino resistirte? —preguntó Paul.

—¿Matarme, quizá?

—No soy tan inocente. Sé lo que has puesto en movimiento. Sé de los qanats destrozados y de los disturbios.

—Y ahora Assan Tariq nunca regresará a Shuloch. Tú deberás volver conmigo o no volver nunca, porque ahora ésta es mi visión.

—Elijo no volver.

*Qué vieja suena su voz*, pensó Leto, y aquel pensamiento era un lacerante dolor.

—Tengo el anillo del halcón de los Atreides oculto en mi *dishdasha* —dijo—. ¿Quieres que te lo devuelva?

—Oh, si hubiera muerto —susurró Paul—. Realmente deseaba morir cuando me adentré en el desierto aquella noche pero sabía que no podía dejar este mundo. Debía volver atrás y...

—Restituir la leyenda —dijo Leto—. Lo sé. Y los chacales de Jacurutu estaban esperando a por ti aquella noche como sabías que iban a estar esperando. ¡Ellos deseaban tus visiones! Y tú lo sabías.

—Me negué. Nunca les he dado ninguna visión.

—Pero ellos te contaminaron. Te atiborraron con esencia de especia y te doblegaron con mujeres y sueños. Y tú tuviste visiones.

—Algunas veces —qué sardónica sonaba su voz.

—¿Tomarás tu anillo con el halcón? —preguntó Leto.

Paul se sentó bruscamente en la arena, una mancha oscura sobre el estrellado cielo.

—¡No!

*Así pues, conoce la futilidad de ese sendero*, pensó Leto. Aquello revelaba mucho, pero no lo suficiente. La discusión acerca de las visiones se había desplazado del delicado de las elecciones al más basto de descartar alternativas. Paul sabía que no podía vencer, pero al menos esperaba anular aquella única visión a la cual se aferraba Leto.

Unos instantes más tarde, Paul dijo:

—Sí, fui contaminado por Jacurutu. Pero tú te has contaminado a ti mismo.

—Eso es cierto —admitió Leto—. Soy tu hijo.

—¿Y eres un buen Fremén?

—Sí.

—¿Permitirás a un hombre ciego adentrarse finalmente en el desierto? ¿Permitirás que busque la paz bajo mis propios términos? —golpeó la arena a su lado.

—No, no te lo permitiré —dijo Leto—. Pero estás en tu derecho de dejarte caer sobre tu propio cuchillo si insistes en ello.

—¡Y a ti te quedará mi cuerpo!

—Exacto.

—¡No!

*De modo que conoce ese sendero*, pensó Leto. La entronización del cuerpo de Muad'Dib por parte de su hijo podía ser considerada como una forma de consolidar la visión de Leto.

—Nunca se lo has dicho a ellos, ¿verdad, padre? —preguntó Leto.

—Nunca se lo he dicho.

—Yo en cambio sí se lo he dicho —dijo Leto—. Se lo he dicho a Muriz. Kralizec, el Huracán en los Límites del Universo.

Paul hundió los hombros.

—No puedes —susurró—. No puedes.

—Ahora soy una criatura de este desierto, padre —dijo Leto—. ¿La hablarías así a una tormenta de Coriolis?

—Me consideras un cobarde porque he rehusado ese sendero —dijo Paul, con voz ronca y temblorosa—. Oh, te comprendo bien, hijo. Los augurios y los auspicios han sido siempre sus propios tormentos. ¡Pero nunca me he perdido en los futuros posibles porque esto es algo inexpresable!

—Tu Jihad será un picnic veraniego por Caladan en comparación —admitió Leto—. Ahora te acompañaré con Gurney Halleck.

—¡Gurney! Sirve a la Hermandad a través de mi madre.

Y entonces Leto comprendió los límites de la visión de su padre.

—No, padre. Gurney ya no sirve a nadie. Conozco el lugar donde se halla y puedo llevarte hasta él. Ya es tiempo de que sea creada la nueva leyenda.

—Veo que no puedo influir en ti. Déjame tocarte entonces, ya que eres mi hijo.

Leto adelantó su mano derecha hasta encontrar los sarmentosos dedos, notó su fuerza, la igualó, y resistió cada movimiento del brazo de Paul.

—Ni siquiera un cuchillo envenenado puede hacerme daño ahora —dijo Leto—. Pertenezco a otra química.

Las lágrimas rodaron por aquellas órbitas vacías, y Paul soltó su presa, dejando caer su mano al costado.

—Si hubiera elegido tu sendero, me hubiera convertido en el *bicouros de shaitan*. ¿En qué te vas a convertir tú?

—Por un tiempo también me llamarán el misionero de *shaitan* —dijo Leto—. Luego empezarán a maravillarse y, finalmente, comprenderán. No avanzaste lo suficiente en tu visión, padre. Tus manos han hecho cosas buenas y malas.

—¡Pero el mal surgió tras haberlas hecho!

—Así es la forma como se manifiestan muchos grandes males —dijo Leto—. Tú has cruzado tan sólo por encima de una parte de mi visión. ¿Acaso tu fuerza no era suficiente?

—Sabes que no me hubiera podido detener allí. Nunca hubiera podido acometer un acto que trajera un mal sabiéndolo antes de acometerlo. Yo no soy Jacurutu. —Se puso en pie—. ¿Crees que soy uno de esos que ríen solos por la noche?

—Es triste que nunca hayas sido realmente Fremen —dijo Leto—. Nosotros los Fremen sabemos cómo actuar como arifa. Nuestros jueces pueden elegir entre los distintos males. Siempre ha sido así para nosotros.

—¿Fremen, no? Esclavos del destino que tú has ayudado a crear —Paul se irguió frente a Leto, avanzó con un movimiento extrañamente tímido, tocó el protegido brazo de Leto, lo exploró hasta donde la membrana dejaba al descubierto una oreja, luego la mejilla y, finalmente, la boca—. Ahhhh, ésta es todavía tu carne —dijo—. ¿Dónde te va a llevar esta carne? —Retiró la mano.

—A un lugar donde los seres humanos puedan crear su futuro instante a instante.

—Eso es lo que dices. Una Abominación quizá dijera lo mismo.

—No soy una Abominación, aunque hubiera podido serlo —dijo Leto—. Vi lo que ocurría con Alia. Un demonio vive en ella, padre. Ghani y yo conocemos a ese demonio: es el Barón, tu abuelo.

Paul enterró el rostro entre sus manos. Sus hombros se estremecieron por un instante; luego apartó sus manos, y su boca se había convertido en una línea dura.

—He aquí una maldición sobre nuestra Casa. He rogado para que tú arrojaras ese anillo a la arena, para que renegaras de mí y te apartaras para iniciar... otra vida. Era allí donde te esperaba.

—¿A qué precio?

Tras un largo silencio, Paul dijo:

—El fin determina el camino que conduce hasta él. Sólo una vez dejé de luchar por mis principios. Tan sólo una vez. Acepté el mahdinato. Lo hice por Chani, pero esto hizo de mí un mal líder.

Leto descubrió que no podía responder a eso. El recuerdo de aquella decisión estaba dentro de él.

—No puedo mentirte más de lo que pueda mentirme a mí mismo —dijo Paul—. Lo sé. Cada hombre debería tener un auditor así. Tan sólo te preguntaré una cosa: ¿Es necesario el Huracán en los Límites del Universo?

—Es esto, o la extinción de la humanidad.

Paul captó la veracidad en las palabras de Leto, y habló en voz baja, reconociendo la mayor amplitud de la visión de su hijo.

—No vi eso entre las posibles elecciones.

—Creo que la Hermandad lo sospecha —dijo Leto—. No puedo aceptar ninguna otra explicación a las decisiones de mi abuela.

El viento nocturno empezó a soplar entonces heladamente en torno a ellos. Hizo chasquear las ropas de Paul alrededor de sus piernas. Se estremeció. Viendo aquello, Leto dijo:

—Tienes una mochila, padre. Inflaré la tienda y podremos pasar la noche confortablemente.

Pero Paul tan sólo consiguió agitar la cabeza, sabiendo que no podría hallar confort en aquella ni en ninguna otra noche. Muad'Dib, el Héroe, debía ser destruido. Lo había dicho él mismo. Tan sólo el Predicador podía continuar existiendo ahora.

Los Fremen fueron los primeros seres humanos en desarrollar una simbología consciente/inconsciente a través de la cual experimentar los movimientos y relaciones de su sistema planetario. Fueron el primer pueblo que expresó el clima en términos de un lenguaje semimatemático cuyos símbolos escritos engloban (e interiorizan) las relaciones exteriores. El lenguaje en sí mismo formaba parte del sistema descrito por él. Su forma escrita tenía la forma de aquello que describía. El íntimo conocimiento local de cuanto era disponible para sostener la vida estaba implícito en su desarrollo. Uno puede medir la extensión de las interacciones de este lenguaje/sistema por el hecho de que los Fremen aceptaban ser considerados ellos mismos como animales de forraje y de pasto.

*La Historia de Liet-Kynes*, por HARQ AL-ADA

—*Kaveh wahid* —dijo Stilgar. «*Trae el café*». Señaló con una huesuda mano hacia un ayudante que permanecía de pie a un lado, junto a la única puerta de la austera estancia de paredes de roca donde habían pasado aquella noche insomne. Era el lugar donde habitualmente tomaba el viejo Naib Fremen su espartano desayuno, y era casi la hora del desayuno, pero tras una noche como aquella no sentía la menor hambre. Se puso en pie, estirando sus músculos.

Duncan Idaho permanecía sentado en un bajo almohadón junto a la puerta, intentando disimular un bostezo. Apenas se había dado cuenta, mientras él y Stilgar hablaban, de que había transcurrido toda una noche.

—Perdóname, Stil —dijo—. Te he tenido despierto toda la noche.

—Permanecer despierto toda una noche añade un día a tu existencia —dijo Stilgar, aceptando la bandeja con el café ofrecida a través de la puerta. Empujó una banqueta frente a Idaho, colocó la bandeja encima y se sentó frente a su huésped.

Ambos hombres llevaban el amarillo atuendo del luto pero las ropas de Idaho le habían sido prestadas a causa de las quejas de la gente del Tabr ante el verde Atreides del uniforme.

Stilgar vertió el oscuro brebaje de la ancha jarra de cobre, le dio un sorbo, y luego tendió la taza a Idaho... la antigua costumbre Fremen: «*Es seguro; he bebido de él*».

El café había sido preparado por Harah, tal como gustaba a Stilgar; los granos tostados hasta adquirir color rosa amarronado, luego molidos hasta polvo fino en mortero de piedra cuando aún estaban calientes, y hervidos inmediatamente, con adición de una pulgarada de melange.

Idaho inhaló el aroma rico en especia, y bebió cuidadosamente pero ruidosamente. Aún no sabía si había logrado convencer a Stilgar. Sus facultades mentat habían comenzado a trabajar perezosamente a las primeras horas de la madrugada, todas sus computaciones confrontadas finalmente con el inevitable dato extraído del mensaje de Gurney Halleck.

¡Alia había sabido de Leto! Lo había sabido. Y Javid formaba parte de ese conocimiento.

—Debo verme libre de tus restricciones —dijo finalmente Idaho, volviendo una vez más al mismo argumento.

Stilgar se mantuvo firme.

—La aceptación de la neutralidad requiere que tome decisiones difíciles. Ghani está segura aquí. Tú e Irulan estáis seguros aquí. Pero tú no puedes enviar mensajes. Recibir mensajes sí, pero no puedes enviarlos. He dado mi palabra.

—Este no es el trato que se da habitualmente a un huésped y a un viejo amigo que ha compartido tus peligros —dijo Idaho, sabiendo que había usado aquel mismo argumento antes.

Stilgar dejó su taza, colocándola cuidadosamente en su lugar en la bandeja y mirándola atentamente mientras hablaba.

—Nosotros los Fremen no nos sentimos culpables por las mismas cosas que los demás —dijo. Alzó de nuevo su mirada al rostro de Idaho.

*He de conseguir que tome a Ghani y huya de este lugar*, pensó Idaho. Y dijo:

—No era mi intención desencadenar una tormenta de culpabilidades.

—Lo comprendo —dijo Stilgar—. He sido yo quien ha planteado la cuestión para anteponerla a tu actitud Fremen, porque con esto es con lo que tenemos que enfrentarnos:

Fremen. Incluso Alia piensa Fremen.

—¿Y los Sacerdotes?

—Ese es otro asunto —dijo Stilgar—. Ellos quieren que la gente devore el gris viento del pecado, y lo siga *haciendo* a perpetuidad. Es una gran pústula a través de la cual quieren dar pruebas de su piedad. —Hablaba con voz átona, pero Idaho podía captar su amargura, y se preguntó si aquella amargura no dominaría los actos de Stilgar.

—Es un viejo, viejísimo truco del gobierno autocrático —dijo Idaho—. Alia lo conoce bien. Los buenos súbditos deben sentirse culpables. La culpabilidad empieza como un sentimiento de fracaso. El buen autócrata proporciona muchas oportunidades de fracaso a sus súbditos.

—Me he dado cuenta de ello. —Stilgar habló secamente—. Pero debes perdonarme si te menciono una vez más que es de tu esposa de quien estás hablando. Y es la hermana de Muad'Dib.

—¡Te digo que está poseída!

—Muchos lo dicen. Algún día deberá someterse a la prueba. Pero mientras tanto hay otras consideraciones más importantes.

Idaho agitó tristemente la cabeza.

—Todo lo que te he dicho puede ser verificado. Las comunicaciones con Jacurutu

han pasado siempre a través del Templo de Alia. El complot contra los gemelos tenía cómplices allí. El dinero de la venta de gusanos fuera del planeta muere allí. Todos los hilos conducen a la oficina de Alia, a la Regencia.

Stilgar agitó la cabeza, suspiró profundamente.

—Este es territorio neutral. He dado mi palabra.

—¡Pero las cosas no pueden seguir así! —protestó Idaho.

—Estoy de acuerdo —asintió Stilgar—. Alia está aprisionada en un círculo que cada vez se hace más pequeño. Es como nuestra antigua costumbre de tener varias mujeres. Esto hace resaltar la esterilidad del macho. —Dirigió una interrogativa mirada a Idaho—. Dices que te engaña con otro hombre... «utilizando su sexo como un arma» es como creo que lo has expresado. Entonces tienes un camino perfectamente legal ante ti. Javid está aquí en el Tabr con mensajes de Alia. Sólo tienes que...

—¿En tu territorio neutral?

—No; afuera, en el desierto...

—¿Y si aprovecho esta oportunidad para escapar?

—No te será dada tal oportunidad.

—Stil, te lo juro. Alia está poseída. ¿Qué debo hacer para convencerte de...?

—Es algo difícil de probar —dijo Stilgar. Era el argumento que más veces había usado durante la noche.

Idaho recordó las palabras de Jessica y dijo:

—Pero tienes formas de probarlo.

—Una forma, si —dijo Stilgar. Agitó de nuevo la cabeza—, dolorosa, irrevocable. Es por eso por lo que quiero recordarte nuestra actitud acerca de la culpabilidad. Nosotros podemos librarnos de nuestra culpabilidad porque esto podría destruirnos en cualquier caso, excepto en la Prueba de la Posesión. En este caso el tribunal, que es todo el pueblo, acepta la completa responsabilidad.

—Lo habéis hecho otras veces, ¿verdad?

—Estoy seguro de que la Reverenda Madre no habrá omitido nuestra historia en su relato —dijo Stilgar—. Sabes que lo hemos hecho otras veces.

Idaho reaccionó al irritado tono de la voz de Stilgar.

—No estaba intentando atraparte en una falsedad. Tan sólo quería...

—Ha sido una larga noche llena de preguntas sin respuesta —dijo Stilgar—. Y ahora es la mañana.

—Debes permitirme enviar un mensaje a Jessica —dijo Idaho.

—Sería un mensaje a Salusa —dijo Stilgar—. Yo no hago promesas vanas. Mantengo siempre mi palabra; por eso el Tabr es un territorio neutral. Permanecerás en silencio. He empeñado en ello a toda mi casa.

—¡Alia debe ser sometida a vuestra Prueba!

—Quizá. En primer lugar debemos descubrir si existen circunstancias atenuantes. Un fallo de autoridad, por ejemplo. O quizá mala suerte. Podría tratarse de un caso de esas naturales malas tendencias que comparten todos los seres humanos, y en absoluto posesión.

—Puedes estar seguro de que no soy el marido engañado que busca a otros para que ejecuten su venganza —dijo Idaho.

—Este pensamiento se le habrá ocurrido a algún otro, no a mí —dijo Stilgar. Sonrió para quitar aspereza a sus palabras—. Nosotros los Fremen tenemos nuestra ciencia de la tradición, nuestro *hadith*. Cuando tememos a un mentat o a una Reverenda Madre, recurrimos al *hadith*. Se dice que el único miedo que no podemos dominar es el miedo a nuestros propios errores.

—Dama Jessica debe ser informada —dijo Idaho—. Gurney dice...

—Ese mensaje podría no proceder de Gurney Halleck.

—No puede provenir de nadie más. Nosotros los Atreides poseemos nuestros métodos de verificar los mensajes. Stil, intenta al menos controlar algunos de...

—Jacurutu ya no existe —dijo Stilgar—. Fue destruido hace muchas generaciones. —Tocó la manga de Idaho—. De todos modos, no puedo privarme en ningún caso de ningún hombre capaz de luchar. Esos son tiempos turbulentos, la amenaza al qanat... ¿comprendes? —Se echó hacia atrás—. Ahora, cuando Alia...

—Ya no existe ninguna Alia —dijo Idaho.

—Eso es lo que tú dices —Stilgar tomó otro sorbo de café, volvió a dejar la taza—. Dejemos que las cosas queden aquí, amigo Idaho. Para arrancar una astilla a menudo no es necesario amputar todo un brazo.

—Entonces hablemos de Ghanima.

—No es necesario. Tiene mi protección, mi empeño. Nada malo puede ocurrirle aquí.

*No puede ser tan ingenuo*, pensó Idaho.

Pero Stilgar se estaba poniendo en pie para indicar que la entrevista había terminado.

Idaho se levantó también, sintiendo la pesadez en sus párpados, el cansancio en sus rodillas. En el momento en que Idaho se ponía en pie, un ayudante entró y se hizo a un lado. Javid penetró en la estancia tras él. Idaho se giró. Stilgar estaba cuatro pasos más allá. Sin vacilar, Idaho extrajo su cuchillo en un rápido movimiento, y lo enterró en el pecho del desprevenido Javid. El hombre se echó hacia atrás, arrancándose del cuchillo con su movimiento. Giró sobre sí mismo, cayó boca abajo. Sus piernas se estremecieron. Estaba muerto.

—Así se silencia a los chismosos —dijo Idaho.

El ayudante permanecía inmóvil, con el cuchillo instintivamente desenfundado, sin saber cómo reaccionar. Idaho había vuelto a enfundar su propio cuchillo, dejando



un rastro de sangre en el borde de su amarilla ropa.

—¡Has manchado mi honor! —gritó Stilgar—. ¡Este es territorio neutral...!

—¡Cállate! —Idaho miró ferozmente al impresionado Naib—. ¡Llevas un collar, Stilgar!

Era uno de los tres insultos más mortales que se podía dirigir a un Fremen. Stilgar palideció.

—Eres un siervo —dijo Idaho—. Has vendido a tus Fremen por su agua.

Este era el segundo entre los más mortales insultos, el que había destruido al Jacurutu original.

Stilgar rechinó los dientes y posó una mano sobre su crys. El ayudante retrocedió, alejándose del cuerpo tendido ante la puerta.

Girando la espalda al Naib, Idaho se dirigió hacia la puerta, pasando por el estrecho espacio dejado por el cuerpo de Javid y lanzando el tercer insulto sin girar la cabeza:

—¡Tú no tienes la inmortalidad, Stilgar. Ninguno de tus descendientes lleva tu sangre!

—¿Adónde vas ahora, mentat? —gritó Stilgar, mientras Idaho proseguía su camino fuera de la estancia. La voz de Stilgar era tan fría como el viento procedente del polo.

—A buscar Jacurutu —dijo Idaho, sin girarse tampoco.

Stilgar desenfundó su cuchillo.

—Quizá pueda ayudarte.

Idaho estaba en la parte de afuera de la puerta ahora. Sin detenerse, dijo:

—Si deseas ayudarme con tu cuchillo, ladrón de agua, hazlo por favor por la espalda. Es la forma de luchar de alguien que lleva puesto el collar de un demonio.

Stilgar atravesó la estancia con dos zancadas, saltó por encima del cuerpo de Javid, y sujetó a Idaho en el pasillo exterior. Una descarnada mano obligó a Idaho a detenerse y a girarse. Stilgar afrontó a Idaho con dientes chirriantes y el cuchillo desenfundado. Tal era su ira que ni siquiera vio la curiosa sonrisa que cruzaba el rostro de Idaho.

—¡Desenfunda tu cuchillo, escoria mentat! —rugió Stilgar.

Idaho sonrió. Abofeteó secamente a Stilgar, primero con su mano izquierda, luego con la derecha, dos secas bofetadas de lleno en la cara.

Con un incoherente bramido, Stilgar hundió el cuchillo en el abdomen de Idaho, empujando hacia arriba a través del diafragma, en busca del corazón.

Idaho se relajó sobre la hoja, sonriendo a Stilgar, cuya rabia se disolvió en un helado estupor.

—Dos veces muerto por los Atreides —farfulló Idaho—. Y la segunda vez por una razón no mejor que la primera. —Se derrumbó hacia un lado, cayendo boca abajo

sobre el suelo de piedra. La sangre manó abundantemente de su herida.

Stilgar dejó que su vista vagase del cuchillo chorreante de sangre al cuerpo de Idaho, e inspiró profunda y temblorosamente. Javid yacía muerto tras él. Y el consorte de Alia, el Seno del Cielo, yacía muerto a manos del propio Stilgar.

Podía argumentar que un Naib debía proteger el honor de su nombre, vindicando la amenaza a su prometida neutralidad. Pero aquel hombre muerto era Duncan Idaho. Ningún argumento era válido, no servían las «circunstancias atenuantes», nada podía borrar un tal acto. Incluso aunque Alia lo aprobara privadamente, se vería obligada a tomar públicamente venganza. Después de todo, ella también era Fremen. Para gobernar a los Fremen no podía ser ninguna otra cosa, ni en el más mínimo grado.

Sólo entonces se le ocurrió a Stilgar que aquella situación era precisamente lo que había pretendido Idaho con su «segunda muerte».

Stilgar alzó los ojos y vio el desencajado rostro de Harah, su segunda mujer, mirándole entre la muchedumbre que se había reunido a su alrededor. Hacia cualquier lugar que se girara, Stilgar sólo podía ver rostros con la misma expresión: sorpresa; y consciencia plena de las consecuencias.

Lentamente, Stilgar se irguió, limpió la hoja en su propia manga, y enfundó el cuchillo. Hablando a todos los rostros que lo rodeaban, dijo en tono casual:

—Aquellos que quieran venir conmigo que dispongan inmediatamente sus cosas. Enviad hombres a llamar a los gusanos.

—¿Dónde vas a ir, Stilgar? —preguntó Harah.

—Al desierto.

—Iré contigo —dijo ella.

—Por supuesto que irás conmigo. Todas mis esposas vendrán conmigo. Y Ghanima también. Ve a buscarla, Harah. Inmediatamente.

—Sí, Stilgar... inmediatamente. —Vaciló—. ¿E Irulan?

—Si ella quiere.

—Sí; esposo. —Vaciló de nuevo—. ¿Tomas a Ghani como rehén?

—¿Rehén? —Se sintió sinceramente sorprendido por aquel pensamiento—. Mujer... —Tocó suavemente el cuerpo de Idaho con el pie—. Si este mentat estaba en lo cierto, yo soy la única esperanza de Ghani. —Y recordó la advertencia de Leto: «*Cuídate de Alia. Debes tomar a Ghanima y huir*».

Tras los Fremen, todos los planetólogos ven la vida como expresiones de energía e indagan acerca de las relaciones dominantes. A través de pequeños indicios, piezas y parcelas que crecen hasta un conocimiento general, la sabiduría racial Fremen es traducida a una nueva certeza. Lo que los Fremen poseen como pueblo es algo que cualquier pueblo puede poseer. Necesitan tan sólo desarrollar un sentido para esas relaciones de la energía. Sin embargo, necesitan observar que esa energía se empapa en los esquemas de las cosas y edifica con esos mismos esquemas.

*La Catástrofe de Arrakeen, según HARQ AL-ADA*

Se trataba del Sietch Tuek, en la pared interna de la Falsa Muralla. Halleck se detuvo a la sombra del contrafuerte rocoso que sellaba la entrada superior del sietch, esperando a que los de adentro decidieran si aceptaban darle refugio. Giró su mirada hacia afuera, hacia el desierto septentrional, y luego alzó la vista hacia el cielo gris-azul matutino. Los contrabandistas que habitaban allí se habían quedado atónitos al saber que él, un hombre procedente de otro planeta, había capturado un gusano y lo había cabalgado. Pero Halleck se había quedado igualmente atónito de esa reacción. El cabalgar un gusano era sencillo para un hombre ágil que lo había visto hacer muchas veces.

Halleck dedicó de nuevo su atención al desierto, al plateado desierto de resplandecientes rocas y campos gris verdosos donde el agua había obrado su magia. Todo aquello se le apareció repentinamente como un enormemente frágil depósito de energía, de vida... siempre expuesto al peligro de un repentino giro en el esquema del cambio.

Conocía la fuente de esta reacción. Era la bulliciosa actividad que se desarrollaba en la superficie del desierto bajo él. Contenedores llenos de truchas de arena muertas eran conducidos al interior del sietch para destilar y recuperar su agua. Había miles de aquellas criaturas. Habían acudido atraídas por un tremendo escape de agua. Y era aquel escape el que había hecho galopar la mente de Halleck.

Halleck miró hacia abajo, a través de los campos del sietch y de los confines del qanat donde ya no fluía la preciosa agua. Había visto las brechas en las paredes de piedra del qanat, las laceraciones en la roca por donde el agua se había desparramado en la arena. ¿Quién había provocado aquellas brechas? Algunas de ellas se extendían a lo largo de veinte metros en las secciones más vulnerables del qanat, en lugares donde la blanda arena abarcaba amplias zonas que absorberían rápidamente toda el agua hacia profundas depresiones. Aquellas depresiones estaban plagadas de truchas de arena. Los niños del sietch las estaban matando y capturando.

Equipos de reparación trabajaban en las abiertas paredes del qanat. Otros transportaban mínimas cantidades de agua para regar las plantas más necesitadas. La

fuelle de agua en la gigantesca cisterna bajo la trampa de viento del Tuek había sido cerrada, cortando el fluir hacia el roto qanat. Tres bombas movidas por energía solar habían sido desconectadas. El agua para regar era recogida ahora de los charcos que habían quedado en el fondo del qanat y, laboriosamente, de la cisterna bajo el sietch.

La estructura metálica del sello de entrada tras Halleck crepitaba al creciente calor del día. Como si este sonido guiara sus ojos, Halleck dirigió su mirada hacia la curva más lejana del qanat, al lugar donde el agua se había derramado más impúdicamente en el desierto. Los planificadores de jardines, que esperaban fuera el jardín del sietch habían plantado allí un árbol de características especiales, que estaba condenado a menos que el flujo de agua fuera restaurado inmediatamente. Halleck contempló la estúpida y ondeante fronda de un sauce ya hecho jirones por la arena y el viento. Para él, aquel árbol simbolizaba la nueva realidad para sí mismo y para Arrakis.

*Ambos somos extranjeros aquí.*

Se estaban tomando mucho tiempo para su decisión en el sietch, pero le podía ser útil un buen luchador. Los contrabandistas necesitaban siempre buenos hombres. Halleck no se hacía ilusiones acerca de ellos, de todos modos. Los contrabandistas de ahora no eran los contrabandistas que le habían dado refugio hacía ya muchos años, cuando había huido de la disolución del feudo de su Duque. No, aquella era una nueva raza, preocupada tan sólo por el beneficio.

De nuevo centró su atención en aquél estúpido sauce. Le vino a la mente que los tormentosos vientos de aquella nueva realidad podían despedazar a aquellos contrabandistas y a todos sus amigos. Podían destruir a Stilgar con su frágil neutralidad y arrastrar consigo a todas las tribus que permanecían leales a Alia. Todas ellas se convertirían en colonias. Halleck había visto ocurrir lo mismo otras veces, conocía su amargo sabor en su propio mundo natal. Podía verlo claramente, recordando los manierismos de los Fremen de ciudad, la disposición de los suburbios, y la inequívoca forma de proceder de los sietchs rurales que llegaban incluso a influenciar a los propios contrabandistas ocultos allí. Los distritos rurales eran colonias de los centros urbanos. Habían aprendido como llevar aquel blando yugo, se habían juntado con su codicia si no con sus supersticiones. Incluso aquí, especialmente aquí, la gente mostraba la actitud de la población sometida, no la actitud de los hombres libres. Estaban a la defensiva, disimulaban, eran evasivos. Cualquier manifestación de autoridad suscitaba el resentimiento... cualquier autoridad: la Regencia, Stilgar, su propio Consejo...

*No puedo confiar en ellos,* pensó Halleck. Tan sólo podía servirse de ellos y alimentar su desconfianza hacia los demás. Era triste. Se había perdido el antiguo dar y tomar de los hombres libres. Las viejas tradiciones se habían visto reducidas a palabras rituales, cuyos orígenes se perdían en los recuerdos.

Alia había hecho bien su trabajo, castigando a la oposición y premiando a los aliados, disponiendo las fuerzas Imperiales en forma aparentemente fortuita, ocultando los elementos más importantes de su poder Imperial. ¡Los espías! ¡Dioses de las profundidades, cuántos espías debía tener!

Halleck casi podía ver el mortal ritmo de movimientos y contramovimientos con el cual Alia esperaba mantener siempre desequilibrada a la oposición.

*Si los Fremes siguen dormidos, vencerá, pensó.*

El sello tras él crujió al ser abierto. Un ayudante del sietch llamado Melides apareció. Era un hombre bajo con un cuerpo parecido a una calabaza que se bamboleaba sobre unas largas piernas y cuya fealdad acentuaba aún más el destilraje.

—Has sido aceptado —dijo Melides.

Y Halleck percibió el falso disimulo en la voz del hombre. Lo que revelaba aquella voz le dijo a Halleck que aquel iba a ser para él un refugio para un espacio muy limitado de tiempo.

*Justo hasta que pueda robar uno de sus tópteros, pensó.*

—Mi gratitud a tu Consejo —dijo. Y pensó en Esmar Tuek, de quien aquel sietch había adquirido el nombre. Esmar, muerto hacía mucho tiempo por la traición de alguien, hubiera degollado inmediatamente a aquel Melides.

Cualquier sendero que restrinja las posibilidades futuras puede convertirse en una trampa letal. Los seres humanos no buscan su camino en un laberinto; escrutan un vasto horizonte lleno de oportunidades únicas. La estrecha y limitada visión de un laberinto atrae tan sólo a las criaturas que tienen su nariz enterrada en la arena. La sexualidad produce las singularidades y las diferencias que son la protección de la vida de las especies.

Manual de la Cofradía Espacial

—¿Por qué no siento ningún dolor? —Alia dirigió la pregunta al techo de su pequeña cámara de audiencias, una estancia que podía cruzar en diez pasos en una dirección y en quince en la otra. Dos altas y angostas ventanas se abrían sobre los techos de Arrakeen hasta la Muralla Escudo.

Era casi mediodía. El sol ardía en el pan sobre el que había sido edificada la ciudad.

Alia bajó su vista hacia Buer Agarves, el antiguo tabrita y ahora ayudante de Zia que mandaba a los guardias del Templo. Había sido Agarves quien había traído la noticia de que Javid e Idaho habían muerto. Una multitud de aduladores, ayudantes y guardias había acudido con él, y muchos más de ellos se apiñaban fuera, revelando con ello conocer cuál era el mensaje de Agarves.

Las malas noticias viajaban rápido en Arrakis.

Aquel Agarves era un hombre bajo, con un rostro redondo para un Fremen, casi infantil en su rubicundez. Era uno de los componentes de la nueva raza, con la gordura del agua. Alia lo veía como a través de dos imágenes superpuestas: una con un rostro serio y unos opacos ojos índigo, con una expresión preocupada cercando su boca, y otra imagen sensual y vulnerable, excitantemente vulnerable. A Alia le gustaban especialmente los labios llenos.

Aunque aún no fuera mediodía, Alia captó algo en el impresionado silencio a su alrededor que hablaba de atardeceres.

*Idaho debió morir al atardecer*, se dijo a sí misma.

—¿Cómo eres tú, Buer, el portador de estas noticias? —preguntó, notando la rápida expresión de alerta que apareció en el rostro del hombre.

Agarves intentó deglutir, y habló con una voz ronca que era apenas un susurro:

—Yo acompañaba a Javid, ¿recordáis? Y cuando... Stilgar me envió a vos, me dijo que os comunicara que él llevaría a cabo su última obediencia.

—Su última obediencia —hizo eco ella—. ¿Qué quiso decir con eso?

—No lo sé, Dama Alia —se excusó él.

—Explícame de nuevo lo que viste —ordenó ella, y se preguntó por qué su piel estaba tan fría.

—Vi... —bamboleó nerviosamente su cabeza, miró al sujeto frente a Alia—. Vi al Sacro Consorte muerto en el suelo del pasillo central, y a Javid yaciendo muerto cerca, en un pasillo lateral. Las mujeres ya los estaban preparando para el Huanui.

—¿Y Stilgar te llamó para que vieras aquello?

—Así es, mi Dama. Stilgar me llamó. Envió a Modibo, el Jorobado, su mensajero en el sietch. Modibo no me previno. Simplemente me dijo que Stilgar quería verme.

—¿Y viste el cuerpo de mi esposo allí en el suelo?

Agarves dirigió una huidiza mirada a Alia y volvió atención al suelo frente a él antes de asentir.

—Sí, mi Dama. Y Javid estaba muerto a su lado. Stilgar me dijo... me dijo que el Sacro Consorte había matado a Javid.

—Y mi esposo, has dicho que Stilgar...

—Me lo dijo con su propia boca, mi Dama, Stilgar me dijo que había sido él quien lo había hecho. Me dijo que el Sacro Consorte provocó su ira.

—Su ira —repitió Alia—. ¿De qué forma?

—No me lo dijo. Nadie me lo dijo. Yo lo pregunté, pero nadie me lo dijo.

—¿Y fue entonces cuando te enviaron a mí con estas noticias?

—Sí, mi Dama.

—¿No había nada que tú pudieras hacer?

Agarves se pasó la lengua por los gordezuelos labios.

—Era Stilgar quien ordenaba, mi Dama. Aquel era su sietch.

—Entiendo. Y tú siempre has obedecido a Stilgar.

—Siempre lo hice, mi Dama, hasta que él me liberó de mi obligación.

—¿Quieres decir hasta que fuiste enviado a mi servicio?

—Ahora os obedezco sólo a vos, mi Dama.

—¿Es eso cierto? Dime, Buer, si yo te ordenara matar a Stilgar, tu viejo Naib, ¿lo harías?

El hombre sostuvo su mirada con una adusta firmeza.

—Si vos lo ordenáis, mi Dama.

—Te lo ordeno. ¿Tienes alguna idea de adónde ha ido?

—Al desierto; eso es todo lo que sé, mi Dama.

—¿Cuántos hombres se ha llevado consigo?

—Quizá la mitad de los efectivos.

—¡Y a Ghanima y a Irulan!

—Sí, mi Dama. Todos los que se han ido iban cargados con sus posesiones, sus mujeres y sus hijos. Stilgar les ha dado a todos a elegir... o ir con él o verse desligados de su obligación. Algunos han elegido verse desligados. Elegirán a un nuevo Naib.

—¡Yo elegiré a su nuevo Naib! Y este serás tú, Buer Agarves, el día en que me

traigas la cabeza de Stilgar.

Agarves podía aceptar la selección a través de la lucha. Era una manera Fremmen. Dijo:

—Como ordenéis, mi Dama. ¿Qué fuerzas puedo...?

—Habla con Zia. No puedo darte muchos tópteros para la búsqueda. Son necesarios en otros lugares. Pero tendrás suficientes guerreros. Stilgar ha difamado su honor. Muchos se sentirán orgullosos de ponerse a tu servicio.

—Me pondré inmediatamente al trabajo entonces, mi Dama.

—¡Espera! —Lo estudió por un momento, pensando en quién podía mandar para vigilar a aquel vulnerable hombre de rostro infantil. Era necesario vigilarlo de cerca hasta que probara su valía. Zia hubiera sabido a quién enviar.

—¿No me habéis despedido, mi Dama?

—No te he despedido. Debo discutir privada y largamente contigo tus planes para eliminar a Stilgar. —Se llevó una mano al rostro—. No me mostraré afligida hasta que haya llevado a cabo mi venganza. Dame unos pocos minutos para componerme. —Apartó su mano—. Una de mis ayudantes te indicará el camino. —Hizo un sutil signo con la mano a una de sus ayudantes, y le susurró algo a Shalus, la nueva Dama de Cámara—: Haz que sea lavado y perfumado antes de traérmelo. Apesta a gusano.

—Sí, mi Ama.

Entonces Alia se giró, fingiendo un dolor que no sentía, y huyó a sus estancias privadas. Allá en su dormitorio, cerró de golpe la puerta a sus espaldas y pateó el suelo.

*¡Maldito Duncan! ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?*

Captó la deliberada provocación de Idaho. Había matado a Javid y provocado a Stilgar. Aquello indicaba que lo sabía todo sobre Javid. Todo aquello podía ser tomado como un mensaje que le enviaba Duncan Idaho, su gesto final.

Pateó de nuevo el suelo, una y otra vez, paseando arriba y abajo por el dormitorio.

*¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito!*

Stilgar pasado a los rebeldes, y Ghanima con él. Y también Irulan.

*¡Malditos todos!*

Sus pateantes pies pisaron un objeto metálico. Lanzó un grito de dolor. Se inclinó para ver qué era, y descubrió una hebilla metálica de las usadas para ceñir la espada. La tomó, y se quedó helada con ella en la mano. Era una hebilla antigua, de plata y platino, originaria de Caladan, regalada originalmente por el Duque Leto Atreides I a su maestro de armas, Duncan Idaho. Se la había visto llevar muchas veces a Duncan. Y había sido él precisamente quien la había arrojado allí.

Los dedos de Alia estrujaron convulsivamente la hebilla. Idaho la había arrojado allí cuando... cuando...

Las lágrimas brotaron de sus ojos, se abrieron camino pese a su gran



condicionamiento Fremen. Su boca se curvó en una helada mueca, y sintió la antigua batalla iniciarse de nuevo en su cráneo, atravesándola hasta los dedos de sus manos y sus pies. Notó que se convertía en dos personas. Una de ellas miraba sorprendida las contorsiones de aquella carne. La otra intentaba dominar el enorme dolor que se expandía por su pecho. Las lágrimas fluyeron libres de sus ojos entonces, y la Persona Sorprendida que estaba en su interior preguntó lastimosamente:

—¿Quién llora? ¿Quién es el que llora? ¿Quién está llorando ahora?

Pero nada detuvo las lágrimas, y sintió que el dolor llameaba en su pecho y hacía que su cuerpo se moviera y se derrumbara sobre la cama.

Y algo dentro de ella seguía preguntando, con un profundo estupor:

—¿Quién llora? ¿Quién es...?

Con esos actos Leto II se apartó a sí mismo de la sucesión evolutiva. Lo hizo con una deliberada y cortante acción, diciendo: «Ser independiente es ser apartado». Ambos gemelos veían más allá de las necesidades de la memoria como un proceso mensurable, es decir, una forma de determinar su distancia de sus orígenes humanos. Pero fue encomendado a Leto II el realizar tan audaz acto, reconociendo que una creación red es independiente de su creador. Rehusó revalidar la secuencia de la evolución, diciendo: «Eso también me aparta más y más de la humanidad». Vio las implicaciones de todo aquello: que no existen realmente sistemas cerrados en la vida.

*La Sagrada Metamorfosis*, por HARQ AL-ADA

Había pájaros que se alimentaban de los insectos que vivían en la arena húmeda más allá del roto qanat: papagayos, urracas, grajos. Aquello había sido una djedida, la última de las nuevas ciudades, edificada sobre unos cimientos de basalto al descubierto. Ahora había sido abandonada. Ghanima, utilizando las horas matutinas para estudiar el área más allá de las plantaciones originales del abandonado sietch, detectó movimiento y vio un lagarto geco estriado. Poco antes había visto un pájaro carpintero gila construyendo su nido en una pared de barro de la djedida.

Ghanima pensaba en aquella ciudad como en un sietch pero en realidad era tan sólo una colección de bajas paredes hechas con ladrillos de fango prensado rodeadas de plantaciones que mantenían alejadas a las dunas. Había sido edificada en el Tanzerouft, a seiscientos kilómetros al sur de la Cadena Sihaya. Sin manos humanas que lo mantuvieran, el sietch estaba empezando a confundirse de nuevo con el desierto, a causa de los vientos cargados de arena que erosionaban sus paredes, de sus plantas que se morían, de su área de plantaciones reseca por el ardiente sol.

Sin embargo, la arena al otro lado del destrozado qanat seguía estando húmeda, indicando el hecho de que la rechoncha protuberancia de la trampa de viento funcionaba todavía.

Durante los meses transcurridos desde su fuga del Tabr, los fugitivos se habían cobijado en varios lugares como aquel, convertidos en inhabitables por el Demonio del Desierto. Ghanima no creía en el Demonio del Desierto, pese a que no podía negar la visible evidencia de la destrucción del qanat.

Ocasionalmente recibían noticias de los poblados del norte a través de sus encuentros con los rebeldes cazadores de especia. Unos pocos tópteros —algunos decían que no eran más de seis— realizaban vuelos de rastreo en busca de Stilgar, pero Arrakis era grande y el desierto estaba del lado de los fugitivos. Efectivamente, se había organizado una fuerza encargada de buscar y destruir a la partida de Stilgar, pero esta fuerza, conducida por el antiguo tabrita Buer Agarves, tenía también otras tareas, y regresaba a menudo a Arrakeen.

Los rebeldes decían que había pocas escaramuzas entre sus hombres y las tropas

de Alia. Los devastadores saqueos del Demonio del Desierto hacían que la principal preocupación de Alia y los Naibs fuera el mantenimiento de su Guardia Personal. Incluso los contrabandistas habían tenido dificultades, pero se decía que ellos también rastreaban el desierto en busca de Stilgar, codiciosos del precio puesto a su cabeza.

Stilgar había conducido a su partida al interior de la djedida el día anterior al anochecer, siguiendo la infalible huella de la humedad con su vieja nariz Fremen. Había prometido que pronto se dirigirían hacia los palmerales del sur, pero se negó a fijar una fecha. Aunque había sido puesto a su cabeza un premio que en otros tiempos hubiera sido suficiente para comprar un planeta entero, Stilgar parecía el más feliz y el más despreocupado de los hombres.

—Este es un buen lugar para nosotros —dijo, señalando la trampa de viento que aún funcionaba—. Nuestros amigos nos han dejado algo de agua.

Su grupo era pequeño ahora, sesenta personas en total. Los viejos, los enfermos y los muy jóvenes habían sido infiltrados entre los palmerales, al sur, donde eran acogidos por familias leales. Tan sólo quedaban los más fuertes, y estos tenían muchos amigos al norte y al sur.

Ghanima se preguntó por qué Stilgar se negaba a discutir lo que le estaba ocurriendo al planeta. ¿Acaso no podía verlo? A medida que los qanats iban siendo destruidos, los Fremen se veían obligados a regresar a las líneas al norte y al sur que en otro tiempo habían marcado los límites de su territorio. Este movimiento era una clarísima señal de lo que le estaba ocurriendo al Imperio. Una condición era el espejo de la otra.

Ghanima metió una mano bajo el cuello de su destiltraje y lo soltó. Pese a sus preocupaciones, se sentía notablemente libre allí. Sus vidas interiores ya no la atosigaban, aunque a veces notaba aquellas memorias insertas en su consciencia. Sabía por aquellas memorias lo que había sido aquel desierto en otro tiempo, antes de que se iniciara la transformación ecológica. Por un lado, era mucho más seco. Aquella trampa de viento, pese a la ausencia de cuidados, seguía funcionando porque procesaba aire húmedo.

Muchas criaturas que en otro tiempo habían evitado aquel desierto se aventuraban ahora a vivir en él. Muchos en grupo habían notado cómo proliferaban las aves de allí. Incluso ahora Ghanima podía ver pájaros hormigueros. ¡Se agitaban y danzaban a lo largo de las líneas de insectos que se movían sobre la húmeda arena, al extremo del qanat! Podían verse pocos tejones, pero los ratones eran incontables.

Un temor supersticioso dominaba a los nuevos Fremen, y Stilgar no era mejor que ellos. Aquella djedida había sido entregada al desierto después de que su qanat fue destruido por quinta vez en once meses. Cuatro veces habían sido reparados los destrozos ocasionados por el Demonio del Desierto, pero a la quinta vez ya no había

suficiente reserva de agua como para arriesgarse a una nueva pérdida.

Lo mismo había ocurrido en todas las djedidas y en muchos de los viejos sietchs. Ocho de cada nueve nuevos emplazamientos habían sido abandonados. Muchas de las antiguas comunidades sietch estaban repletas de gente como nunca antes habían estado. Y mientras el desierto entraba en su nueva fase, los Fremen volvían a sus antiguas tradiciones. Veían presagios en cualquier cosa. Los gusanos eran cada vez más escasos, excepto en el Tanzerouft. ¡Era el castigo de Shai-Hulud! Y habían sido vistos gusanos muertos sin que nadie pudiera explicar de qué habían muerto. Se convertían rápidamente en polvo que se confundía con el desierto tras su muerte, pero aquellas carcasas vacías que se levantaban frecuentemente como resecos pecios en el camino de los Fremen llenaban a sus observadores de terror.

El grupo de Stilgar había encontrado una de aquellas enormes carcasas el mes anterior, y habían necesitado cuatro días para sacudirse de encima la impresión de haber topado con algo demoníaco. Aquello olía intensa y ácidamente a venenosa putrefacción. Yacía en la cima de una enorme estancia de especia, la mayor parte de la cual estaba arruinada.

Ghanima apartó los ojos del qanat y miró hacia la djedida. Directamente frente a ella se erguía una pared medio derrumbada que en otro tiempo había protegido un *mushtamal*, un pequeño jardín anexo. Lo había explorado movida por la curiosidad, y había hallado unas cuantas galletas de pan de especia sin levadura metidas en una caja de piedra.

Stilgar las había destruido, diciendo:

—Los Fremen nunca dejarían comida en buen estado tras ellos.

Ghanima no era de la misma opinión, pero aceptó no discutir al respecto ni correr el riesgo. Los Fremen estaban cambiando. Hubo un tiempo en que se movían libremente través del *bled*, empujados por las necesidades naturales: especia, comercio. Las actividades de los animales habían sido sus señales de alarma. Pero los animales se movían con extraños nuevos ritmos ahora, mientras la mayor parte de los Fremen se apretujaban en sus viejas cavernas-madriguera al amparo de la parte norte de la Muralla Escudo. Eran raros los cazadores de especia en el Tanzerouft, y tan sólo el grupo de Stilgar se movía según las antiguas tradiciones.

Confiaba en Stilgar y en su miedo a Alia. Irulan apoyaba sus argumentos ahora, citando extrañas meditaciones Bene Gesserit. Pero en el lejano Salusa, Farad'n seguía vivo. Algún día tendría que venir a rendir cuentas.

Ghanima levantó la mirada hacia el cielo gris plateado de la mañana, buscando en su mente. ¿Dónde podía encontrar ayuda? ¿Dónde había alguien que la escuchara cuando revelara lo que veía que estaba ocurriendo alrededor de ellos? Dama Jessica seguía todavía en Salusa, si podía creerse en los informes. Y Alia era una criatura en un pedestal, empeñada sólo en seguir siendo colosal mientras se alejaba cada vez más

y más de la realidad. Gurney Halleck no podía ser localizado en ningún lugar, aunque todos decían haberlo visto, El Predicador se había esfumado, y sus declaraciones heréticas eran tan sólo un recuerdo que se iba borrando.

Y Stilgar.

Miró a través de la semiderrumbada pared al lugar donde Stilgar estaba ayudando a reparar la cisterna. Stilgar gozaba con su papel de fuego fatuo del desierto, mientras el precio puesto a su cabeza crecía de mes en mes.

Nada seguía teniendo sentido. Nada.

¿Dónde estaba aquel Demonio del Desierto, aquella criatura capaz de destruir qanats como si fueran falsos ídolos que debían ser arrojados a la arena? ¿Era un gusano errante? ¿Era una tercera fuerza en la rebelión... mucha gente? Nadie creía que fuera un gusano. El agua hubiera aniquilado a cualquier gusano que se aventurara en un qanat. Muchos Fremen creían actualmente que el Demonio del Desierto era una banda revolucionaria dedicaba a derribar el mahdinato de Alia y devolver Arrakis a las antiguas tradiciones. Los que creían esto decían que era una buena cosa. Había que liberarse de aquella ávida sucesión apostólica que tan sólo se preocupaba en perpetuar su propia mediocridad. Había que volver a la auténtica religión que Muad'Dib había abrazado.

Un profundo suspiro agitó a Ghanima. *Oh, Leto, pensó. Me siento casi feliz de que no vivas para ver estos días. Me uniría incluso a ti, pero tengo un cuchillo que aún no se ha manchado de sangre. Alia y Farad'n. Farad'n y Alia. El Viejo Barón es su demonio, y eso no puede ser consentido.*

Harah salió de la djedida, acercándose a Ghanima con el característico paso arrítmico. Harah se detuvo frente a Ghanima y preguntó:

—¿Qué haces sola aquí fuera?

—Este es un extraño lugar, Harah. Deberíamos irnos.

—Stilgar espera encontrarse con alguien aquí.

—¡Oh! No me ha dicho nada de esto.

—¿Por qué debería decírtelo todo? ¿*Maku*? —Harah dio una palmada a la bolsa de agua que hinchaba la parte delantera de la ropa de Ghanima—. ¿Eres ya una mujer lo suficientemente crecida como para estar encinta?

—He estado encinta tantas veces que no podría contarlas —dijo Ghanima—. ¡No juegues conmigo esos juegos de adulto-niño!

Hanah retrocedió un paso ante el venenoso tono de la voz de Ghanima.

—Sois una bandada de estúpidos —dijo Ghanima, trazando un círculo con su mano que abarcó la djedida y las actividades de Stilgar y su gente—. Nunca hubiera debido venir con vosotros.

—Ahora estarías muerta si no lo hubieras hecho.

—Quizá. ¡Pero vosotros no veis lo que tenéis directamente en frente de vuestras

narices! ¿Con quién espera encontrarse Stilgar aquí?

—Con Buer Agarves.

Ghanima se la quedó mirando.

—Está siendo conducido aquí secretamente por algunos amigos del Sietch de la Sima Roja —explicó Harah.

—¿Ese pequeño bufón de Alia?

—Está siendo conducido hasta aquí con los ojos vendados.

—¿Y Stilgar cree todo esto?

—Ha sido Buer quien ha pedido el encuentro. Ha aceptado todos nuestros términos.

—¿Por qué no se me ha dicho nada de ello?

—Stilgar sabía que ibas a oponerte.

—¿Oponerme...? ¡Esto es una locura!

Harah frunció el ceño.

—No olvides que Buer es...

—¡Es de la *Familia*! —restalló Ghanima—. Es el nieto del sobrino de Stilgar. Lo sé. Y el Farad'n cuya sangre tendré algún día es un pariente cercano mío. ¿Crees que eso detendrá mi cuchillo?

—Hemos recibido un distrans. Nadie sigue a su grupo.

Ghanima habló con voz muy baja:

—Nada bueno saldrá de esto, Harah. Deberíamos irnos inmediatamente.

—¿Has visto algún presagio? —preguntó Harah—. ¡Ese gusano muerto que vimos! ¿Era acaso...?

—¡Mételo en tu útero y hazlo renacer en algún otro lugar! —restalló enfurecida Ghanima—. No me gustan ni este encuentro ni este lugar. ¿No te parece bastante?

—Le diré a Stilgar que tú...

—¡Se lo diré yo misma! —Ghanima pasó por delante de Harah, que se apresuró a hacer el gesto de los cuernos del gusano para alejar el mal.

Pero Stilgar se limitó a reírse de los miedos de Ghanima, y le ordenó que buscara truchas de arena tal como hacían todos los niños sensatos. Ella huyó al interior de una de las casas abandonadas de la djedida y se acurrucó en un rincón para incubar su rabia. La emoción pasó rápidamente, sin embargo, aunque sintió el agitarse de sus vidas interiores y recordó a alguien diciendo:

—Si podemos inmovilizarlos, las cosas irán según nuestros planes.

*Qué extraño pensamiento.*

Pero no consiguió recordar quién había dicho aquellas palabras.

Muad'Dib fue desheredado, y habló para los desheredados de todos los tiempos. Elevó su voz contra las profundas injusticias que alienan al individuo frente a aquello que le ha sido enseñado que debe creer, frente a aquello que parecía pertenecerle por derecho.

*El Mahdinato, un Análisis*, por HARQ AL-ADA

Gurney Halleck estaba sentado en la cima de la colina de Shuloch, con su baliset al lado, sobre una alfombra de fibra de especia. Bajo él, la encercada depresión hormigueaba con trabajadores de los equipos de las plantaciones. La rampa arenosa con la que los Desheredados habían atraído a los gusanos sobre un sendero de especia había sido bloqueada con un nuevo qanat. Las plantaciones avanzaban sobre la rampa para protegerla.

Era casi la hora de la comida del mediodía, y Halleck llevaba más de sesenta minutos en la cima de la colina, buscando un poco de soledad en la que poder pensar. Los hombres trabajaban bajo él, pero todo lo que veía eran trabajos con melange. La estimación personal de Leto era que la producción de especia había descendido rápidamente, para estabilizarse a una décima parte de la media de los años Harkonnen. Las reservas a través de todo el imperio doblaban de valor a cada nueva partida. Se decía que trescientos veintiún litros bastarían para comprar la mitad del planeta Novebruns a la Familia Metulli.

Los Desheredados trabajaban como hombres empujados por el diablo, y quizá lo estaban. Antes de cada comida, se encaraban al Tanzerouft y oraban a Shai-Hulud personificado. Así era como veían a Leto y, a través de sus ojos, Halleck veía un futuro en el que la mayor parte de la humanidad compartiría aquel punto de vista. Halleck no estaba seguro de que esta perspectiva le gustara.

Había sido el propio Leto el que había creado aquella imagen cuando regresó allá con Halleck y el Predicador en el tóptero que Halleck había robado. Con sus propias manos Leto había abierto una brecha en el qanat de Shuloch, lanzando las enormes piedras a más de cincuenta metros. Cuando los Desheredados habían intentado intervenir, Leto había decapitado al primero que se le había acercado, con un solo movimiento seco de su brazo. Luego había echado a los demás hacia atrás, sobre sus compañeros que les seguían, y se había reído de sus armas. Su demoníaca voz les rugió:

—¡El fuego no me tocará! ¡Vuestros cuchillos no me alcanzarán! ¡Llevo la piel de Shai-Hulud!

Entonces los Desheredados lo habían reconocido, y recordaron su escapada, la forma como había saltado de la cima de la colina «directamente al desierto». Se habían postrado ante él, y Leto había dado sus órdenes:

—Os traigo a dos huéspedes. Los defenderéis y los honraréis. Reconstruiréis vuestro qanat y empezareis a plantar el oasis de un jardín. Algún día convertiré esto en mi casa. Preparareis mi casa. No venderéis más especia, sino que almacenareis todo lo que recojáis.

Había seguido dándoles sus instrucciones, y los Desheredados oyeron cada palabra, y le miraron con sus ojos helados por el temor, y este temor era supersticioso.

¡Allí estaba Shai-Hulud, surgido finalmente de la arena!

No había habido ningún indicio de aquella metamorfosis cuando Leto había encontrado a Halleck con Ghadhean al-Fali en uno de los pequeños sietchs rebeldes en Gare Ruden. Con su ciego compañero, Leto había surgido del desierto siguiendo la vieja ruta de la especia, conduciendo un gusano en un área donde los gusanos eran ahora una rareza. Habló de los varios rodeos que se había visto obligado a efectuar debido a la presencia de humedad en la arena, la suficiente agua como para envenenar a un gusano. Habían llegado poco después del mediodía, siendo escoltados por los guardias al interior de la sala común de paredes de piedra.

Aquel recuerdo obsesionaba ahora a Halleck.

—Así que este es el Predicador —había dicho.

Girando a grandes zancadas en torno al hombre ciego, estudiándolo, Halleck había recordado las historias que corrían acerca de él. Ninguna máscara de destiltraje ocultaba el viejo rostro en el sietch, y los rasgos estaban allí para su memoria hiciera las comparaciones. Sí, el hombre se parecía al viejo Duque del que Leto había tomado el nombre. ¿Pero era un parecido casual?

—¿Conocéis las historias que corren acerca de él? —había preguntado Halleck, hablando a Leto en un aparte—. Dicen que es vuestro padre que ha vuelto del desierto.

—He oído esas historias.

Halleck se había girado para examinar al muchacho. Leto llevaba un extraño destiltraje con bordes arrollados alrededor de su rostro y oídos. Una túnica negra lo cubría, y unas botas de arena ocultaban sus pies. Había mucho que explicar sobre su presencia allí... cómo había conseguido escapar por segunda vez.

—¿Por qué habéis traído aquí al Predicador? —había preguntado Halleck—. En Jacurutu han dicho que trabaja para ellos.

—Ya no. Lo llevo conmigo porque Alia quiere su muerte.

—¿Y? ¿Creéis que este es un refugio?

—Tú eres su refugio.

Durante todo aquel tiempo el Predicador había permanecido inmóvil junto a ellos, escuchando, pero sin dar indicios de que se interesara por el giro que tomaba su discusión.



—Me ha servido bien, Gurney —había dicho Leto—. La Casa de los Atreides todavía no ha perdido todo sentido de la obligación debida a aquellos que nos sirven.

—¿La Casa de los Atreides?

—Yo soy la Casa de los Atreides.

—Huisteis de Jacurutu antes de que yo pudiera completar la prueba que vuestra madre me había ordenado —había dicho Halleck, con voz fría—. ¿Cómo queréis que asuma...?

—La vida de este hombre debe ser defendida como si fuera la tuya propia. —Leto había hablado como si no hubiera nada que discutir al respecto, mirando a Halleck sin pestañear.

Jessica había adiestrado a Halleck en muchos de los refinamientos Bene Gesserit relativos a la observación, y en aquel momento no había podido detectar nada en Leto que hablara de algo que no fuera una calmada seguridad en sí mismo. Sin embargo, las órdenes de Jessica persistían aún.

—Vuestra abuela me encargó que completara vuestra educación y me asegurara de que no estáis poseído.

—No estoy poseído. —Era tan sólo una afirmación.

—¿Por qué huisteis?

—Namri tenía órdenes de matarme, independientemente de lo que yo hiciera. Sus órdenes provenían de Alia.

—¿Sois acaso una Decidora de Verdad?

—Lo soy. —Otra afirmación, llena de seguridad en sí mismo.

—¿Y Ghanima también?

—No.

El Predicador había roto entonces su silencio, girando sus ciegas órbitas hacia Halleck pero señalando a Leto.

—¿Crees que *tú* puedes ponerlo a prueba?

—No interfieras cuando no sabes nada del problema o sus consecuencias —había ordenado Halleck, sin mirar al hombre.

—Oh, conozco sus consecuencias muy bien —había dicho el Predicador—. Yo fui probado una vez por una vieja mujer que estaba convencida de saber lo que estaba haciendo. Tal como fueron luego las cosas, resultó que no lo sabía.

Halleck lo había mirado entonces.

—¿Eres acaso otra Decidora de Verdad?

—Cualquiera puede ser una Decidora de Verdad, incluso tú —había dicho el Predicador—. Se trata de que uno sea honesto consigo mismo acerca de la naturaleza de los propios sentimientos. Requiere tan sólo que poseas un profundo acuerdo con la verdad para que puedas reconocerla inmediatamente.

—¿Por qué interfieres? —había preguntado Halleck, apoyando una mano en su

crys. ¿Quién era ese Predicador?

—Soy sensible a estos acontecimientos —había dicho el Predicador—. Mi madre podría poner su propia sangre sobre el altar, pero tengo otras motivaciones. Y veo cuál es tu problema.

—¿Oh? —ahora Halleck se sentía realmente curioso.

—Dama Jessica te ha ordenado que diferencias entre el lobo y el perro, entre el *ze'eb* y el *ke'leb*. Por propia definición, un lobo es alguien que tiene poder y puede abusar de este poder. Sin embargo, hay un periodo de tiempo, al alba, en que uno no puede distinguir entre un lobo y un perro.

—Sí, te has acercado a la cuestión —había dicho Halleck, notando que cada vez entraba más gente del sietch en la sala común para escuchar—. ¿Cómo sabes esto?

—Porque conozco este planeta. ¿No entiendes? Piensa en cómo es. Bajo la superficie hay rocas, tierra, sedimentos, arena. Todo eso es la memoria del planeta, el cuadro de su historia. Lo mismo ocurre con los seres humanos. El perro recuerda al lobo. Cada universo gira en torno a un núcleo de *ser*, y todas las memorias se mueven desde ese núcleo hacia el exterior, directamente a la superficie.

—Muy interesante —había dicho Halleck—. ¿Y cómo puede ayudarme esto a llevar a término mis órdenes?

—Mira de nuevo el cuadro de tu historia que hay dentro de ti. Comunícate como se comunicarían los animales.

Halleck había agitado la cabeza. Había una compulsiva sinceridad en aquel Predicador, una cualidad que había observado muchas veces en los Atreides, y había algo más que un indicio de que aquel hombre estaba empleando los poderes de la Voz. Halleck sintió que su corazón empezaba a martillear en su pecho. ¿Era posible?

—Jessica deseaba una prueba suprema, algo tan intenso que hiciera emerger hasta las más profundas interioridades de su nieto —había dicho el Predicador—. Pero estaban ya allí, expuestas a tu mirada.

Halleck se había girado para observar a Leto. El movimiento fue instintivo, gobernado por irresistibles fuerzas.

El Predicador había proseguido, como si estuviera enseñando la lección a un obstinado alumno:

—Esta joven persona te confunde porque no es una entidad singular. Es una comunidad. Y como cualquier comunidad expuesta a tensión, cualquier miembro de la misma puede asumir el mando. Este mando no es siempre benigno, y de ahí provienen las historias de Abominación. Pero ya has lacerado lo suficiente esta comunidad, Gurney Halleck. ¿Cómo no has visto todavía que la transformación ya se ha producido? Este joven ha completado una cooperación interior que es enormemente poderosa, que no puede ser subvertida. Puedo verlo sin ojos. En una ocasión intenté oponerme a ella, pero ahora estoy a sus órdenes. Él es el Curador.

—¿Quién eres tú? —había preguntado Halleck.

—No soy más que lo que tú puedes ser. Pero no me mires a mi, mira a esta persona a la que te han ordenado enseñar y probar. Ha sido formada por la crisis. Ha sobrevivido a un medio ambiente letal. Está aquí.

—¿Quién eres tú? —había insistido Halleck.

—¡Te digo que mires tan sólo a este joven Atreides! Es la regeneración suprema de la cual depende nuestra especie. Reinsertará en el sistema los resultados de sus logros pasados. Ningún otro ser humano puede conocer esos logros pasados como los conoce él. ¡Y tú piensas destruir a una criatura!

—Me fue ordenado que lo pusiera a prueba, y yo no...

—¡Pero lo has hecho!

—¿Es una Abominación?

Una cansada sonrisa había cruzado el rostro del Predicador.

—Persistes en esas estupideces Bene Gesserit. ¡Cómo saben crear los mitos sobre los que duermen los hombres!

—¿Eres Paul Atreides? —había preguntado Halleck.

—Paul Atreides ya no existe. Intentó erigirse en un sumo símbolo moral renunciando a toda pretensión moral. Se convirtió en un santo sin un dios, cada una de sus palabras una blasfemia. ¿Cómo puedes pensar...?

—Porque hablas con su voz.

—¿Pretendes probarme ahora a *mí*? Ve con cuidado, Gurney Halleck.

Halleck había tragado saliva, obligándose a dirigir su atención al impasible Leto, que permanecía inmóvil, observando tranquilamente.

—¿Quién es el que está siendo puesto a prueba? —había preguntado el Predicador—. ¿Acaso Dama Jessica te ha probado a ti, Gurney Halleck?

Aquel pensamiento había sido profundamente inquietante para Halleck, que se había preguntado cómo permitía que las palabras del Predicador lo alterasen. Pero era algo profundamente instintivo en los servidores de los Atreides el obedecer aquella autocrática mística. Jessica, al explicar aquello, lo había convertido en algo aún mucho más misterioso. Halleck había sentido en aquel momento que algo cambiaba dentro de él, un *algo* cuyos bordes apenas habían sido rozados por el adiestramiento Bene Gesserit que Jessica había impresionado en él. Una furia inarticulada lo había invadido. ¡Él no quería cambiar!

—¿Quién de vosotros actúa como Dios, y con qué fin? —había preguntado el Predicador—. No puedes aferrarte tan sólo a la razón para responder a esta pregunta.

Lentamente, deliberadamente, Halleck había desviado su atención de Leto al hombre ciego. Jessica le había dicho siempre que debía conseguir dominar el equilibrio del *kairits*... «tú debes-tú no debes». Ella lo llamaba una disciplina sin palabras ni frases, sin reglas ni argumentos. Era el afilado borde de su propia verdad

interior, que todo lo absorbía. Algo en la voz del hombre ciego, su todo, sus ademanes, encendían una furia que ardía por sí misma en la cegadora calma dentro de Halleck.

—Responde a mi pregunta —había dicho el Predicador.

Y Halleck había notado cómo aquellas palabras centraban más profundamente su atención en aquel lugar, en aquel momento y en sus exigencias. No quedaba ninguna duda en él. Aquel hombre era Paul Atreides, no muerto, sino de regreso. Y aquel niño, Leto. Halleck había mirado una vez más a Leto, lo había mirado realmente. Había visto las señales de la tensión en torno a sus ojos, la sensación de equilibrio en su actitud, la pasiva boca con su sutil sentido del humor. Leto permanecía inmóvil como recortado sobre el fondo de una cegadora luz. Había alcanzado la armonía sencillamente aceptándola.

—Decidme, Paul —había dicho Halleck—, ¿lo sabe vuestra madre?

El Predicador había suspirado.

—Para la Hermandad, para toda ella, yo estoy muerto. No intentes revivirme.

Sin mirarle, Halleck había preguntado:

—¿Pero por qué ella...?

—Ella hace lo que debe. Construye su propia vida, pensando que gobierna muchas vidas. Así representamos todos a dios.

—Pero estáis vivo —había susurrado Halleck, abrumado por su constatación, girándose finalmente para mirar a aquel hombre, más joven que él, pero tan envejecido por el desierto que parecía tener el doble de años que Halleck.

—¿Qué es eso? —había preguntado Paul—. ¿Vivo?

Halleck había mirado a su alrededor, a los Fremen que los observaban, con sus rostros debatiéndose entre la duda y el temor.

—Mi madre nunca ha tenido que aprender mi lección. —¡Era la voz de Paul!—. Ser un dios puede convertirse en última instancia en algo aburrido y degradante. ¡Esta sería ya una razón suficiente para inventar el libre albedrío! Un dios podría desear refugiarse en el suelo y vivir tan sólo en las proyecciones inconscientes de las criaturas de sus sueños.

—¡Pero estáis vivo! —había dicho Halleck en voz más alta.

Paul había ignorado la excitación en la voz de su viejo compañero y había preguntado:

—¿Habrías enfrentado realmente a ese muchacho con su hermana en la prueba del Mashhad? ¡Qué mortal estupidez! Cada uno de ellos hubiera dicho: «¡No! ¡Mátame! ¡Deja que el otro viva!». ¿Adónde hubiera conducido una tal prueba? ¿Qué es lo que significa estar vivo, Gurney?

—No era esa la prueba —había protestado Halleck. No le gustaba la forma como se apretujaban los Fremen alrededor de ellos, estudiando a Paul, ignorando a Leto.

Pero Leto había intervenido de nuevo entonces:

—Mira a la trama, padre.

—Sí... sí... —Paul había levantado la cabeza como para husmear el aire—. ¡Es Farad'n, entonces!

—Qué fácil es seguir nuestros pensamientos en lugar de nuestros sentidos —había dicho Leto.

Halleck se había visto incapaz de seguir aquel pensamiento y, cuando iba a pedir una aclaración, había sido interrumpido por una mano de Leto apoyada sobre su brazo.

—No preguntes, Gurney. Podrías volver a sospechar que soy una Abominación. ¡No! Deja que ocurra, Gurney. Si intentas forzarlo, sólo conseguirás destruirte a ti mismo.

Pero Halleck se había sentido abrumado por sus dudas. Jessica se lo había advertido. «*Esos prenacidos pueden ser muy engañosos. Tienen trucos que tú nunca has soñado*». Halleck había agitado lentamente la cabeza. ¡Y Paul! ¡Dioses de las profundidades! ¡Paul vivo y aliado con aquel interrogativo estigma que él mismo había generado!

Los Fremen, a su alrededor, ya no podían seguir siendo mantenidos lejos. Empezaban a apretujarse entre Halleck y Paul, entre Leto y Paul, separando a este último de los dos. El aire resonaba con roncas preguntas: «¿Eres Muad'Dib? ¿Eres realmente Muad'Dib? ¿Es cierto lo que se rumorea? ¡Dínoslo!».

—Debéis pensar en mí tan sólo como en el Predicador —había dicho Paul, apartándolos—. No puedo ser Paul Atreides o Muad'Dib, nunca más podré serlo. No soy el compañero de Chani ni el Emperador.

Halleck, temiendo lo que podía ocurrir si esas frustradas preguntas no obtenían una respuesta lógica, estaba a punto de actuar cuando Leto se había movido antes que él. Había sido entonces cuando Halleck se había dado cuenta del primer elemento del terrible cambio que se había operado en Leto. Había resonado una terrible voz como de toro:

—¡Echaos a un lado! —y Leto se había lanzado hacia adelante, derribando a Fremen adultos a diestra y siniestra, echándolos hacia atrás, derribándolos con sus manos, arrebatándoles sus cuchillos, tomándolos por la hoja con sus manos.

En menos de un minuto todos aquellos Fremen habían sido rechazados contra las paredes, en silenciosa consternación. Leto estaba de pie junto a su padre.

—Cuando Shai-Hulud hable, vosotros obedeceréis —había dicho Leto.

Y cuando algunos de los Fremen habían empezado a protestar, Leto había arrancado un saliente de roca de la pared del pasillo junto a la salida de la estancia y lo había desmenuzado con sus manos, mientras sonreía.

—Desmenuzaré vuestro sietch sobre vuestras cabezas —había dicho.

—El Demonio del Desierto —había susurrado alguien.

—Y también vuestros qanats —había confirmado Leto—. Los reduciré a polvo. Nunca hemos estado aquí, ¿me habéis oído?

Las cabezas asintieron enfáticamente, en un gesto de aterrada sumisión.

—Ninguno de vosotros nos ha visto —había dicho Leto—. Un solo susurro de vuestra parte, y volveré para enviaros a todos al desierto sin una pizca de agua.

Halleck había visto las manos alzarse en el gesto protector, el signo del gusano.

—Ahora nos iremos, mi padre y yo, acompañados por nuestro viejo amigo —había dicho Leto—. Preparad nuestro tóptero.

Y entonces Leto los había conducido hasta Shuloch, explicando durante el camino que debían actuar rápidamente porque «Farad'n estará aquí en Arrakis muy pronto. Y, como mi padre ha dicho, entonces podrás asistir a la auténtica prueba, Gurney».

Mirando hacia abajo desde la cima de la colina de Shuloch, Halleck se preguntó una vez más, como se había estado preguntando cada día:

—¿Qué prueba? ¿Qué es lo que quiere decir?

Pero Leto ya no estaba en Shuloch, y Paul se negaba a responder.

La Iglesia y el Estado, la razón científica y la fe, el individuo y su comunidad, incluso el progreso y la tradición... todo ello puede ser ajustado a las enseñanzas de Muad'Dib. Él nos enseñó que no existen opuestos intransigentes excepto en las convicciones de los hombres. Cualquiera puede echar a un lado el velo del Tiempo. Uno puede descubrir el futuro en el pasado o en su propia imaginación. Haciendo esto, uno reconquista su consciencia en su ser interior. Entonces uno sabe que el universo es un conjunto coherente y que él mismo es indivisible de él.

*El Predicador a Arrakeen, según HARQ AL-ADA*

Ghanima estaba sentada fuera del círculo de luz de las lámparas de especia y observaba a aquel Buer Agarves. No le gustaba su redonda cara y sus fruncidas cejas, ni su forma de mover los pies mientras hablaba, como si sus palabras fueran una oculta música a cuyo compás danzaba.

*No está aquí para parlamentar con Stil*, se dijo Ghanima, viendo su juicio confirmado en cada palabra y en cada movimiento de aquel hombre. Se apartó aún más del círculo del Consejo.

Cada sietch tenía una estancia como aquella, pero la sala de reuniones de la abandonada djedida le daba a Ghanima la impresión de un lugar angosto debido a su techo demasiado bajo. Los sesenta componentes del grupo de Stilgar mas los nueve que habían acudido con Agarves llenaban tan sólo uno de los extremos de la sala. Las lámparas de aceite de especia proyectaban temblorosas sombras que danzaban en las paredes, y el pungente humo llenaba el lugar con el aroma a canela.

La reunión había empezado al oscurecer, tras las plegarias por la humedad y la comida de la tarde. Duraba ya más de una hora, y Ghanima no conseguía sondear las ocultas corrientes de aquella puesta en escena de Agarves. Sus palabras sin embargo parecían claras, aunque sus gestos y los movimientos de sus ojos no concordaban con ellas.

Agarves estaba hablando ahora, respondiendo a una pregunta de uno de los lugartenientes de Stilgar, un sobrino de Harah llamado Rajia. Era un joven enjuto, ascético, cuya boca se curvaba hacia abajo en las comisuras, dándole un aire de perpetua suspicacia. Ghanima consideró que aquella expresión se ajustaba a las circunstancias.

—Por supuesto que estoy seguro de que Alia os garantizará un perdón absoluto a todos vosotros —estaba diciendo Agarves—. De otro modo yo no estaría aquí con este mensaje.

Stilgar intervino en el momento en que Rajia iba a hablar de nuevo.

—No me preocupa mucho el si nosotros podemos confiar en ella, sino el si ella confía en ti. —La voz de Stilgar arrastraba refunfuñantes connotaciones. No le

gustaba la sugerencia de volver a su antiguo status.

—No importa el que ella confíe o no en mí —dijo Agarves—. Para ser sincero, no creo que lo haga. Pero siempre he tenido la impresión de que ella no deseaba realmente que fueses capturado. Ella era...

—Ella era la mujer del hombre al que maté —dijo Stilgar—. Admito que fue él quien lo provocó. Fue como si se dejara caer sobre su propio cuchillo. Pero esta nueva actitud huele a...

Agarves hizo danzar sus pies, con el rostro dominado la rabia.

—¡Alia te perdona! ¿Cuántas veces debo decírtelo? Ha hecho que los Sacerdotes prepararan una gran ceremonia para pedir la guía divina de...

—Esto tan sólo plantea otra cuestión —esta vez era Irulan, inclinándose por delante de Rajia, con su rubia cabeza recortándose sobre la oscura tez del joven—. Ella te ha convencido, pero podría tener otros planes.

—Los Sacerdotes han...

—Pero hay todas esas otras historias —dijo Irulan—, acerca de que tú eres algo más que tan sólo un consejero militar, que tú eres su...

—¡Ya basta! —Agarves estaba fuera de sí de rabia. Su mano se acercó a su cuchillo. Ocultas emociones se movían inmediatamente debajo de la superficie de su piel; contorsionando sus rasgos—. ¡Creed lo que queráis, pero haced callar a esa mujer! ¡Me contamina! ¡Enfanga todo lo que toca! Estoy cansado. Estoy sucio. Pero nunca he levantado mi cuchillo contra mi propia raza... ¡Ahora... ya basta!

Ghanima, observando aquello, pensó: *En esto, al menos, la sinceridad surge de su boca.*

Sorprendentemente, Stilgar se echó a reír.

—Ahhh, primo —dijo—. Perdóname, pero hay verdad en la rabia.

—¿Entonces aceptas?

—Yo no he dicho eso. —Alzó una mano cuando Agarves iba a estallar de nuevo—. No es por mi propio interés, Buer, sino por el de los demás. —Hizo un gesto a su alrededor—. Son mi responsabilidad. Déjanos considerar por un momento qué reparaciones nos ofrece Alia.

—¿Reparaciones? No se ha hablado de reparaciones. Perdón, pero no...

—Entonces, ¿qué es lo que ofrece como garantía de su palabra?

—El Sietch Tabr y tú como su Naib, plena autonomía como terreno neutral. Ella comprende ahora cómo...

—No volveré a formar parte de su séquito ni a proporcionarle hombres para la lucha —advirtió Stilgar—. ¿Queda esto comprendido?

Ghanima se dio cuenta de que Stilgar estaba empezando a ceder, y pensó: *¡No, Stil! ¡No!*

—No será necesario nada de eso —dijo Agarves—. Alia desea tan sólo que



Ghanima le sea restituida y cumpla con la promesa del compromiso que ella...

—¡Si es así vete! —dijo Stilgar, con el ceño fruncido—. Ghanima como precio de mi perdón. Si piensa que yo...

—Ella piensa que eres un hombre sensato —argumentó Agarves, sentándose de nuevo.

Alegremente, Ghanima pensó: *No lo hará. No malgastes tu aliento. No lo hará.*

Y mientras pensaba aquello, Ghanima oyó un suave roce tras ella y a su izquierda. Empezó a girarse, y sintió que unas poderosas manos la sujetaban. Un pesado tapiz impregnado con somnífero cubrió su rostro antes de que pudiera gritar. Notando que perdía el conocimiento, se sintió arrastrada hacia una puerta en la parte más oscura de la sala. Y pensó: *¡Hubiera debido intuirlo! ¡Hubiera debido estar preparada!* Pero las manos que la sujetaban eran de un adulto, y fuertes. No pudo librarse de ellas.

Las últimas impresiones sensoriales de Ghanima fueron las del frío aire de la noche, un vislumbre de estrellas, y un rostro cubierto por una capucha que bajaba la vista hacia ella y luego preguntaba:

—No ha recibido ningún daño, ¿verdad?

La respuesta se perdió al tiempo que las estrellas giraban y se fundían ante su mirada, fundiéndose en un relámpago de luz que era el núcleo más interno de su yo.

Muad'Dib nos dio un tipo particular de conocimiento acerca de la penetración profética, acerca del comportamiento que rodea a tal penetración y su influencia sobre los acontecimientos vistos como «activos» (es decir, acontecimientos que se supone ocurrirán en un sistema relacionado que el profeta revela e interpreta). Como ha sido notado en otros lugares, esta penetración opera como una trampa peculiar para el propio profeta. Él puede convertirse en la víctima de lo que sabe... lo cual es un fracaso humano relativamente común. El peligro es que aquellos que predicen acontecimientos reales pueden verse dominados por el efecto polarizante producido por los abusos de su propia verdad. Tienden a olvidar que nada puede existir en un universo polarizado sin que esté presente su opuesto.

*La Visión Presciente*, por HARQ AL-ADA

Torbellinos de arena colgaban como niebla en el horizonte, oscureciendo el naciente sol. La arena era fría a la sombra de las dunas. Leto permanecía inmóvil, de pie, fuera del anillo de los palmerales, mirando al desierto. Podía oler el polvo y el aroma de las plantas espinosas, oír los sonidos matutinos de la gente y de los animales. Los Fremen no mantenían ningún qanat en aquel lugar. Tenían tan sólo el mínimo de plantas que podían ser irrigadas por las mujeres, que transportaban el agua en recipientes de piel. Su trampa de viento era un artilugio frágil, que era destruido fácilmente por los tormentosos vientos pero que era reconstruido también fácilmente. La adversidad, los rigores del comercio de la especia y la aventura eran allí una forma de vida. Aquellos Fremen seguían creyendo que el paraíso era el sonido del agua fluyendo, pero que conservaban ante todo un concepto de Libertad que Leto compartía.

*La libertad es un estado de la soledad*, pensó.

Leto ajustó los pliegues de la túnica blanca que cubría su destiltraje viviente. Podía sentir como la membrana de truchas de arena lo había cambiado y, como siempre que pensaba en ello, se veía obligado a sobreponerse a un profundo sentimiento de pérdida. Ya nunca más sería completamente humano. Extrañas cosas nadaban en su sangre. Los cilios de las truchas de arena habían penetrado en cada uno de sus órganos, ajustándolos, cambiándolos. Las propias truchas de arena estaban cambiando, adaptándose. Pero Leto, sabiendo aquello, se sentía torturado por los viejos hilos de su pérdida humanidad, de su vida atrapada en la angustia primaria de la antigua continuidad interrumpida. Conocía la trampa de dejarse dominar por tales emociones. La conocía muy bien.

*Deja que el futuro ocurra por sí mismo*, pensó. *La única regla que gobierna la creatividad es el acto mismo de la creación.*

Le era difícil apartar su mirada de la arena, de las dunas... de aquel gran vacío. Allí, a la orilla de la arena, había unas pocas rocas, pero que ayudaban a la

imaginación a saltar hacia adelante, hacia los vientos, el polvo, las escasas plantas y los solitarios animales, las dunas confundándose con las dunas, el desierto con el desierto.

A sus espaldas le llegó el sonido de una flauta llamando a la plegaria matutina, el canto por la humedad que ahora era un salmo sutilmente alterado para el nuevo Shai-Hulud. Aquel conocimiento en la mente de Leto daba a la música un sentido de eterna soledad.

*Podría simplemente adentrarme en este desierto,* pensó Leto.

Todo podría cambiar entonces. Una dirección podía ser tan buena como cualquier otra. Había aprendido ya a vivir libre de posesiones. Había refinado la mística Fremen hasta darle un terrible filo: todo lo que llevaba consigo era necesario, y esto era todo lo que llevaba. Pero no llevaba nada excepto las ropas que lo cubrían, el anillo con el halcón Atreides oculto en sus pliegues, y la piel-que-no-era-la-suya.

Sería tan fácil irse de allí.

Un movimiento muy arriba en el cielo llamó su atención: las enormes alas extendidas identificaron a un buitre. Aquello llenó su pecho de dolor. Como los Fremen salvajes, los buitres vivían en aquellos parajes porque allí era donde habían nacido. No conocían nada mejor. El desierto había hecho de ellos lo que eran.

Sin embargo, otra raza Fremen estaba surgiendo del surco abierto por Muad'Dib y Alia. Esas eran las razones por las cuales él no podía permitirse el adentrarse en el desierto como había hecho su padre. Leto recordó las palabras de Idaho, en los primeros tiempos:

—¡Esos Fremen! Están magníficamente vivos. Nunca me he encontrado con un Fremen glotón.

Ahora había multitud de Fremen glotones.

Una oleada de tristeza atravesó a Leto. Se había empeñado en una senda que podía cambiar todo eso, pero a un precio terrible. Y el dominar esa senda se hacía cada vez más difícil a medida que avanzaba hacia el vórtice.

Kralizec, el Tifón en el Límite del Universo, estaba allí... pero Kralizec o algo peor eran el precio de un paso en falso.

Sonaron voces a espaldas de Leto, luego una voz claramente infantil dijo:

—Está aquí.

Leto se giró.

El Predicador había salido de los palmerales, conducido por un niño.

*¿Por qué sigo pensando en él como el Predicador?*, se dijo Leto.

La respuesta estaba allí, claramente grabada en la mente de Leto: *Porque ya no es Muad'Dib, ya no es Paul Atreides*. El desierto había hecho de él lo que era. El desierto y los chacales de Jacurutu con sus sobredosis de melange y sus constantes traiciones. El Predicador había envejecido mucho más allá de su edad, no sólo a pesar

de la especia sino a causa de ella.

—Me han dicho que deseabas verme —dijo el Predicador, hablando cuando su pequeño guía se detuvo.

Leto miró al niño surgido de los palmerales, un ser casi tan pequeño como él mismo, temeroso pero al mismo tiempo ávidamente curioso. Sus jóvenes ojos relucían sombríos sobre la máscara de su destiltraje, adecuada a su tamaño.

Leto hizo un gesto con la mano.

—Déjanos.

Por un momento hubo rebeldía en el envararse de los hombros del pequeño, luego el temor y el innato respeto Fremeni a la intimidad se sobrepusieron. El niño los dejó solos.

—¿Sabes que Farad'n está aquí en Arrakis? —preguntó Leto.

—Gurney me lo dijo cuando me trajo hasta aquí con el tóptero esta noche.

Y el Predicador pensó: *Qué fríamente medidas son sus palabras. Es como era yo en los viejos días.*

—Me enfrento con una difícil elección —dijo Leto.

—Creía que ya habías hecho todas tus elecciones.

—Ambos conocemos esa trampa, padre.

El Predicador carraspeó. Las tensiones le decían qué cerca estaban de la aniquilante crisis. Ahora Leto ya no se basaba en las visiones en sí, sino en el manejo de esas visiones.

—¿Necesitas mi ayuda? —preguntó el Predicador.

—Sí. Voy a volver a Arrakeen, y quiero ir como tu guía.

—¿Con qué fin?

—¿Quieres predicar una vez más en Arrakeen?

—Quizá. Hay cosas que todavía no les he dicho.

—No volverás más al desierto, padre.

—¿Si voy contigo?

—Haré lo que tú decidas.

—¿Lo has reflexionado? Con Farad'n allí, tu madre estaría con él.

—Sin la menor duda.

El Predicador carraspeó otra vez. Era un signo de nerviosismo que Muad'Dib nunca se hubiera permitido. Aquella carne había estado demasiado tiempo alejada del antiguo régimen de la autodisciplina, su mente traicionaba demasiado a menudo la locura de Jacurutu. Y el Predicador pensaba que quizá no fuera juicioso volver a Arrakeen.

—No estás obligado a volver allí conmigo —dijo Leto—. Pero mi hermana está allí, y debo regresar. Tú podrías ir con Gurney.

—¿Y tú irías a Arrakeen solo?

—Sí. Debo encontrarme con Farad'n.

—Iré contigo —suspiró el Predicador.

Y Leto captó un toque de la vieja locura de las visiones en los ademanes del Predicador, y se dijo: *¿Está jugando al juego de la presciencia?* No. Nunca se adentraría de nuevo en aquel camino. Conocía la trampa de un compromiso parcial. Cada palabra del Predicador confirmaba que había transferido las visiones a su hijo, sabiendo que todo en aquel universo había sido anticipado.

Eran las viejas polaridades las que se burlaban ahora del Predicador. Había huido de paradoja en paradoja.

—Partiremos dentro de pocos minutos, entonces —dijo Leto—. ¿Quieres decírselo a Gurney?

—¿Gurney no va a venir con nosotros?

—Quiero que Gurney sobreviva.

Entonces el Predicador se abrió a las tensiones. Estaban en el aire a su alrededor, en el suelo bajo sus pies, algo móvil que convergía en el niño que era su hijo. El embotado grito de sus antiguas visiones aguardaba en la garganta del Predicador.

*¡Aquella maldita santidad!*

El ácido jugo de sus temores no podía ser evitado. Sabía lo que se enfrentaría con ellos allí en Arrakeen. Iban a jugar una vez más con terribles y mortíferas fuerzas que nunca iban a traerles la paz.

El niño que rehúsa viajar en el arnés del padre, éste es el símbolo de la más singular capacidad del hombre. «Yo no debo ser lo que fue mi padre. Yo no tengo que obedecer las reglas de mi padre, ni siquiera creer en todo lo que él creía. Mi fuerza como ser humano es el que yo puedo hacer mis propias elecciones sobre lo que debo y lo que no debo creer, sobre lo que debo y lo que no debo ser».

LETO ATREIDES II, *Biografía de Harq al-Ada*

Las peregrinas danzaban al sonido de los tambores y las flautas en la plaza del Templo, las cabezas descubiertas, los collares tintineando, sus ropas finas y reveladoras. Sus largos cabellos negros se agitaban y caían en cascada sobre sus rostros a cada giro.

Alia contemplaba la escena desde su refugio en la parte superior del Templo, atraída y repelida al mismo tiempo. Era media mañana, la hora en que el aroma del café de especia empezaba a flotar a través de la plaza, procedente de los vendedores ambulantes bajo la sombra de las arcadas. Muy pronto tendría que salir a dar la bienvenida a Farad'n, presentar los regalos oficiales y supervisar su primer encuentro con Ghanima.

Todo estaba sucediendo de acuerdo con el plan. Ghani lo mataría y, en el tumulto subsiguiente, tan sólo una persona estaría preparada para recoger los pedazos. Las marionetas danzaban cuando se tiraba de los hilos. Stilgar había matado a Agarves tal como ella esperaba. Y Agarves había guiado a los secuestradores hasta la djedida sin saberlo, a través de la señal secreta de un transmisor oculto en las nuevas botas que ella le había dado. Ahora Stilgar e Irulan aguardaban en las mazmorras del Templo. Quizá murieran, pero tal vez les encontrara otra utilidad. No había nada de malo en esperar.

Notó que los Fremen de la ciudad estaban observando a las peregrinas que danzaban bajo ella, con miradas intensas y ardientes. La básica igualdad sexual que existía en el desierto persistía en las ciudades y poblados Fremen, pero las diferencias sociales entre machos y hembras estaban estableciendo delimitaciones. Eso también se acordaba con sus planes. Divide y debilitarás. Alia podía captar el sutil cambio en la forma en que aquellos dos Fremen observaban desde un lado a las mujeres venidas de fuera del planeta y su exótica danza.

*Dejémosles que observen. Dejémosles que esto llene sus mentes de ghafla.*

Las persianas de la ventana de Alia habían sido abiertas, y podía notar el rápido incremento del calor que en aquella estación se iniciaba al despuntar el sol y adquiriría su máximo a media tarde. La temperatura en el suelo de piedra de la plaza debía ser mucho más alta. Debía ser molesta para aquellas bailarinas, pero ellas seguían girando y saltando, moviendo brazos y cabellos con el frenesí de la devoción. Habían

dedicado su danza a Alia, el Seno del Cielo. Una ayudante había acudido a informarla de eso con un susurro, burlándose de aquellas mujeres de otro planeta y sus peculiares tradiciones. La ayudante había explicado que las mujeres eran de Ix, donde aún quedaban vestigios de las ciencias y tecnologías prohibidas.

Alia soltó un bufido. Aquellas mujeres eran tan ignorantes, tan supersticiosas y tan retrógradas como los Fremen del desierto... tal como había dicho su burlona ayudante, intentando ganarse sus favores informándole de a quién iba dirigida la danza. Y ni la ayudante ni los propios ixianos sabían que Ix era simplemente un número en una antigua lengua olvidada.

Riendo para sí misma, Alia pensó: *Dejemos que dancen*. El danzar gastaba energías que podían ser empleadas en usos más destructivos. Y la música era agradable, un sutil balido tocado sobre un fondo de suaves tímpanos con acompañamiento de tambores hechos con calabazas vacías y palmear de manos.

Bruscamente, la música fue ahogada por el rugir de una multitud de voces en el extremo más alejado de la plaza. Las danzarinas perdieron el paso, lo recuperaron tras una breve confusión, pero su ritmo sensual se había perdido, e incluso su atención fue atraída hacia la más alejada puerta de la plaza, donde la multitud se estaba desparramando sobre las piedras del suelo como agua surgiendo de la válvula abierta de un qanat.

Alia contempló aquella oleada que avanzaba.

Entonces empezó a oír las palabras, y una de ellas sobresalía de todas las demás: —¡El Predicador! ¡El Predicador!

Y entonces lo vio, avanzando a grandes zancadas a la vanguardia de la oleada, una mano sobre el hombro de su joven guía.

Las peregrinas que danzaban renunciaron definitivamente a sus piruetas, retirándose a los peldaños en forma de terrazas debajo de Alia. Sus espectadores se unieron a ellas, y Alia captó un temor reverencial en la forma en que miraban. Su propia emoción era miedo.

*¡Cómo se atreve!*

Se giró a medias para llamar a los guardias, pero cambió de pensamiento y se detuvo. La multitud estaba llenando la plaza. Podía volverse peligrosa si se veía frustrada en su obvio deseo de oír al visionario ciego.

Alia apretó los puños.

*¡El Predicador!* ¿Por qué estaba haciendo Paul esto? Para la mitad de la población él era un «loco del desierto» y, por ello, sagrado. Otros susurraban en los bazares y tiendas que no podía ser otro que Muad'Dib. ¿Cómo si no el mahdinato le hubiera permitido hablar proclamando tantas rabiosas herejías?

Alia podía ver refugiados entre la multitud, restos de los sietchs abandonados, con sus ropas hechas jirones. Aquella plaza era ahora un lugar peligroso, un lugar donde

podían ser cometidos terribles errores.

—¿Mi Ama?

La voz surgió detrás de Alia. Se giró, vio a Zia inmóvil en el arco de la puerta que conducía a la otra estancia. Otros Guardias de la Casa armados cerraban prietamente filas tras ella.

—¿Sí, Zia?

—Mi Dama, Farad'n está ahí fuera solicitando audiencia.

—¿Dónde? ¿En mis apartamentos?

—Sí, mi Dama.

—¿Está solo?

—Con dos guardias personales y Dama Jessica.

Alia se llevó una mano a la garganta, recordando el último encuentro con su madre. De todos modos, los tiempos habían cambiado. Nuevas condiciones regían sus relaciones ahora.

—Qué impetuoso es —dijo Alia—. ¿Qué razones ha dado?

—Se ha enterado de... —Zia señaló hacia la ventana que dominaba la plaza—. Dice que según le han comunicado el tuyo es el mejor puesto de observación.

Alia frunció el ceño.

—¿Crees en ello, Zia?

—No, mi Dama. Creo que ha oído los rumores. Desea observar tu reacción.

—¡Mi madre lo ha instigado a ello!

—Es muy posible, mi Dama.

—Zia, querida, quiero encargarte una serie de cosas específicas que deseo que cumplas con la mayor atención, pues son muy importantes para mí. Acércate.

Zia se acercó a un paso de Alia.

—¿Mi Dama?

—Haz que Farad'n, sus guardias, y mi madre, sean admitidos. Entonces prepara a Ghanima y tráela. Deberá ser ataviada como una novia Fremen hasta el más mínimo detalle... *completa*.

—¿Con el cuchillo, mi Dama?

—Con el cuchillo.

—Mi Dama, esto es...

—Ghanima no representa ninguna amenaza para mí.

—Mi Dama, existen razones para creer que huyó con Stilgar para protegerlo antes que por cualquier otra...

—¡Zia!

—¿Mi Dama?

—Ghanima me ha suplicado ya por la vida de Stilgar, y Stilgar permanece con vida.



—¡Pero ella es la presunta heredera!

—Limitate tan sólo a seguir mis órdenes. Prepara a Ghanima. Y mientras te ocupas de eso, envía a cinco asistentes del Sacerdocio del Templo a la plaza. Que inviten al Predicador aquí arriba. Diles que esperen su oportunidad y hablen con él, nada más. No deben usar la fuerza. Quiero que sea una invitación cortés. Absolutamente nada de fuerza. Y, Zia...

—¿Mi Dama? —qué hosca sonaba.

—El Predicador y Ghanima deben ser conducidos hasta mí simultáneamente. Deberán entrar juntos a mi señal. ¿Has comprendido?

—Conozco el plan, mi Dama, pero...

—¡Simplemente hazlo! Juntos. —Y Alia hizo una inclinación con la cabeza para despedir a su ayudante amazona. Mientras Zia se giraba, Alia añadió—: Al salir, haz pasar al grupo de Farad'n, pero ocúpate de que sean precedidos por diez de mi gente más leal.

Zia miró hacia atrás, pero siguió su camino fuera de la estancia.

—Será como ordenáis, mi Dama.

Alia volvió a mirar por la ventana. En muy pocos minutos el *plan* podía dar sus sangrientos frutos. Y Paul estaría allí cuando su hija le diera el *coup de grâce* a sus sacrosantas pretensiones. Alia oyó al destacamento de la guardia de Zia entrar. Pronto todo habría terminado, todo. Miró hacia abajo con un creciente sentimiento de triunfo, mientras el Predicador ocupaba su lugar en el primer peldaño. Su joven guía se acuclilló a su lado. Alia vio las ropas amarillas de los Sacerdotes del Templo aguardando a la izquierda, mantenidos a distancia por la presión de la multitud. De todos modos, tenían gran experiencia en moverse entre multitudes. Encontrarían la forma de acercarse a su blanco. La voz del Predicador resonó fuertemente en la plaza, y la multitud se preparó para escuchar sus palabras con la mayor atención. ¡Dejemos que lo escuchen! Muy pronto sus palabras tendrían otro significado del que él pretendía. Y no habría ya allí ningún *Predicador* para protestar.

Oyó entrar al grupo de Farad'n, luego la voz de Jessica:

—¿Alia?

Sin girarse, Alia dijo:

—Bienvenidos, Príncipe Farad'n, madre. Venid a gozar del espectáculo. —Miró entonces hacia atrás, vio al enorme Sardaukar, Tyekanik, mirando con el ceño fruncido a sus guardias que bloqueaban el camino—. Oh, esto no es hospitalidad —dijo Alia—. Dejad que se acerquen. —Dos de sus guardias, actuando obviamente bajo órdenes de Zia, avanzaron y se inmovilizaron entre ella y los demás. Los otros se echaron a un lado. Alia se situó al lado derecho de la ventana, y señaló hacia afuera—. Este es realmente el mejor punto de observación.

Jessica, llevando su tradicional aba negra, miró furiosamente a Alia, escoltó a

Farad'n hasta la ventana, pero se situó entre este y los guardias de Alia.

—Es muy gentil por vuestra parte, Dama Alia —dijo Farad'n—. He oído hablar mucho de ese Predicador.

—Y aquí está en carne y hueso —dijo Alia. Observó que Farad'n llevaba el uniforme gris de comandante Sardaukar, sin adornos. Se movía con una ágil gracia que Alia no pudo por menos que admirar. Quizás hubiera algo más que una vana diversión en aquel Príncipe Corrino.

La voz del Predicador retumbó en la estancia a través de los amplificadores situados al lado de la ventana. Alia sintió que se estremecía hasta la médula de sus huesos, mientras empezaba a escuchar aquellas palabras con una creciente fascinación.

—Me hallaba en el Desierto de Zan —gritó el Predicador—, en aquella enorme y pululante desolación. Y Dios me ordenó que limpiara aquel lugar. Porque aquel desierto nos provocaba, aquel desierto nos hacia sufrir, y éramos tentados por aquella desolación a abandonar nuestras tradiciones.

*El Desierto de Zan*, pensó Alia. Aquel era el nombre dado al lugar de la primera prueba de los Zensunni Errantes de los cuales habían surgido los Fremen. ¡Pero aquellas palabras! ¿Se estaba atribuyendo la destrucción de los sietchs pertenecientes a las tribus leales?

—Bestias salvajes infestan vuestras tierras —dijo el Predicador, haciendo retumbar su voz por toda la plaza—. Afligidas criaturas llenan vuestras casas. Vosotros, que habéis huido de vuestros hogares, ya no multiplicáis vuestros días sobre la arena. Sí, vosotros que habéis abandonado nuestras tradiciones, moriréis en vuestras hediondas madrigueras si continuáis por este camino. Pero si escucháis mi advertencia, el Señor os guiará a través de una tierra de pozos hasta las Montañas de Dios. Si, Shai-Hulud os guiará...

Débiles gemidos surgieron de la multitud. El Predicador hizo una pausa, girando sus órbitas desprovistas de ojos de uno a otro lado del sonido. Entonces alzó los brazos y los abrió, gritando:

—¡Oh Dios, mi carne ansía Tu camino en una árida y sedienta tierra!

Una vieja mujer frente al Predicador, obviamente una refugiada por lo sucio y remendado de su atuendo, tendió sus manos hacia él e imploró:

¡Ayúdanos, Muad'Dib! ¡Ayúdanos!

Con una repentina opresión de miedo en el pecho, Alia se preguntó si aquella vieja mujer sabía realmente la verdad. Alia miró a su madre, pero Jessica permanecía inmóvil, con su atención dividida entre la guardia de Alia, Farad'n, y lo que se veía a través de la ventana. Farad'n permanecía inmóvil en una fascinada atención.

Alia miró a través de la ventana, intentando ver a sus sacerdotes del Templo. No estaban a la vista, y sospechó que se habían abierto camino dando un rodeo en

dirección a las puertas del Templo, para tener así un acceso más directo por la escalinata.

El Predicador apuntó su mano derecha por encima de cabeza de la vieja mujer y gritó:

—¡Vosotros sois la única ayuda que os queda! Vosotros os rebelasteis. Vosotros trajisteis el seco viento que no purifica ni refresca. Vosotros lleváis la carga de nuestro desierto, y los torbellinos surgen de aquel lugar, de aquellas terribles tierras. Yo he estado en aquella desolación. El agua se esparce por la arena desde los destruidos qanats. Su flujo atraviesa el suelo. ¡El agua ha caído del cielo en la Cintura de Dune! Oh, amigos míos, Dios me ha ordenado: traza en el desierto un gran sendero para nuestro Señor, porque Yo soy la voz que clama a ti en la desolación.

Señaló los peldaños bajo sus pies con un dedo rígido y vibrante.

—¡Esta no es la djedida perdida que no volverá a ser habitada nunca! Aquí hemos comido el pan del cielo. ¡Y aquí el estrépito de los extranjeros nos arroja de nuestras casas! Están creando para nosotros una desolación, una tierra donde no sólo ningún hombre querrá vivir, sino donde ningún hombre querrá pasar cerca.

La multitud se agitó, inquieta, refugiados y Fremen de ciudad se miraron inquietos, lanzando ojeadas a los peregrinos del Hajj esparcidos entre ellos.

*¡Puede desencadenar un sangriento tumulto!, pensó Alia. Bueno, dejemos que lo haga. Mis Sacerdotes podrán agarrarlo en la confusión.*

Vio entonces a los cinco Sacerdotes, un remolino de ropas amarillas que descendían los peldaños tras el Predicador.

—El agua que hemos esparcido por el desierto se ha convertido en sangre —dijo el Predicador, agitando sus brazos abiertos. ¡Sangre sobre nuestra tierra! Mirad nuestro desierto que se alegra y reverdece; ha atraído a los extranjeros y los ha seducido hasta tal punto que se han mezclado con nosotros. ¡Vienen para la violencia! ¡Sus rostros son tan herméticos como el supremo viento del Kralizec! Mantienen cautiva a la arena, y chupan su abundancia, el tesoro oculto en sus profundidades. Miradles como prosiguen su trabajo diabólico. Está escrito: «Y me erguí en la arena, y vi a una bestia surgir de esta arena, y en la cabeza de esa bestia había el nombre de Dios!».

Rabiosos murmullos surgieron de entre la multitud. Se elevaron algunos puños cerrados.

—¿Qué es lo que está haciendo? —susurró Farad'n.

—Me gustaría saberlo —dijo Alia. Se llevó una mano al pecho, sintiendo la temerosa excitación de aquel momento. ¡La multitud se arrojaría sobre los peregrinos si continuaba así!

Pero el Predicador se giró a medias, clavó sus vacías órbitas en el Templo, y levantó una mano, apuntándola directamente a la alta ventana del observatorio de

Alia.

—¡Y queda aún una blasfemia! —gritó—. ¡Blasfemia! ¡Y el nombre de esa blasfemia es Alia!

Un impresionado silencio se adueñó de la plaza. Alia se envaró en una paralizante consternación. Sabía que la multitud no podía verla, pero se sintió dominada por un sentimiento de indefensión, de vulnerabilidad. Los ecos de las calmantes voces dentro de su cráneo compitieron con el batir de su corazón. Consiguió tan sólo contemplar inmóvil aquel increíble cuadro. El Predicador permanecía con una mano apuntando a su ventana.

Sin embargo, sus palabras habían sido demasiado para los Sacerdotes. Rompieron el silencio con rabiosos gritos, y descendieron en tromba los peldaños, apartando brutalmente a quienes se interponían en su paso. Pero a medida que se movían la multitud reaccionó, rompiéndose como una ola contra los peldaños, barriendo las primeras líneas de espectadores y arrastrando al Predicador ante ella. Este se tambaleó ciegamente, separado de su joven guía. Entonces, un brazo enfundado en amarillo surgió del maremágnum de gente; su mano blandía un crys. Alia vio el cuchillo descender violentamente, hundirse en el pecho del Predicador.

El tronante resonar de las gigantescas puertas del Templo al ser cerradas arrancó a Alia de su shock. Obviamente, los guardias habían cerrado las puertas ante la multitud. Pero la gente ya se estaba deteniendo, dejando un espacio libre alrededor de una figura caída, encogida en los peldaños. Una quietud sobrenatural inundó la plaza. Alia vio muchos cuerpos, pero tan sólo había uno yaciendo allí para ella.

Entonces una voz rechinante surgió de la multitud:

—¡Muad'Dib! ¡Han matado a Muad'Dib!

—Dioses de las profundidades —balbuceó Alia—. Dioses de las profundidades.

—Un poco tarde para eso, ¿no crees? —preguntó Jessica.

Alia se giró bruscamente, notando la repentina reacción de sorpresa de Farad'n al ver la tremenda ira en su rostro.

—¡El hombre al que han matado era Paul! —gritó Alia—. ¡Era tu hijo! Cuando se confirme, ¿sabes lo que va a ocurrir?

Jessica permaneció inmóvil por un largo momento, como si hubiera echado raíces, pensando que acababa de escuchar algo que ya sabía. La mano de Farad'n sobre su brazo rompió aquel momento:

—Mi Dama —dijo Farad'n, y había una tal compasión en su voz que Jessica pensó que podía haber muerto de ello, allí mismo. Su vista pasó de la fría y feroz rabia del rostro de Alia a la patética conmiseración reflejada en los rasgos de Farad'n, y pensó: *Quizás he hecho demasiado bien mi trabajo.*

No podía dudarse de las palabras de Alia. Jessica recordó cada entonación de la voz del Predicador, oyendo sus propias peculiaridades en ella, todos sus trucos, los

largos años de adiestramiento que había pasado para conseguir que un joven se convirtiera en Emperador, pero que ahora no era más que un encogido montón de harapos ensangrentados en las escalinatas del Templo.

*La ghafla me ha cegado*, pensó Jessica.

Alia hizo un gesto a una de sus ayudantes y ordenó:

—Traed a Ghanima inmediatamente.

Jessica se obligó a sí misma a reconocer aquellas palabras. *¿Ghanima? ¿Por qué Ghanima ahora?*

La ayudante se giró hacia la puerta exterior, hizo una seña para que fuera desbloqueada la puerta, pero antes de que pudiera ser obedecida la puerta se combó violentamente. Los goznes saltaron. La barra que la bloqueaba se partió y la puerta, una robusta construcción de plastiacerro destinada a resistir las más terribles energías, se derrumbó dentro de la estancia. Los guardias saltaron a un lado para no quedar atrapados, sacando sus armas.

Jessica y los guardias personales de Farad'n formaron un anillo protector en torno al Príncipe Corrino.

Pero la abertura reveló tan sólo a dos niños: Ghanima a la izquierda, pálida en su atavío negro de compromiso, y Leto a la derecha, con la gris brillantez de un destiltraje bajo su túnica blanca manchada por el desierto.

Alia miró la puerta caída, luego a los dos niños, y se dio cuenta de que estaba temblando incontroladamente.

—Aquí está la familia para darnos la bienvenida —dijo Leto—. Abuela —inclinó la cabeza hacia Jessica, luego clavó su atención en el Príncipe Corrino—. Y este debe ser el Príncipe Farad'n. Bienvenido a Arrakis, Príncipe.

Los ojos de Ghanima eran vacuos. Su mano derecha sujetaba la empuñadura de un crys ceremonial en su cintura, y parecía estar intentando escapar de la presa de Leto sobre su brazo. Leto la sacudió, haciendo que todo su cuerpo se agitara.

—Miradme, familia —dijo Leto—. Yo soy Ari, el León de los Atreides. Y ella... —sacudió de nuevo el brazo de Ghanima, con aquella poderosa facilidad que hacía que todo su cuerpo se agitara—... ella es Aryeh, la Leona de los Atreides. Hemos venido a conduciros al Secher Nbiw, el Sendero de Oro.

Ghanima, absorbiendo las palabras clave, *Secher Nbiw*, sintió que su hasta entonces sellada consciencia fluía en su mente. Fluyó de una forma linealmente agradable, con la consciencia interior de su madre vigilando dentro de ella, como un guardián en una puerta. Y Ghanima supo en aquel instante que había dominado al clamoroso pasado. Poseía una puerta a través de la cual podía pasar siempre que necesitara este pasado. Los meses de autohipnótica supresión habían construido para ella un lugar seguro desde donde poder manejar su propia carne. Iba a girarse hacia Leto con la necesidad de explicarle todo aquello, cuando se dio cuenta del lugar

donde estaba y con quién.

Leto soltó su brazo.

—Entonces, ¿nuestro plan ha funcionado? —susurró Ghanima.

—Bastante bien —dijo Leto.

Recuperándose del shock, Alia gritó a un grupo de guardias a su izquierda:

—¡Atrapadlos!

Pero Leto se inclinó, tomó la caída puerta con una sola mano, y la lanzó contra los guardias a través de la estancia. Dos de ellos fueron alcanzados por la puerta. Los otros huyeron aterrados. Aquella puerta pesaba media tonelada, y aquel niño la había movido con una sola mano.

Alia, imaginando que el pasillo tras la puerta debía estar lleno de guardias caídos, se dio cuenta de que Leto había tenido que luchar contra ellos, tras lo cual había hecho saltar una puerta aparentemente inexpugnable.

Jessica también había visto aquel poder increíble en Leto y había llegado a similares conclusiones, pero las palabras de Ghanima habían tocado un núcleo de disciplina Bene Gesserit que la obligó a mantener su compostura. Su nieto había hablado de un plan.

—¿Qué plan? —preguntó Jessica.

—El Sendero de Oro, nuestro plan imperial para nuestro Imperio —dijo Leto. Hizo una inclinación de cabeza hacia Farad'n—. No pienses duramente de mí, primo. También estoy actuando en tu favor. Alia esperaba que Ghanima te matase. Yo prefiero que vivas tu vida dentro de un cierto grado de felicidad.

Alia gritó a sus guardias, que se habían arracimado en el pasillo:

—¡Os ordeno que los atrapéis!

Pero los guardias se negaron a entrar en la estancia.

—Aguárdame aquí, hermana —dijo Leto—. Tengo una desagradable tarea que realizar. —Avanzó a través de la estancia, en dirección a Alia.

Ella retrocedió hasta un rincón, se agazapó, y extrajo su cuchillo. Las verdes joyas de su empuñadura relucieron a la luz que entraba por la ventana.

Leto simplemente prosiguió su avance, las manos desnudas, pero tenso y dispuesto.

Alia se lanzó hacia adelante con su cuchillo.

Leto saltó hasta casi el techo, lanzando una patada con su pie izquierdo. Golpeó a Alia en la cabeza, derribándola de espaldas al suelo con una marca ensangrentada en la frente. El cuchillo se le escapó de las manos y se deslizó girando por el pavimento. Alia intentó recuperarlo, pero se encontró con Leto bloqueándole el camino.

Alia vaciló, apeló a todo el adiestramiento Bene Gesserit que conocía. Se alzó del suelo en un solo salto, con el cuerpo tenso para actuar.

Leto avanzó de nuevo hacia ella.

Alia fintó a la izquierda, levantando al mismo tiempo la pierna derecha y lanzando un golpe con la punta de su pie derecho capaz de desventrar a un hombre si acertaba en el punto preciso.

Leto paró el golpe con su brazo, agarró el pie de Alia, la levantó completamente del suelo, y la hizo girar por encima de su cabeza. Su velocidad de rotación era tal que el cuerpo silbaba al hendir el aire, y su ropa chasqueaba al palmeo contra su cuerpo.

Los demás se echaron al suelo.

Alia gritaba y gritaba, pero seguía rodando y rodando y rodando. Luego dejó de gritar.

Lentamente, Leto redujo la velocidad de los giros, hasta terminar dejándola suavemente en el suelo. Alia yació inmóvil, jadeante.

Leto se inclinó sobre ella.

—Hubiera podido arrojarte a través de la pared —dijo—. Quizás hubiera sido lo mejor, pero ahora estamos en el centro de la lucha. Tienes derecho a tu oportunidad.

Los ojos de Alia llamearon salvajemente en todas direcciones.

—Yo he conquistado esas vidas interiores —dijo Leto—. Mira a Ghani. Ella también puede...

—Alia, yo puedo mostrarte... —interrumpió Ghanima.

—¡No! —la palabra surgió dislocadamente de Alia. Su pecho se hinchó, y numerosas voces empezaron a brotar de su boca. Eran inconexas, maldecían, imploraban:

—¿Lo ves? ¿Por qué no me escuchaste? —Y luego—: ¿Por qué estás haciendo esto? ¿Qué ocurre? —Y otra voz—: ¡Detenlos! ¡Haz que se detengan!

Jessica se cubrió los ojos, sintió que la mano de Farad'n la sostenía.

Alia seguía delirando:

—¡Os mataré! —Horribles maldiciones surgían de su boca—. ¡Beberé vuestra sangre! —El sonido de muchas lenguas brotó inconexamente, todas ellas mezcladas y confundidas.

Los supersticiosos guardias en el pasillo hicieron el signo del gusano y luego apretaron sus puños contra sus oídos. ¡Estaba poseída!

Leto permaneció inmóvil, agitando la cabeza. Se dirigió hacia la ventana y, con tres suaves golpes, destrozó el supuestamente irrompible cristal de estructura reforzada.

Una astuta sonrisa apareció en el rostro de Alia. Jessica oyó algo parecido a su propia voz surgir de aquella boca deformada por una mueca, una parodia del control Bene Gesserit:

—¡Todos vosotros! ¡Quedaos donde estáis!

Jessica, bajando sus manos, vio que estaban mojadas de lágrimas.

Alia rodó sobre sí misma y se puso de rodillas, luego de pie, tambaleante.

—¿Acaso no sabéis quién soy? —preguntó. Era su antigua voz, la dulce y musical voz de la juvenil Alia que ya no existía—. ¿Por qué me miráis de esta manera? —Giró unos suplicantes ojos hacia Jessica—. Madre, díles que paren todo esto.

Jessica tan sólo consiguió agitar su cabeza de uno a otro lado, consumida por un supremo horror. Todas las antiguas advertencias Bene Gesserit eran ciertas. Miró a Leto y a Ghani, de pie uno al lado del otro cerca de Alia. ¿Qué significaban aquellas advertencias para aquellos pobres gemelos?

—Abuela —dijo Leto, y había súplica en su voz—. ¿Debemos realizar la Prueba de la Posesión?

—¿Quién eres tú para hablar de pruebas? —preguntó Alia, y su voz era la de un hombre irritable, un hombre autocrático y sensual lleno de petulancia.

Tanto Leto como Ghanima reconocieron aquella voz. El Viejo Barón Harkonnen. Ghanima oyó la misma voz surgir como un eco en su propia cabeza, pero su puerta interior se cerró, y sintió la presencia benévola de su madre montando guardia allí.

Jessica permaneció en silencio.

—Entonces la decisión es mía —dijo Leto—. Y la elección es tuya, Alia. La Prueba de la Posesión, o... —indicó con la cabeza la abierta ventana.

—¿Quién eres tú para darme una elección? —preguntó Alia, y su voz seguía siendo la del Viejo Barón.

—¡Demonio! —gritó Ghanima—. ¡Deja que ella haga su propia elección!

—Madre —suplicó Alia, con su voz de cuando era niña—. Madre, ¿qué están haciendo? ¿Qué es lo que quieren que haga yo? Ayúdame.

—Ayúdate tú misma —ordenó Leto y, por un instante tan solo, vio la inconexa presencia de su tía en aquellos ojos, un destello desamparado que se asomó por un breve momento, lo miró, y luego desapareció. Pero su cuerpo se movió, avanzó con paso desmadejado. Se tambaleó, tropezó, se desvió de su camino y luego regresó a él, acercándose cada vez más a la abierta ventana.

De nuevo la voz del Viejo Barón retumbó en sus labios:

—¡Detente! ¡Detente, te digo! Te lo ordeno! ¡Detente! ¡Siente esto! —Alia se sujetó la cabeza con las manos, se derrumbó cerca de la ventana. Volvió a levantarse tambaleante, se apoyó en el alféizar, pero la voz seguía delirando—:

¡No lo hagas! Detente y te ayudaré. Tengo un plan. Escúchame. Detente, te digo. ¡Espera! —Pero Alia apartó las manos de su cabeza, se apoyó en el alféizar. Con un solo movimiento, tomó impulso y se lanzó a través de la ventana, desapareció. No gritó mientras caía.

En la estancia se oyó la exclamación de la multitud, el blando golpe del cuerpo de Alia al estrellarse contra los peldaños, allá abajo.

Leto miró a Jessica.



—Merece nuestra piedad —dijo.

Jessica se giró y hundió su rostro en la casaca de Farad'n.

La hipótesis de que un sistema entero pueda ser llevado a funcionar mejor a través de una agresión a sus elementos conscientes revela una peligrosa ignorancia. Esta ha sido a menudo la ignorante aproximación de aquellos que se llaman a sí mismos científicos y tecnólogos.

*La Jihad Butleriana*, por HARQ AL-ADA

—Corre durante la noche, primo —dijo Ghanima—. Corre. ¿Lo has visto correr?

—No —dijo Farad'n.

Esperaba junto con Ghanima fuera de la pequeña sala de audiencias de la Ciudadela, donde Leto los había convocado. Tyekanik aguardaba inmóvil a un lado, a disgusto junto con Dama Jessica, que parecía ausente, como si su mente estuviera viviendo en otro lugar. Aun no había pasado una hora desde la comida matutina, pero muchas cosas se habían puesto ya en movimiento: una convocatoria a la Cofradía, mensajes a la CHOAM y al Landsraad.

Farad'n encontraba difícil comprender a aquellos Atreides. Dama Jessica se lo había advertido, pero constatar aquella realidad lo desconcertaba. Seguían hablando del compromiso, aunque la mayor parte de las razones políticas que lo habían justificado antes parecían hacer desaparecido. Leto iba a asumir su puesto en el trono; no parecía haber ninguna duda al respecto. Su extraña *piel viviente* debería serle extirpada, por supuesto... pero, con el tiempo...

—Corre para cansarse —dijo Ghanima—. Es el Kralizec encarnado. Ningún viviente ha corrido nunca como corre él. Es una confusa mancha en la cresta de las dunas. Lo he visto. Corre y corre. Y cuando finalmente ha conseguido cansarse, regresa y apoya su cabeza en mi regazo. «Pídele a nuestra madre interior que me proporcione una forma de morir», me suplica.

Farad'n la miró. En aquella semana desde el tumulto en la plaza, la Ciudadela se había movido según extraños ritmos, con misteriosas idas y venidas; historias de encarnizados combates más allá de la Muralla Escudo habían llegado hasta él a través de Tyekanik, de quien se habían solicitado consejos militares.

—No te entiendo —dijo Farad'n—. ¿Una forma de morir?

—Me ha dicho que te prepare —dijo Ghanima. No era la primera vez que se sentía desconcertada por la curiosa inocencia de aquel Príncipe Corrino. ¿Era aquello obra de Jessica, o algo innato en él?

—¿Para qué?

—Ya no es humano —dijo Ghanima—. Ayer preguntaste cuándo le sería extirpada esa *piel viviente*. Nunca. Ahora forma parte de él, y él forma parte de ella. Leto estima que tiene quizás ante sí cuatro mil años antes de que la metamorfosis lo destruya.

Farad'n intentó deglutir en su seca garganta.

—¿Comprendes ahora por qué corre? —preguntó Ghanima.

—Pero si va a vivir tanto y va a ser...

—Porque el recuerdo de haber sido humano es tan rico en él. Piensa en todas esas vidas, primo. No. No puedes imaginar lo que es porque no lo has experimentado. Pero yo lo sé. Yo puedo imaginar su dolor. El da más de cuanto ha dado nunca nadie. Nuestro padre se adentró en el desierto intentando escapar a ello. Alia se convirtió en una Abominación por miedo a ello. Nuestra abuela tiene tan sólo un vago atisbo de esa condición, y sin embargo necesita utilizar cada resorte Bene Gesserit para vivir con ello... y esta es precisamente la finalidad del adiestramiento de una Reverenda Madre. ¡Pero Leto! Él está solo, nunca habrá otro como él.

Farad'n permaneció atónito ante aquellas palabras. ¿Emperador por cuatro mil años?

—Jessica lo sabe —dijo Ghanima, mirando a su abuela—. Él se lo ha dicho esta noche. Se ha calificado a sí mismo como el primer auténtico planificador a largo plazo de la historia de la humanidad.

—¿Cuál es... su plan?

—El Sendero de Oro. Te lo explicará más tarde.

—¿Y tiene un papel para mi en ese... plan?

—Como mi compañero —dijo Ghanima—. Está tomando el control del programa genético de la Hermandad. Estoy segura de que mi abuela le ha hablado del sueño Bene Gesserit de un Reverendo macho con poderes extraordinarios. El...

—¿Quieres decir que lo único que se espera de nosotros...?

—No *lo único* —apoyó su mano en el brazo de él, apretándolo con una cálida familiaridad—. Nos dará a ambos tareas de muy grande responsabilidad. Cuando no estemos produciendo niños, claro.

—Bueno, tú eres un poco pequeña todavía —dijo Farad'n, soltando su brazo.

—No vuelvas a cometer nunca más este mismo error —dijo ella. Había hielo en su tono.

Jessica se acercó junto con Tyekanik.

—Tyek me dice que los combates se han extendido a otros planetas —dijo Jessica—. El Templo Central de Biarek está sitiado.

Farad'n captó la extraña calma de aquella declaración. Él y Tyekanik habían examinado aquellos informes durante la noche. Una incontrolable llamarada de rebelión estaba esparciéndose por todo el Imperio. Sería sofocada, naturalmente, pero Leto tendría un maltrecho Imperio que restaurar.

—Aquí está Stilgar —dijo Ghanima—. Lo estábamos esperando. —Y sujetó una vez más el brazo de Farad'n.

El viejo Naib Fremen había entrado por la puerta más alejada, escoltado por dos

Comandos de la Muerte antiguos compañeros suyos de los días del desierto. Todos ellos iban vestidos con las formales ropas negras con cordones blancos y bandas amarillas en la frente en señal de luto. Se acercaron con pasos lentos, pero Stilgar mantenía su atención fija en Jessica. Se detuvo frente a ella, la saludó cautamente con una inclinación de cabeza.

—¿Te preocupas aún por la muerte de Duncan Idaho? —dijo Jessica. No le gustaba aquella cautela en un viejo amigo.

—Reverenda Madre —dijo él.

*¡Así que este es el camino que ha elegido!, pensó Jessica. Todo el tratamiento formal de acuerdo con el código Fremen, con una sangre de por medio que será difícil borrar.*

—Según nuestro punto de vista —dijo—, tú simplemente representaste la parte que Duncan te había asignado. No es la primera vez que un hombre da su vida por los Atreides. ¿Y por qué no, Stil? Tú has estado a punto de darla más de una vez. ¿Por qué? ¿Es quizá porque sabes lo mucho que dan los Atreides a cambio?

—Me siento feliz de que no busquéis ningún pretexto para una venganza —dijo él—. Pero hay asuntos que debo discutir con vuestro nieto. Asuntos que podrían separarnos para siempre.

—¿Quieres decir que el Tabr no le rendirá homenaje? —preguntó Ghanima.

—Quiero decir que me reservo el juicio —miró fríamente a Ghanima—. No me gusta eso en lo que mis Fremen se han convertido —gruñó—. Volveremos a las antiguas tradiciones. Sin vosotros si es necesario.

—Por un tiempo, quizá —dijo Ghanima—. Pero el desierto está muriendo, Stil. ¿Qué haréis cuando ya no haya más gusanos, cuando ya no haya más desierto?

—¡No puedo creer en ello!

—Dentro de cien años —dijo Ghanima— habrá menos de cincuenta gusanos, y todos ellos estarán enfermos y encerrados en una reserva cuidadosamente administrada. Su especie será tan sólo para la Cofradía Espacial, y su precio... —agitó la cabeza—. He visto los cálculos de Leto. Ha recorrido todo el planeta. Lo sabe.

—¿Es este otro truco para mantener a los Fremen como vuestros vasallos?

—¿Cuándo has sido tú nunca mi vasallo? —preguntó Ghanima.

Stilgar frunció el ceño. ¡No importaba lo que él dijese o hiciese, aquellos gemelos siempre lo hacían aparecer como culpable!

—La pasada noche me ha hablado acerca de su Sendero de Oro —gruñó Stilgar—. ¡No me gusta!

—Es extraño —dijo Ghanima, mirando a su abuela—. La mayor parte del Imperio lo recibirá con alegría.

—La destrucción de todos nosotros —murmuró Stilgar.

—Pero todos anhelan una Edad de Oro —dijo Ghanima—. ¿No es así, abuela?

—Todos —confirmó Jessica.

—Anhelan el Imperio Faraónico que Leto les dará —dijo Ghanima—. Anhelan una larga paz con abundantes cosechas, rico comercio, donde todos sean iguales excepto el Soberano de Oro.

—¡Será la muerte de los Fremen! —protestó Stilgar.

—¿Cómo puedes decir esto? ¿No vamos a necesitar soldados y hombres valerosos para eliminar la insatisfacción ocasional? Stil, tú y los bravos compañeros de Tyek tendréis un trabajo más duro del que podéis imaginar.

Stilgar miró al oficial Sardaukar, y un extraño ramalazo de comprensión se cruzó entre ellos.

—Y Leto controlará la especia —les recordó Jessica.

—La controlará absolutamente —dijo Ghanima. Farad'n, escuchando con la nueva consciencia que Jessica le había proporcionado, oyó algo así como una pieza preorganizada, una representación preparada entre Ghanima y su abuela.

—La paz durará y durará y durará —dijo Ghanima—. El recuerdo de la guerra terminará por desvanecerse. Leto conducirá a la humanidad a través de ese jardín durante al menos cuatro mil años.

Tyekanik miró interrogativamente a Farad'n, carraspeó.

—¿Si, Tyek? —dijo Farad'n.

—Desearía hablar privadamente con vos, mi Príncipe.

Farad'n sonrió, sabiendo cuál era la cuestión que bullía en la militar mente de Tyekanik, sabiendo que al menos otros dos de los presentes habían reconocido también cuál era esa cuestión.

—No venderé a los Sardaukar —dijo Farad'n.

—No será necesario —dijo Ghanima.

—¿Hacéis caso a esta niña? —preguntó Tyekanik. Se sentía ultrajado. El viejo Naib comprendía los problemas suscitados por todo aquel complotar, ¡pero nadie más sabía una maldita cosa acerca de la situación!

Ghanima sonrió sombríamente y dijo:

—Díselo, Farad'n.

Farad'n suspiró. Era fácil olvidar lo extraña que resultaba aquella niña que no era una niña. Podía imaginar toda una vida casado con ella, las dificultades de una intimidad compartida. No era una perspectiva muy alentadora, pero estaba empezando a reconocer su inevitabilidad. ¡Control absoluto de las descendentes reservas de especia! Nada podría moverse en el universo sin la especia.

—Más tarde, Tyek —dijo Farad'n.

—Pero...

—*¡Más tarde, he dicho!* —por primera vez usó la Voz en Tyekanik: vio al hombre

parpadear, sorprendido, y permanecer callado.

Una forzada sonrisa rozó los labios de Jessica.

—Habla de paz y de muerte con el mismo aliento —murmuró Stilgar—. ¡Una Edad de Oro!

—¡Conducirá a los seres humanos a través del culto a la muerte hasta un aire libre y una vida exuberante! —dijo Ghanima—. Habla de muerte porque es necesario, Stil. Es una tensión a través de la cual los seres vivos saben que están vivos. Cuando su Imperio se derrumbe... Oh, sí, algún día se derrumbará. Tú piensas que ahora nos adentramos en el Kralizec, pero el Kralizec está todavía lejos. Y cuando venga, los seres humanos habrán readquirido su memoria de lo que quiere decir estar vivo. Una memoria que persistirá tanto tiempo como quede un solo ser humano vivo. Tendremos que atravesar una vez más esa encrucijada, Stil. Y la superaremos. Siempre resurgimos de nuestras propias cenizas. Siempre.

Farad'n, oyendo sus palabras, comprendió entonces lo que ella había querido decir al hablarle de Leto corriendo. *Ya no es humano.*

Stilgar todavía no estaba convencido.

—No más gusanos —gruñó.

—Oh, los gusanos volverán —lo tranquilizó Ghanima—. Todos ellos morirán dentro de los próximos doscientos años, pero volverán.

—¿Cómo...? —Stilgar se interrumpió.

Farad'n sintió que su mente se abría a la revelación. Supo lo que Ghanima quería decir antes de que ella hablase.

—La Cofradía lo pasará mal durante los años de escasez, pero los superará gracias a sus reservas y a las nuestras —dijo Ghanima—. Y volverá la abundancia después del Kralizec. Los gusanos regresarán después de que mi hermano se haya adentrado en la arena.

Como muchas otras religiones, el Dorado Elixir de la Vida de Muad'Dib degeneró en una brujería externa. Sus místicos signos se convirtieron en meros símbolos para más profundos procesos psicológicos, y esos procesos, por supuesto, escaparon a todo control. Lo que ellos necesitaban era un dios vivo, y no lo tenían... una situación que fue corregida por el hijo de Muad'Dib.

Máxima atribuida a LU TUNG-PIN, *El Huésped de la Caverna*

Leto estaba sentado en el Trono del León para aceptar el homenaje de las tribus. Ghanima permanecía de pie junto a él, un peldaño más abajo. La ceremonia en la Gran Sala duró horas. Tribu tras tribu Fremmen pasaron ante él representadas por sus delegados y sus Naibs. Cada grupo llevaba regalos adecuados para un dios de terribles poderes, un dios de venganza que les había prometido la paz.

Las había intimidado a someterse la semana anterior, exhibiendo sus poderes ante la asamblea de arifas de todas las tribus. Los Jueces lo habían visto pasear a través de un pozo de fuego, emerger indemne, y dejar que lo examinaran de cerca para demostrar que su piel no había sufrido el menor daño. Había ordenado que intentaran atravesar su cuerpo con cuchillos, y la impenetrable piel había sellado su rostro mientras intentaban herirlo en vano. Habían arrojado sobre él ácidos, que tan solo habían conseguido levantar pequeñas nubecillas de vapor. Había engullido sus venenos, y se había reído de ellos.

Al final había llamado a un gusano y se había inmovilizado haciendo frente a su terrible boca. Luego se había dirigido al campo de aterrizaje de Arrakeen, donde había volcado fácilmente una fragata de la Cofradía simplemente tirando de un lado de su tren de aterrizaje.

Los arifa habían informado de todo aquello con un temor reverencial, y ahora los delegados de las tribus habían acudido a sellar su sumisión.

El abovedado techo de la Gran Sala, con sus sistemas de absorción acústica, tendían a eliminar los ruidos demasiado intensos, pero el constante roce de pies moviéndose se insinuaba en todos los sentidos, mezclándose con el polvo y el olor a roca que entraban del exterior.

Jessica, que se había negado a participar en la ceremonia, observaba desde una alta ventana espía tras el trono. Su atención estaba centrada en Farad'n, y en su convicción de que tanto ella como Farad'n habían sido manipulados. ¡Por supuesto que Leto y Ghanima se habían anticipado a la Hermandad! Los gemelos podían consultar dentro de sí mismos a una legión de Bene Gesserit mayor que todas las Reverendas Madres que vivían en el Imperio.

Sentía particularmente la amargura de la forma en que la mitología de la Hermandad había atrapado a Alia. *¡Miedo edificado en el miedo!* Los hábitos de

generaciones habían impreso el destino de la Abominación en ella. Alia no había conocido la esperanza. Por supuesto que había sucumbido. Su destino hacía que el éxito de Leto y Ghanima fuera aún más difícil de soportar. No había un solo camino para salir de la trampa, sino dos. La victoria de Ghanima sobre sus vidas interiores y su insistencia en que Alia merecía tan sólo piedad eran lo más amargo de todo. La supresión hipnótica bajo stress ligada con el apoyo de un antepasado benigno había salvado a Ghanima. Hubieran podido salvar a Alia. Pero sin esperanzas, no había sido intentado nada hasta que ya era demasiado tarde. El agua de Alia había sido esparcida por la arena.

Jessica suspiró, fijando su atención en Leto sentado en el trono. Un gran canope conteniendo el agua de Muad'Dib ocupaba un lugar de honor a su derecha. Leto se había jactado a Jessica de que su padre dentro de él se había reído de su gesto, pese a admirarlo.

Aquel canope y aquella jactancia habían motivado el que resolviera no participar en aquel ritual. Por mucho tiempo que viviera, sabía que nunca aceptarla a Paul hablando por boca de Leto. Se alegraba de que la Casa de los Atreides hubiera sobrevivido, pero el precio que había habido que pagar por ello estaba más allá de su fortaleza.

Farad'n se sentaba, con las piernas cruzadas, junto al canope con el agua de Muad'Dib. Era la posición del Escriba Real, un honor recientemente conferido y recientemente aceptado.

Farad'n sentía que se estaba adaptando muy bien a aquellas nuevas realidades, pese a que Tyekanik seguía irritándose y prometiendo terribles consecuencias. Tyekanik y Stilgar habían formado un dúo agorero que parecía divertir a Leto.

Durante las horas que duró la ceremonia de homenaje, Farad'n había pasado de la admiración al aburrimiento y de nuevo a la admiración. Aquel era un fluir incesante de humanidad, formado por incomparables guerreros. Su renovada lealtad al Atreides sentado en el trono no podía ser discutida. Permanecían en sometido terror ante él, completamente alucinados por lo que el arifa les había informado.

Finalmente, la ceremonia llegó a su conclusión. El último Naib se detuvo frente a Leto: Stilgar, en la «posición de honor en la retaguardia». En lugar de cestos repletos de especia, joyas ígneas o cualquier otro de los costosos regalos que se amontonaban en torno al trono, Stilgar llevaba una banda en la frente hecha de fibra de especia trenzada. El Halcón de los Atreides había sido recamado en oro y verde en la banda.

Ghanima la reconoció y lanzó una mirada a Leto con el rabillo del ojo.

Stilgar depositó la banda en el segundo peldaño bajo el trono y se inclinó profundamente.

—Os entrego la banda que llevaba vuestra hermana cuando me fue traída al desierto para que la protegiera —dijo.



Leto contuvo una sonrisa.

—Sé que has tenido momentos difíciles, Stilgar —dijo Leto—. ¿Hay algo que yo pueda darte como compensación? —Hizo un gesto hacia los montones de costosos regalos.

—No, mi señor.

—Entonces acepto tu regalo —dijo Leto. Se inclinó hacia delante, tomó un extremo de la ropa de Ghanima y rasgó una delgada tira.

—A cambio, yo te entrego este pedazo de la ropa de Ghanima, la misma ropa que llevaba cuando fue raptada de tu campamento en el desierto, obligándome a acudir a salvarla.

Stilgar aceptó el trozo de tela con mano temblorosa.

—¿No os estáis burlando de mi, mi Señor?

—¿Burlarme de ti? Por mi nombre, Stilgar, nunca podré burlarme de ti. Te he hecho un regalo que no tiene precio. Te ordeno que lo lleves siempre cerca de tu corazón, para que te recuerde que todos los seres humanos son propensos al error, y que todos los líderes son seres humanos.

Una débil sonrisa escapó de los labios de Stilgar.

—¡Qué Naib hubierais sido!

—¡Qué Naib soy! Naib de los Naibs. ¡Nunca lo olvidas!

—Como digáis, mi Señor —Stilgar tragó saliva, recordando el informe de su arifa. Y pensó: *En una ocasión pensé en matarlo. Ahora ya es demasiado tarde.* Su mirada se detuvo en el canope, de un elegante color dorado verdoso.

—Esa es agua de mi tribu.

—Y mía —dijo Leto—. Te ordeno que leas la inscripción que hay a este lado. Léela en voz alta para que todos podamos oírla.

Stilgar dirigió una interrogativa mirada a Ghanima, pero ella le devolvió un ligero alzamiento de su barbilla, una fría respuesta que puso un estremecimiento en todo su cuerpo. ¿Acaso aquellos dos diablillos Atreides habían decidido hacerle pagar su impetuosidad y sus errores?

—Léela —dijo Leto, señalando.

Lentamente, Stilgar ascendió los peldaños, se inclinó sobre el canope. Leyó en voz alta:

—«Esta agua es la esencia suprema, una fuente de creatividad proyectada al exterior. Aunque parezca inmóvil, esta agua es la esencia de todo movimiento».

—¿Qué significa, mi Señor? —susurró Stilgar. Aquellas palabras lo habían emocionado, tocando algo en su interior que no podía comprender.

—El cuerpo de Muad'Dib es un caparazón seco como el abandonado por un insecto —dijo Leto—. Él dominó el mundo interior mientras despreciaba el exterior, y aquello condujo a la catástrofe. Él dominó el mundo exterior excluyendo al mismo

tiempo el interior, y aquello entregó a sus descendientes a los demonios. El Elixir Dorado desaparecerá de Dune, pero la semilla de Muad'Dib pervivirá, y su agua moverá nuestro universo.

Stilgar inclinó la cabeza. Todo lo místico creaba un torbellino en su interior.

—El principio y el fin son una sola cosa —dijo Leto—. Tú vives en el aire pero no lo ves. Se ha cerrado una fase. Ahora viene el inicio de su opuesto. Así tendremos el Kralizec. Todo regresa en una forma cambiada. Tú has sentido los pensamientos en tu cabeza; tus descendientes los sentirán en sus vientres. Vuelve al Sietch Tabr, Stilgar. Gurney Halleck se te unirá como mi consultor en tu Consejo.

—¿No confías en mi, mi Señor? —la voz de Stilgar era muy baja.

—Completamente, o de otro modo no te enviaría a Gurney. Él empezará a reclutar la nueva fuerza que muy pronto necesitaremos. Acepto tu voto de fidelidad, Stilgar. Puedes retirarte.

Stilgar se inclinó profundamente, descendió de espaldas los peldaños, se giró, y salió de la sala. Los otros Naibs le siguieron, de acuerdo con el principio Fremen de que «el último será siempre el primero». Pero algunas de sus preguntas siguieron oyéndose desde el trono una vez hubieron partido.

—¿Qué habéis estado hablando ahí, Stilgar? ¿Qué significan esas palabras en el agua de Muad'Dib?

Leto se dirigió a Farad'n.

—¿Has registrado todo, Escriba?

—Sí, mi Señor.

—Mi abuela dice que te ha entrenado bien en el proceso mnemónico de la Bene Gesserit. Eso es bueno. No quiero verte garabateando junto a mí.

—Como ordenes, mi Señor.

—Ven y quédate de pie junto a mí —dijo Leto.

Farad'n obedeció, agradecido más que nunca del adiestramiento de Jessica. Cuando uno aceptaba el hecho de que Leto ya no era humano, de que ya no podía pensar como pensaba un ser humano, el discurrir de su Sendero de Oro se hacía más estremecedor todavía.

Leto alzó la vista hacia Farad'n. Los guardias permanecían inmóviles al fondo, fuera del alcance de sus voces. Sólo los consejeros de la Presencia Interior permanecían en el recinto de la Gran Sala, formando reverentes grupos más allá del primer peldaño. Ghanima se había acercado también, apoyando un brazo en el respaldo del trono.

—No has aceptado cederme tus Sardaukar —dijo Leto—. Pero lo harás.

—Te debo mucho, pero no esto —dijo Farad'n.

—¿Crees que les será difícil hacer amistad con mis Fremen?

—Tan difícil como les ha sido hacerse amigos a Stilgar y Tyekanik.

—¿Entonces rehúsas?

—Espero tu oferta.

—Así que debo hacerte una oferta, sabiendo que no habrá una segunda vez. Ruego por que mi abuela haya hecho bien su parte, que estés preparado para comprender.

—¿Qué debo comprender?

—Siempre hay una mística que prevalece en toda civilización —dijo Leto—. Se edifica a sí misma como una barrera contra el cambio, y esto contribuye indefectiblemente a dejar a las futuras generaciones impreparadas para afrontar los peligros del universo. Todas las místicas son iguales en edificar esas barreras... la mística religiosa, la mística del héroe-líder, la mística del mesías, la mística de la ciencia/tecnología, la mística de la propia naturaleza. Vivimos en un Imperio que ha sido configurado por una tal mística; y ahora este Imperio se está derrumbando porque la mayor parte de la gente no distingue entre la mística y su universo. ¿Ves?, la mística es como una posesión demoníaca; tiende a asumir la consciencia, convirtiéndose en todas las cosas para el observador.

—Reconozco la sabiduría de tu abuela en esas palabras —dijo Farad'n.

—Muy bien, muy bien, primo. Ella me preguntó si yo era una Abominación. Le respondí negativamente. Esa fue mi primera falsedad. ¿Sabes? Ghanima escapó a ello, pero yo no. Yo me vi forzado a un equilibrio con mis vidas interiores bajo la presión de una excesiva cantidad de melange. Tuve que buscar la activa cooperación de esas vidas despertadas dentro de mí. Al hacer esto, rechacé a las más malignas, y elegí a un protector dominante para que formara un nexo entre yo, mi consciencia interior y mi padre. En realidad, no soy ni mi padre ni ese protector. Y tampoco soy el Segundo Leto.

—Explícate.

—Tienes una admirable sinceridad —dijo Leto—. Soy una comunidad dominada por un ser increíblemente antiguo y poderoso. Dio origen a una dinastía que prevaleció durante tres mil de nuestros años. Su nombre era Harum y, hasta que su estirpe degeneró en una acumulación de debilidades congénitas y supersticiones de su descendencia, sus súbditos vivieron en una armonía sublime. Se movían inconscientemente con los cambios de las estaciones. Generaban individuos que tendían a tener vidas breves, eran supersticiosos, y fácilmente dominables por un dios-rey. Pero tomados como un conjunto, eran un pueblo poderoso. Su supervivencia como especie se convierte en una costumbre.

—No me gusta como suena esto —dijo Farad'n.

—Ni a mí tampoco, en realidad —dijo Leto—. Pero este es el universo que he creado.

—¿Por qué?

—Es una lección que he aprendido en Dune. Hemos mantenido la presencia de la muerte como un espectro dominante entre los seres que viven aquí. Debido a esa presencia, los muertos han cambiado a los vivos. La gente de una tal sociedad se sumerge en sus propias vísceras. Pero cuando llega el momento de invertir el proceso, cuando vuelven a emerger, entonces son grandes y hermosos.

—Eso no responde a mi pregunta —protestó Farad'n.

—No confías en mi, primo.

—Ni tampoco en tu abuela.

—Y con buenas razones —dijo Leto—. Pero la aceptas porque debes hacerlo. Las Bene Gesserit son pragmáticas hasta el fin. Yo comparto su punto de vista sobre nuestro universo, ¿sabes? Tú llevas las marcas de este universo. Tienes los hábitos del gobernante, catalogando a tu alrededor en términos de posible amenaza o valor.

—He aceptado ser tu escriba.

—Porque te divertía y porque halagaba a tu auténtico talento, que es el de historiador. Posees un genio definitivo en interpretar el presente en términos del pasado. Te me has anticipado en varias ocasiones.

—No me gustan tus veladas insinuaciones —dijo Farad'n.

—Muy bien. Tú vienes desde una infinita ambición hasta tu presente estado, algo más degradado. ¿No te puso en guardia mi abuela contra lo infinito? Es algo que atrae como un proyector en la noche, cegándolo a uno con el exceso que puede infligir a lo finito.

—¡Aforismos Bene Gesserit! —protestó Farad'n.

—Pero mucho más precisos —dijo Leto—. Las Bene Gesserit creían que podían predecir el curso de la evolución. Pero no tuvieron en cuenta sus propios cambios en el transcurso de esa misma evolución. Asumieron que ellas seguirían siendo siempre iguales a sí mismas, mientras su plan genético evolucionaba. Yo no tengo ese tipo de ceguera reflexiva. Mírame atentamente, Farad'n. Ya no soy humano.

—Eso es lo que me dice tu hermana. —Farad'n vaciló; luego—: ¿Abominación?

—Según la definición de la Hermandad, quizá. Harum es cruel y autocrático. Yo comparto su crueldad. Entiéndeme bien: Yo poseo la crueldad del granjero, y este universo humano es mi granja. Hubo un tiempo en que los Fremen poseían águilas como animales domésticos; yo tendré a un Farad'n domesticado.

El rostro de Farad'n se oscureció.

—Vigila mis garras, primo. Sé muy bien que mis Sardaukar terminarían aplastados tras un tiempo por tus Fremen. Pero también te heriríamos seriamente, y hay chacales que están esperando para abatirse sobre el débil.

—Te usaré del mejor modo posible, eso te lo prometo —dijo Leto. Se inclinó hacia adelante—. ¿Acaso no te he dicho que ya no soy humano? Créeme, primo. Ya no nacerán niños de mi bajo vientre, porque ya no tengo bajo vientre. Y esto me

fuerza a mi segunda falsedad.

Farad'n aguardó en silencio, sabiendo finalmente en qué dirección iba la argumentación de Leto.

—Iré contra todos los preceptos Fremen —dijo Leto—. Ellos aceptarán porque no pueden hacer otra cosa. Te he traído aquí bajo la promesa de un compromiso, pero no habrá ningún compromiso entre tú y Ghanima. ¡Mi hermana se casará conmigo!

—Pero tú...

—He dicho casarse. Ghanima debe continuar la estirpe de los Atreides. Este es el objetivo del programa genético Bene Gesserit, que es también ahora mi propio programa.

—Me niego —dijo Farad'n.

—¿Te niegas a ser el padre de una dinastía Atreides?

—¿Qué dinastía? Tú ocuparás el trono por miles de años.

—Y moldearé a tus descendientes según mi imagen. Será el más intensivo, el más inclusivo programa de adiestramiento de toda la historia. Seremos un ecosistema en miniatura. ¿Entiendes?, cualquier sistema animal elige sobrevivir a través de un esquema basado en comunidades entrelazadas, interdependientes, trabajando conjuntamente con una finalidad común que es el propio sistema. Y este sistema producirá los más expertos soberanos jamás vistos.

—Pones palabras escogidas para describir el más repugnante...

—¿Quién sobrevivirá al Kralizec? —preguntó Leto—. Porque, te lo prometo, el Kralizec vendrá.

—¡Estás loco! Vas a despedazar el Imperio.

—Por supuesto que lo haré... y no puedo enloquecer porque ya no soy humano. Pero crearé una nueva consciencia en todos los hombres. Te digo que bajo el desierto de Dune hay un lugar secreto con el mayor tesoro de todos los tiempos. No te miento. Cuando el último gusano muera y la última melange sea recolectada sobre nuestra arena, esos profundos tesoros surgirán y se esparcirán por todo el universo. A medida que el poder del monopolio de la especia se extinga y las reservas ocultas se agoten, nuevos poderes aparecerán por todas partes en nuestro reino. Ya es tiempo de que los seres humanos aprendan de nuevo a vivir según sus instintos.

Ghanima apartó el brazo del respaldo del trono, se dirigió al lugar donde estaba Farad'n, tomó su mano.

—Al igual que mi madre no era esposa, tú tampoco serás esposo —dijo Leto—. Pero quizás haya amor, y esto será suficiente.

—Cada día, cada momento es cambio —dijo Ghanima—. Uno aprende a reconocer esos momentos.

Farad'n sintió el calor de la pequeña mano de Ghanima como una insistente presencia. Reconoció la persuasiva penetración de los argumentos de Leto, pero la

Voz no había sido usada ni una sola vez. Era una llamada a sus vísceras, no a su mente.

—¿Es esto lo que me ofreces por mis Sardaukar? —preguntó.

—Mucho, mucho más, primo. Ofrezco el Imperio a tus descendientes. Te ofrezco a ti la paz.

—¿Y cuál será el resultado de tu paz?

—Su opuesto —dijo Leto, con voz calmadamente burlona.

Farad'n agitó la cabeza.

—Considero muy alto el precio por mis Sardaukar. ¿Deberé seguir siendo Escriba, el padre secreto de tu estirpe real?

—Deberás.

—¿Intentarás forzarme a aceptar tu visión personal de la paz?

—Lo haré.

—Me resistiré durante todos los días de mi vida.

—Pero esta es la función que espero de ti, primo. Es por eso por lo que te he elegido. Y la convertiré en oficial. Te daré un nuevo nombre. Desde este momento serás llamado el Perturbador del Hábito, lo cual en nuestra lengua equivale a Harq al-Ada. Vamos, primo, no seas obtuso. Mi abuela te adiestró bien. Entrégame tus Sardaukar.

—Entrégaselos —hizo eco Ghanima—. Los tendrá de una u otra forma.

Farad'n captó temor por él en la voz de Ghanima. ¿Amor, acaso? Leto no pedía razonamiento, sino un salto intuitivo.

—Tómalos —dijo Farad'n.

—De acuerdo —dijo Leto. Se levantó del trono, un movimiento curiosamente fluido, como si mantuviera sus terribles poderes bajo el más delicado control. Leto descendió hasta situarse al nivel de Ghanima, la hizo girar suavemente hasta que le dio la espalda, y entonces se giró él mismo para colocarse contra ella, espalda contra espalda.

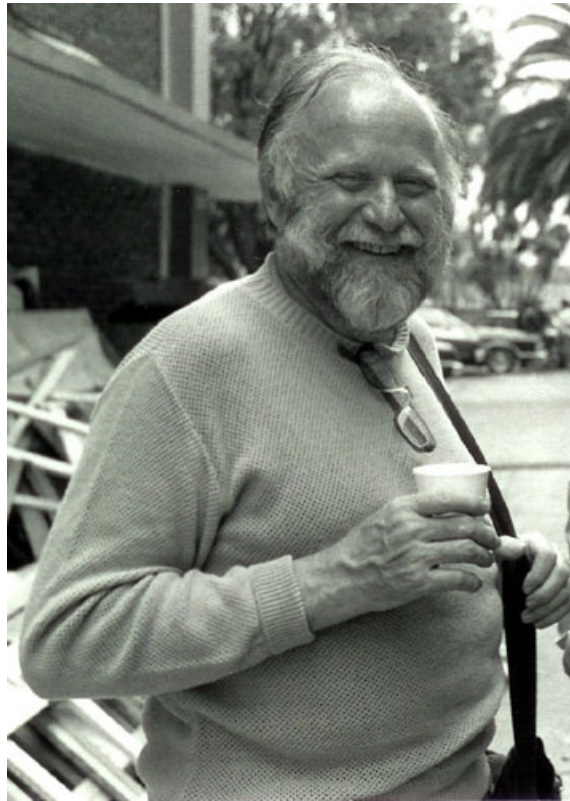
—Observa esto, primo Harq al-Ada. Esa es la forma en que estaremos siempre. Esa será nuestra posición cuando estemos casados. Espalda contra espalda, cada uno de nosotros mirando más allá del otro para proteger la identidad que siempre hemos sido. —Se giró, miró burlonamente a Farad'n, bajó la voz—: Recuerda esto, primo, cuando estés frente a frente con mi Ghanima. Recuérdalo cuando le susurres amor y cosas dulces, cuando te sientas más tentado por la costumbre de mi paz y de mi satisfacción. Tu espalda estará al descubierto.

Apartándose de ellos, bajó los últimos peldaños y se dirigió hacia los cortesanos que aguardaban, los arracimó a su alrededor como satélites, y salió de la sala.

Ghanima tomó de nuevo la mano de Farad'n, pero su mirada seguía fija en el extremo más alejado de la sala, por donde Leto había desaparecido.

—Uno de nosotros dos debía aceptar la larga agonía —dijo—, y él siempre ha sido el más fuerte.

FIN



FRANK PATRICK HERBERT fue un escritor estadounidense que nació en Tacoma, Washington, el 8 de octubre de 1920 y que falleció en el 11 de febrero de 1986. Tras estudiar en la Universidad de Washington tuvo varias profesiones, desde fotógrafo a cámara de televisión o pescador de ostras. Comenzó a publicar en los años 50, vendiendo artículos de relatos a revistas, hasta que en 1952 publicó su primer relato de ciencia ficción: *¿Está usted buscando algo?* Cuatro años más tarde salió a la luz su primera novela, *El dragón en el mar*, conocida más tarde como *Bajo presión*. Pero no sería hasta 1965 cuando finalmente le llegó el éxito con la inauguración de la famosa serie Dune, donde presentaba un mundo imaginario con su propia política, ecología y estructura social. La primera obra de la saga, *Dune*, que pronto se vería continuada por otras novelas como *El mesías de Dune* o *Hijos de Dune*, obtuvo los premios Nébula y Hugo, además del Premio Internacional de Fantasía, que compartió con *El señor de las moscas* de William Golding. Herbert se hizo conocido también por su creación de una «granja biológica» donde estuvo conviviendo con su familia en armonía con la naturaleza.



# Notas

[<sup>1</sup>] Juego de palabras intraducible: *Cade Lamb* significa *cordero criado sin madre*, y puede considerarse un insulto. (N. del T.) <<